

Christophe Grenier

Conservación contra natura
Las Islas Galápagos

FERNANDINA

ISABELA

FLOREANA

HOOD



Christophe Grenier

Es Profesor Asistente de Geografía en la Universidad de Nantes y miembro del laboratorio LETG - Géolittomer del CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) de Francia.

En el año 2001 es laureado con la medalla de bronce del CNRS, su libro *Conservation contre nature* gana el Gran Premio del Festival du Livre Insulaire (Festival del Libro Insular) y el premio Sarramea de la Sociedad de Geografía de París.

Christophe Grenier trabaja en geografía de la conservación y de la globalización en varios países de Latinoamérica y en Madagascar.

Conservación contra natura

Las islas Galápagos

Conservación contra natura Las islas Galápagos

Christophe Grenier



IFEA
INSTITUTO FRANCÉS DE
ESTUDIOS ANDINOS



**ABYA
YALA**



Institut de recherche
pour le développement



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador

CONSERVACIÓN CONTRA NATURA

Las islas Galápagos

Christophe Grenier

Este volumen corresponde al tomo 233 de la Colección
«Travaux de l'Institut Français d'Études Andines» (ISSN 0768-424X)
Edición original: *Conservation contre nature: les îles Galápagos*, IRD éditions, 2002
Derechos de la primera edición, febrero de 2007

- © Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)
Avenida Arequipa 4595, Lima 18, Perú
Telf.: (51 1) 447 60 70 - Fax: (51 1) 445 76 50
e-mail: postmaster@ifea.org.pe
www.ifeanet.org
- © Embajada de Francia en Ecuador
Cooperación Regional para los países andinos
Calle General Leonidas Plaza 107 y Patria, Quito, Ecuador
Télf. : (593 2) 294 38 00
Fax : (593 2) 294 38 09
www.ambafrance-cc.org
- © Institut de Recherche Pour le Développement (IRD)
Representación en Ecuador
Whymper 442 y Coruña, Quito, Ecuador
Telf.: (593 2) 250 39 44 - Fax: (593 2) 250 40 20
e-mail: repquito@ird.fr
www.ec.ird.fr
- © Universidad Andina Simón Bolívar
Toledo N22-80 (Plaza Brasilia), Quito, Ecuador
Telf.: (593 2) 322 80 85 - Fax: (593 2) 322 84 26
e-mail: uasb@uasb.edu.ec
www.uasb.edu.ec
- © Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson, Quito, Ecuador
Telf.: (593 2) 250 62 51 - Fax: (593 2) 250 62 67
e-mail: editorial@abyayala.org
www.abayala.org

Traducción: Marfa Dolores Villamar, con la colaboración de
Alejandra Adoum y Cristina Carrión

Diagramación: Ediciones Abya-Yala
Quiro-Ecuador

Mapas y figuras: María Dolores Villamar

Diseño de carátula: Iván Larco

ISBN: 978-9978-22-654-4

Esta publicación contó con el auspicio del Directorio General para la Cooperación Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia (DGIS), el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD), el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y la Embajada de Francia en Ecuador.

Contenido

Agradecimientos	11
Prólogo	13

Introducción

¿Islas o el planeta?	19
Las islas: biología evolutiva y geografía	20
El planeta y las islas	21
Privilegiar la exposición de las dinámicas que operan en las Galápagos	23

UNA NATURALEZA CODICIADA EN UN ESPACIO ABIERTO

Capítulo I

El descubrimiento de la naturaleza de las Galápagos

Entre el mito y la ciencia	29
Una naturaleza ajena al hombre	29
Darwin en las Galápagos	32
Volcanes suavizados por el océano	35
Un aislamiento relativo	35
Jóvenes islas oceánicas	37
Los humores del cielo y el océano	42
La ausencia de agua y los caprichos de El Niño	48
Extraños paisajes animados	50
Una diferenciación bioclimática tradicional en las islas tropicales	50
El litoral	52
El piso «árido»	55
Las alturas	58
¿Una naturaleza milagrosa? La evolución	61
El poblamiento de las islas	61
Desarmonía, colonización y especialización geográfica	63
La lección darwiniana	65

Capítulo II

El espacio abierto

Del espacio abandonado al espacio abierto	69
Misteriosos visitantes y descubridores indiferentes	69
Una guarida de los «Hermanos de la Costa»	70
De la importancia de la navegación en el uso de las islas: el espacio abierto.....	74
El saqueo de la naturaleza	75
«Galápagos Grounds»	75
La difícil colonización de un espacio abierto.....	79
Las colonias penales y los aceiteros de San Cristóbal e Isabela	84
El Estado ecuatoriano en el espacio abierto de las Galápagos.....	86
«Herencia de este tiempo»	89
El atractivo de la naturaleza	93
La «invención» turística de las Galápagos.....	93
Floreana o los Robinsons del espacio abierto	94
Santa Cruz o la Babel de las Galápagos.....	99
La nacionalización de las Galápagos mediante su internacionalización (1942-1959)	101
Baltra, una situación estratégica negociada.....	102
La soberanía territorial mediante la conservación del patrimonio natural	103

Capítulo III

Islas «naturalizadas» por el Norte

De la depredación naturalista a la conservación de la naturaleza	107
Especímenes poco útiles pero tan exóticos... ..	107
Una expedición turístico-naturalista en 1923: el <i>Noma</i> de W. Beebe	110
La nueva preocupación de los naturalistas: proteger la naturaleza <i>in situ</i>	111
La toma de posesión de las Galápagos por parte de los naturalistas.....	114
La creación del parque nacional de las Galápagos	115
Los inicios de la fundación y de la estación de investigación Charles Darwin	121
Las Galápagos y las ciencias naturales de hoy en día	127
Investigadores	129
Investigaciones realizadas por científicos en misión.....	135

EL ENLACE CON EL MUNDO

Capítulo IV

El dominio del turismo de redes en las Galápagos

La implantación del turismo de redes	143
El turismo de redes.....	143
Un turismo organizado por la empresa privada.....	144
La fabricación de un mito turístico	147
Las palabras del turismo	148

Índice

Los guías, ¿profesores de naturaleza?	149
Una naturaleza consumida como imagen.....	153
Turismos y turistas	159
Los cruceros.....	159
Visitantes cada vez más numerosos... ..	166
Son turistas comunes	168
Las políticas turísticas	172
Los intentos infructuosos de turismo territorial	172
El Plan global o el «turismo selectivo»	174
El enredo de los cupos y las patentes: los armadores insulares excluidos del mercado.....	177
La evolución de la flota turística	182

Capítulo V

La integración de las Galápagos a Ecuador

Una población de inmigrantes	187
Ecuador y Galápagos: una historia ahora común	187
Un crecimiento demográfico acelerado	190
Origen, distribución y estructura de la población de migrantes	193
Las etapas de la migración	196
Las redes de migración	205
El trabajo, desafío de las migraciones por redes.....	205
De las migraciones por redes a la formación de comunidades.....	208
De la presencia administrativa	212
Las estructuras de encuadramiento y de desarrollo de la provincia insular	212
Ambiciosos planes de corta vida	217
...a la depredación pública	221
De la utilidad de los planes no respetados.....	221
Controlar los nudos de las redes: la proliferación de entidades públicas interesadas en captar la renta.....	224
La exacerbación de las tensiones políticas en un espacio «protegido»	228

Capítulo VI

La «continentalización» del medio insular

Puerto Ayora: en la intersección de las redes migratorias y turísticas	234
La calle principal o eje continental	234
En la unión de los ejes continental y marítimo: la plaza de los autobuses y el puerto	238
Imperativo comercial y especulación inmobiliaria: ubicarse bien en el malecón	242
<i>Iguanas and bananas</i> y Banco del Pacífico	244
La crisis urbana del centro económico del archipiélago	246
Del turismo territorial a la economía informal.....	246
Pobreza, delincuencia, drogas.....	250

El difícil crecimiento de un pueblo encerrado.....	253
La quiebra de los servicios públicos	256
Isabela, el «Far West»	262
El aislamiento	262
Los isabeleños	264
Un medio isleño en vías de desaparición.....	266
«El síndrome del insular».....	269
Salir de la isla.....	270
¿Qué identidad galapagueña?	272

EL FRACASO DE LA CONSERVACIÓN

Capítulo VII

Un parque nacional en subasta

El difícil manejo turístico del parque nacional	279
La aplicación de técnicas productivistas a la <i>wilderness</i>	280
Sitios de visita saturados e itinerarios de visita no respetados	282
Del interés económico de un manejo tecnocrático de las áreas protegidas.....	289
Acabar con el mito de un parque nacional vigilado	294
La pésima opinión de los turistas sobre la conservación del PNG.....	294
El Servicio Parque Nacional Galápagos, una administración abandonada.....	295
Estación Darwin y SPNG: administración a falta de conservación	300
El SPNG no puede vigilar el parque nacional.....	307
¿Guías a modo de guardaparques?.....	312
La pesca, revelador de una política conservacionista en crisis	317
Holoturias, dólares y ratas.....	319
El <i>boom</i> de las holoturias: el paso de Isabela del margen a la red.....	324
La impotencia de la comunidad internacional para hacer respetar un «Patrimonio de la humanidad»	328

Capítulo VIII

Las redes conservacionistas contra los territorios

Una concepción reticular de la conservación: proteger espacios <i>ex situ</i> más que la naturaleza <i>in situ</i>	337
Las tortugas, o la reconstrucción de la naturaleza <i>ex situ</i>	338
Los chivos o el fracaso de la conservación <i>in situ</i>	342
El <i>Odyssey</i> : la mediatización de la ciencia al servicio de la conservación	346
Desafíos y riesgos de la conservación <i>ex situ</i>	348
La fundación Darwin, ¿ONG o empresa conservacionista?	350
Las redes del poder en la fundación Darwin	351
Una nebulosa financiera	355
Los vínculos de la fundación Darwin con el turismo de redes	358
Las donaciones de los turistas a la conservación.....	359
«Charles Darwin Foundation Incorporated»	361

Índice

El inconveniente de preferir las redes a los territorios	363
¿Una población opuesta a la conservación?.....	365
La educación de la población: la panacea según la fundación Darwin	366
La opinión de la población sobre la conservación	371

Conclusión

De la conservación de la naturaleza a la preservación de la geodiversidad	377
---	-----

EPÍLOGO

Las Galápagos diez años después	389
Paisajes de apertura.....	391
El «galapagueñismo» o los beneficios de la apertura	408
La apertura de las Galápagos continúa	423
Conclusión: crear la geodiversidad para preservar las Galápagos.....	439
Bibliografía	445
Lista de mapas	459
Lista de figuras.....	461
Lista de cuadros.....	463

A los galapagueños de corazón, a todos los que quieren que estas islas sigan siendo extraordinarias.

A mi amigo Gil y a mi amigo Franklin, aunque no lo lean..., por ser de los últimos en vivir las Galápagos como un lugar único.

Agradecimientos

Agradezco sinceramente a Francis Kahn, Representante del IRD (antiguo ORS-TOM) en Ecuador entre 1997 y 2003, por haber impulsado la traducción de este libro, al igual que a Henri Godard, Director del IFEA, por su iniciativa de publicarlo y por haberme permitido retornar a las Galápagos para la redacción del epílogo. Mi reconocimiento también a María Dolores Villamar por su notable trabajo de traducción y a Alejandra Adoum y Cristina Carrión, quienes la asistieron.

Mi gratitud igualmente a las personas que me ayudaron a recoger las informaciones necesarias para la actualización de esta edición en español, en especial a: Eduardo Abudeye (Copahisa), Eliécer Cruz (WWF), Vincent Gálvez (Copahisa), Agnès Gelin (Copahisa), Sergio Larrea (JMP), Godfrey Merlen (WildAid), Eddy Navarrete (SPNG), Pablo Ospina (Universidad Andina Simón Bolívar), Noémie d'Ozouville (Universidad París V), Mario Piu (SPNG), Washington Tapia (SPNG), Silvia Vargas (AGIPA), Graham Watkins (FCD).

Y reitero complacido mi agradecimiento a todos quienes me ayudaron en otra época a trabajar en las Galápagos y a apreciar vivir allí, en particular a: Marco Andrade, Federico «Fiddi» Angermeyer, Franklin Angermeyer, Luis Arana, Linda Cayot, Whitman Cox, Felipe Cruz, Sarah Darling, David Day, Gayle Davis-Merlen(†), Gil y Marta De Roy, Matías Espinoza, Jacinto Gordillo, Romy Hartmann, Arturo Izurieta, Michel Kaysin, Erland Lettevald, Silvana Martínez, André Mauchamp, Hector «El Viejo Napolitano», Jack Nelson, Mao Ortuño(†), Fabio Peñafiel, Gabriel «Bicho» Rivadeneira, Patricia «Polly» Robayo, Christopher Rogers, Marta Romo-Leroux, Gunda Schreyer, Alberto Vasquez.

Prólogo

Me siento muy honrado de abrir la lectura de este importante trabajo. El libro que el lector tiene en sus manos es el estudio más completo, la visión de conjunto más amplia y la formulación más ambiciosa y mejor justificada de las contradicciones sociales y económicas que afectan a las islas Galápagos, de que disponemos en la actualidad. Las posibles discrepancias sobre varios detalles, sobre interpretaciones específicas, sobre el tono en que están escritas o sobre los efectos políticos del radical desencantamiento que su mirada escéptica puede implicar, no oscurecen en nada esa constatación.

Esta investigación, cuyos frutos podrán examinar por primera vez los lectores en castellano, nació del primero y más ambicioso intento de promover el estudio de la sociedad galapagueña, de sus tendencias económicas y migratorias y de su dinámica cultural. A inicios de los años 1990, la Fundación Charles Darwin firmó un convenio con la cooperación científica francesa (en ese tiempo ORSTOM, hoy IRD) para mejorar nuestro conocimiento sobre la sociedad galapagueña. Christophe Grenier vino junto a un equipo reducido de investigadores permanentes (un economista y un antropólogo), pero la misión alentó varias investigaciones más cortas con otros académicos. Su tesis doctoral se nutrió de una sistemática revisión de la documentación histórica disponible; de entrevistas y encuestas; de observación participante en varios episodios de la historia isleña; de descripciones etnográficas y de varias investigaciones parciales realizadas en equipo. La inmensa cantidad de información recopilada es en sí misma un valioso aporte al conocimiento y discusión pública sobre el pasado y el destino de las islas.

Pero esa rica información ha sido finamente interpretada. Para ello, el autor utiliza creativamente herramientas teóricas retomadas de la antropología y la historia, pero ante todo de la geografía. Me parece que gran parte de la novedad interpretativa del libro proviene de esta perspectiva geográfica y espacial sobre la evolución de la sociedad galapagueña. La noción de «espacio», eje conceptual constitutivo de las principales tendencias de la geografía social francesa, integra en un solo concepto tanto la sociedad como su entorno físico. La tesis doctoral de Grenier está marcada de la primera página a la última por este esfuerzo de análisis integrado que tanto necesita el archipiélago de Galápagos.

Pero además, la geografía implica un *punto de partida* «inverso» al que la sociología o la antropología suelen tener. Desde sus inicios, a la geografía le interesó explicar las *diferencias* en la superficie de la tierra. Su punto de partida no es tanto «el hombre», cuanto «el paisaje». Analiza las formas y procesos que explican el *cambio* en el entorno. Lejos de considerar ese entorno como una *constante* que influye en mayor o menor medida en la sociedad, la geografía hace de la *transformación* de los ambientes, los paisajes y los entornos, su preocupación central. Por qué cambian y de qué maneras. Las sociedades humanas son una fuerza inmensa de cambio y transformación ambiental. A partir de los *efectos* que la sociedad produce en el medio, se interesa en las fuerzas sociales que promueven los cambios espaciales y, en definitiva, en la *producción* del espacio. Y esta perspectiva es tan antigua como el surgimiento mismo de la disciplina científica moderna.

Paul Vidal de la Blache es considerado uno de los fundadores de la geografía moderna y sin duda el primer geógrafo moderno en Francia. En su opinión, el objeto de estudio de la geografía es la *superficie* de la tierra. La superficie terrestre no permanece estática sino que cambia, se mueve. Entre las fuerzas del cambio de la tierra, desde tiempos más remotos de lo que se piensa habitualmente, se encuentra el hombre, fuerza activa y pasiva a la vez. Cada vez más la geografía, en opinión de Vidal de la Blache, se vuelve hacia las transformaciones que el hombre provoca en el paisaje.

Al estudiar la acción del hombre sobre la tierra y los estigmas que una ocupación varias veces secular imprime sobre su superficie, la geografía humana persigue un doble objeto. No solamente debe establecer el balance de las destrucciones que, con o sin la participación del hombre, redujeron tan singularmente desde los tiempos del Plioceno el número de las grandes especies de animales. Encuentra también, en el conocimiento más íntimo de las relaciones que unen al conjunto del mundo vivo, el medio de escrutar las transformaciones actualmente en curso y aquellas que podemos prever¹.

Desde semejante perspectiva intelectual, la tesis central de Grenier puede entenderse mejor. Escrita al calor de la lucha social de los años 1990, su tesis expresó muy bien el conflicto del que surgió. En cierta forma, su argumentación ha sido un vibrante y documentado intento de justificar la necesidad de un control local del manejo y el beneficio de los recursos naturales de las islas. La tesis central es que en Galápagos ha prevalecido una idea de conservación basada en redes cuando se trata de manejar territorios. Esta primacía es, a su vez, el resultado de la expansión del capitalismo a escala planetaria.

1 Paul Vidal de la Blache, 1955 [1921]. *Principes de Géographie Humaine (publiés d'après les manuscrits de l'auteur)*. E. de Martonne (ed.). 5^a ed. Paris: Librairie Armand Colin, p. 15, traducción de P. Ospina.

La reducción de la especiación geográfica mediante la conexión de un número creciente de lugares al Sistema Mundial y la organización reticular de los espacios que resultan de ella, erosionan tanto la biodiversidad como la diversidad cultural a escala planetaria².

Esta conservación basada en redes, que expresa la expansión del capitalismo, está sostenida en Galápagos por las grandes empresas de turismo del continente asociadas al naturalismo de los países del norte. Una alternativa a estas fuerzas poderosas implica disminuir los flujos migratorios, turísticos, de dinero, de especies, de productos marinos y desconectar parcialmente las islas del Sistema Mundo mediante el establecimiento de eficaces controles sociales comandados por el poder público (la expresión más directa de estas ideas en p. 331-339 de la versión francesa).

La historia de Galápagos es la de usos sucesivos de las islas por actores extranjeros que las integraron al Sistema Mundo bajo la forma de un «espacio abierto» que el Ecuador no cesará de cerrar un poco para afirmar su soberanía (p. 17).

Esta integración de las islas al Sistema Mundo y a Ecuador [insisto, llevada a cabo también por los propios habitantes locales] se traduce en una «continentalización» acelerada del medio insular. Si algo trasluce en la tesis de Grenier es el intento de desmontar el mito de que el Parque Nacional Galápagos está bien manejado, que es un ejemplo para el mundo; el mito de que las organizaciones de conservación o los operadores turísticos o incluso los pescadores quieren en realidad conservarlo.

Siempre me pareció que sus tesis centrales eran similares a las que animaron la promulgación de la Ley Especial de 1998: control local, control de migraciones, de flujos de capital, fortalecimiento de instituciones y actores que filtraran las presiones del Sistema Mundial. Tanto su diagnóstico como sus prescripciones fueron defendidas, aun sin saber que lo hacían, por varios actores sociales e intelectuales de las islas y fuera de ellas. El presente libro incluye un capítulo de actualización de la tesis publicada en el año 2000. ¿Cómo valora Christophe Grenier estos años de cambio institucional y social en Galápagos?

Lo primero que hace es constatar los inmensos cambios de una sociedad que no ha dejado de crecer y modernizarse aceleradamente. Empieza estableciendo un contraste muy marcado con lo que vivió hace más de 10 años. Hace el trabajo del antropólogo: se asombra de aquello que los galapagueños ven todos los días. La sorpresa y la curiosidad del recién desembarcado lo hace plantearse preguntas

2 Christophe Grenier, 2000. *Conservation contre nature. Les îles Galapagos*. Paris: IRD Editions. Collection Latitude 23; p. 338; traducción de P. Ospina.

que otros no se harían. Cuando interpreta los resultados de ocho años de aplicación de la Ley Especial, reconoce el fortalecimiento técnico y financiero de las instituciones de control, encuentra avances significativos en la legislación y la percepción de los actores sociales tanto locales como continentales. Pero los grandes problemas y la gran contradicción del pasado siguen presentes. Las islas, sus habitantes y su naturaleza van mal y no debemos cerrar los ojos ante ese veredicto final.

¿Cuál es la razón principal de este fracaso, que es el fracaso del «galapagueñismo»? Las razones están presentes en el mismo diseño del instrumento que buscaba expresarlo:

En definitiva, la contradicción mayor de la « Ley Especial », que explica el desencantamiento actual en Galápagos después de las esperanzas que despertó, es pretender controlar la apertura del archipiélago, considerada la principal amenaza tanto para su conservación como para sus habitantes, al tiempo que se institucionalizan los ingresos ganados de esa misma apertura, especialmente del turismo ilimitado (...) La consigna «Galápagos para los galapagueños» (...) expresa tan solo la voluntad de ciertos actores locales de beneficiarse más de la explotación de esos recursos, que continúan siendo manejados bajo el precepto de «acceso abierto» en el marco de un «espacio abierto».

En tal virtud, las razones del fracaso, ya no solamente del modo de «conservación» de la naturaleza decretado hace diez años, sino del giro actual, marcado por el recurso político populista a la «identidad galapagueña», se encuentran en que esa población solo puede vivir de la apertura al mundo porque siempre ha dependido de ella. Los actores locales y continentales podrían hacer el esfuerzo de aislar parcialmente al archipiélago del mundo, única forma de conservar su geodiversidad, pero en realidad no quieren hacerlo. Y, sin embargo, esta salida clausurada por el análisis de Grenier es la única salida imaginable. Como lo dice el propio autor al final del nuevo capítulo: «Son los actores los que hacen cambiar las situaciones geográficas: recuperar un cierto aislamiento es más fácil de realizar en islas oceánicas que en el continente».

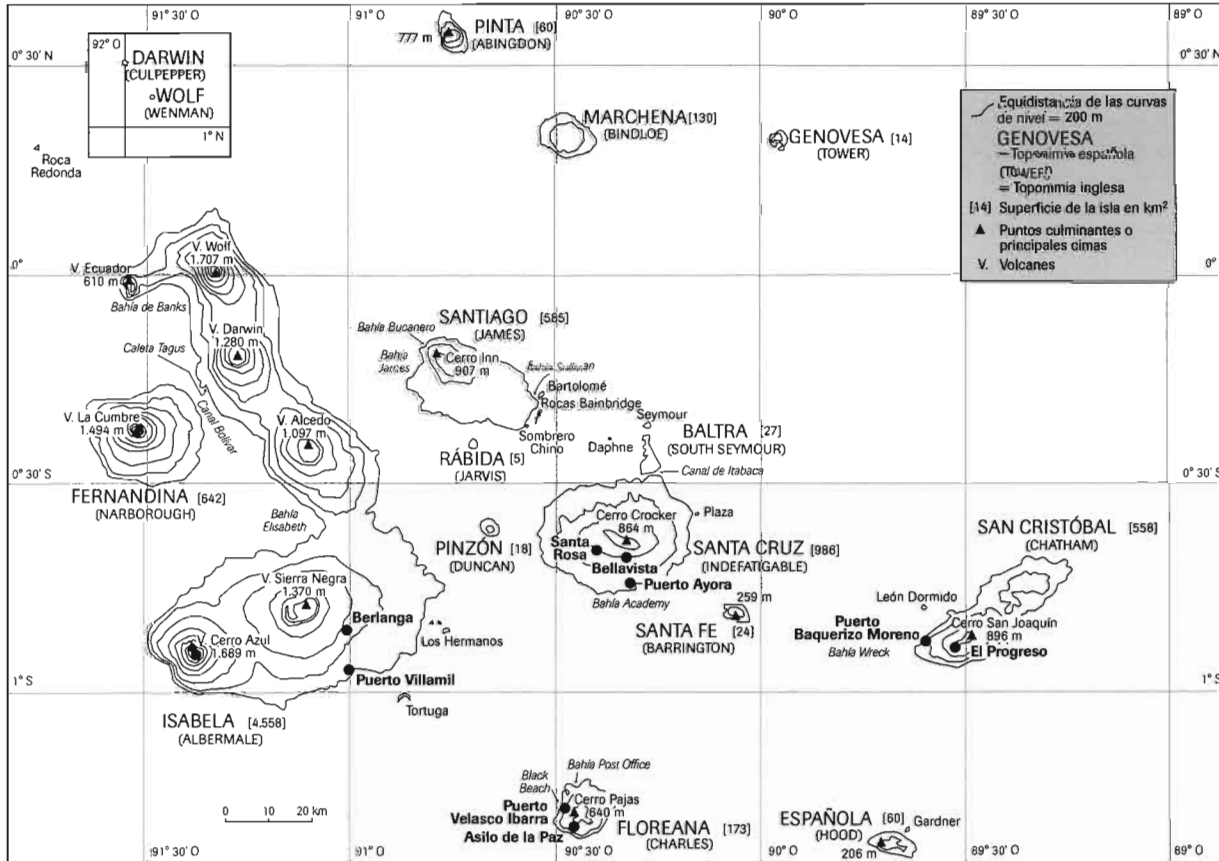
Cuando Christophe termina planteando que ante tal dilema la única solución es la existencia de un actor a la vez local y mundial (el binomio PNG - Fundación Darwin) que controle el acceso a los recursos y autorice solamente aquellos que son compatibles con su conservación, parece estar depositando sus expectativas en el funcionamiento de ciertas instituciones más que en la dinámica de los actores sociales mismos. Pero resulta que las instituciones no están colgadas en el aire. Solo son eficaces cuando hay fuerzas sociales reales que las sostienen. ¿Cuáles podrían ser esas fuerzas? Me parece que lo que nos está diciendo el autor es que en otras condiciones isleñas (tal vez el archipiélago de Vanuatu) donde el ais-

lamiento oceánico se combina con poblaciones humanas con siglos de territorialización y adaptación al entorno, podría haber alguna oportunidad aunque las probabilidades son muy pequeñas y las presiones inmensas. En Galápagos todo indica que no habrá esperanza. Quedará tal vez el testimonio comparativo de su intento frustrado.

Es posible. Pero las tesis que he defendido han ensayado siempre un tono diferente. He sostenido que en la constitución de los actores locales se vive una contradicción lacerante entre la búsqueda de los beneficios de la apertura y el temor enorme por sus costos. Toda su historia reciente está marcada por esa ambivalencia profunda. Que la identidad galapagueña es reciente y se forma por oposición a los «otros», pero que eso no es señal de falsedad oportunista, sino que todas las identidades sociales se han formado en esas oposiciones binarias. Y siempre que nacieron fueron, durante mucho tiempo, «recientes». Aunque haya urgencia y tal vez hayan nacido demasiado tarde, es un punto de partida necesario. No me parece que sea cerrar los ojos a las tendencias existentes decir lo que estoy diciendo. Es darles otro origen. El resultado neto final («las islas van mal») proviene de que la potencia del capitalismo es inmensa y que los actores locales batallan contra sus propias contradicciones internas y que están siendo arrastrados en una lucha desigual. Pero luchan. Entre los propios actores, en casi todos ellos, hay oposición. Hay esfuerzos sinceros por hacerlo de otro modo. En ningún lugar del mundo las tendencias destructoras del capitalismo han sido eficazmente contenidas. No es razón para dejar de resistir. Si hay una oportunidad, la encontraremos en los actores que no son solo una obra de su apertura al exterior, sino que buscan controlarse unos a otros; que también necesitan los recursos que contribuyen a destruir; que junto al espíritu utilitario que los anima, sienten lazos poderosos con el territorio que modelaron. En esa naturaleza humana contradictoria, en esas relaciones sociales en tensión constante, están encerradas fuerzas sociales activas que pueden hacer de ese otro mundo, apenas proclamado, algo posible y vital.

Pablo Ospina Peralta
Quito, marzo de 2006

Mapa 1. Las islas Galápagos



Introducción

¿Islas o el planeta?

Supuestamente protector de una naturaleza cuya singularidad proviene del aislamiento en el que ha evolucionado, el parque nacional de las Galápagos ha desatado un proceso inverso al reforzar la incorporación de estas islas oceánicas al resto del mundo a través de redes turísticas y migratorias. Estas redes hacen penetrar en el archipiélago y la reserva natural –espacios en principio doblemente cerrados, si bien jamás lo han estado herméticamente– un número creciente de personas cuyas actividades permanentes o temporales provocan la desaparición de la naturaleza que se creía preservar. Este estudio apunta a demostrar que el fracaso del parque nacional es el de la conservación de la naturaleza como práctica e ideología.

Cabe señalar que las islas Galápagos no se extienden sino sobre 8.000 km², albergan, cuando más, a 20.000 habitantes permanentes y no las frecuentan sino unos sesenta mil turistas cada año. En consecuencia, un análisis geográfico de la conservación de la naturaleza a partir del estudio de este archipiélago únicamente, puede suscitar la siguiente objeción: su exigüidad, su escasa población y la modestia de los flujos que allí se vierten volverían poco generalizables las lecciones que podrían extraerse, aun si las innumerables investigaciones científicas que se han llevado a cabo desde Darwin y el prestigio del Parque Nacional Galápagos (PNG) han hecho de ellas un emblema a escala mundial. Esta crítica puede refutarse con un enfoque que demuestre que la complejidad de lo real obliga a abordarlo como un sistema¹: una parcela del globo –Galápagos u otra– no se comprende sino considerándola a la vez como parte de un todo y como conjunto singular. Y si, en geografía, lo particular es parcialmente explicable por lo ge-

1 El análisis sistémico no es sino el nombre moderno (holismo es menos utilizado) de un procedimiento tan antiguo como la ciencia (incluso como la religión o el mito), pues apunta a entrelazar fenómenos con el fin de proponer una explicación global. Para intentar llegar a ello, he utilizado los conceptos de «campo» (véase Bourdieu, 1992) y, sobre todo, de «medio» (véase Berque, 1986, 1990, 1993, 1996), que implican prestar particular atención a las relaciones o a las redes que enlazan diferentes elementos del sistema estudiado.

neral, lo contrario es igualmente cierto y el estudio de determinados fenómenos que operan en una región, los clarifica a la escala de la Tierra. Se trata de exponer aquí los términos de esta correspondencia.

Es admitido que la unidad de la especie humana y del espacio terrestre autoriza las comparaciones entre los diferentes lugares del planeta poblados o utilizados por el hombre². «La ciencia geográfica presupone que el mundo sea comprendido geográficamente, que el hombre se sienta y se sepa ligado a la Tierra como ser llamado a realizarse en su condición terrestre», escribía E. Dardel en *L'homme et la Terre* (1990: 46 [1952]): si sabemos desde hace mucho tiempo que la Tierra es un espacio finito, tal vez queda por medir ese límite partiendo de la conciencia de la época en que vivimos.

Vivimos en un mundo a la vez limitado y frágil: por primera vez la humanidad tiene un espacio de las dimensiones del planeta, y su acción puede modificar cualquier lugar del globo así como su totalidad. Es en la finitud histórica de la Tierra donde reside la novedad radical pues, en la biosfera, la historia ha sobreimpuesto el sistema Mundo (Dollfus, 1986; 1990). Resulta de ello una complejidad acrecentada dado que no solamente los campos de la naturaleza terrestre y de la humanidad coinciden totalmente en lo sucesivo, sino que también en cada uno de ellos y como de manera cruzada, fenómenos locales pueden tener consecuencias a nivel planetario, e inversamente.

Las islas: biología evolutiva y geografía

Biología evolutiva y geografía tienen en común el tratamiento de las relaciones entre la Tierra y lo vivo: especies o humanidad. De ello se deriva una cierta similitud entre ciencias cualitativas a las que el «terreno» ofrece un asidero directo en la realidad. Dado que trabajan sobre un campo a la vez limitado —espacio terrestre o biosfera— y muy complejo, estas dos ciencias se apoyan en el análisis sistémico y comparten, especialmente, los siguientes métodos y concepciones: el recurso a las escalas —de lo local a lo mundial— en el caso de los espacios o los ecosistemas; a la historia —el vínculo entre el tiempo y el espacio es fundamental en el estudio geográfico de la humanidad y en el de la evolución biológica—; y a la conciencia de la singularidad de sus objetos de estudio —cada lugar, paisaje, medio o cada población, especie, ecosistema es único— (Mayr, 1989).

Al igual que en ecología, en geografía la insularidad tiene un valor heurístico: el continente —o la forma— de la isla materializa, a la vez, los límites y la singulari-

2 Nada nuevo hay en este postulado en geografía: «La idea que planea sobre todos los avances de la geografía es la unidad terrestre. Los hechos de geografía se vinculan a un conjunto terrestre y son explicables sólo por él» (Vidal de la Blache, 1955: 5 [1921]).

dad de un lugar, mientras que su contenido —o su población— prueba que está penetrada por flujos de organismos y de humanos que la unen al espacio planetario. Al mismo tiempo, las islas son lugares del globo cuya población —vegetal, animal o humana— ha evolucionado de manera suficientemente aislada como para permitir, a veces, la especiación biológica o, a menudo, la autonomización cultural. Las islas son, por tanto, un factor de diversificación biológica y/o cultural y paralelamente atestiguan la unidad de lo vivo sobre la Tierra: se definen por relaciones fluctuantes entre la apertura y el cierre al mundo, la permanencia de los ecosistemas y de los medios, y su remodelamiento periódico por la circulación de las especies y los hombres.

Pero si bien no existen islas herméticas y vacías de toda vida, hay en cambio un número creciente que tiende a abrirse excesivamente: demasiado accesibles, pierden entonces todo o parte de su insularidad biológica y de su «isleñidad» humana (Moles, 1982; Bonnemaïson, 1990) para convertirse en «casi-islas», por más de que sigan estando separadas de una tierra grande por las aguas. Es el caso cuando se implantan grandes redes de transporte regulares y rápidas entre el continente y la isla, pues estas aumentan y aceleran los flujos vegetales, animales y humanos que allí se vierten. Entonces, las especies insulares, endémicas o nativas, experimentan una regresión respecto de una fauna y una flora introducidas; los paisajes de la isla se modifican profundamente y el medio isleño es reemplazado por géneros de vida vigentes en otras partes del mundo.

Ahora bien, aunque la isla es un espacio distinto de la superficie de la Tierra, las características de muchas regiones continentales pueden, no obstante, aproximarse a ello: el paradigma ecológico de la insularidad (una «isla» es también cualquier ecosistema continental cuyo cierre relativo —montaña, pantano, lago, etc.— es suficientemente importante como para crear en él especificidades evolutivas) funciona también en geografía, con matices evidentes de por medio. La metáfora de la insularidad opera, entonces, a nivel del globo: el espacio terrestre es diferenciado según los principios de especiación y de especialización (Brunet, 1986). La primera resulta de la autonomización de una región que ha evolucionado en cierto aislamiento, mientras la segunda emana de la división social y espacial del trabajo a escala mundial, posibilitada por las redes que el capitalismo ha implantado: por ende se encuentran «islas» en cualquier parte de la Tierra.

El planeta y las islas

La sobrepoblación, las grandes migraciones, el agotamiento de los recursos naturales o los diferentes tipos de contaminación —entre otras perturbaciones o peligros que calificaremos de geográficos más que de ecológicos, puesto que se derivan de una cierta transformación operada en el espacio terrestre por la humanidad— no son propios del mundo contemporáneo. Pero la diferencia esencial en-

tre el tiempo presente y todas las épocas pasadas proviene tanto de las tasas de crecimiento como de la acumulación de estos fenómenos en una Tierra limitada: en lo sucesivo, ya no será tal o cual comarca la que se verá afectada sino, potencialmente, la totalidad del planeta, y ello de manera irreversible a escala humana, la única que importa aquí.

Es, pues, en la historia donde debemos buscar una explicación geográfica del mundo actual, y la del capitalismo ofrece una interpretación pertinente. Sin por ello convertirla en «la última instancia» de toda explicación, la noción de capitalismo permite, en efecto, agrupar un conjunto muy vasto de factores que determinan, en gran medida, la historia de las sociedades contemporáneas y sus relaciones con la Tierra. Históricamente, el auge del capitalismo se operó a partir de un centro europeo y según un doble movimiento de extensión planetaria y de intensificación social: la formación del sistema Mundo, que da cuenta de su expansión sobre la Tierra entera, remite a lo que hoy hace las veces de civilización universal³, a saber, la búsqueda indefinida del «desarrollo» o del crecimiento económico bajo la «ley del mercado».

La búsqueda permanente del mejoramiento y de la extensión de los transportes y las comunicaciones a fin de asegurar una circulación más rápida de cantidades crecientes de productos, mercancías, hombres, capitales o información es consustancial a la historia del capitalismo. Mejor aún, este se caracteriza, hoy más que nunca, por una proliferación de estas redes, que son sus vectores tanto como su modo de funcionamiento en un mercado de dimensiones planetarias (Castells, 1998): cada vez más eficientes, permiten integrar rápidamente cualquier lugar sobre la Tierra —y, eventualmente, el espacio al que se abre— a la economía mundial. Las razones del progreso del capitalismo, como aquellas de las crisis por las que atraviesa, se explican por la contradicción en que se funda: prospera gracias al fortalecimiento del sistema Mundo, pero este está basado en una desigualdad funcional, tanto social como espacial. Ahora bien, la correlación entre la amplitud planetaria de las perturbaciones mencionadas y la inserción de toda la Tierra en el espacio del capitalismo resulta de un proceso de homogeneiza-

3 En efecto, no por ello la «mundialización» y la «globalización» del capitalismo constituyen una civilización universal, cuya unidad se ve impedida por el movimiento contradictorio que opera en el sistema Mundo. El proceso en curso conduce más bien a la universalización de ciertos rasgos de una civilización occidental profundamente modelada por el capitalismo, los cuales modifican así las culturas, mezclándose con sus propios particularismos. El resultado es lo que E. Bloch (1978) define como la modernidad, a saber una «coexistencia de temporalidades», es decir la combinación entre, por ejemplo, la técnica más reciente y elementos, propios de cada cultura, de lo que él llama lo «no contemporáneo»: en las Galápagos, las redes modernas implantadas entre estas islas y Asia sirven para transportar pepinos de mar, utilizados como afrodisíacos en la farmacopea china tradicional.

ción mundial, posibilitado por los avances de las redes de transportes y de comunicaciones.

Si las cuestiones debatidas con ocasión de las conferencias mundiales sobre el ambiente a menudo no ofrecen respuestas consensuales y, menos aún, desembocan en aplicaciones, es que existe –además de las contradicciones entre los imperativos del capitalismo y aquellos de la preservación del planeta– una «dicotomía entre la interdependencia ecológica mundial y la fragmentación del sistema político internacional» (Hurrell y Kinsbury, 1922). Sin embargo, estas lógicas profundamente antagónicas parecen capaces de contemporizar en un tema particular: el vínculo, débil, entre la salvaguarda abstracta de un planeta-biosfera para el bien de la humanidad y la toma de conciencia de ciertos Estados en cuanto a la necesidad de velar por los recursos de sus territorios, que adopta la forma de la conservación de la naturaleza en espacios reservados a este efecto. Es así como en las Galápagos la naturaleza está protegida como «patrimonio mundial» en el seno de un «parque nacional».

En muchos países pobres, migrantes actualmente calificados de «ecológicos» huyen de los lugares donde la sobrepoblación y una economía devastadora han degradado el ambiente al punto de volverlo invivible. En los países ricos, los turistas se dirigen periódicamente hacia destinos que les garanticen un retorno, aunque sea muy breve, a una naturaleza representada como «intacta»: de ahí el actual auge del «ecoturismo». Son minúsculas corrientes salidas de estos flujos de población, que movilizan anualmente a centenares de millones de personas en el mundo, las que se encuentran en las Galápagos: migrantes ecuatorianos que abandonan los campos asolados o las metrópolis de vida difícil, y turistas del Norte que llegan buscando encontrar un ilusorio «paraíso perdido» en estas islas.

La crisis ecológica planetaria ha puesto en evidencia los límites de la Tierra que puede, así, ser comparada con una isla. Ahora bien, la prosecución de la destrucción ecológica y del «enjaulamiento» (Brunet y otros, 1992) de la Tierra que promueven las redes del sistema Mundo acarrearán, entre otros fenómenos, un fuerte aumento de los viajes turísticos y de las migraciones de población, así como una importancia creciente de la conservación de la naturaleza: por ende, estas cuestiones geográficas conciernen a la vez al mundo y a las Galápagos, al planeta y a estas islas.

Privilegiar la exposición de las dinámicas que operan en las Galápagos

He optado por exponer las dinámicas que operan en las Galápagos, lo que supone comenzar por el inicio: la primera parte de esta obra trata sobre la naturaleza y la historia de estas islas. Dado que la naturaleza de las Galápagos es, hoy en día, a la vez materia prima, objeto de estudio, de negocio y de preocupación, parece

legítimo exponer primero lo que hace su singularidad, a través de la explicación darwiniana y la descripción de sus paisajes (capítulo I). Pero esta entrada en materia se justifica igualmente por la «complicidad»⁴ que se produce con esta naturaleza, lo que permite no reducirla a las solas representaciones científicas o turísticas, sino demostrar que participa de la belleza del mundo y que también por ello amerita ser preservada. La historia de las Galápagos es la de la transformación de su naturaleza en espacio por parte de las redes del capitalismo, la de los usos sucesivos de estas islas por parte de actores extranjeros que las han integrado al sistema Mundo bajo la forma de un «espacio abierto» que Ecuador no cesará de cerrar un tanto para afirmar su soberanía (capítulo II). El resultado del interés de los occidentales por las Galápagos corresponde a una concepción histórica de la naturaleza que los ha llevado a promover la conservación de la mayor parte del archipiélago bajo la forma de un parque nacional «para la ciencia» (capítulo III): ahora bien, esta «naturalización» fomentada por el Norte en las islas ha iniciado, paradójicamente, el proceso conducente a la destrucción de su singularidad.

En efecto, una vez que la naturaleza ha sido valorizada por una conservación ampliamente mediatizada, el turismo, la inmigración y las instituciones destinadas a dirigirlas, pueden unir las Galápagos al mundo, lo que se traduce en la continentalización del medio insular: es el tema de la segunda parte. El turismo exige la puesta en escena de la naturaleza de las Galápagos a fin de que sea rápidamente consumida por los visitantes, la brevedad de cuya estadía garantiza la rentabilidad de empresas en su mayoría exteriores a las islas. Este mercado, en plena expansión, está dominado por las empresas del «turismo de redes», en parte gracias a una política deliberada, aplicada por los gobiernos ecuatorianos y las instituciones conservacionistas internacionales (capítulo IV). La estructura y la repartición de la población de las Galápagos reflejan las sucesivas olas de inmigración que la han hecho crecer vertiginosamente. Estimuladas por el Estado, luego por el turismo, las migraciones hacia las Galápagos tienen, actualmente, como motor principal la miseria reinante en la parte continental del país. Las redes migratorias desempeñan un papel cada vez mayor en este poblamiento y favorecen el anclaje de ciertas comunidades en el archipiélago, donde se asiste a la emergencia de un sentimiento regional cristalizado en una insularidad mal vivida. Durante los años 1970, los ingresos petroleros permitieron al Estado invertir masivamente en las Galápagos, pero una vez agotado este maná, los territorios administrativos y políticos que se crearon en la nueva provincia insular han escapado,

4 «¿Qué es lo que impide a los geógrafos, digamos universitarios, interrogarse sobre las resonancias profundas, en ellos mismos o en los demás, de los paisajes o los lugares? [...] Al recusar como no científica o repulsiva toda referencia a la subjetividad individual o colectiva que se expresa en las reacciones ante los paisajes, se corre el gran riesgo de omitir un nuevo interés social que otros sabrán captar a tiempo» (Sautter, 1976: 61-62).

en parte, a su control, en beneficio de actores locales que se disputan una renta de situación⁵ extraída de las redes transnacionales de la conservación y del turismo (capítulo V). En unas Galápagos cada vez más abiertas, las islas pobladas presentan modalidades diferentes de conexión con el sistema Mundo (del cual Ecuador forma parte), según sus funciones al interior de las redes en las que está atrapado el archipiélago: turismo, migración, fondos públicos y privados (ecuatorianos o internacionales, para el desarrollo o la conservación), pesca de exportación. Pero esta integración se traduce en todo lado en una continentalización acelerada del medio insular —de la que dan fe los paisajes de las zonas colonizadas— y en la pauperización de la mayoría de los habitantes (capítulo VI).

Estos problemas sociales vinculados entre sí —un mercado turístico dominado por empresas externas a las islas, el desvío o el abandono de las funciones redistributivas o reguladoras de un Estado fagocitado por intereses particulares, la inmigración masiva, la pobreza— suscriben el fracaso del proceso emprendido hace unos cuarenta años con la creación de un parque nacional prestigioso y, por tanto, el de la conservación de la naturaleza en las Galápagos, tema analizado en la tercera parte. Los medios de que disponen las entidades responsables del PNG son muy insuficientes: el espacio «protegido», imposible de vigilar, es el teatro de depredaciones lucrativas, como la pesca de pepinos de mar (capítulo VII). Pero este fracaso resulta igualmente de una conservación que de hecho ha abandonado la protección de los ecosistemas *in situ* —que compete a los poderes públicos—, en provecho de la preservación *ex situ* de ciertas especies emblemáticas, confiada a fundaciones naturalistas privadas que se concentran en la búsqueda de fondos y descuidan a la población local, buena parte de la cual rechaza, por ello, el parque nacional (capítulo VIII).

5 ventajas ligadas a una ubicación geográfica estratégica. (N. del T.)

**Una naturaleza codiciada
en un espacio abierto**

Capítulo I

El descubrimiento de la naturaleza de las Galápagos

Entre el mito y la ciencia

Una naturaleza ajena al hombre

Si las Galápagos son hoy uno de los lugares más estudiados por los naturalistas, si albergan un parque nacional considerado durante largo tiempo como un modelo y si atraen a decenas de miles de turistas por año, se lo deben, en gran medida, a Charles Darwin. En efecto, es después de la breve escala del naturalista en estas islas que las Galápagos hacen, en realidad, su entrada en el mundo: las observaciones que allí realiza y los especímenes que recoge son cruciales para la elaboración de *Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural, o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la existencia* (1859), obra que trastorna la idea que de la naturaleza y, de hecho, de ella misma tiene la civilización occidental (Worster, 1992; Mayr, 1993).

Ahora bien, las Galápagos desempeñan en realidad este papel capital en el cambio de la visión occidental de la naturaleza en dos ocasiones pues ya en 1854 Herman Melville publicó *Las Encantadas*, una *nouvelle* inspirada en su paso por las islas en 1841, a bordo de un barco ballenero de Nantucket.

No obstante, el tono de las primeras frases del *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* que Darwin dedicó a las Galápagos difiere mucho del de Melville:

El archipiélago de las Galápagos se compone de diez islas principales, de las cuales cinco son considerablemente más grandes que las otras. Este archipiélago está situado bajo el ecuador, a quinientas o seiscientas millas al oeste de la costa de América. Todas las islas se componen de rocas volcánicas [...]¹.

Tomad veinticinco montones de ceniza diseminados aquí y allá sobre un terreno baldío; dejad que vuestra imaginación los transforme en montañas y en mar

1 Darwin, 1985 [1845]: 158.

el espacio entre ellas, y tendréis una idea exacta del aspecto general de las «Encantadas». Más bien un grupo de antiguos volcanes que verdaderas islas, similares a lo que sería el mundo después de un abrasamiento punitivo. Es dudoso que exista otro lugar sobre la tierra que aventaje a este archipiélago en materia de desolación².

Darwin presenta cuidadosamente a las Galápagos, como naturalista admirador de la precisión descriptiva de Humboldt. Melville, en cambio, adopta un tono sarcástico desde el comienzo de su relato: estas islas no le gustaron; más aún, le impresionaron tanto que le ocasionaron pesadillas durante años... De las estadías en las Galápagos de estos dos hombres tan disímiles nacen dos representaciones de la naturaleza —la una científica y la otra literaria— que ponen en tela de juicio ideas tan fundadoras de la civilización occidental como aquellas del progreso y de la armonía —de origen divino—, de la naturaleza y de la sociedad humana.

Ciertamente, Darwin jamás asume el riesgo de negar abiertamente la Creación bíblica, pero se encuentran en su obra maestra cuestionamientos sutiles como el efectuado a propósito de una reflexión sobre la belleza de la naturaleza:

Podemos comprender, hasta un cierto punto, que haya tanta belleza en toda la naturaleza, pues es posible, en gran medida, atribuirle a la intervención de la selección. Esta belleza no siempre concuerda con nuestras ideas de lo bello³.

La naturaleza no es hermosa porque Dios la ha querido y creado así. Para el naturalista, es hermosa porque es explicable, incluso si la ciencia no concuerda con los cánones habituales de la belleza. El corolario es que la naturaleza no existe para el hombre y, por ende, no necesariamente concuerda con sus ideas, sino que existe en sí misma: es radicalmente ajena a la humanidad.

Pero, también nos dice Darwin

...Estaría dispuesto a creer que todos los animales y todas las plantas descienden de un prototipo único⁴.

Toda la riqueza del pensamiento darwiniano se revela a través de esta dualidad: la naturaleza existe independientemente del hombre y, por tanto, éste forma intrínsecamente parte de ella. Esta doble propuesta debería revelarse fecunda en el debate sobre la conservación de la naturaleza.

2 Melville, 1985 [1854]: 131.

3 Darwin, 1980 [1859]: 599.

4 *op. cit.*: 614.

En cuanto a la subjetividad exacerbada de la descripción de Melville, a primera vista podría hacer creer que, para él, la naturaleza solo se define en relación con valores humanos. Pero, en el fondo, su constatación es la misma que la de Darwin, pues su estadía en las Galápagos le enseñó que, contrariamente a lo que pretenden las «celebraciones arcádicas» de White o de Thoreau entonces de moda entre los anglosajones (Worster, 1992), la naturaleza tiene dos aspectos, que él expone en una alegoría mordaz:

Incluso la tortuga, por melancólico y oscuro que pueda ser su lomo, posee un lado luminoso ya que su placa ventral es a veces de un amarillo pálido. Además, todo el mundo sabe que si ponéis a la tortuga sobre el lomo, exponéis su lado luminoso sin que tenga la posibilidad de darse vuelta por sí sola. Pero una vez que lo hayáis hecho, y puesto que lo habéis hecho, no deberíais nunca más jurar que la tortuga no tiene un lado oscuro. Aprovechad el lado luminoso, mantenedla a perpetuidad sobre el lomo, si es que podéis, pero sed honestos y ya no neguéis el lado oscuro⁵.

Existe entonces ante nuestros ojos una naturaleza que también tiene su «lado oscuro». A partir de ese momento queda roto el mito del paraíso terrestre: «En ninguna otra parte sino en un mundo venido a menos pueden existir semejantes lugares», escribe Melville a propósito de las Galápagos (op. cit.: 133)... Así, «la lección de las Galápagos termina por simbolizar la idea que se hacía toda una cultura de sus relaciones con el orden ecológico de la tierra»: la «lucha por la vida» de Darwin y el «mundo venido a menos» de Melville vuelcan brutalmente a la civilización occidental hacia una «ecología pesimista» (Worster, 1992: 144).

Mucho más que Melville, es Darwin quien eleva las Galápagos al nivel de un mito en la civilización occidental, pues reemplaza el relato bíblico de la Creación de las plantas y de los animales «según sus especies» por la teoría científica que explica que estas especies evolucionan gracias a una «selección natural» en la cual el entorno cumple una función y el azar es preponderante. Esta teoría es otro relato sobre los orígenes y en esa medida se emparenta con un mito, que «es siempre el relato de una creación» (Eliade, 1993: 17). Ahora bien, según F. Sulloway (1987),

porque los mitos y las leyendas gravitan, ante todo, alrededor del problema de los orígenes, los descubrimientos de Darwin han sido sepultados bajo las típicas deformaciones de una historia «heroica», que es reconstruida⁶.

Así, este historiador califica de «mito» el papel exclusivo atribuido a las Galápagos en la teoría de la evolución, pero a la «historia reconstruida» de esta última

5 op. cit.: 138.

6 op. cit.: 82.

le hacía falta un lugar de nacimiento preciso: lo fueron estas islas. Y el mito de los orígenes galapagueños del descubrimiento de Darwin funciona tanto mejor cuanto que las islas constituyen un arquetipo ideal en numerosas civilizaciones: la isla, mundo en sí misma, remite a los comienzos de la Tierra.

Por tanto, el sustrato sobre el cual habrá de edificarse el mito moderno de las Galápagos es particularmente propicio: según las obras cuyos títulos las califican de *Arca de Noé en el Pacífico* (Eibl-Eibesfeldt, 1975), de *Paraíso perdido* (Salwen, 1990) e incluso de *Paraíso de los animales* (Zuber, 1975), estas islas son a la vez el lugar donde nació el relato moderno de la creación de la naturaleza y aquel donde todavía es posible observar esta creación (véase el capítulo IV). Así, pues, la escala en las Galápagos de un joven naturalista de curiosidad insaciable y aguzado espíritu de observación sería el origen de este mito...

Darwin en las Galápagos

Cuando el Beagle llega a las Galápagos el 13 de septiembre de 1835, Darwin ya ha recogido los más diversos especímenes, hecho escala en las islas atlánticas, recorrido el bosque tropical de Brasil, desenterrado fósiles en las estepas de la Patagonia, observado a los fueguinos, presenciado un enorme terremoto en Chile, atravesado los Andes y el desierto de Atacama... Es, pues, un naturalista consciente de la diversidad terrestre quien desembarca en las Galápagos al cabo de tres años y medio de expedición. Pero si bien su fe en la inmutabilidad de una naturaleza creada por Dios está quebrantada (Broweer, 1995), Darwin no reemplaza esta creencia por otro esquema explicativo, todavía en gestación durante la escala en estas islas.

El Beagle permanece un largo mes en las Galápagos y no atraca sino en cuatro islas: Chatham (San Cristóbal), Charles (Floreana), Albermale (Isabela) y James (Santiago). El diario de viaje de Darwin (1845) muestra su prodigioso interés por las Galápagos: intrigado por la novedad de su fauna y de su flora, colecciona especímenes de decenas de especies de pájaros, peces, conchas, insectos, plantas, de los cuales muchos —señala con júbilo— son endémicos. Además, el naturalista multiplica las observaciones geológicas, disecciona iguanas, compara las Galápagos con lugares por los que ha pasado: las islas de Cabo Verde por las características físicas en su conjunto, Fernando de Noronha por la vegetación, la Patagonia por el aspecto apagado de los pájaros y de los insectos.

También hay habitantes en las Galápagos cuando el Beagle hace su escala, pero las pocas líneas que Darwin les dedica hablan casi todas de su relación con la fauna del archipiélago. Se muestra sorprendido por la facilidad con la que los animales dejan que el hombre se les acerque. Así, en la isla Charles, «un niño sentado junto a un pozo, varilla en mano, mataba a las tórtolas y los gorriones que

se acercaban a beber». Y añade: «Parece que los pájaros de este archipiélago no han comprendido aún que el hombre es un animal más peligroso que la tortuga...» (1985: 187). El naturalista observa, no obstante, que estos pájaros «parecen haber sido aún más intrépidos que en la actualidad», refiriéndose a los relatos de los corsarios Cowley y Dampier, que estuvieron en las Galápagos en 1684. Finalmente, en la isla James, Darwin comparte la comida de los cazadores de tortugas cuya carne le parece «excelente». Las comparaciones desempeñan un papel clave en el método de Darwin:

La historia natural de estas islas es eminentemente extraña y merece la mayor atención. La mayor parte de la producción orgánica de estas islas es esencialmente nativa y no se la encuentra en ninguna otra parte; se observan incluso diferencias entre los habitantes de las diversas islas. Todos estos organismos tienen, no obstante, un grado de parentesco más o menos marcado con los de América [...] Este archipiélago forma un pequeño mundo por sí solo, o más bien un satélite vinculado a América, de la que ha sacado algunos habitantes⁷.

Lo que extraña a Darwin es que estas islas parecen no haber estado nunca unidas al continente:

Uno está tentado a creer, viendo cada colina coronada por su cráter y los límites de cada colada de lava todavía perfectamente distinta, que en una época geológicamente reciente el océano se extendía donde ellas se encuentran hoy [...] Así pues, y en el tiempo y en el espacio, nos encontramos frente a frente con este gran hecho, este misterio de misterios, la primera aparición de nuevos seres sobre la tierra⁸.

En efecto, ¿cómo explicar la paradoja de estas islas surgidas del océano que albergan a especies únicas y sin embargo emparentadas con las de un continente situado a 1.000 km de distancia? Es Lawson, un inglés, vicegobernador de la pequeña colonia de Floreana, el primero en poner a Darwin sobre la pista de uno de los fundamentos de su teoría:

Él me afirmó que las tortugas diferían según las islas [...] Desafortunadamente, descuidé demasiado el principio de esta afirmación y mezclé las colecciones provenientes de las dos islas⁹.

No obstante, el hecho es conocido por los balleneros y los colonos que se abastecen de carne de tortuga en varias islas y establecen distinciones... culinarias entre las especies. Darwin multiplica entonces las observaciones sobre las especies de aspecto similar presentes en diversas islas, pero no siempre clasifica sus espe-

7 *op. cit.*: 164.

8 *idem.*

9 *op. cit.*: 181.

címenes en función de los lugares donde los encuentra. Aún no tiene con qué sustituir el paradigma creacionista, según el cual las diferencias entre organismos aparentemente provenientes de una misma especie no podrían explicarse por una evolución diversificada en función del hábitat, mientras que para demostrar tal evolución evidentemente hay que localizar los especímenes recogidos... Sin embargo, Darwin no cesa de interrogarse sobre las variaciones de la fauna y de la flora entre las islas Galápagos y cuando el Beagle abandona el archipiélago el 20 de octubre de 1835, sabe que ha dado en el clavo respecto de un fenómeno extremadamente importante:

Asombra la energía de la fuerza creadora, si es que se puede emplear tal expresión, que se manifiesta en estas pequeñas islas estériles y rocosas; asombra aún más la acción diferente, y sin embargo análoga, de esta fuerza creadora en puntos tan cercanos unos de otros. He dicho que se puede considerar al archipiélago de las Galápagos como un satélite vinculado a América, pero sería mejor llamarlo un grupo de satélites, similares desde el punto de vista físico, distintos desde el punto de vista de los organismos y, no obstante, íntimamente enlazados los unos con los otros y todos al gran continente americano...¹⁰.

Y sus avances son rápidos pues, en julio de 1836, anota en su diario de viaje:

Cuando vuelvo a mirar estas islas unas frente a otras [...], habitadas por esos pájaros apenas diferentes unos de otros en su estructura y que ocupan el mismo lugar en la naturaleza, debo suponer que existen variedades [...] Si estas observaciones tienen el menor fundamento, la zoología del archipiélago merecerá ser examinada pues tales hechos socavarían la estabilidad de las especies¹¹.

En cuanto regresa a Inglaterra, Darwin envía sus especímenes a diversos especialistas y, en marzo de 1837, el ornitólogo Gould de la Zoological Society of London le hace saber que los pinzones recogidos en tres islas de las Galápagos pertenecen a tres especies diferentes –y no a variedades– y que provienen de una sola y misma especie ancestral, el «pinzón continental». Eso significa que estas especies son endémicas de esas islas, pero están emparentadas entre ellas por un ancestro común originario del continente americano: puede entonces aparecer una nueva especie cuando una población está geográficamente aislada de la especie matriz.

Medimos así el aporte de la escala en las Galápagos a la formulación de una de las teorías científicas más importantes de la humanidad. Cabe señalar, no obstante, que esta teoría surge en un momento preciso de la historia de las ciencias: no habría podido ser formulada sin el trabajo previo de los naturalistas que en el

10 *op. cit.*: 186.

11 citado por Mayr (1993).

siglo XVIII describieron, clasificaron, disecaron la naturaleza de la Tierra entera y recogieron gigantescas cantidades de especímenes, conservados en los museos occidentales. Es apoyándose en estas grandes colecciones que Darwin llega a elaborar su teoría. La veintena de años de trabajo de laboratorio al que le siguen apenas algunas semanas de «campo» en las Galápagos –muy poco citadas en su obra mayor– permite afirmar entonces que «no son las Galápagos las que hicieron a Darwin, sino Darwin, gracias a sus cualidades superiores de pensador y de teórico, quien hizo a las Galápagos y las elevó, así, al estatus legendario que tienen hoy» (Sulloway, 1984: 54).

Pero antes de ser «hechas» por Darwin, las Galápagos aparecieron en la Tierra...

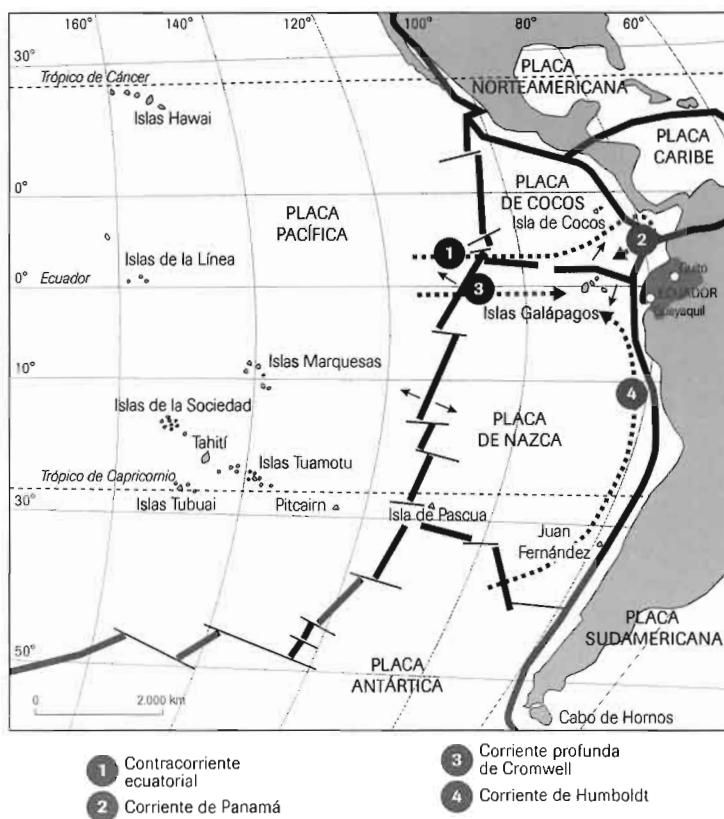
Volcanes suavizados por el océano

Un aislamiento relativo

Para quien llega a ella, toda isla es una aparición, esperada y sin embargo repentina, como un nacimiento. En efecto, antes de poder pisar una isla hay que atravesar el mar o el cielo y es ahí, durante ese trayecto entre una tierra y otra, que el viajero siente lo que quiere decir isla: aislamiento. Y si entonces mira un mapa, el aislamiento de las Galápagos le impresionará: su punto menos alejado dista alrededor de 1.000 km del continente americano (81° Oeste el lugar más occidental del Ecuador continental, 89°15' Oeste el extremo noreste de San Cristóbal, a 0°45' Sur), es decir 36 horas para los barcos más rápidos, y el archipiélago se extiende en longitud hasta 92° Oeste (isla Darwin). La tierra más próxima a las Galápagos es la isla Cocos, a 630 km al noreste de la isla Genovesa, y el litoral de Costa Rica, país al que pertenece esta isla, se encuentra a 1.100 km de las Galápagos.

Más allá de las Galápagos comienza la inmensidad del Pacífico ecuatorial, el gran azul moteado solamente por las islas de la Línea, 6.500 km al oeste, es decir el tamaño de un Atlántico. ¿Cuántas embarcaciones de balsa de pescadores precolombinos que, según T. Heyerdhal, frecuentaban las Galápagos no llegaron a ellas? ¿Cuántas balsas como aquellas que transportaban plantas y animales que colonizaron estas islas antes que el hombre siguieron a la deriva sin jamás tocar tierra? Tres semanas de navegación toma llegar a las Marquesas –ubicadas a 5.000 km al oeste/sudoeste de las Galápagos– si la embarcación no se detiene por falta de viento en los «*doldrums*» del Pacífico ecuatorial: entre los marineros reunidos durante su escala en Puerto Ayora, el entusiasmo por emprender la etapa más larga de su circunnavegación se mezclaba con una cierta aprehensión. Con menos frecuencia, algunos veleros se enrumban hacia el sudoeste de las Galápagos, en dirección a la isla de Pascua o de Pitcairn, a unos 4.000 y 4.500 km respectivamente.

Mapa 2. El Pacífico centro-oriental



No obstante, el aislamiento de las Galápagos es relativo pues su posición las convierte en un puesto avanzado, natural e histórico, del continente americano. Pero a diferencia de las plantas y animales terrestres establecidos en las islas antes de la llegada del hombre —que provinieron todos de América para luego evolucionar a menudo en forma autónoma—, los hombres que las frecuentaron, y luego las poblaron, lo hicieron siempre manteniendo relaciones, incluso episódicas, con el continente americano. Lo bastante aisladas como para haber visto constituirse una naturaleza original, las Galápagos no lo están lo suficientemente como para no servir de cabeza de puente, hacia el este, a los filibusteros británicos que atacaban a los galeones de Perú, o de proyección, hacia el oeste, de una soberanía ecuatoriana pensada en términos de poblamiento. La posición aislada de las Galápagos en la Tierra explica, en gran medida, su naturaleza, mientras que su situación en los espacios sucesivos de la historia permite comprender el deterioro de aquella: aquí, biogeografía y geopolítica son antagónicas. Ahora bien, la posición de las Galápagos es el resultado de su formación.

Jóvenes islas oceánicas

Las Galápagos nacieron de un «punto candente» (o «*hot spot*»): ascensos de magma horadaron la corteza oceánica y acumularon lavas en miles de metros de espesor que terminaron por aflorar a la superficie del Pacífico como volcanes basálticos o «hawaianos». Al estar situadas sobre una placa que las transporta, como una banda rodante, fuera del alcance del *hot spot*, su actividad volcánica decrece a medida que se alejan de él. Ahora bien, las Galápagos están cerca de la unión de tres placas oceánicas: mientras los movimientos de la dorsal del Pacífico oriental empujan hacia el este la placa de Nazca, sobre la que están situadas, a razón de 7 cm por año, la zona de fractura de las Galápagos, entre la placa de Cocos y la de Nazca, mueve a esta última hacia el sur 3 cm anuales. El *hot spot* que dio lugar al nacimiento de las Galápagos se sitúa bajo la placa de Nazca, pero también ha acumulado material volcánico sobre la de Cocos, que se encuentra cerca y se desplaza hacia el noreste. Así, la cordillera submarina de Cocos, que une las Galápagos a Centroamérica, sería el resultado de depósitos magmáticos



Alcanzando los 1.494 m, Fernandina (vista aquí desde la bahía de Banks) no es sino un enorme volcán, siempre activo y con la forma característica de una meseta: situada en el extremo oeste del archipiélago, cerca del «punto candente» (*hot spot*) que le dio origen, es la isla más joven de las Galápagos. Según los naturalistas, los 642 km² de Fernandina la convierten en la más grande de las islas tropicales que ha permanecido casi en estado natural, si bien los balleneros del siglo XIX hicieron desaparecer su especie de tortuga endémica y los campamentos de pescadores de holoturias (pepinos de mar) ponen hoy en peligro su frágil ecosistema.

de este *hot spot*, transportados por la placa del mismo nombre. De igual modo, la cordillera submarina de Carnegie, entre las Galápagos y Ecuador, estaría constituida por las acumulaciones de magma que el desplazamiento de la placa de Nazca acarrea hacia el este. La batimetría local demuestra que las Galápagos reposan sobre una plataforma de 40.000 km², situada a 1.300 m bajo el nivel del mar y formada por la unión de estas dos cordilleras submarinas (Houvenaghel, 1984). Ligeramente inclinado hacia el este y el noreste, este zócalo es más bien abrupto al oeste y al sur del archipiélago: el fondo alcanza 2.000 metros a algunos kilómetros mar adentro de Fernandina (véase el mapa 3, p. 53). No es, pues, sino hace poco que se confirmó la hipótesis de Darwin sobre el origen oceánico de las Galápagos: nacidas del mar, nunca han estado geológicamente unidas al continente americano.

Las Galápagos son jóvenes: la edad de la plataforma de la que emergen está estimada en 10 millones de años y la primera de las islas habría aparecido hace 5 millones de años (Simkin, 1984). Pero no todas las Galápagos tienen la misma edad pues aparecieron sucesivamente: puesto que el *hot spot* se encuentra al oeste del archipiélago, las más recientes son las islas occidentales —donde actualmente se concentra la actividad volcánica—, mientras que las más antiguas se sitúan al este. La datación de las rocas resulta difícil en las Galápagos pues las coladas recientes recubren a menudo a las más antiguas y, en estas islas jóvenes y áridas, la limitada erosión ha desgastado poco las capas superficiales. No obstante, los resultados obtenidos son lógicos: Española, al sudeste del archipiélago, contiene las rocas más antiguas —alrededor de 3 millones de años (Hall y otros, 1980)—, mientras que aquellas datadas en Fernandina e Isabela, al oeste, no tienen más de 700.000 años (Simkin, 1984).

La diferencia de edad entre las Galápagos se manifiesta en la morfología de las islas. Al oeste, Fernandina es un volcán hawaiano perfecto, típico de los aparatos magmáticos de lavas viscosas que fluyen en capas superpuestas: en este material volcánico reciente, las coladas más frescas datan de enero de 1995. La isla vecina de Isabela se formó por la coalescencia de cinco volcanes mayores con silueta de redondeada (entre ellos el punto culminante del archipiélago, Wolf, que alcanza 1.707 m), nacidos separadamente y unidos luego por sus emisiones magmáticas ulteriores. En el extremo este del archipiélago, San Cristóbal ha sido, por el contrario, fuertemente erosionada y ya no es posible distinguir la forma del volcán que le dio origen. Jóvenes islas oceánicas, las Galápagos tienen volcanes que figuran entre los más activos del mundo: desde 1797 se han registrado 58 erupciones, siendo la más reciente la del Cerro Azul (Isabela), que data de 1998.

Hoy en día, esta tumultuosa geología constituye una de las principales atracciones turísticas del archipiélago: de los 48 sitios de visita iniciales del parque nacional, ocho están destinados, ante todo, a hacer que los visitantes la descubran.



La placa de Nazca, sobre la que reposan las Galápagos, se desplaza hacia el este: en el extremo oriental del archipiélago, transportada lejos del «punto candente» (hot spot), San Cristóbal es una vieja isla erosionada cuya altura máxima no alcanza los 900 m. A la izquierda, el peñón de León Dormido es guarida de aves marinas a cuyo alrededor merodean las fragatas.

Uno de los sitios más extraordinarios de un archipiélago que, no obstante, cuenta con muchos, es el de Sullivan Bay, en Santiago, donde el negro de los inmensos campos litorales de lava contrasta con el rojo oscuro de ciertos depósitos volcánicos y los ocres de los conos de toba. En este lugar, una colada se derramó en el océano en un frente de varios kilómetros: la lava adquiere el aspecto de intestinos, de circunvoluciones cerebrales o de discos de cordaje, con reverberaciones plateadas bajo el sol ecuatorial. Caminar sobre estas coladas, unas veces abotagadas y grotescas como los «hornitos» –burbujas de gas que afloran a la superficie de la lava en fusión–, otras finamente cinceladas en miles de cuerdecillas trenzadas, permite revivir el deslizamiento viscoso, su superposición por disminución de la velocidad del flujo, sus minúsculos e innumerables pliegues petrificados por el enfriamiento de la lava en fusión. En Sullivan Bay, ésta es del tipo «pahoehoe» o «en cuerdas», común en las Galápagos y en Hawai, pues está ligada a los volcanes de magma basáltico, fluido y básico.

El otro tipo de superficie de lava –más frecuente en el archipiélago si bien los turistas no la ven pues a menudo las visitas la evitan– es la abominable «aa» (el equivalente hawaiano de nuestro «¡ay!»...). Son coladas despedazadas por múltiples erupciones de gas y consteladas de restos de rocas que han transformado su superficie en un caos de bloques friables, cortantes como el vidrio: la marcha re-

sulta extremadamente difícil, cuando no imposible. Las coladas «aa» pueden hacer las veces de barrera ecológica, siendo el ejemplo más notable el del istmo de Perry en Isabela. De 10 km de ancho, sin el menor rastro de vegetación, este istmo está formado por la confluencia de coladas de lava «aa» de los dos volcanes que lo cercan: Sierra Negra al sur y Alcedo al norte. Las poblaciones de animales terrestres, sobre todo tortugas, han evolucionado de modo diferente al sur y al norte de esta formidable barrera natural: este istmo separa, por ende y paradójicamente, dos «islas ecológicas».



Las entrañas enfriadas de la tierra: esta colada de lava «en cuerdas» de la bahía Sullivan, en la isla Santiago, data de 1902.

Además, el istmo de Perry ha permitido durante largo tiempo que la flora y la fauna del norte de Isabela permanezcan protegidas de los perjuicios causados por los animales introducidos en el sur, en la zona colonizada: perros, gatos y chivos no lograban franquearlo y se cree que el primer mamífero en cruzarlo habría sido el hombre en 1966. Pero en 1979, con ocasión de la segunda travesía por el istmo, científicos de la Estación Científica Charles Darwin (ECCD) identifican huellas de chivos: hoy en día estos devastan la flora de Alcedo y ponen en peligro a las tortugas (véase el capítulo VIII). El fenómeno de aislamiento por estas coladas de lava «aa» se repite a lo largo de la cadena de los cinco volcanes mayores de Isabela, que constituyen a su vez «islas» ecológicas que tienen, cada una, una especie particular de tortuga, con lo que perpetúan su carácter insular anterior. Ahora bien, en 1996 se observó que los chivos habían franqueado la barre-

ra de «aa» entre los volcanes Alcedo y Darwin, donde desde entonces la vegetación está sometida a una rápida degradación y las tortugas se ven amenazadas.

Las calderas son la otra gran atracción turística ligada al volcanismo de las Galápagos: es posible visitar las de Alcedo y Sierra Negra. A esta última se llega a caballo, que se alquila a los campesinos para quienes el volcán se ha convertido, por ello, en fuente de ingresos fáciles tras haber sido, durante largo tiempo, lugar de ardua labor en una mina de azufre. El ascenso a lo largo de la vertiente sur, in-



En la isla Isabela, los diez kilómetros de lava «aa» del istmo de Perry, que separa Sierra Negra (desde donde se tomó esta fotografía) de Alcedo, al fondo a la izquierda, constituyen una barrera ecológica casi tan eficaz como el mar: estos dos volcanes son «islas ecológicas» que albergan, cada una, a su propia especie de tortuga. Pero los chivos llegados de la zona de colonización de Isabela lograron franquear el obstáculo y las tortugas de Alcedo están ahora en peligro de extinción. Se distingue, a la izquierda, la bahía Elizabeth, al sur del canal Bolívar, y a la derecha el estrecho entre Isabela y Santiago, bajo las nubes.

vadida por guayabos y recorrida por los bueyes de las fincas situadas más abajo y por sus congéneres que se han vuelto salvajes –y pululan al sur de la isla desde hace un siglo– permite, al ritmo de caballos disneicos, el paso del mundo de los hombres al mundo del volcán. La bruma es frecuente en estas pendientes y cuando se desemboca en la cresta cimera sólo se intuye un gran vacío. Siguiéndola hacia el norte, la neblina se esfuma y la caldera, de 150 m de profundidad y un diámetro de 8 km, se revela en toda su amplitud. Su lado sur no logra contener del todo las masas nubosas que ahí se aprietan y que, formando nubarrones, se disuelven al fondo del cráter. Más lejos hacia el norte, las cumbres de Fernandina,

Alcedo y Darwin emergen de las nubes, al otro lado de infranqueables coladas de lava: una visión de comienzos del mundo, digna de saborearse como una guayaba fresca en el silencio del lugar, interrumpido a veces por el resoplido de un caballo o el trino de un pájaro.



La garúa, empujada por los alisios, se hunde 150 m en la caldera apagada de Sierra Negra y se disuelve en ella: a sotavento, el cielo está despejado. Antaño se explotaba un yacimiento de azufre en esta caldera, hoy sitio de visita poco frecuentado del PNG porque a él se llega a caballo desde la zona agrícola de Isabela, isla cuya parte colonizada está al margen de los principales circuitos turísticos de las Galápagos.

Pero antes de que adquiriera valor para el hombre gracias al turismo, la geología de las Galápagos lo desalentó durante siglos, dificultando su instalación en ellas y volviendo siempre precaria la colonización. Las dos razones principales que durante largo tiempo limitaron el poblamiento del archipiélago son la pobreza de los suelos y la cuasiusencia de agua. Estas limitaciones dependen en parte de la geología, pero se explican, en primer término, por el clima de las islas: en las Galápagos, cielo y mar son indisolubles.

Los humores del cielo y del océano

En las Galápagos, el tiempo que hace cotidianamente no tiene importancia: lo que cuenta —curiosamente debajo del ecuador— es el equilibrio de las estaciones, su retraso o adelanto respecto de un calendario bastante difícil de fijar, pero cuya adecuación posible a precipitaciones extremadamente fluctuantes es tema de

conversación. Basta con que un fuerte aguacero caiga más temprano que de costumbre, hacia noviembre, para que todo el mundo tema un año con fenómeno de «El Niño», o que en enero el océano esté aún frío, según los criterios locales, y no se hayan visto aún verdaderas lluvias a finales del mes, para que los granjeros se inquieten por sus reservas de agua. El regreso de pájaros marinos en gran número, a partir de abril, es señal del enfriamiento del océano y de la llegada de los peces pelágicos de los que se alimentan. Pero si en Academy Bay los piqueros y los lobos marinos son todavía numerosos a comienzos de año, es indicio de que éste será seco: el archipiélago está aún bajo la influencia de la corriente de Humboldt.

Son las corrientes marinas y los movimientos del Frente Intertropical sobre el Pacífico oriental los que imprimen el ritmo al clima del archipiélago: juntos definen las dos estaciones de las Galápagos, la una seca y la otra más húmeda. Las irregularidades de estos intercambios océano-atmósfera –aún poco comprendidos y, con mayor razón, poco previsibles– se inscriben en un esquema regional de circulación atmosférica y oceánica, éste sí bien conocido¹². Las Galápagos, situadas entre 0°30' Norte y 1°30' Sur, se encuentran al sur de la convergencia intertropical y pertenecen a la franja árida del Pacífico ecuatorial, que se extiende desde las costas ecuatorianas hasta cerca del meridiano 180° y forma lo que Palmer y Pyle (1982) llaman la «Polinesia seca e inhabitada».

Las corrientes marinas, que acentúan o minimizan esta aridez atmosférica, tienen una importancia fundamental en las Galápagos, ubicadas en el cruce de tres grandes flujos oceánicos. Dos de ellos regulan alternadamente el clima de las islas, según un balanceo estacional de aproximadamente seis meses: la corriente de Humboldt, denominada sud ecuatorial desde que se bifurca hacia el oeste a nivel de la costa ecuatoriana, y la corriente de Panamá. El tercer flujo oceánico, la corriente de Cromwell, de aguas frías que circulan en profundidad en dirección oeste-este, «es el fenómeno más importante de la oceanografía de las Galápagos» (Houvenaghel, 1984: 51). Al chocar con la plataforma de las Galápagos, muy empinada al oeste, la corriente de Cromwell provoca un ascenso de agua fría cerca de las costas de Fernandina y del oeste de Isabela: la temperatura del agua en superficie alcanza allí un promedio de 17°C, ¡debajo del ecuador!

Pero la corriente de Cromwell hace igualmente sentir su influencia en todo el archipiélago, luego de dividirse en ramas norte y sur que dan lugar a ascensos

12 Los intercambios océano-atmósfera de esta parte del globo son en la actualidad objeto de particular atención, luego de haber sido ignorados durante mucho tiempo dada la marginalidad de la zona respecto de las grandes redes de transportes (Alpert, 1963). No obstante, la única estación meteorológica confiable del archipiélago es la estación Darwin: sus registros, no siempre constantes desde 1965, se retoman aquí.

oceánicos (o «*upwellings*») donde la topografía submarina se presta para ello, como en la costa sudoeste de San Cristóbal, en Floreana, en la costa nordeste de Santiago, etc. Las consecuencias de este esquema de circulación oceánica son enormes. En primer lugar, «el entorno terrestre depende de estas influencias marinas que son responsables de las severas condiciones climáticas y ecológicas» (Houvenaghel, 1984: 53): la corriente de Cromwell acentúa, en efecto, la aridez de las Galápagos y les da esa fisonomía grisácea, tan alejada de la exuberancia ecuatorial que esperan ver algunos turistas. Luego, una vez que estas aguas frías alcanzan las capas superficiales, el sol hace aparecer el plancton en gran cantidad, lo que explica la increíble profusión de vida marina en las aguas de las Galápagos y, por ende, su gran atractivo para los pescadores, ecuatorianos y también extranjeros.

Durante la estación seca, entre junio y diciembre, las Galápagos están bajo la influencia de la célula anticiclónica del Pacífico subtropical oriental, que asciende hacia el norte y envía hacia el archipiélago alisios del sector sudeste, vientos secos que han circulado sobre miles de kilómetros de océano enfriado por la corriente de Humboldt (Colinvaux, 1984). El Frente Intertropical se encuentra entonces cerca de los 4 ó 5° Norte y la corriente sud ecuatorial domina en esta época del año: su influencia en el archipiélago se ve acentuada por los alisios que favorecen su desvío hacia las Galápagos y, disipando la capa superficial calentada por el sol ecuatorial, ocasionan, además, una renovación permanente en la superficie de aguas más frías venidas de las profundidades. Es el desvío de la corriente de Humboldt el que ha permitido que un animal tan incongruente con estas latitudes como el pingüino de las Galápagos (*Spheniscus mendiculus*) llegue desde la Patagonia chilena para establecerse en el archipiélago.

Cuando las Galápagos están bajo el régimen de la corriente de Humboldt desviada en Academy Bay, el océano tiene poca salinidad y su temperatura oscila entre 18 y 22°C. Las precipitaciones son muy reducidas pues se produce una inversión térmica: la superficie oceánica fría y la influencia de las altas presiones del Pacífico subtropical oriental impiden el ascenso de aire. Así, en la estación Darwin (al borde del mar) se registran, en promedio, 25 mm de lluvia en julio, luego menos de 10 mm por mes hasta el cambio de estación, en diciembre. Es la época de la garúa, la capa de neblina que se estanca en las alturas y que día tras día ocasiona una llovizna a la que escapan solamente las cumbres más altas del archipiélago (por encima de la inversión térmica) y los litorales, que permanecen áridos. Estas minúsculas gotas suspendidas permiten a la vegetación bien desarrollada de las islas altas abastecerse de agua durante la estación seca. De vez en cuando, precipitaciones orográficas en forma de cortos aguaceros mantienen también la humedad de las partes altas durante esta estación: las costas e islas bajas, en cambio, se encuentran totalmente privadas de ellas.

En tiempos de garúa los paisajes de las Galápagos presentan un tono más o menos gris, poco contrastado, entre las rocas de lava negra y el cielo blancuzco: en julio se cuentan menos de 90 horas de sol en promedio en la estación Darwin. El mar grisáceo está a menudo agitado —los alisios soplan entonces con toda su fuerza— y las olas revientan contra acantilados donde se eriza una macilenta vegetación de cactus y arbustos raquíticos. La impresión de tristeza, de desolación, y hasta de hostilidad, que emana de estos paisajes sorprende a no pocos visitantes, que han llegado con la imagen de islas paradisíacas más acordes con estas latitudes...

En compensación, esta «estación blanca y seca» es la del gran retorno de las aves marinas al archipiélago, de las cuales la más célebre es el albatros (*Diomedea [Lep-torhynchus] irrorata*): verlo consuela a veces a los turistas a quienes los mareos y el cielo descolorido harían casi arrepentirse de haber llegado a las Galápagos en julio-agosto... Bajo la capa de nubes, a orillas de un océano «frío», la temperatura del aire baja: 22°C en promedio registrados en la estación Darwin entre junio y noviembre. Las únicas personas que se bañan entonces ante la mirada burlesca de los locales son los turistas. El mar agitado por las olas y el plancton en suspensión vuelven decepcionante el buceo en una época en la que, sin embargo, los peces alcanzan su mayor número en las aguas del archipiélago: los isleños, en cambio, se dedican a la pesca. Y si bien, algunos días de septiembre, estos úl-



Rábida, isla protegida de los alisios por Santa Cruz, ofrece durante la estación seca un lúgubre paisaje típico del piso árido de las Galápagos: el gris predomina, en el cielo y en la tierra recubierta de arbustos —los palos santos— y de nopales. Se distingue, en primer plano a la derecha, el sendero de este sitio de visita del PNG.

timos no dudan en ponerse un jersey, por debajo la vestimenta sigue siendo la misma: los «shorts» y camisetas que se usan durante todo el año indican claramente que se trata de temperaturas totalmente aceptables, incluso para los costefios, habituados a un verdadero clima ecuatorial.

Durante el verano austral el anticiclón del Pacífico sudeste vuelve a bajar hacia el sur y la convergencia intertropical se establece en torno a los 2° Norte: los alisios son sensiblemente más débiles, e incluso inexistentes, en la latitud de las Galápagos. La corriente sud ecuatorial pasa entonces a algunos grados al sur del archipiélago y así permite a otra masa de agua invadirlo: la corriente de Panamá, de salinidad elevada y cuya temperatura es de 25 a 28°C. Esta corriente es el apéndice oriental de la contracorriente norecuatorial, de dirección oeste-este, que luego de haber tropezado con América Central, se dirige hacia el sur/sureste. Berlanga, el descubridor español de las Galápagos, llegó a las islas en marzo (1535), desviado de su ruta hacia Perú precisamente por la corriente de Panamá, que alcanza su mayor fuerza en esta época del año. Antes de él, numerosos organismos originarios de la América tropical se desviaron en balsas arrastradas fuera de los estuarios por los ríos en crecida durante la estación lluviosa y acarreadas a las Galápagos por esa misma corriente. Es también gracias a la corriente de Panamá que algunas especies de peces tropicales, como el «pez loro» (*Scaridae* spp.) o el «pez bandera» (*Holocanthus passer*), y algunos arrecifes de coral adornan los fondos glaucos de las Galápagos.

El aumento de la temperatura del océano va acompañado del incremento de la del aire y del regreso de las lluvias. De enero a mayo las temperaturas del aire varían entre 28 y 30°C y las precipitaciones oscilan entre 50 y 100 mm por mes, en promedio, en la estación Darwin. El mar es entonces muy tranquilo y la visibilidad perfecta para el buceo: las agencias de turismo especializadas en la materia llevan a sus pasajeros en esta época del año. Los chiquilines se precipitan al agua desde lo alto del muelle municipal, los palos santos (*Bursera graveolens*) ostentan algunas tímidas hojas, los cactus opuntia (*Opuntia echios*) dejan estallar grandes flores amarillas. Las más de las veces el cielo está despejado, si bien regularmente se forman gruesos cúmulos tropicales que revientan en violentas lluvias. Estas son generalmente cortas y concentradas en el tiempo, entre el 10% y el 40% de los días del período cálido (Grant, 1986); ¡ay de quienes no aprovechen para llenar sus reservorios! La estación lluviosa es pues aquella en la que, paradójicamente, el sol brilla con más fuerza en las Galápagos: de 180 a 230 horas por mes, en promedio, entre enero y mayo en la estación Darwin. Es entonces cuando se puede captar lo que es el sol ecuatorial: la siesta es de rigor para los locales, mientras que los turistas, pese a las reiteradas advertencias de sus guías, adquieren rápidamente el tono rojo ladrillo que justifica el apodo con el que se les designa en las Galápagos: los «colorados»...

La ausencia de agua y los caprichos de El Niño

La aridez de las Galápagos plantea el problema del agua dulce, uno de los mayores desafíos que ha debido enfrentar el hombre para instalarse en el archipiélago. «Es pura piedra nomás»: este juicio lapidario vertido a propósito de las Galápagos por un migrante reciente se parece, sorprendentemente, a la descripción que hiciera de ellas su descubridor español (véase el capítulo II). Estas islas no tienen agua, o es muy poca la que hay, y a las deficiencias del cielo se añade la porosidad de la tierra, toda vez que las coladas de lava se desagregan al enfriarse: no hay ningún flujo perenne en las Galápagos y son muy pocas las fuentes. Y el agua de lluvia se infiltra con tanta más rapidez cuanto que el suelo es esquelético: luego de una trayectoria subterránea a veces reaparece a nivel del océano, atrapada en grietas donde se mezcla con el agua del mar, como es el caso en Puerto Ayora. Academy Bay es, en efecto, un graben invadido por el mar y cercado por un sistema de fallas, de orientación sudeste/noroeste: fue porque se encontró agua salobre atrapada en estas fallas que los colonos se han instalado allí. Sin embargo, el bombeo creciente del agua provoca su salinización y la vuelve, en la actualidad, impropia para el consumo humano en la mayoría de los casos. Por tanto, para beber agua los pioneros europeos –todos conectados a su grieta particular, cuya presencia valoriza los terrenos aptos para la construcción porque suministra el agua para la cocina, el baño y la jardinería– cuentan en mayor medida con reservorios individuales de agua de lluvia, recogida en los techos durante la estación cálida.

Más antigua, San Cristóbal posee la única laguna de agua dulce del archipiélago, El Junco, que reposa sobre 16 m de depósitos lacustres que datan de hace 40 mil años (Colinvaux, 1984). Esta laguna es el orgullo de los habitantes de San Cristóbal, la única isla donde las cuencas hidrográficas de la parte alta tienen suelos lo suficientemente profundos como para que el agua de lluvia no se infiltre inmediatamente y pueda ser recogida mediante canalizaciones que la conducen a los poblados. Puerto Villamil tiene el mismo sistema de bombeo que Puerto Ayora y enfrenta problemas idénticos de salinización creciente del agua destinada al consumo, un tanto menos severos, no obstante, pues es un poblado más modesto. En cuanto a Puerto Velasco Ibarra, la poca agua que necesita es canalizada desde una de las raras fuentes inventariadas en las Galápagos, en las alturas de la isla. Este resurgimiento, en el lugar denominado «Asilo de la Paz», es conocido desde los inicios de la frecuentación humana en las Galápagos, en tiempos de los piratas, y fue allí donde se instalaron los primeros colonos, los alemanes de la familia Wittmer, con ocasión de la última colonización de la isla.

El ritmo general de circulación atmosférica y oceánica en las Galápagos no basta para describir la realidad de su clima: es necesario tomar en cuenta las irregularidades periódicas que lo afectan. Son esas discordancias las que mejor definen

la especificidad del archipiélago, a tal punto que ciertos naturalistas subrayan que «las irregularidades climáticas y oceanográficas son la característica de las Galápagos» (Robinson, 1987) y que «son en parte responsables del hecho de que tan pocas especies hayan podido sobrevivir en estas islas» (Jackson, 1993). En efecto, las plantas y los animales que han sobrevivido a los 1.000 km de travesía oceánica y a la implantación en costas áridas deben, además, adaptarse a fuertes variaciones de las precipitaciones de un año a otro: a fin de no desaparecer, la especie recién llegada debe tener una enorme resistencia o dar una rápida respuesta adaptativa...

Los promedios de las precipitaciones tienen pues poca significación. De un año a otro, el total de lluvias cambia completamente: así, en 1969 se registraron 470 mm en la estación Darwin, luego solamente 84 el año siguiente o, incluso, 280 mm en 1986 frente a 1.250 en 1987... En los años particularmente secos, las Galápagos son una potencial hoguera: el primer gran incendio de Isabela —que atrajo la atención de la prensa internacional a propósito del espectacular rescate que los pobladores hicieron de las tortugas, cargándolas en sus espaldas— tuvo lugar en 1985, año durante el cual sólo cayeron 63 mm de lluvia en la estación Darwin. El de abril-mayo de 1994, también en Isabela, se produjo luego de una estación lluviosa que no fue tal: en total tres aguaceros en Puerto Villamil a fines de marzo. Agotadas las reservas, los campesinos se desesperan pues el agua se compra a precios elevados y se transporta en camiones-cisterna («tanqueros»): el ganado, enflaquecido, se vende entonces al mejor postor y las pérdidas son considerables.

Y ni siquiera se trata de las perturbaciones excepcionales como las de los años con «Niño», esa criatura malcriada que a veces aparece hacia fines de año. El «Niño» designa aquí a la corriente de Panamá y, por extensión, a las espectaculares disfunciones que ocasiona, con una periodicidad estimada en tres o siete años, su formidable crecimiento debido al desplazamiento masivo hacia el este de aguas cálidas venidas del Pacífico ecuatorial occidental. La corriente de Panamá es entonces mucho más poderosa y se extiende lejos hacia el sur y el sudeste, al punto de reemplazar a la de Humboldt a nivel de las costas peruanas. En las Galápagos, El Niño ocasiona una estación cálida y húmeda bastante más larga que de costumbre, durante la cual la temperatura del océano permanece por encima de los 30°C, provocando lluvias torrenciales y cotidianas: las islas, esmeraldas y rutilantes, adquieren entonces un aspecto realmente ecuatorial.

El Niño de 1982-1983 es el más importante que se haya observado en el archipiélago (el de 1996-1997 tuvo efectos menos espectaculares): se registraron 3.225 mm de lluvia en la estación Darwin entre diciembre de 1982 y julio de 1983, es decir nueve veces más que un «promedio» anual de alrededor de 400 mm. Las consecuencias para la fauna dependiente del mar fueron catastróficas

pues la espesa capa de agua caliente –de 4 a 5°C sobre la normal– que bañó al archipiélago durante más de ocho meses, mantuvo a las aguas frías y nutritivas a profundidad: así, por ejemplo, las algas de las que se alimentan las iguanas marinas desaparecieron y la población de estos reptiles disminuyó en 40% a 70%, según las islas (Robinson, 1987). Esos meses, con un cielo permanentemente cubierto, una lluvia incesante que volvió inaccesibles muchos lugares de visita y una mortalidad muy elevada de las especies más fotogénicas de las Galápagos, implicaron para las agencias de turismo la cancelación de numerosos viajes y, por ende, severos padecimientos para la población local (se registró inclusive una cifra récord de divorcios).

En compensación, ciertos naturalistas pudieron estudiar «en tiempo real» los mecanismos de la adaptación y de la evolución de las especies confrontadas a situaciones naturales excepcionales (Grant, 1984). Y este Niño permitió que ciertas especies de peces del Pacífico tropical occidental, como el «Ídolo Moro» (*Zanclus canescens*), se expandieran en las Galápagos (Robinson, 1987). Asimismo,

El Niño desempeñaría un papel importante en la colonización de ciertas especies vegetales tropicales llegadas en balsas a la deriva [...], no solamente por la manera en que fueron transportadas, sino por las condiciones de su instalación»¹³.

Al elevar el nivel de las mareas –permitiendo con ello que estas especies se depositen más allá de la orilla habitual– y mantener condiciones de humedad similares a las de su medio biogeográfico de origen durante largos meses, El Niño ha dado una oportunidad extraordinaria a plantas que, de otro modo, habrían estado destinadas a desaparecer en cuanto llegaran a costas generalmente áridas.

Extraños paisajes animados

Una diferenciación bioclimática tradicional en las islas tropicales

En condiciones «normales» y de modo permanente, los dos principales factores de diferenciación bioclimática en las Galápagos son la altitud y la exposición a los vientos dominantes. La altitud incide en la distribución de las precipitaciones (véase el mapa 3): durante todo el año, el contraste entre el verde oscuro de las partes altas y el gris de los litorales es evocador. Las alturas atrapan la lluvia y la bruma: a 200 m de altura, en el pueblo agrícola de Bellavista, en Santa Cruz, se registra un promedio de 1.110 mm de precipitaciones anuales, frente a 440 mm en la estación Darwin durante el mismo período de ocho años, y a 620 m de altitud, en la misma isla, el promedio anual de lluvias es de 1.540 mm a lo largo

de siete años. En las alturas la temperatura es siempre agradable y entre los habitantes acomodados de Puerto Ayora, son muchos los que han adquirido una finca para escapar del horno en que se convierte la costa durante la estación cálida.

La exposición a los vientos dominantes crea otra diferencia bioclimática. Relativamente altas y situadas al sudeste del archipiélago, Floreana y San Cristóbal son las islas que reciben mayor cantidad de lluvia y fueron las primeras en ser colonizadas. Pero existen asimismo importantes diferencias entre las costas de una misma isla: así, en febrero de un año sin El Niño, en el litoral sur de Española, expuesto de frente a los vientos alisios y lugar de «*upwelling*», la temperatura del agua es de 21,7°C, mientras que en la costa norte, protegida, se eleva a 26,7°C. En consecuencia, no se encuentra sino una especie de pez-loro (*Scaridae* spp) en el sur, frente a cuatro en el norte (Mc Cosker, 1987). Esta disimetría térmica se repite en todo el archipiélago y los itinerarios de los barcos de turismo prevén, en la medida de lo posible, los baños de sus pasajeros en las costas oeste o norte.

La diferencia de exposición a los vientos explica, en gran parte, los sitios de asentamiento humano en las Galápagos. Los alisios soplan desde el sudeste, agitando al mar y trayendo lluvia. Sin embargo, en las Galápagos, dos de los cinco puertos se encuentran en la costa a barlovento. El hecho de que la costa meridional de Isabela, de orientación sudoeste/noreste, esté frente a Floreana, de donde llegaron los fundadores de Puerto Villamil, influyó probablemente en la elección de este emplazamiento portuario, pese a su precario fondeadero y a un oleaje permanente. En cuanto a los primeros colonos de Santa Cruz, el agua encontrada en el fondo de Academy Bay compensaba el refugio muy relativo que ofrecía a las barcas de los pescadores de antaño; hoy en día, sin embargo, durante las raras tempestades, algunos barcos pesados arrastran sus anclas mal fijadas en los fondos arenosos de la bahía y a veces terminan encallando en la orilla.

Pero los hombres se instalaron sobre todo en las costas a barlovento de Santa Cruz e Isabela pues entonces predominaba la agricultura y no la pesca o el turismo. En tiempos de los primeros colonos, los «puertos» no consistían, en efecto, sino en algunas barracas, sólo servían de refugio a los pescadores y, una vez por año, de salida hacia el continente para el ganado y los productos agrícolas locales. La mayoría de la población se concentraba en las alturas, en las vertientes sur/sudeste de estas islas, cuya zona bioclimática de utilidad agrícola tiene un gradiente altitudinal bastante más amplio que el de aquella situada a sotavento. Resultaba entonces más cómodo que, pese a su poca utilización, estos «puertos» no estuvieran muy alejados de las partes altas útiles, que hasta hace una veintena de años estaban conectadas con el litoral solo por senderos en muy mal estado.

En compensación, San Cristóbal es una isla estrecha y perpendicular a los alisios: los colonos pudieron escoger un emplazamiento portuario en su extremo suroes-

te, orientado hacia el norte y, por ende, protegido de los vientos dominantes y no alejado de las alturas útiles. En Floreana, se conservó el mejor fondadero de la isla que fuera escogido por los piratas: «Black Beach», en la costa oeste. En cuanto a Baltra, la opción de los norteamericanos de establecer allí una base militar en 1942 se explica fácilmente. Este gran bloque de lava separado de las islas adyacentes por fallas, con una altura de alrededor de 20 m y cuya aridez se ve reforzada por estar al abrigo de Santa Cruz, ofrece uno de los pocos espacios planos de las Galápagos y cielos a menudo despejados: es perfectamente propicio para una pista de aviación (véase foto p. 259) y el mar está siempre calmado en su costa oeste, donde fue construido el puerto más seguro del archipiélago.

Según la altitud, la exposición a los vientos dominantes y la situación de las islas, los paisajes naturales de las Galápagos son muy diversos pero pueden, no obstante, ser clasificados en tipos comunes a todo el archipiélago. Se han definido de cinco a siete niveles de escalonamiento de la vegetación (véase el mapa 3), basándose en la isla Santa Cruz, donde la biodiversidad es la mayor y ha sido la más estudiada (Bowman, 1963; Laruelle, 1963; Itow, 1967; Huttel, 1986). Además, cada uno de estos tipos de paisaje alberga especies animales características, aunque no siempre emblemáticas, de las Galápagos.

Así, las Galápagos constituyen una verdadera taracea ecológica, cuyos pedazos son bastante más pequeños que las mismas islas: eso explica por qué, a partir de un ancestro común, se ha producido la especiación de algunos organismos en islas aparentemente similares.

El litoral

El «piso litoral» (0 a 5 m de altura) es, *grosso modo*, similar de un extremo al otro del archipiélago. Si bien corresponde a la zona árida (en la que todos los meses son secos), no está definido por criterios climáticos sino por la tolerancia a la sal de las especies que lo habitan.

Las costas de las Galápagos son rocosas casi en todas partes¹⁴. Entre las pocas playas del archipiélago, las expuestas al este o al sur, como Tortuga Bay cerca de Puerto Ayora, están formadas por desechos marinos arrastrados por las olas: resplandecientes en su blancura coralina, son las más bellas y las más peligrosas, debido a la intensa reverberación y al oleaje. Contrariamente, al norte y al oeste de las islas las playas están constituidas, sobre todo, por aportes terrestres y adoptan el color de las rocas de donde provienen: rojo oscuro en Rábida, negro en Puer-

14 En Santa Cruz, bloques y coladas de lava cubren entre el 75 y el 100% del piso litoral (Itow, 1967)

to Velasco Ibarra, reflejos verdes como el olivino en Punta Cormorán (Florea-na)... Estas playas son, a veces, cordones litorales separados por lagunas del interior de las tierras: es el caso en Puerto Villamil, Rábida o Punta Cormorán, pero también de un barrio particular de Puerto Ayora, el «Barrio de los Alemanes» (donde se instalaron los primeros habitantes del lugar, que eran de esa nacionalidad). Es un lugar interesante pues demuestra que la naturaleza de las Galápagos puede ser conservada aunque esté habitada por el hombre y que no es necesario recorrer el parque nacional a bordo de costosos cruceros para aprehender la singularidad de estas islas.

Toda vez que está separado del resto de Puerto Ayora por un pedazo de parque nacional y por un brazo de mar que vuelve imposible su acceso como no sea por barco (véase el mapa 8, p. 271), el Barrio permanece todavía protegido de la circulación motorizada y sus habitantes, pioneros europeos en su mayor parte, deben oponerse regularmente a los proyectos de conectarlo a la ciudad por un camino abierto al tránsito de vehículos. Gracias a esa combatividad, el Barrio posee, además, una de las dos playas de Academy Bay que han escapado a las hormigoneras (la otra se encuentra en la estación Darwin). Más allá de esta playa, una pequeña laguna contiene una fauna asombrosamente diversa, a tal punto que este ecosistema de alrededor de una hectárea resumiría la naturaleza de las Galápagos: alberga una profusión inaudita de vida, en el agua, en la tierra y en el cielo.

La visita a esta porción del piso litoral debe comenzar bajo el mar, en la pequeña bahía delante de la playa: bajo la superficie se agita una fauna de diversidad insospechable¹⁵ mientras no se disponga de una máscara de buceo. Peces-loro rosados, verdes y azules se cruzan con rayas doradas (*Rhinoptera steindachneri*), que se desplazan en bancos a veces tan densos que oscurecen el día cuando se nada debajo de ellas. Deslizándose en las movidas aguas, un tiburón de las Galápagos (*Carcharhinus galapagensis*) hace palpitar el corazón y arranca aplausos del buceador, que encontrará la calma al observar esa suerte de morcillas negras, cuajadas de verrugas, que reposan en el fondo arenoso: son las holoturias o pepinos de mar, hoy en día objeto de verdaderas batallas entre conservacionistas y pescadores del archipiélago. De cuando en cuando, una tortuga de mar se extravía en la bahía antes de escapar agitando las aletas como si volara bajo el agua.

15 Esta alta biodiversidad se origina en el mosaico de ecosistemas marinos del archipiélago, al que dan forma las corrientes oceánicas fría, templada y cálida; los «*upwellings*»; la exposición de las costas y su morfología. La tasa de endemismo de los peces costeros de las Galápagos alcanza el 17% (51 especies), frente al 57% de especies comunes en las costas del Pacífico centro-oriental, 14% originarias del Pacífico occidental, 8% distribuidas en toda la zona tropical y 4% llegadas de la provincia ictiológica chilena (Mc Cosker, 1987).

En la orilla marina los mangles de la especie *Rhizophora* (la otra, *Laguncularia racemosa*, se establece más bien en el borde interno de la laguna) sujetan la playa, extendiendo cada vez más lejos sus tentáculos rojos en la arena y dispersando sus enormes semillas, que flotan como corchos, en forma vertical para echar mejor las raíces una vez que el mar las atasca entre dos rocas. En lo alto de la playa se despliega *Sesuvium edmonstonei* (endémica), una herbácea que adopta un tono rojo al sol y sirve de lecho a algunas parejas de «ostreros americanos» (*Haematopus palliatus*), entre las numerosas especies de pájaros migratorios que frecuentan las Galápagos. A lo largo del sendero en el mangle que divide la laguna en dos partes, garzas de las tres especies presentes en el archipiélago están tan ocupadas en su pesca —encaramada en un peñasco, la pequeña garza de lava (*Butorides [Ardeola] sundevalli*, endémica) alarga su pico hacia el agua agitada de peces—, que apenas si se apartan cuando aparece un transeúnte. Más lejos, «gaviotas de lava» (*Larus fuliginosus*, endémicas) grises y negras riñen a gritos burlones largos y estridentes: pese a ser la especie de gaviota más rara del mundo (400 pares), es posible acercárseles a menos de un metro de distancia. Los peñascos negros que bordean la playa y se esparcen en la laguna son los lugares predilectos de las iguanas marinas (*Amblyrhynchus cristatus*, endémicas), entre las cuales las más grandes alcanzan un metro: allí se calientan al sol amontonadas y hormigueantes, confundidas con la lava. No comen sino algas, que arrancan de las rocas con marea baja o buscan a algunos metros de profundidad, serpenteando en su nado. El



Lobería en Santa Fe: cercana a Puerto Ayora, esta isla es uno de los sitios más visitados del PNG, en especial por turistas de tour diario como en este caso; en 1964 B. Moitessier hizo escala allí a bordo del *Joshua* y durante dos semanas no vio a nadie...

otro reptil –bastante más vivaz– omnipresente en las costas y en el piso árido del archipiélago es el «lagarto de lava» (*Tropidurus spp.*, endémico): cada roca o cactus es el territorio de un macho, pequeño dragón agresivo.

En las costas rocosas o arenosas pero siempre cerca de un «*upwelling*», agrupados en colonias de varias decenas de individuos, los lobos marinos (*Zalophus [wolfebacki] californianus*) constituyen una de las mayores atracciones turísticas de las Galápagos (véase el capítulo IV). Es cierto que, muy poco ariscos, permiten que uno se les aproxime tanto, que los guías deben insistir para que los visitantes no los toquen: supuestamente, el olor del hombre aleja a las hembras de su progenitura. ¡Y qué encanto el de bañarse con sirenas bigotudas que caracolean graciosamente en torno al nadador! El ladrido del macho, considerado más peligroso que el tiburón en período de reproducción, es un sonido familiar en las Galápagos: allí el lobo es el lobo marino.

Finalmente, el litoral es el reino de las aves marinas, primeros ocupantes de las Galápagos cuando aún eran superficies rugosas de lava desnuda: aprovechan la increíble riqueza de peces de las aguas del archipiélago. Estas aves son tan numerosas –habría 750.000 en las islas– que los otros cielos parecen despoblados. En efecto, las Galápagos albergan al 30% de la población mundial de piqueros de patas azules (*Sula nebouxi*), cuya alucinante colonia de Punta Suárez, en Española, es un sorprendente ejemplo de densidad animal típica de la ecología insular (Blondel, 1995a). Las fragatas (*Fregata magnificens*, *Fregata minor*), piratas de los mares que atacan en el aire a las otras especies para hacerles regurgitar su presa y atraparla al vuelo, son las dueñas y señoras del cielo: se ciernen muy alto, sin agitar las alas durante instantes de eternidad antes de abalanzarse sobre su víctima. Por su parte, los pelícanos (*Pelecanus occidentalis*) parecen muy palarudos y sus zambullidas se acompañan de un «splash», muy distante del vuelo en picada de los piqueros, con las alas replegadas junto al cuerpo para penetrar lo más profundamente posible en el agua y atrapar a su presa por debajo mientras suben a la superficie. También habría que mencionar al rabijunco piquirrojo (*Phaeton aethereus*), de cola más larga que el cuerpo; a las suntuosas gaviotas tijereta (*Creagrus furcatus*, endémicas) que pescan en la noche para evitar a las fragatas; a los piqueros enmascarados (*Sula dactylatra*), de mirada extraña; y a tantas otras especies...

El «piso árido»

A algunas decenas de metros del mar, se entra en el «piso árido», de vegetación xerófila, el más importante en superficie del archipiélago. En este piso, como en el anterior, llueve menos de 400 mm por año y el déficit hídrico anual supera los 1.000 mm (Huttel, 1986). El límite superior del piso árido depende de la alti-

tud y de la situación de la isla, o de la exposición de la vertiente. Así, pese a ser azotadas por los alisios, las islas bajas no fijan la lluvia (o lo hacen muy poco) y están todas comprendidas en el piso árido: es el caso de Española (206 m), de Santa Fe (259 m) o incluso de Genovesa (76 m), pero también de los islotes más visitados de las Galápagos: Plaza Sur, Seymour Norte o Bartolomé. Otras islas, más elevadas pero protegidas de las lluvias del sudeste por sus vecinas más grandes o altas, son igualmente muy secas: Fernandina (1.494 m), defendida por Isabela, o Rábida (367 m), ocultada por Santa Cruz.

En los litosuelos, por lo general intersticiales, del piso árido crecen acacias (*Acacia spp.*), matorrales espinosos (*Parkinsonia aculeata*, *Scutia pauciflora*) y cactus-candelabro (*Jasminocereus thouarsii*) o nopales, con cuyos frutos se deleitan las tortugas, las iguanas terrestres y los... colonos, que los usan para hacer mermeladas. A medida que se sube en altitud, chalas (*Croton scouleri*) y «palos santos» —así denominados porque sus hojas aparecen cerca de Navidad—, árboles de 3 o 4 metros de altura y de troncos blanquecinos, se multiplican y vigorizan. En principio, se trata de un piso nada apto para actividad agrícola alguna y los primeros habitantes de los litorales debían ir a la parte alta a recoger frutas y legumbres. No obstante, los pioneros europeos de Puerto Ayora —los mejores conocedores empíricos del medio biogeográfico local— saben dónde se encuentran los



La trans-Santa Cruz asciende derecho en la vertiente bajo el viento de la isla, a través del piso árido cubierto de palos santos hasta las nubes, hacia los 500 m de altura. Este camino, abierto en 1975, está ahora pavimentado casi enteramente, permite a los autobuses y otros vehículos cuyo número aumenta rápidamente conectar a Puerto Ayora con el canal de Itabaca, de donde parten la panga hacia Baltra y algunos barcos pequeños de tours diarios como éste, que permiten visitar los sitios de Bartolomé o de Daphné.

escasos suelos de los alrededores, cuya ubicación guardan celosamente secreta, gracias a lo cual logran crear hermosos jardines floridos entre las rocas, mezclando la tierra seca y parda de los depósitos intersticiales con aquella, negra y fértil, que buscan en la parte alta.

Los animales más comunes del piso árido son los famosos «pinzones de Darwin»: se los ve en todo lado, en grupos o solos, brincando hasta sobre la mesa del almuerzo para hurtar granos de arroz o migas de pan. El grito estridente de los sinsones (cuatro especies endémicas del género *Nesomimus*) es el leitmotiv sonoro del piso árido: estos pájaros, que beben sin miedo del cuenco de la mano, corren más de lo que vuelan. El reptil más característico de este piso, junto al lagarto de lava, es la iguana terrestre (dos especies de un género endémico: *Conolophus*), presente en algunas islas e islotes y visible en dos sitios de visita, de los que constituye la mayor atracción: Santa Fe (*C. palidus*) y Plaza Sur (*C. subcristatus*). La placidez de estas iguanas las vuelve muy vulnerables a los perros y gatos, por lo que se considera que están en peligro y se les ha dedicado un centro de reproducción y crianza en la estación Darwin.

Las enormes tortugas terrestres (del género *Geochelone elephantopus*, endémico) se desplazan continuamente entre el piso árido y las alturas de las islas, donde van en busca de agua: ahora bien,

a fuerza de pasar por el mismo camino, han trazado verdaderas rutas que irradian en todas las direcciones, desde las fuentes hasta la costa...¹⁶

Estos senderos trazados en una breña inextricable han sido preservados por el ganado que se ha vuelto salvaje y por el uso que les han dado los colonos para la caza de chivos. Pero las especies de tortugas que viven en las islas bajas, como Española, no cuentan sino con el agua de los nopales –salvo algunos raros charcos, de rápida desaparición, durante la estación lluviosa– para aplacar su sed. En esa isla se han adaptado a la aridez, procurándose su alimento en el cactus: su caparazón, escotado en la parte anterior, permite a un cuello más largo que aquel de las especies de los medios húmedos, alzarse hasta las codiciadas pencas. Pero la evolución también ha proporcionado al nopal una respuesta adaptativa (Thornton, 1971): en las islas con tortugas (Española, Santa Cruz, Isabela, Santa Fe, aunque de esta última han desaparecido) *Opuntia echios* y *Opuntia megasperma* pueden alcanzar la talla de un árbol respetable –una decena de metros en el caso de los especímenes más hermosos–, tienen un tronco liso y duras espinas densamente agrupadas, mientras que en las islas sin tortugas, como Marchena o Genovesa, *Opuntia helleri* es rastrera y está provista de espinas... ¡suaves!

16 Darwin, 1845: 169.

Las alturas

En el «piso de transición» las precipitaciones oscilan entre los 800 y 1.000 mm anuales y el déficit hídrico entre los 300 y 100 mm por año (Huttel, 1986). Los escasos árboles presentes en el piso árido se convierten en el elemento dominante del paisaje y se cubren de largas barbas de líquenes de color verde pálido: crecen en «suelos pardos», desarrollados en la arcilla de alteración del basalto (Laruelle, 1963). El sempiterno palo santo aparece acompañado por el muyuyo (*Cordia lutea*) y sus flores amarillas en la estación lluviosa; el pega pega (*Pisonia floribunda*), cuyo fruto sirve de goma a los niños; y, el guayabillo (*Pisidium galapagensis*), de fruto similar a la guayaba. En algunos lugares se observa un árbol más imponente, de hasta 10 metros de altura, el matazarno (*Piscidia carthagenensis*), hoy en día en peligro de extinción en el archipiélago pues su madera, imputrescible, es muy codiciada para la fabricación de barcos, maderamen y muebles.

En el límite superior del piso de transición se entra en el de las *scalesias* o «piso húmedo»: los suelos más espesos –hasta dos metros– están comprendidos en una franja situada entre los 200 y 400 m de altura sobre la costa a barlovento (Laruelle, 1963), allí donde se ha desarrollado el bosque ombrófilo («rain forest») de sca-

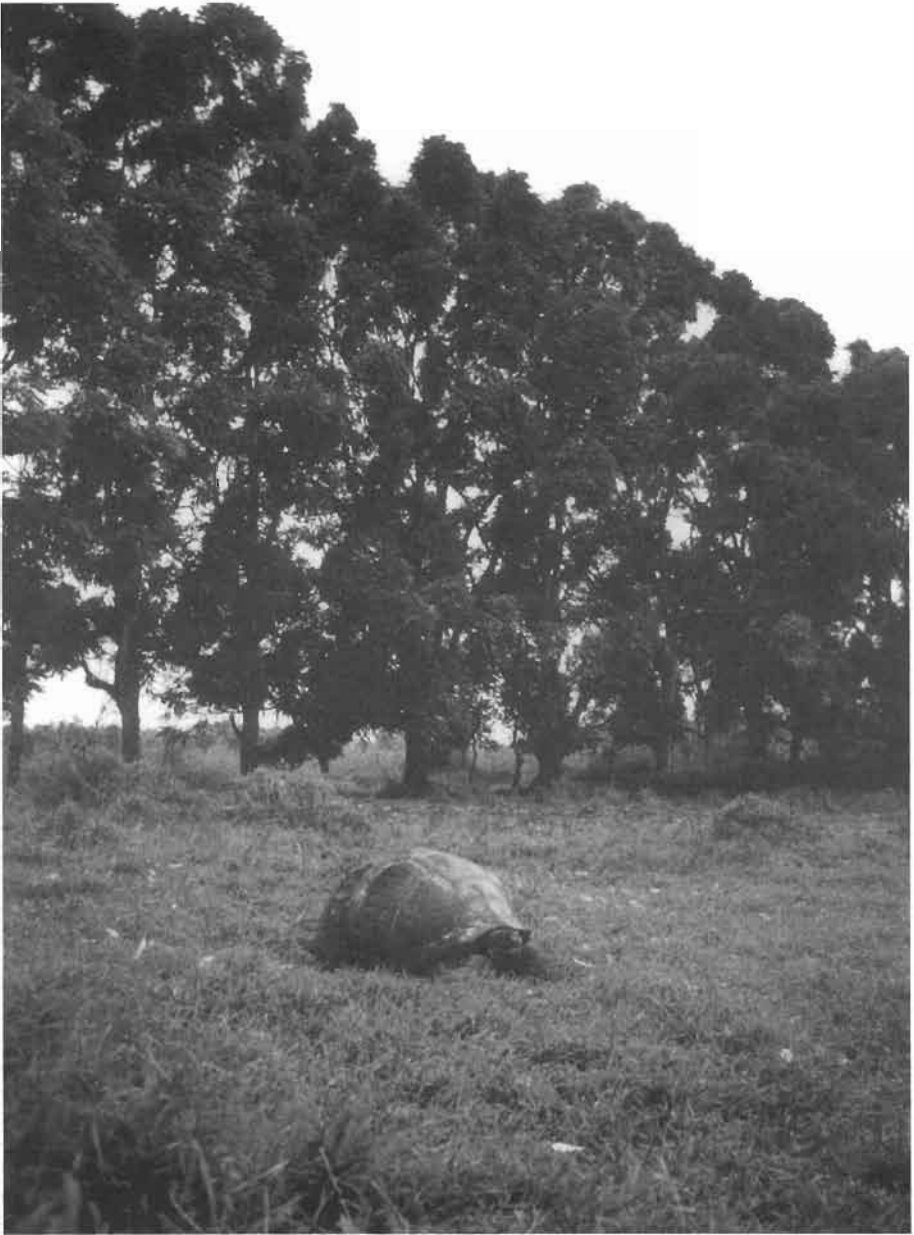


El caserío de Santa Rosa, situado en la vertiente a barlovento, hacia los 400 m de altura, está poblado por un centenar de habitantes, que se instalaron, en su mayor parte, cuando la campaña de colonización de las alturas de Santa Cruz emprendida por el Estado en 1956. La zona agrícola de la isla está a menudo bajo las nubes y, durante la estación lluviosa, recibe abundantes precipitaciones, a tal punto que los charcos y el lodo dificultan la circulación: es cierto que los campesinos tienen pocos vehículos motorizados y los turistas no van a Santa Rosa.

lesias (*Scalesia pedunculata*), en Santa Cruz. Estas plantas, de las más elevadas de la familia de los girasoles, son del tamaño de un árbol, si bien no tienen su aspecto, y crecen en formaciones densas. Esta especie de *scalesias* (hay veinte en Galápagos, todas endémicas, de tamaños y formas diferentes, adaptadas a diversos medios biogeográficos) tiene un tronco endeble y pálido rematado por una corona ramosa y frondosa, a menudo cubierta de musgo. Bajo las *scalesias* crecen helechos (90 especies, en su mayoría endémicas), a veces arborescentes: uno se creería transportado a un bosque tropical húmedo, de no ser porque nunca se ve agua corriente: ésta se estanca en charcos durante la estación lluviosa y el suelo es, con frecuencia, fangoso. Esta impresión se refuerza con la presencia del papamosca bermejo (*Pyrocephalus [rabinus] nanus*, endémico): su plumaje rojo vivo es digno de los bosques amazónicos.

Excepción hecha de Santiago, cuya flora de altura es muy atacada por los chivos, el piso húmedo se encuentra en las islas pobladas, pues los hombres han buscado lugares aptos para la agricultura y la ganadería. Estos paisajes están, por tanto, antropizados y en la actualidad los caracterizan más las plantas introducidas por el hombre que su flora original. Así, las *escalesias* se encuentran en franco retroceso en la zona agrícola de Santa Cruz, pues sus formaciones han sido desbrozadas para reemplazarlas por pastos y plantaciones de banano o de café, y los bosquecillos subsistentes están estropeados por el ganado y amenazados por dos de las plantas introducidas que más estragos causan en el archipiélago: el guayabo y la chinchona (árbol de quinina). Las zonas agrícolas presentan toda una gama de paisajes agrarios, que van desde el minifundio de los colonos costeños —con la huerta de batatas a la sombra de algunos bananos bajo los cuales cacarean dos o tres gallinas enclenques— hasta la finca de los pioneros europeos donde setos de grandes árboles introducidos, los ciruelos, cercan céspedes impecables en los que pacen gordos bovinos inseminados artificialmente. De ahí que algunas propiedades de Santa Cruz recuerden los paisajes de la Europa atlántica. Pero mirando más atentamente los prados, a veces es posible ver tortugas gigantes pastando junto a las vacas... Los terratenientes cuyos dominios frecuentan las tortugas, que vienen a tomar baños de fango en los prados pisoteados por el ganado, suelen mostrarlas a los turistas a cambio de dinero y no faltan los granjeros indelicados que incluso sujetan a «sus» reptiles por miedo a que regresen a la parte baja de la isla ¡o decidan cruzar donde el vecino!

Hacia los 600 metros de altura de la vertiente sur de Santa Cruz se deja atrás la zona agrícola, los árboles desaparecen, el espesor del suelo disminuye y se penetra en un paisaje de matorrales densos, de máximo dos metros de altura, de color verde oscuro: las *miconias* (*Miconia robinsoniana*, endémicas), que no existen sino en Santa Cruz y San Cristóbal (y, en consecuencia, el «piso de *miconia*» también). Hoy en día esta planta está muy amenazada por el guayabo y la chinchona que crecen más rápidamente, sobre todo en período de sequía: una vez que



*Las tortugas gigantes de Santa Cruz son una de las diez especies sobrevivientes del género *Geochelone Elephantopus*, endémica en las Galápagos, que otrora eran quince. Y, entre ellas, son seguramente la especie menos amenazada: visibles en la zona agrícola de la isla durante la estación seca, cuando abandonan el piso árido para ir a abrevarse, estas tortugas son una ganga para los granjeros cuyos prados frecuentan, pues estos cobran la visita a los turistas deseosos de verlas en otro lugar que en la estación Darwin, en su «medio natural»...*

estas plantas autóctonas alcanzan una altura mayor que *miconia*, habitualmente la especie más alta del piso, ésta ya no recibe suficiente luz y se marchita. Finalmente, por encima de los 600 m de altura, los arbustos ceden el lugar a los únicos helechos y luego, más arriba aún, a formaciones herbáceas: es el piso de la pampa. En Santa Cruz, que culmina a 864 m, este piso está, la mayor parte del tiempo, cubierto por la garúa, pero las cumbres de Isabela, más altas, casi siempre emergen de la niebla y son áridas.



El «piso de pampa» —hierba y helechos en el primer plano— cubre el Cerro Crocker, punto culminante de Santa Cruz (864 m) desde donde se contempla Academy Bay (donde se percibe un paquete y un carguero) y Puerto Ayora. La estación Darwin, a dos kilómetros de la pequeña ciudad, está en el extremo izquierdo de la fotografía.

¿Una naturaleza milagrosa? La evolución

El poblamiento natural de las islas

Según la teoría de la biogeografía insular de Mc Arthur y Wilson (1967),

el número de especies debe disminuir, correlativamente a la superficie [de la isla], más rápidamente en las pequeñas islas distantes del continente que en las grandes¹⁷.

17 *op. cit.*: 66.

Y ello porque su modelo de equilibrio demuestra, por un lado, que la tasa de inmigración de las especies es inferior a su tasa de extinción en una isla pequeña (pues en una grande, los biotopos son más diversificados y las poblaciones más numerosas) y, por otro, que esta tasa de inmigración es superior en una isla cercana al continente que en una que está más alejada. Las Galápagos tienen, pues, una biodiversidad terrestre relativamente limitada porque están aisladas, son jóvenes (lo que reduce otro tanto el tiempo disponible para la migración de las especies) y pequeñas: aparte de Isabela (4.588 km²) —que desde un punto de vista geológico y ecológico es además un conjunto de varias «islas» mal reunidas—, las más grandes de ellas no representan sino algunos centenares de km². Pero si las Galápagos son pobres en especies a escala mundial, continental, o respecto del propio Ecuador, en compensación son muy ricas si se toma en consideración que se trata de un pequeño archipiélago perdido en el Pacífico, y su fuerte tasa de endemismo significa, además, que tienen, en la biodiversidad planetaria, una importancia desproporcionada en relación con su superficie.

Estos organismos terrestres no tuvieron, antes de la intervención del hombre, sino tres formas de pasar la barrera oceánica: llevados por el viento, por balsas a la deriva o por aves. Semillas provistas de aletas, esporas de líquenes, musgos y helechos, partículas de humus, bacterias, así como insectos, pequeñas arañas y minúsculos caracoles son comúnmente arrancados del suelo por vientos que los elevan alto en la atmósfera y los hacen viajar largas distancias antes de precipitarlos a la superficie terrestre por las lluvias: este polvo de vida se denomina «plancton aéreo». En el Pacífico central estas lluvias son a menudo precipitaciones orográficas producidas por el contacto con las islas, lo que explica que buena parte de este «plancton aéreo» tenga serias posibilidades de caer en tierra antes que en el agua: se estiman en 32% las plantas nativas de las Galápagos que han llegado por este medio al archipiélago (Porter, 1976). También el viento ha arrastrado probablemente hacia las Galápagos a la mayoría de aves terrestres, que no se aventuran en el mar y habrían sido incapaces de llegar hasta las islas por sus propios medios.

El transporte en balsas a la deriva ha permitido llegar a las Galápagos a los raros mamíferos nativos: dos especies de murciélagos y seis o siete especies de ratas endémicas, de las cuales solo subsisten dos. Fue también el medio de transporte probable de las tres especies endémicas de serpientes, de los lagartos, de las iguanas y, posiblemente, de las tortugas (cuyo ancestro continental era mucho más pequeño), así como de una reducida parte de las plantas y de una buena cantidad de insectos. Basta con ver los cúmulos vegetales que acarrea el río Guayas en la estación de lluvias para darse cuenta de que se trata de verdaderas pequeñas islas flotantes, capaces de viajar largo tiempo en el océano antes de desmantelarse. Se ha calculado que en función de la rapidez y la dirección de las corrientes marinas, a tales balsas les habría tomado tan solo dos semanas alcanzar las Galápa-

gos desde las costas centro o sudamericanas (Thornton, 1971). No obstante, se trata de embarcaciones invadidas por el agua de mar y agobiadas por el sol. De ahí la ausencia de anfibios en las Galápagos, pues sus pieles y sus huevos son bastante más frágiles que los de los reptiles que, además, soportan mejor el hecho de no beber durante largo tiempo. La tolerancia de los reptiles al agua de mar explicaría que después hayan podido especiar en varias islas del archipiélago a partir de un ancestro común proveniente de un solo lugar. Asimismo, algunas plantas habrían llegado por mar sin la ayuda de balsas, gracias a sus semillas particularmente adaptadas al transporte por las mareas y a su costumbre de la sal, como las cuatro especies de mangles presentes en el archipiélago.

Finalmente, para la mayoría de las especies de plantas nativas de las islas y sin duda también para un buen número de insectos, las aves, marinas o migratorias, han sido el vehículo de llegada a las Galápagos: inclusive se ha estimado que el 64% de las semillas acarreadas por estos pájaros han sido ingeridas en el continente y excretadas en las islas, habiendo el tránsito intestinal favorecido, además, la germinación de muchas especies de plantas. El resto habría viajado prendido a su plumaje (Porter, 1976). Este medio de transporte y de colonización natural es el más importante pues las islas eran frecuentadas, mucho antes de la llegada de los primeros organismos exclusivamente terrestres, por estas aves que hacían viajes de ida y vuelta entre el continente y las Galápagos. Por añadidura, la función de los pájaros no se limita a transportar las semillas desde el continente hasta las islas: luego las dispersan en todo el archipiélago. Pero debido a innumerables viajes abortados o que nunca llegaron a las Galápagos, aquellos que resultaron en el depósito en las islas de organismos que sobrevivieron al trayecto transoceánico son extremadamente raros. Así, las Galápagos no tienen, por ejemplo, sino 550 especies de plantas endémicas o nativas, es decir un ritmo de implantación estimado, considerando la edad del archipiélago, en una especie cada 7.000 a 12.000 años (Porter, 1976).

Desarmonía, colonización y especialización geográfica

El sentimiento de extrañeza que invade al viajero en Galápagos proviene, en gran medida, de la observación de un mundo animal donde los reptiles y los pájaros comparten nichos ecológicos generalmente habitados por mamíferos: esta visión vuelve palpable la desarmonía típica de la fauna y flora insulares. Así, en el reino vegetal grupos enteros de plantas –palmeras, gimnospermas, la mayoría de monocotiledóneas, etc.– no están presentes, o lo están muy poco, mientras que los helechos, líquenes, musgos, las herbáceas y las compuestas forman lo esencial de la flora nativa de estas islas. Esta desarmonía, nacida de la historia del poblamiento natural de las Galápagos, es en realidad un equilibrio –dinámico, puesto que la evolución no se detiene– logrado a fuerza de adaptaciones mutuas entre

especies nativas de las islas. Una vez que cesa la competencia interespecífica a la que están sometidas en el continente, las especies instaladas en las islas amplían sus nichos ecológicos y evolucionan diferentemente, lo que ilustra el caso de *Scaevola pedunculata*: de la familia de las compuestas, como la margarita, alcanza, en Santa Cruz, el tamaño de un árbol.

Pero cuando las especies continentales son masivamente introducidas por el hombre, se insertan, conquistadoras, en estos frágiles ecosistemas insulares, a los que perturban gravemente antes de hacerlos desaparecer como tales. Durante largo tiempo, estos habían evolucionado casi aislados antes de ser abiertos, en un tiempo demasiado corto como para permitir una evolución adaptativa de las especies nativas, a organismos continentales bastante más habituados a la competencia interespecífica (Darwin, 1859). Y esto tanto más cuanto que una de las características de la fauna de las Galápagos que todos los visitantes han subrayado para maravillarse con ella es su ausencia de temor: esta se debe al hecho de que

en ausencia de grandes predadores, no ha habido selección del comportamiento, motivado por el miedo, que induzca a la esquividad o a la fuga¹⁸.

Finalmente, estas especies introducidas son a menudo «oportunistas» que se encuentran en medios biogeográficos muy diversos gracias a su aptitud para establecerse en muchos biotopos: ratas, cucarachas, zarzas, etc. Así, por ejemplo, la rata negra (*Rattus rattus*), común en todo sitio de la Tierra, ha suplantado a una rata endémica de las Galápagos (*Oryzomys galapagoensis*), ahora extinta.

Que las Galápagos sean una suerte de milagro de la naturaleza es una impresión que se afirma cuando se recuerda la historia de la colonización de las islas por parte de estas especies que vencieron la barrera oceánica. Y no solo porque fueron escasas las que llegaron sino que, además, había pocos especímenes de sexos diferentes de una especie dada que tocaran tierra al mismo tiempo y en el mismo lugar, condiciones *sine qua non* para asegurar su reproducción. Por añadidura, estos náufragos o «pasajeros clandestinos» se depositaron generalmente en las orillas, que en las Galápagos son un biotopo en extremo limitante para la mayoría de especies, más aún teniendo en cuenta que muchas de ellas venían de otros medios biogeográficos. Ahora bien, la «paradoja de las biotas insulares» (Blondel, 1995a) es que las especies con fuerte poder de diseminación y de fecundidad elevada son las más aptas para la colonización, pero para vivir de modo durable en una isla deben perder estas cualidades. Se produce, pues, un deslizamiento evolutivo de una estrategia de colonización a una de estabilización: así, por ejemplo, las plantas terrestres con fuerte poder de diseminación han visto reducirse rápidamente esa ventaja una vez instaladas en las islas, puesto que si sus

semillas hubiesen continuado dispersándose fácilmente, habrían sido acarreadas fuera de las islas y, por ende, estas plantas no habrían sobrevivido.

Al poner obstáculos a las migraciones, las barreras desempeñan una función tan importante como el tiempo cuando se trata de lentas modificaciones por la selección natural.

Darwin (1980: 472) resume así la especiación geográfica. Una población llegada a una isla dispone de una reserva genética menor que la de su especie de origen, de donde resulta una evolución tendencialmente divergente (es el «efecto fundador») acentuada por una mayor probabilidad de genes mutantes en el seno de esta población insular reducida (es la «deriva genética»). La selección natural «favorece» entonces, *a posteriori*, la perpetuación de los individuos mejor adaptados al nuevo entorno, lo que aleja aún más a la población aislada de aquella de la que desciende, hasta volver incompatible la reproducción entre ellas: una nueva especie aparece (Mayr, 1993). En las Galápagos los herpetólogos no logran que el único sobreviviente de la especie *Geochelone elephantopus abingdoni* (de la isla de Santa Fe) se reproduzca, incluso con un congénere de la población geográficamente más cercana, la del volcán Wolf.

Pero el ejemplo más conocido de especiación geográfica es el de los «pinzones de Darwin»: individuos que pertenecieron a una misma especie continental se instalaron en una isla del archipiélago donde evolucionaron hacia una especie diferente. En una etapa ulterior, algunos de estos individuos migraron hacia otra isla, donde las condiciones de vida no eran exactamente las mismas y donde se encontraron suficientemente aislados de la primera población como para especiar a su vez: este proceso se ha repetido varias veces y ha dado origen a 13 especies distintas. Algunos de estos pinzones han podido luego recolonizar su(s) isla(s) de origen toda vez que, genéticamente diferentes, ya no se mezclaron con la especie local. Es, pues, posible observar en el mismo lugar varias especies de pinzones, identificables por la forma y el grosor de los picos, cada una de las cuales explota un nicho ecológico diferente: una se alimenta de semillas gruesas y duras (*Geospiza magnirostris*), otra hace uso de ramillas para mondar los cactus y extraer insectos (*Cactospiza pallida*), etc.

La lección darwiniana

A partir de la publicación del *Origen de las especies*, el interés científico por las Galápagos ya no se desmentirá. Es cierto que luego de los trabajos de Darwin y de Wallace, la isla oceánica se convirtió, también, en un arquetipo ecológico:

El principio que regula el carácter general de los habitantes de las islas oceánicas, es decir sus relaciones estrechas con la región que ha podido enviarles colonos

más fácilmente, así como su modificación ulterior, es susceptible de muchas aplicaciones en la naturaleza; se ve la prueba en cada montaña, en cada lago y en cada pantano¹⁹.

El sitio de honor que Darwin atribuye a las islas en la comprensión global de la naturaleza significa que él considera el espacio como un factor fundamental de los procesos evolutivos. Darwin insiste, en efecto, en la importancia de los lugares, de las superficies, de su extensión o de su aislamiento (o de la modificación de este último), en la formación, la evolución y la desaparición de las especies, es decir de la biodiversidad.

Darwin funda, así, una rama del evolucionismo, que podríamos denominar el evolucionismo horizontal, para oponerlo al evolucionismo estrictamente vertical de Lamarck [...]; el evolucionismo horizontal trata sobre el origen de la nueva diversidad en la dimensión espacial²⁰.

He ahí un aporte capital: a la «utopía» —o ausencia de lugar— de ciertos esquemas religiosos, que hacen provenir a la naturaleza de una Creación divina en una tierra considerada de manera abstracta, Darwin lleva nuevamente la naturaleza a la Tierra, explicándola, en gran medida, mediante lugares. Además, la idea de «lucha por la existencia», esencial en la teoría darwiniana, viene de Malthus, que la explica por la divergencia creciente entre una población que aumenta más rápidamente que los recursos, en un espacio dado. Ahora bien, las teorías económicas producidas en la misma época, y que aún rigen el mundo, conceden una atención mínima a la diversidad y a los límites del espacio terrestre. El juego económico, regulado por conceptos tan abstractos como aquel de la «mano invisible» del mercado, «crearía» soluciones «universales» aplicables por doquier: se trata de otra visión religiosa. Si a eso se añade el hecho de que

la teoría de la evolución divergente podía potencialmente atentar contra todo concepto de inevitabilidad del progreso²¹,

se producen serias contradicciones entre las leyes de la naturaleza y las de las sociedades humanas regidas por el capitalismo. Para la sociología y la historia del tiempo de Darwin, pero sobre todo para la economía —clásica, neoclásica o marxista—, las sociedades humanas serían, por el contrario, poco sensibles a su situación geográfica y tenderían, todas, a «progresar» en el mismo sentido y de la misma manera.

La lección darwiniana es, por tanto, la siguiente. En primer lugar, el mundo viviente es uno y tiene a la Tierra como hábitat. Luego, la evolución tiende a di-

19 Darwin, 1859: 524.

20 Mayr, 1993: 36.

21 Bowler, 1995: 143.

versificar este mundo viviente. Ahora bien, uno de los parámetros de esta diversificación —el «evolucionismo horizontal»— es la geografía de un planeta limitado, que ofrece una variedad restringida de medios biogeográficos. Finalmente, la reducción de esta «geodiversidad», desde ya limitada, tiene consecuencias fatales para «muchos procesos evolucionistas» (Myers, 1994). En consecuencia, la evolución «horizontal» depende de la preservación de la diversidad terrestre. Esta «geodiversidad», paradigma fundamental de las ciencias naturales, ¿podría ser también utilizable en las ciencias sociales? Ese es el desafío de la conservación de la naturaleza.

Las islas, especialmente las oceánicas, son medios biogeográficos a la vez únicos y frágiles. Las Galápagos son particulares pues el sol ecuatorial y las aguas marinas «frías» permiten a los pingüinos o a los lobos marinos gozar de la sombra de los cactus; ahí la ausencia de flujos de agua permanentes y la presencia de bosques ombrófilos no son contradictorias, y la diversidad y la fragmentación de los biotopos han hecho posible la evolución, muchas veces divergente, de especies de un ancestro común... Pero la naturaleza de las Galápagos es tanto más vulnerable cuanto que está en gran medida compuesta de especies que han evolucionado en el seno de ecosistemas que pueden ser calificados de semi cerrados, pues están ampliamente abiertos al cielo y al océano, pero prácticamente aislados, en condiciones naturales, de las influencias del continente vecino (Fosberg, 1966). La naturaleza de las Galápagos sigue siendo excepcional gracias a la brevedad de la historia humana de este archipiélago que es, en las latitudes intertropicales, el que durante más largo tiempo se ha mantenido fuera del ecúmeno.

Pero si estos ecosistemas continúan siendo modificados brutalmente con la introducción y la difusión de numerosos organismos alóctonos, con la extracción desenfrenada de ciertas especies o por contaminación de varios tipos, se asistirá a la desaparición de una región biogeográfica única en la Tierra, lo que resultará en «una pérdida neta de especies en el mundo y la homogeneización de la biota terrestre» (Vitousek, 1988: 182). Ahora bien, la apertura tan amplia como incontrolada de las Galápagos al mundo, que se acelera desde hace una veintena de años, comenzó con su inclusión en el espacio, es decir con su historia.

Capítulo II

El espacio abierto

Del espacio abandonado al espacio abierto

Misteriosos visitantes y descubridores indiferentes

Según T. Heyerdhal (1963), las Galápagos habrían sido frecuentadas por pescadores precolombinos del litoral norte de Perú y de la costa ecuatoriana. Esta tesis y el hipotético viaje del Inca Túpac Yupanqui a las dos islas «del oeste» (reportado por Gamboa en 1570) han alimentado sobre todo una polémica entre historiadores peruanos y ecuatorianos, para quienes la soberanía de sus respectivos países sobre el archipiélago se remonta al origen de sus primeros supuestos descubridores (Villacrés Moscoso, 1985). Desde sus comienzos más o menos míticos, la historia de las Galápagos es pues controvertida: estas islas son un espacio codiciado.

Es sorprendente, en este contexto, que los ecuatorianos no hayan dado el nombre de Tomás de Berlanga sino a una aldea de la isla Isabela: este hombre a quien se ha reconocido haber implantado el banano en América y descubierto las Galápagos está presente en el origen de importantes recursos económicos de Ecuador... Las Galápagos entran oficialmente en la historia en 1535, cuando Carlos V encarga al obispo de Panamá informarle sobre la situación de un Perú presa de la guerra entre Pizarro y Almagro: el 23 de febrero Berlanga emprende camino, pero su navío queda prontamente a la deriva en las calmadas aguas equinocciales y es arrastrado hacia el sudoeste por la corriente de Panamá. Consumidos por la sed y la ansiedad, los navegantes ven al fin tierra el 10 de marzo: Berlanga llegó a las Galápagos por los azares de la navegación.

Los españoles recorren las islas durante días, buscando agua en vano: dos hombres y diez caballos mueren de sed. Reducidos a masticar trozos de cactus, terminan por encontrar charcos (es la estación lluviosa), llenan algunos toneles y vuelven a partir enseguida. Llegado a Portoviejo, en la costa ecuatoriana, Berlanga escribe a Carlos V para darle parte de su descubrimiento; luego de señalar la

prodigiosa cantidad de animales extraños y poco feroces –particularmente las tortugas gigantes–, el obispo concluye con una nota desengañada:

En todo el archipiélago, pienso que no hay un lugar donde pueda sembrarse un celemín de trigo, pues está en gran parte cubierto por grandes rocas, en cantidad tal que se diría que Dios ha hecho llover piedras¹.

Este descubrimiento en nada interesa pues a los españoles, que no se dan el trabajo de anexar estas islas, ni siquiera de darles nombre... El archipiélago adquiere uno apenas en 1570, en un mapamundi elaborado por el flamenco Ortelius, donde está señalado como «islas de las Galápagos», es decir «islas de las tortugas», pues los escasos viajeros que pasaron por esos lugares hacen hincapié en estos insólitos animales². Pero aunque nombradas y ubicadas en un mapa, las Galápagos recaen en el olvido durante más de un siglo.

Una guarida de los «Hermanos de la Costa»

En 1578 Drake ataca un galeón aguas adentro del Callao y reparte el enorme botín en la isla de la Plata, a la altura de Manabí (Ecuador): es el primer caso de filibusterismo en el Pacífico oriental, donde las Galápagos van a desempeñar una función clave. Pero es necesario esperar todavía un siglo antes de que los filibusteros abandonen un tanto el Caribe, lleno de fortificaciones, para dirigirse hacia el «punto débil» del imperio colonial español, el Pacífico. En febrero de 1684 grandes nombres del filibusterismo de la época –Davis, Dampier, Cowley– doblan el Cabo de Hornos. Luego de una escala de descanso en Juan Fernández³, navegan rumbo al norte, se apoderan de tres navíos españoles a la altura de Tumbes y, como la escuadra de Perú les pisa los talones, buscan refugio. Davis relata sus dificultades:

Teniendo más de cien prisioneros a bordo, no sabiendo dónde obtener agua ni encontrar un lugar seguro, decidimos dirigirnos hacia el oeste a fin de ver si podíamos alcanzar esas islas llamadas Galápagos. Esto hizo réfr mucho a los españoles, que nos dijeron que eran islas encantadas, que se trataba de islas fantasmas y no reales⁴.

1 en Hickman, 1985: 19.

2 El segundo visitante europeo al archipiélago es el español Rivadeneira, en 1546: partiendo desde Perú, llega a las Galápagos empujado por la corriente de Humboldt. Al arribar a Guatemala, escribe a Felipe II para solicitarle el derecho de gobernar estas islas, de las que señala la ausencia de agua y la presencia de tortugas gigantes. No recibe respuesta.

3 Importante paradero de los filibusteros, esta isla sin embargo no ofrecerá jamás las ventajas de las Galápagos: está muy alejada de la ruta de los galeones.

4 en Hickman, 1985: 361.

En efecto, los españoles dieron a las Galápagos un nombre evocador de la influencia de lo maligno –Las Encantadas o «Las Islas Encantadas»– a causa de las dificultades de la navegación en sus aguas⁵: bastante más tarde y al precio de un contrasentido, el nombre tendrá gran éxito entre los promotores turísticos del archipiélago... Su mala reputación ante los españoles hacen de las Galápagos un destino conveniente para los filibusteros que desembarcan en ellas en marzo de 1684.

Dampier, apodado «el pirata naturalista», las describe cubiertas de lava y con aves tan poco ariscas que se posan sobre los hombres. No obstante, contrariamente al relato de Berlanga, Dampier anota:

Hay agua en estas islas desoladas, en agujeros y en charcos entre las rocas. Las grandes islas del oeste [...] producen grandes árboles de troncos esbeltos; en estas islas se encuentran hermosos ríos [...]⁶.

La única explicación plausible respecto de estos «ríos» es que 1684 debió ser un año con fuerte influencia de El Niño. Sin embargo, estas afirmaciones le valen a la banda de Davis ser considerada como una pandilla de fabuladores por Rogers, un bucanero que a fines de mayo hace escala en las Galápagos (convertidas en un destino interesante para los filibusteros del Pacífico), al inicio de la estación seca:

Se reporta que la isla de Santa María de l'Aquada [Floreana] es una de las Galápagos donde se encuentra cantidad de agua dulce, madera, tortugas de mar y de tierra, y que es un fondeadero seguro. Es probable que esta isla exista, puesto que un cierto capitán Davis, un inglés que pirateaba en estos mares hace una veintena de años, se quedó allí varios meses y se mostraba muy satisfecho. Dice que había árboles adecuados para hacer mástiles. Pero esa gente y aquellos con los que he conversado o cuyos diarios de viaje he leído dan informaciones completamente falsas sobre estas islas, ya que están tan alejadas que no se puede desmentir lo que de ellas cuentan y atrapan así a los crédulos, de los que yo hacía parte hasta que vi, finalmente, que no es posible conceder el menor crédito a sus afirmaciones...⁷.

5 Melville (1854), quien retoma esta denominación, describe las dificultades de la navegación en las Galápagos: «Nadie se sorprenderá de encontrar ahí tantos restos de barcos luego de haber observado las corrientes contrarias que remolinean en casi todos los estrechos del archipiélago. Los caprichos del aire sólo pueden compararse con los del mar. En ningún lado como en las Encantadas el viento es tan caprichoso, desconcertante, nada confiable y con relevos de extraña calma. Nos ha llevado casi un mes ir solamente de una isla a otra, aunque jamás distan en más de 90 millas» (op. cit., 1985: 133).

6 en Rose, 1924: 348.

7 ídem: 362.

Pero volvamos a Dampier, para quien una de las principales ventajas que ofrecen las Galápagos es su profusión de tortugas, de las que él y sus compañeros se alimentan durante los tres meses de su estadía en las islas:

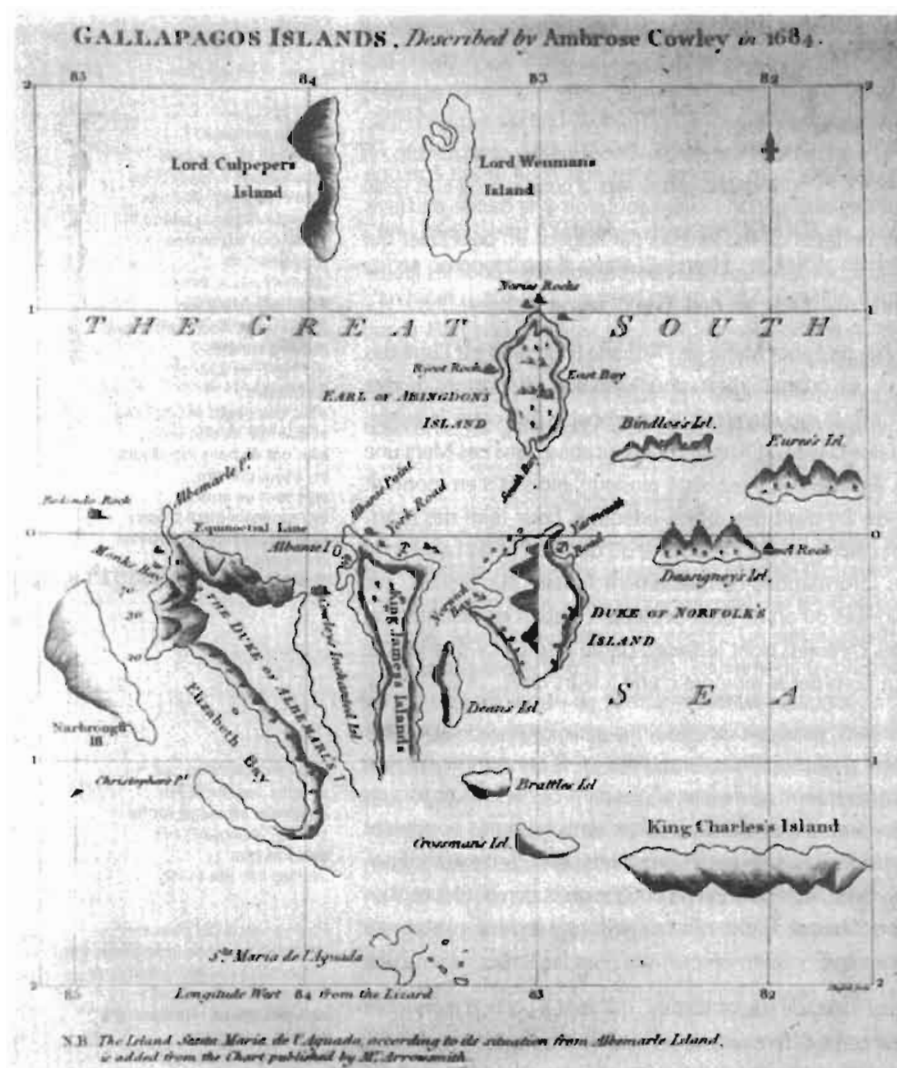
Las tortugas terrestres son tan numerosas que quinientos o seiscientos hombres podrían alimentarse de ellas durante meses, sin otras provisiones: son extraordinariamente grandes y gordas y tan suaves al paladar que ningún pollo se les compara. Cada mañana enviábamos a tierra al cocinero, quien mataba tantas tortugas cuantas necesitábamos para el día⁸.

Mientras Dampier se extasía con las tortugas, que a partir de entonces van a desempeñar un papel mayor –en defensa propia– en la historia de las Galápagos, Cowley traza el primer mapa del archipiélago (véase el mapa 4), señal de que el sitio es considerado como de interés: Davis volverá por lo demás en 1685 y en 1687.

Este mapa es el mejor de que se dispone hasta que Fitzroy, ciento cincuenta años más tarde, levanta uno (véase el mapa 5, p. 86) que a su vez servirá de referencia hasta la aparición del establecido por la marina norteamericana en 1942: las Galápagos son un *no man's land* poco cartografiado. Cowley da nombre a las islas en honor de los poderosos del Reino de Inglaterra: la primera abordada es «Charles» [Floreana], como el Rey; la gran isla del oeste es llamada «Albermale» [Isabela] y la que ésta oculta, «Narborough» [Fernandina]; la isla favorita de los piratas es denominada «James» [Santiago], como el sucesor del rey Charles de cuya muerte Cowley se entera una vez que abandona las Galápagos. También bautiza a Abingdon [Pinta], Culpepper [Darwin] y Wenman [Wolf], y termina por una pequeña isla «que un capricho me hizo llamar “la isla Encantada de Cowley”...». Estos nombres todavía constan en las publicaciones científicas y las guías turísticas anglosajonas... Pero Cowley no hizo sino iniciar una larga tradición, pues los sucesivos viajeros a las Galápagos, hasta en pleno siglo XX, denominaron a las islas sin tomar en cuenta los nombres anteriores –Santiago llegó a tener hasta once (Woram, 1989)– y hoy la mayoría tiene comúnmente varios nombres, algunos de los cuales recuerdan los usos del archipiélago: «Bucaneer's Bay», «Wreck Bay», «Freshwater Bay», «Turtle Bay»... (véase el mapa 6, p. 94)

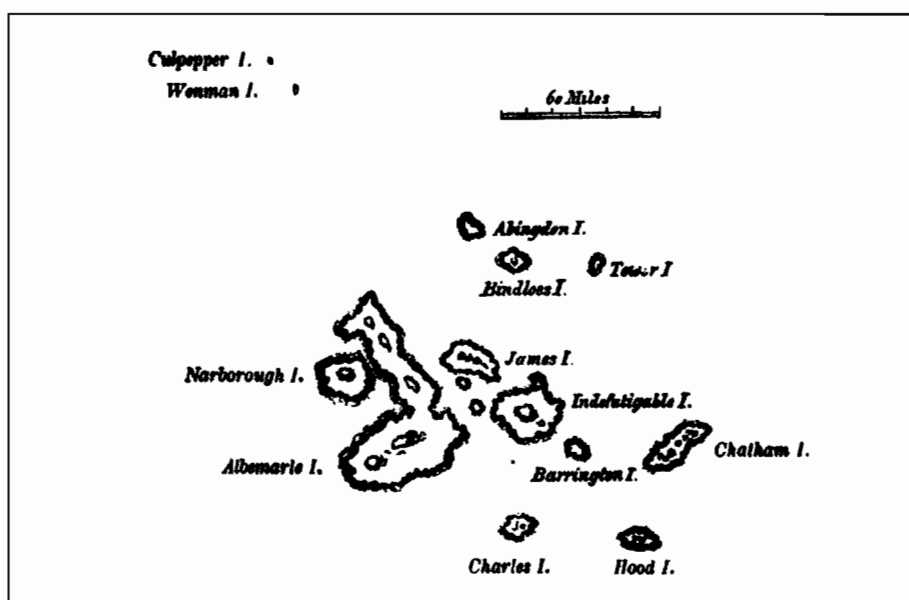
El más conocido de los visitantes que le siguieron es nada menos que Robinson Crusoe en persona o, más bien, A. Selkirk. En 1708, comerciantes de Bristol arman dos navíos para el corso en el Pacífico y se los confían a Rogers, acompañado por Dampier que, en esa ocasión, efectúa su último viaje por los Mares del Sur. Pasan el Cabo de Hornos en diciembre y hacen escala en Juan Fernández, donde aparece «un hombre vestido con piel de cabra, que tenía un aspecto más

Mapa 4. Primer mapa de las Galápagos (1684, en Beebe, 1924)



salvaje que los propietarios originales de esa vestimenta»... Rogers decide embarcar a Selkirk, cuyas cualidades de marino Dampier conocía. La flotilla se dirige luego hacia Guayaquil, presa favorita de los filibusteros pues entonces Lima está demasiado bien defendida. La ciudad es saqueada en mayo de 1709 y los corsarios parten a refugiarse en las Galápagos con rehenes, cuatro barcos españoles, uno de ellos confiado a Selkirk, y el botín: Rogers entierra su parte en James, pensando recuperarla en otra ocasión. Todavía estaría allí...

Mapa 5. Mapa de las Galápagos por Fitzroy (1835)



A fines del siglo XVIII los filibusteros desaparecen: es entonces cuando los españoles se arriesgan a realizar su primer viaje a las Galápagos desde el siglo XVI. Pero no se trata sino de una escala de cuatro días, en 1790, al término de una expedición científica comandada por Torres y Guerra, la primera en su género que pasa por el archipiélago. El mediocre mapa de las Galápagos levantado en esa ocasión es un indicio adicional de la ignorancia de los españoles en cuanto a las islas, y ninguno de los nombres que se les dieron entonces ha subsistido.

De la importancia de la navegación en el uso de las islas: el espacio abierto

Su situación estratégica y ciertos recursos naturales son los que han atraído a los hombres a las Galápagos. Pero situación y recursos dependen, para revelarse, de las necesidades de las sociedades y de sus capacidades técnicas para explotarlos. Así, mientras sus recursos son juzgados como poco interesantes y los medios de navegación son precarios, las Galápagos permanecen abandonadas. De ahí que parezca poco probable, pese a la afirmación de T. Heyerdhal, que los amerindios hayan ido con frecuencia a pescar allí: ¿se toma el riesgo de una larga travesía oceánica y de un regreso a contracorriente a bordo de una balsa cuando se habita una de las costas más abundantes en peces del mundo? En cuanto a los españoles, encuentran penosa la navegación en un archipiélago donde no hay oro, mientras éste abunda en el continente. Pero cuando —a partir de fines del siglo XVII— las Galápagos ofrecen la ventaja de estar próximas a una costa mal defen-

didada por los españoles y a lo largo de la cual transportan riquezas fabulosas, se vuelven estratégicamente interesantes a ojos de quienes tienen los medios de navegación adecuados para sacar partido de su situación: los filibusteros británicos. Utilizándolas como base para atacar puertos y galeones sin que jamás los españoles los persigan hasta allá, inauguran así la función de «espacio abierto» de las Galápagos.

El espacio abierto se define por una accesibilidad diferencial, es decir por el desigual control de los medios de transporte por parte de los actores a los que interesa. Un Estado que controla mal un territorio reivindicado porque sus representantes tienen dificultades para llegar a él, aparecer allí regularmente, explotar sus recursos o colonizarlo, no puede realmente ejercer su soberanía y corre entonces el riesgo de verlo escapar de su autoridad. Es el caso cuando ese espacio presenta un interés para actores, casi siempre extranjeros aunque también a veces nacionales, que, ellos sí, pueden frecuentarlo o instalarse en él para utilizarlo según sus necesidades, sin rendir cuentas a nadie: lo abren así a sus usos. El espacio abierto conjuga, por tanto, la ausencia de control político y la utilidad para ciertos actores que le son exteriores pero poseen los medios de acceder a él. Producto de la historia del Sistema Mundo, el espacio abierto pertenece a una estructura espacial «reticular» (Bonnemaïson, 1986), es decir que no existe sino por su inclusión en redes, por lo general transnacionales, de las cuales es uno de los nudos que las articulan.

Es por ello que aunque descubiertas por los españoles, las Galápagos nunca fueron parte de su Imperio, pese a estar cerca de una ruta vital de su «economía-mundo», la de los galeones que iban de Perú a Panamá: dotados de potentes navíos, los filibusteros se instalaron entonces en el archipiélago para atacar a estas redes marítimas. Y cuando, a fines del siglo XVIII, los balleneros llegan a las Galápagos, las islas siguen siendo consideradas como *Terra nullius*: pertenecen, de facto, a quienes pueden hacer uso de ellas.

El saqueo de la naturaleza

«Galápagos Grounds»

La urbanización ligada a los comienzos de la revolución industrial inglesa lleva a algunos empresarios a buscar aceite de ballena, el mejor combustible conocido entonces para el alumbrado. Ahora bien, los relatos de los filibusteros, y luego de James Cook, habían revelado que el Pacífico encerraba prodigiosas cantidades de cetáceos: el primer navío británico en cazar ballenas en este océano llega en 1788, seguido de balleneros norteamericanos a partir de 1791. En 1792, la mayor compañía ballenera inglesa, Enderby & Sons, envía al capitán Colnett a in-

ventariar los sitios propicios para esta caza en el Pacífico. Este llega a las Galápagos en 1793 y afirma en su diario haber [...]

descubierto el lugar de encuentro de ballenas venidas a criar a sus pequeños luego de haber parido en las costas de México, de Perú y del Golfo de Panamá⁹.

Colnett recorre el archipiélago durante semanas en las cuales establece un mapa y bautiza a varias islas con nombres todavía usados por los anglosajones: Barrington (Santa Fe), Jervis (Rábida), Duncan (Pinzón), Hood (Española), Chatham (San Cristóbal). Pero su navío pasa por lo general anclado en la costa oeste de Isabela: es en esta parte del archipiélago, de «Banks Bay» a «Redondo Rock», con mar frío y verde oscuro por el plancton, donde se concentran los cachalotes (véase el mapa 6, p. 94).

Antes de partir con informaciones¹⁰ que iban a provocar rápidamente una avalancha hacia los «Galápagos Grounds¹¹», como las designan los balleneros anglosajones, Colnett establece un ingenioso sistema de comunicación en una bahía de Charles que había sido muy frecuentada por los filibusteros. Es un buzón que funciona según un principio simple: al inicio de su campaña, los balleneros que pasan por las Galápagos depositan allí correo que un navío de regreso a Europa o los Estados Unidos llevará a buen puerto. El lugar adopta enseguida el nombre de «Post Office Bay» y constituye hoy en día uno de los sitios más visitados del parque nacional: los turistas gustan de jugar a los balleneros de antaño, dejando mensajes en ese lugar... La primera construcción durable de las Galápagos es un buzón: estas islas son verdaderamente un espacio abierto, el «relé» de una red transnacional que cubre los mares del globo.

Pero es también la época del primer habitante permanente del archipiélago, un irlandés llamado Watkins que, a comienzos del siglo XIX, habría pedido desem-

9 en Epler, 1987: 86.

10 Los científicos las utilizan hasta ahora: «Esta región, donde la corriente de Cromwell es empujada hacia la superficie por las islas de Isabela y de Fernandina se convirtió en el centro de nuestra área de investigación. Los grupos de cachalotes se desplazaban a veces un centenar de kilómetros hacia el sur o hacia el oeste, pero era entre Fernandina y Roca Redonda donde se encontraban en mayor número [...]. Fue muy interesante leer los diarios de viaje de los balleneros que nos habían precedido. Un buen número de sus observaciones sobre el comportamiento de los cachalotes habrían podido estar en nuestros propios diarios. La principal diferencia provenía de consideraciones sobre la densidad de las poblaciones de cachalotes: las nuestras parecen situarse entre las del capitán Colnett, que señala «enormes cantidades», y las de balleneros frustrados de la segunda mitad del siglo pasado, que ya casi no los veían» (Whitehead, 1985: 19-21).

11 En 1797 el segundo ballenero que caza en las Galápagos lleva de las islas 42 cachalotes, del total de 100 que captura en el Pacífico. El tercer ballenero, el mismo año, efectúa todas sus capturas en el archipiélago (Epler, 1987).



Desde las campañas de los balleneros de Nantucket en el siglo XIX, la bahía de Banks es reputada por la profusión de cachalotes que albergan sus aguas muy ricas en plancton, gracias a la conjunción del «upwelling» de la corriente profunda y fría de Cromwell y del sol ecuatorial. El pequeño volcán Ecuador, al fondo, marca el extremo noroeste de Isabela: muy pocos cruceros turísticos atraviesan esta región de las Galápagos, muy aislada y nunca visitada por los barcos del SPNG, aunque muy frecuentada por numerosos barcos pesqueros clandestinos.

barcar en Charles. Durante años los balleneros se abastecen allí de legumbres y frutas cultivadas por Watkins, quien recibe a cambio ron y algunos dólares, antes de abandonar su isla y dirigirse a Perú en 1809. Esta primera «colonización» de las Galápagos, reducida a un solo habitante, es más importante de lo que parece. Watkins partió de Floreana un siglo después de que A. Selkirk fuera rescatado de Juan Fernández, pero el irlandés no era otro Crusoe pues, al permanecer por su propia voluntad en su isla reputada por inhabitable, probó que era posible cultivarla, mejor aún, comerciar en ella: la isla de Robinson era una prisión, la de Watkins una tienda de abarrotes. Una veintena de años más tarde los ecuatorianos lo recordarán al escoger esta isla para fundar su primera colonia, que utilizó los animales y las plantas domésticas dejadas por Watkins. Finalmente, este último es el precursor de los pioneros europeos que, el siglo siguiente, harán de la cuarta colonización de Floreana un éxito: la misma vida dura y la misma utilización de la apertura de las islas hacia el mundo exterior.

Las Galápagos, convertidas en un nudo de la red ballenera, conocen sus primeras batallas navales en 1812: la guerra entre Inglaterra y Estados Unidos se libra en el mar y el gobierno norteamericano confía la fragata Essex al capitán Porter con la misión de destruir el mayor número de navíos británicos en el Atlántico

sur. Al no encontrarlos, Porter decide continuar su búsqueda hasta los «*Galápagos Grounds*»: llega al archipiélago en abril de 1813 y acude a Post Office Bay, donde se apodera del correo a fin de tener una idea del número y el tipo de barcos presentes en la región. El buzón es muy utilizado y Porter se sirve de él hábilmente: deja falsos mensajes –pretende ser un navío inglés en peligro– dirigidos a los balleneros británicos, a los que espera tender una emboscada... El Essex permanece en las aguas de las Galápagos cinco meses durante los cuales captura doce balleneros, para entonces la mitad de la flota británica del Pacífico.

Cuando no está ocupado en perseguir a los ingleses, Porter describe largamente la flora y la fauna del archipiélago, mostrando, una vez más, predilección por las tortugas terrestres. Y es que éstas se han convertido en un elemento capital del éxito de una campaña en el Pacífico:

Los navíos en campaña ballenera en estas islas generalmente cargan a bordo doscientos o trescientos de estos animales y los almacenan en la cala, donde, por extraño que parezca, pueden vivir durante un año sin comer ni beber y cuando se los mata después de este período, el sabor de su carne resulta grandemente mejorado¹².

Pero, con la intención de diversificar la dieta de los marinos, Porter deja en James dos parejas de chivos que rápidamente saltan el cercado construido para ellos: de un altruismo inconsciente en cuanto a los futuros destrozos ecológicos, el norteamericano concluyó que con ello «los próximos navegantes obtendrán un abundante abastecimiento de carne de chivo...».

El viaje del Essex es el punto de partida del atractivo de las Galápagos para los norteamericanos, interés jamás desmentido hasta nuestros días: luego de la expulsión de los británicos, las islas se convierten en coto vigilado de los balleneros de New Bedford y Nantucket. Las Galápagos son entonces no solamente un lugar de caza de cachalotes sino una escala en la ruta seguida por los balleneros de Nueva Inglaterra: una vez franqueado el Cabo de Hornos, los navíos remontan la corriente de Humboldt, llegan a las Galápagos, donde completan sus capturas y embarcan a las tortugas, y luego se marchan hacia el oeste, llevados por la corriente y los vientos dominantes, siguiendo los «*Line Grounds*» a lo largo del ecuador hasta el Pacífico occidental. La toma de posesión de las Galápagos por parte de Ecuador en 1832 –de mayor auge del período de los balleneros– no entraña cambio alguno: espacio abierto, las islas continúan siendo un nudo importante en sus redes, su «puerta de entrada» al Pacífico (Epler, 1987).

Desde el viaje de Colnett hasta fines del siglo XIX, más de un millar de navíos balleneros pasan por las Galápagos¹³, donde el saqueo de la naturaleza alcanza las proporciones de una verdadera industria: se estima que capturan varias decenas de miles de cachalotes y se llevan un centenar de miles de tortugas en total¹⁴ (Epler, 1987). Cuando no están destinadas a alimentar a la tripulación, las tortugas son vendidas, por su aceite o su carne, en grandes cantidades en San Francisco en los años 1850 y, durante un tiempo mayor, en Guayaquil y en Perú (Hickman, 1985). Respecto de las focas peleteras (*Arctocephalus galapagoensis*), son perseguidas por su piel. Epler (1987) da cuenta de 25.000 animales capturados durante el siglo XIX, de los cuales 5.000 murieron a manos de una sola tripulación en dos meses de 1825: a fines del siglo XIX se creyó que la especie estaba extinguida.

A tal ritmo de explotación, no es sorprendente que inclusive los recursos más abundantes terminen por agotarse. Luego de la Guerra de Secesión, las visitas de los balleneros a las Galápagos se vuelven poco frecuentes pues el petróleo comienza a reemplazar al aceite de ballena y los cachalotes de las islas han sido diezmados: es el primer ejemplo, en el archipiélago, de una serie de empresas «extractivas» que destruyen el recurso por sobreexplotación. Los balleneros se dirigen entonces hacia las aguas antárticas y las Galápagos ya no interesan a los occidentales como recurso sino como objeto de estudio: las expediciones naturalistas afluyen al archipiélago. Pero, entretanto, las Galápagos son anexadas por Ecuador y se pueblan de colonos.

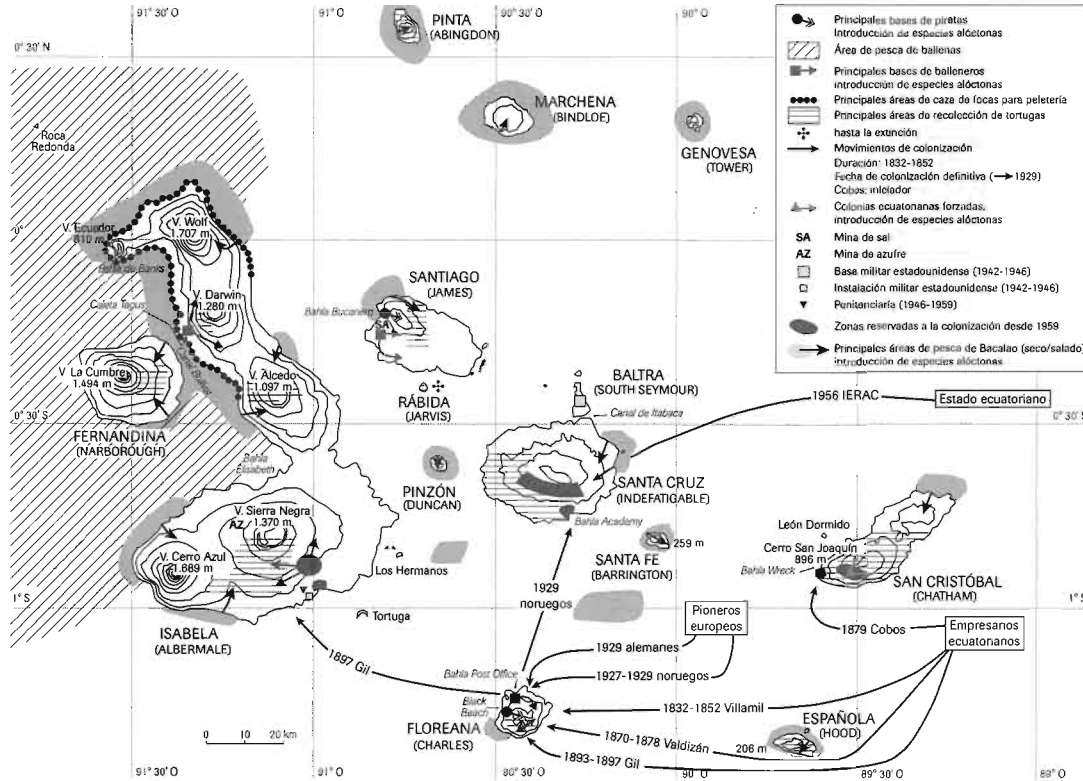
La difícil colonización de un espacio abierto

Ecuador toma posesión de las Galápagos el 12 de febrero de 1832: la fecha es significativa por dos razones. Por un lado, no es sino dos años después de que los notables de Quito, deseando separarse de una Gran Colombia minada por el fracaso federalista de Bolívar, confiaran el poder al general Flores quien, de jefe del Distrito Sur, se convierte en el primer presidente de la República del Ecuador. Se trata entonces, a partir de tres departamentos secesionistas y celosos de su autonomía, de forjar una conciencia nacional apoyándose en una herencia común, el territorio de la Audiencia de Quito (Maiguashca, 1992): en Ecuador,

13 Melville da testimonio del éxito de los «Galápagos Grounds»: «Al día siguiente de haber cazado en Redondo Rock, tuvimos un buen viento y, dirigiéndonos hacia Albermale, de repente divisamos 30 veleros que remontaban todos contra el viento, como una escuadra en línea» (1985: 151).

14 El inventario de los cuadernos de bitácora de 79 balleneros norteamericanos que efectuaron en total 189 visitas a las Galápagos entre 1831 y 1868 indica 13.000 capturas: así, el Isabela se apodera en Española de 335 tortugas en 5 días; el Moss, de 350 en Floreana en 9 días, en 1834... (Epler, 1987).

Mapa 6. Las colonizaciones de un espacio abierto



el espacio nacional precedió y contribuyó a suscitar la nación a través del Estado¹⁵.

Pero este nuevo Estado, que nació endeudado, no tiene los medios de asentar su soberanía en el inmenso espacio heredado de la independencia (Ayala Mora, 1990), que se reduce, por ende, como una piel de zapa¹⁶. Por otro lado, es debido a que a comienzos del siglo XIX las Galápagos han perdido y no han reencontrado todavía su importancia estratégica respecto del continente americano, que pudieron ser ocupadas por ese débil Estado ecuatoriano, pero ello de modo tan intermitente y tan poco eficiente que el archipiélago permanece como un espacio abierto: así, ninguna de las expediciones balleneras o científicas del siglo XIX y de comienzos del XX solicitó autorización al gobierno ecuatoriano para circular en él (Silva, 1992).

Por cierto, la anexión de las Galápagos no se produce por iniciativa del Estado sino impulsada por un aventurero criollo, nacido en la Luisiana española y que pasó a estar al servicio de Ecuador, el general Villamil. Al momento de la Independencia, los poderes públicos ecuatorianos son incapaces de colonizar el lejano archipiélago: lo que es más, se desinteresan de él durante más de un siglo, lo que suscita numerosos intentos por parte de las potencias imperialistas de apropiación de todas o parte de las Galápagos. En efecto, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, principales acreedores de Ecuador, buscan bases para sus flotas: el historiador ecuatoriano Villacrés Moscoso (1985) registra, entre 1844 y 1944, 11 tentativas de esos Estados por que se les cedan las Galápagos, frecuentemente a cambio de un aligeramiento de la deuda externa del país. Y es más el antagonismo de los pretendientes que la resistencia del Estado ecuatoriano —a veces, por el contrario, dispuesto a ceder el archipiélago para obtener fondos— lo que hace fracasar tales tentativas.

Así, en 1844 Iturburu, cónsul de Francia en Guayaquil, informa a su gobierno que Ecuador se debate en una grave crisis económica que sería bueno aprovechar para intentar canjear la concesión de créditos por las Galápagos, cuyo interés estratégico es el primero en subrayar: «relé» de los balleneros, base para unir la metrópoli a los asentamientos franceses previstos en el Pacífico sur, proximidad al istmo de Panamá. Francia envía entonces una misión exploratoria a las islas, pero el gobierno ecuatoriano no da trámite al asunto¹⁷. En 1851 Gran Bretaña

15 Deler, 1981.

16 La Audiencia de Quito se extendía en más de un millón de km²; en 1830, el territorio del Ecuador continental comprendía 700.000 km², frente a 276.000 km² en la actualidad.

17 Este, no obstante, vuelve a la actualidad algunas décadas después. Villamil, sumamente endeudado con Iturburu e incapaz de reembolsarle, donó la isla de Floreana a su acreedor, que la legó a su pueblo natal del País Vasco, Barcus: ello incitó a Francia, en 1884, a reclamar nuevamente las Galápagos y, otra vez en 1951, la comuna de Barcus intentó hacer valer sus derechos sobre Floreana...

propone alquilar las Galápagos a cambio del cese del pago de los intereses de la deuda ecuatoriana, pero Perú, Francia, España y Estados Unidos presionan a Quito para que nada de ello se concrete¹⁸. En 1854 Ecuador propone a Estados Unidos alquilarles el archipiélago por 3 millones de dólares, atrayéndolos con el señuelo de la explotación del guano. Gran Bretaña, Francia, España y Perú protestan entonces ante Quito: en una carta común, sus embajadores declaran que

Ecuador no puede ni debe comprometerse sin la opinión de las naciones que se verían afectadas directa o indirectamente por tal tratado¹⁹.

El gobierno ecuatoriano cede tanto más fácilmente cuanto que, en el ínterin, los estadounidenses se percatan de que no había mucho guano en las Galápagos...

En fin de cuentas, si las Galápagos se mantuvieron ecuatorianas fue, paradójicamente, porque continuaban siendo un espacio abierto, una de cuyas características, en el contexto imperialista de la época, es que su «apertura» es objeto de un acuerdo tácito entre ocupantes potenciales. Efectivamente, la posesión de las Galápagos por parte de un Estado poderoso habría representado, en el mejor de los casos, el fin de su libre utilización y, en el peor, una amenaza militar para los rivales de ese Estado: era importante, por tanto, que las islas no se convirtieran en unas nuevas Falklands cercanas al istmo panameño. Pero la colonización de las Galápagos durante el siglo XIX (véase el mapa 6) se inscribe más bien dos veces y no una en la historia del espacio abierto del archipiélago, toda vez que ocurre por iniciativa de particulares. Sus empresas, tan poco sólidas que fracasan en varias ocasiones durante ese periodo, siguen todas el mismo esquema: se trata de empresarios que reciben del Estado carta blanca para forzar a una mano de obra servil a migrar a las islas con el fin de explotar los recursos naturales en su provecho.

El primero de estos ensayos es, pues, el de Villamil, en 1832, con su «Sociedad colonial del archipiélago de Galápagos». La pequeña colonia se instala en Charles, enseguida rebautizada como «Floreana» en honor del padre de la independencia. Esta elección obedece a varias razones: Floreana es la escala más frecuentada por los balleneros, a los que los ecuatorianos toman como testigos de la soberanía de su país sobre las Galápagos. Además, si esta isla es tan reputada entre los balleneros luego de haberlo sido entre los filibusteros es porque ofrece agua, madera y tortugas en abundancia, recursos a los cuales se añaden las plantas otro-

18 El representante de Perú hizo pérfidamente observar en esa ocasión que arrendar las Galápagos a Gran Bretaña equivaldría, en realidad, a abandonarlas, pues «¿qué otro control que no sea nominal podría ejercer Ecuador sobre un territorio sin autoridades nacionales y sin habitantes ecuatorianos?» (en Villacrés Moscoso, 1985: 132).

19 Villacrés Moscoso, 1985: 142.

ra cultivadas por Watkins, que proliferan y garantizan fácilmente las primeras cosechas.

Los 80 soldados-colonos llevados por Villamil estaban condenados a muerte por haberse sublevado: el primer gobernador de las Galápagos obtuvo la conmutación de sus penas por trabajos forzados en la nueva colonia. Ello provee a su empresa comercial de mano de obra gratuita pero demanda el empleo de guardias, más aún cuando en 1833 el gobierno ecuatoriano convierte a las Galápagos en sitio de confinamiento al que envía a opositores políticos, prostitutas y delinquentes atrapados en las calles de Guayaquil. Villamil lleva, además, ganado, al que hace propagar en la isla según un método de cría extensiva, y plantas cultivables. Con ocasión de su paso por las Galápagos, tres años después de la llegada de Villamil, Darwin evoca la vida en la pequeña colonia:

Hay doscientos o trescientos habitantes; casi todos son hombres de color desterrados de la república del Ecuador por delitos políticos. Aunque los habitantes se quejan incesantemente de su pobreza, se proveen sin mayor esfuerzo de todos los alimentos que les son necesarios. Se encuentran innumerables cantidades de chivos y cerdos salvajes, pero las tortugas les suministran su principal alimento. Obviamente, el número de estos animales ha disminuido considerablemente en esta isla²⁰.

Pero la empresa colonizadora de Villamil resulta pronto un fracaso: el proyecto de suministrar grasa y carne de res a los balleneros fracasa también, al igual que el de hacerles pagar un impuesto por navegar en aguas en adelante ecuatorianas. El gobernador, agobiado por las deudas, abandona el archipiélago en 1837, dejándolo a cargo del inglés Williams, el sucesor de Lawson. Es significativo que el Estado confiara la colonización de las islas a empresarios y que estos buscaran la ayuda de extranjeros: las Galápagos no interesan a los ecuatorianos. El nuevo gobernador se revela como un «tirano inglés» (Silva, 1992) que hace de la pequeña colonia una propiedad privada en la que reina apoyándose en una guardia de marinos extranjeros contratados en los barcos balleneros de paso. Williams instauró la caza sistemática de tortugas para venderlas a los balleneros; los colonos las juzgan, además, más sabrosas que el ganado salvaje y más fáciles... de atrapar: terminan por desaparecer. Primera crisis ecológica de origen antrópico en el archipiélago, la extinción de las tortugas de Floreana tiene consecuencias fatales para la colonia: en 1841 los colonos se rebelan, echan a Williams y la mayoría de ellos regresa al continente. De los 300 habitantes que tiene la colonia en sus inicios, no quedan sino 25 en 1849 y luego 12 en 1851 (Naveda, 1952). En 1861 las Galápagos son elevadas al rango de provincia, pese a no tener para en-

20 Darwin, 1985:161.

tonces un solo habitante: ello permite afirmar la soberanía nacional en el papel, a falta de poder hacerlo en los hechos.

La segunda tentativa de colonización data de 1870, cuando el español Valdizán compra la «Empresa Industrial Orchillana» a comerciantes de Guayaquil que habían explotado en las Galápagos durante algún tiempo la orchilla (*roccella portentosa*), un líquen con propiedades colorantes, pero sin instalarse en las islas ni pagar impuestos, lo que no resultaba negocio para el Estado. Así, el gobierno ecuatoriano encarga a un empresario extranjero, que instala su hacienda en Floreana, la tarea de colonizar nuevamente la isla. La mano de obra de Valdizán se compone de peones reclutados en las grandes propiedades de la Sierra y de delincuentes en prisión por deudas; ni siquiera tienen derecho de poseer una parcela y son vigilados por guardias armados de origen inglés... Esta vez la colonia dispone de un velero que le permite exportar orchilla y aceite de tortuga a Guayaquil e importar desde allí los bienes necesarios, pero es lento, no lo suficientemente grande y sus viajes son irregulares: pronto la empresa se revela infructuosa. En 1878 los peones se sublevan, asesinan a Valdizán y abandonan la isla. La mayoría vuelve al continente, pero algunos se juntan a algunas familias presentes desde dos años atrás en San Cristóbal, donde Manuel Cobos –uno de los comerciantes a los que Valdizán había comprado la compañía– ha establecido un núcleo de poblamiento con miras a una colonización que no lanzará verdaderamente sino al año siguiente. En 1880, cuando el buque de guerra británico *Triumph* visita Floreana, encuentra la isla totalmente desierta...

Las colonias penales y los aceiteros de San Cristóbal e Isabela

El año 1879 marca la colonización definitiva de las Galápagos, esta vez realizada a partir de San Cristóbal, donde Cobos instala su hacienda, a la que llama «El Progreso». Ya no tiene como objetivo exportar orchilla pues se han descubierto colorantes sintéticos y ese mercado se ha venido abajo, sino caña de azúcar, café, cuero, aceite de tortuga y pescado seco.

La colonia tiene cierta amplitud: un ingenio a vapor –importado de Glasgow y dirigido por un ingeniero inglés– produce 20.000 quintales de azúcar por año y alcohol de caña; se plantan igualmente 100 ha de café. Cobos organiza además la extracción de aceite de todos los animales que se prestan para ello: tortugas, iguanas, lobos marinos...; el aceite se destina al alumbrado de Guayaquil y otras ciudades de la Costa (Latorre, 1991). Incluso antes de que las tortugas de San Cristóbal se extinguieran (en realidad, una población sobreviviente se descubrirá en el norte de la isla en los años 1960), Cobos envía a sus peones a buscar el animal en otras islas, particularmente en Isabela, donde también recogen azufre del volcán Sierra Negra. Los bosques de San Cristóbal, que según muestran algunas fotografías de los años 1880 contenían hermosos árboles, son enteramen-

te arrasados a fin de construir cabañas, puentes, caminos e incluso un muelle en «Wreck Bay», rebautizada con el nombre de «Puerto Chico». En efecto, Cobos es el primero de estos empresarios que pudo verdaderamente franquear el principal obstáculo que había enfrentado la colonización de las Galápagos: posee varios barcos que unen la colonia a Guayaquil, dan salida a su producción y le permiten recibir repuestos y otros bienes manufacturados indispensables.

Como el empresario necesita abundante mano de obra, obtiene la aprobación del gobernador de la Provincia del Guayas (Guayaquil) para vaciar las prisiones de condenados por deudas y deportarlos a San Cristóbal, donde purgan sus penas trabajando gratuitamente para «El Progreso»... La empresa es próspera: el sistema perfeccionado por Cobos corresponde a una explotación conjunta y maximizada de los recursos naturales y humanos en una isla transformada en propiedad privada de tipo concentrador. En el centro de ella se levanta la casa del amo, coronada por un mirador que domina las chozas de los peones, y Cobos se rodea de una guardia armada de ex presidiarios que le deben todo. Los castigos son terribles para quienes infringen las reglas de la hacienda, demuestran «mala voluntad» o no consiguen cumplir con las cuotas de producción decretadas por el amo: latigazos o garrotazos que muchas veces conducen a la muerte del ajusticiado, o al destierro a las islas deshabitadas. Esta última pena es calificada de «caritativa» cuando se sabe que hay agua disponible, como en Santa Cruz, o de «definitiva» cuando se piensa que no la hay, como en Santiago... En la hacienda de Cobos los peones trabajan 18 horas por día y no tienen sino 3 mediodías de reposo por año, durante los cuales se organizan gigantescas borracheras que a menudo terminan en riñas mortales, en parte debido al escaso número de mujeres en la colonia. Asimismo, y como en muchos otros lugares de América Latina, los empleados reciben su paga en una moneda que no circula sino en la hacienda y solo pueden abastecerse en el almacén de Cobos, a los precios fijados por él. Nadie puede escapar y volver al continente: San Cristóbal se convierte en prisión —en colonia penal— y goza de una extraterritorialidad respecto del país al que pertenece. Hasta el día en que los peones sublevados logran asesinar a Cobos en 1904.

Entretanto, Isabela ha sido colonizada, luego de un tercer fracaso de asentamiento en Floreana. En 1893, Antonio Gil, intendente de Guayaquil, intenta crear una empresa de curtiembre en Floreana, pero el empeño se frustra dada la poca mano de obra disponible y porque el ganado no es lo suficientemente numeroso como para que resulte rentable. Pero cuando en 1897 el gobierno ecuatoriano autoriza el reclutamiento forzado de desempleados, Gil se lanza a la colonización de Isabela, donde abundan el ganado salvaje (antaño transferido por Villamil) y las tortugas. Aprovechándose de su cargo municipal —que además le otorga poder de jurisdicción sobre las Galápagos, nuevamente territorio de Guayas—, deporta a gente reclutada en redadas en las calles de Guayaquil y funda

Puerto Villamil y la hacienda Tomás de Berlanga, situada en los flancos del volcán Sierra Negra, cerca de los pastizales naturales donde pacen el ganado cimarrón y las principales poblaciones de tortugas del sur de la isla.

La pequeña colonia es propiedad de la familia Gil que aplica leyes menos severas que las vigentes en San Cristóbal: los colonos trabajan gratuitamente para el propietario pero tienen derecho de explotar parcelas individuales. La actividad económica de la colonia es de tipo extensivo, lo que requiere menos capital y mano de obra que la de Cobos: no hubo prácticamente ningún migrante hacia Isabela hasta los años 1920. También aquí la naturaleza es explotada periódicamente sin ningún cuidado por el manejo de los recursos: se exterminan tortugas en tal cantidad que un viajero estima en varios miles los caparazones que decoran el camino que conduce a la morada del amo... (Latorre, 1988). Los aceiteros –peones encargados de extraer el aceite de los animales– atacan igualmente a las focas y los lobos marinos, cuyas pieles se venden. El ganado es sacrificado por el cuero y sus osamentas abandonadas en el lugar.

El fin del largo reinado de Gil, y luego de su hijo y sucesor, en Isabela está por cierto vinculado al ganado. Cuando una pequeña unidad militar se instala en Puerto Villamil, en 1928, los peones impugnan la propiedad de Gil sobre toda la isla. Sin embargo, no es sino en 1935, cuando el jefe del destacamento militar hace aplicar la ley que prohíbe la captura del ganado cimarrón sin su autorización previa, que los colonos, negándose a trabajar contra la ley, ven la ocasión de atacar a Gil en la base misma de su sistema económico. A partir de entonces la hacienda decae, y los colonos, familia del amo incluida, se dividen las tierras.

El Estado ecuatoriano en el espacio abierto de las Galápagos

La presencia del Estado en las Galápagos, bajo diferentes formas, fue prácticamente inexistente hasta 1928 en que el archipiélago pasa a depender del Ministerio de Defensa²¹.

La colonización implantada por los empresarios participa efectivamente en la historia del espacio abierto de las Galápagos, donde ellos constituyeron verdaderos «micro-Estados autocráticos» (Silva, 1992), sin tener que rendir cuenta alguna a las lejanas autoridades nacionales. Mientras tanto, el Estado, en la medida de sus limitadas posibilidades, reafirma periódicamente su soberanía sobre el archipiélago mediante el discurso, cambiando la toponimia de las islas y legislando su colonización.

Los nombres de las Galápagos indican que estas pertenecen de hecho mucho más al mundo anglosajón que a Ecuador: la voluntad de rebautizarlas participa así de

una «estatización del espacio [que tiene] como corolario necesario la nominación del espacio» (Pourtier, 1983). Ahora bien, a fines del siglo XIX toda América se prepara a conmemorar los 400 años de su «descubrimiento» por parte de Colón. Para el Estado es la ocasión de tomar posesión de las Galápagos a través de la toponimia, honrando al navegante genovés: este extremo occidente insular es el «nuevo mundo» de Ecuador. Pero el Congreso ecuatoriano, tomando nota de que «sería perjudicial para la ciencia, los navegantes y los comerciantes» cambiar nombres «ya mencionados en todos los mapas y tratados de geografía» (Bognoly y Espinosa, 1904), se contenta con rebautizar al archipiélago de las Galápagos, que se convierte en «Archipiélago de Colón», y a sus 13 islas principales²². Mientras tanto, los anglosajones continúan empleando exclusivamente su toponimia. En la actualidad, los habitantes de las Galápagos designan indistintamente a las islas por sus nombres ingleses o ecuatorianos de 1892 (cuando no de 1832 pues jamás se ha llamado «Santa María» a Floreana). En cuanto al archipiélago de Colón, su nombre figura en los mapas ecuatorianos pero, para todo el mundo, sigue siendo el archipiélago de las Galápagos.

La legislación es el otro aspecto de la presencia simbólica del Estado en las Galápagos que, de provincia en 1861, volvieron a ser en 1883 un territorio de la provincia del Guayas. En 1885 el Congreso Nacional vota la primera ley sobre las Galápagos, reformada en algunos puntos menores en 1902 y conocida desde entonces con el nombre de «ley de Régimen sobre el archipiélago de Colón». Esta ley es la primera de una larga serie que revela la formidable capacidad de las autoridades ecuatorianas de contentar con palabras vanas a la opinión pública, nacional o internacional, mientras, en el mejor de los casos, ignoran la situación de las Galápagos y, en el peor, son cómplices de las empresas que ahí operan. Así, por ejemplo, según el artículo 3 de esta ley, el Jefe territorial, representante de la autoridad nacional en el archipiélago, debe:

1: Cuidar de la integridad del territorio y dar inmediatamente aviso al Poder Ejecutivo de los abusos que a este respecto se cometieren por nacionales o por extranjeros;

4: Cuidar de la tranquilidad y buen orden del territorio, de la seguridad de las personas y sus bienes, respetar y hacer que se respeten las garantías constitucionales y las leyes...;

22 Los nombres de «Isabela» y «Fernandina» fueron dados en honor de los Reyes de España; «Genovesa», por la ciudad de origen de Colón; «San Cristóbal», en recuerdo de su nombre; «Pinta» y «Santa María» [Floreana], por dos de las carabelas del navegante; «Pinzón», en homenaje a uno de sus pilotos; «San Salvador», para recordar la primera isla que el descubridor bautizó en América; «Rábida», por la abadía donde Colón maduró su expedición, y «Marchena», para honrar la memoria de su abad; «Santa Fe», en referencia a la ciudad de Andalucía donde Colón recibió el mandato de los Reyes de España; «Española», porque su expedición era española, y «Santa Cruz», porque era católica...

12: Visitar continuamente el territorio y en especial los centros de las poblaciones para informarse por sí mismo, del cumplimiento que se haya dado a las leyes...²³

Ahora bien, no sólo que el «Jefe territorial» y la docena de conscriptos que están bajo sus órdenes no cuentan entonces con medio alguno para «vigilar la integridad del territorio», ni siquiera con una embarcación para salir de San Cristóbal, sino que están a merced de Cobos²⁴, que les adelanta el sueldo, los abastece y les proporciona un barco para llegar al continente, pues el de la Marina sólo hace raras incursiones en el archipiélago... En estas condiciones, los representantes del Estado no pueden sino ignorar las exacciones de Cobos o, más grave aún, apoyarlas: de ahí que en 1904 los amotinados mataran también al Jefe territorial, considerado cómplice del amo de «El Progreso».

A comienzos del siglo XX las Galápagos siguen pues siendo un espacio abierto, ya que el Estado no puede hacer respetar la ley allí. Esta incapacidad se deriva en parte de la falta de medios de transporte adecuados, como lo ilustra otro artículo de la ley de 1902:

Artículo 13: Todo buque nacional o extranjero que efectúe el cabotaje entre el archipiélago y la costa ecuatoriana queda exceptuado del pago de todo derecho de puerto, capitania, rol, matrícula, tonelaje, etc.²⁵

Ecuador se ve reducido a depender de los navíos extranjeros para garantizar la conexión entre las Galápagos y el continente. Sin embargo, el Estado sigue manifestando la voluntad de favorecer la colonización del archipiélago: así, la ley de 1902 prevé, en su artículo 4,

Proteger la inmigración de ecuatorianos y extranjeros, dando toda clase de auxilios a los inmigrantes que trataren de domiciliarse en las islas...²⁶

Toda vez que eran pocos los ecuatorianos que se instalaban voluntariamente en las Galápagos, la colonización queda abierta también a los extranjeros: de ahí que el Estado, pese a su desconfianza hacia las «ambiciones internacionales» por el ar-

23 en Bognoly y Espinosa, 1904: 198.

24 De ello da testimonio un viajero ecuatoriano a comienzos de siglo: «Cuando oí hablar de una colonia en la isla de San Cristóbal, creí encontrar ahí algo que se le pareciera, pero me equivoqué. En realidad, la única cosa que ahí se encuentra es una hacienda y todos los habitantes de la isla, incluidos el Jefe territorial y las otras autoridades, hasta el peón más infeliz, dependen de ella [...]. Hoy, las autoridades que residen en la isla no son sino simples marionetas y sirven solo para decir que hay representantes del gobierno, pero nada pueden hacer» (en Latorre, 1991: 71).

25 en Bognoly y Espinosa, 1904: 202.

26 *idem*: 198.

chipiélago, no rechaza a los pioneros europeos que afluyeron a él algunos decenios más tarde.

Finalmente, la aplicación de la ley varía en el espacio: inoperante en las Galápagos para proteger a la población insular, se aplica en el continente para ayudar a los empresarios/colonizadores del archipiélago, exonerando de impuestos a máquinas y animales o permitiendo redadas para conseguir la mano de obra que necesitan. La ley se diluye así en la distancia que separa al Estado de un espacio abierto donde no tiene posibilidades de hacerse presente. El abismo es tal entre la realidad del archipiélago y las leyes que lo conciernen, que el derecho aparece aquí como la hoja de parra que oculta la impotencia estatal. Pero esta máscara a menudo basta en las relaciones internacionales, donde la soberanía de un Estado se deriva precisamente de su derecho, reconocido por la comunidad de países, para legislar sobre la extensión de su territorio: siempre se puede entonces blandir frente a los extranjeros, Estados o particulares, las leyes votadas sobre las Galápagos como otra tantas pruebas de que pertenecen a Ecuador.

«Herencia de este tiempo»

A partir de fines del siglo XIX, San Cristóbal e Isabela son pobladas sin discontinuidad por los ecuatorianos. Esta vez, los decesos de los empresarios/colonizadores no anuncian el término de los asentamientos humanos que ellos fundaron y a comienzos del nuevo siglo, San Cristóbal cuenta con cerca de 300 habitantes, frente a una cincuentena en Isabela (Latorre, 1991). Aunque estas islas conocieron luego una evolución diferente, su historia aún las asemeja.

San Cristóbal –cuyo «Puerto Chico» es rebautizado en 1918 con el nombre de «Puerto Baquerizo Moreno» en honor del primer presidente de la República en visitar las Galápagos, dos años antes– es confirmada como sede de la autoridad pública en el archipiélago. Ahí tiene su base la pequeña guarnición encargada de hacer respetar, siempre con escasos medios, la soberanía ecuatoriana sobre las Galápagos. Después de algunos años durante los cuales los peones se reparten las tierras de «El Progreso», un millonario español se las compra, aprovechando su endeudamiento: la «Hacienda Tous» –que lleva el nombre del patrón– se dedica al cultivo de café, con métodos más humanos que los de Cobos. Una pequeña inmigración proveniente del continente aparece entonces en San Cristóbal, reforzada además, a partir de 1928, por algunas familias de funcionarios.

En 1942 la instalación en Baltra de una base aeronaval estadounidense, que llega a contar con 12.000 hombres –es decir más de diez veces la población total del archipiélago en ese entonces– trastorna la vida de los insulares:

Barcos llegados de Estados Unidos traen una fabulosa cantidad de material y de equipos varios para la construcción de la base, que debía ser la más importante de Sudamérica. Centenares de trabajadores afluyeron al lugar, no solamente provenientes de las otras islas de Galápagos sino también del Ecuador continental, de Perú, Colombia, Costa Rica y Panamá. Pronto hubo miles trabajando noche y día. [...] Surgió una verdadera ciudad, con una iglesia, salas de cine, calles, boutiques y oficinas [...] Como la base debía ser construida lo más pronto posible, los estadounidenses se mostraron muy generosos: el dinero no era problema. Pagaron salarios increíblemente elevados. Se ganaba, en promedio, tres o cuatro dólares por día, lo que iba mucho más allá de los sueños más delirantes²⁷.

Los estadounidenses se mostraron magnánimos como patrones, al contrario de los amos a los cuales los colonos habían estado acostumbrados hasta entonces: este *a priori* favorable actuará, los primeros años, en provecho de los naturalistas extranjeros de la estación Darwin. Pero son pocos los obreros que, llegados para entonces, se establecen definitivamente en las Galápagos y, por el contrario, los dólares ganados ayudan a algunos colonos a volver al continente. La base estadounidense no fue pues un factor de crecimiento demográfico duradero en el archipiélago: en 1950 San Cristóbal tiene 800 habitantes, es decir el 60% de la población de las Galápagos (Ecuador, 1950). Por otro lado, el dinero de la «US Navy» es el punto de partida del enriquecimiento de los colonos que abastecen a la base con frutas, legumbres, carne y pescado. No obstante, como la economía insular era ampliamente submonetarizada, esta súbita inyección de dinero condujo a una buena parte de los beneficiarios de la generosidad estadounidense a dilapidar sus dólares y a endeudarse incluso antes del desmantelamiento de la base en 1946. Esta incapacidad de invertir o de ahorrar, característica de sociedades al margen de la economía moderna, es aún notoria en la Isabela de nuestros días (véase el capítulo VI).

Después de la salida de los estadounidenses, los campesinos de San Cristóbal vuelven a vivir en la autosubsistencia y, al igual que los funcionarios y los pescadores ahora dedicados a la captura del bacalao (*Mycteroperca olfax*) —exportado al continente donde es consumido en grandes cantidades en Semana Santa—, carecen cruelmente de liquidez²⁸. Eso permite a un puñado de comerciantes prestar dinero a tasas exorbitantes y consolidar así las fortunas iniciadas en tiempos de

27 Wittmer, 1989: 168-169.

28 El navegante J.Y. Le Toumelin da testimonio de la marginalidad de San Cristóbal en 1950: «Puerto Chico es la capital, el pulmón de las Galápagos. Allí se respira pobreza pues los recursos del archipiélago son más que modestos [...]. Puerto Chico no tiene ni calles trazadas ni almacenes. Por eso, no hay que aspirar a encontrar las cosas más usuales. Como los habitantes están desprovistos de todo, la llegada de un barco —acontecimiento poco frecuente— es siempre considerada como una ocasión de intercambios interesantes. Apenas desembarcamos, todos se nos acercaron» (1953: 141-142).

la base: uno de ellos poseería en la actualidad la mitad de los terrenos de Puerto Ayora y Puerto Baquerizo... No obstante, un aporte apreciable de dinero proviene entonces de la venta de tortugas, pingüinos de las Galápagos o iguanas a los yates de paso.

En cuanto a Isabela, la isla vejeta: está lejos de todo, al otro extremo de las Galápagos. Sus habitantes continúan dedicándose a la caza de ganado salvaje y de tortugas, a la pesca, a la agricultura de subsistencia y, también allí, a la venta de animales salvajes a los visitantes. La llegada de los militares estadounidenses, que instalan una estación de radar cerca de Puerto Villamil, cambia muchas cosas. A. Tupiza, nacido en Isabela y cuyo padre había sido llevado por Gil para trabajar en la mina de azufre del volcán Sierra Negra, recuerda la presencia de los gringos en la isla como una época formidable:

Íbamos a ver películas y, sobre todo, pagaban 16 sucres por día, frente a 1 ó 2 que ganaba un jornalero en las explotaciones de café...

En 1946, aprovechando la lejanía de Isabela, el gobierno decide instalar allí un penal: los prisioneros mueren como moscas, a merced de policías también enviados a la isla por razones disciplinarias. A los presidiarios se les hace construir, en medio de los matorrales espinosos, un muro de bloques de lava que, una vez que alcanza cierta altura, es destruido para comenzar a levantarlo nuevamente: llamado «el Muro de las lágrimas» por los promotores turísticos, hoy se ha convertido en un sitio de visita. En la época del penal, la vida es difícil para la pequeña comunidad de Isabela, compuesta, en sus dos tercios, por prisioneros, sus guardias y algunos marinos del destacamento naval: la isla tiene 310 habitantes en 1950. Su antiguo cura, llegado en 1954 a Puerto Villamil, cuenta que reclamaba sin cesar a Quito el cierre del penal, no tanto a causa de los prisioneros, «esos infelices», sino de sus guardias, que se consideran como los amos de Isabela y alquilan la fuerza de trabajo de los presidiarios a algunas familias de comerciantes que aprovechan la situación para comprar tierras y hacerlas cultivar casi gratuitamente. La menor tentativa de revuelta es castigada con la muerte y sin embargo son bastante frecuentes: por cierto, es tras una espectacular evasión, durante la cual los presidiarios secuestran a turistas estadounidenses y se apoderan de su velero para llegar al continente, que el gobierno decide cerrar el penal de Isabela en 1959. Es cierto que en ese mismo año las Galápagos son transformadas en parque nacional para atraer turistas: esta nueva «vocación» es incompatible con la existencia de un penal en el archipiélago.

La colonización ecuatoriana del espacio abierto de las Galápagos ha dejado algunas estructuras, más mentales que físicas, en la sociedad insular. Esta herencia es, en primer lugar, la representación del archipiélago como un lugar maldito para los ecuatorianos: allá solo iban los condenados o los peones, que vivían en una

miseria espantosa y bajo la despiadada autoridad de jefes civiles o militares. Todos eran prisioneros de las islas y se sentían abandonados por la Patria. Es por tanto normal que, hasta hace una época reciente, no hayan sido muchos los continentales que migraban espontáneamente hacia las Galápagos. Para los insulares en cambio todo lo que venía tan rara vez del exterior era «civilizado», por oposición a sus islas bárbaras: plantas y animales domésticos, utensilios y máquinas y, sobre todo, los representantes del Estado, que terminaron por liberarlos del sometimiento. No es sino a partir de comienzos del siglo XX que se instala la dialéctica del «adentro» y «afuera», característica de las islas: antes solo había un «adentro» para los colonos forzados. Y mientras continúen sintiéndose encerrados en sus islas, el «afuera» será siempre sinónimo de civilización: es tarea tanto de los colonos como del Estado procurar que ésta se implante en las Galápagos, lo que no podrá hacerse sino abriendo cada vez más las islas al continente.

Después, los amos obligaban a los colonos de las Galápagos a explotar los recursos naturales con una intensidad similar a la explotación a la que eran sometidos, capitalismo que oprime a los hombres y a la naturaleza buscando un rendimiento máximo para el provecho de uno solo. La poca consideración por la naturaleza que muestran hoy en día muchos insulares, en particular los de San Cristóbal e Isabela, encuentra allí una de sus explicaciones: el colono ha vivido en ese «mundo venido a menos» donde la vida del hombre era apenas más considerada que la del animal. El primero, pese a las difíciles condiciones de colonización, no era un recurso escaso pues se lo levantaba en redadas en el continente y no se le pagaba. En cuanto al segundo, nada valía vivo y la naturaleza lo suministraba profusamente: por tanto, se lo desperdiciaba desconsideradamente. Los recursos naturales tenían un valor económico casi nulo en las Galápagos y solo adquirían uno al ser exportados, volviéndose obra civilizadora vincular, por la vía del comercio, las islas al continente. Para el colono, la naturaleza era el trabajo forzado por el que no le pagaban. Cuando se liberó de los amos, continuó explotándola de la misma manera, con la diferencia de que, esta vez, intentaba sacar un provecho personal.

Finalmente, San Cristóbal e Isabela son, a partir de inicios del siglo XX, las cabezas de puente de la integración de las Galápagos al espacio nacional: es ahí donde comienza a diseñarse una estructura espacial de tipo «areolar»,²⁹ a privilegiarse las relaciones con el continente, vía Guayaquil, de donde depende el archipiélago. Pero para que Ecuador logre sujetar su territorio insular, fue necesario que, una vez más, sean extranjeros quienes encuentren un nuevo interés en las Galápagos: su naturaleza adquiere entonces un valor turístico.

29 término de la geografía francesa: que comprende la totalidad del espacio, del área, de la superficie, contrariamente a una red (reticular) que no considera sino ciertos puntos.

El atractivo de la naturaleza

La «invención» turística de las Galápagos

En 1923 una expedición naturalista norteamericana dirigida por un zoólogo y ensayista, W. Beebe, pasa algunos días en las Galápagos. Pese a la brevedad de su estadía, su obra representa una etapa importante en la evolución de las representaciones occidentales sobre la naturaleza del archipiélago (que por cierto son a menudo moldeadas por personas que no permanecen mucho tiempo en las islas, como Darwin, antaño, y los periodistas y expertos de hoy en día): traducida a varios idiomas, *Galápagos: World's End* constituye, en efecto, un enorme éxito de librería en Estados Unidos y Europa. Las Galápagos se vuelven célebres más allá del círculo de los naturalistas: el libro no sólo las da a conocer, sino que suscita el deseo de visitarlas.

La obra lleva al archipiélago dos tipos de visitantes: acaudalados turistas estadounidenses que lo recorren a bordo de sus yates y pioneros³⁰ europeos deseosos de establecerse en lo que imaginan es un paraíso en la tierra. Esta vez la naturaleza de las Galápagos no atrae ni por las materias primas que pueden extraerse ni como objeto de estudio, sino por ella misma: la gente quiere conocer estas islas donde, desde la visita de Darwin, «[...] mes tras mes, año tras año, las aves, los reptiles y los lobos marinos no conocen sino a sí mismos y contemplan, solos, el amanecer y la puesta del sol» (Beebe, 1924: 60).

Es a la vez la naturaleza de las Galápagos como tal y el aislamiento de las islas lo que atrae a extranjeros que continúan aprovechando el espacio abierto. Los millonarios estadounidenses, cuyos cruceros a las Galápagos se multiplican siguiendo las huellas del *Noma*, están interesados en dar un tinte naturalista a sus vacaciones y a menudo convidan a bordo a naturalistas³¹: como el de Beebe, estos viajes turístico-naturalistas evitan la parte habitada del archipiélago. En cuanto a los pioneros europeos, intentan establecerse en las islas todavía desiertas y que disponen de agua, Floreana y Santa Cruz. Los extranjeros prefieren otras islas a San Cristóbal e Isabela, pues el deseo de retorno a la naturaleza es, en esa época, muy marcado en algunos países occidentales: lo que se busca es la *wilderness*³²,

30 «Pionero» remite aquí a una iniciativa individual, «colono», a una estructura enmarcada colectivamente (por el Estado o por una sociedad de colonización)

31 Es el caso de los cruceros al archipiélago del magnate Vanderbilt en 1931 y 1932, del industrial Astor en 1933, del petrolero Hancock en 1928, 1932, 1933 y 1934...

32 Retomo aquí la siguiente observación: «La *wilderness* es un término abstracto que evoca la ausencia de toda marca humana en la naturaleza y no tiene equivalente en español. Nos pareció preferible conservar este término que abarca un concepto típicamente anglosajón» (P. Grenier y B. Gould, 1992: 308).

al contrario del proyecto de «civilización» que para entonces se construye en las dos islas colonizadas por los ecuatorianos.

Los pioneros europeos desempeñan en la historia del archipiélago un papel desmesurado en relación con su limitado número: logran habitar Floreana de modo definitivo y lanzarse al poblamiento de Santa Cruz. Ahora bien, la colonización de estas islas es indisoluble de las redes de transportes y comunicaciones que atrajeron a los pioneros, les permitieron llegar e incluso, en buena medida, sobrevivir allí. Estas redes son transnacionales: naturalistas como Beebe, de los que se hace eco la prensa de los países del Norte, «inventan» (Knafo, 1991) las Galápagos, lo que da lugar a los primeros cruceros turísticos al archipiélago. Son los relatos de estos viajeros los que invitan a instalarse en las islas a los pioneros europeos y estos, a su vez, atraen a periodistas que llegan para ver cómo viven estos Robinsons de los tiempos modernos. El espacio abierto de las Galápagos se organiza pues de una manera diferente a partir de los años 1920-1930: al tiempo que es progresivamente integrado al territorio nacional, está en contacto directo con el mundo, que ya no es solamente el de los naturalistas sino aquel, mucho más vasto, de los lectores de una prensa occidental de gran tiraje.

Floreana o los Robinsons del espacio abierto

Es en Noruega donde Galápagos: World's End conoció un éxito fulminante y donde la atracción de las islas fue mayor³³:

un empresario de Oslo olfatea un buen negocio y funda una sociedad de colonización de las Galápagos, a las que presenta como un paraíso donde las tierras cultivables permitirían alimentar a 100.000 personas... En 1927 una veintena de familias originarias de Narvik desembarcan en Floreana y quedan cruelmente decepcionadas: no hay tierras fértiles sino cactus y lava cuyo fin no se alcanza a ver. Se sienten timadas... No obstante, los noruegos se instalan en Post Office Bay con el proyecto de construir una pequeña fábrica de conservas de pescado, que pronto revela ser un fracaso total: la mayoría de ellos, excepción hecha de algunas familias que van a instalarse en San Cristóbal y Santa Cruz, regresan a Escandinavia en 1929.

Ese mismo año una pareja de alemanes llega a Floreana. Los pioneros europeos de las Galápagos son tan pocos que evocarlos puede parecer anecdótico. Sin embargo, es esencial en la geografía de estos pequeños mundos insulares develar, a través de los casos individuales, la complejidad de la trama espacial en la que viven, para comprender la evolución de los usos y representaciones de las Galápa-

gos y la correlativa inclusión del archipiélago en el mundo. K. Ritter es un dentista de Berlín que decidió abandonar la gran ciudad para ir a vivir con su compañera, D. Strauch, en una lejana isla del Pacífico: son precursores y son también los primeros en ver en las Galápagos un refugio para huir de la civilización industrial. En 1932 se les une otra pareja de alemanes, H. y M. Wittmer y, al año siguiente, otros compatriotas, la famosa «Baronesa» y sus dos galanes. A ello siguió un suceso que volvió célebres a las Galápagos en el mundo entero y continúa, hoy en día, siendo explotado como un buen filón por las empresas de turismo: la historia es contada en todas las guías y por todos los guías de las Galápagos³⁴.

El libro de Margaret Wittmer (1989) es un buen testimonio sobre Floreana en la era alemana:

Meses después de la llegada de los Ritter a las Galápagos estos continuaban siendo en Alemania objeto de un intenso interés por parte de los periódicos y las revistas ilustradas. A mi marido le apasionaron esos reportajes, que siguieron a su lectura de la fascinante obra de W. Beebe, *Galápagos: World's End*.³⁵

Así, después de la lectura de Beebe y de los periódicos que relataban la aventura de sus compatriotas, un concejero municipal de Colonia y su mujer, empleada bancaria, deciden instalarse en las Galápagos... Beebe había dado a conocer las Galápagos a muchos lectores, pero lo que las hará famosas es la decisión de un puñado de ellos de ir a instalarse allí. Efectivamente, para que las Galápagos fueran ampliamente conocidas se necesitaba un mito más decidor para la «multitud solitaria» de las metrópolis occidentales que aquel de las islas de comienzos de la teoría darwiniana: el de Robinson es el adecuado. Una isla desierta, perdida en el Pacífico y que alberga a una fauna extraña que no le teme al hombre, es vista, a partir de los años 1930, como un pequeño paraíso con el que sueñan muchos ciudadanos de las metrópolis occidentales:

Cuando estábamos camino a Floreana, me imaginaba una isla romántica de los Mares del Sur, un paraíso de paz y de abundancia donde el trabajo tendría poco

34 En 1934, la Baronesa desapareció con Philipson, uno de sus amigos, sin dejar huella; Lorenz, el segundo, abandonó la isla poco después, en la barca de un noruego de Santa Cruz: sus cadáveres se encontraron momificados por la sal en una playa de Marchena; finalmente, Ritter murió envenenado. Los Wittmer sospecharon que Lorenz asesinó a la Baronesa y a Philipson, y que Strauch mató a su compañero, que había acusado a los Wittmer de la muerte de la Baronesa. Todo contribuye a volver el asunto misterioso: desapariciones, muertes no dilucidadas, fuga del único testigo (D. Strauch, que partió a Norteamérica a sacar partido de su versión de la historia); pero, sobre todo, el espacio cerrado de la pequeña isla, escena donde aparecen y desaparecen actores sin público, venidos de fuera y que vuelven a partir...

35 *op. cit.*: 17.

lugar. Los libros y los reportajes que habíamos leído en Alemania no nos previnieron adecuadamente que sería una tarea titánica hacer nuestra vida en nuestra nueva morada³⁶.

En efecto, los Wittmer se decepcionan enseguida. Para comenzar, la acogida de sus compatriotas es muy fría. Luego, todo está por hacer: encontrar un refugio, que escogen en grutas utilizadas por los piratas, cerca del único punto donde hay agua en la isla; cazar para alimentarse; desbrozar la maleza y plantar las semillas traídas desde Alemania; vigilar las cosechas y abatir a los toros salvajes que llegan regularmente a pisotearlas; domesticar un asno y una vaca; construir una cabaña, luego una casa, luego un barco de pesca... Los Wittmer se aferran a su isla con una tenacidad digna de admiración: ¡ya son cuatro generaciones en Floreana!

Esta lucha cotidiana por la existencia ha sido el destino de todos los pioneros europeos y fueron mucho más numerosos, como los noruegos, los que renunciaron muy pronto. Los que lograron quedarse en las Galápagos son, por ende, gen-



«Asilo de la Paz»: en las alturas de Floreana y cerca de la única fuente y de grutas que antaño eran guarida de los filibusteros, este lugar fue escogido por la familia Wittmer para construir su primera casa, con ocasión de la colonización definitiva de la isla en los años 1930. Estos alemanes, que desde entonces habitan la orilla pues viven sobre todo del turismo, arriendan esta barraca a una familia de peones encargados de cultivar sus tierras de la parte alta.

te de un temple poco común, tan adaptada a esta vida difícil que podrían servir de ejemplo a un darwinismo social predicador de la «sobrevivencia del más apto»... Desde luego, aquí no tuvo lugar ninguna «selección natural» sino una selección por la manera de vivir en la naturaleza, de la que saca todo sin contar con nadie. ¿Quién más sino ciudadanos cansados de la promiscuidad habrían podido así jugar a los Robinsons? La idea de vivir de su trabajo solitario en la naturaleza es una idea occidental, es el viejo mito de Prometeo aplicado a una isla asimilada al mundo. Pero aquí Prometeo es moderno: es Robinson, solo y provisto de herramientas manufacturadas...

Sin embargo, estos pioneros no están realmente solos: en el libro de M. Wittmer se registran veintiséis visitas de navíos extranjeros a Floreana, frente a seis solamente del barco del gobierno, entre 1932 y 1942, fecha a partir de la cual los militares estadounidenses llegan frecuentemente a la isla. La proporción entre navíos extranjeros y nacionales es otra prueba de que las Galápagos siguen siendo un espacio abierto. Estos barcos extranjeros son diversos: la mayoría pertenecen a millonarios estadounidenses, pero hay también dos atuneros californianos, algunos veleros y seis buques militares³⁷. Para los pioneros, las visitas de extranjeros tienen una importancia que puede resultar paradójica tratándose de exiliados voluntarios de la civilización. El contraste entre la dureza de la vida cotidiana en la soledad de la isla y el lujo de los yates de paso torna difícil, una vez que los visitantes se van, el regreso a la realidad del exilio. Robinson abandonó su isla en el primer barco que lo aceptó; los pioneros de Floreana oscilan entre la vida del célebre recluso y la de anfitrión de sus visitantes de marca, según un ritmo que los desorienta:

Una de las características de la vida en Floreana parecía ser que a veces ningún navío asomaba durante meses mientras que en otros períodos llegaban uno tras otro, como si la isla fuese el sitio de veraneo favorito de los millonarios³⁸.

A través de estos visitantes, es el «afuera» que se invita periódicamente bajo la forma de bienes materiales, comida, personas originarias del mismo mundo que el que se ha dejado atrás y del que traen noticias, correo o periódicos. Y cuando otros habitantes se instalan en la isla, hay que compartir este maná:

Hancock había traído generosos regalos para Ritter, cosas que nosotros, insulares, considerábamos como tesoros: zapatos, ropa, comida en conserva y leche, herramientas. Cuando la Baronesa escuchó hablar de estos regalos, fue a verlo a fin de

37 Tres navíos estadounidenses, uno alemán, uno británico y uno polaco: la situación estratégica de las Galápagos interesa a las potencias del Norte incluso antes del desencadenamiento de la guerra.

38 *idem*: 77.

organizar un «reparto equitativo». «Mi querida baronesa, respondió fríamente Ritter, estas cosas me han sido dadas personalmente y no tengo ninguna intención de distribuirlas»³⁹.

Las malas relaciones que reinan entre los pioneros tienen como causa primera su competición para captar los regalos de afuera... Es la triste paradoja de Robinsons encerrados en una isla que pertenece a un espacio abierto: no sólo que el «afuera» está siempre presente sino que su influencia es tan grande que determina, en gran medida, la vida de los pioneros. Una vez desaparecidos los otros dos otros grupos, los Wittmer se beneficiaron, ellos solos, de los regalos de ultramar y pudieron establecer con algunos de sus visitantes vínculos que les serán preciosos⁴⁰.

Las interferencias del mundo exterior no se limitan a los «Papás Noel»: M. Wittmer menciona seis visitas de periodistas entre 1932 y 1942. La vida de los pioneros de Floreana se desarrolla casi ante los ojos de los lectores de la prensa estadounidense o alemana. Así, la misteriosa desaparición de la Baronesa da lugar a innumerables artículos:

Poco tiempo después de que M. Hancock se fuera, llevándose a D. Strauch con él, Floreana fue invadida por periodistas estadounidenses, que bebían cada palabra que soltábamos sobre estos sucesos trágicos, a fin de utilizarlas para construir un excitante «Drama de las Galápagos» para sus lectores ávidos de sensaciones⁴¹.

Los periodistas pagan para obtener estos relatos sobre Robinsons que fascinan a sus lectores: las confidencias tarifadas de M. Wittmer financian su viaje a Alemania en 1935. Los Robinsons de Floreana son, pues, híbridos: por un lado bregan por asegurarse su subsistencia cotidiana y, por el otro, publican artículos en periódicos del Norte. Y es así como, de lugar de retiro y de labor solitaria, la isla va a convertirse en sitio de acogida turística: ya no serán exclusivamente los recursos de la tierra los que garantizarán la vida de los pioneros, sino la isla como tal.

Con ello, la singularidad de las Galápagos no es sino más respetada: hay una diferencia esencial entre pioneros europeos y colonos ecuatorianos. En efecto, los primeros saben que sus compatriotas visitan las islas por las mismas razones que los motivaron a instalarse allí, sean estas, para los turistas, el deseo de un efíme-

39 *idem*: 65.

40 Es así como el presidente Roosevelt, además de los numerosos regalos que hiciera a los Wittmer con ocasión de su visita a Floreana a bordo del acorazado USS Houston en 1938, intervino a fin de que estos ciudadanos alemanes no fueran echados de las Galápagos cuando la construcción de la base de Baltra; los Angermeyer, pioneros alemanes de Santa Cruz, no tenían estos apoyos: fueron deportados al continente mientras duró la guerra.

41 *idem*: 92.

ro retorno a la naturaleza o una huida provisional de la civilización. Los ecuatorianos, en cambio, consideran el atractivo de las Galápagos para los turistas como el signo de la apertura tan esperada de sus islas a la civilización: su razonamiento es inverso.

Santa Cruz o la Babel de las Galápagos

Algunas familias noruegas sobrevivientes de la desafortunada tentativa de colonización de Floreana se instalan, en 1929, en Academy Bay: son los primeros habitantes permanentes de Santa Cruz, donde practican la pesca y cultivan, además de frutas y legumbres, café en las alturas de la isla. A fines de los años 1930, se les unen alemanes —los cuatro hermanos Angermeyer—, luego, después de la guerra, otras familias: una belga, una suiza y varias alemanas y estadounidenses⁴²... Hoy en día estos pioneros de la primera, segunda y tercera generación, totalizan unas cincuenta personas en Santa Cruz.

Estos pioneros distinguen dos periodos en su vida en Santa Cruz: el anterior al turismo organizado y el posterior a la llegada masiva de turistas y migrantes a las islas. Todos recuerdan su vida «de antes», que los separa de los ecuatorianos y de unos cuantos extranjeros instalados en las Galápagos desde fines de los años 1960, con una nostalgia en la que se mezclan el recuerdo de la dureza de los tiempos y aquel de una tranquilidad irremplazable. Jacqueline De Roy, llegada a las Galápagos en 1954, y su hijo Gil, que nació allí en 1956, evocan la vida de antaño:

Cuando llegamos a Santa Cruz vivimos primero en la parte alta, donde éramos empleados en la cosecha del café, pero en cuanto pudimos hacerlo, bajamos a instalarnos en la costa, pues habíamos venido para estar al borde del mar. Al comienzo vivíamos en una tienda de campaña, luego nos construimos una casita. En esa época, había algunas familias ecuatorianas, las últimas familias de la colonia noruega, así como los Angermeyer y los Schreyer. Fuimos bien acogidos por una familia noruega pero no por los alemanes, que nos consideraban como intrusos, sin que al comienzo entendiéramos por qué. En realidad, todos estos colonos europeos se sentían muy aislados en las islas y cuando los veleros atracaban, era un acontecimiento: noticias, conversación y sobre todo donaciones de ropa, libros, herramientas. Las familias alemanas no querían compartir ese maná con nosotros

42 En 1950, Le Toumelin anota que «al lado de Academy Bay, Puerto Chico parece una gran ciudad. No obstante, ahí se encuentra, en una miserable cabaña de tablas, a un representante del gobierno. A diferencia de Puerto Chico, la población de Academy Bay es más bien de origen europeo. No se trata, por cierto, sino de algunas familias [...]. Esta gente venida de distintos rincones de Europa tuvo como móvil común el deseo de huir de una agitación malsana y buscar una isla donde vivir a su guisa» (*op. cit.*: 159).

e intentaban reservarse a los visitantes para ellos; tuvimos que constituir nuestra propia red de visitantes extranjeros.

Mi padre llegó a Santa Cruz solo, en 1954. Con mi madre, venían de Bruselas, donde habían reunido suficiente dinero como para embarcarse a bordo de un carguero, pero no como para regresar si la experiencia salía mal. Habían pensado al comienzo en el Congo belga, pero mi padre tuvo el suficiente olfato para sentir que las cosas iban a terminar mal allá y se decidieron entonces por las Galápagos. Querían vivir la vida del pionero, no pasar su tiempo en una oficina y depender de otros: Congo belga o Galápagos suponían dos tipos de colonización diferente pero la misma elección de vida. En ese tiempo sólo había un barco cada seis meses: al cabo de seis meses, mi padre fue a buscar a mi madre y mi hermana que se habían quedado en Guayaquil. En los años 1960 vimos desfilar ante nosotros a periodistas, científicos, viajeros más o menos ricos u originales. Durante un tiempo mis padres vivieron de la recolección de conchas endémicas para venderlas a los coleccionistas o a los científicos que a veces les dieron nuestro nombre. También vivimos de la pesca de langosta: yo iba a recogerlas en la bahía frente a nuestra casa, donde ahora ya no queda ninguna, y a veces me hacía arrastrar por una tortuga de mar para volver... Íbamos asimismo a la caza de chivos salvajes, que pululaban en esa época por el lugar; mi padre tenía un fusil pero mi hermana y yo los perseguíamos a la carrera, descalzos. La educación de los niños se hacía en la casa y entre vecinos europeos, sobre todo para el aprendizaje de los idiomas: aquí todos hablamos inglés y alemán, y en mi familia francés, y, cuando niños, también aprendimos el español, mientras que nuestros padres no lo hicieron sino muy tarde y siempre lo han hablado con reticencia⁴³.

Puerto Ayora acoge rápidamente a una población más numerosa que la isla de los Wittmer: Santa Cruz, que había sido escogida para llevar una vida alejada de todo, resulta ser la escala favorita de los navegantes, a la espera de los científicos de la estación Darwin y luego de los turistas y los migrantes... Pero los pioneros han guardado el recuerdo de los tiempos en que había que subir a pie a la parte alta, por un sendero de unos diez kilómetros a través de los cactus, a buscar la tierra para los jardines costaneros y las frutas y legumbres que cambiaban por pescado con «los de arriba»; del agua salobre que iban a recoger todos los días, remando, al otro extremo de Academy Bay; de la época en que debían construir ellos mismos casas y barcas de pesca...

Individualistas en exceso, estos pioneros continúan confiando solo en ellos, como siempre ha sido el caso desde que se instalaron en las islas. Su identidad está ligada a un territorio que, literalmente, han construido: abandonaron, jóvenes, sus sociedades por un mundo «virgen» en el cual, humanizándolo con su trabajo de subsistencia individual, se constituyeron como personas. Lo que han edificado

con sus manos, su propiedad, se inscribe en los lugares y forma su territorio, indisoluble de sus personas. Llegada la comodidad gracias al turismo, estos pioneros pudieron construir hermosas villas rodeadas de jardines suntuosos; en algunas de ellas se reencuentra el país de origen: por ejemplo, una casa rodeada de cactus, con el techo inclinado y un mobiliario de madera maciza adornado con motivos sacados del mundo rural bávaro... Estos pioneros europeos y sus descendientes tienen un apego visceral por las Galápagos, pero si bien se lamentan por su desarrollo, han sacado demasiado provecho de él como para ponerlo verdaderamente en tela de juicio. Efectivamente, desde que se inicia el turismo hacia el archipiélago, tienen ventajas ciertas sobre los colonos ecuatorianos: hablan varios idiomas, conocen la mentalidad de sus compatriotas y saben lo que vienen a buscar en las islas; en fin, todos constituyeron, como dice J. De Roy, «redes de visitantes extranjeros»...

El Estado ecuatoriano, aunque ve con buenos ojos esta participación europea en el poblamiento de las Galápagos, se inquieta en cambio por las injerencias permanentes de las misiones científicas, de los cruceros turísticos y de los pesqueros extranjeros en el archipiélago. A partir de los años 1940, los gobiernos ecuatorianos, ayudados por coyunturas nacionales e internacionales favorables, ponen en práctica una nueva política: situándose en el campo de las relaciones internacionales entre Estados, Ecuador quiere integrar definitivamente las Galápagos al territorio nacional.

La nacionalización de la Galápagos mediante su internacionalización (1942-1959)

La irrupción de las Galápagos en el campo internacional se hace en menos de veinte años: en 1942 Quito permite a Estados Unidos instalar una base militar en Baltra; en 1952 Ecuador participa en la conferencia de Santiago sobre las 200 millas marinas; y en 1959 se crea, con el apoyo de la UNESCO, el parque nacional de las Galápagos. En cada uno de estos acontecimientos, se toma a la comunidad de naciones por testigo de la soberanía ecuatoriana sobre el archipiélago: el Estado apela así, para nacionalizar el espacio insular, al derecho público internacional antes que al derecho nacional, cuyos decretos y leyes sobre las islas han seguido siendo en su mayoría letra muerta.

Más que una gesticulación legislativa suplementaria que no habría sino disfrazado la impotencia del Estado, es un cambio de estrategia de Ecuador para afirmar su soberanía sobre el archipiélago. El Estado ecuatoriano constata cuánto interesan estas islas a los extranjeros, y de lo que se trata es de implicarlos en las leyes y los tratados internacionales sobre las modalidades de uso del archipiélago. El alquiler de Baltra, la ley de soberanía sobre las 200 millas marinas y la creación

del PNG se apoyan así en los tres tipos de recursos de las Galápagos utilizados en el espacio abierto: situación, pesca, naturaleza. Lo que las leyes de Ecuador nunca pudieron hacer respetar debe ser, a partir de entonces, garantizado por los Estados cuyos ciudadanos son los usuarios tradicionales del archipiélago. Ello crea un marco jurídico nuevo, en el cual Ecuador está en su derecho, en adelante reconocido a escala internacional, al defender su soberanía patrimonial sobre los recursos naturales de las Galápagos. Ahora bien, esta última sirve para consolidar la soberanía territorial de Ecuador sobre el archipiélago, haciendo pagar a los países occidentales por el uso, esta vez codificado, que hacen de él. Así, el Estado extrae de estas islas una doble renta a escala mundial: renta de situación –su interés estratégico– o de rareza, por su naturaleza singular.

Balra, una situación estratégica negociada

En 1940 Ecuador es un país donde el poder del Estado casi no supera, en la práctica, los límites del «núcleo central del espacio nacional» (Deler, 1981), un triángulo formado por las tres cabeceras fundadoras de la República: Quito, Guayaquil y Cuenca. El problema es la capacidad que tiene o no el Estado de construir y hacer funcionar redes de transportes y comunicaciones que le permitan ejercer, de hecho, su soberanía sobre toda la superficie del territorio nacional reivindicado. Ahora bien, la Amazonía y las Galápagos siguen siendo espacios abiertos pues, en ambos casos, obstáculos físicos importantes –los Andes y la selva amazónica al este, el océano al oeste– impiden a un Estado ecuatoriano, que dispone de precarios medios, controlar, poblar y hacer producir esos territorios marginales respecto del «núcleo central» del país. Al este, es muy tarde: Perú se lanzó, desde la segunda mitad del siglo XIX, a una política de conquista de la Amazonía, aprovechando la ventaja que ofrece la navegabilidad aguas abajo, mientras los ecuatorianos tienen dificultad para descender de los Andes (Deler, 1981). A fines de los años 1930, se descubre petróleo en esta Amazonía «ecuatoriana», donde compañías anglosajonas rivales logran inmensas concesiones: en julio de 1941 el ejército peruano invade y ocupa el sur de Ecuador, hasta que Pearl Harbour provoca la convocación a una conferencia interamericana en Río de Janeiro, en enero de 1942, con el fin de organizar la «solidaridad continental» contra Japón. Quito se ve entonces obligada, bajo la presión de Estados Unidos, a aceptar los términos de un tratado que le hizo ceder las cuatro quintas partes de su Amazonía a Perú.

La historia de la Amazonía ecuatoriana plantea el problema de la considerable distorsión que puede existir entre el espacio nacional reivindicado y el espacio nacional de hecho⁴⁴.

Su pérdida hace tomar conciencia a Ecuador de la urgente necesidad de integrar las Galápagos al espacio nacional:

Nunca hemos tenido barcos adecuados para una vigilancia, incluso mínima, de los intereses nacionales en las Galápagos, ni para establecer un servicio de transporte regular, ni menos aún para crear flujos turísticos y colonizadores⁴⁵.

Desde entonces, la solución se impone por sí sola:

Si los yanquis piden las Galápagos, podríamos cederles una o varias posiciones en estas islas para que establezcan ahí sus bases, a condición de que paguen un buen precio⁴⁶.

Ahora bien, el ataque a Pearl Harbour prueba que los japoneses están en posibilidad de proyectar sus fuerzas aeronavales muy lejos de su país: pese al tedio de los «GIs» acantonados en lo que apodan «The Rock» –como Alcatraz, otra prisión insular–, no era absurdo establecer una base en las Galápagos para vigilar Panamá. En efecto, esta sirvió sobre todo para aclimatar a los soldados estadounidenses al trópico antes de enviarlos a luchar en el Pacífico sur. Los estadounidenses esperaban conservar Baltra después de la guerra, pero en 1944 un cambio de régimen en Quito decide de modo diferente: el Estado ecuatoriano rechaza la oferta de Washington de arrendar Baltra durante 99 años contra diez millones de dólares y, en 1946, la base es desmantelada y todo lo que no pueden llevarse se echa al océano. Pero lo esencial, lo que justificaba arrendar una isla a los estadounidenses para que construyan en ella una base militar, permanece: dejan en Baltra una pista de aviación asfaltada de 1.800 metros y un muelle en aguas profundas, que permitirán establecer comunicaciones regulares entre el continente y las Galápagos e integrarlas, así, al territorio nacional.

La soberanía territorial mediante la conservación del patrimonio natural

Desde principios de los años 1930, numerosos pesqueros californianos van a las aguas de las Galápagos, donde abunda el atún en ciertos periodos del año: en 1932, el 65% del pescado en conserva en San Diego proviene de las Galápagos, y este índice alcanza incluso el 100% en 1933-1934 (Vera, 1941). Ahora bien, después de la guerra el movimiento se acentúa: el agotamiento de los bancos a lo largo de las costas californianas marca el comienzo de la avalancha de pescadores estadounidenses hacia el litoral pacífico de América del Sur, y hacia las Galápagos⁴⁷ (Deler, 1981; Silva, 1986; Weber, 1995). Iniciada a fines de los años

45 Vera, 1941: 4.

46 *idem*: 8.

47 «Tuvimos un día la buena fortuna de visitar en Wreck Bay uno de los más grandes de la flota de los *tuna-clippers* norteamericanos: el *Normandia*, de 160 pies de largo y capaz de transportar 430 toneladas de pescado» (Le Toumelin, 1953: 142).

1940, la «guerra del atún» entre Estados Unidos y Ecuador ilustra la nueva determinación de Quito de afirmar su soberanía sobre las Galápagos. Es para reaccionar contra el saqueo que de sus recursos pesqueros hacen las flotas de pesca de los países ricos que los representantes de Chile, Perú y Ecuador se reúnen en 1952 en Santiago. La primera «Conferencia sobre la explotación y la conservación de las riquezas marinas del Pacífico Sur» desemboca en una declaración en la cual estos países, considerando que «es su deber velar por la protección y la conservación de sus recursos naturales» en nombre de «la subsistencia de sus pueblos», reivindican una «soberanía y jurisdicción exclusivas» sobre 200 millas a partir de sus costas (Valencia Rodríguez, 1977). La declaración de Santiago aclara la política de soberanía patrimonial seguida por estos Estados: en efecto, para hacer valer sus derechos sobre las 200 millas (extensión correspondiente al ancho de la corriente de Humboldt y sus recursos pesqueros), los signatarios evocan «los factores geológicos y biológicos que condicionan la existencia de la fauna y de la flora marinas». Esta soberanía patrimonial se fundamenta entonces en una necesidad social y se apoya en argumentos ecológicos: equivale efectivamente a una conservación de la naturaleza con fines económicos.

Para el Estado ecuatoriano la «conservación de los recursos naturales» remite aquí a la soberanía nacional sobre «la quinta región natural» del país, el mar⁴⁸ (las otras son el Oriente, la Sierra, la Costa y las Galápagos). Esta concepción emerge así en la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1952 (Chemillier-Gendreau, 1995); al igual que las políticas basadas en el provecho privado, compatibles con ella, esta concepción no da paso a una conservación de la naturaleza a escala mundial: ni por un derecho de fiscalización internacional en el seno de un país dado, ni por un tratamiento de los problemas ecológicos globales por parte de la comunidad de naciones (Hurrell y Kingsbury, 1992; Ost, 1995).

Los considerandos del decreto presidencial por el cual se instituye el PNG en 1959 confirman el carácter precursor de la conferencia de Santiago. Califican a las Galápagos a la vez de «territorio insular ecuatoriano» y de «tesoro natural», que Ecuador debe explotar continuando con los programas científicos emprendidos con ocasión del «Año geofísico internacional». Y ello, dotando a las Galápagos de un

organismo permanente [...], cuyas actividades serán un aporte considerable para sacar mejor partido de las riquezas nacionales del país y contribuirán, como tales, al mejoramiento de su economía⁴⁹.

48 Esta «región» dota a Ecuador de un espacio marítimo de más de un millón de km² y le permite, mediante una proyección meridiana realizada a partir de las Galápagos, reivindicar una parte de la Antártica.

49 en Larrea, 1982: 87.

Se recurre a la ciencia —representada aquí por este «organismo permanente» también creado en 1959, la Fundación Charles Darwin (FCD), que proyecta la instalación de una estación biológica internacional en el archipiélago— como auxiliar de la economía. Es pues una conservación económica el objetivo del Estado ecuatoriano en las Galápagos:

Dada la geología del archipiélago, la mayor parte de la superficie de las islas se compone de tierras no aptas para la agricultura, pero que constituyen una riqueza nacional que es necesario proteger para aprovechar de las islas en el futuro como centro de investigación científica y como polo del turismo mundial⁵⁰.

El axioma inaugurado con la creación del primer parque nacional americano, según el cual el espacio protegido debe ser «sin valor» agrícola o minero (Runte, 1992), es aquí explícito: es porque son «no aptas para la agricultura» (aunque el Estado haya lanzado una campaña de colonización agrícola en Santa Cruz en 1956) que se transforma a estas islas en parque nacional. Las autoridades ecuatorianas inscriben esta ley en el largo plazo, puesto que se trata de «aprovechar las islas en el futuro»: ¿un «desarrollo sostenible» por adelantado? La respuesta se encuentra más bien en el «polo del turismo mundial» por crearse al mismo tiempo que la base biológica: el objetivo es claramente la ganancia en un mercado mundial.

Pero el establecimiento de la reserva natural es también un medio para hacer que las Galápagos logren un reconocimiento internacional como parte del territorio ecuatoriano: ¿qué mejor denominación que la de parque «nacional» para afirmar la soberanía de un Estado sobre una parte marginal de su territorio⁵¹? La fundación del parque nacional de las Galápagos tiene lugar bajo la égida de la UNESCO y la Fundación Charles Darwin (FCD) se crea para servir de tutela internacional a la conservación de las islas. Así, la confirmación de la soberanía ecuatoriana sobre el archipiélago se hace mediante un acuerdo entre el Estado y organismos internacionales, inscribiéndose en el campo, de dimensión mundial, de la conservación de la naturaleza.

Toda la historia de las Galápagos es una dialéctica entre su pertenencia a espacios reticulares organizados por actores extranjeros y su integración a un territorio estatal centrado en el continente, del que están alejadas. El espacio de las Galápagos estaba abierto a los occidentales pero cerrado a los colonos ecuatorianos, prisioneros en sus islas y, por tanto, con poca probabilidad de que se les unan

50 *idem*: 88.

51 Esta política de transformar en santuario las fronteras mediante parques nacionales ha sido sistemática en Argentina, particularmente respecto de Chile y sobre todo en las zonas en litigio de la Patagonia (Fourcade y Uribe Larrea, 1992).

compatriotas voluntarios. A partir de los años 1940, el Estado quiere cambiar el juego: las Galápagos deben cerrarse a los extranjeros o, más exactamente, estos tienen, desde entonces, que pagar por hacer uso de ellas, mientras estas deben, por el contrario, abrirse a los ecuatorianos. Para lograrlo, el Estado procede a la internacionalización de las jurisdicciones relativas a los usos tradicionales de las Galápagos por parte de los extranjeros, de manera que se oficialice una participación ecuatoriana, que se espera crecerá, en todos estos tipos de explotación. Y esto, transformando este patrimonio insular en territorio, es decir en espacio donde la sociedad nacional, por intermedio del Estado, debería

garantizar a todos o a parte de sus miembros derechos estables de acceso, de control y de uso de todos o parte de los recursos que allí se encuentran⁵².

Pero para ello es necesario aumentar la población ecuatoriana de las Galápagos creando y desarrollando en ellas una economía capaz de atraer migrantes. Se conseguirá hacerlo aprovechando el entusiasmo de los occidentales por la naturaleza de las Galápagos, que el parque nacional y la estación científica deben estimular: esta economía será pues el turismo. En efecto, este permitirá a la vez el poblamiento del archipiélago y la búsqueda del beneficio privado y público, sin dejar de ser una actividad valorizada por una comunidad internacional que garantiza, a través de la FCD y de un parque nacional donde científicos estadounidenses y europeos realizan investigaciones, que tal actividad no causa perjuicio a la naturaleza.

Capítulo III

Islas «naturalizadas» por el Norte

De la depredación naturalista a la conservación de la naturaleza

Especímenes poco útiles pero tan exóticos...

Son las polémicas a propósito del *Origen de las especies* las que garantizan a las Galápagos un lugar preponderante en las ciencias naturales. En efecto, la primera expedición de importancia después de la del Beagle llega a las islas en 1872: es estadounidense y está dirigida por L. Agassiz, un geólogo que quería remontarse a las supuestas fuentes geográficas de la teoría darwiniana para refutarla (Bowler, 1995). A continuación y hasta la Segunda Guerra mundial, sucesivas expediciones científicas –alrededor de treinta– a las Galápagos las vuelven, incluso antes de que se cree el parque nacional, las islas más estudiadas del planeta por los naturalistas. Estos las consideran un espacio abierto y a los ecuatorianos, que ven una colusión entre los intereses científicos y estratégicos de los occidentales en el archipiélago (la expedición de Agassiz, por ejemplo, utilizó el buque de guerra USS Hassler), les resulta entonces fácil declarar que

las visitas episódicas de científicos a las Galápagos sirven, en un momento u otro, a intereses geopolíticos...¹.

Los dos tercios de estas expediciones son estadounidenses y las otras esencialmente británicas: la tónica está dada, las ciencias naturales en las Galápagos son un coto reservado a los anglosajones y particularmente a los californianos, gracias a su proximidad al archipiélago. El historiógrafo de la FCD, el inglés G. Corley Smith (1990: 6) observa a este respecto no sin cierto cinismo:

La recolección a gran escala en nombre de la ciencia puede haber contribuido a empeorar una situación que no era nada brillante pero, cualquiera que fuese el error, estas expediciones al menos han probado de manera ejemplar el interés sostenido de Inglaterra y California por las Galápagos.

1 Silva, 1992: 272.

Ahora bien, la importancia científica de la recolección de especímenes, tal como la practican estas expediciones, ya no es, sin embargo, tan evidente como en el pasado: desde fines del siglo XIX son el laboratorio o el campo los sitios de progreso de las ciencias naturales, más que los museos y otros jardines zoológicos o botánicos donde se acumulan las muestras. Por cierto ninguna nueva teoría se apoya en los especímenes recogidos en las Galápagos después de los llevados por Darwin, y si bien estas expediciones descubrieron nuevas especies en el archipiélago e hicieron avanzar el conocimiento geológico de las islas, tales progresos científicos no necesitaban recolecciones de la magnitud de las que se realizaron entonces.

Por ende, estas expediciones naturalistas responden ante todo a otras demandas, distintas de las de la ciencia. Se preocupan sobre todo por acumular colecciones, mientras más grandes mejor, para el prestigio de sus instituciones, bajo la forma de exposiciones coloniales entonces florecientes: el exotismo de la naturaleza se hace eco del de las culturas. Por ejemplo, la Academia de Ciencias de California² regresa de su expedición a las Galápagos con 8.691 pájaros, entre otros especímenes. Durante su permanencia en el archipiélago, el terremoto de 1906 destruyó el museo de San Francisco, lo que le permitió justificar *a posteriori* la utilidad de estas gigantescas recolecciones. Ahora bien, al finalizar el siglo XIX, la degradación de la naturaleza de las Galápagos alcanza un punto crítico, pues a los destrozos causados por los animales introducidos se añaden las depredaciones de los colonos ecuatorianos, que siguen a los saqueos de los balleneros: así, la expedición californiana sólo encuentra una foca peletera en todo el archipiélago...

El otro pretexto de estos naturalistas es entonces regresar con el máximo de especímenes «para conservarlos en museos antes de que sea demasiado tarde» (Corley Smith, 1990). Cuando no son amontonados en esos museos en nombre de la ciencia, los especímenes recogidos son vendidos a ricos coleccionistas o a zoológicos. En estos últimos los naturalistas pretenden conservar, *ex situ*, animales cuyas especies están en peligro de extinción. Pero, sobre todo, los zoológicos comienzan a atraer multitudes urbanas ávidas de naturaleza. R. Beck, un estadounidense que hizo cuatro expediciones a las Galápagos con el fin de recolectar tortugas por cuenta de coleccionistas o parques zoológicos declara lo siguiente:

En un futuro próximo veremos probablemente la extinción de dos o tres de las especies de tortugas actualmente en vida y, aunque algunos especímenes de otras especies puedan sobrevivir más largo tiempo, también están condenados a desaparecer bajo la presión de sus enemigos. La facilidad con la que estos reptiles, de notable longevidad, pueden ser mantenidos en cautiverio y la fascinación del pú-

2 Esta expedición pasó un año en las Galápagos en 1905-1906 y dio su nombre a la bahía de Santa Cruz donde fue fundada posteriormente Puerto Ayora: «Academy Bay».

blico por estas tortugas que pesan 500 libras y tienen varios centenares de años las convierten en las huéspedes soñadas de los parques zoológicos³.

Los animales más buscados por estos coleccionistas son, una vez más, los símbolos de las Galápagos, las tortugas terrestres cuyo número ha disminuido considerablemente⁴ y que son por ello más estimadas aún en el mercado de la conservación *ex situ*. Lejos de incitar a los naturalistas a la prudencia, la rareza de las tortugas acrecienta por el contrario su deseo de recogerlas en la mayor cantidad posible, muertas o vivas, en una carrera contra el reloj... y contra las otras expediciones:

En muchas ocasiones los científicos, luego de haber recolectado tortugas en una isla, declaraban que la especie de esa isla estaba extinguida, hasta que una nueva expedición descubría sobrevivientes, que eran entonces prontamente degolladas y llevadas como preciosos especímenes de una especie «en vías de desaparición». Así, estos «últimos sobrevivientes» fueron recogidos en Pinzón por cuatro expediciones diferentes en 1897, 1898, 1900 y 1901 y, no obstante, los miembros de la expedición de la Academia de California descubrieron, en 1905-1906, 86 tortugas en esta isla, a las que mataron y llevaron para estudiarlas⁵.

Beck (en Beebe, 1924) señala que antes de 1900 las expediciones científicas regresaron con «más de 150 tortugas»; solo la Academia de California lleva consigo 260 y logra recolectar especímenes de las 15 especies entonces existentes⁶. La última gran expedición de recolección de tortugas, en 1928, es la de la New York Zoological Society (NYZS): captura 180 en Isabela, para zoológicos estadounidenses y australianos.

Organizar tales expediciones cuesta muy caro: de ahí que el precio de una tortuga viva sea elevado, mientras que el animal muerto tenía un bajo precio unitario algunos decenios antes. Esto no sólo se debe a la disminución creciente de las tortugas, sino al uso que se hace de ellas: la tortuga viva, atracción en un zoológico público o privado, tiene un valor comercial superior al de aquella de la que se extrae el aceite o cuya carne se consume. Así, el precio de una misma tortuga

3 en Beebe, 1924: 223.

4 En 1906 la Academia de Ciencias de California hizo un balance de la situación de las tortugas: las especies de Floreana y Santa Fe estaban «extinguidas», las de San Cristóbal, Española y Fernandina «casi extinguidas», y las de Santiago, Pinta y algunas de Isabela (no precisadas) eran «raras». Solo las tortugas de la especie de Santa Cruz y la de Pinzón resultaban «menos raras» o «abundantes» (Epler, 1987).

5 Thornton, 1971:137.

6 Beck, que hacía parte de esta expedición, es el último hombre en haber visto una tortuga viva de la especie de Fernandina: en cuanto se acerca a ella, la mata para llevar de regreso su cadáver, que desde entonces ocupa el trono en el museo de San Francisco.

varía según se estime que pertenece a una especie en peligro y es entonces vendida en los países ricos, o sea considerada como fuente de alimento o de energía y consumida por tanto en un país pobre. El precio que se atribuye a la naturaleza —o a una especie— depende de las representaciones y del uso que se hace de ella y la diferencia a este respecto entre las sociedades de los países ricos y las de los países pobres es el centro de la problemática de la conservación de la naturaleza. En las Galápagos, se manifiesta hoy en día en el conflicto entre los pescadores de pepinos de mar —que les reportan ganancias a costa de la destrucción de los ecosistemas marinos y litorales— y las empresas turísticas, que venden a los visitantes del Norte una naturaleza presentada como «intacta».

La expedición que hicieron al archipiélago W. Beebe y sus colegas naturalistas en 1923 es un ejemplo del uso y de las representaciones de la naturaleza de las Galápagos de los científicos estadounidenses a comienzos de siglo.

Una expedición turístico-naturalista en 1923: el *Noma* de W. Beebe

Esta expedición es patrocinada por la NYZS y la obra de Beebe es un testimonio del reconocimiento de los científicos por su mecenazgo. Pero este no es desinteresado. Para comenzar, la expedición está encargada de recolectar especímenes para la NYZS y el American Museum y Beebe señala haber cumplido bien su misión:

Durante nuestra muy corta expedición, pudimos recolectar un gran número de criaturas vivas que fueron llevadas al Norte y añadidas a las colecciones del parque zoológico⁷.

En las Galápagos la expedición recoge vivos, para la NYZS, iguanas marinas, pingüinos, cormoranes ápteros, gaviotas de cola bifurcada, halcones, sinsontes y tórtolas. Por el contrario, para el American Museum los especímenes son disecados a bordo: una tortuga gigante, una familia de lobos marinos y 42 iguanas terrestres con elementos de su entorno —vegetación, rocas y arena— para ser reconstituidos en vitrina. Finalmente, para el Departamento de Estudios Tropicales de la NYZS, la expedición lleva 160 pájaros, 150 reptiles, 200 peces, 3.000 insectos, 100 plantas, etc., además de pinturas, dibujos, fotografías y una película. En realidad, el objetivo de esta expedición es más revelar a los públicos estadounidense y europeo la naturaleza que se ve «en uno de los rincones menos visitados de la tierra», como lo indica Beebe —y *Galápagos: World's End* es, a este respecto, una obra bastante bien ilustrada—, que hacer ciencia. De ahí que, en el *Noma*, dos curadores de museo, un taxidermista, un auxiliar de laboratorio, un pesca-

dor y un cazador profesionales, tres pintores y un fotógrafo trabajan para poner en escena la naturaleza de las Galápagos, llevada a Nueva York.

Pero la expedición no puede contentarse con ser tan solo una empresa de comunicación y busca darse una razón científica. De allí la presencia a bordo de tres investigadores: además de W. Beebe, que es el director, se encuentra también un oceanógrafo y un entomólogo. No obstante, este papel de garantes asignado a los científicos a bordo queda confirmado por el hecho de que la verdadera investigación es luego emprendida en Nueva York por naturalistas que no participaron en el viaje: así, de los 22 artículos producidos a partir de los especímenes transportados por el *Noma* y todos publicados en *Zoologica* (la revista de la NYZS), solo tres están firmados por los miembros de la expedición. De todos modos, la brevedad de esta última impedía cualquier verdadero trabajo de investigación en el lugar: tras partir el 1 de marzo de 1923 de Nueva York a bordo de un lujoso vapor construido especialmente para la ocasión y equipado con material científico sumamente moderno, los naturalistas atraviesan el canal de Panamá, llegan a las Galápagos el 28 del mismo mes y están de regreso en Nueva York el 16 de mayo de 1923. Beebe dice, por cierto, en la primera frase de su obra, que también habría podido intitularla «6.000 minutos en las Galápagos», pues la expedición no pasó sino 100 horas en tierra en el archipiélago.

Así, la expedición parece más un crucero turístico de lujo (incluyó a un médico y a un cirujano para la seguridad de los pasajeros) en un barco del que el director de la NYZS magnifica más las cualidades técnicas que la vocación científica... De este modo, el *Noma* y sus pasajeros prefiguran los actuales cruceros turísticos a las Galápagos (véase el capítulo IV). En los años 1920, los navíos ecuatorianos se dirigen al archipiélago solo una o dos veces por año. Los superiores medios técnicos de los extranjeros continúan, pues, abriéndoles el espacio de las Galápagos, que utilizan a su guisa. El *Noma* no pidió permiso a las autoridades ecuatorianas para recorrer el archipiélago ni hizo escala en sus puertos: en consecuencia, en la obra de Beebe los insulares no existen y la pertenencia de estas islas a Ecuador apenas si se menciona. Para los pasajeros del *Noma* como para los demás naturalistas, las Galápagos son una tierra de ciencia, vacía de habitantes, que pertenece en principio a un lejano y pequeño país de Sudamérica: un espacio abierto a los descubridores de naturaleza occidentales. Pero estos pronto querrán, por el contrario, cerrar este espacio a fin de proteger en él su objeto de estudio.

La nueva preocupación de los naturalistas: proteger la naturaleza *in situ*

¿Cómo fue que los naturalistas occidentales pasaron, a comienzos del siglo XX y en las Galápagos al igual que en otros sitios, de la recolección sistemática de la

fauna y de la flora a la voluntad de protegerlas *in situ*⁸? La respuesta es triple y demuestra un cambio irreversible de las representaciones que los naturalistas tienen de su campo de estudio, la naturaleza.

La primera razón es el progreso científico. Retomando las ideas de Darwin, ciertos naturalistas consideran a la naturaleza como un conjunto, dividiéndola al mismo tiempo según un criterio espacial: la localizan. La ecología es fundada en 1866 por E. Haeckel, quien la define como «ciencia de las relaciones entre organismos y el mundo exterior, en el cual se pueden reconocer de manera más amplia los factores de “la lucha por la existencia”». Esta nueva ciencia de la naturaleza, en la que el espacio es primordial, toma tiempo en imponerse: se afirma gracias a la renovación del pensamiento darwiniano en los años 1930, luego de que este último conociera un eclipse al cambiar el siglo, cuando las teorías emanadas del lamarckismo suscitan un repunte del interés (Bowler, 1995). Los «neodarwinianos» retoman la delantera asociando la teoría de la evolución a la genética. Ahora bien, esta «síntesis darwiniana» insiste en el espacio geográfico como factor de diferenciación y de evolución en el mundo vivo (Mayr, 1993). La formulación de esta teoría comienza en los años 1930:

Naturalistas de campo como E. Mayr y J. Huxley se interesaban cada vez más por los problemas de biogeografía y comenzaban a pensar que las teorías de Darwin sobre la especiación, inspiradas en las Galápagos, eran exactas⁹.

El terreno —el espacio— desempeña pues una función tan crucial para los «herederos de Darwin», según E. Mayr califica a su grupo de investigadores, como para su maestro. Para la misma época, en 1935, el botánico Tansley elabora el concepto de ecosistema, que se convierte en la piedra angular de la ecología, ciencia

cuya autonomía reposa en la concepción de sistemas lo bastante localizados como para que su comportamiento pueda ser descrito globalmente¹⁰.

El concepto de ecosistema confirma así la importancia de la localización, y consecuentemente del espacio, en la ecología. No resulta entonces sorprendente encontrar a Tansley y Huxley entre los principales promotores de las reservas naturales (Nicholson, 1973): el espacio se ha convertido efectivamente en objeto de estudio de las ciencias naturales. Y para los naturalistas en general y los neodar-

8 C. Rothschild, por ejemplo, después de haber financiado dos expediciones de recolección de tortugas en las Galápagos en 1897 y 1901, funda en 1912 la «Sociedad para la promoción de las reservas naturales», que establece la primera lista de los sitios que por su interés científico estaban destinados a convertirse en reservas especiales (Nicholson, 1973).

9 Bowler, 1995: 282.

10 Drouin, 1993: 85.

winianos en particular, las Galápagos representan el arquetipo del espacio que hay que proteger por su interés científico.

La segunda razón por la que los naturalistas quieren conservar ciertos espacios para preservar su naturaleza está ligada a la creación de parques nacionales en el mundo entero. Varios países desarrollados le pisaron los talones a Estados Unidos (Mosley, 1992; McNamee, 1993), pero se asiste sobre todo, entre las dos guerras, a la multiplicación de las reservas naturales en los países latinoamericanos (Amend y Amend, 1992) y en las colonias de África (Raffin, 1985; Bonner, 1994), donde el caso más interesante es el del parque Albert, creado en el Congo belga en 1925:

El gesto era de una importancia capital pues fue el primer parque dedicado a la investigación científica sistemática [...] bajo la inspiración del profesor Van Straelen¹¹.

Un parque nacional creado ante todo para la investigación científica y cuyo responsable, V. Van Straelen, será veinticinco años más tarde uno de los principales promotores del parque nacional de las Galápagos y el primer presidente de la Fundación Charles Darwin: la filiación es clarísima. Mientras los primeros parques nacionales tenían como objetivo sobre todo servir de símbolos de identidad para la nación estadounidense y buscaban una rentabilidad económica a través de su explotación turística (Conan, 1985; Viard, 1990; Runte, 1992), los creados entre las dos guerras tienen a la ciencia como justificación primera, al menos en la intención de sus promotores occidentales. En efecto, estos naturalistas se ven forzados a encontrar objetos de estudio intactos, toda vez que los ecosistemas que estudian en sus países se han modificado rápidamente, si no destruido (Worster, 1993). Esta corriente científica en el seno del movimiento de creación de parques nacionales encuentra valiosos aliados entre los apóstoles anglosajones de la preservación de la *wilderness*, inspirados en los escritos de los estadounidenses Thoreau, Muir y Leopold (Nash, 1989; Oelschlaeger, 1991; Shabecoff, 1993). Estos preconizan la preservación de la naturaleza como tal, sin fines utilitarios, manteniéndola intacta sin actividad humana alguna. Ahora bien, los naturalistas, para quienes las áreas protegidas están destinadas a ser su objeto de estudio exclusivo, aprueban la idea según la cual no se admite al público en los laboratorios de investigación.

Finalmente, la situación geopolítica de los espacios que interesan a los naturalistas es la tercera razón que tienen para protegerlas bajo la forma de parques nacionales, que se crean entonces en los países que disponen de grandes espacios o

11 Nicholson, 1973: 257.

en las colonias —oeste de Estados Unidos, dominios, América Latina, África—, pero casi nada en Europa ni en el este de Estados Unidos. Y es que los costos político y económico de espacios reservados a la investigación científica y a un turismo todavía elitista parecen demasiado elevados en estas últimas regiones, ocupadas por actividades rentables y habitadas por propietarios-electores. Es, pues, necesario encontrar en otros lados espacios por proteger de las actividades humanas: como los países tropicales tienen además una gran riqueza biológica que atrae a los naturalistas, son entonces las colonias y los países en situación «neo-colonial», como Ecuador, los que se prestan de mejor modo para el efecto.

La toma de posesión de las Galápagos por parte de los naturalistas

En las Galápagos las expediciones recolectoras de tortugas ya tenían un pretexto conservacionista: había que protegerlas de los colonos ecuatorianos, y era urgente:

No es sino en estos últimos años que el hombre ha invadido el territorio de estas grandes tortugas, pero la rapidez con la que están siendo matadas y la razón de su destrucción nos dejan poca esperanza de que sobrevivan largo tiempo¹².

Este recolector de tortugas olvida que han sido masacradas sobre todo por balleneros estadounidenses y no en «estos últimos años» sino desde hace un siglo: las maniobras de los occidentales en las Galápagos constituyeron, hasta entonces, las peores amenazas para los ecosistemas insulares. Pero en el siglo XX la electricidad reemplazó al aceite de ballena o de tortuga, las focas peleteras fueron cazadas casi hasta su extinción y la explotación de la naturaleza de las Galápagos ya no tiene razón de ser para los occidentales, salvo en lo que atañe a la pesca. A partir de los años 1930, el mensaje subyacente en la observación de Beck se afirmará entonces cada vez con más fuerza entre los naturalistas: los habitantes de las Galápagos son los principales enemigos de la conservación de las islas.

Conscientes de que las Galápagos seguirán siendo ecuatorianas, ya que las repetidas tentativas de Estados Unidos y Gran Bretaña de que se les ceda el archipiélago han sido vanas, los naturalistas no tienen otra solución que convencer al Estado de crear en las islas una reserva natural. Dejan pues de considerarlas exclusivamente bajo el ángulo de la naturaleza para ver en ellas también un espacio poblado y perteneciente a un país soberano. Pero al mismo tiempo la evolución de las ciencias naturales, las investigaciones en terrenos vírgenes de la influencia antrópica y la designación de los hombres como amenaza para los ecosistemas estudiados llevarán a los naturalistas a considerar a las Galápagos como un territorio donde se protege la naturaleza en función de la ciencia, lo que excluye, *a prio-*

ni las demás actividades. ¿Acaso el espacio de las ciencias naturales no sería el de los hombres? Esta pregunta domina la problemática de la conservación de las Galápagos.

Ahora bien, los naturalistas están tentados de responder a ella negativamente con ocasión de la creación conjunta, en 1959, del Parque Nacional Galápagos (PNG) y de la Fundación Charles Darwin (FCD), encargada de organizar la investigación científica en las islas y de velar por su conservación gracias a la instalación de la estación científica Charles Darwin (ECCD) en el archipiélago. Así, la implantación de este aparato científico-conservacionista en las Galápagos hace de ellas un espacio «naturalizado» por el Norte.

La creación del parque nacional de las Galápagos

En los años 1930 se produce en Ecuador una importante penetración de capitales estadounidenses y británicos mientras la crisis sociopolítica provocada por las consecuencias de la Gran Depresión mundial alcanza en el país un paroxismo: hay 17 jefes de Estado sucesivos en Quito. Es en este Estado, más débil que nunca respecto de sus principales proveedores de fondos, Estados Unidos y Gran Bretaña (Cueva, 1990), que un gobierno transforma gran parte de las Galápagos en parque nacional, presionado por naturalistas anglosajones.

En efecto, en 1935 una expedición naturalista estadounidense-británica dirigida por V. von Hagen desembarca en San Cristóbal y erige un monumento a la memoria de Darwin en el sitio donde este había hecho escala cien años antes. El acto simboliza la toma de posesión de las Galápagos por parte de estos naturalistas deseosos de instalarse allí de manera permanente: a su regreso, von Hagen funda el «London Galápagos Committee», que debe recoger fondos para el establecimiento de una estación científica en el archipiélago. Por otro lado, el presidente Roosevelt apoya los esfuerzos de la «Smithsonian Institution» para instalar una estación de investigación en la isla de Baltra. La guerra sobreviene antes de que estos proyectos se realicen y la estación científica prevista cede el lugar a una base aeronaval...

Pero entretanto un decreto gubernamental, aprobado en 1936 por el «Jefe Supremo de la República», establece un parque nacional en las Galápagos en su conjunto, a excepción de las islas pobladas de San Cristóbal, Floreana y del sur de Isabela¹³. El preámbulo de la ley que crea el parque nacional designa a los responsables del deterioro de la naturaleza insular:

13 Santa Cruz, poblada por algunos pioneros europeos, formaba entonces enteramente parte del parque nacional.

Considerando: 1 Que existe el peligro de que llegue a extinguirse totalmente la Fauna del Archipiélago de Colón a causa de las depredaciones cometidas por viajeros y turistas inescrupulosos...¹⁴

No son los insulares quienes destruyen la fauna de las Galápagos sino los extranjeros: es el punto de vista inverso al de los naturalistas occidentales y el credo de numerosos responsables ecuatorianos actuales. En cuanto a la eficacia de este decreto,

no había ninguna autoridad en este archipiélago poco poblado que estuviera en condiciones de hacer aplicar estas leyes.¹⁵

y, por tanto, todo continuó como antes. Efectivamente, la primera tentativa de conservación *in situ* en las Galápagos fracasa por la misma razón que la había hecho posible: la debilidad del Estado ecuatoriano. Ahora bien, los naturalistas occidentales

nunca lograron unirse para organizar una asociación no gubernamental que habría podido sustituir parcialmente a la autoridad nacional¹⁶.

y encontrarán valiosos apoyos en las organizaciones conservacionistas internacionales de la posguerra, cuyos naturalistas toman la delantera: el primer secretario general de la UNESCO es el neodarwiniano J. Huxley, que le da una orientación conservacionista y apoya la fundación, en 1948, de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN).

Es en este nuevo contexto que un etólogo alemán del Instituto Max-Planck, I. Eibl-Eibesfeldt, realiza en 1954 un crucero científico a las Galápagos, veinte años después de las primeras medidas ecuatorianas de protección de la naturaleza insular. Lo que encuentra le horroriza:

Nos dimos cuenta de que los animales todavía eran perseguidos [...] En las cercanías de los centros poblados constatamos que las iguanas marinas, los lobos marinos, las tórtolas y muchos otros animales endémicos eran raros o habían desaparecido. Pieles de focas y de lobos marinos, caparazones de tortugas, jóvenes tortugas, e incluso pingüinos, nos eran propuestos por los colonos a cambio de bajas sumas de dinero...¹⁷.

De regreso en Europa, Eibl-Eibesfeldt alerta a la UICN. En su exposición insiste en el hecho de que los miembros de la expedición

14 en Larrea, 1982: 85.

15 Corley Smith, 1990: 6.

16 *idem*: 7.

17 Eibl-Eibesfeldt, 1959: 8.

constataron la ineficacia de las leyes cuando ninguna autoridad responsable controla allá su aplicación.

Eibl-Eibesfeldt recibe el apoyo de prestigiosos naturalistas, entre ellos J. Huxley, convertido entretanto en presidente de la Royal Society; R. Heim, presidente de la UICN y director del Museo Nacional de Historia Natural de París; S. Dillon Ripley, presidente del International Council for Bird Preservation (ICBP); y, R. Bowman, de la Universidad de California (UCLA). Estos hombres obtienen el apoyo crucial de la UNESCO, que cumple los deseos del naturalista alemán confiándole una misión a las Galápagos para evaluar el estado de la fauna e inventariar los lugares que podrían acoger una estación científica.

Por otra parte, Dillon Ripley ha recolectado fondos de *Life Magazine* y de la NYZS, lo que permite que dos periodistas, uno de ellos fotógrafo, hagan parte de la expedición. Como lo subrayará Eibl-Eibesfeldt en su informe:

Life Magazine estaba interesada en la misión pues preveía publicar un largo artículo sobre las Galápagos con ocasión del Centenario del *Origen de las Especies*. El artículo de *Life* difundiría el proyecto de establecer una estación en las Galápagos, y así esperábamos despertar el interés del público en nuestro proyecto de conservación¹⁸.

El notable sentido de la publicidad de esta misión inicia el capítulo de las ambiguas relaciones entre conservacionistas y medios de comunicación en las Galápagos. Los representantes de la UNESCO recorren el archipiélago durante cuatro meses en 1957, constatan que la fauna, pese a las depredaciones en las cercanías de los pueblos, sigue siendo abundante y eligen la isla de Santa Cruz para establecer la estación de investigación.

A su regreso, Eibl-Eibesfeldt publica un artículo (1957) cuyo título —«¿Será salvado el paraíso animal de las Galápagos?»— cuadra con la ideología de los promotores occidentales del PNG: se sienten investidos con la misión de salvar un paraíso reservado a los animales (y a quienes los estudian). En este artículo, Eibl-Eibesfeldt hace un inventario de las especies animales amenazadas por el hombre y proclama que

sería una vergüenza para nuestro siglo si no pudiéramos poner fin a esta incuria¹⁹.

Entre los animales en peligro, insiste en el caso de las tortugas, para las cuales preconiza la constitución de criaderos donde podrían reproducirse al abrigo de

18 *idem.* 9.

19 *op. cit.*: 17.

sus cazadores animales y humanos, lo que supone la creación de una estación biológica. Ahora bien...

[...] las condiciones para fundar tal estación son actualmente favorables pues se puede contar con la ayuda de los habitantes europeos de cepa y de las autoridades ecuatorianas²⁰.

Es el hombre el que amenaza a los animales de las Galápagos, pero no los habitantes europeos de las islas, prejuicio opuesto, como se ha visto, al de las autoridades ecuatorianas. Aunque esta distinción entre insulares sea cierta en la medida en que los pioneros europeos tienen representaciones de la naturaleza más próximas a las de los naturalistas que la mayoría de sus vecinos ecuatorianos, son sin embargo occidentales los que compran los animales ofrecidos por los colonos.

La otra razón expuesta por Eibl-Eibesfeldt para instalar una estación biológica es de orden científico:

Importantes problemas de orden etológico no se han esclarecido aún [...] Problemas de orden taxonómico están insuficientemente explicados [...] Una estación biológica regional posibilitaría la realización de estudios de campo exhaustivos y facilitaría las medidas de protección en el archipiélago²¹.

La estación biológica sirve a la conservación de las Galápagos pues está ligada a la investigación naturalista: la equivalencia está claramente establecida. El artículo subraya, finalmente, la urgencia de las medidas a tomarse:

[...] pues algunos organismos ya quieren abrir las islas Galápagos al tráfico turístico [...] Por fortuna hay reacciones que retrasan la ejecución de esta invasión turística.²²

La advertencia resulta irónica si se tiene en cuenta que la FCD va a ser uno de los promotores de la explotación turística del archipiélago, pero ilustra el espíritu general de los naturalistas, que reivindican, en nombre de su propio uso de la naturaleza, la organización restrictiva, e incluso exclusiva, de la utilización de las Galápagos. Esta conservación es pues de origen y vocación corporatista al tiempo que pretende asegurar un interés común, y hasta «universal»: la ciencia representa aquí una garantía que los naturalistas creen objetiva, neutral y, por ende, aceptable para todo el mundo.

20 *op. cit.*: 18.

21 *idem.*

22 *Idem.*

No obstante, más que los artículos es la presentación del informe de Eibl-Eibesfeldt (1959) al XV Congreso Internacional de Zoología, en 1958, lo que resulta determinante para la creación del PNG. Es el primer año que este congreso tiene una sección de conservación: un grupo de eminentes naturalistas llevado por Heim, Dillon Ripley y Huxley —el grupo incluye también a J. Dorst y T. Monod— somete a consideración una declaración sobre las Galápagos. Esta insiste en

[...] la extrema urgencia de salvaguardar la fauna y la flora de las Galápagos; y acoge con entusiasmo el proyecto, iniciativa de la UICN, de establecer en el archipiélago una estación biológica internacional asociada al nombre de Darwin, para la investigación y para asistir a las autoridades de Ecuador en su tarea de conservación.²³

El Congreso adopta la resolución por unanimidad y

en una época en que la necesidad de proteger la naturaleza era aún poco comprendida, la bendición de este eminente Congreso internacional fue de una ayuda preciosa para adquirir importancia ante el gobierno de Ecuador.²⁴

En efecto, a partir de ahí todo avanza muy rápidamente: 1959 es el año crucial. Primero porque es con ocasión de ese Año Geofísico Internacional que 12 Estados deciden reservar la Antártica para «usos pacíficos», ante todo científicos:

Estando así los intereses estratégicos y comerciales sometidos a restricciones, la ciencia y la conservación se vieron en el papel, más satisfactorio allí que en cualquier otro lado, de legatarios universales. Por fin había un continente para la ciencia.²⁵

Si los naturalistas lograron obtener un continente, el archipiélago habría de seguir: utilizan el tratado de la Antártica para demostrar su influencia internacional al gobierno ecuatoriano. En efecto, la Antártica es el ejemplo de un espacio cuya conservación, de vocación científica y manejada por naturalistas, está garantizada por la comunidad internacional. Si bien los naturalistas no pueden «congelar» de igual modo las Galápagos —territorio poblado perteneciente a un Estado—, ese tratado simboliza sus concepciones sobre la conservación así como sus pretensiones de ser los «legatarios universales» del archipiélago.

Luego, y sobre todo, en 1959 se celebra el centenario de la publicación del *Origen de las especies*, y como lo señala Dorst (1959a):

23 Dorst, 1959a: 4.

24 Corley Smith, 1990: 9.

25 Nicholson, 1973: 275.

Debemos aprovechar este aniversario para crear esta estación biológica; sería sin duda el más hermoso homenaje al padre de las geniales teorías de la evolución.²⁶

Ahora bien, veinticuatro años antes, con oportunidad de otro centenario darwiniano, la expedición von Hagen resultó un fracaso. La razón por la cual los naturalistas quieren esta vez implantarse duraderamente en las Galápagos queda claramente expuesta en el informe de Eibl-Eibesfeldt quien subraya:

Las leyes, por sí solas, han probado ser insuficientes para proteger la fauna y la flora de las Galápagos [...] Si queremos un control eficaz y permanente de las Galápagos, necesitamos una base, y la medida más urgente a tomarse es el establecimiento de una estación biológica. [...] Medidas tan apremiantes se justifican dado el gran valor de las Galápagos, no solamente para Ecuador sino también para el resto del mundo.²⁷

Lo que Eibl-Eibesfeldt reclama con eso no es sino un derecho de injerencia de la comunidad internacional para proteger eficazmente un patrimonio de la humanidad (el término será oficializado por la UNESCO sólo veinte años más tarde), tarea cuyo propietario legal, el Estado ecuatoriano, es juzgado como incapaz de asumir.

El 20 de julio de 1959, el gobierno ecuatoriano crea el parque nacional de las Galápagos en el 97% de la superficie terrestre del archipiélago, excluyendo solamente 8 enclaves colonizados en las islas de San Cristóbal, Santa Cruz, Isabela y Floreana (un sitio portuario y una zona agrícola en cada una de estas islas), así como Baltra, enteramente en manos de los militares. ¿Cómo lograron los naturalistas de los países del Norte convencer al gobierno ecuatoriano de transformar la casi totalidad de las Galápagos en parque nacional y, sobre todo, de autorizar la instalación en las islas de una base científica internacional permanente?

Haciendo valer el interés económico que representaría para Ecuador adoptar tales medidas. De ahí que Eibl-Eibesfeldt no vacila en utilizar cualquier medio:

Las focas peleteras constituirían una importante fuente de ingresos si se les permitiera volver a ser abundantes.²⁸

Contradiendo su artículo de *Science et Nature*, hace notar también que:

Las Galápagos pueden convertirse en una importante atracción para los turistas, pero únicamente si son protegidas como una reserva de fauna, como las de África o de Estados Unidos.²⁹

26 *op. cit.*: 17.

27 Eibl-Eibesfeldt, 1959: 25.

28 *op. cit.*: 22.

29 *op. cit.*: 23.

Y Dorst, enviado en misión a las Galápagos por la UNESCO en 1959 para escoger el sitio de implantación de la estación científica, va más lejos:

Las Galápagos albergan riquezas naturales de gran importancia para la evolución económica de Ecuador [...] Las aguas marinas del archipiélago son, en efecto, particularmente ricas en organismos marinos, cuya explotación racional, fundamentada en una base científica seria, puede acrecentar en una medida apreciable el potencial económico ecuatoriano.³⁰

Aunque el Estado ecuatoriano parece aceptar la iniciativa de los naturalistas, no deja de circunscribir su acción, sabiendo sacar partido de la nueva situación que crean en el archipiélago. Pero al comienzo Ecuador se contenta con intervenir en la conservación del archipiélago mediante dos actos jurídicos: el decreto presidencial del 20 de julio de 1959 que crea el PNG y aquel del 15 de febrero de 1964, firmado por la Junta Militar, que ratifica el derecho otorgado a la Fundación Darwin de instalar una estación de investigación internacional en las Galápagos. Así, hasta la creación del «Servicio Parque Nacional Galápagos» (SPNG) –la administración ecuatoriana del parque– en 1968, la FCD es la única responsable de la conservación de las islas: una situación comparable a la de la Antártica.

Los inicios de la fundación y de la estación de investigación Charles Darwin

Los estatutos de la «Fundación Charles Darwin para las islas Galápagos», creada el 23 de julio de 1959 en Bruselas, la definen como una «organización de carácter científico, internacional, no gubernamental, sin fines de lucro y legalmente reconocida bajo la jurisdicción belga» (FCD, 1988: 9).

Tiene como misión

[...] cooperar con el gobierno ecuatoriano en la conservación de la fauna y de la flora de las islas Galápagos, en la tierra y en el mar, estableciendo una estación científica en el archipiélago para realizar investigaciones que le permitirán proporcionar a las autoridades competentes todos los datos necesarios para garantizar la conservación del suelo, de la fauna y de la flora, la protección de la vida salvaje, del entorno natural del archipiélago y del mar circundante³¹.

Se trata probablemente del único caso de organización internacional implantada bajo la forma de una base científica en un país soberano para ayudarlo a conservar la naturaleza en una parte de su territorio. No obstante, el hecho de que la

30 Dorst, 1959b: 3.

31 *idem*.

FCD sea una ONG reduce la intrusión de este organismo extranjero en la soberanía nacional, pues no dispone sino de un limitado margen de maniobra frente a las autoridades ecuatorianas, que pueden rescindir su acuerdo con la fundación o amenazar con hacerlo sin que ello entrañe consecuencias diplomáticas mayores. Además, según sus objetivos estatutarios, la FCD está encargada solamente de «proporcionar datos a las autoridades competentes» para conservar las Galápagos. Esta ONG no tiene, por tanto, ningún poder real y depende de la buena voluntad del Estado ecuatoriano para poner en ejecución las políticas de conservación que preconiza: he ahí uno de los principales problemas que va a afrontar.

En esta situación precaria, la única arma eficaz de los conservacionistas extranjeros parece ser el renombre mundial de su organización: en 1959 el primer Consejo ejecutivo de la FCD es un areópago de conservacionistas en su mayoría europeos³². El presidente honorario de la FCD, británico, es el célebre biólogo evolucionista y primer secretario general de la UNESCO, J. Huxley; su presidente, belga, es el precursor reconocido de los parques nacionales con vocación científica, V. Van Straelen; el ecuatoriano L. Jaramillo (entonces embajador ante la UNESCO) es su vicepresidente; y, J. Dorst, del Museo de Historia Natural de París, su secretario general. El Secretariado para las Américas recae en R. Bowman, de la Universidad de California (UCLA). Finalmente, los otros miembros del Consejo son el suizo J. Baer (ex presidente de la UICN), el ecuatoriano C. Bonifaz (embajador de Ecuador en Francia), el francés F. Bourlière (quien entonces preside a la vez la UICN, el Programa Biológico Internacional y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Biosfera), el británico P. Scott³³ (vicepresidente de la UICN y cofundador, en 1961, del WWF), el alemán B. Rensch, y los estadounidenses S. Dillon Ripley (presidente del «International Council for Bird Preservation»), R. Taylor y H. J. Coolidge (uno de los fundadores de la UICN —que dirigirá de 1966 a 1972— y primer presidente de la Comisión Internacional de los Parques Nacionales).

A excepción de los ecuatorianos, los miembros de este primer Consejo, todos naturalistas, son sobre todo notables de la conservación de la naturaleza a nivel mundial. Las prestigiosas funciones de los miembros de su dirección dan un peso evidente a la fundación frente el Estado ecuatoriano y compensan así la debi-

32 Para compensar el peso de los europeos, los ecuatorianos obtienen el puesto de vicepresidente de la FCD y los estadounidenses la dirección de un Secretariado para las Américas, pero a la sazón son funciones honoríficas.

33 Scott fue a las Galápagos en 1959 con un equipo de la BBC Television, cuyas filmaciones ayudaron a difundir la idea de conservar el archipiélago: según Nicholson (1973), es un naturalista enterado de los recursos financieros y mediáticos necesarios para lanzar una organización conservacionista.

lidad de su condición de ONG: la protección de la naturaleza de las Galápagos parece efectivamente ser un objetivo primordial para la comunidad internacional. Haciéndose representar en el Consejo por dos de sus más importantes diplomáticos, el Estado ecuatoriano demuestra que presta una atención particular a la FCD, pero también que, de entrada, sitúa este interés en el plano de las relaciones internacionales: se trata más de controlar o de influir en las acciones de la fundación en las Galápagos a fin de obtener una ventaja económica para el país³⁴, que de reflexionar sobre los medios de conservarlas.

La tarea principal de la fundación en sus inicios es la instalación de una base de investigación en una isla poblada de las Galápagos. Durante su misión de 1957, Eibl-Eibesfeldt había descartado San Cristóbal y Floreana porque sus ecosistemas ya estaban demasiado deteriorados, e Isabela a causa del penal. Queda pues Santa Cruz, donde la biodiversidad es la mayor y que además ofrece la triple ven-



La estación Darwin, base científica y sitio de visita turística. De izquierda (el hall Van Straelen no está visible pues se ubica aún más a la izquierda) a derecha: los talleres, el centro administrativo, los dormitorios para estudiantes/voluntarios, el comedor (terrace al borde del mar), la biblioteca, el laboratorio de biología marina (edificio blanco), el nuevo edificio de ciencias en construcción (el antiguo está invisible, detrás del restaurante), los alojamientos para científicos visitantes y cuadros de la estación, y la casa del director (en el extremo derecho).

34 El primer artículo del primer número del boletín de la FCD, escrito por C. Bonifaz (1963), se titula «El Ecuador y las islas Galápagos». Tras recordar la historia de las Galápagos ecuatorianas, Bonifaz concluye: «Económicamente, tenemos el derecho de pensar que las investigaciones actuales podrán ser en muchos casos fuentes de riqueza en el futuro. [...] Es lógico suponer que en este lugar reconocido por la pesca que son las Galápagos, sacaremos del trabajo científico un provecho industrial inmediato» (*op. cit.*: 3).

taja de estar situada en el centro del archipiélago, bastante cerca de la pista de aviación de Baltra y poblada por europeos a los que quieren aliarse los naturalistas. En 1959 la UNESCO encarga a Dorst seleccionar un emplazamiento definitivo para la implantación, que él escoge a dos km del pueblo de Puerto Ayora:

el hecho de estar cerca de los lugares habitados, sin que su proximidad sea inmediata, permite aprovechar todas las ventajas de esa situación, evitando al mismo tiempo los múltiples inconvenientes materiales y psicológicos que presentaría una excesiva promiscuidad³⁵.

La decisión de alejar la base del poblado para no sufrir la «promiscuidad» revelará ser un error: este emplazamiento retirado se convertirá, al capricho de la personalidad de los directores de la estación y de sus relaciones con la población, en un gueto para científicos extranjeros, una base según el modelo de las de la Antártica, pero cerca de una aldea de fuerte crecimiento.

Al comienzo las relaciones entre colonos ecuatorianos y científicos están marcadas por una desconfianza recíproca: los primeros se sienten incómodos con la llegada de esos gringos que apenas si hablan el español y les prohíben consumir tortugas. Corley Smith (1990) habla de los

esfuerzos de Snow [tercer director de la estación] por reconciliar a los habitantes de las islas con la conservación³⁶.

y ello ya en 1963... Pero cuando los habitantes de Puerto Ayora descubren que más vale sacar partido de los turistas –científicos o no– atraídos por la reputación de la estación que continuar comiendo tortugas, las relaciones mejoran, tanto más cuanto que la ECCD contrata a algunos a partir de 1964.

Eibl-Eibesfeldt acertó: con los pioneros europeos las relaciones son, de entrada, mejores, pues conocen perfectamente el medio insular, se interesan por la naturaleza y como disponen de pequeñas embarcaciones, proporcionan una valiosa ayuda a los trabajos de reconocimiento naturalista del archipiélago³⁷, pues la es-

35 Dorst, 1959b: 10.

36 *op. cit.*: 12.

37 B. Moitessier (1982) da testimonio del interés y de la ayuda que la familia De Roy prestó a los científicos en misión. Otros pioneros colaboran ocasionalmente con los naturalistas de la ECCD: es un noruego quien informa a Snow que quedan algunas tortugas en San Cristóbal. Otro noruego publica en el boletín de la FCD un artículo sobre «Los cambios biológicos de Santa Cruz de 1935 a 1965», calificado como de «gran valor» por el editor. Pero algunos pioneros europeos no dejan de jugarle malas pasadas a la estación, como los Angermeyer, que depositan una tortuga en la isla de Santa Fe, donde la especie local en principio ha desaparecido. ¡Cuál no fue la excitación de los científicos antes de que se dieran cuenta del fraude!

tación obtiene un barco apenas en 1964. Más aún, hasta los años 1970, la ECCD contrata a pioneros europeos –sobre todo alemanes– para puestos de responsabilidad, particularmente capitanes y administradores, después de lo cual estos prefieren dedicarse a una actividad más lucrativa: el turismo. La estación Darwin permitió a los pioneros europeos consolidar su ventaja sobre los colonos ecuatorianos en este campo: aprendieron sobre el turismo durante los cruceros científicos que guiaban en el archipiélago³⁸, acumularon así un pequeño capital en una economía todavía muy poco monetarizada, y gracias al hecho de frecuentar a los investigadores en misión, ampliaron su red de conocidos, esbozada antes de la instalación de la base naturalista, en Europa y Estados Unidos.

Los primeros trabajos de construcción de la ECCD comienzan en 1960, en condiciones muy difíciles de aislamiento y penuria: las comunicaciones con el continente son poco frecuentes e irregulares, y Puerto Ayora no tiene ni un almacén. Hay, pues, que comprar la comida a los colonos y esperar el barco de Guayaquil, que llega cada tres meses. El ornitólogo suizo Levêque, primer director (1960-1961) de una estación que entonces sólo tiene un miembro, trae trabajadores desde el continente para construir la base: desde sus inicios, la FCD contribuye a la inmigración de mano de obra poco calificada. Levêque logra terminar un laboratorio y un taller, constituir un herbario y eliminar, con la ayuda de algunos colonos, los chivos del islote de Plazas Sur, antes de renunciar a comienzos de 1962. Es reemplazado por el francés Brosset, que debe concentrar la mayor parte de sus esfuerzos de estudio y de conservación en Santa Cruz, debido a la falta de medios de transporte de la estación³⁹.

Cuando el británico Snow asume la dirección de la estación en 1963, los primeros científicos en misión comienzan a utilizarla como base logística para sus investigaciones. Pero no es sino el 20 de enero de 1964 que la ECCD es inaugurada oficialmente. Ese día, la concurrencia reunida bajo los nopales –no hay un local lo suficientemente grande para acoger a todos– es impresionante, pese a las considerables dificultades de transporte: no hay caminos a través de Santa Cruz y los pasajeros deben ir en barco de Baltra a Academy Bay, lo que supone 6 ho-

38 Tui De Roy, por ejemplo, hoy fotógrafa exitosa y guía internacional a bordo de los prestigiosos cruceros Lindblad, se inició haciendo pasear a naturalistas extranjeros en Santa Cruz. Por cierto, reivindica para sí el título de «primera guía de las Galápagos»...

39 Un artículo de Brosset (1963) sobre el estado de la fauna evidencia las limitaciones de los medios de investigación de la estación en sus inicios y la ignorancia concomitante de los naturalistas sobre el archipiélago. Escribe, por ejemplo, que «las tortugas terrestres parecen totalmente extinguidas en Floreana, Española y San Cristóbal»: al año siguiente se descubrirán tortugas en las dos últimas islas. O, incluso: «Actualmente, los destructores de tortugas hacen estragos en Marchena» (*op. cit.*: 5-9). Cabe señalar que nunca hubo tortugas en Marchena...

ras de travesía. La asamblea incluye dos miembros del gobierno militar de la época, el presidente de la FCD, los embajadores de los países que la apoyan (Estados Unidos, Reino Unido [para entonces Corley Smith], Bélgica, Francia, Alemania), representantes de la UNESCO y de las principales universidades ecuatorianas. Más aún, el acontecimiento estuvo previsto para coincidir con la llegada a la estación, provenientes de California, de 66 científicos traídos por Bowman en el marco del «Galápagos International Scientific Project»... El carácter científico, conservacionista e internacional de la institución es pues afirmado con fuerza y garantizado al más alto nivel por las autoridades ecuatorianas⁴⁰.

La misma solemnidad se registra cuando el 15 de febrero de 1964 el gobierno ecuatoriano y la FCD firman un acuerdo de cooperación de una duración de veinticinco años, que recuerda los ámbitos de acción de las dos partes. Su artículo 20 estipula que:

Nada en el presente acuerdo afecta ni podrá afectar a la soberanía del Ecuador sobre su Archipiélago de Colón o de Galápagos, ni la soberanía y jurisdicción proclamadas por el Estado sobre las aguas adyacentes a su territorio, soberanía y jurisdicción a las que la FCD se somete expresamente.⁴¹

A los naturalistas no les queda más remedio que aceptar:

[...] convenía que Ecuador nos garantizara la indispensable libertad de acción durante un periodo lo bastante largo como para que pudiésemos realizar nuestro programa de investigaciones y amortizar nuestras inversiones, al menos en el plano científico. En compensación, nuestra fundación debía comprometerse en términos formales a respetar la legislación ecuatoriana y a colaborar con las autoridades en los ámbitos de la conservación y de la ciencia.⁴²

Este acuerdo, renovado por otros 25 años en 1989, explica por qué la FCD no puede hacer nada que vaya en contra de los intereses —en su sentido más amplio— del Estado ecuatoriano en las Galápagos. El proyecto de disponer de una base internacional para reemplazar a autoridades nacionales ineficientes y velar así por la conservación de las Galápagos fracasó apenas algunos años después de la creación del PNG... Desde entonces la FCD optó de hecho por cambiar su papel

40 En enero de 1994 el trigésimo aniversario de la ECCD ilustraba cruelmente la pérdida de prestigio de la institución: no se veía a ningún representante de la FCD, de alguna embajada, institución internacional o del gobierno ecuatoriano, y ni siquiera responsables políticos locales. Solo estaban presentes, además del personal de la estación que había sido convocado, un funcionario subalterno del SPNG y un puñado de viejos habitantes, entre los cuales ningún pionero europeo...

41 en Larrea, 1982: 94.

42 Dorst, 1964: 13.

de organización conservacionista por aquel, potencialmente menos subversivo, de base para naturalistas. Y éstos no están dispuestos a abandonar esas facilidades —que hay que «amortizar»— para combatir prácticas que ponen en peligro la conservación de las Galápagos si sus autores cuentan con el apoyo del Estado.

El periodo durante el cual el británico Perry dirige la ECCD (1964-1970) es hoy considerado como la edad de oro de la institución que, tras haber tenido tres responsables en cuatro años, aprovecha esos seis años para instalarse verdaderamente en las islas. En 1964 la estación toma posesión del primero de una larga serie de barcos, todos llamados Beagle: el Beagle II (el I era el de Fitzroy y Darwin) permite a los científicos circular mejor en las islas. Además, la ECCD se convierte entonces en la primera institución que da trabajo en Santa Cruz y continuará creando empleos hasta la brutal reducción de efectivos en 1993. Finalmente, y sobre todo, la estación adopta entonces varias políticas que definen su acción hasta hoy en día: búsqueda de un interés mutuo con las grandes empresas de turismo, «educación» de la población local, protección *ex situ* de especies que figuran entre las más simbólicas de las Galápagos y erradicación de los chivos (véase el capítulo VIII). No obstante y pese a la lenta consecución de estos objetivos, la estación Darwin parece, ante todo, destinada a ser una base logística para científicos occidentales.

Las Galápagos y las ciencias naturales de hoy en día

¿Serían las Galápagos «Islas para la Ciencia»? La expresión es de J. Dorst (1974), cuya representación de las islas raya a veces en el cientismo místico:

Cada biólogo, una vez en su vida, debería hacer un peregrinaje a las Galápagos, donde nació uno de los más grandes éxitos de la ciencia.⁴³

Lugar de peregrinaje, ciertamente, pero también y sobre todo «laboratorio». J. Huxley (1964) escribe así, a propósito de la creación de la estación Darwin:

El notable proyecto que inauguramos está destinado no solamente a conmemorar este gran acontecimiento [la visita de Darwin a las Galápagos] sino a conservar lo más posible de este laboratorio natural único constituido por el archipiélago de Galápagos y a facilitar las investigaciones ulteriores gracias a la fundación Darwin.⁴⁴

Y concluye:

43 Dorst, 1963: 147.

44 *op. cit.*: 3.

Hagamos de las Galápagos un memorial viviente de Darwin, no solamente un museo de la evolución en marcha sino un importante laboratorio para el avance de la ecología evolucionista...⁴⁵

El año en que J. Huxley hacía este proyecto para las Galápagos, la FCD crea la «Comisión científica consultativa», en la cual los estadounidenses, menos numerosos que en 1959 en un Consejo ejecutivo donde jamás tuvieron ningún cargo alto, representan la mayoría. Este nuevo organismo tiene como misión

aconsejar a la fundación sobre las medidas a tomarse para preservar el patrimonio natural de las Galápagos, preparar el programa de investigaciones científicas y dar una opinión sobre los programas de trabajo sometidos al Consejo de la fundación por los investigadores deseados de residir en la estación.⁴⁶

La creación de esta Comisión refleja así la influencia adquirida por los científicos estadounidenses en el seno de una fundación entonces dirigida por conservacionistas europeos⁴⁷. Como los miembros del Consejo desempeñan, en su mayoría, altas funciones en otras organizaciones conservacionistas internacionales y no se reúnen sino una o dos veces por año, la realidad del poder de la FCD reside en la Comisión, que decide sobre los programas de investigación que deben ser sometidos a la decisión del Consejo, el cual, como lo subraya Dorst,

se verá así liberado de una parte de sus tareas, puestas en manos de especialistas indiscutibles, para no conservar sino las pesadas atribuciones y responsabilidades de un *Board of Trustees*⁴⁸.

Así, quien controla la Comisión maneja el acceso científico a las Galápagos, de considerable importancia en el campo mundial de las ciencias naturales.

Es pues a partir de mediados de los años 1960, una vez que la estación es puesta en marcha, que la FCD parece haber adquirido la forma de una organización ante todo preocupada por garantizar la permanencia de las investigaciones de los naturalistas occidentales en las Galápagos a través de una base. Según el vicepresidente de la FCD para América del Norte, profesor de herpetología en la universidad de Nuevo México:

Las razones de la importancia de las Galápagos para la investigación naturalista son la existencia de la estación Darwin como base científica, el hecho de que

45 *op. cit.*: 9.

46 Dorst. 1965: 21.

47 El presidente de la Comisión consultora es I. Wiggins, de la Universidad de Stanford. Entre los otros 27 miembros, hay además 15 estadounidenses, entre ellos dos antiguos miembros del Consejo ejecutivo de la FCD... Los demás son europeos.

48 *Op. cit.*

constituya una tradición histórica hacer ciencias naturales en este archipiélago, así como el número considerable de publicaciones especializadas sobre esas islas: la parte logística es fundamental en este tipo de investigación. A ello se añade el hecho de que las Galápagos son un parque nacional, lo que mantiene condiciones naturales⁴⁹.

La estación desempeña efectivamente un papel «fundamental» en la investigación de las Galápagos: ¿pero para quién?

Investigadores

Conversaciones con dos científicos que trabajan en la estación Darwin y dos investigadores en misión, y el análisis de un proyecto de investigación dirigido por responsables de la FCD, permiten ver cómo se reparten las tareas y los fondos en la ciencia que se elabora en las Galápagos.

En 1993 la estación atraviesa una crisis profunda: no cuenta sino con tres jefes de departamentos científicos de los seis previstos y dos de ellos están a punto de renunciar. Aunque el pesimismo de los investigadores interrogados ese año puede tener menos actualidad hoy en día, lo que refleja parece en cambio ser estructural.

S. Abbedrabo es una entomóloga ecuatoriana. El financiamiento anual para sus trabajos está garantizado por la Frankfurter Zoologische Gesellschaft (FZG) que desembolsa US\$ 12.000, y por el WWF que le da 8.500:

Es muy poco, yo necesitaría mucho más dinero para contratar asistentes. Además, la FZG exige que los fondos sean empleados únicamente en el estudio de organismos introducidos y no en los recursos humanos (laboratoristas, ayudantes de campo, etc.). Ahora bien, no hay un seguimiento del trabajo en la ECCD. Cuando regresé de mi postgrado en Austria, las colecciones entomológicas se habían perdido por falta de mantenimiento. No hay donantes particulares para los insectos, pues no es un tema popular, y cuando las instituciones hacen donaciones, es para erradicar y no para proteger.

Esta bióloga estima que la estación ya no cumple con su función:

Con el crecimiento demográfico, los problemas de la conservación han aumentado y son ahora incontrolables. Todo el mundo demanda de la estación acciones que no son de su incumbencia: la erradicación de plantas y animales, la recolección de basura, etc. Nuestra función debería ser hacer ciencia pura, pero hoy en día son los científicos en misión quienes lo hacen.

49 H. Snell, comunicación personal, julio de 1993.

H. Valdebenito es chileno y jefe del área de botánica. La imposibilidad de hacer investigación en la estación obedece, en su criterio, a las siguientes razones:

Aquí pasamos el tiempo llenando formularios para obtener cualquier cosa, gasolina para el vehículo todo terreno, papel, mano de obra, etc. Me he sentido constantemente empleado por debajo de mis capacidades: por ejemplo, en el programa de protección de la flora endémica de Santiago mediante vallados, el trabajo del botánico consiste en seleccionar los lugares; pero luego, la dirección de los trabajos de transporte de los equipos, de construcción y de todas las tareas anexas habría podido ser asumida por un ingeniero o un administrador, no por un botánico: la estación no necesita un PhD para ese tipo de empleo. Pienso que la estación debería asesorar al SPNG en ecología y conservación a través de especialistas en esas disciplinas, pero no de científicos naturalistas.

Ahora bien, según Valdebenito, antes los científicos de la estación tenían la posibilidad de hacer más investigación:

Estoy frustrado desde el punto de vista científico. Existe una gran diferencia entre la estación de hoy en día y aquella de los años 1960-1970. En 1972, cuando ocupaba mi puesto, O. Hamman destinaba el 95% de su tiempo a hacer ciencia pura, trabajos de los cuales pudo sacar artículos que lo ayudaron mucho en su carrera. Yo he pasado el 70% de mi tiempo resolviendo problemas administrativos y el resto en cuestiones de ciencia aplicada, y no he publicado nada.

Hoy, los científicos en misión son, pues, los únicos que realmente hacen investigación en las Galápagos, según Valdebenito:

La estación es famosa gracias a los científicos en misión, pero no gracias a los suyos. Hay buenas relaciones entre los investigadores en misión y los de la estación, pero no existe colaboración científica: en cuatro años no he podido ser coautor de un solo artículo. Nosotros nos encargamos de la presentación general de las Galápagos y de la logística. Ellos hacen investigación.

Estas declaraciones permiten extraer una lección que rebasa el marco de las Galápagos para aplicarse a otras áreas protegidas: la contratación de científicos por parte de los organismos conservacionistas porque tienen una formación en ciencias naturales se revela a menudo inadaptada para las tareas que deben cumplir, lo que lleva a los investigadores a sentirse estafados y a reconocerse cierta incompetencia para el trabajo que se les demanda. En efecto, los problemas de conservación no competen tanto a las ciencias naturales como a las ciencias sociales.

Esta idea se abre camino lentamente en las organizaciones conservacionistas dominadas por naturalistas: es, sin duda, la razón por la que algunos de ellos se dedican a las ciencias sociales. El proyecto intitulado «The Galápagos Islands Biosphere Reserve: an Analysis of Biological Diversity and Human Impact» da-

ta de 1990 y el presidente, vicepresidente y secretario general de la FCD forman parte de él. Su objetivo es

cuantificar las características de la biodiversidad de las Galápagos y examinar los impactos humanos en ella.⁵⁰

Para lograrlo, su parte biológica quiere combinar una base de datos informática, un sistema de información geográfica e imágenes satelitales para establecer dos modelos predictivos sobre la evolución de la biodiversidad en las Galápagos. En cuanto al trabajo en ciencias sociales, debe también desembocar en la constitución de un modelo cuantitativo tendiente a definir los usos humanos de las islas y a prever su futuro. El equipo se califica de «internacional e interdisciplinario»: sin embargo, no cuenta sino con un ecuatoriano frente a cinco estadounidenses, y cuatro naturalistas por dos «ecólogos humanos». Así, el herpetólogo MacFarland dirige las investigaciones en ciencias sociales.

Este proyecto se justifica porque

no existe ningún estudio sistemático de la biodiversidad en las Galápagos [y] se desconocen los efectos que tienen y tendrán diferentes factores en la biodiversidad.⁵¹

El hecho de que hasta entonces ningún estudio sistemático en ecología (para no hablar de las ciencias sociales) haya sido emprendido y ni siquiera solicitado por la FCD podría ser un reconocimiento de fracaso por parte de los responsables de la institución. Pero es más bien un medio de convencer a los proveedores de fondos de invertir en un proyecto definido y llevado a cabo por esas mismas personas. Ahora bien, las sumas juzgadas necesarias para la realización del proyecto dejan perplejo: el equipo ya ha reunido US\$ 327.000, donados esencialmente por fundaciones científicas o/y naturalistas estadounidenses (la FCD ha aportado también US\$ 39.000: es útil dirigirla para financiar sus propios proyectos), y solicita US\$ 153.000 adicionales a la USAID. El presupuesto previsto para el proyecto es entonces de US\$ 480.000, es decir mayor que el de la estación Darwin (450.000) o el de la administración del parque (250.000) para el mismo año...

Este tipo de proyecto genera varias preguntas en torno a esta investigación sobre conservación de la naturaleza, en boga pues obtiene fondos considerables. Primero, la aplicación de métodos derivados de las ciencias naturales a una población humana cuyos usos de la naturaleza se piensa poder cuantificar a fin de construir un modelo predictivo, caracteriza a la ideología naturalista de estos

50 Snell, 1990: 1.

51 *op. cit.*: 6.

científicos: la sociedad de las Galápagos es vista como una suerte de ecosistema cuyas enseñanzas se prevé transponer a otros países subdesarrollados (op. cit.: 2-3), sin tener en cuenta las diferencias entre estas sociedades. En segundo lugar, el hecho de anteponer la técnica al campo (cinco meses previstos en biología y dos en sociología) en este procedimiento científico, además de que este último apunta a justificar su exorbitante costo, sirve a dos objetivos. Por un lado, a legitimar la posición de los investigadores en su propio campo científico: un programa costoso y técnico es bien considerado. Por el otro, es una manera insidiosa de definir el lugar del científico en la sociedad y el papel de la ciencia en ella: el investigador es, aquí, un experto/técnico que establece un diagnóstico y escenarios de evolución natural y social, y que debe proporcionar respuestas técnicas, cuantificadas y capaces de ser utilizadas por quienes deciden.

Este cientismo de gestión se queda en el marco trazado por aquellos responsables sin poder ser cuestionado, lo que no obstante es lo propio de todo razonamiento científico: una ciencia que no plantea preguntas no puede encontrar respuestas. La sola cuantificación de la realidad sirve eventualmente para tomar decisiones, pero no puede influir en ellas haciendo reflexionar a quienes deciden: ha perdido su función crítica y su objetivo es justificarse a sí misma. Esos científicos se limitan a poner en manos de quienes deciden los resultados producidos por «herramientas tecnológicas» (sic), dándoles así la garantía indiscutible de la científicidad, lo que permite ahorrarse una reflexión política (Kalaora, 1993). Ahora bien, en la conservación de un área protegida, son las decisiones políticas las que priman pues se trata, en definitiva, de arbitrar entre diferentes usos de la naturaleza y de tomar opciones en cuanto a los costos de su conservación. Al parecer, este tipo de preguntas no se le ocurren al tercer tipo de investigador de las Galápagos, el científico en misión.

G. Key, especialista en animales introducidos, es profesora de ecología en la Manchester Metropolitan University:

En 1992 tomé contacto en Quito con A. Carrasco y C. MacFarland, quienes me dijeron que buscaban un ecólogo de mi especialidad pero que no disponían de dinero y, por tanto, no podían contratarme. Mi proyecto actual es realizar un estudio sobre las ratas introducidas en Santa Cruz. Hago en poco tiempo lo que habría debido llevar a cabo si hubiese podido trabajar en la estación. Mi presupuesto es de 5.000 dólares, proporcionados por mi universidad, la Royal Geographical Society y otras diversas instituciones.

Interrogada sobre el interés que presentan para ella las Galápagos, Key se dice atraída por...

su situación, porque aquí puedo observar la difusión de la *Rattus norvegicus* que llegó al archipiélago hace ocho años, y su impacto en las demás especies. Podría

hacer este estudio en otras partes del mundo, pero aquí está todavía bien conservado. Las Galápagos son un ejemplo de conservación a nivel mundial, con islas aún vírgenes, y su renombre es inmenso en el medio naturalista: por ejemplo, mis estudiantes no sabían exactamente dónde estaban situadas, pero todos querían venir a trabajar acá.

En cuanto al papel de la estación de investigación Charles Darwin en las Galápagos, Key piensa que es el de:

orientar y organizar los trabajos científicos: es una base. Es importante que la ECCD sea internacional, porque la ciencia es internacional. La ecología en relación con la población es esencial: el hombre hace parte de la ecología. El papel científico de la ECCD es importante, pero no puede justificar sus financiamientos haciendo ciencia pura.

Finalmente, a propósito del futuro de las Galápagos Key estima que

...el hecho de que las islas estén pobladas es lamentable, pero irreversible. El futuro depende de la gente que vive y trabaja aquí.

P. Grant es también inglés y dicta cátedra en Princeton. Sus trabajos sobre los pinzones de Darwin lo han hecho célebre incluso más allá del círculo de sus colegas, como lo muestra un artículo de *The Independent* (2-8-1991): Grant es calificado de «testigo de la creación», cuya obra «permanecerá en la Historia científica como uno de los grandes estudios de casos realizados en el campo». Desde hace unos veinte años Grant trabaja una, dos, y hasta tres veces por año en el islote de Daphné y otras islas desiertas de las Galápagos.

Sus trabajos versan sobre

...la ecología, la evolución y el comportamiento de los pinzones de Darwin, a fin de comprender la diversificación evolutiva del grupo entero. Los pinzones de Darwin constituyen un paradigma para la evolución de varias especies a partir de un ancestro común. Viven en un entorno que, en la mayoría de los casos, no ha sido afectado por las actividades humanas.

Interrogado sobre el papel de la estación, Grant responde que esta

siempre ha ayudado a la ciencia en las Galápagos desde que nosotros trabajamos allí. Hay más conservación en la ECCD desde hace veinte años pues su personal y su presupuesto aumentaron. Por ejemplo, el proyecto de cría de tortugas era modesto, y hoy en día es importante y está acompañado de un proyecto similar para las iguanas.

Grant piensa que la responsabilidad de los científicos extranjeros en la conservación del archipiélago consiste en

...estar muy atentos respecto de la conservación de los recursos biológicos de las Galápagos. Deberían prestar ayuda cada vez que pueden, cada vez que se les solicita. En general, ello toma la forma de consejos técnicos de expertos.

Grant no reveló el presupuesto del que disponía, pero es público y notorio que es importante pues se beneficia del sistema que asocia a las instituciones donantes de la estación.

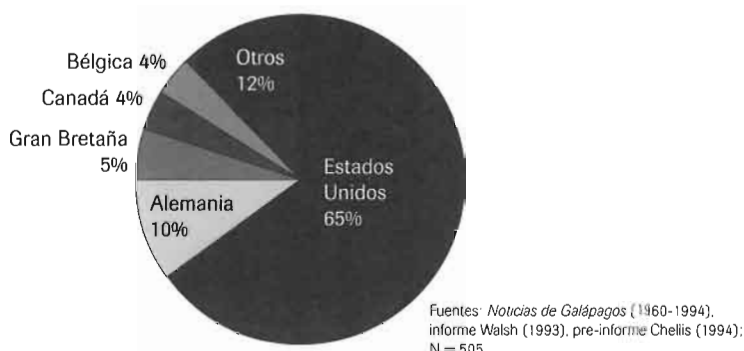
Estos dos investigadores evidencian cómo sus investigaciones influyen en sus representaciones de las Galápagos y en su papel de científicos. La primera trabaja en una isla poblada sobre un animal introducido. El segundo estudia un animal endémico en islas desiertas: Key piensa que la estación no puede dedicarse a la ciencia pura, mientras Grant se felicita por la ayuda que siempre le ha prestado para hacerlo. Los responsables de la FCD apoyan los costosos programas de Grant sobre los pinzones, pero afirman a Key que la estación «no tiene dinero» para trabajar en materia de ratas, que sin embargo causan destrozos en la fauna insular y muchas preocupaciones a la población.

Key y Grant concuerdan en que la estación hace un buen trabajo de conservación. Es posible suponer que Key lo dice por prudencia pues quiere continuar trabajando en las Galápagos, de «inmenso renombre», o por ignorancia, ya que entonces no conoce gran cosa de las islas. Por su parte Grant, miembro del Consejo Ejecutivo de la FCD desde 1980, antepone la vitrina de la institución en materia de conservación: los programas de cría en cautiverio de tortugas y de iguanas. Pero los dos investigadores difieren notoriamente respecto de un punto: Key piensa que la conservación no será posible sin los habitantes, mientras que Grant se interesa exclusivamente en el estudio de los pájaros.

A través de lo dicho y lo callado en estas conversaciones con científicos en misión que pertenecen a dos generaciones, se adivina la evolución del archipiélago en estos últimos veinte años. Ahora se trabaja, aunque tímidamente, sobre las ratas introducidas y ya no sólo sobre los pinzones que lo hicieron célebre: es, en sí, una diferencia fundamental para estos naturalistas, que determina su visión de las Galápagos. Key se lamenta ciertamente de que las islas estén pobladas, pero lo acepta, tanto más cuanto que ello justifica su presencia científica en las Galápagos, pues las ratas han sido introducidas por los hombres: para ella el futuro del archipiélago depende de sus habitantes. Grant, por su parte, no menciona a la población, ya que no la ve: pasa dos o tres días encerrado en la estación para poner a punto su logística antes de permanecer uno o dos meses en las islas y luego embarcarse directamente en Baltra en el avión de regreso a Princeton.

Ahora bien, los científicos que, como Key, trabajan sobre los animales introducidos o, más ampliamente, sobre un tema ligado a la conservación de las Galá-

Figura 1
Origen de los científicos en misión en la Estación Darwin
(1960-1994)



pagos, son extremadamente minoritarios entre los investigadores en misión que utilizan la estación como base: es lo que demuestra el inventario de investigaciones realizadas en el archipiélago desde 1960.

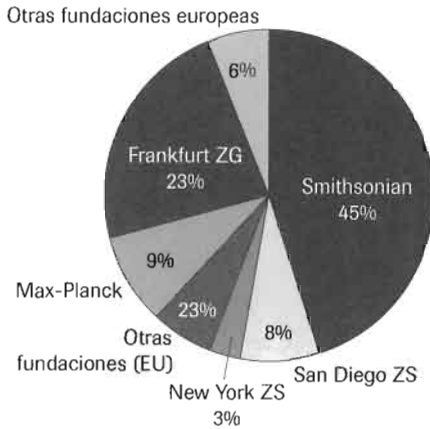
Investigaciones realizadas por científicos en misión

La inmensa mayoría de las investigaciones emprendidas en las Galápagos ha sido asunto de científicos en misión. Censarlos es una preocupación reciente de la FCD. No es sino en 1993 que intentó, por primera vez, establecer un registro, retroactivo, de los científicos en misión⁵².

Como en otros lugares y otros campos científicos, Estados Unidos es el primero, en número de investigadores, en fondos para investigación y en publicaciones; además, los estadounidenses tienen una larga tradición científica en las Galápagos. Pero otras dos razones explican esta hegemonía estadounidense, así como el segundo lugar que ocupan los científicos alemanes (véase la figura 1). Por un lado, las organizaciones estadounidenses y alemanas representan el 94% de las contribuciones de las fundaciones naturalistas al presupuesto de la estación Darwin (véase la figura 2).

52 Tal registro, que presenta muchos vacíos, fue completado con otras fuentes, pero el número de misiones inventariadas aquí (505), si bien muy representativo, es inferior a la realidad: ya en 1979, Corley Smith señala, sin indicar la fuente —pues no existe— que la estación ha acogido a «más de 500 misiones» desde sus inicios.

Figura 2
Financiamiento de la ECCD por parte
de las fundaciones naturalistas (1960-1993)



Fuente: Informe general sobre ingresos de diversas fuentes de financiamiento a la Estación Científica Charles Darwin durante los años 1960 a 1993 (ECCD, 1994)

Ahora bien, estas grandes fundaciones han afinado un sistema en el cual, como contrapartida de las donaciones sustanciales a la FCD, sus miembros están exentos del impuesto (US\$ 18 por día y por persona en 1994) que la institución recaba de todo científico que trabaja en las Galápagos (FCD, 1993: 19). Dado el costo, por lo demás elevado, de la investigación en el archipiélago, este sistema beneficia, por tanto, a los investigadores de las instituciones donantes, que tienen prioridad para utilizar la logística de la estación. Por otro lado, la hegemonía norteamericano-alemana de los investigadores en misión se debe probablemente al hecho de que los directores

de la estación y los presidentes de la FCD han sido exclusivamente alemanes o norteamericanos de 1970-1973 a 1997. Se ha constituido pues una red científica que vincula a instituciones naturalistas y universidades de los países del Norte con las Galápagos, donde la estación Darwin sirve de base logística para realizar trabajos en ciencia fundamental.

La parte mínima dedicada por los científicos en misión a la investigación sobre la conservación del archipiélago es, en efecto, sorprendente (véase la figura 3). Todos los estudios efectuados en ciencias sociales —que en su mayoría versan sobre el turismo, el parque nacional o las políticas de conservación— no representan sino el 3% del total frente a, por ejemplo, un 8% dedicado sólo a los pinzones. Como lo hace notar uno de los pocos investigadores en ciencias sociales que ha trabajado en la estación:

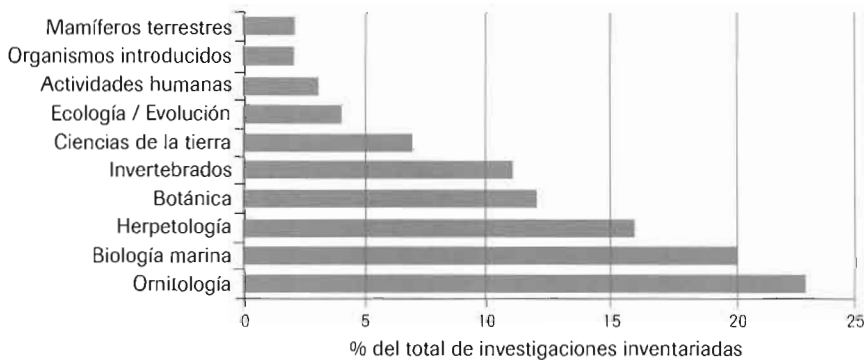
Varios miles de estudios se han publicado sobre las Galápagos y, no obstante, el autor no ha podido encontrar sino diez que tratan sobre las implicaciones sociales y económicas del turismo. Sería ingenuo creer que las islas podrían ser manejadas únicamente a partir de informaciones biológicas y geológicas⁵³.

De las investigaciones naturalistas (97%), las que pueden referirse a temas de conservación son asimismo extremadamente minoritarias: los estudios sobre los

organismos introducidos no representan sino el 2% del conjunto. Finalmente, las investigaciones sobre ecología y evolución, es decir las que suponen una visión global del archipiélago, solo constituyen el 4% del total. Así, el 91% de las investigaciones efectuadas en las Galápagos son especializadas en los campos tradicionales de las ciencias naturales (en el más amplio sentido, incluidas las ciencias de la tierra, la oceanografía y la climatología), y nada o poco se refieren a la conservación de las islas.

En la proporción de los diferentes campos de estudio influye en parte la especialidad de los naturalistas que están a la cabeza de los órganos directivos de la FCD. Eso parece evidente cuando se constata que 5 investigadores totalizan el 16% de las misiones efectuadas a las Galápagos desde el primer año en que uno de ellos comenzó sus trabajos, en 1967. Así, de las 476 misiones inventariadas entre esa fecha y 1994, el ornitólogo P. Grant ha efectuado al menos 23 (5% del total), el herpetólogo H. Snell 16 (3%), el zoólogo F. Trillmich 14 (3%), el ornitólogo T. Anderson 11 (2%) y el biólogo marino P. Glynn 9 (2%). Estos científicos pertenecen, todos, a la dirección de la fundación (FCD, 1994, anexo 19): utilizan así las facilidades que les ofrece su puesto de responsabilidad en el seno de la institución para realizar en el archipiélago investigaciones vinculadas a una carrera científica. La FCD está, no obstante, encargada de la conservación de las Galápagos y reivindica abiertamente y en voz alta esa misión: los miembros de su comité directivo deberían, por tanto, dedicarle tiempo. Ahora bien, para limitarnos a P. Grant, quien ostenta la mayor antigüedad en un puesto de responsabilidad en la FCD, no ha asistido a ninguna de las nueve reuniones del Consejo o de la Asamblea General realizadas entre 1991 y 1994 (FCD, 1994, anexo 19),

Figura 3
Investigaciones de los científicos en misión en la estación de 1960 a



Fuente: véase la figura 1
N = 505

si bien ha llegado todos estos años al archipiélago para continuar con sus investigaciones: ¿tal vez ya no cree en la vocación conservacionista de la institución?

Los principales campos de investigación de los científicos en misión en las Galápagos no solamente se explican porque aves y reptiles son los animales terrestres más representados en el archipiélago. Otros factores entran en juego. El peso de la ornitología (23% del total de las investigaciones) se debe probablemente al hecho de que los científicos de esa especialidad han participado de modo importante en la historia de la FCD desde sus inicios: recordemos que Dillon Ripley, Levêque, Bowman, entre otros, eran ornitólogos. Pero hay otra razón: es más fácil obtener fondos y la aprobación de la FCD si se presenta un programa de estudio sobre los albatros que si se lo hace sobre los caracoles⁵⁴, pues es mejor para la difusión mediática de los trabajos de la estación, lo que se verifica en los documentales televisados sobre las Galápagos. La importancia de las investigaciones en herpetología (16%) debe vincularse al hecho de que el presidente de la FCD, entre 1984 y 1997, pertenece a esta disciplina, al igual que uno de sus vicepresidentes. Pero, y sobre todo, los programas de conservación de las tortugas y las iguanas terrestres son centrales en la estrategia de promoción adoptada por la institución (véase el capítulo VIII).

La biología marina representa una quinta parte de las misiones científicas realizadas en las Galápagos: esta disciplina es un desafío porque el mar es utilizado también por los pescadores y las empresas de turismo. No obstante, el tipo de investigaciones efectuadas por los científicos en misión no le son de ayuda a la FCD. En 1992 por ejemplo, cuando la fundación fue conminada por el gobierno ecuatoriano a presentar un estudio sobre los pepinos de mar a fin de fundamentar sobre bases científicas su oposición a la explotación de ese recurso, no pudo encontrar uno solo en la biblioteca de la estación y no disponía entonces de ningún biólogo marino. La UICN tuvo que acudir en su ayuda, enviando desde la isla de Guam, en 1993, un equipo de biólogos marinos para realizarlo. En compensación, las aguas de las Galápagos son el dominio indiscutible, al menos para los conservacionistas de la FCD, de las investigaciones en biotecnología financiadas por poderosas empresas de los países del Norte: así, un estudio efectuado en 1987 asociaba a una organización científica privada y a una compañía farmacéutica, ambas estadounidenses (Pomponi y Van Hoek, 1987).

«Naturalizando» a las Galápagos según su concepción de la conservación, con la instalación de una base de investigación permanente, las numerosas expediciones científicas y la difusión internacional de una imagen idílica de las islas a fin

de estimular las donaciones para la estación, los naturalistas del Norte han impulsado nuevamente su explotación económica. El acuerdo celebrado entre la FCD y el Estado ecuatoriano a cambio de una presencia permanente de esos naturalistas en las Galápagos estipulaba, en efecto, que la conservación del archipiélago debía contribuir a su desarrollo: ahora bien, este pasa por el turismo.

El enlace con el mundo

Capítulo IV

El dominio del turismo de redes en las Galápagos

La implantación del turismo de redes

El turismo de redes

El turismo es indisoluble de las redes de transporte y de comunicaciones. Se pueden distinguir dos políticas turísticas en función de la importancia que atribuyen a tales redes y por tanto del tipo de empresas a las que favorecen, reflejándose las prácticas de estas últimas en diversos impactos en la región receptora.

La política del «turismo de redes» está basada en una rápida canalización y una breve detención de los flujos de viajeros: se trata de un itinerario organizado y tarifado por agencias de viajes, compañías aéreas y operadores turísticos, por cuyas redes, que se extienden por todo el mundo, circulan los clientes (Cazes, 1992a, 1992b; Wackermann, 1994; Porter, 1995). La rentabilidad del turismo de redes se apoya, por una parte, en el incremento de los flujos turísticos y la aceleración de su rotación gracias a la utilización de eficientes medios de transporte y, por otra, en la transformación de los lugares visitados en productos de consumo gracias a la fabricación de su imagen por parte de los medios de comunicación¹.

La política del «turismo territorial» apunta en cambio a reducir, una vez que los viajeros han llegado a su destino, la importancia de las redes turísticas no controladas por los actores locales, de modo que los beneficios extraídos de la estada de tales visitantes favorezcan al máximo a quienes los acogen. Si esta condición se acompaña de una perturbación mínima del medio receptor, este tipo de turismo puede asimilarse al ecoturismo, es decir a

1 La expresión «turismo de redes» se emplea en un artículo de *marketing* turístico (Chazaud, 1993), en el que expresa la búsqueda de una rentabilidad máxima por parte de los empresarios más dinámicos del sector.

un viaje responsable frente a la naturaleza que apoya los esfuerzos para la conservación y el desarrollo sustentable².

El Estado ecuatoriano, los expertos en turismo y/o conservación y las empresas turísticas proclaman que las Galápagos son un destino emblemático del ecoturismo, a tal punto que se toma el aumento del número de entradas al PNG como un ejemplo del crecimiento mundial de ese mercado (Boo, 1990; Blangy, 1993b; Wallace, 1993). Ahora bien, desde los años 1960, cuando nace la preocupación de organizar el turismo en las Galápagos, siempre se ha privilegiado la política del turismo de redes.

Un turismo organizado por la empresa privada

En 1966 el gobierno ecuatoriano encarga la elaboración de un informe sobre el «desarrollo del potencial turístico en las Galápagos» a algunos naturalistas, entre los que se encuentra D. Snow, antiguo director de la ECCD. Estos se muestran sumamente optimistas:

Su fauna y su flora, sus impresionantes paisajes así como su extraña historia confieren al archipiélago un potencial turístico casi ilimitado que, si es explotado adecuadamente en el marco de un parque nacional, podría convertir a las islas en uno de los recursos económicos más importantes del país y proporcionaría a sus habitantes un modo alternativo de obtener ingresos³.

Después de constatar el entusiasmo de los naturalistas, el Estado encomienda el año siguiente otro estudio cuyos responsables son esta vez expertos en *marketing* de la empresa de consultoría estadounidense Arthur D. Little Inc. Es una elección pertinente e innovadora puesto que esa firma es considerada una pionera en el modo de funcionamiento de las empresas en red (Pache y Paraponaris, 1993). Al definir la organización del turismo de redes aún vigente en las islas, este documento es esencial para comprender las Galápagos de hoy en día.

Sus autores subrayan de entrada la ventaja comparativa de las Galápagos en el mercado turístico del subcontinente:

Creemos que las Galápagos podrían convertirse en la principal atracción turística de Ecuador. Las Galápagos son únicas. Ningún otro país de Sudamérica tiene una zona turística directamente comparable. Las Galápagos podrían ser a Ecuador lo que Machu-Pichu es a Perú⁴.

2 Boo, 1992.

3 Grimwood y Snow, 1966: 7.

4 Jennings y otros, 1967: 1.

Para estos expertos lo importante es rentabilizar, en el campo turístico, la rareza que confiere a las Galápagos su singularidad ecológica. Al hacerlo, provocan un proceso que no puede sino reducir esa singularidad, pues los fines y los medios económicos de su explotación sí son universales: el papel de estos expertos es hacer de las islas un producto mercantil capaz de competir con otros destinos.

Así, Jennings y sus colegas recomiendan ofrecer cruceros de tres o cuatro días en Galápagos, lo que facilitaría su inserción en un tour de siete u ocho escalas en Sudamérica y, sobre todo, garantizaría su rentabilidad:

Si todas las excursiones se previeran para una duración de 3 ó 4 días, aumentaría la rentabilidad puesto que se obtienen más ingresos si se vende el mismo camarote para un recorrido de 3 días y luego para una excursión de 4, que si se lo vende únicamente de una sola vez para un periodo de 7 días⁵.

Esta rápida rotación de la clientela, que determina el aumento tendencial del número de visitantes del PNG y aquel, concomitante, de las utilidades, es hoy en día la norma del turismo en el archipiélago.

La clientela a la que apunta este informe es estadounidense y es preciso darle prestaciones acordes con sus costumbres:

Es muy importante que el barco de excursión sea bueno, limpio y cómodo. Debe de estar enteramente equipado con aire acondicionado pues el turista estadounidense está acostumbrado a los hoteles, autobuses, aviones y barcos con aire acondicionado⁶.

Esta exigencia de aire acondicionado es una concepción del viaje como en una burbuja y una representación del mundo como un artificio: el turista, cuando recorre la Tierra, debe respirar en todas partes el mismo aire. Sin embargo, ella implica también que las agencias tengan los medios de satisfacerla; es por ello que el informe Jennings aconseja confiar la organización de los cruceros en las Galápagos a la mayor empresa turística ecuatoriana:

Las grandes agencias de viajes estadounidenses tienen dudas y una cierta desconfianza en cuanto a los operadores turísticos de Sudamérica [...] Queremos insistir en el hecho de que tales reservas no se aplican al caso de Metropolitan Touring [...] Recomendamos entonces insistentemente que se encarguen a Metropolitan Touring todas las negociaciones con las grandes empresas estadounidenses de turismo interesadas en las Galápagos⁷.

5 *op. cit.*: 14.

6 *ídem*.

7 *op. cit.*: 20.

Por esta razón, Metropolitan Touring (MT) fue la primera empresa que organizó cruceros regulares en las Galápagos y hoy en día aún domina el turismo en el archipiélago. Fue escogida también porque contaba con el apoyo interesado de la Fundación Charles Darwin (FCD) que espera sacar provecho de la utilización sistemática de los medios de comunicación preconizada por el mencionado informe para dar a conocer las Galápagos en el mundo. La publicidad y los visitantes que MT llevará al archipiélago aportarán fondos a la FCD: así, el financiamiento de la conservación por parte del turismo⁸, uno de los objetivos del ecoturismo, se implanta en las Galápagos mucho antes de su invento oficial en los años 1980.

El informe Jennings es aplicado a la letra: ya en 1968, MT adquiere un buque que embarca a sus pasajeros en Guayaquil pero es una pérdida de tiempo demasiado grande para turistas apresurados y, en 1970, la empresa alquila un avión militar para transportar a sus pasajeros a las Galápagos. Inaugura así el turismo de redes en el archipiélago: es a la vez agencia de viajes y operador turístico, y combina transporte aéreo con cruceros.

Ahora bien, ya en 1970, en el propio boletín de la FCD, un científico clarividente denuncia las consecuencias de la alianza entre el turismo de redes y los conservacionistas:

Desde hace un año, decenas de anuncios, cada cual más atractivo que otro, llenan las revistas invitando al turista a visitar el último paraíso de los animales, perdido en pleno océano Pacífico [...] Habiéndose hecho demasiada publicidad en favor de las Galápagos, los aprovechadores del indiscutible repunte del interés por la naturaleza no han perdido su tiempo. Hoy en día, la conservación de la naturaleza y la promoción turística son al parecer indisolubles. Una y otra dependen a veces de las mismas organizaciones; cabe incluso preguntarse si la protección de la naturaleza no se ha convertido en el instrumento del más formidable negocio turístico de todos los tiempos [...] Tal como está organizado, el turismo ignora a los aproximadamente 2.800 habitantes que en nada participan de las enormes ganancias de esta nueva forma de explotación de las islas Galápagos. Tenemos derecho a temer seriamente que la población residente pierda el interés por la protección de la fauna, de la que no saca ventaja alguna. La actividad futura de la Estación podría verse considerablemente obstaculizada⁹.

8 El vínculo a establecerse entre turismo y conservación es reivindicado en un boletín de la FCD de la época: «Se ha comprobado que a cambio del privilegio de visitar islas como las Galápagos, los turistas están totalmente dispuestos a entregar dinero a las estaciones de investigación [...]. Son las ventajas prácticas y positivas derivadas del turismo [...]. Si se pide al público dar dinero a una reserva natural, es una obligación moral ofrecerle facilidades de acceso razonables. Esto beneficia a la causa de la conservación» (Mountfort, 1970: 12).

9 Schauenber, 1970: 8-9.

Sin embargo, nadie presta atención entonces a esta advertencia: es la era del desarrollo turístico desenfrenado y se debe primeramente tratar de organizar las visitas al Parque Nacional. Como el SNPG, recientemente creado, no tiene medio alguno de acción, esta tarea es confiada a MT que escogió, con la ayuda de la estación, los sitios de visita. En esa selección se privilegian tres imperativos, más comerciales que ecológicos: rapidez, comodidad y carácter espectacular de la visita.

La rapidez de la visita obedece por su parte a dos objetivos: por un lado, permitir ganar tiempo durante el crucero de manera que se pueda hacer escala en la mayor cantidad posible de sitios o de islas en un tiempo limitado, lo que correspondería al deseo de los turistas y, por otro, evitar la aglomeración que se produce cuando varios grupos de visitantes se encuentran en un mismo lugar. Los sitios deben ser por tanto cercanos a las costas y poco extensos, lo cual no es un problema puesto que en el piso litoral se encuentran las mayores concentraciones animales y las más fotogénicas de ellas: las colonias de aves marinas, de lobos marinos y de iguanas marinas. El único animal emblemático que no es accesible ni visible fácilmente en su hábitat natural es la tortuga gigante que no puede ser divisada sino durante excursiones, relativamente penosas y muy poco practicadas, al volcán Alcedo o a la parte alta de Santa Cruz; además, y contrariamente a los animales del piso litoral, las tortugas son móviles y están dispersas en grandes áreas. Pero estas desventajas para el visitante apresurado se superan mediante la exposición de las tortugas en los corrales de la Estación Darwin que se convierte así en un lugar de visita ineludible. La comodidad del recorrido en el sitio implica que sea corto y sin grandes desniveles: esto permite ganar tiempo a la vez que se adapta a la clientela a la que se apunta, pues

cuando se acondicionen los sitios de visita, habrá que recordar que la mayoría de turistas que visitarán las Galápagos serán personas mayores de 50 años¹⁰.

Una vez escogidos los sitios de visita, el PNG está listo para acoger a sus visitantes, pero para ello hay que atraerlos a las Galápagos: la comunicación es pues esencial.

La fabricación de un mito turístico

Ya en la primera mitad del siglo XX, pasar vacaciones en una isla representa un ideal para muchas personas deseosas de alejarse momentáneamente de las perturbaciones que trae la modernidad (Corbin, 1988). Desde entonces, la atracción por las islas no ha dejado de crecer pues para el visitante la sensación de retiro

10 Jennings y otros, 1976: 17.

del mundo resultante de una estadía insular le permite tanto un descanso meditativo como la experimentación de placeres inéditos o de ideas nuevas. Son esas representaciones las utilizadas por muchos comerciantes, y no se trata solo de vacaciones exóticas: la insularidad es una poderosa atracción comercial. La isla «desierta» es un argumento aún mejor para los promotores del turismo: el «primer hombre» como eco del «origen del mundo». Estar en una isla que se presenta como deshabitada significa para el turista ser a la vez Adán y Robinson Crusoe: el primer hombre, todavía en el paraíso, y aquel que huyó, en este caso voluntariamente, de la civilización. En las Galápagos, es esta representación de islas sin habitantes y sede de una naturaleza todavía virgen lo que difunden las empresas turísticas.

Las palabras del turismo

Las utilizadas a propósito de las Galápagos en 18 documentos cuya heterogeneidad garantiza un amplio espectro de representaciones, son las palabras del turismo, pues incluso si su propósito no es siempre vender explícitamente un destino de vacaciones, participan en la creación de una representación comercial del espacio descrito (véase la figura 4).

Según ellas, las Galápagos serían una abreviación de la Génesis: el nacimiento de islas oceánicas remite a la Creación, los animales que no temen al hombre evocan el Paraíso y Darwin representa el Conocimiento.

Las Galápagos son las islas de un renombrado sabio: «Darwin» encabeza el palmarés, pues lo que se perpetúa en esos textos es el mito de su descubrimiento de

Figura 4
Los términos del turismo



Fuentes: *Today* (9/5/1994); *Sunday Telegraph* (1/5/1995); *El Universo* (15/2/1995); *Le Monde* (3/6/1995); *National Geographic* Vol. 154, Nº 3 (1978); *Oceanograma* Nº 21 (1993); folleto Kleintours (1992); folleto Paquet/Mermoz (1994); folleto Cunard/Vistafjord (1994); folleto Metropolitan Touring (1995); folleto Quasar Náutica (1996); ZUBER (1975); *Guía Découverte du Monde* (1986); Constant (1989); Humann (1994); Rachowiecki (1989); Jackson (1993); Salwen (1990); documental *Animalia*, France 2 (1993).

la evolución en estas islas. La «ciencia» también se cita frecuentemente: los científicos son una atracción de las islas pues el público puede acercarse a ellos en especial en la «Estación Darwin». En cuanto a la «evolución», los numerosos textos que la mencionan la explican de manera más o menos profundizada: es el pretexto cultural del viaje a las Galápagos. Contrariamente a los escritos científicos sobre el archipiélago, el término «laboratorio» no tiene mayor éxito en este caso: ciertamente nadie querría pasar sus vacaciones en un laboratorio y este término recuerda demasiado la civilización técnico-industrial que se pretende evadir.

Es la rareza de la fauna lo que cristaliza los términos relacionados con la «prehistoria»; las tortugas gigantes son «fósiles vivientes», testigos de la «edad de los reptiles»; en cuanto a las iguanas, son descritas como «horrendas» o «monstruosas»: el turista puede estremecerse, viajará efectivamente a islas que están «fuera del tiempo», y es la «furia de la tierra» la que llama a las comparaciones con la «Génesis»: el recuerdo del nacimiento de estas islas volcánicas originalmente vírgenes de plantas y de animales permite discurrir sobre los inicios del mundo. Pero sería incongruente hablar demasiado de «Creación» mientras por otro lado se ensalza a Darwin: las palabras del turismo han optado por privilegiar más la ciencia que la religión, y por tanto «prehistoria» es empleado dos veces más que «Génesis».

«Paraíso» no es muy utilizado pues su versión terrestre está más bien reservada a las islas cuyo arquetipo es, desde el siglo XVIII, Polinesia, y animales repulsivos, incluso si son simpáticos, no podrían reemplazar a las «*vahinés*» (mujeres de Tahiti)... Las empresas de turismo, que venden tanto Bora-Bora como las Galápagos, saben distinguir las cosas y escoger sus calificativos. El «santuario» es la forma moderna, secularizada y científica del «Edén»: es allí donde se conservan, gracias a la estación Darwin, los restos del «paraíso perdido» (Salwen, 1990). Pero este término tampoco tiene mucho éxito: implica límites infranqueables, lo cual excluye un tanto al turista. Finalmente, el adjetivo «único», muy utilizado, sirve de síntesis: en la era del turismo de masas, da la impresión al visitante de que es un privilegiado, puesto que va a un lugar extraordinario, lejos de los «lugares comunes». Los guías naturalistas que acompañan a los turistas durante su crucero en el parque nacional son uno de los vectores de esas representaciones prefabricadas.

Los guías, ¿profesores de naturaleza?

Casi siempre los pasajeros de un mismo crucero provienen de varias agencias de viajes, son originarios de diversos países y hablan idiomas diferentes. Así, esos turistas tienen no solamente variadas motivaciones para visitar las Galápagos sino

también actitudes culturales y comportamientos sociales muy diversos. Ahora bien, se supone que, en algunos días, todos aprenden a respetar la naturaleza que descubren y presumiblemente se convierten en embajadores de su conservación: es el objetivo declarado del turismo «educativo», todos los planes de manejo lo proclaman como una prioridad en las Galápagos y los guías naturalistas serían su pieza maestra.

En efecto, para visitar el PNG es obligatorio estar acompañado por un guía que tiene una doble función oficial: ser un «profesor de naturaleza», según la expresión de uno de sus instructores, y asumir en parte la tarea de vigilancia del parque. Aunque estas funciones fueron definidas tardíamente (por decreto ejecutivo N° 1529 de febrero de 1983), en las Galápagos se emplearon guías desde el inicio del turismo de redes, al cual ellos están íntimamente ligados. Fue el informe Jennings el que preconizó el empleo de guías para visitar el parque nacional:

Recomendamos contratar como guías a personas que hayan obtenido recientemente títulos en zoología, botánica, biología, etc. Ellos podrían ser contratados con un salario relativamente modesto, del orden de los 2.000 dólares anuales, además del alojamiento y la alimentación y 6 semanas de vacaciones por año. Este tipo de contrato atraería a personas jóvenes, enérgicas y con espíritu aventurero, sobre todo si los puestos disponibles son difundidos a través de canales como los avisos del *Times* de Londres¹¹.

Este modo de contratación, utilizado aún por MT, ha sido retomado por otras grandes empresas continentales de turismo: presenta la ventaja de no dar lugar ni a reivindicaciones salariales ni a obligaciones patronales y la seguridad de disponer de personal calificado, mal pagado y renovable cada año. Entre estos primeros guías extranjeros contratados por MT, algunos han tenido descendencia en las Galápagos, donde son considerados aún como los mejores conocedores del archipiélago: ayudaron a la empresa a seleccionar los sitios de visita y se han formado en su puesto de trabajo, a menudo gracias al contacto con sus pasajeros entre los cuales había, en esa época, muchos naturalistas aficionados o profesionales (Kaysin, 1994). Por iniciativa de MT se encargaron también de instruir a los nuevos guías, antes de que el PNG y la Estación Darwin tomen el relevo, en 1975, a través de un curso de capacitación.

Este curso dura un mes: «viejos guías», científicos de la estación, funcionarios del SPNG y profesionales del turismo imparten una enseñanza común sobre los servicios turísticos que se esperan de los guías y, según su categoría (II o III, siendo los segundos de nivel universitario), estos asisten a cursos más o menos avanzados sobre la ecología de las Galápagos. Al término de esta formación, los apren-

dices pasan un examen pero en realidad los contratados por las grandes empresas de turismo de redes han sido preseleccionados en Europa, donde oficia el «caza-talentos» de MT: como representan una inversión para esas empresas que han pagado el pasaje de avión hasta las Galápagos, esos guías son contratados incluso antes de haber puesto los pies en el archipiélago y para ellos el examen no es sino una formalidad.

En proporción, el número de guías ha aumentado más rápidamente que el de los puestos a bordo de la flota turística: en 1975, en la ECCD estaban registrados 17 guías (es decir uno por 16 puestos teóricos, si todas las embarcaciones estuvieran llenas); en 1983 eran 49 (es decir uno por 15 puestos teóricos) y en 1994, 146 (es decir uno por 8 puestos teóricos): así, la profesión padece de un subempleo crónico del que se aprovechan las empresas que apuestan a la competencia para reducir vacaciones y salarios. La situación de los guías se ha agravado sobre todo desde 1983, cuando se autorizó a los ecuatorianos del continente a ejercer esa profesión, lo que ha acarreado tensiones recurrentes en el seno de la corporación. Para tratar de protegerla, el SNPG no renueva la licencia de los guías sino cuando prueban haber trabajado al menos 200 días durante el año transcurrido, de modo que se eliminan aquellos que ya no residen en las Galápagos sino que van para hacer de guías algunos meses por año (práctica que se desarrolló en los años 1980 con el mejoramiento del servicio de transporte aéreo hacia el archipiélago). Sin embargo, esta medida afecta particularmente a los guías galapagueños, en sí poco numerosos, pues la mayoría de ellos son empleados por armadores insulares a los que ha golpeado de frente la política del «turismo selectivo» y les es por tanto más difícil completar los días de trabajo requeridos.

Una encuesta realizada a 35 candidatos para el oficio de guía en 1993 permite descubrir algunas de sus características¹². La inmensa mayoría es joven, incluso muy joven —31 tienen menos de 35 años, de los cuales 7 tienen menos de 20 años—: se respeta el esquema de contratación preconizado por el informe Jennings. El origen geográfico de los candidatos y su fecha de llegada a las Galápagos son reveladores del sistema turístico implantado en el archipiélago. De los 35 alumnos guías, 23 vienen del Ecuador continental, 8 de Europa y solamente 4 son originarios de las islas...: ahora bien, mientras los jóvenes galapagueños, *a priori* mejores conocedores del archipiélago, no tienen la formación adecuada para ser guías, el 40% de los candidatos no han llegado a las Galápagos sino al momento del curso, es decir solo algunas semanas antes que los primeros turistas que deberán guiar. Finalmente, solo la mitad de los candidatos tiene un nivel universitario y de ellos apenas un tercio ha seguido estudios de ciencias naturales: los consejos del informe Jennings no han sido seguidos por las empresas

12 Una exposición completa de los resultados de la encuesta aparece en Grenier (1996).

turísticas, para las cuales una formación universitaria en biología es menos importante que la aptitud para «manejar» pasajeros, a menos que eso refleje la modificación de la demanda con visitantes menos interesados en las explicaciones naturalistas.

Entre los operadores turísticos, muchos son los que se quejan de que «el nivel de los guías baja» a medida que su número crece. Algunos llegan incluso a acusarlos de estar entre los responsables del deterioro ecológico de las islas, pues no asumirían correctamente sus funciones; son en general los mismos que afirman que los guías son «la clave de la conservación» de las Galápagos. Ellos no merecen ni tales reproches ni tal responsabilidad: muchos asumen de la mejor manera posible su función de «educadores» y manifiestan una combatividad innegable en pro de la conservación de las Galápagos. Sin embargo, se trata también y ante todo de asalariados del turismo y, en tal calidad, participan en la creciente apertura de las Galápagos al mundo y en lo que ello acarrea como consecuencias.

Es entonces hipócrita colocar sobre los hombros de los guías la defensa de la integridad ecológica de las islas encargándoles al mismo tiempo la acogida de clientes cada vez más numerosos.

Nuestro guía regulaba prudentemente nuestro paso a lo largo del estrecho sendero de modo que no nos mezcláramos con los grupos que venían delante o detrás de nosotros¹³:

muchos guías se declaran decepcionados por pasar actualmente más tiempo regulando la circulación de los turistas en los sitios de visita que haciéndoles descubrir la naturaleza y sensibilizándolos a su conservación. Así, la evolución de los guías no hace sino reflejar la del turismo en el archipiélago: a visitantes cada vez más numerosos y bastante poco interesados en comprender lo que ven, corresponden guías para quienes su papel de «líder» de un grupo de pasajeros es el principal motivo de satisfacción de su trabajo (Ortuño, 1994).

De hecho, la principal función del guía parece ser la que indica uno de ellos que trabaja en la Antártida:

El guía naturalista, verdadero escenógrafo de la naturaleza, es entonces el punto clave del producto. Este tipo de producto merece ser estudiado y desarrollado y el oficio de guía reconocido por lo que representa de esencial en la valorización del producto¹⁴.

13 *The Observer*, 12-12-1992.

14 Thomas, 1993: 188.

Esto resume perfectamente en qué consiste el verdadero papel de los guías: en calidad de empleados de las empresas de turismo, sirven esencialmente para aumentar el valor comercial de esos espacios silvestres vendidos como otros tantos «productos». Y tal valorización pasa por la puesta en escena del sitio natural, siendo ese «entusiasmo por un entorno transformado en espectáculo», según Corbin (1988), «una de las motivaciones profundas del viaje turístico». La naturaleza se vende entonces como una imagen: en las Galápagos, algunos guías, antiguos o nuevos, se cuentan entre los principales productores de tarjetas postales, calendarios, guías turísticas y libros de fotografías de las islas.

Una naturaleza consumida como imagen

Buena parte de la reputación turística de las Galápagos, que el imaginario colectivo de una civilización dominada por los medios de comunicación sitúa en alguna parte entre los documentales de Cousteau y «Jurassic Park» (según el *Sunday Telegraph* [1-5-1994] que las califica también de «islas de televisión»), viene del hecho de que se las cree deshabitadas. Ahora bien, esta representación fabricada por los actores del turismo de redes, tiene una importancia mayor en la elaboración mercantil del «producto» pues refuerza la ignorancia de la realidad, en la que se complacen los amantes de mitos, en este caso los visitantes de las Galápagos. Es importante entonces que esos clientes del turismo de redes no sepan que estas islas no solamente están habitadas, sino que su población aumenta rápidamente, que son recorridas por decenas de miles de turistas y que el parque nacional no es vigilado. En efecto, la ignorancia es aquí la condición de la perpetuación de un mito que hace vender, se deriva de un imperativo comercial que acalla las realidades que no corresponden a la imagen del «producto» ofrecido dejándolas fuera de marco.

La televisión es uno de los principales fabricantes de naturaleza «intacta» y las empresas de turismo de redes se sirven hábilmente de ella como de una publicidad gratuita: es al menos lo que me permitió constatar una experiencia como consultor para la televisión francesa (Canal+) en las Galápagos en marzo de 1996, durante la preparación de una emisión difundida en 1997 con el título «Los Robinsons de las Galápagos». Este filme muestra planos de la familia De Roy (los «Robinsons») navegando en su velero, alternados con espectaculares tomas aéreas de islas desiertas: estas imágenes consolidan el mito de las Galápagos «fuera del tiempo» del que se alimentan las empresas turísticas que las venden. Los periodistas obtuvieron la autorización del SPNG y de la ECCD para recorrer el archipiélago a su guisa, oportunidad negada a muchos investigadores, y MT les alquiló dos barcos a mitad de precio: a cambio de estos favores, Canal+ pondría en escena a sus socios difundiendo esas imágenes a televidentes europeos que son otros tantos potenciales turistas y donadores de la FCD.

Al tiempo que declaran, en el lugar, ser sensibles a los desafíos que se plantean a la conservación de las Galápagos, los periodistas de Canal+ apenas harán alusión a ello en la televisión. La razón de tal pudor es proporcionada por otro periodista, considerado en el medio como el «papa» del documental sobre animales y en ese entonces contratado por tres canales de televisión anglosajones para realizar un documental sobre las iguanas durante una estadía de 22 meses en las Galápagos:

En un documental sobre animales los televidentes no quieren ver problemas, de lo contrario cambian de canal¹⁵.

Así, la televisión filma a gran costo unas Galápagos presentadas como intactas al tiempo que, por razones comerciales, se niega a transmitir buena parte de la realidad.

Este «poner a distancia el espacio» (Viard, 1984) que conduce a trivializar lo real reducido a su sola dimensión visual (Debord, 1987; Virilio, 1996) es parte constitutiva tanto del turismo como de la televisión. La reducción del espacio terrestre debido a la malla planetaria de las redes de transporte y de comunicaciones hace ubicuos al turismo de redes y a la televisión. La consecuencia de ello es la



Esta iguana terrestre (*Conolophus palidus*), endémica de Santa Fe, ilustra una de las atracciones del turismo en las Galápagos. Los animales de esta isla no temen a los fotógrafos.

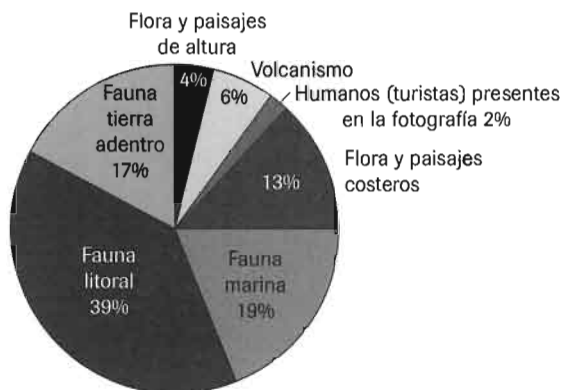
abolición de la diversidad terrestre con el pretexto de hacerla descubrir; en efecto, basados en la rapidez de los desplazamientos, turismo de redes y televisión no permiten sino un breve consumo visual de los lugares recorridos que terminan por reducirse a productos intercambiables cuyo valor se mide en términos de audiencia, de repercusiones publicitarias o de frecuentación turística.

Un eslogan lanzado por las empresas turísticas y retomado por el SPNG pretende que «en las Galápagos, no se deja sino las huellas de los pasos y no se toma sino fotografías». Esta frase, que suena tan falsa en tiempos de descargas ilegales de desechos y de razia de pepinos de mar en el archipiélago, participa del mito que apunta a hacer creer que las islas son inmaculadas y no existen sino para ser fotografiadas por los turistas. En las Galápagos es excepcional ver turistas desprovistos de cámara fotográfica o de vídeo-grabadora; este fenómeno se explica ciertamente por la facilidad con la que es posible acercarse a una fauna poco feroz, aunque también por el deseo de poder mirar nuevamente, una vez de regreso a casa y tomándose su tiempo, lo que se pudo apenas divisar durante una rápida visita. En efecto, mirar nuevamente fotografías o películas es poder consumir indefinidamente y por tanto amortizar imágenes de naturaleza doblemente pagadas, por la adquisición de un aparato para «captar tomas» y por la estadía en las Galápagos.

La estrecha relación entre el consumo visual de naturaleza y el turismo de redes se debe a la brevedad de las estadías: así, en las Galápagos, el tiempo de pausa –la duración de la estadía– es reducido en favor de un turismo de instantánea fotográfica, pues mientras mayor es la cantidad de visitas rápidas mayor es la posibilidad de aumentar el número de clientes, como lo indicaba el informe Jennings. Por la puesta en escena de una naturaleza casi siempre reducida a «retratos» de animales (De Roy y Jones, 1992), la mayoría de libros sobre las Galápagos destinados al público son entonces la piedra angular de la representación turística de islas a consumirse rápida y exclusivamente mediante la vista. Así, la fabricación de tales representaciones puede demostrarse analizando las fotografías de algunos de los libros más vendidos (véase la figura 5).

En el conjunto de estas fotografías se identifican tres separaciones características de las representaciones de las Galápagos, fabricadas por el turismo. La primera es la establecida entre los humanos y la naturaleza: las raras fotografías en que se ven los primeros, siempre turistas, harían creer que las Galápagos están deshabitadas y ello tanto más cuanto que esas obras no muestran paisajes más o menos antropizados. La intención es evidente: los habitantes de las islas y los lugares donde viven nunca son fotografiados pues romperían la imagen idílica de un «paraíso de los animales» (Zuber, 1975), virgen de presencia humana...

Figura 5
Las imágenes del turismo



Fuentes: Humann (1994); Constant (1989); Salwen (1990); Jackson (1993); De Roy y Jones (1992); N = 800 fotografías inventariadas

La segunda separación entre las imágenes de naturaleza es de orden espacial: en su inmensa mayoría, las fotos tienen como objeto la fauna, la flora y los paisajes marinos y litorales del archipiélago, lo que no se debe solamente a su excepcional riqueza natural. Además de estar acorde con el «talasotropismo» fundador del turismo (Corbin, 1988), esta concentración en el mar y las playas se debe a que los fotógrafos han privilegiado los temas capaces de ser observados por los turistas durante su cruce¹⁶. Ahora bien, como se visita el PNG en barco y el 88% de sus sitios turísticos (sin contar los reservados para el buceo) son litorales, es conveniente, para esos profesionales deseosos de vender sus fotografías, tomar imágenes de los lugares y animales «ya vistos» por el público, antes (en esos libros) o después (en sus propias fotografías o filmes) de sus vacaciones en las Galápagos.

En efecto, la atracción de los turistas por ciertos sitios provendría del hecho de que los han visto reproducidos a menudo: las fotografías atraen a quienes quieren «volver a ver», en la realidad esta vez, lo que ya han visto previamente bajo la forma de imágenes (Viard, 1984). Así, estas fotografías profesionales tienen una función de anillo de retroacción en el sistema turístico: los sitios más frecuentados son favorecidos por fotógrafos casi siempre vinculados a las grandes

16 El hecho de que las tomas submarinas –90% de las fotografías de la fauna marina– sean más numerosas que las del interior subraya por cierto la creciente importancia del turismo de buceo en las Galápagos.

empresas de turismo, lo que alimenta constantemente en los nuevos turistas el deseo de visitarlos y conduce a su sobrecarga (capítulo V)¹⁷.

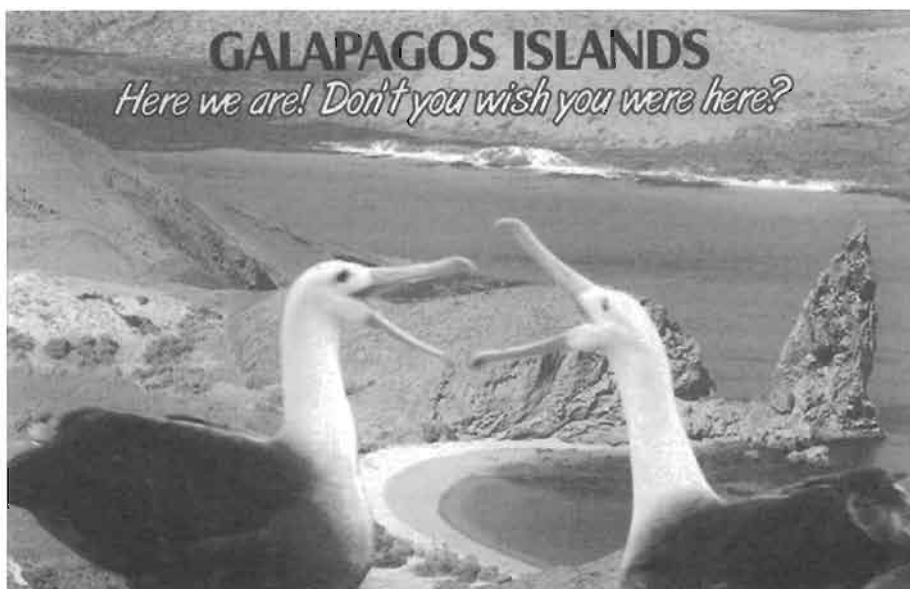
Esta relación entre fotografías y frecuentación turística es manifiesta cuando se constata que el 87% de las imágenes localizadas por sus autores (58% del total) han sido tomadas en sitios de visita costeros (lo que corresponde a la proporción de estos últimos en el PNG) y, en el caso del 80 % de ellos, en 15 lugares solamente: entre estos últimos, 10 son los sitios de visita más frecuentados del parque. Representando el 3% del conjunto de fotografías localizadas, la estación Darwin sale bien parada, mientras que el SPNG no figura en ninguna imagen. La FCD sabe que es fundamental aparecer en el campo del objetivo de los profesionales de la imagen de las Galápagos: se trata de una función esencial de sus corrales de tortugas (véase el capítulo VIII), que permiten consolidar un reconocimiento internacional que se traduce en donaciones.

El símbolo de la «mercantilización» de las Galápagos a través de la imagen es un fotomontaje realizado con fines promocionales por el Ministerio ecuatoriano de Turismo: en él se ven albatros en la isla de Bartolomé. Ahora bien, los albatros no son visibles en el archipiélago sino en Española, pero como esta vista de Bartolomé es la más conocida de las Galápagos y esas aves son consideradas también como uno de las principales atracciones turísticas de las islas, colocar una pareja de albatros en el primer plano de la célebre bahía con «Pináculo» permite «matar dos pájaros de un tiro»... Un procedimiento de este tipo ilustra crudamente una característica del turismo de redes: la negación de los lugares por su carácter intercambiable.

Según estas obras, lo más atractivo de las islas es la fauna: se realiza así la tercera separación entre las fotografías de animales (75% de las fotografías inventariadas) y las otras tomas. En las Galápagos hoy en día son ante todo los animales los que hacen vender los productos turísticos: vacaciones en el archipiélago¹⁸ por supuesto, pero también libros, vídeos, camisetas, etc. La FCD y luego el SPNG

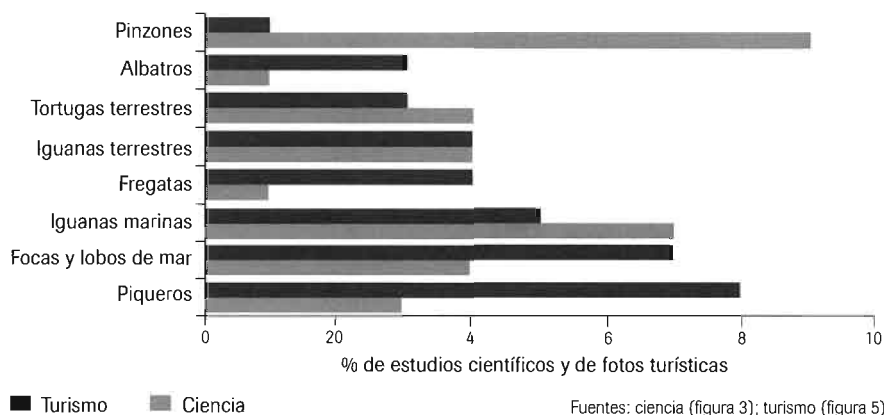
17 Epler (1993: 13), experto en turismo, destacó ya este problema: «Además de generar ingresos para los artistas y editores, los libros, las fotografías y los filmes promueven el turismo en las Galápagos y exacerbaban así los problemas asociados al manejo de los recursos». Recomendó, en vano, que «un porcentaje de los ingresos producidos [por estas imágenes] financie los esfuerzos de manejo que apuntan a corregir los daños resultantes de la acrecentada frecuentación del PNG» (*idem*).

18 Y ello, en ocasiones, de manera caricaturesca; así, el folleto de la gran agencia de viajes francesa Nouvelles Frontières del invierno 1995-1996 reduce la descripción de los sitios de visita del PNG a un inventario de los animales que se pueden ver en él: «Plaza Sur-Santa Fe: lobos marinos, iguanas terrestres y marinas, cangrejos rojos, lagartijas, gaviotas, piqueros en-mascarados y de patas azules, pinzones; Española: aún más especies»...



Los albatros, una de las grandes atracciones de las Galápagos, no son visibles sino en Española, isla carente de paisajes espectaculares. Esta vista de Bartolomé, islote que prácticamente no alberga animales, es la más célebre del archipiélago. ¡La naturaleza está mal hecha! Este fotomontaje, distribuido en los vuelos con destino a las islas, resuelve el problema superponiendo estos dos emblemas turísticos mediante una publicidad mentirosa: ¿Galápagos Islands o... Disneyland?

Figura 6
Los animales de la ciencia y del turismo



lo comprendieron, escogiendo a la tortuga como emblema y, en el caso de la primera, ilustrando sus formularios de pedido de donaciones con una fotografía de un lobo marino. La elección de estas dos especies es una buena decisión de «marketing» conservacionista; es un arreglo entre los animales privilegiados por el turismo y aquellos que lo son por la ciencias (véase la figura 6).

Estos ocho animales representan a la vez un tercio de los objetos de investigación inventariados y un tercio de las fotografías publicadas en las obras escogidas. Así, no solamente las Galápagos toman su nombre de un animal, sino que su renombre siempre ha correspondido a una utilización de su fauna: otrora transformados en alimentos, pieles o combustible, los animales del archipiélago han adquirido otros valores gracias a la ciencia y luego al turismo. Todos estos usos por parte de grupos sociales muy diferentes han participado en la elaboración de una relación con el espacio y con la naturaleza extremadamente zafia: las Galápagos se reducen a ciertos animales y estos no presentan un interés sino en la medida en que tienen un valor económico o científico (y a veces ambos). Estas someras representaciones turísticas explican entonces la banalidad de conjunto de las prácticas así como de las características de los visitantes de las Galápagos.

Turismos y turistas

Haber promovido el crucero sería una prueba de la conciencia conservacionista de los primeros organizadores del turismo en las Galápagos, pues causaría un impacto ecológico mínimo, pero en realidad fueron más bien argumentos económicos los que se plantearon en favor de esta modalidad: se recomienda el crucero más que el hotel porque «los costos en personal serían inferiores en la opción barco» (Grimwood y Snow, 1966), y «es la manera más lógica y económicamente rentable de comenzar a desarrollar la industria del turismo en las Galápagos» (Jennings y otros, 1967). Algunos cruceros a bordo de embarcaciones de diversas categorías permiten ver cuáles son las prácticas turísticas vigentes hoy en día en las Galápagos.

Los cruceros

Propiedad de una empresa de Guayaquil, el *Galápagos Explorer* es el mayor paquete en servicio en el archipiélago: transporta 100 pasajeros que pagan cada uno al menos 200 US\$ por día. A la entrada, azafatas muy maquilladas dirigen a los pasajeros hacia un bar/salón de té donde atienden camareros con guantes blancos. El buque tiene varias cubiertas, una piscina pequeña, una *boutique* de *souvenirs*, una discoteca, una sala de conferencias, restaurantes y la infaltable cubierta para asolearse (*sundeck*). La clientela está compuesta de estadounidenses de edad avanzada, algunos alemanes y, en aproximadamente un 50%, ecuatorianos



¿Ecoturismo? La escala del Galápagos Explorer resume el ecoturismo practicado por numerosas empresas presentes en las Galápagos: desde la cubierta para asolearse que domina el mar a una distancia aproximada de 30 metros, se observan dos de las pangas del paquebote, con el motor a fondo para respetar el horario de una visita cronometrada.

con acento costeño. La organización es minuciosa: después de la cena para la que se exige traje formal, la animadora da las instrucciones, en un inglés americano perfecto y luego en español, para la excursión del día siguiente a la peña de León Dormido. Los pasajeros son divididos en grupos de 20 a 30 personas –llamados «delfines», «tortugas» o «albatros» para estar en el «ambiente» de las Galápagos– de manera que puedan seguirse a intervalos regulares en los sitios de visita; así, las tres grandes pangas sucesivas habrán concluido la visita de León Dormido en media hora.

Un artículo del gran diario de Guayaquil, que pertenece al propietario del *Galápagos Explorer*, señala la atracción de un crucero en el archipiélago a bordo de este paquebote:

[...] usted podrá disfrutar de todo el confort de una infraestructura moderna, instalada con el fin de distraerlo durante su recorrido por las islas. El *Galápagos Explorer* es el barco más cómodo y rápido que visita las Galápagos¹⁹.

El confort, la rapidez, la distracción y la seguridad son efectivamente los imperativos del turismo de redes: así, una pasajera entrevistada en ese artículo declara que un crucero en el *Galápagos Explorer* es

una experiencia inolvidable, gracias al servicio, la seguridad en la navegación y sobre todo porque «aquí sí se descansa»²⁰.

La «música» que emana incesantemente de los altoparlantes, el volumen de la embarcación, el número de pasajeros y un horario inflexible reducen los lugares visitados por este tipo de crucero a un telón de fondo: el espacio atravesado va-



Interior de un yate de turismo de redes, el *Delfín II*. Este gran yate de tarifas muy elevadas es típico del turismo de redes vigente en las Galápagos: su velocidad le permite ir y volver en un mismo día entre el hotel a él asociado y los sitios de visita más famosos del PNG. Su confort atrae a una clientela acomodada, a menudo estadounidense, y de avanzada edad.

20 *idem.*

le sólo porque es recorrido rápidamente y de manera confortable, y el viaje no es en este caso sino un pretexto para la distracción...

Otro barco que realiza igual práctica en las Galápagos, el *Delfin II*, perteneciente a MT, navega hacia la isla Rábida: es «la excursión del martes» en su programa de cruceros diarios que se repiten cada semana. La fórmula es Hotel Delfin / *Delfin II*, cuyo precio es de 235 US\$ por persona y por día, para una estadía de tres noches e igual número de cruceros. Ese día, el *Delfin II* transporta una treintena de turistas: familias estadounidenses y parejas de franceses, españoles y japoneses. El barco es cómodo, está bien acondicionado, el director turístico y el capitán llevan uniforme blanco, el cocinero una toca de chef, la comida se sirve en una hermosa vajilla.

La visita en tierra dura una hora: se desembarca en la playa de Rábida, donde descansan cómodamente los lobos marinos, y luego se toma el sendero que forma un anillo de 1 km en las alturas de la isla. Durante el paseo, los dos guías, originarios del continente, hacen algunas paradas para dar, en un inglés correcto y en español, someras explicaciones con las que todo el mundo se contenta: los pasajeros son divididos en dos grupos lingüísticos, pero algunos no comprenden ni uno ni otro idioma. El regreso a la playa da lugar al baño durante aproximadamente media hora: la organización es eficaz y va hasta proporcionar máscara y tubo respirador a todos los pasajeros; en la bahía, el *Delfin II* está rodeado por otras tres embarcaciones de turismo, y dos grupos comienzan a subir al barco mientras un tercero se baña también. Después de eso, los dos grandes «zodiacs» del *Delfin II* navegan 3 km a lo largo de la costa de Rábida, a algunos metros de la orilla para que los turistas puedan tomar fotografías de animales fuera de los sitios de visita, infringiendo así el reglamento del SPNG...

La clientela de *Delfin II* / Hotel Delfin va a las Galápagos solo para estadías sumamente cortas, durante las cuales hay que hacerla visitar islas permitiéndole al mismo tiempo pasar las noches en el hotel asociado al yate. Por ello, el estricto horario del tiempo de visitas del *Delfin II* no tiene equivalente en ninguna otra embarcación de turismo: en su caso está dividido en cuartos de hora. Este barco, el más rápido en servicio en el archipiélago (al precio de un ruido ensordecedor), permite hacer ida y vuelta en un día entre Puerto Ayora y cinco de los sitios más frecuentados del parque nacional (Rábida, Bartolomé, Santa Fe, Punta Cormorant, Plaza Sur). Como lo señala un folleto publicitario:

Metropolitan Touring, pionera de los viajes a las Galápagos, se complace en presentar una nueva forma de visitar las islas a quienes prefieren pasar la noche en un hotel confortable y visitar las islas más atractivas durante cruceros diarios. [...] El moderno yate a motor *Delfin II* lleva cómodamente 36 pasajeros a una velocidad de 16 nudos para visitas cotidianas. Pesa 302 toneladas, tiene 40 metros de

largo, 9 de ancho y una tripulación de 10 personas. Cuenta con dos motores a diesel y aire acondicionado, así como con sofisticados equipos de navegación y comunicaciones²¹.

Se observan los imperativos de velocidad, confort y seguridad del turismo de redes: las características técnicas del barco son un argumento para vender las Galápagos. Ahora bien, a velocidad de crucero, los motores del *Delfin II* consumen cada uno 250 litros por hora: para ir y volver entre Puerto Ayora y Bartolomé –cinco horas de navegación– el yate requiere entonces 2 toneladas y media de gasóleo. Este enorme gasto de energía sirve para ganar tiempo en las travesías y efectuar visitas cronometradas de los sitios, lo que permite a los turistas tener una visión rápida de las Galápagos que no requiere sino breves estadías en el archipiélago y hace posible una rápida renovación de la clientela de MT: dos veces por semana, el *Delfin II* desembarca a sus pasajeros en Baltra y recoge a un nuevo grupo.

La velocidad es una tendencia universal del turismo de redes, observable en otros destinos reputados como «ecoturísticos»:

El marcado deseo de los «ecoviajeros» con destino a Kenya y a Costa Rica de ver y hacer la mayor cantidad posible de cosas requiere una infraestructura apropiada, a fin de ofrecer un producto turístico eficaz, seguro y cómodo. Esto permite al viajero sacar el mayor provecho del tiempo de que dispone²².

Kutay, 1993. Ahora bien, esta rapidez, que implica una organización perfecta, cuesta caro y las empresas que ofrecen este tipo de «producto turístico eficaz» obtienen ganancias considerables: además de vender los lugares, venden tiempo. Es por ello que MT inauguró en las Galápagos los cruceros diarios (Moore, 1987; Kaysin, 1994), hoy en día tan criticados por la FCD, e incluso experimentó en 26 ocasiones la visita al archipiélago en un solo día, ida y vuelta desde Quito:

Los pasajeros ni siquiera desembarcaban, lo cual significaba que no había impacto ecológico alguno. Se utilizaba para ello un barco llamado Delfin I, que recibía 80 pasajeros a las 9 de la mañana en Baltra. Una vez a bordo, se efectuaba el recorrido Daphne–Seymour–Mosquera–Plaza–Gordon y luego se anclaba en el estrecho entre los dos islotes Plaza para observar un momento la actividad natural [...] Se regresaba a Baltra a más tardar a las 5 de la tarde y allí los pasajeros tomaban el avión y se encontraban en Quito a las 21 horas²³.

Es el grado supremo del turismo de redes: gracias al avión y a un barco muy rápido, las distancias ya no existen, el tiempo de estadía se reduce a lo mínimo y

21 Agencia Turisa, Quito.

22 Kutay, 1993.

23 Kaysin, 1994.

la naturaleza es una decoración que no se puede sino mirar de lejos, lo que proporciona el pretexto de un impacto ecológico mínimo mientras no se tiene en cuenta el enorme gasto de energía que implica este tipo de visita.

Ciertamente el interés por la naturaleza parece secundario en la publicidad que se hace de la fórmula Hotel Delfín / *Delfín II*:

En las Galápagos, a bordo del *Delfín II*, ¡todo es posible!

Un tour muy animado: alójese en nuestro hotel y todos los días, a bordo del *Delfín II*, maravílese con la fauna y la flora de las islas. Por la noche, alrededor de nuestra piscina iluminada, baile con todos los ritmos de moda. Aproveche para aprender los pasos con profesionales.

¿Es soltero? Lo esperamos. El misterio que rodea a las islas mágicas, de paisajes únicos, constituye el entorno ideal para un viaje como este. Hemos preparado programas especiales para usted, a base de playa, sol, piscina y muchas distracciones en el Hotel Delfín. Decídase, tal vez su «media naranja» se encuentra aquí.

Aeróbicos en el mar. ¿Desearía un bronceado perfecto, un cuerpo esbelto y lleno de energía, un peinado y un maquillaje que aumenten su encanto? Es muy fácil de obtener, usted encontrará en el Delfín expertos que, durante sus cuatro días de visita en las Galápagos, le enseñarán todo eso²⁴.

Un reciente plan de ordenamiento del PNG señala sin embargo que

la comercialización de la atracción turística de las Galápagos muestra una falta de comprensión del recurso y de su potencial. Ciertas empresas comienzan incluso a vender la imagen de «playa y diversión» o «descanso y distracciones» en lugar de la vida silvestre y del ecoturismo, aunque las Galápagos no ofrecen el primer tipo de atracción²⁵.

Una visita a Bartolomé en el *Santa Fe II*, un tour diario con cruceros a 50 US\$ por persona, que pertenece a una familia de Puerto Ayora, comienza por una madrugada a las 4 de la mañana para tomar el autobús: hay que atravesar Santa Cruz para llegar a la embarcación anclada en el canal de Itabaca, lo más cerca posible de los sitios de visita creados a proximidad de Baltra. Luego la travesía dura dos horas y media en un barco que avanza penosamente y acoge a una veintena de visitantes, jóvenes europeos que, por no hablar español, no se mezclan con los pocos turistas ecuatorianos. Finalmente la panga deposita a los pasajeros en la roca cementada que hace las veces de desembarcadero donde se inicia el ca-

24 *El Comercio*, 15-5-1995.

25 INEFAN, 1994: 74.

mino hacia la parte alta de la isla, rápidamente reemplazado por escaleras instaladas para luchar contra la erosión causada por el exceso de visitas a este sitio reputado (véase foto p. 328, capítulo VII). El guía, nativo de las Galápagos, da explicaciones sumamente limitadas pero demuestra buena voluntad al tratar de hablar inglés.

El objetivo de la excursión es alcanzar la cima de Bartolomé que ofrece la vista más célebre de las Galápagos: después de haberla fotografiado, los turistas vuelven a bajar las escaleras donde se cruzan con dos grupos en ascenso y llegan luego al barco donde el cocinero ha preparado un almuerzo frugal. Después desembarcan en la playa y permanecen allí una hora antes de regresar. Entonces hay que recorrer nuevamente los trayectos en barco –amontonados en la parte posterior, pese al ruido del motor, para evitar las salpicaduras del oleaje contrario– y luego en autobús: siete horas de recorrido para dos horas de visita. Sin embargo, los turistas están satisfechos: la excursión fue hermosa, no se los zarandó demasiado para respetar los horarios y el precio no es excesivo en relación con el servicio.

El *Samba* es un barco confortable –cada camarote cuenta con una sala de baño–, acondicionado con buen gusto, sus 12 plazas cuestan cada una 250 US\$ diarios: en esta ocasión, los pasajeros son invitados del propietario (un pionero alemán de segunda generación) y una pareja de californianos que trabajan en la Silicon Valley. El guía es políglota y experto naturalista: el limitado número de pasajeros le permite ocuparse de cada uno, como iniciador y sobre todo no como animador. Durante los 4 días de este crucero, el *Samba* se detiene en sitios de visita desiertos o se arregla para llegar a los más conocidos fuera de las horas pico; como a inicios del turismo en las Galápagos, son los pasajeros los que deciden la duración de las escalas, dentro de los límites de la organización del crucero. Así, una noche en el *Samba*, el «yuppie» subyugado por la belleza de las Galápagos y conocedor de los peligros que las acechan se pregunta cómo podría contribuir a su conservación. Poco importa el resultado de este tipo de introspecciones, lo esencial es que puedan tener lugar: es entonces cuando el turismo en un parque nacional puede ser calificado de «educativo» y sus visitantes declarados «embajadores de la conservación». Pero, ¿estarían las Galápagos reservadas a los ricos?

Aunque ofrecen modalidades muy diferentes de visita a las Galápagos, todos estos empresarios participan en el turismo de redes, siendo un índice de ello la corta duración de sus cruceros: los dos primeros utilizan agencias de viajes ecuatorianas y extranjeras pero poseen también las suyas propias que venden su producto sobre todo en Estados Unidos; el tercero atrae a sus clientes por medio de una agencia de viajes ecuatoriana especializada en turismo barato, y su esposa es la representante de esa agencia en las Galápagos; en cuanto al cuarto, tiene su propia agencia en Quito que trabaja con empresas estadounidenses especializa-

das en ecoturismo de alta calidad. Sin embargo, entre ellos, el propietario del tour diario es el único amenazado por la política del turismo selectivo: su red de comercialización no es lo suficientemente extensa y, sobre todo, su clientela de bajos ingresos disminuye debido al alza del costo de acceso al archipiélago. Si bien la diversidad de la oferta turística se explica por el crecimiento de la demanda y por su heterogeneidad, esta última tiende a disminuir.

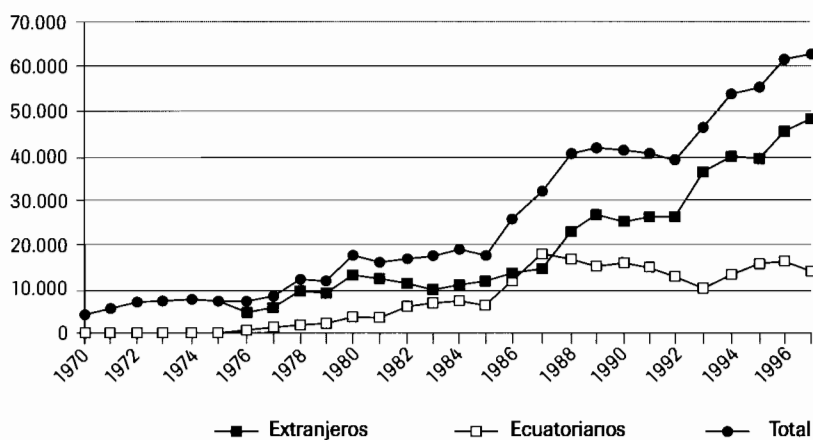
Visitantes cada vez más numerosos...

Pese a la inexistencia de estadísticas nacionales y regionales detalladas, se ha podido estimar que el volumen de negocios directo del turismo en las Galápagos fue de 32,6 millones de dólares en 1990 (Epler, 1993) y de 35 millones de dólares en 1992 (Grenier y De Miras, 1994). No es pues sorprendente que la expresión más común a propósito del turismo en las Galápagos sea la de la «gallina de los huevos de oro» (CONADE, 1988; FCD, 1990), lo que resume bien la visión de los empresarios y otros actores involucrados: se trata de explotar a fondo este mercado en pleno crecimiento.

En efecto, entre 1970 –año en que comienzan las estadísticas de entrada al PNG– y 1997, el número de visitantes de las Galápagos pasó de 4.500 a 62.800 (véase la figura 7).

La curva del total de visitantes presenta sucesivamente intervalos estables –incluso ligeras bajas– y fuertes alzas; se confunde con la de los turistas extranjeros has-

Figura 7
Entradas anuales al PNG (1970-1997)



Fuentes: JNPCE (1975), SPNG (1994, 1998)

ta 1975 y desde 1988 los respectivos trazados son *grosso modo* paralelos: fue entre esas dos fechas cuando se produjo el *boom* del «turismo territorial» en las Galápagos, nutrido sobre todo por los visitantes nacionales. Este crecimiento irregular depende de una multitud de factores, entre los cuales los vinculados a la coyuntura económica internacional no se revelan siempre como los más importantes, mientras que el desarrollo de las redes de transporte y de comunicación entre las Galápagos y el resto del mundo desempeña, al parecer, un papel preponderante.

Así, los *booms* petroleros de 1973 y 1979 no se traducen sino en un ligero descenso de la curva de los visitantes extranjeros, cuyo número se estanca luego de 1981 a 1987: las Galápagos están reservadas en ese entonces a unos pocos privilegiados capaces de pagar caro por la observación de animales en islas aún mal atendidas. Sin embargo, la dificultad de ampliar la base de la clientela extranjera es más o menos compensada, en número si no lo es en ingresos, por el aumento regular de la cantidad de turistas ecuatorianos durante el mismo periodo; tan es así que en 1987, en su punto culminante (17.769), son incluso más numerosos que los extranjeros. Desde entonces, el número de turistas ecuatorianos no ha dejado de disminuir pese a algunas fluctuaciones: eran 13.979 en 1997. Sin embargo, es importante anotar que, como las estadísticas del SPNG no hacen diferencia entre los «turistas ecuatorianos» y los «migrantes», reunidos en la misma fila bajo esas apelaciones para pagar la tasa de entrada al PNG, buena parte de ellos son en realidad personas originarias del Ecuador continental que van a instalarse en las islas.

Dos fenómenos explican el importante crecimiento del número de visitantes extranjeros desde finales de los años 1980 (son 14.826 en 1987 y 48.830 en 1997). Por una parte, la moda creciente, en los países del Norte, de los «productos de naturaleza» (el concepto de ecoturismo data de 1985) favorece a las Galápagos. Por otra, la desregulación general de los transportes aéreos, que se traduce en una baja de las tarifas, permite a una clientela menos adinerada viajar más lejos: las Galápagos se convierten entonces en un «producto» turístico más común. A ello se suma el esfuerzo del Estado ecuatoriano por mejorar la accesibilidad del archipiélago: después de la puesta en servicio de Baltra para vuelos comerciales regulares, en 1975, es el turno de los aeropuertos de San Cristóbal en 1986 y de Isabela en 1995; además, la frecuencia de los vuelos con destino a las Galápagos pasa de un avión semanal en 1980 a 15 por semana en 1996.

Otros factores a nivel regional, nacional, subcontinental o mundial explican también la intermitencia de un crecimiento turístico impulsado por los visitantes extranjeros: así el fuerte fenómeno «El Niño» de 1982-1983 hizo bajar el número de visitantes; asimismo, la deteriorada imagen de la América andina vinculada a las ofensivas de los narcotraficantes en Colombia y de Sendero Luminoso

en Perú a fines de los años 1980, la guerra del Golfo en 1990-1991, la epidemia de cólera en Perú y Ecuador en 1991-1992, así como la guerra entre estos dos países en 1995 y levantamientos en el archipiélago el mismo año, frenaron las visitas a las Galápagos.

...son turistas comunes

Si bien las estadísticas del SPNG hacen la diferencia entre turistas extranjeros y turistas ecuatorianos, no indican en cambio la nacionalidad de los primeros: para ello es preciso producir sus propias fuentes. Según la encuesta realizada a turistas (N = 1.679), el 95% de los extranjeros vienen de los países desarrollados y entre ellos los estadounidenses son los más numerosos (386): representan el 23,5% de la muestra y el 27% de los turistas extranjeros. Esta proporción ha disminuido notablemente desde los inicios del turismo organizado en las Galápagos, puesto que en 1972 el 64% de los visitantes eran estadounidenses frente a un 27% de europeos, un 8% de latinoamericanos y un 1% de ecuatorianos (JNPC, 1975). Al totalizar hoy en día la clientela europea un 51% de los turistas encuestados, se destacan los esfuerzos desplegados para atraerla a las Galápagos; así, en segunda posición, los alemanes (257) representan el 16% del total; si bien los ecuatorianos (243) ocupan el tercer lugar (15%), los europeos aportan luego los principales contingentes: franceses (7,6%), suizos (7,4%), británicos (5,3%), italianos (4,8%), etc. La nacionalidad de los encuestados es un criterio que permite aclarar la evolución del turismo en las Galápagos: nos limitaremos a poner de relieve algunos rasgos de los turistas estadounidenses (los mejores clientes de las grandes empresas continentales) y ecuatorianos (principal clientela de las empresas insulares), y se compararán eventualmente estos últimos con los turistas extranjeros en su conjunto²⁶.

Los visitantes de las Galápagos son más bien jóvenes, puesto que el 60% de los extranjeros y el 69% de los ecuatorianos tienen menos de 40 años (solo se interrogó a los turistas mayores de 20 años). Sin embargo, las disparidades entre nacionalidades son importantes: el 63% de los estadounidenses tienen más de 40 años y el 20% más de 60 años. Ahora bien, el hecho de que esta clientela estadounidense de edad sea también la más numerosa y la más rica no puede dejar de influir en la oferta turística y en el ordenamiento del PNG (véase Wurtz y Wallace, 1994), y ello en el sentido de lo que se presenta como una de las características de los «ecoviajeros», a saber la «búsqueda del máximo confort» (Blangy, 1993b). La principal categoría profesional de los turistas encuestados es la de «profesiones liberales o empresarios» (40% de los estadounidenses, 33% de los

extranjeros, 20% de los ecuatorianos), lo que constituye un índice del elevado costo de las vacaciones en las Galápagos.

Estas islas siguen siendo sin embargo accesibles para las clases medias de los países del Norte: 22% de los visitantes extranjeros son asalariados (a lo que se puede sumar un 13% de científicos y profesores, aunque en el caso de los primeros se trate a menudo de misiones, con viaje y estadía pagados), y el 51% de ellos declaran ingresos inferiores a 2.500 US\$ mensuales (un tercio de los turistas extranjeros no respondieron a esta pregunta). No obstante, dos hechos permiten matizar la imagen de un archipiélago destinado a las vacaciones de las clases medias europeas o estadounidenses. Por una parte, el 88% de los visitantes ecuatorianos ganan menos de 1.000 US\$ por mes: si bien ellos también forman parte de las clases medias de su país, en este caso constituyen el grueso de las tropas de un turismo popular. Por otra parte, el 21% de los visitantes extranjeros, entre los cuales el 41% de los estadounidenses (el 37% de ellos no respondieron), tienen ingresos mensuales superiores a 5.000 US\$. Como los encuestados estadounidenses ganan más de 7.500 US\$ mensuales en un 30% y son los únicos entre quienes los ricos son más numerosos que los pobres (solamente un 25% de sus compatriotas reciben menos de 2.500 US\$ por mes), se entiende que sean los clientes mimados de las grandes empresas turísticas.

Así, estas cifras muestran que las Galápagos acogen a una clientela variada que puede dividirse en tres categorías en función de sus ingresos mensuales: clase media ecuatoriana y estudiantes extranjeros (15% del total de extranjeros encuestados) –menos de 1.000 US\$–; clase media de los países del Norte, sobre todo europea –de 1.000 a 5.000 US\$–; clase alta, esencialmente estadounidense –más de 5.000 US\$–. Evidentemente, estas tres categorías de visitantes hacen uso de manera distinta las Galápagos, lo que explica la heterogeneidad de la oferta turística, pero el objetivo de la política del «turismo selectivo», que el presidente de la FCD define como

un turismo de primera clase que va a determinar que menos gente venga a las Galápagos²⁷,

implantado por el Estado, la FCD y los empresarios del turismo de redes, consiste en favorecer a las categorías media y superior en detrimento de la más modesta que, por el contrario, se apunta a eliminar.

Los gastos de los encuestados en agencias de viajes deben ser relacionados con sus ingresos mensuales, lo que permite ver que los turistas no vacilan en pagar muy caro sus vacaciones en el archipiélago. En efecto, mientras los dos tercios de

27 C. MacFarland, comunicación personal, octubre de 1993.

los estadounidenses gastaron más de 2.000 US\$ en agencias para esas vacaciones e incluso un 30% pagó más de 3.000 US\$, en el otro extremo del espectro, el 88% de los ecuatorianos que declaran ganar menos de 1.000 US\$ por mes pagaron de todas maneras entre 200 y 600 US\$ a un operador turístico. Las empresas de turismo disponen entonces de un importante yacimiento de clientes potenciales, puesto que el monto dedicado al viaje a las Galápagos representa del 50 al 100% (y en ocasiones más) de los ingresos mensuales de los encuestados de las categorías baja y media: estos utilizan entonces gran parte de sus ahorros para pagar estas vacaciones. Así, la mitad de los visitantes extranjeros declaran ingresos inferiores a 2.500 US\$, el 48% de ellos gastaron más de 1.200 US\$ en una agencia de viajes, y los dos tercios encuentran cara su estadía en las Galápagos. Las tres características de las vacaciones en las Galápagos de una parte importante de la clientela extranjera —un solo viaje (95% de los extranjeros encuestados venían por primera vez), para el cual están dispuestos a ahorrar y del cual regresan globalmente satisfechos (87% de opiniones positivas)— favorecen la instalación de los empresarios de turismo que gozan de una renta de situación (véase nota 5 en la Introducción, p. 32).

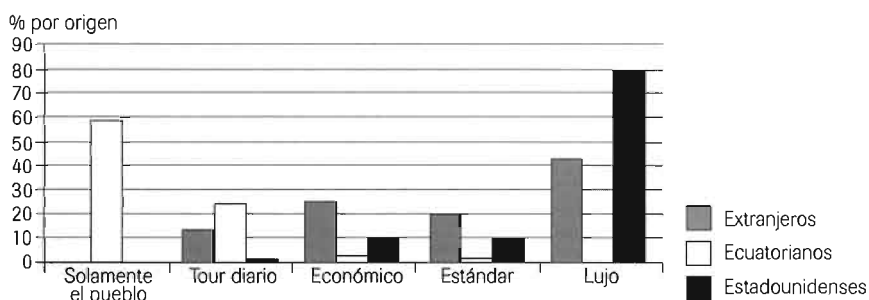
Mientras se habla de «ecoturismo» a propósito de las Galápagos y se supone por tanto que sus visitantes se sienten atraídos por el descubrimiento de una naturaleza excepcional, los motivos de visita indicados por los encuestados revelan otra realidad. Si se suman las respuestas que citan la naturaleza como principal motivo de visita (por cierto la mayoría mencionan el acercamiento a los animales y no la naturaleza como tal) y aquellas que evocan un interés personal por las Galápagos (pero este motivo es citado apenas por el 17% de los extranjeros y el 9% de los ecuatorianos), representan solamente el 42% de las respuestas de los extranjeros y la mitad de las de los ecuatorianos: consecuentemente, la clientela *a priori* ecoturística no es mayoritaria. Así, si se juzga por las motivaciones de sus principales clientes, el objetivo del turismo de redes en las Galápagos, más que hacer descubrir la naturaleza, es vender un producto cuya promoción está asegurada por el efecto de la demostración social: sólo el 27% de los encuestados estadounidenses han ido espontáneamente a las Galápagos por la naturaleza o las islas, frente al 32% que lo han hecho por consejo de los amigos, el 19% porque se habla de ellas en los medios de comunicación y el 19% porque se sintieron atraídos por la publicidad de las agencias de viajes.

Los turistas extranjeros visitan las Galápagos durante breves vacaciones (menos de un mes en el caso del 70% de ellos y menos de dos semanas para un 60% de los estadounidenses), durante las cuales los dos tercios visitan además el Ecuador continental e incluso un 30% de los encuestados varios países de Sudamérica: el tiempo promedio de estadía en el archipiélago se redujo de seis a cuatro días entre 1977 (CONADE, 1988) y 1994. Las repercusiones económicas locales de estadías tan cortas son tanto menos importantes cuanto que el 61% de los extran-

jeros (entre ellos el 86% de los estadounidenses) han realizado un solo crucero en las Galápagos, sin alojarse ni una sola noche en tierra. Además, la minoría de extranjeros que permanece en tierra lo hace por poco tiempo: el 80% pasan allí menos de una semana y la cuarta parte máximo dos noches. Aunque el 81% de los ecuatorianos han permanecido en tierra durante sus vacaciones en las Galápagos (¡el 59% no ha hecho ni siquiera un crucero!) y, entre ellos, el 87% se ha quedado al menos cuatro noches, no necesariamente aportan más que los visitantes extranjeros a los empresarios locales de turismo, pues muchos visitan a familiares o amigos y, de todas maneras, gastan menos. Los visitantes no permanecen mucho tiempo en las Galápagos, la mayoría no pasa ni una noche en tierra y, finalmente, los que lo hacen no se quedan más que algunos días: no es pues sorprendente que en el caso del 80% de los turistas, el total de gastos locales sea inferior a 50 US\$ y que el 64% de los extranjeros no haya gastado nada. Así, la población no recoge sino las migajas del turismo de crucero implantado en las Galápagos.

Los encuestados no ahorran en cambio cuando se trata de pagar para embarcarse en barcos de categoría²⁸ superior (véase la figura 8). De la minoría de ecuatorianos que han realizado cruceros, la mayor parte efectuaron tours diarios pero, al otro extremo de la escala social, un tercio de esos turistas nacionales pudieron pagarse un crucero en un barco de lujo: existe entonces una clientela ecuatoriana adinerada que, aunque muy minoritaria, permite a los partidarios del «turis-

Figura 8
Tipos de estadía en las Galápagos de los turistas encuestados



Fuentes: Encuestas personales (N = 1.649). No responden: 20% de los extranjeros (N = 1.406), 2,3% de los ecuatorianos (N = 243), 23,4% de los estadounidenses (N = 386).

28 Estas categorías fueron establecidas en 1993: un pasajero pagaba entonces en promedio y por día 50 US\$ por un tour diario, entre 100 y 150 US\$ por un sitio en un barco «económico», de 150 a 200 US\$ por uno en una embarcación «estándar» y, finalmente, en un crucero a bordo de un navío «de lujo» una plaza costaba más de 200 US\$ y hasta 350 US\$.

mo selectivo» sostener que este no está reservado a los extranjeros. El caso de los encuestados estadounidenses es ejemplar en lo que respecta a la lógica de este turismo: el 80% de ellos no hicieron gasto alguno en los pueblos sino que escogieron un barco de lujo para sus vacaciones en las islas.

Así, mientras más ricos son los visitantes de las Galápagos, menor es su aporte a la economía local: es el resultado de la política turística implantada desde inicios de los años 1990.

Las políticas turísticas

Los intentos infructuosos de turismo territorial

El turismo de redes implantado en las Galápagos por el informe Jennings, que se ha desarrollado gracias tanto al libre juego del mercado como a la ayuda del Estado y de la FCD, fue sin embargo criticado, en 1975, por el primer plan de ordenamiento de la provincia de Galápagos pues el «gobierno revolucionario nacionalista» de la época reparó en el hecho de que no aportaba lo suficiente a la economía insular:

Hasta el presente, el turismo ha aportado poco o nada al beneficio económico y social de los habitantes de las Islas, en razón de que las operadoras de turismo no tocan centros poblados (excepto un simple paso por Puerto Ayora a la estación Charles Darwin); los víveres y enseres vienen del continente; la tripulación y guías no incluyen población insular y las operadoras no pagan ningún derecho por utilizar el parque nacional²⁹.

Este plan quiere entonces corregir esta situación de hecho instaurando una política de «turismo territorial» en las Galápagos: contrariamente al turismo de redes que no utiliza sino el PNG, preconiza incluir en el espacio turístico

la zona rural y el área urbana, donde se organizará el hospedaje, la alimentación, así como el servicio de comunicaciones y otros que exige la dinámica turística³⁰.

Sin embargo, tal política debe transigir con el objetivo naturalista de máxima reducción del impacto del turismo en el PNG. El plan recuerda entonces que

el turismo, eficientemente planificado, contribuirá a mejorar el nivel de vida de los habitantes de las Islas, creando fuentes de trabajo, dinamizando actividades en varios sentidos. Por otro lado, el turismo en las Galápagos necesita un control sis-

29 JNPC, 1975: 100.

30 *op. cit.*: 106.

temático que evite la destrucción o alteración de los ecosistemas naturales y ayude a la conservación de los mismos³¹.

La solución a lo que se revela como una contradicción entre desarrollo y conservación parece haberse encontrado en el «control» del turismo, gracias a la imposición de un cupo de visitantes en las Galápagos. Así, se trata de

[...] alcanzar en 1977 un total de 12.000 turistas anuales, considerando dicha cifra como el máximo para la conservación de los ecosistemas³².

Sin embargo, el objetivo es ambiguo puesto que impulsa a acoger un número de turistas que se proclama insuperable: detrás de la retórica conservacionista, la prioridad del Estado sigue siendo efectivamente el desarrollo de las Galápagos.

La fijación de este límite se basa en el examen de la oferta turística existente entonces en las Galápagos, es decir en las concesiones de barcos de crucero: un permiso (o patente) concede y establece el derecho a poseer un barco de turismo así como el número de plazas a bordo de él (o cupo). Estas concesiones fueron implantadas por el plan de ordenamiento del PNG de 1974: ya en esa época, las empresas continentales tienen una notable ventaja puesto que disponen de 142 plazas para 4 barcos frente a 78 puestos en 13 embarcaciones en el caso de los empresarios galapagueños (JNPC, 1975). A partir del total de plazas disponibles en la flota turística se calcula el cupo de visitantes o la «capacidad de carga» del PNG: esta cifra, multiplicada por 40 semanas de operación por año (número considerado entonces constante, estando las 12 semanas restantes destinadas en principio al mantenimiento de las embarcaciones) da la cantidad potencial de turistas.

En 1975, con 220 plazas, este potencial es de 8.800 visitantes, lo que deja un margen de expansión a la flota antes de alcanzar el umbral de 12.000 visitantes fijado para 1977 y que corresponde a 300 plazas. Ahora bien, ya en 1976, el número de plazas disponibles es de 308, es decir un potencial de 12.320 turistas por año (Comisión de Alto Nivel, 1984) y, de hecho, se cuentan 12.299 visitantes en 1978... En 1981, una comisión gubernamental recomienda entonces no sobrepasar los 25.000 turistas por año: sin embargo, se registran 26.023 en 1986... Ciertamente, en 1984, el segundo plan de ordenamiento del PNG calculó que este tenía una «capacidad de carga» de 41.767 visitantes por año (Comisión de Alto Nivel, 1984). No obstante, en 1988, mientras el PNG acogía a 40.745 visitantes, el plan de ordenamiento elaborado ese año declaraba aún que era necesario

31 *op. cit.*: 97.

32 *idem*: 105.

mantener en 25.000 el límite máximo de visitantes hasta que se determine la capacidad real de absorción turística del parque nacional³³.

La incapacidad del Estado de hacer respetar cupos turísticos definidos por sus propias instituciones (y consecuentemente de ejercer el poder de «control» que reivindicaba) es entonces total. De todas maneras, al parecer sí se alcanzó el objetivo de desarrollo de las Galápagos gracias al turismo territorial: entre 1975 y finales de los años 1980, Puerto Ayora, y en una menor medida Puerto Baquerizo Moreno, vieron crecer hoteles, restaurantes y *boutiques* de *souvenirs*, y numerosos operadores locales se dedicaron al turismo de tour diario, destinado a una clientela basada en tierra.

Sin embargo, el crecimiento turístico tiene repercusiones benéficas solo para una minoría de la población pues, por una parte, los migrantes, cada vez más numerosos, representan una dura competencia para los asalariados y empresarios galapagueños y, por otra, la expansión de las grandes empresas continentales prosiguió a todo lo largo de los años 1970 y 1980. Por ello, el plan de 1988 (CONADE, 1988, Vol. I) sigue teniendo como objetivo «establecer políticas que extiendan a la población insular los beneficios de la actividad turística»...

El Plan global o el «turismo selectivo»

El fracaso relativo de los planes que apuntaban a establecer un «turismo territorial» en el archipiélago se explica en el «Plan global de conservación ecológica y de manejo turístico para las Galápagos», elaborado en 1991 con la ayuda de la FCD y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y aprobado por el Presidente de la República en 1992:

Paralelo a esta serie de planificaciones inejecutadas (1974-1990), la programación del crecimiento ha sido el ejercicio individual de las empresas con las que el Estado ha contribuido con la construcción de la infraestructura básica para su desarrollo. Los procesos económicos —que en Galápagos implican el aprovechamiento de recursos naturales frágiles y escasos, localizados en áreas protegidas de patrimonio del Estado— no están debidamente «gobernados»³⁴.

Así, el derecho —decretos presidenciales o legislativos, planes de ordenamiento o reglamentos administrativos— siempre ha sido arrastrado por una expansión turística irresistible: la mejor prueba de ello es la imposibilidad de hacer respetar los cupos de visitantes de las Galápagos, objetivo que consecuentemente es abandonado por el Plan global. Así, este no hace sino legitimar el proceso en curso

33 CONADE, 1988, Vol. I, 35.

34 Comisión Multisectorial, 1991: 33.

en el archipiélago desde los primeros cruceros que fueron organizados: no es el Estado sino el mercado el que establece las reglas del juego en materia de turismo en las Galápagos. Según el Plan global, el control del turismo, siempre presentado como necesario –la conservación lo impone– debe entonces ser asumido por una competencia organizada.

Un hecho excepcional, dado el tradicional abandono de los planes elaborados por los gobiernos anteriores, el Plan global está aún vigente hoy en día: es la prueba efectiva de que responde a los intereses de las empresas del turismo de redes. Según dicho plan, dos de los cinco problemas mayores para la conservación de las Galápagos se derivan directamente de la tentativa de política turística territorial esbozada en los años 1970 y cuyos efectos prosiguieron en los años 1980, a saber

la transformación espontánea de las ciudades en centros de apoyo a la actividad turística y la ruptura del esquema tradicional de la actividad turística»³⁵.

A fin de deshacerse de esos problemas, hay que regresar entonces al esquema turístico «tradicional» definido por el informe Jennings. Para lograrlo, el Plan está encargado de implantar la política llamada «del turismo selectivo», de la cual uno de los «objetivos estratégicos» es

reducir el crecimiento de la población hacia índices semejantes al promedio nacional, mediante políticas poblacionales apropiadas que restrinjan el incremento de la oferta turística [...] y que reorienten la comercialización turística para captar un mercado selectivo [de allí la apelación...] antes que masivo³⁶.

Puesto que la principal amenaza para la conservación del PNG es, según el Plan global, el crecimiento demográfico de las Galápagos y este es provocado por una afluencia de migrantes atraídos por el desarrollo del turismo territorial en el archipiélago, se debe entonces modificar la oferta turística: no fomentar aquella de un turismo territorial (calificado aquí de «masivo») que tiene como base de operaciones las ciudades del archipiélago y estimular aquella que se dirige a un «mercado selectivo» o, en otros términos, la del turismo de redes, cuyas repercusiones económicas locales son mínimas.

Es así como uno de los proyectos del Plan global, titulado «Formulación de políticas de promoción del recurso turístico de Galápagos y alternativas de optimización del mercado», tiene los siguientes objetivos:

35 *idem*: 6.

36 *idem*: 7.

La heterogeneidad del producto turístico provoca un espectro amplio de demanda y calidad de servicios. Esta operación propone estudios que busquen reducir este espectro y la aplicación de mecanismos para la selectividad del turismo de alto nivel de renta [...] [de modo que] se favorezca el desarrollo del sector turístico de acuerdo a criterios de mercado, procurando la maximización de las rentas turísticas³⁷.

Según el Plan global, el turismo territorial se alejaría demasiado de los «criterios del mercado» puesto que permite a una clientela poco adinerada y a menudo subvencionada (estudiantes extranjeros que gozan de descuentos, establecimientos escolares y comités de empresa ecuatorianos) acceder al «producto turístico», mientras que las empresas de turismo de redes, por el contrario, serían las únicas capaces de maximizar la «renta turística» a extraerse de las Galápagos, puesto que seleccionan una clientela de «alto nivel de renta».

Una de las medidas más eficaces para hacer de las Galápagos un destino de «turismo selectivo» es aumentar considerablemente los costos de acceso al archipiélago, a fin de desanimar a los visitantes de bajos ingresos y socavar de esa manera la base económica del turismo territorial. Es así como, en marzo de 1993, el precio de entrada al PNG se duplica para los extranjeros quienes pagan desde entonces todos 80 US\$ (se suprimen los descuentos para estudiantes) y, en abril de 1993, el precio del pasaje de avión entre el continente y el archipiélago pasa de 280 a 345 US\$ para los extranjeros. El alza es enorme: en un mes, un turista extranjero paga un tercio más para ir a las Galápagos desde Quito, lo que significa un gasto adicional de 105 US\$, el equivalente de dos cruceros de tour diario o de una veintena de noches de hotel baratas, pero solamente de un día a bordo de una embarcación «estándar» o de un medio día en un barco de lujo... No fue necesario aumentar el costo de acceso a las islas para los turistas nacionales: aunque no pagan sino 6 US\$ de entrada al PNG y un pasaje de avión a la mitad del precio aplicado a los extranjeros, los costos son exorbitantes para clases medias que han sido privadas «naturalmente» de vacaciones en el archipiélago por la crisis económica del país.

Otro medio para hacer del turismo de alta calidad la norma en las Galápagos es el «apoyo a las inversiones para mejorar la calidad de los servicios turísticos» (op. cit.: 77): se trata de obligar a los operadores a adquirir equipos costosos. Así, se exige que todos los barcos sean dotados de una serie de instrumentos sofisticados para reforzar la seguridad a bordo (mientras que su tripulación está compuesta frecuentemente de migrantes recientes que ignoran todo sobre el mar, sin formación alguna y contratados de todas formas porque son peor pagados que los insulares); además, todas las embarcaciones deben estar equipadas con un

proyector de vídeos para presentar filmes «educativos» sobre las Galápagos; finalmente, los operadores deben invertir en aparatos que reduzcan la contaminación que producen sus embarcaciones.

Como lo señala el gerente de MT en las Galápagos,

la tendencia actual del turismo es una presión para mejorar los servicios: los turistas son cada vez más exigentes y ya no quieren realizar tours de varias semanas en condiciones precarias de confort como lo hacíamos en el *Bronzewing* [un velero de madera]³⁸.

Con el pretexto de seguridad, educación y protección ambiental, este «ecoturismo tecnológico» apunta a reemplazar a los empresarios que no pueden participar en el mejoramiento de los servicios turísticos por aquellos que tienen una capacidad adecuada de inversión: las víctimas son los operadores locales que, confrontados a una disminución del número de sus clientes de modestos recursos, ven reducirse su fuente de ingresos al tiempo que las autoridades les exigen inversiones importantes. Su situación es tanto más delicada cuanto que esas medidas se acompañan de una nueva puesta en vigencia de un reglamento, enunciado en 1987 pero abandonado después, relativo a la patente: para que esta sea renovada, un barco debe navegar por lo menos 215 días al año.

El objetivo de este reglamento es promover la formación de un flota eficiente, que transporte un máximo de visitantes en menor cantidad de barcos. Las consecuencias de su aplicación serán las siguientes: la venta de sus concesiones por parte de los pequeños operadores o su afiliación a una compañía o agencia de viajes que les proporcione pasajeros [...], y un mayor control del turismo por parte de los intereses ajenos a las Galápagos.³⁹

El Plan global refuerza así el dominio del turismo de redes en el mercado de las Galápagos, hoy en día casi enteramente controlado por empresas continentales.

El enredo de los cupos y patentes: los armadores insulares excluidos del mercado

Como se debe proteger el PNG, todas las políticas turísticas han pretendido limitar el número de barcos de crucero –y consecuentemente de concesiones– en las Galápagos: desde el Plan global, es incluso el único medio de acción que les queda a las autoridades involucradas puesto que han renunciado a establecer cupos de visitantes. La concesión de una embarcación de turismo se acompaña, co-

38 D. Balfour, comunicación personal, marzo de 1994

39 Moore, 1987: 35.

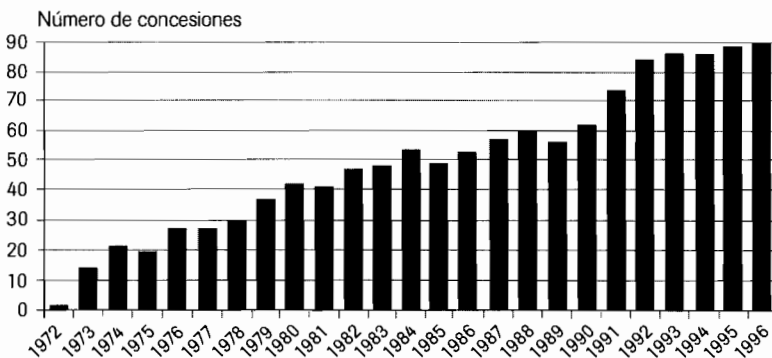
mo lo hemos visto, del establecimiento del número de plazas a bordo: es pues a la vez la cantidad de barcos y de pasajeros que transportan lo que el poder público debe limitar. Ahora bien, si los turistas que realizan cruceros en el archipiélago son cada año más numerosos, es que cada vez hay más plazas y que esta evolución ha proseguido pese a los decretos presidenciales de 1990, 1992 y 1994 que anunciaban la suspensión de la entrega de nuevas concesiones turísticas.

Tres instituciones están a cargo de conceder, en principio cada año, la patente que permite explotar un cupo de un determinado número de plazas. El Instituto Ecuatoriano Forestal y de Áreas Naturales y Vida Silvestre (INEFAN), a través del SNPG, aprueba o no la renovación del permiso de operación en función de lo que estima ser su capacidad de manejo del turismo en el parque nacional; en caso de aprobación, los agentes de la Dirección General de la Marina Mercante (DIGMER) verifican la seguridad del barco; finalmente, si la embarcación presenta la calificación requerida, es inspeccionada por la Corporación Ecuatoriana de Turismo (CETUR) a fin de determinar la calidad de los servicios que ofrece, lo que permite establecer el precio de los cruceros y, consecuentemente, la categoría turística a la que pertenece el barco.

Este trámite, alargado por el recurso a otro organismo burocrático, la Comisión Permanente, en caso de cambio de propiedad o de categoría, se presenta como una garantía de control, pero por el contrario es propicio a todo tipo de atajos más o menos lícitos (Moore, 1987).

El resultado de este enredo administrativo es que, en veinticinco años, las concesiones de barcos de turismo (figura 9) y de plazas a bordo (figura 10) han au-

Figura 9
Evolución del número de concesiones de barcos de turismo en las Galápagos (1972-1996)



Fuentes: JNPCE (1975), INGALA (1981, 1987), Moore (1987), CONADE (1988), FCD (1992), Epler (1993), informes anuales del SPNG de 1991 a 1996

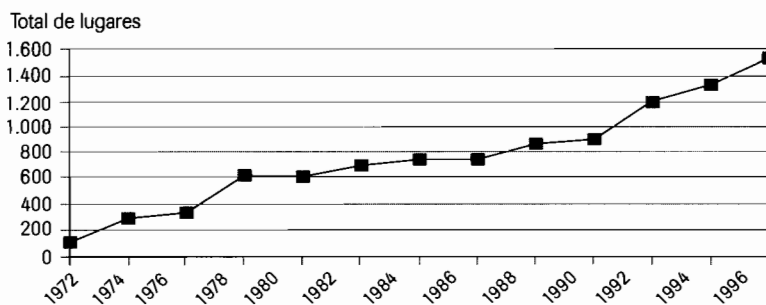
mentado vertiginosamente en un archipiélago donde el Estado ha pretendido siempre limitar su número.

Así, la disminución del número de concesiones en 1975, 1981, 1985 y 1989 se explica probablemente más por imprecisiones estadísticas que por una reducción real. De hecho, es imposible obtener informaciones exactas sobre las concesiones en las Galápagos, pues las estadísticas no coinciden entre un organismo y otro: por ejemplo, el Plan de 1984 menciona 47 embarcaciones que totalizan 660 plazas en 1984 (Comisión de Alto Nivel, 1984), mientras que el Plan global inventarió, para ese mismo año, 53 barcos y 719 plazas (FCD, 1992a)... En julio de 1992, un miembro de la Comisión Permanente declaraba que el número de concesiones era de 82, mientras que el mismo mes un funcionario de la DIGMER daba una cifra de 89 barcos (J. Ortiz, M. Muñoz, comunicación personal, 1992)... Esta confusión reina también al interior de una misma institución; así, el Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG) publicó en 1991 dos listas de operadores cuyos pedidos de renovación de concesión fueron examinados por sus dependencias: una indica 62 barcos, la otra 93.

Entre 1990 y 1996, en cinco años de «prohibición», ¡el número de embarcaciones aumentó en un 22% y el de plazas a bordo en un 42%! La aparición de la modalidad de crucero en tour diario en 1984, criticada por la FCD porque sería responsable del crecimiento turístico de los años 1980, se tradujo en un aumento del número de plazas mucho menos importante que aquel que se produjo desde la aplicación del Plan global.

Es que las tarifas aplicadas y el permanente crecimiento del turismo extranjero con destino al archipiélago da a cada plaza adicional a bordo de una embarca-

Figura 10
Aumento del número de plazas disponibles a bordo de los barcos de turismo que operan en las Galápagos (1972-1996)



Fuentes: véase la figura 9.

ción un considerable potencial en términos financieros, lo que explica la determinación de las grandes empresas de aumentar la capacidad de sus barcos. Para ello, basta con convencer a las autoridades de que se infrinja la regla, como lo muestra una comunicación enviada por el Vicepresidente de Metropolitan Touring (Oficio VPE-078, 30-1-1991) al responsable del MAG encargado en ese entonces de las concesiones turísticas:

[...] [solicito,] puesto que el MAG va a entregar nuevas concesiones, se otorgue a nuestra empresa, por ser la más antigua en operar en el archipiélago, una concesión adicional para una embarcación de 36 plazas.

El vicepresidente de MT desearía además aumentar la concesión de uno de sus barcos de 34 a 40 plazas y manifiesta:

La Comisión interna del MAG nos informó verbalmente que ese pedido de aumento iba a ser aceptado porque es justo [...], lo que luego fue ratificado mediante la comunicación de octubre de 1990 enviada por usted a nuestro gerente en Guayaquil, [que] no revoca la atribución de una concesión de 40 plazas pero nos informa que no se pueden entregar nuevas concesiones porque el decreto ejecutivo N° 1671 del 17 de julio de 1990 está vigente.

El problema viene del hecho de que ciertos funcionarios encargados de controlar las concesiones no están al tanto de ese arreglo:

Cuando realizamos los trámites en la DIGMER para renovar el permiso de explotación del *Isabela II* para 1991, ¡cuál fue nuestra sorpresa al constatar que se nos concedía una autorización de transportar solamente 34 pasajeros! [...] Debe tratarse de un error pues no encontramos base legal alguna ni ninguna comunicación formal que señale que la autorización concedida por el Ministro de Agricultura y Ganadería haya sido revocada o modificada. Tenemos contratos en el extranjero en los que nos comprometemos a proporcionar una capacidad de 40 pasajeros a bordo del *Isabela II* [...] Es evidente que la reputación de nuestra empresa así como la imagen del país se verían gravemente afectadas si, de improviso y sin una verdadera justificación, la capacidad de nuestra embarcación es modificada [...] Nuestra empresa, que se ha distinguido por su rectitud y su límpida trayectoria a todo lo largo de sus veintiún años de esfuerzos, está sumamente preocupada y molesta por ser sometida de manera tan inopinada a trabas que deben ser el fruto de un error de interpretación burocrática. Entre tanto observamos, con una inquietud igual de marcada, que nuevos operadores reciben concesiones con notable facilidad.

MT consiguió su objetivo: el *Isabela II* tiene ahora una capacidad reconocida de 40 plazas y se otorgó a la empresa una concesión adicional de un barco de 36 plazas, el *Delfín II*. Ahora bien, el cálculo de lo que pueden producir esas plazas explica la presión ejercida sobre el poder público. Un sitio a bordo del *Isabela II*

cuesta 340 US\$ por día: esta cifra multiplicada por 6 (plazas adicionales), luego por 7 (días de utilización semanal) y finalmente por 48 (semanas de operación anual, número considerado hoy en día como constante por el SPNG) equivale a un volumen de negocios potencial (si las plazas están siempre ocupadas) de 685.440 US\$ por año. En cuanto al *Delfin II*, un lugar cuesta 240 US\$ por día: multiplicado por 36 plazas y asimismo por 7 y finalmente por 48, se obtiene un volumen de negocios teórico de 2'903.040 US\$ por año... En 1993 el volumen de negocios de MT en el mercado de las Galápagos fue de 5'700.000 US\$ (D. Balfour, comunicación personal, 1994): esto le confiere un certero poder de negociación con las autoridades nacionales.

El INEFAN (1994) constata que

el sistema para adquirir un permiso de operación turística, sumamente problemático desde sus inicios, se ha deteriorado aún más debido a la falta de constancia en su aplicación, a abusos, a la falta de coordinación, así como a políticas y regulaciones poco claras⁴⁰.

Las prácticas más o menos lícitas que se desarrollan en torno a la entrega de concesiones turísticas explican entonces la poca confiabilidad de las estadísticas relativas a dichas concesiones en las Galápagos, así como la poca claridad general que rodea a los mecanismos de su atribución: no hay control posible, se trata de un «agujero negro» económico. Este oculta un proceso de conquista sistemática del mercado de las Galápagos por parte de las empresas continentales, lo que ha sido constatado en numerosas ocasiones sin que nada cambie.

Así, el informe de A. Moore al MAG (1987) declara:

La flota turística, que era en su gran mayoría operada por habitantes de las islas, se caracteriza cada vez más por el control de su operación, cuando no de su propiedad, por inversionistas continentales⁴¹.

Posteriormente los autores del plan CONADE (1988) señalan:

El turismo no es una actividad de la que la población insular saque un beneficio substancial. Esta se ha visto más bien obligada, por falta de recursos, a deshacerse de sus embarcaciones que han pasado a manos de los grandes empresarios del continente⁴².

Finalmente, el plan del INEFAN (1994) constata también el proceso:

40 *op. cit.*: 74.

41 *op. cit.*: 50

42 *op. cit.*, Vol. II: 141.

Gran cantidad de intereses extranjeros en las islas, principalmente originarios de Guayaquil y de Quito, están invirtiendo en el turismo de lujo, lo que provoca un gran cambio al reducir el control local⁴³.

En 1992, el responsable del «tráfico marítimo» en la DIGMER estimaba que los galapagueños ya no poseían sino el 20% de las concesiones del archipiélago (M. Muñoz, comunicación personal, agosto de 1992), mientras que la proporción era del 75% veinte años atrás. No todas las empresas que adquieren concesiones en las Galápagos son especializadas en turismo pero ven en esa actividad un medio de obtener rápidas ganancias e incluso de reciclar dinero. Durante un seminario sobre la reorganización del PNG en junio de 1993, el representante del INEFAN hizo una instructiva comparación:

En el tráfico de drogas se sabe que las sanciones son ineficaces; sucede lo mismo con los cupos en las Galápagos...

La evolución de la flota turística

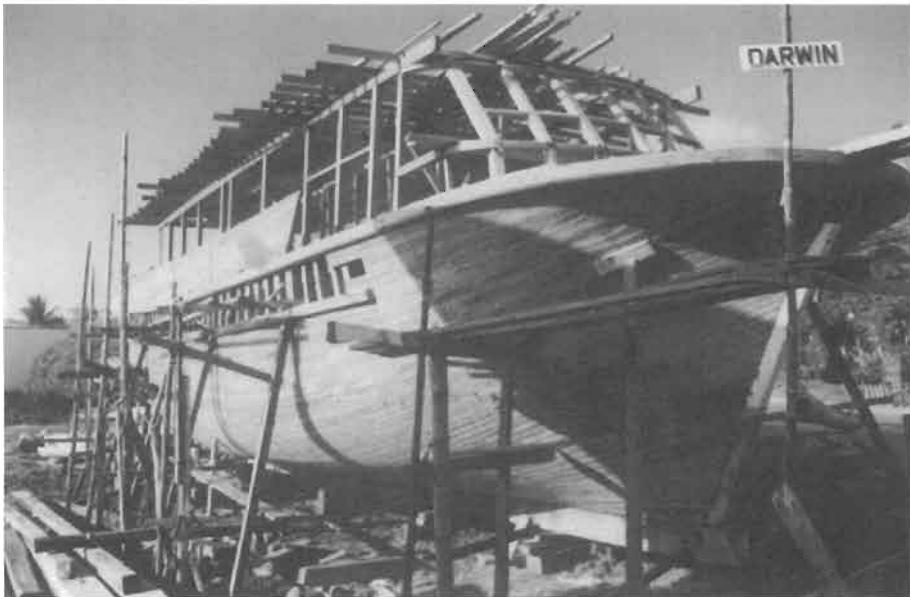
Limitándonos a los últimos años y a las solas estadísticas del SPNG, se puede tener una idea de la toma de posesión de las concesiones turísticas de las Galápagos por parte de las empresas continentales. Desde la implantación de la política del turismo selectivo se han acelerado las ventas y adquisiciones de concesiones, al igual que la introducción de nuevas embarcaciones. Así, entre 1991 y 1996, 82 concesiones fueron objeto de transacciones: en 48 casos se trata de la introducción de un nuevo barco y en 34 casos corresponden a un «final de concesión», según la terminología del SPNG; entre estas últimas, solo 16 son ventas en las que se conoce al comprador (empresas en 13 casos). La imprecisión estadística que rodea a un «final de concesión» permite a su comprador aumentar el número de plazas en el barco, elevar su categoría o, casi siempre, ambas cosas, muy a menudo gracias a un testaferrero o a una empresa pantalla⁴⁴.

43 *op. cit.*: 74.

44 Se lo puede constatar consultando los registros del SPNG. Por ejemplo, en 1991 J. Guerrero, de Puerto Ayora, posee el *Fénix*, un barco de tour diario de 8 plazas: en 1992 lo vende a la empresa Galápagos Nature Cruises que eleva, en la patente –mas no en la realidad pues la embarcación desaparece–, su capacidad a 12 plazas. En 1994, el *Samoa*, un barco de categoría «estándar», propiedad de M. Almeida, de Quito, es vendido a la empresa Explonáutica: pierde 4 de sus 16 plazas pero pasa a la categoría «de lujo»; ahora bien, M. Almeida es accionista de Galápagos Nature Cruises así como de Explonáutica. El mismo año, el *Fénix* desaparece y Explonáutica introduce un barco de lujo de 16 plazas, el *American Enterprise*; finalmente, en 1995, Explonáutica vende el *Samoa* a Galápagos Nature Cruises. Resumiendo, M. Almeida disponía en 1994 de un barco «estándar» de 16 plazas; en 1996 esta inversionista quiteña posee 2 barcos de lujo, de 16 y 12 plazas respectivamente...

La toma de posesión del mercado de las Galápagos por parte de las empresas de turismo de redes se traduce también, por supuesto, en el aumento del número de sus concesiones: en 1990, de 62 cupos 50 estaban registrados bajo el nombre de particulares y 12 pertenecían a empresas; en 1996, de 89, 44 son propiedad de particulares y 45 de empresas. Ahora bien, mientras los «particulares» pueden ser insulares o continentales, todas las compañías en cambio tienen su sede fuera del archipiélago: sus capitales son ecuatorianos y extranjeros; a veces, algunos empresarios locales participan también en ellas, en especial los germano-galapagueños que poseen barcos de turismo «de lujo» que no están inscritos a su nombre. Además, como muchas compañías utilizan testaferros, esos «particulares» pueden ocultar empresas, lo que limita aún más el número de concesiones a nombre de los empresarios insulares. Estos cambios de propietario son aún más significativos si se tienen en cuenta las categorías de tales concesiones.

La repartición es clara: a los armadores insulares las categorías menos rentables (tours diarios y «económica»), a las empresas continentales, aquellas que producen mayores beneficios («estándar» y sobre todo «de lujo»). Lógicamente, el Plan global se tradujo en una clara disminución del número de tours diarios y sobre

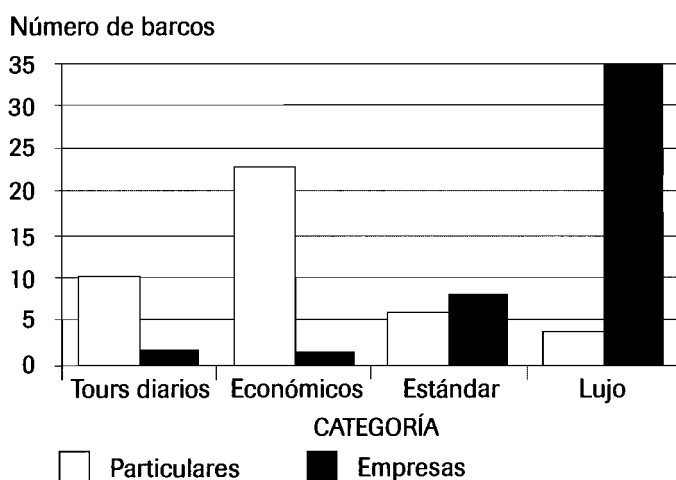


Darwin y la evolución de la gallina de los huevos de oro. El mercado de las concesiones de barcos de crucero, en pleno crecimiento, es de una opacidad que impide todo control de un turismo pretendidamente limitado: el barco Darwin aparece en los registros del SPNG de 1993 bajo la concesión de M. Villacís, de Puerto Ayora, mientras que el diario Hoy del 8 de febrero de ese año señala que esta embarcación pertenece a una de las mayores empresas de turismo continentales, Golasam. Ahora bien, a inicios de 1994, ese barco está en construcción en Pelican Bay, Puerto Ayora.

todo en un enorme aumento de los barcos de la categoría «de lujo» (figura 12). Entre 1990 e inicios de 1996, todas las nuevas concesiones de barcos de lujo (28) fueron adquiridas por empresas exteriores a las islas, con la participación de empresarios galapagueños en 5 casos solamente. Se trata de empresas recién llegadas al mercado turístico del archipiélago, pero algunas de ellas son en realidad testafierros de las mayores empresas ya presentes en las Galápagos⁴⁵.

Como el Plan global favorece a las empresas de elevada capacidad de inversión y estas rentabilizan de la mejor manera los barcos de crucero, dicho plan tuvo como efecto el incremento del tamaño de las embarcaciones: así, en 1990 había 21 barcos de 4 a 8 plazas, pero en 1996 ya no se contabilizaban sino 7, mientras que las embarcaciones de 14 a 20 plazas pasaron de 10 a 34 unidades durante el mismo periodo (Epler, 1993; SPNG, 1996).

Figura 11
Propiedad de los barcos de turismo según su categoría



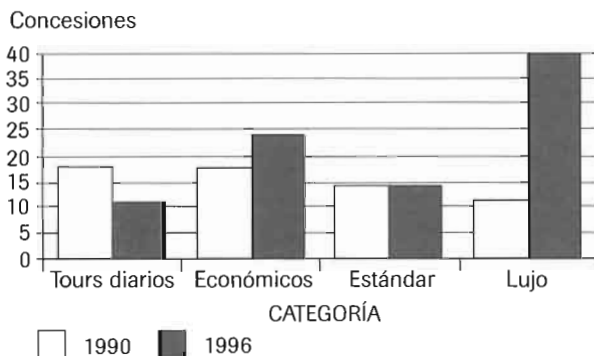
Fuente: SPNG (1996)

La composición de la flota turística por categorías en 1996 muestra que, por regla general, los barcos de lujo son los más grandes y los de tours diarios y cruceros «económicos» los más pequeños (figura 13).

Los armadores insulares se encuentran así con los barcos más pequeños y los menos caros, mientras que aquellos que están en manos de las empresas continenta-

45 En su catálogo de 1996, Quasar presenta sus 6 barcos de lujo que operan en las Galápagos, de los cuales solo 3 aparecen en el registro del SPNG del mismo año bajo el nombre de esa empresa continental.

Figura 12
Evolución del número de concesiones por categoría
(1990-1996)

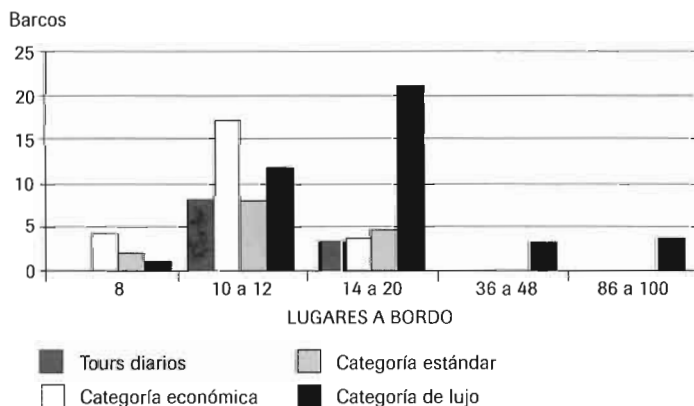


Fuente: EPLER (1993), SPNG (1996)

les son a la vez más numerosos, más grandes y más lujosos. La política del «turismo selectivo» ha certificado oficialmente entonces la formación de un oligopolio de empresas que practican el turismo de redes en el mercado de las Galápagos.

Ahora bien, el sistema turístico vigente en las Galápagos es la primera causa del deterioro ecológico del archipiélago. Primeramente, al beneficiar esencialmente a los inversionistas afuerreños, se traduce en la pauperización de una población

Figura 13
Plazas a bordo de los barcos de turismo
según su categoría en 1996



Fuente: SPNG (1996)

insular por otra parte en pleno crecimiento demográfico, lo que la empuja a buscar otras fuentes de ingresos pero estas, y en especial la pesca de exportación, provocan daños ecológicos mucho más graves que la excesiva frecuentación de ciertos sitios de visita (véase el capítulo VIII).

En segundo término, basado en la visita de un parque nacional frágil cuya perennidad no puede asegurarse sino manteniendo relativamente cerrado el archipiélago, el turismo es hoy en día uno de los principales factores de su apertura al mundo: además de la llegada siempre creciente de visitantes, dicho sistema turístico ha suscitado una migración masiva a las islas y permitido así al Estado integrarlas definitivamente al territorio nacional.

La Integración de las Galápagos a Ecuador

Todo el pensamiento y la práctica del poder estatal sobre los problemas limítrofes del Ecuador han estado atravesadas (sic) por esa concepción [...] [de un] territorio como puro ámbito físico, legitimado por leyes, cédulas, ordenanzas y defendido por las FFAA. [...] El proceso de construcción del Ecuador ha tenido un solo sentido preciso: llenar ese ámbito físico-jurídico de sustancia social¹.

La «ecuatorianización» de las Galápagos no comienza realmente sino en el decenio de 1940 con la progresiva integración de las islas al territorio nacional gracias a una política que el Estado aplica sucesivamente según dos ejes. El primero, durante los años 1940 y 1950, confirmó la soberanía ecuatoriana en el archipiélago a través de tratados internacionales relativos al uso tradicional de este espacio abierto. Luego, en los años 1960 y 1970, el Estado «llena ese ámbito físico-jurídico de sustancia social», como dice A. Moreano: crea las condiciones para un poblamiento más importante de su territorio insular desarrollando una economía turística capaz de atraer migrantes a las Galápagos, instalando allí instituciones que los encuadren, y esforzándose, mediante planes de ordenamiento, en hacer al conjunto compatible con la conservación del PNG.

Una población de inmigrantes

Ecuador y Galápagos: una historia ahora común

La «ecuatorianización» de las Galápagos es tanto más rápida cuanto que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el país entra en una fase de modernización que lo incorpora, esta vez enteramente –y ya no solo bajo la forma de enclaves como durante los ciclos agro-exportadores anteriores– al mercado mundial (Grijalva, 1990). Desde entonces, Galápagos y el Ecuador continental ya no siguen cauces paralelos sino un mismo destino: la evolución política y económica del país explica la historia contemporánea del archipiélago.

1 Moreano, 1991: 206-207.

Ayudado por una coyuntura internacional favorable, el Ecuador de los años 1950 experimenta un crecimiento económico y una estabilidad política excepcionales, así como un aumento de los ingresos y un engrosamiento del aparato estatal considerables (Cueva, 1990). Es la época de la verdadera conquista del espacio nacional: con la contribución de fondos estadounidenses, el Estado emprende la construcción de infraestructuras de transporte (Gómez, 1992) y la población ecuatoriana, en fase ascendente de transición demográfica, se pone en movimiento: los frentes pioneros descienden de los Andes a lo largo de la vertiente Pacífica y las ciudades reciben muchos migrantes (Carrión, 1992). Durante los años 1960, la sobrepoblación de ciertos campos andinos y regiones costeras, el retaceo de las tierras y la dislocación de las sociedades campesinas por la economía capitalista amplifican catástrofes naturales como las grandes sequías de las provincias de Manabí y Loja en 1967: estas crisis geográficas engendran una «población flotante» que migra de las ciudades a frentes pioneros de la Costa y luego del Oriente.

En efecto, la explotación del petróleo de la Amazonía ecuatoriana comienza en 1972: el mismo año, con el pretexto de querer salvaguardar la soberanía nacional sobre los recursos naturales, una junta militar toma el poder e impone una constitución que reserva el 15% de las rentas petroleras a las Fuerzas Armadas: estas, propietarias de numerosas empresas y dotadas de importantes recursos financieros, constituyen desde entonces un Estado dentro del Estado (Deler, 1981; Baca, 1991). Durante el decenio de 1970, Ecuador experimenta un crecimiento económico sin precedentes gracias al «oro negro»: la función pública se engruesa más, nacen nuevas instituciones, el Estado se compromete más aún en la vida económica del país subvencionando ramas enteras de actividades y financiando grandes obras (Sánchez, 1991; Larrea Maldonado, 1991). Sin embargo, más que aplicar una verdadera reforma agraria, el régimen militar acelera la colonización de los espacios abiertos de la Amazonía y de las Galápagos: la integración espacial del país como paliativo a la crisis social es una receta clásica en América Latina (Touraine, 1988).

El retorno a un régimen civil en 1979 coincide con el segundo *boom* petrolero mundial y el presidente Roldós y luego su sucesor, Hurtado, prosiguen una política populista de integración nacional. Sin embargo, a inicios de los años 1980 Ecuador se hunde en la crisis económica (Sánchez, 1991), mientras su población sigue creciendo vertiginosamente². Apoyado por las empresas agro-exportadoras de la Costa, el presidente Febres Cordero, elegido en 1984, adopta una política económica liberal que desmantela buen número de empresas públicas sin atacar

2 En 1974, Ecuador tenía 6'552.000 habitantes, en 1982, 8'038.000 y en 1990, 9'648.000 (INEC).

al poder político y económico de los militares (Estupiñán, 1991). En 1988, el social-demócrata Borja llega al poder mientras Ecuador está sumido en la crisis causada por el hundimiento del precio del petróleo: las reformas previstas ceden su lugar a las recetas del FMI. En 1992, el ultra-liberal Durán Ballén es elegido presidente y su «gobierno de los empresarios» privilegia a los sectores en los que el país gozaría de ventajas comparativas en el mercado mundial: Ecuador deja la OPEP mientras que el turismo y la pesca se tornan prioritarios, lo que da una acrecentada importancia a las Galápagos en una economía ecuatoriana ampliamente abierta al mundo. A las migraciones hacia el archipiélago les esperan muy buenos días...

Y ello tanto más cuanto que la doctrina geopolítica de las «fronteras vivas», lanzada en los años 1960 por los estrategas brasileños y que apunta a consolidar las fronteras nacionales mediante focos de colonización dirigidos de modo que se afirme allí la soberanía nacional, fue retomada por los militares ecuatorianos en la Amazonía y también en las Galápagos. Las migraciones permitirían así, según ciertos ideólogos, contrarrestar «las ambiciones internacionales por las islas Galápagos», título de una obra cuyo autor afirma:

Se debe facilitar la presencia de población ecuatoriana en ciertas islas de manera que se reafirme la soberanía nacional³.

En el artículo titulado «Las Galápagos en la soberanía ecuatoriana», publicado por el Instituto Geográfico Militar, se lee:

Se debe planificar un prudente desplazamiento de población continental a las regiones altas de las islas más extensas, puesto que las condiciones allí son favorables para el desarrollo agrícola y la ganadería⁴.

Estos autores no hacen sino retomar un tema recurrente en todos los textos administrativos o legislativos ecuatorianos sobre las Galápagos: la soberanía no se asegura sino mediante el poblamiento. Así, el decreto de creación del Instituto Nacional Galápagos (INGALA) por parte del Congreso declara:

[...] No se puede subestimar la presencia del hombre en el archipiélago de Colón como elemento fundamental del ejercicio de la soberanía que sostiene nuestra raza y nuestra cultura⁵.

Estos contextos histórico e ideológico explican el vigor del poblamiento de las Galápagos una vez aseguradas sus bases económicas.

3 Villacrés Moscoso, 1985: 138.

4 Hidrovo Peñaherrera, 1985: 59.

5 Actas del Congreso, 1979.

Un crecimiento demográfico acelerado

La población de las Galápagos se multiplicó por 12 entre 1938 y 1990. Este crecimiento demográfico se debe sobre todo a una inmigración que se acelera: en 1990, los nativos de las Galápagos ya no representan sino algo más de un tercio de la población del archipiélago, mientras que eran mayoritarios en 1962, y en 1990, los «neo-migrantes»⁶ representan la mitad de la población instalada (nativos y «viejos migrantes») mientras que en 1962 apenas representaban una quinta parte (véase el cuadro 1).

Los censos permiten calcular las tasas anuales promedio de crecimiento demográfico durante los periodos intercensuales. Entre 1938 y 1950, esa tasa es del 4%: una buena parte de este crecimiento se debe a la llegada de los presidiarios y sus guardias a Isabela, así como a la instalación de funcionarios y sus familias en San Cristóbal. Durante el siguiente periodo, la tasa de crecimiento es del 4,8% por año pero el aumento de la población se debe sobre todo a la primera ola contemporánea de migraciones hacia el archipiélago en 1956, cuando el Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC) lanza el poblamiento de las alturas de Santa Cruz: buen número de esos colonos son los «neo-migrantes» censados en 1962. Entre 1962 y 1974, la tasa de crecimiento demográfico anual desciende ligeramente aunque sigue siendo elevada (4,5%)⁷: después de la instaura-

Cuadro 1
Crecimiento demográfico y
migraciones en las Galápagos

Censo (año)	Población total	Nativos	Antiguos migrantes	Neo-migrantes
1938	840	*	*	*
1950	1.346	*	*	*
1962	2.391	1.234	506	651
1974	4.037	1.910	1.266	861
1982	6.119	2.470	2.212	1.437
1990	9.785	3.462	3.067	3.256

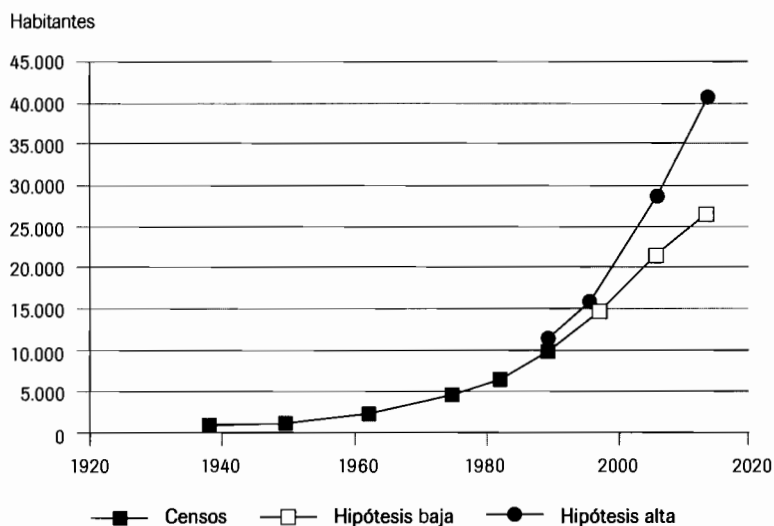
Fuente: Naveda (1952), Ecuador (1950, 1962), INEC (1974, 1982, 1990)

- 6 Llegados a las Galápagos menos de cinco años antes de un censo determinado, mientras que los «viejos migrantes» se han instalado allí al menos cinco años antes del mismo censo.
- 7 Ecuador está entonces en plena transición demográfica: su población crece a una tasa del 3,2% por año entre 1962 y 1974 y durante este periodo el crecimiento demográfico de las provincias amazónicas supera de largo al de las Galápagos: 7,2% anual para todo el Oriente, con récords del 8,2% en el caso de Napo y del 9,5% en Zamora Chinchipe, provincias de frentes pioneros (Sáenz y Palacio, 1992).

ción del PNG, el Estado dejó provisionalmente de interesarse en el poblamiento del archipiélago, antes de abrir en grande, en 1973, las compuertas a la migración gracias a la provincialización y a la bonanza petrolera.

A partir de allí, el Estado y el turismo se convierten en los motores del poblamiento de las Galápagos⁸: así, entre 1974 y 1982, la población insular aumenta a una tasa anual similar a la del decenio de 1950 (4,9%). Sin embargo, la llegada de la inmensa ola humana a la parte colonizable del archipiélago (240 km²) tiene lugar en los años 1980: la crisis económica del Ecuador continental contrasta con el auge del turismo en las Galápagos. Agregados a una elevada natalidad⁹, estos flujos humanos explican una tasa de crecimiento demográfico del 5,9% por año en el archipiélago entre 1982 y 1990 y el ritmo de crecimiento de la población insular tiende a acelerarse aún (véase la figura 14).

Figura 14
El crecimiento demográfico en las Galápagos de 1938 a 2014
(censos, estimación, hipótesis)



- 8 En la Amazonía es el petróleo lo que atrae a los migrantes: entre 1974 y 1982 la tasa de crecimiento demográfico de la provincia del Napo es del 7,2% por año y el Oriente en su conjunto registra, durante ese periodo, la misma tasa de crecimiento anual que las Galápagos: 4,9% (INEC, 1982).
- 9 En las Galápagos la tasa de natalidad es del 26‰ en 1990. En 1982, la de fecundidad era del 163‰ y en 1990 bajó al 110‰. Esta desaceleración es patente cuando se observa la tasa de fecundidad por clases de edad: así, la máxima, en 1982, es del 251‰ en las mujeres de 20 a 24 años, mientras que en 1990 ya no es sino del 169‰ para la misma clase de edad. En cuanto al índice sintético de fecundidad, bajó de 4,6 nacidos vivos por mujer en 1982 a 3 en 1990 (INEC, 1982, 1990).

En efecto, utilizando el censo de 1990 y encuestas realizadas a la población de abril de 1993 a marzo de 1994 (Grenier, 1996), es posible estimar la tasa de crecimiento demográfico de las Galápagos entre 1990 y 1994. En esta última fecha, la población del archipiélago habría llegado a 11.830 habitantes¹⁰, cifra que corresponde a una tasa de crecimiento demográfico anual del 6,1% entre 1990 y 1994; y si esta tasa se mantuviera, al menos 16.000 personas vivirían en el archipiélago en el año 2000. Es más aventurado evaluar el crecimiento demográfico de las Galápagos en lo posterior, pues si bien se puede esperar una alineación del incremento natural de la población insular con un promedio nacional en clara disminución (2,2% en 1990), nada se puede conjeturar en cuanto a las migraciones hacia el archipiélago: pueden desacelerarse, suspenderse e incluso invertirse o, por el contrario, aumentar a un ritmo incluso más sostenido. Teniendo en cuenta esta incertidumbre y partiendo del censo de 1990, se pueden sin embargo formular dos hipótesis de crecimiento demográfico para las Galápagos en los veinte años por venir:

La hipótesis baja plantea el mantenimiento de la tasa de crecimiento demográfico actual del 6,1% en 1998, luego su disminución al 4% anual durante los 8 años siguientes y finalmente su estabilización en 2% por año en 2014. Esto implicaría una considerable reducción del incremento natural de la población insular, así como de las migraciones hacia el archipiélago: ahora bien, estas condiciones no son aceptadas y por tanto difícilmente podrían ser impuestas¹¹. Ahora bien, ciertas provincias amazónicas prueban que en Ecuador son posibles tasas superiores al 7% anual durante más de quince años seguidos. La hipótesis alta parece entonces ser más verosímil: supondría que la tasa anual de crecimiento demográfico en las Galápagos sea del 7% de 1990 a 2006 antes de bajar al 4% durante el siguiente periodo intercensal.

Tal crecimiento demográfico no puede sino acentuar el deterioro de un parque nacional situado en un archipiélago cuya fragilidad ecológica aumenta en la misma medida que su apertura. Contrariamente a lo que pretenden los conservacionistas (y en especial la FCD), el aumento de su población no es el único factor de la destrucción de la singularidad natural que se opera hoy en día en las Galápagos: el sistema turístico actual, por ejemplo, es otro de ellos. Sin embargo es innegable que mientras más poblado esté el archipiélago mayor será la presión sobre sus ecosistemas y ello independientemente del estadio de desarrollo econó-

10 En 1985 las proyecciones demográficas del INEC preveían 9.710 habitantes en las Galápagos para 1990 y 11.840 para fines de 1994 (INGALA, 1987).

11 En la conferencia de la ONU en Pekín en septiembre de 1995, Ecuador formó parte de los raros Estados que se oponen a todo control de los nacimientos, y las Fuerzas Armadas rechazan toda revisión de la Constitución que implantaron y que autoriza la libre migración hacia las Galápagos.

mico de sus habitantes: ciertamente su pobreza actual los lleva a buscar cualquier medio de supervivencia, despreciando toda consideración ecológica, pero si la elevación de su nivel de vida se tradujera en un incrementado consumo, similar al de las sociedades del Norte, las consecuencias para la naturaleza serían igual de graves, aunque diferentes. Incluso si se implantara un desarrollo sostenible —que concilie la salida de la pobreza y la viabilidad ecológica a largo plazo—, más difícil de inventar que de evocar, el control de la demografía (que en las Galápagos pasa por un control de los nacimientos y de la inmigración¹²) sería una condición *sine qua non* de su éxito, pues una población creciente significa siempre un consumo acrecentado de recursos y de espacio tanto en islas como en una Tierra limitada¹³.

Origen, distribución y estructura de la población de migrantes

Las estadísticas del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC) y las encuestas realizadas en 1993-1994 permiten distinguir dos tipos de provincias emisoras de migrantes hacia las Galápagos, cuyo respectivo dinamismo varía entre 1962 y 1990 debido a múltiples factores (Grenier, 1996): las ampliamente urbanizadas de Guayas y Pichincha y las de dominante rural de Tungurahua, Loja y Manabí. De estas cinco provincias juntas, que reúnen aproximadamente a las tres quintas partes de la población ecuatoriana (58% en 1962 y 63% en 1990)¹⁴, salen entre el 70% (1990) y el 80% (1962) de los migrantes hacia el archipiélago (e incluso el 85% según las encuestas).

Las migraciones acarrear un poblamiento muy desigual de las zonas colonizadas de las Galápagos pues el número de personas que movilizan es muy superior al aumento de población debido al solo incremento natural de los insulares. Además ciertos galapagueños cambian de zona (pasando por ejemplo de las alturas al puerto) o de isla en busca de mejores condiciones de vida o de nuevos empleos. Así, la inmigración al igual que las migraciones internas al archipiélago o a las islas intervienen de manera permanente en la distribución de la población

12 Esta propuesta puede ser tachada de maltusiana por los partidarios del crecimiento económico a cualquier costo humano y ecológico, pero no de xenófoba: insulares y migrantes tienen el mismo origen.

13 No es un problema si los modos de vida vigentes en las megalópolis o los campos sobrepoblados de hoy en día son tomados como norma para la humanidad futura...

14 Las provincias de Loja y Tungurahua envían proporcionalmente más personas a Galápagos que los habitantes que tienen a nivel nacional: la primera porque es un foco tradicional de migraciones hacia los frentes pioneros del país (Delaunay, 1986); la segunda porque su capital, arrasada por un sismo en 1952, proporcionó los mayores contingentes a la campaña de colonización de Santa Cruz, realizada por el IERAC en 1956. Las redes comunitarias de migración que tomaron el relevo al Estado explican su peso.

en las diferentes zonas colonizadas (véase el cuadro 2). Las primeras islas definitivamente colonizadas por los ecuatorianos, San Cristóbal e Isabela, experimentan un descenso demográfico en relación con el conjunto de las Galápagos, que se debe en gran parte a la considerable disminución de la población rural en las islas, fenómeno que afecta sobre todo a esos dos cantones. Consecuentemente, el crecimiento demográfico del archipiélago desde 1950 corresponde sobre todo a Puerto Baquerizo, Puerto Villamil y Puerto Ayora, y en particular a este último cuya población se ha multiplicado por 5 en 15 años y que reúne a cerca de la mitad de la población de las Galápagos en 1990.

Cuadro 2 – Distribución de la población por islas y zonas, de 1950 a 1990

Islas	1950		Zonas	1974		1982		1990	
	Población	%		Población	%	Población	%	Población	%
San Cristóbal	•	•	Puerto Baquerizo	1.286	32	1.665	27	3.023	31
	•	•	San Cristóbal rural	703	17	600	10	476	5
	801	59	•	1.989	49	2.265	37	3.499	36
Floreana	21	2	•	41	1	56	1	104	1
Santa Cruz	•	•	Puerto Ayora	900	22	2.404	39	4.294	44
	•	•	Santa Cruz rural	677	17	750	12	1.024	10
	215	16	•	1.577	39	3.154	52	5.318	54
	•	•	Puerto Villamil	170	4	424	7	696	7
Isabela	•	•	Isabela rural	276	7	220	4	168	2
	309	23	•	446	11	664	11	819	9
TOTAL	1.356	100	•	4.053	100	6.119	100	9.785	100

Esta evolución refleja el paso de un archipiélago con sus habitantes encerrados y una estructura espacial en círculos concéntricos a partir de núcleos de poblamiento de las alturas agrícolas, a una organización del espacio en redes que vacía los campos que se han tornado marginales en una economía abierta y hace crecer las ciudades-puerto, sinapsis que comunican a las Galápagos con el resto del mundo.

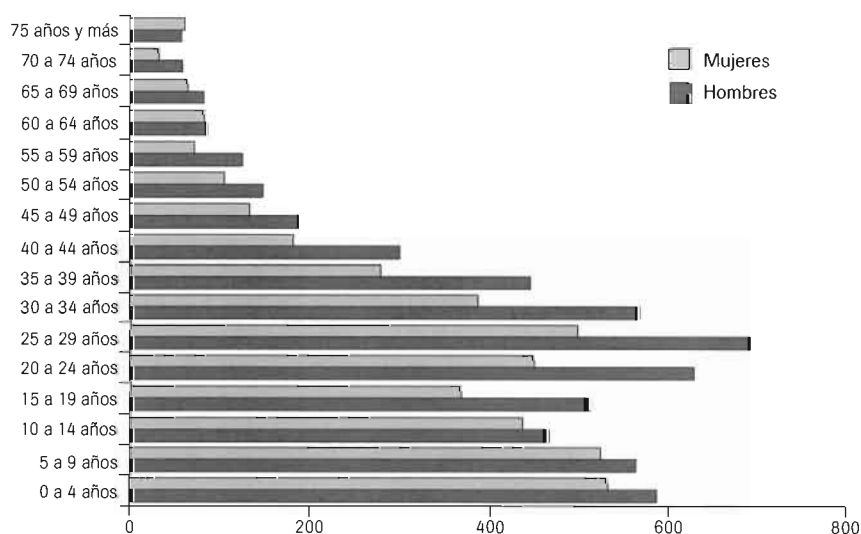
Hasta los años 1950 la colonización del archipiélago seguía siendo prisionera de un «círculo vicioso» demográfico. Los colonos eran sobre todo hombres, los empresarios y las autoridades se veían obligados constantemente a paliar el déficit de nacimientos en las islas mediante la importación de mano de obra del continente: pero como esta seguía siendo ante todo masculina, el déficit de nacimientos se perpetuaba. La solución provino de un nuevo tipo de colonización, primeramente experimentado por los pioneros europeos antes de ser retomado por las autoridades ecuatorianas cuando favorecieron la instalación de familias en las al-

turas de Santa Cruz: se pasó así de una colonización de hombres solteros a una colonización de poblamiento.

La población actual de las Galápagos, aún marcada por la transición demográfica, es típica de una sociedad de inmigración (véase la figura 15). La proporción de jóvenes sigue siendo importante, incluso si ha disminuido considerablemente: el 31% de la población insular tiene menos de 15 años, frente al 47% en 1962, pero sobre todo esta pirámide presenta una saliente marcada de las clases de edad correspondientes a los jóvenes adultos: un tercio de la población de las Galápagos tiene entre 20 y 34 años en 1990. Esta excrecencia se explica en parte por los nacimientos entre 1950 y 1970, en pleno *boom* demográfico, pero confirma sobre todo el peso importante que han adquirido los migrantes en la población de las Galápagos en los últimos veinte años. De allí el desequilibrio entre los sexos, particularmente notable en esas mismas clases de edad, donde la tasa de masculinidad es de 1,45.

En efecto, las migraciones conciernen a los hombres jóvenes: de los 42 encuestados que han llegado a las Galápagos desde 1990, 35 son hombres de una edad promedio de 28 años. Si bien la mayor tasa de masculinidad global (1,42) se alcanza en 1974, en el apogeo de las migraciones individuales hacia el archipiélago, el crecimiento de las migraciones familiares se traduce luego en un cierto reequilibrio entre los sexos; sin embargo los hombres son todavía ampliamente ma-

Figura 15
Estructura de la población de las Galápagos en 1990



Fuente: INEC (1990)

yoritarios en las Galápagos: la tasa de masculinidad general en 1990 –1,32– es apenas inferior a la de 1950 –1,34– (Ecuador, 1950; INEC, 1974, 1990).

Las etapas de la migración

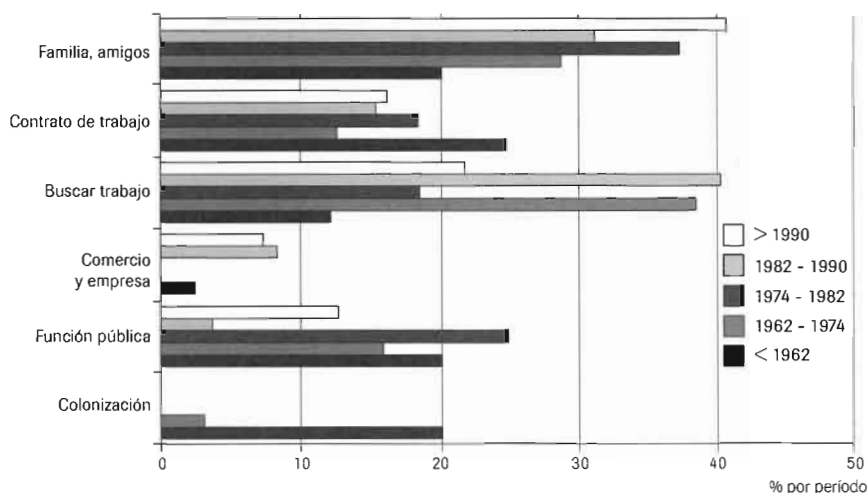
La atracción de los migrantes por las Galápagos es mensurable a través de los censos del INEC (1962, 1974, 1982, 1990): estos muestran la transformación, al ritmo de la integración del archipiélago al turismo mundial y al espacio nacional, de comunidades campesinas en una sociedad de asalariados que trabajan en



Partido de «ecuavolley» en un terreno baldío rodeado de casuchas de bloques de adobe, en un barrio del Norte de Puerto Ayora poblado de nuevos migrantes. Los partidos de «ecuavolley» — en los que se apuesta— son la principal distracción de una sociedad joven y masculina. A la derecha se observa uno de los taxis-camioneta de Santa Cruz.

servicios. Las etapas de este desarrollo económico explican la evolución de los motivos que impulsan a los encuestados a migrar a las Galápagos así como las razones de los medios utilizados para hacerlo (véase la figura 16). Las razones para instalarse en las Galápagos están ligadas a vectores de migración reunidos en tres categorías: Estado, redes o iniciativas individuales. Los funcionarios y los colonos llegan al archipiélago gracias al apoyo del Estado; las personas que van a reunirse con sus familiares o amigos en las islas cuentan con el apoyo de redes migratorias comunitarias, y aquellas que han firmado contratos de trabajo con particulares o empresas insulares han utilizado redes de contratación para migrar; finalmente, quienes han partido para hacer comercio o buscar trabajo sin tener contactos previos en las islas son migrantes individuales.

Figura 16
Evolución de las razones de emigrar a las Galápagos
de los encuestados o de sus parientes



Fuente: Encuestas personales

NB: 1 ó 2 respuestas por encuestado; antes de 1962 N = 40; 1962-1974 N = 31;

1974-1982 N = 16; 1982-1990 N = 102; después N = 54

Sin embargo, no hay una razón única para explicar el acto que consiste en abandonar su medio de origen para probar suerte en otra parte: algunos relatos que trazan recorridos de migrantes entre su lugar de nacimiento y los sitios de las Galápagos donde vivían al momento de la encuesta, ilustran la complejidad de migraciones cuyos motivos cambian con el tiempo. Esos itinerarios individuales son reveladores de la movilidad de la población ecuatoriana desde hace medio siglo: la mayoría de personas que llegan a las Galápagos ya eran migrantes y, en algunos casos, sus padres lo eran también. Además, estos relatos muestran que si bien la primera causa de las migraciones es efectivamente una miseria de la que el migrante, vaya donde vaya, no siempre logra deshacerse, hay conjunciones de lugares y de épocas –como las Galápagos desde los años 1950– en las que se puede tener una esperanza de escapar de ella: es el motor de los frentes pioneros.

En 1962 las tres quintas partes de la población activa de las Galápagos trabajan en la pesca o la agricultura y los trabajadores independientes representan el 45% de los activos (Ecuador, 1962). El mejoramiento del acceso al archipiélago favoreció los vínculos entre ciertas familias insulares y el continente: las redes comunitarias de migración contribuyen al desplazamiento de una quinta parte de los migrantes. Sin embargo, las Galápagos tienen aún mala reputación: las iniciativas de migración individual son pocas. La falta de mano de obra en el archipiélago explica que un cuarto de los migrantes llegan allí gracias a un contrato de trabajo, celebrado en el continente con los pocos patrones instalados en las Ga-

lápagos, que absorben entonces a la mitad de los asalariados: las redes de contratación han reemplazado a las batidas de antaño.

C. ha realizado sólo estudios primarios: es zapatero en Puerto Baquerizo y tiene 60 años. Nació en Cuchibamba (Tungurahua); sus padres eran de Latacunga (Cotopaxi) y de Cuenca (Azuay), su mujer, con la que tiene cuatro hijos, nació en Ambato. Trabaja primeramente en la explotación familiar y luego migra en 1954 a la Amazonía (Napo), donde se emplea como machetero en una hacienda azucarera. En 1957 se instala como zapatero en Guayaquil pero eso no dura sino un año: regresa a trabajar como peón en una explotación de cacao de la provincia de Los Ríos. Allí encuentra a un amigo de Cuchibamba con el que monta, en 1959, un taller de zapatería en Cuenca donde más tarde lee un anuncio: un finquero de San Cristóbal emplea peones para la cosecha de café y les paga un viaje en barco. C. desembarca en Puerto Baquerizo en 1961; sin embargo, «había trabajado pero no dinero». Se instala entonces como zapatero al tiempo que se emplea ocasionalmente como peón en haciendas de San Cristóbal y de Santa Cruz. No ha hecho venir a nadie del continente; siempre ha sido pobre «pero antes era más pobre que ahora: en el continente ganaba un poco; aquí ganó un poquito más». C. percibe 150.000 sucres (84 US\$) por mes —de los cuales envía un tercio a sus hijos que estudian en el continente— y no posee sino una modesta casa donde ha instalado su taller.

La movilidad espacial de C. no le permitió elevarse muy por encima de su condición social inicial: por tanto, no hizo venir a nadie y se privó del apoyo de una red comunitaria. Sin embargo, dice vivir mejor en las Galápagos que en el continente, pese a su persistente pobreza: esta mejora le permite contemplar un futuro más prometedor para sus hijos, gracias a su educación. Incluso si al final de cuentas la migración se traduce en un fracaso personal, las Galápagos pueden ser sinónimo de un mejoramiento de las condiciones de vida a partir de la segunda generación: esta esperanza diferida es un poderoso factor de atracción para los migrantes más modestos.

En los años 1950, el Estado comienza a tener los medios de integrar el archipiélago al territorio nacional: el 20% de los encuestados que llegaron a las Galápagos antes de 1962 lo hicieron en el marco de una campaña de colonización y la misma proporción como funcionarios.

T. tiene 77 años: nació en el cantón de Pelileo (Tungurahua), al igual que su mujer, con la que tiene 8 hijos. Su padre era de Quito, su madre de Pelileo y la familia vive en la capital. Primero es profesor en Ambato, ocupa luego un cargo en Tena (Amazonía) y luego regresa a seguir una capacitación en Quito antes de obtener nuevamente un nombramiento en Ambato. Es entonces cuando el gobierno ecuatoriano lanza, a fines de los años 1940, una campaña de promoción de las Galápagos dirigida a los funcionarios. Según T., «nadie quería vivir allí debido a la penitenciaría, pero como pagaban dos veces más que en Tungurahua, nos

fuimos». T. y su esposa se instalan en San Cristóbal en 1948, pero en 1954, durante un retorno al continente por vacaciones, el barco naufraga y la mujer de T. ya no quiere regresar a vivir en las islas. Pasan entonces un año en Pelileo pero el salario de T., considerado muy bajo, los lleva a retornar a las Galápagos en 1956, esta vez en el marco de la colonización agraria de Santa Cruz: «Cuando llegamos, cogimos tanta tierra como quisimos».

Contrariamente a C., T. consiguió implantarse gracias al Estado y a su propia capacidad de adaptación: utilizando el «subsidio de expatriación» fue docente en el archipiélago, aún repulsivo, y luego agricultor gracias a la campaña de colonización del IERAC.

La clara disminución —en valores relativos— de los trabajadores del sector primario, que ya no representan sino un tercio de la población activa, es uno de los dos grandes cambios económicos que se produjeron en las Galápagos entre 1962 y 1974. El otro es el aumento en un 149% del número de asalariados que representan los dos tercios de los activos (INEC, 1974), proporción que desde entonces no ha cambiado. Durante los años 1960 la economía de las Galápagos se reorientó hacia el sector terciario y el acceso a las islas se tornó más fácil: estas se volvieron más atractivas¹⁵ y el número de migrantes individuales que fueron allí a buscar trabajo aumentó significativamente.

Z. tiene 50 años y nació, como sus padres y su esposa (4 hijos), en Zaruma (El Oro). No ha cursado estudios más allá de la escuela primaria, sino que ha trabajado en el campo. En 1965 parte como peón a la provincia de Los Ríos, donde se emplea durante dos años como machetero en las haciendas azucareras y las plantaciones de banano. En 1967 regresa a su provincia natal y se instala por su cuenta como carnicero. «Se contaba que en las Galápagos había posibilidades de trabajo; no conocía a nadie aquí y vine aventurándome». Z. llega a Puerto Ayora en 1971. Trabaja primeramente como langostero para una empresa continental y luego, al cabo de dos años, retoma su oficio de carnicero por cuenta propia.

Al contrario de C., empleado en el continente por terratenientes que pagan poco, el migrante individual Z. celebró un contrato de trabajo en las Galápagos y pudo así gozar de un salario más elevado, pagado por una empresa de pesca de exportación. Acumuló entonces un pequeño capital que le permitió trabajar por su cuenta desde 1974, momento en que la economía local comenzaba a desarrollarse.

15 Incluso si el Estado ya no estimula tanto las migraciones hacia el archipiélago —la función pública no representa sino el 16% de los motivos de instalación en las Galápagos y la colonización agraria casi ha acabado (3% de los casos)— estas continúan por sí solas: el proceso ya se ha iniciado.

A causa de la afluencia de trabajadores individuales a las Galápagos, las redes de contratación tienen menos razón de ser. Las redes comunitarias en cambio hacen venir a un creciente número de personas: mientras más numerosa es una comunidad en el archipiélago, más se extienden sus ramificaciones y tocan a sus miembros que han permanecido en el continente. En este caso, la atracción que ejercen las Galápagos corresponde solamente a la segunda mitad del periodo intercensal (1969-1974): los inicios del turismo organizado y la provincialización¹⁶ son responsables del importante aumento (+208% desde 1962) de los trabajadores de servicios que representan el 39% de la población activa (INEC, 1974).

El siguiente periodo intercensal (1974-1982) es el del apogeo del Estado empleador en las Galápagos: una cuarta parte de los encuestados llegaron como funcionarios, el 56% de los asalariados del archipiélago trabajan en la función pública y esta representa el 37% de la población activa en 1982 (INEC, 1982). La erosión del sector primario ha proseguido, ya no alimenta sino a algo menos de un activo de cinco en 1982 (INEC, 1982): el éxodo rural vacía las alturas y beneficia a los puertos. Además, para aprovechar el auge del turismo, muchos pescadores han convertido sus lanchas en rústicos barcos de crucero¹⁷.

Las redes de contratación adquieren una nueva significación a partir de ese periodo. Por una parte, la mano de obra calificada para una economía de servicios (donde el número de activos aumentó en un 75% desde 1974) es escasa —e incluso inexistente— en las Galápagos. De allí la necesidad de contratar en el continente e incluso en el extranjero (véase el subcapítulo referente a los guías). Por otra parte, el desarrollo del turismo se traduce en una presión inflacionista en los salarios en el archipiélago, en todos los sectores incluyendo los empleos menos calificados:

A. es jornalero agrícola, tiene 39 años, es soltero y nació en Ambato al igual que sus padres. En 1973 parte al Puyo (Amazonía): allí trabaja cuatro años como peón en una hacienda. En 1977 migra hacia la Costa, donde es empleado, siempre como jornalero, en una gran explotación cafetalera. Mientras visita a su familia en Tungurahua, una terrateniente de Santa Cruz originaria de Ambato propone al hermano de él ir a trabajar como peón en su finca: A. firma también un contrato y ambos desembarcan en Puerto Ayora en 1978. A. trabaja durante 7 años como peón en la parte alta, alojado en la propiedad de la «Señora», y luego

16 Turismo y provincialización significan efectivamente el enlace de las Galápagos con el mundo: en 1962, el 1% de los activos del archipiélago trabajan en los transportes, en 1974 ¡el 10%!

17 El número de pescadores censados en las Galápagos disminuyó en un 25% entre 1971 y 1981, pasando de 156 a 117 (Andrade, 1995).

baja a Puerto Ayora «para ser independiente». Desde entonces se emplea donde lo llaman. «Los finqueros vienen a buscarme cuando necesitan una mano»: trabaja por periodos de dos semanas y gana 150.000 sucres (84 US\$) por mes. Con algunos ahorros ha podido comprar un terreno al municipio y construir una pequeña casa. No ha hecho venir a nadie del continente y si encontrara un trabajo estable regresaría a vivir allá definitivamente: «Hay más espacio, más facilidades». Para A. el galapagueño es el nativo de las islas; en cuanto a él, declara sentirse aún serrano.

La deferencia que muestra A. por su «Señora» muestra que la transferencia a las Galápagos de las relaciones de clase que prevalecen en los campos andinos es una de las razones por las que ciertos empleadores insulares recurren a una mano de obra pobre e originaria de la misma región que ellos, pues el peón sometido en el continente lo será también en las islas, y esta tradicional docilidad se conjuga con la perspectiva de un salario superior al del continente. La migración de A. a las Galápagos es sin embargo un fracaso: sus ingresos equivalen a un salario mínimo en el continente con un costo de la vida dos a tres veces más elevado, no tiene ni familia ni vínculos en las islas y por tanto se sigue sintiendo serrano.

A partir de esa época las redes de contratación se confunden a menudo con las redes comunitarias que se han transformado en el principal vector de migración hacia el archipiélago (37%): mientras la economía insular se desarrolla, es a la vez posible y ventajoso hacer venir mano de obra conocida y menos cara que la de las islas.

El sector terciario se refuerza en las Galápagos entre 1982 y 1990, año en que el 41% de la población activa trabaja en servicios, 15% en transportes y el 12% en comercio, es decir el 68% de los activos (INEC, 1990), frente a un 61% en estas tres actividades en 1982, un 55% en 1974 y un 28% en 1962. Estrangulado por la enorme deuda pública (Sánchez, 1991), el Estado ya no tiene sino una responsabilidad marginal en las migraciones: apenas el 4% de los motivos están relacionados con la función pública. Por cierto los funcionarios ya no representan sino el 28% de la población activa y su número ha aumentado mucho menos que el de los asalariados del sector privado (+33% frente a +158%) que ahora reúne al 42% de los activos (INEC, 1990).

Sin embargo, es durante ese periodo, en 1986, cuando Z. cambia de estatus entrando como chofer al INGALA.

En 1983 Z. compra un terreno al municipio y allí construye su casa, en dos años. En 1986 entra al INGALA como chofer. El mismo año acoge a una de sus hermanas, originaria como él de Zaruma (ciudad amazónica de frente pionero); en 1990 le toca a un hermano menor de edad, empleado de las minas de oro de Zaruma, quien encuentra trabajo como guardián de hotel en Puerto Ayora; y en

1992 hace venir a un amigo de la misma ciudad, también menor de edad, que se convierte en marino a bordo de un barco de turismo. Pese a todo, Z. declara ser hostil a la prosecución de las migraciones hacia las Galápagos «porque aquí todo es limitado, en espacio y en recursos». Hoy en día, Z. gana 800.000 sucres por mes (450 US\$), de los cuales solamente una cuarta parte corresponde a su salario en el INGALA, que él califica de «propina» («para las “colas” [gaseosas]»); el resto proviene de su segundo empleo –chofer de autobús por cuenta propia– y del alquiler de su segunda casa.

El Estado continúa entonces desempeñando, a pesar de todo, un papel indirecto en el poblamiento de las Galápagos al crear localmente algunos empleos –poco calificados y consecuentemente poco costosos– que permiten la prosecución de las migraciones. En efecto, Z. utiliza al Estado para consolidar su situación: es la estabilidad de sus ingresos como funcionario lo que le posibilita hacer venir a miembros de su familia o amigos; al hacerlo, Z. implanta una red comunitaria (todos vienen de Zaruma) que puede serle útil a cambio. Además su puesto en el INGALA le permite aprender un nuevo oficio, ahorrar algún dinero y montar su propia empresa de transporte; el crecimiento demográfico y económico de Puerto Ayora es entonces favorable a este tipo de negocio, en particular en el turismo:

En 1978 T. se lanzó en el turismo haciendo visitar los túneles de lava situados en su finca de Santa Cruz: hoy en día gana al menos 1,5 millón de sucres mensuales (840 US\$) y posee –además de su finca– una casa en Puerto Ayora y otra en Quito. Cuatro de sus hijos trabajan en el turismo: una hija posee un barco de «tour económico», otra está casada con uno de los principales empresarios locales de turismo, un hijo es guía y otro tiene un almacén de artesanías. T. se reivindica como galapagueño porque «todo lo que he tenido en mi vida, desde el punto de vista económico, lo he obtenido en las Galápagos; he ido incluso a visitar los Estados Unidos: ¿cómo habría podido permitírmelo si me hubiera quedado como profesor en la Sierra?». Su sentimiento hacia la isla es inequívoco: «Es mi fortuna»...

Pero es también la época de la llegada masiva de las empresas continentales de turismo a las Galápagos:

Q. C. tiene 30 años, es casado y tiene un hijo. Su mujer y él nacieron en Quito, sus padres son originarios de Latacunga. En 1988 la empresa de turismo donde trabaja en Quito lo envía a las Galápagos; cuando la empresa quiebra él se queda en las islas porque le gusta la vida allí. Se emplea primeramente como marino a bordo de un barco de turismo y luego, por relaciones familiares, se convierte en gerente de una empresa turística de la capital. Gana 1.000 dólares (lo que es una ventaja en un país de fuerte inflación) por mes y es alojado por su empresa que le envía todo lo que necesita –equipos, alimentación, etc.– dos veces por semana por avión desde el continente.

Q. C. es el caso típico de los hijos de la clase media-alta ecuatoriana que han ido a vivir en las Galápagos por placer, para escapar de una vida considerada demasiado conformista. Todos los representantes de esta juventud dorada trabajan en el turismo, casi siempre como guías y en ocasiones como gerentes de empresa o regentes de restaurantes; algunos llegan a montar negocios, frecuentemente gracias a los capitales y a las redes familiares del continente o del extranjero.

Sin embargo, si bien gracias al turismo el archipiélago está actualmente mejor conectado al continente, ello acarrea, entre otras consecuencias, un enorme aumento del número de migrantes individuales (40% del total) que en su mayoría llegan ahora por avión aprovechando tarifas aéreas aún baratas para los nacionales: para muchos ecuatorianos las Galápagos representan «Eldorado». Pese a ello las redes continúan encauzando la mayoría de las migraciones hacia el archipiélago: el 16% en el caso de las redes de contratación y el 31% en el de las redes comunitarias. La ligera disminución en importancia de las primeras se debe a la afluencia de migrantes individuales que acentúa la presión para la baja de los salarios insulares y hace un tanto menos necesaria la organización de la contratación en el continente, mientras que las segundas siguen siendo muy importantes pues la crisis en Ecuador lleva a la gente a exiliarse y a aprovechar la buena situación de los miembros galapagueños de sus comunidades.

Aunque en 1990 la proporción de trabajadores del sector primario disminuyó aún en relación con el conjunto de la población activa (18% del total: INEC, 1990), su número en cambio aumentó en un 73% desde 1982, invirtiéndose así la tendencia a la baja iniciada en 1974. Estos migrantes recientes son esencialmente pescadores que representan la mitad de la población activa del sector primario en 1990, y cuyo número aumentó en un 157% entre 1983 y 1993 (Andrade, 1995). Este crecimiento está ligado al agotamiento de los recursos pesqueros litorales del Ecuador continental y al auge de la pesca de exportación de langostas en el archipiélago, que constituye por tanto, incluso antes del *boom* de los pepinos de mar, un factor que favorece las migraciones hacia las Galápagos¹⁸.

Después de 1990, se observa una reducción significativa del número de migrantes individuales que ya no representan sino el 19%. Es tal vez el resultado del Plan Global que apunta a reducir las migraciones hacia las Galápagos aumentando el costo de acceso al archipiélago pero esta política ha sido un fracaso «global» puesto que el número de migrantes no ha dejado de crecer. Así el 9% de los encuestados evoca la voluntad de abrir un negocio o de crear una empresa en las

18 De los 64 patronos pescadores encuestados por M. Andrade (1995), 26 nacieron en el continente; en cuanto a los 14 pescadores asalariados interrogados, 10 llegaron a las Galápagos después de 1982.

Galápagos, lo que muestra que la población es ya lo suficientemente importante como para representar una clientela interesante independientemente del turismo. La diferencia esencial con los periodos anteriores es que, para llegar al archipiélago, los migrantes recurren más que nunca a las redes de contratación (20%) o comunitarias (46%).

El hecho de que gran cantidad de personas han llegado a las Galápagos gracias a una red de contratación confirma que la distorsión de los salarios insulares respecto de los del continente no se ha reabsorbido; arroja luces también sobre la persistente falta de capacitación profesional en el archipiélago, mientras que el turismo de redes, que se ha tornado hegemónico, se ha alineado a normas internacionales y requiere un personal calificado inexistente en las islas. En cuanto al aumento de los migrantes que utilizan las redes comunitarias, este prueba la permanencia de antiguas relaciones en una población que emerge apenas de su transición demográfica: las familias son muy extensas y los lazos tradicionales de fidelidad no han sido aún disueltos por la modernización. Esta última, sumada a la crisis económica, provoca daños importantes en la economía y la sociedad ecuatorianas y estimula en compensación un refuerzo de la «seguridad social del pobre», la célula comunitaria: familia o pueblo e incluso barrio urbano.

Soltero, G. tiene 25 años y nació en Guayaquil a donde migraron sus padres desde Quevedo (Los Ríos). Un miembro de su familia trabajaba ya en las Galápagos como capitán a bordo de un barco de turismo de lujo: «Cuando el primo volvía a Guayaquil, se vestía de blanco, se ponía sus joyas de oro yapestaba a perfume...». Para G. hoy en día es más fácil ser pescador: era soldador en Guayaquil cuando unos tíos que se habían instalado en Isabela durante el *boom* de la pesca de pepinos de mar lo llevaron con ellos a Puerto Villamil, a donde llegó en 1992. G. piensa también hacer venir a dos de sus amigos, que son pintores industriales en Guayaquil, para trabajar en la pesca. Es favorable a las migraciones: «Cualquier ecuatoriano tiene derecho de vivir aquí, está en la Constitución». G. gana 600.000 sucres (335 US\$) por mes y envía 150.000 a su madre. Si pudiera tener un empleo mejor pagado en el continente, volvería; por cierto se siente aún costeño. Para él los galapagueños son gente que «no quiere compartir».

Al aprovechar una migración familiar reciente y vinculada al *boom* de la pesca de pepinos de mar, G. es característico de los migrantes de hoy en día. La política del «turismo selectivo» no ejerce ninguna influencia en ellos puesto que él fue a vivir en las Galápagos por la pesca de exportación y no por el turismo: se gana más y más rápido, sobre todo cuando no se tiene calificación alguna. La economía extractiva, muy volátil, que se desarrolla actualmente en las Galápagos, atrae a migrantes que dicen querer quedarse únicamente por el tiempo que dure la explotación de un recurso natural destinado a la exportación. Por tanto no es sorprendente que quienes han llegado últimamente no se identifiquen con el medio insular. Sin embargo, dado el continuo deterioro de las condiciones de vida

en el continente, es probable que muchos de estos «neo-migrantes» no partan una vez que el recurso se haya agotado sino que aprovechen localmente una nueva oportunidad en función de las demandas de los mercados extranjeros.

Las redes de migración

Las redes de migración –de contratación o comunitarias– alimentaron primeramente uno de los últimos frentes pioneros ecuatorianos, en tanto el dinamismo de la economía insular y la acción del Estado eran capaces de transformar la movilidad geográfica de los migrantes en ascenso social. Sin embargo, mientras la población de las Galápagos continúa creciendo, los ingresos del turismo siguen siendo más acaparados por empresas continentales y el Estado está en quiebra, el papel de dichas redes ha cambiado. Por una parte sirven de desahogo, en la proporción de ese pequeño espacio y de su reducida población, a la miseria que se extiende en el continente: el nivel de vida de los migrantes que se han instalado en las Galápagos, casi siempre muy superior al de sus familias que han permanecido en el continente, les permite ayudar a los miembros de su comunidad de origen para que vengan a vivir al archipiélago. Por otra parte, apuntan a consolidar la renta económica del empleador quien apuesta a la disponibilidad de una inagotable reserva de mano de obra continental a fin de aprovechar la diferencia entre los salarios pagados en Guayaquil o en Loja y los de las islas. Hoy en día estas redes de migración utilizadas por los dos tercios de las personas que van a las Galápagos constituyen, mucho antes que el Estado, el principal factor de homogeneización de un espacio nacional que se extiende a un lado y otro de 1.000 km de océano.

El trabajo, desafío de las migraciones por redes

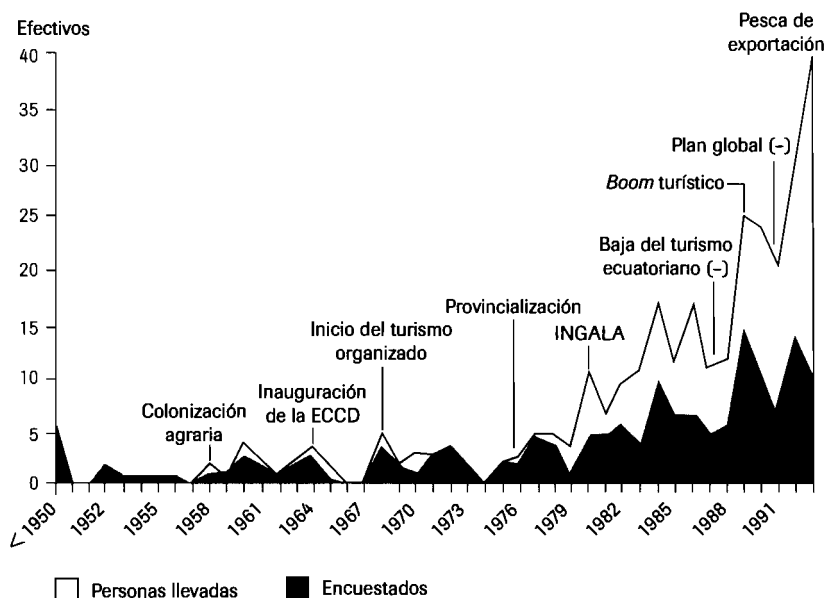
Las migraciones por redes se asemejan a la evolución de una colonia coralina: a partir de un migrante «primario», que constituye la cabeza de puente de la red en el lugar de acogida, el «arrecife» comunitario (casi siempre formado inicialmente por una familia) ve extenderse sus ramificaciones gracias al aporte de los recién llegados que vienen a aglutinarse.

El desfase proviene del hecho de que el migrante primario necesita tiempo para adaptarse a su nuevo medio: insertarse en la sociedad local, encontrar un empleo y disponer de recursos suficientes para acoger a miembros de su comunidad de origen o, si ha montado una empresa, para contratar mano de obra en el continente. Luego el desfase temporal entre la instalación de las «cabezas de puente» de una red y la llegada de otros miembros de ella es el resultado, en las Galápagos, de la creciente distancia entre el desarrollo del archipiélago y el deterioro social, económico o ecológico de muchas regiones del continente, y en particular

de las metrópolis de donde provienen la mayoría de los migrantes. Ahora bien tal contraste puede también amplificarse a los ojos de los candidatos a la emigración por el éxito del migrante primario quien puede ostentar la prosperidad conseguida en la región de acogida durante sus periódicos retornos «al país» (véase la historia de G.). Así, incluso si las condiciones socioeconómicas de la región de acogida se han deteriorado y el éxito del hijo pródigo es en cierta forma «fósil», sigue existiendo la incitación a la partida.

Se constata entonces (véase la figura 17) que a partir de los años 1980 cada nueva llegada a las Galápagos se acompaña al menos de la de dos personas traídas por los migrantes instalados anteriormente en el archipiélago¹⁹. Mientras uno de cada dos encuestados llegó a las Galápagos entre 1985 y 1993, el 50% de las per-

Figura 17
Años de llegada a las Galápagos de los migrantes encuestados y de las personas que han llevado a las islas



Migrantes encuestados: N = 168; personas llevadas (número limitado a 3 en la encuestas): N = 156

19 A Puerto Ayora, primera ciudad de destino migratorio del archipiélago, el 48% de los encuestados han traído al menos a una persona del continente, el 25% al menos a 2, el 10% al menos a 3 y el 20% proyectan hacer venir a una o dos. En total 111 migrantes secundarios –pasados o futuros– dependen de 48 encuestados (de los 106) en esta ciudad, es decir 2,3 migrantes secundarios por encuestado.

sonas a las que han hecho venir han llegado de 1991 a 1993: este hiato temporal convierte a las migraciones por red en una bomba de tiempo demográfica.

El trabajo es el motor y el desafío de estas redes migratorias. La migración por contratación es organizada ya sea por empresas de turismo o de pesca, finqueros o comerciantes instalados en el archipiélago, o, de manera más esporádica, por particulares que tienen un cierto nivel de ingresos: así, aunque se declaran hostiles a las migraciones, todos los pioneros europeos buscan sus empleadas domésticas en el continente. En todos los casos, el mecanismo de la migración por contratación se desencadena a partir de la oferta por parte del empleador insular de un salario superior al que percibe el futuro migrante en el continente, aunque al mismo tiempo es inferior a los demandados habitualmente en las islas²⁰.

Así, en la zona agrícola de Santa Cruz, este rico ganadero hizo venir a campesinos de Loja atrayéndolos con un salario de 12.000 sucres (6,70 US\$) por día, mientras que en su región un peón gana 3.000 (1,70 US\$); sus obreros viven cuatro en una pieza, comparten su alimento, ahorran lo máximo posible y declaran querer retornar a su región natal para construir allí una casa o comprar un terreno con el dinero ganado en las Galápagos. Las migraciones por contratación nacen entonces de la utilización de una doble ventaja comparativa: el empleador insular se beneficia con la diferencia de salarios existente entre el continente y el archipiélago, y el migrante empleado por contrato mejora su paga y a menudo sus condiciones de vida yendo a trabajar en las Galápagos.

Los 156 migrantes secundarios tienen todos un empleo en las Galápagos mientras que ese era el caso solo de 127 en el continente: aún se encuentra trabajo en el archipiélago. Ciertos empleos «continentales» ya no están en boga en las islas, como los servicios públicos que pasan de 13 a 8 casos y sobre todo la agricultura que pasa de 26 a 16 casos. Otros permanecen estables como los mecánicos (8), los oficios de la construcción (14) o los empleos agrupados en el rubro «todo trabajo» (16) que son los menos calificados. Finalmente hay mayor demanda de ciertos empleos en las islas que en el continente, como los transportes (de 6 a 10 casos), la pesca (de 5 a 9), el comercio (de 14 a 20) y sobre todo el turismo en sus dos modalidades: los empleados de hoteles, bares y restaurantes pasaron de 3 a 13, mientras que los demás empleos turísticos (sobre todo los marinos) dieron un salto de 1 a 14 asalariados. Este último punto permite confirmar el vínculo

20 Este mecanismo funciona también en el otro sentido. Así, interrogado en Guayaquil, el capitán del *Piquero* (uno de los barcos de carga que abastecen al archipiélago) me decía que es más rentable llevar estibadores guayaquileños pues, incluso alimentados y pagados durante las 2 semanas de la rotación, resultan menos caros que los de las Galápagos: los continentales trabajan por 3.000 sucres (1,70 US\$) por día, frente a 20.000 (11 US\$) en el caso de los insulares.

entre el auge del turismo en las Galápagos y su poblamiento, pero en adelante hay que matizar esta correlación: de los 29 empleos previstos para los futuros migrantes, uno solo atañería al sector turístico basado en tierra, frente a 3 al turismo de redes, 4 a la pesca, 4 a la mecánica y 5 al comercio...

Únicamente un tercio de estos migrantes secundarios ha conservado el mismo oficio: esta movilidad profesional al igual que los empleos ejercidos muestran que son poco calificados. Los empleadores insulares —o los miembros de la comunidad de acogida— importan entonces una mano de obra que podrían perfectamente encontrar en las islas. Pese a su discurso sobre la necesidad de suspender las migraciones hacia el archipiélago, obedecen así a su interés económico o a su solidaridad familiar, y el argumento según el cual es la falta de formación profesional en las Galápagos lo que obliga a buscar trabajadores en el continente es refutado por los hechos.

El mercado laboral es entonces sumamente fluido en las Galápagos donde una parte importante de la población cambia a menudo de empleo según las ocasiones creadas por los empleadores que están constantemente en busca de costos salariales mínimos y en función de mercados a veces de escala mundial. De ello resulta la formación y el engrosamiento de una población «flotante» de semi-desempleados en el archipiélago, lista a emplearse en cualquier trabajo, pesca de exportación o toda actividad que permita ganar dinero puntualmente. En consecuencia la competencia por el empleo es cada vez mayor y los salarios locales bajan a medida que afluyen nuevos migrantes a las Galápagos. Las redes de contratación son entonces en gran parte responsables de la inmigración pero no son las únicas pues las migraciones comunitarias, si bien presentan a menudo el mismo interés económico para los migrantes «cabeza de puente» que organizan esas redes entre su tierra natal y las islas, ofrecen además una ventaja social importante: la reconstitución de comunidades vinculadas por un mismo origen continental, garante de la identidad colectiva del grupo de migrantes en el medio de acogida.

De las migraciones por redes a la formación de comunidades

En todas partes, la mayoría de las personas que los encuestados han llevado o piensan hacer venir a las Galápagos pertenecen a la familia, es decir que su desplazamiento incumbe a las redes comunitarias. El interés de estas últimas para quienes las implantan supera de lejos a la simple ventaja comparativa en materia de salarios: se trata de ayudar a la implantación y luego a la adaptación de los recién llegados a las Galápagos sirviéndose de vínculos comunitarios, locales y/o con el continente. Los relatos de encuestados permiten identificar algunos de esos servicios y ante todo el intercambio de facilidades de instalación por trabajo:

L. tiene 43 años, es agricultor y ganadero en la parte alta de Floreana. Nació en el cantón de Macará (provincia de Loja), como sus padres y su esposa, con quien se casó en Floreana después de traerla del continente y tiene 3 hijos. En Macará no tenía tierra y ayudaba a su padre en la explotación familiar hasta el día en que uno de sus primos, también de Macará y propietario de una finca en Floreana, le prometió «el oro y el moro en las Galápagos». Así, llega al archipiélago en 1972 y trabaja un año como peón en la finca de su primo y luego hace su servicio militar como marino en San Cristóbal. Pide después dinero prestado a su primo y compra tierra para instalarse por su cuenta como finquero en Floreana en 1974. En 1979, hace venir a su hermano menor, agricultor sin tierra en Macará, a quien emplea como ayudante en la finca. En 1980, le toca a su hermana y a su cuñado, también campesinos en Macará, a quienes acoge en Floreana antes de que se instalen como agricultores por cuenta propia en San Cristóbal. Finalmente, en 1991, invita a sus padres a reunirse con él, después de que estos cedieran su finca a uno de sus hijos. L. se queja de la falta de mano de obra en Floreana, lo que lo obliga a «importar» cada año trabajadores estacionales de Macará, conocidos. Por ello, se declara favorable a la inmigración: «Se necesita más gente aquí para hacer funcionar el comercio y para trabajar».

La familia de L. tiene una fuerte cohesión geográfica: todos los miembros son originarios del mismo cantón. Gracias a un miembro de la comunidad de origen, casi siempre perteneciente a la familia, el migrante es acogido y alojado, y luego le prestan dinero para que se instale por cuenta propia. A cambio, él ayuda con su trabajo al miembro de la comunidad que le facilitó su instalación en la isla. Posteriormente, una vez alcanzada cierta holgura, ese migrante ya sólidamente implantado en su medio de acogida puede ayudar a otros miembros de la comunidad, escogidos prioritariamente dentro del círculo familiar más cercano (hermanos y padres), a instalarse en las islas: estos a su vez le pagarán con trabajo. La red de migración comunitaria se extiende ramificándose cada vez más gracias a la utilización de estos dos mismos procedimientos en cada etapa.

Otra ventaja de las migraciones comunitarias proviene de las alianzas familiares que permiten establecer:

T. ha ayudado a varias personas a instalarse en las Galápagos: primeramente en 1960, se trata de un sobrino, otrora campesino en Pelileo y hoy en día a la cabeza de la principal empresa de mecánica de Puerto Ayora; en 1964, le toca a otro sobrino, también agricultor en Tungurahua «donde había poco trabajo y salarios muy bajos»: comienza como empleado en el primer hotel de Puerto Ayora, regentado por un estadounidense con cuya hija termina casándose. En 1965, T. hace venir a Santa Cruz a una pareja de conocidos: él era carpintero de obra y trabaja desde entonces como «hombre orquesta» en la explotación de T. donde su esposa es empleada como cocinera. En 1994 T. proyectaba acoger a otra pareja del continente, esta vez del círculo familiar, para que se ocupe de su negocio. Sin embargo declara oponerse a la prosecución de las migraciones hacia las Galápagos: «Demasiada gente...».

Así, el último, aunque no el menor, factor de éxito de T. viene de su red familiar y de las alianzas locales que le ha permitido establecer. Los miembros de su familia tuvieron la suerte de llegar a Puerto Ayora antes del desarrollo del turismo y de la ola de migrantes que afluye a partir de los años 1970, al tiempo que trabajaban con las primeras empresas turísticas, uno como mecánico, el otro en el único hotel existente en la época: habiendo adquirido un *savoir-faire* y, aliándose a una familia de pioneros estadounidenses, los sobrinos de T. son ahora notables. Este éxito económico y social repercute en T., su mujer y sus hijos, quienes también son miembros de la «gente bien» de Puerto Ayora, la que vive del turismo y vive bien. T. es entonces un migrante que supo utilizar a la vez al Estado y a las redes comunitarias, demostrando paralelamente iniciativa individual.

Finalmente, otra ventaja que ofrecen estas redes de migración es la constitución de comunidades de tipo diáspora:

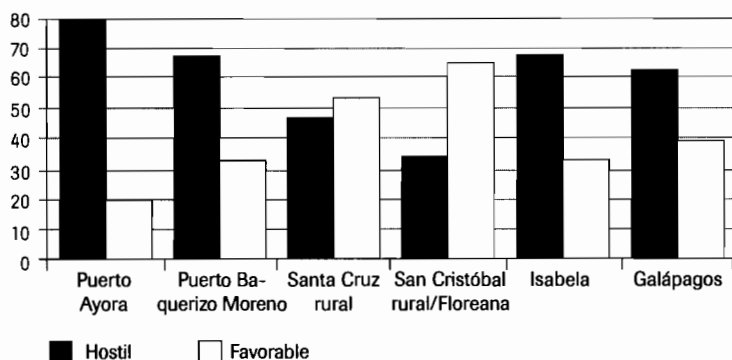
Z.C. tiene 29 años y vive en Puerto Villamil. Nació en el piedemonte amazónico, en Zamora (Zamora Chinchipe), a donde habían migrado sus padres originarios de Loja; su mujer es de Vilcabamba (Loja) y tienen 4 hijos. No ha cursado estudios más allá de la escuela primaria: a los 15 años migra a Nueva Loja (Lago Agrio, ciudad petrolera de la Amazonía) donde encuentra empleo en un bazar regentado por un compatriota lojano. En 1985, regresa a Zamora Chinchipe a trabajar en las minas de oro de Nambija. Allí escucha un anuncio en Radio Loja: el propietario del Hotel Loja, en Puerto Villamil, busca un carpintero y le paga el viaje. Z.C. llega a Isabela en 1987 y trabaja para su compatriota como carpintero y albañil durante tres años. Luego, gracias a sus ahorros y a préstamos, se instala por cuenta propia: primero es comerciante y desde hace diez años trabaja también como intermediario en la pesca de pepinos de mar; se negó a declarar cuánto ganaba.

En 1993, Z.C. hace venir a uno de sus cuñados, campesino en Vilcabamba, y a su mujer: contrata al primero como «hombre orquesta» y la segunda es empleada como vendedora en el almacén familiar, donde la esposa de Z.C. es cajera. Z.C. proyecta traer a dos de sus cuñadas que no tienen trabajo en Vilcabamba y para quienes piensa poder encontrar empleo en Puerto Villamil. Él y su mujer poseen su casa y otro terreno en Puerto Villamil, donde van a abrir un hotel. Z.C. no es hostil a las migraciones, «mientras haya trabajo; lo que falta aquí es el aeropuerto, de manera que la gente pueda vivir del turismo en lugar de depender solo de la pesca». Se declara galapaguense, lo que él define como el hecho de «vivir en este medio con las mismas costumbres de la gente de aquí, como por ejemplo la idea de que ya no se podrá salir de la isla». Se queja sin embargo del ostracismo de los nativos de Isabela que piensan que «venimos solo para hacer dinero, mientras son ellos los que no quieren trabajar».

mo en las Galápagos siempre ha estado balizado por apoyos de una red migratoria lojana, pero su caso ilustra también las tensiones que provoca la instalación de una comunidad muy dinámica cuyo crecimiento se nutre de redes que se extienden a la región, al país, e incluso mas allá, en una sociedad territorial «isleña» que en gran parte sigue siendo tradicional y está encerrada en sí misma.

De hecho, la población de las Galápagos en su conjunto tiene una actitud ambigua frente a la inmigración; el 61% de los encuestados son hostiles a ella mientras que la mitad de ese porcentaje ha hecho venir migrantes y una cuarta parte proyecta traer a otros (véase la figura 18).

Figura 18
Opinión de los encuestados sobre las migraciones hacia las Galápagos



Fuente: Encuestas personales

Puerto Ayora: N = 105; Puerto Baquerizo Moreno: N = 62; Santa Cruz rural: N = 15; San Cristóbal rural/Floreana: N = 14; Isabela: N = 15; Galápagos: N = 211; no responden: N = 3.

Los encuestados rurales se declaran en su mayoría favorables a la prosecución de la inmigración, pues viven en zonas donde el despoblamiento ha sido muy marcado en los últimos decenios. En las ciudades, en cambio, los migrantes representan ante todo una competencia en el mercado laboral por cierto deprimido.

Luego, el pésimo estado de los servicios públicos, particularmente municipales, hace difícil el aumento de la población urbana cuyas condiciones de vida se deterioran rápidamente. Además, los transportes entre las Galápagos y el continente no siempre son suficientes, sobre todo durante los periodos de máxima frecuentación turística²¹ para abastecer regularmente a la población con los pro-

21 Este problema que aumenta la inflación y provoca en ocasiones escasez en el archipiélago, es agravado por la prioridad que dan sistemáticamente las compañías aéreas a las empresas turísticas: el turista extranjero paga su pasaje 4 veces más caro que el colono.

ductos básicos. Finalmente se responsabiliza a los migrantes del aumento de la delincuencia así como de la degradación de las costumbres, en especial en Puerto Ayora.

Si el poblamiento de las Galápagos ha sido tan rápido es gracias al desarrollo de su economía que resulta en parte de la acción del Estado, pero este ha contribuido a ello también mediante la implantación de una nueva malla administrativa, comenzando por la indispensable provincialización de las islas.

De la presencia administrativa...

Después del lanzamiento del turismo en el archipiélago el otro eje de la política del Estado en las Galápagos se implanta con su provincialización, establecida bajo el régimen militar de los años 1970:

El gobierno nacional, acorde con los principios de la Revolución Nacionalista, propugna un desarrollo armónico y equilibrado de todas las regiones del país, en especial de aquellas que tradicionalmente han estado marginadas de los beneficios generados por el desenvolvimiento nacional.

Bajo este esquema el 18 de febrero de 1973, el Gobierno eleva a la categoría de provincia al Archipiélago de Colón, aliviando de esta manera la importancia y preocupación que le merece por su singularidad dentro del conjunto nacional.²²

Ciertamente se reconoce la «singularidad» del archipiélago pero para fundirlo mejor con un territorio nacional que el Estado pretende homogeneizar mediante el desarrollo y la provincialización. Esta, en las Galápagos, forzó la cerradura de ese antiguo territorio administrado por la Marina, donde, para instalarse, se debía obtener el permiso de la autoridad militar: todo ciudadano puede ahora establecerse libremente en las zonas de colonización del archipiélago. Sin embargo, la provincialización significa también la implantación de estructuras de encuadramiento de la población –los municipios– y de desarrollo –el INGALA– así como la elaboración de numerosos planes de ordenamiento del PNG y de la nueva provincia.

Las estructuras de encuadramiento y de desarrollo de la provincia insular

Hoy en día, Ecuador está dividido en 21 provincias subdivididas en 134 cantones, de al menos 50.000 habitantes, administrados por municipios: las provincias amazónicas e insular escapan a este umbral geográfico a fin de favorecer la colonización de esos espacios abiertos. En las Galápagos, la provincialización da

origen a los cantones de San Cristóbal (del que depende Floreana), Santa Cruz e Isabela. En el archipiélago, el Estado financia los presupuestos municipales hasta en un 75% en promedio, pero esta participación experimenta grandes fluctuaciones en función de los cambios políticos en Quito y de los eventuales acuerdos entre los sucesivos alcaldes de un municipio con los dirigentes nacionales. Los más hábiles de los primeros viajan entonces a menudo a la capital para asediar a quienes detentan el poder²³. El presupuesto municipal se financia con impuestos sobre la utilización de las infraestructuras cantonales (los muelles principalmente), el ingreso catastral y el pago por la recolección de basura y la distribución de agua. En realidad los insulares casi siempre están exentos de impuestos locales (Rodríguez, 1993) y lo esencial de los ingresos municipales no proporcionados por el Estado provienen del primer tipo de impuesto.

Financiados en su mayor parte por el Estado que los ha creado, los municipios de las Galápagos no parecen existir sino para dar a los insulares un marco administrativo local idéntico al que dejaron en el continente: se trata de un «traslado del territorio» (Le Lannou, 1967). Sin embargo, la concesión de empleos municipales²⁴, la adjudicación de terrenos para construcción, la captación de una parte de la renta turística, la defensa de los intereses insulares frente a la administración central, a los empresarios continentales o a los conservacionistas extranjeros, así como los esfuerzos para obtener ayuda internacional²⁵, explican que los alcaldes se hayan convertido en actores importantes en las Galápagos.

En 1979 el Estado crea una «entidad pública de desarrollo» para el archipiélago, el Instituto Nacional Galápagos (INGALA) que depende de la presidencia de la República y reemplaza al Consejo Provincial que los militares no habían creído útil instaurar. El retorno a un régimen civil no cambia la voluntad del Estado de manejar con firmeza el desarrollo de la provincia insular. Las competencias del INGALA son universales, le escapa únicamente el campo reservado a los militares: sus atribuciones se superponen a las del SNPG, de los municipios y de va-

23 Entre 1992 y 1994, el alcalde de Isabela hacía cada dos meses los cuatro días de viaje (ida y vuelta) necesarios para llegar a la capital, orgulloso de diferenciarse así de su antecesor: «Era un campesino, no le gustaba viajar, y así no obtuvimos el autobús prometido por Quito porque él no fue allá; yo, no vacilo: allá es donde suceden las cosas».

24 En 1990 el 10,4% de la población activa de Isabela estaba contratada por el municipio (38 empleados), el 5% (82 empleados) en San Cristóbal y solamente un 1,9% (54 empleados) en Santa Cruz (INEC, 1990).

25 En 1994 dos proyectos internacionales conciernen parcialmente a los municipios de las Galápagos: el primero, financiado por el Banco Mundial y el gobierno nacional, con una parte relativa a «la organización urbana de los municipios» que cuenta con un presupuesto de 222.000 US\$; el segundo, que dispone de 600.000 US\$ provenientes del BID, de Japón y del gobierno ecuatoriano, y presenta rubros de «planificación sanitaria» y «desarrollo administrativo» que atañen a los municipios (Parra, 1994).

rios ministerios. La provincia es enteramente territorio del INGALA y en la ley que lo funda para nada se menciona al PNG; mas aún, el Instituto posee «el 2% de las islas pobladas» además de las zonas de colonización (INGALA, 1979): los aeropuertos de San Cristóbal y de Isabela fueron pues construidos en tierras inicialmente atribuidas al área «protegida»...

Extrañamente, considerando las múltiples funciones que se le encomendaron, el INGALA no tuvo programa hasta el «plan de acciones inmediatas» elaborado para 1985-1986 con ocasión del incendio en Isabela en 1985. Este plan ilustra la amplitud del campo de intervención del INGALA: el 40% del presupuesto previsto de 289 millones de sucres (entonces aproximadamente 2'500.000 US\$) está destinado a las infraestructuras de transporte (en especial para terminar, en colaboración con el ejército, el aeropuerto de San Cristóbal y proseguir la construcción del de Isabela), el 18% al crédito público, el 13% a las obras sanitarias, el 11% a la salud pública, el 7% a la educación y la investigación, el 6% al turismo y el 5% al desarrollo agrícola. Desde entonces, el INGALA establece un «plan de operación» anual, sin un esquema de conjunto ni un programa a mediano plazo...: lo esencial del trabajo realizado por el INGALA consiste en obras



El alcalde de Puerto Baquerizo Moreno, que hizo expulsar a una colonia de lobos marinos instalada en la playa de la ciudad, desperdiga en ella estatuas de cemento como esta ballena colocada a la entrada del muelle municipal. Una de las funciones de los municipios es reducir las particularidades de las Galápagos con el fin de integrarlas mejor a Ecuador: así, el cemento y Coca-Cola prevalecen sobre los lobos marinos.

de infraestructura²⁶, así como en garantizar un servicio de transporte marítimo entre las islas, para lo cual está dotado de maquinaria para obras públicas y de 3 barcos. Así, para el INGALA, hacer trabajar esos equipos trazando carreteras y circulando por ellas significa una política de desarrollo, lo que presenta la ventaja de exhibir el poder del Estado.

La presencia del Estado en las Galápagos se manifiesta también en la apelación de tipo colonial de las delegaciones del Instituto en las islas, los extensos «campamentos INGALA», que están situados en «zonas de uso especial» del PNG, al borde de las zonas portuarias de colonización, y donde se encuentran las viviendas del personal de Instituto, talleres y los parques de maquinaria de obras públicas. Hoy en día, en los «campamentos» o al fondo de los puertos, máquinas y barcos están a menudo inmovilizados y se oxidan poco a poco bajo la garúa, por falta de mantenimiento y de repuestos. Pese a todo, el Instituto mantiene un poder innegable sobre la sociedad local: en 1994, con 170 funcionarios (es decir 3 veces más que el SNPG), seguía siendo el segundo empleador en las Galápagos después de las Fuerzas Armadas. En cambio, el presupuesto del INGALA, aunque es aún el más importante de las entidades públicas presentes en las Galápagos, ha disminuido paralelamente al del Estado: en 1994 era de 3.000 millones de sucres (entonces 1'600.000 US\$ aproximadamente), es decir una suma comparable a los presupuestos acumulados de los tres municipios (1'500.000 US\$), pero muy superior a los recursos atribuidos al SNPG (400.000 US\$) en ese mismo año.

El INGALA es dirigido por un gerente nombrado y revocado por el presidente de la República, pero sus poderes son en realidad limitados pues esta nominación se negocia con el representante de las Galápagos en el Congreso Nacional: un gerente del INGALA conveniente para los intereses del diputado a cambio del apoyo de este último al presidente de la República. Como el mandato de los legisladores dura dos años, los gerentes cambian frecuentemente: de 1980 a 1992, el INGALA tuvo 10 (Rodríguez, 1993). El carácter eminentemente político de este cargo ha contribuido a debilitar al Instituto impidiéndole tener una continuidad en su programa: así, la población de las Galápagos tiene de él una muy mala opinión (Grenier, 1996). Lo que sucede es que, concebido inicialmen-

26 En Isabela, estas son surrealistas: en una isla donde hoy en día no hay aún sino una decena de vehículos motorizados y en una zona agrícola que siempre ha estado poco habitada y que, por añadidura, está en vías de despoblamiento, el INGALA ha trazado decenas de kilómetros de caminos que no llevan a ninguna parte por estar limitados por el PNG... Así, una consultora del Banco Mundial observa que «no es conveniente que el INGALA continúe realizando obras de infraestructura que han sido su principal actividad hasta la fecha y se han ejecutado con un objetivo claramente desarrollista, sin considerar los impactos en el medio ambiente» (Cruvellier, 1991: 24).



Campamento del INGALA en Puerto Villamil. La maquinaria nueva ha sido traída para terminar la construcción del aeropuerto de Isabela. Estos campamentos establecidos en las zonas de uso especial del PNG ilustran la prioridad del Estado en las Galápagos: incorporarlas al territorio nacional y al mercado turístico mundial mediante la construcción de infraestructuras de transporte.

te como una verdadera máquina estatal de desarrollo de las Galápagos, el Instituto se ha hundido progresivamente en una burocracia que se ha tornado legendaria en el archipiélago: en 1993-1994, el 73% de sus ingresos estaban dedicados a su propia subsistencia (Machado y otros, 1994).

Sin embargo, el INGALA logró romper el aislamiento de las partes altas de las islas, así como garantizar un servicio de transporte más o menos regular, aunque no siempre confiable, entre las islas, y participó en la construcción de los aeropuertos del archipiélago. Incluso si estas realizaciones parecen limitadas en relación con las pretensiones iniciales de la institución, son esenciales para la integración de las Galápagos al espacio nacional. Finalmente, el INGALA es un medio probado de consolidar el poder de ciertos notables de las Galápagos, que se sirven del puesto de gerente para formarse una clientela en las islas: además de los numerosos empleos que ofrece, ello explica que, pese a su desaparición anunciada periódicamente, el Instituto ha sobrevivido hasta ahora. Estructuras administrativas de este tipo se integran en principio en un esquema de desarrollo y conservación de las Galápagos —objetivos siempre vinculados en la retórica oficial— sistemáticamente redefinido por planes.

Ambiciosos planes de corta vida

Puede parecer extraño que en Ecuador, país hoy en día entregado a la más desenfrenada economía de mercado, la elaboración de planes sea una de las actividades predilectas de las instituciones públicas. Sin embargo, aunque en principio el plan es obligatorio para las entidades públicas involucradas en su campo de acción, sólo es incitativo para las empresas, la población y sus representantes políticos que, de hecho, no lo tienen en cuenta en absoluto. Y como cada plan tiene en general una duración de vida equivalente máximo a la del gobierno que lo elaboró, las instituciones no hacen sino seguirlo, en el mejor de los casos, parcialmente.

Entre 1974 y 1994 fueron diseñados por entidades nacionales no menos de siete planes de ordenamiento para las Galápagos, a los que se deben sumar los informes intermedios y los planes anuales o sectoriales elaborados por los municipios, el INGALA o la FCD. El resultado de esta acumulación de papelerío²⁷ es que se han hecho proyectos quiméricos en lugar de contribuir a transformar la realidad con la ayuda de ese instrumento: pese a su apariencia técnica, no es posible seguirlos a la letra.

Primeramente, el sistema estadístico ecuatoriano presenta numerosas lagunas por lo que muchos de sus datos son poco confiables. En segundo término, los planes contienen análisis que rara vez se basan en estudios previos de los problemas sociales, económicos o ecológicos, por la buena razón de que tales estudios no existen: la FCD, única institución que tendría la capacidad científica de llevarlos a cabo —y que es, como tal, copartícipe de todos esos planes, salvo el último— prácticamente nunca los ha realizado aunque ello forma parte oficialmente de su misión. Sin embargo, si faltan esos conocimientos es también porque en el manejo de las Galápagos desde Quito para y por intereses exteriores a las islas²⁸, son inútiles. Así, los planes retoman casi siempre, y a menudo literalmente, los análisis anteriores —que serían en este caso más bien recetas— sirviéndose de estadísticas deficientes actualizadas en lo posible. Se trata consecuentemente de obras de burócratas o expertos que se plagian entre sí, y ello tanto más fácilmente cuanto que, de un plan a otro, se encuentra frecuentemente a los mismos autores (Grenier, 1996).

27 El «Plan Maestro de Desarrollo Conservacionista de la Provincia de Galápagos» de 1988 tiene 1.139 páginas en 5 volúmenes...

28 «Aunque se han formulado planes para orientar las tareas de las instituciones a nivel local y regional, estos siempre han sido patrocinados por el gobierno central y dirigidos por grupos institucionales y privados que no pertenecen a las Galápagos» (Comisión Multisectorial, 1991: 27).

Además, las instituciones ecuatorianas no atribuyen gran importancia a sus propios planes puesto que justifican su existencia subrayando que los anteriores son inacabados o han sido mal diseñados. Así, el último declara, después de seis planes sobre el archipiélago en veinte años, que «las Galápagos necesitan un verdadero sistema de planificación regional!» (INEFAN, 1994: 68). Finalmente, toda la historia de las Galápagos desde los inicios de la planificación muestra que las recomendaciones enunciadas en esos planes casi nunca tienen efecto: así, el plan de 1975 indica que «se deberá prohibir la instalación de nuevos colonos»... (JNPC, 1975: 17); los planes de 1974, 1975, 1984 y 1988 preconizan cupos de turistas en el PNG, etc. Se podrían multiplicar los ejemplos.

El examen de los objetivos generales de los planes informa sobre la evolución de las concepciones del Estado sobre las Galápagos: se observa el paso progresivo de un vocabulario nacionalista al empleo de términos tecnocráticos, deslizamiento semántico que se explica por el creciente financiamiento de esos planes por parte de los organismos internacionales y por la participación cada vez mayor de consultores extranjeros en su redacción, pero que se hace eco de los azares de la política ecuatoriana y de la coyuntura internacional.

El tono nacionalista del plan de 1975 se manifiesta en sus objetivos (idénticos a los del primer plan de ordenamiento del PNG de 1974), así como en el orden en que se exponen:

- Reafirmar y tomar conciencia de la soberanía sobre la zona marítima y terrestre del Archipiélago;
- Conservar y rehabilitar la integridad de la riqueza natural existente, como patrimonio y beneficio de los ecuatorianos en forma prioritaria, por las particularidades de flora y fauna, de valor único en el mundo;
- Preservar el Parque Nacional Galápagos como un Laboratorio Natural y fuente de investigación científica, dirigida por ecuatorianos y orientada al enriquecimiento cultural del país;
- Propender hacia una real integración económica, social y cultural de la Provincia con el resto del país.²⁹

La soberanía sobre las aguas –importante de recordar cuando acaba de tener lugar el episodio más belicoso de la «guerra del atún» con Estados Unidos (Deler, 1981)– y las islas es el objetivo primordial. Una naturaleza calificada de «riqueza» cuyos primeros beneficiarios deben ser los ecuatorianos se ubica en el linaje de las declaraciones ecuatorianas sobre la conservación, al igual que la idea cientista del «laboratorio» retoma los discursos de los naturalistas sobre las Galápagos. La novedad consiste sin embargo en proclamar que la investigación

científica practicada por la ECCD debe ser dirigida por los ecuatorianos y «enriquecer» al país: este plan marca el inicio del proceso de «ecuatorianización» de la FCD. Finalmente la «integración de la provincia al resto del país» da la clave de lectura de este primer plan de ordenamiento. Este nacionalismo puede expresarse tanto mejor cuanto que el plan de la JNPCE (1975) pretende financiar sus programas únicamente con fondos nacionales y, en una gran proporción, públicos.

Al igual que el plan de 1975, el del CONADE (1988) prevé un financiamiento ecuatoriano, lo que favorece un discurso nacionalista aunque temperado en este caso por el orden de exposición de los objetivos:

- la preservación y la conservación del medio ambiente;
- el desarrollo sustentable que garantice el mejoramiento del bienestar social de la población;
- el refuerzo de la soberanía nacional.³⁰

Los términos de «naturaleza» y «riqueza» fueron reemplazados por aquel, más neutro, de «medio ambiente». Si bien la conservación es el primer objetivo, ello no significa el abandono de una parcela de soberanía ecuatoriana sobre las Galápagos, recordada en tercer lugar: el Estado permanece vigilante. Por cierto, la colonización de las Galápagos se considera como algo adquirido, puesto que ya no se habla de integración sino de mejoramiento del nivel de vida de la población garantizado por el «desarrollo sustentable», término que hizo su aparición en las instituciones internacionales el año anterior en el informe Brundtland (1987).

El plan de 1991 retoma, en el mismo orden pero completándolos, los tres objetivos de 1988:

- Preservar la riqueza biológica y ecológica de las islas;
- Promover el desarrollo sostenido y planificado de los asentamientos humanos de las islas, bajo restricciones que impongan las prioridades de conservación de los ecosistemas;
- Sustentar la soberanía nacional asegurando la presencia permanente de la población ecuatoriana en la región insular.³¹

Se trata de preservar una «riqueza» proveniente de la «biología» y de la «ecología», términos que remiten a la investigación científica realizada en el archipiélago y a las preocupaciones conservacionistas internacionales del momento. En efecto, este plan fue redactado un año antes de la conferencia de Río de Janeiro

30 CONADE, 1988.

31 Comisión Multisectorial, 1991: 2.

y financiado en un 90% por el PNUD, lo que explica la promoción de un «desarrollo sustentable» definido de manera más precisa que en 1988, puesto que se prevé en este caso someterlo a los objetivos de la conservación. No obstante, la soberanía se concibe como sinónimo de poblamiento ecuatoriano de las Galápagos: nada ha cambiado en este punto...

En cuanto a los objetivos generales del Plan de la RRMG –Reserva de los Recursos Marinos de las Galápagos– (1992), están enunciados en una jerga tecnocrática que no hace sino confundir:

- Establecer un sistema simplificado para ordenar y administrar el uso de los recursos naturales marinos del Archipiélago, manteniendo limitada la interferencia humana en el ambiente natural;
- Dotar de elementos y criterios técnicos para la toma de decisiones de las políticas de manejo y el uso de los recursos marinos, tanto como medio de subsistencia humana así como de base para el desarrollo regional;
- Compatibilizar los usos presentes a través del ordenamiento espacial y la formulación de regulaciones que fueren necesarias, evitando cualquier uso conflictivo y resolviendo la sobreposición de usos.³²

Es la era de las palabras bonitas pues en el año de la «Cumbre de la Tierra» la comunidad internacional hace manifiestas sus preocupaciones sobre el estado ecológico del planeta: no cabría entonces poner énfasis en una conservación sinónimo de explotación de las «riquezas naturales», menos aún si The Nature Conservancy, poderosa ONG conservacionista estadounidense, financió ese plan. Este texto es consecuentemente un monumento de consenso poco claro: el conflicto de las instituciones conservacionistas con la población local y las empresas continentales de pesca –actores que no fueron asociados al plan– alcanza entonces su paroxismo, pero se pretende querer evitar «todo uso conflictivo». La acumulación de planes sobre las Galápagos justifica que se busque un «sistema simplificado», al tiempo que se pregona «la formulación de reglamentos»... Sin embargo, también se recuerda en los objetivos específicos que este plan sirve además para

fortalecer la soberanía nacional en el archipiélago y las aguas adyacentes territoriales³³.

En definitiva, la razón de ser de los planes de ordenamiento de las Galápagos es demostrar, mediante la elaboración de textos administrativos, que el Estado conoce la situación del archipiélago y la controla, lo que justifica al mismo tiempo que organizaciones internacionales participen en ellos. Así, al igual que las leyes

sobre el archipiélago, estos textos administrativos pueden ser considerados como otras tantas fronteras de papel que protegen simbólicamente la soberanía ecuatoriana sobre las Galápagos. Sin embargo, esa no es su única función: estos múltiples planes y reglamentos son también un medio, para las entidades que los redactan y están encargadas de aplicarlos, de establecerse en las Galápagos. El desafío es importante: se trata de ubicarse en el archipiélago a fin de poder captar parte de la renta que proporciona el turismo y los fondos internacionales para la conservación. Así, el poder administrativo o político consigue territorios en las Galápagos y desde allí se conecta con las redes de una economía insular cada vez más abierta al mundo.

...a la depredación pública

De la utilidad de los planes no respetados

¿Qué explica la multiplicidad de planes sobre las Galápagos puesto que, a todas luces, no es su eficacia? No faltan las respuestas. El plan es útil primeramente porque legitima al organismo encargado de elaborarlo: puede ser una institución existente, como la JPNCE en 1975 o el CONADE en 1988, o una entidad creada para el efecto como la «Comisión de Alto Nivel» en 1984, la Comisión Multisectorial en 1991 o la Comisión Interinstitucional en 1992...

La creación de una comisión encargada de establecer un plan puede también ser un medio de ubicar a alguien o de agradecer un favor³⁴. En efecto, los responsables de estas comisiones encarnan la política del gobierno en las Galápagos, puesto que el plan representa la carta magna de su acción en las islas: a este título, son los interlocutores inevitables de los socios extranjeros relacionados con el archipiélago –ONG, empresas turísticas, expertos de organismos internacionales, organismos de financiamiento u otros–. Además, la comisión centraliza numerosas solicitudes de derogación, quejas y propuestas provenientes de empresarios descontentos por las reglas del juego que cambian sin cesar. Y en la era del rápido desarrollo del turismo y de la pesca de exportación en el archipiélago, el director del organismo encargado de aplicar los reglamentos promulgados por el plan detenta un poder real que puede ser fuente de no pocas satisfacciones pecuniarias. Los planes reflejan así la importancia relativa de los actores institucionales en las Galápagos que obtienen o no los fondos solicitados para sus proyectos.

34 como en el caso del yerno del presidente Durán Ballén que fue nombrado director de la «Comisión Permanente Galápagos» en 1992, antes de ser destituido en 1994 debido a un escándalo financiero.

Además, para un nuevo gobierno, el abandonar el plan anterior sirve para reconocer errores de ordenamiento o de manejo cometidos en las Galápagos sin que ello acarree consecuencias mayores para el poder reinante, puesto que tales fracasos son imputables a sus antecesores. Esto da una imagen de Ecuador de país consciente de la necesidad de preservar un «Patrimonio mundial»³⁵ mediante planes de ordenamiento que son otras tantas señales dirigidas a los organismos internacionales³⁶ y a los medios de comunicación de los países del Norte. El hecho de que cada gobierno haya creído útil tener su o, a veces, sus propios planes de ordenamiento de las Galápagos es elocuente: cada uno reivindica una actitud responsable frente al archipiélago.



Pesqueros como este, continentales o extranjeros, operan ilegalmente en la bahía de Banks, una de las zonas más «protegidas» de la RRMG, puesto que allí en principio está prohibida toda captura. Al fondo, el volcán Wolf, punto culminante de las Galápagos.

35 Se lo recuerda, por ejemplo, en el preámbulo del Plan sobre la reserva marina (Comisión Interinstitucional, 1992, p. 2).

36 Estos sin embargo no siempre son ingenuos. Así, el informe de los expertos de la Unión Europea observa que «las normas institucionales y la legislación sectorial relativas a las Galápagos repiten hasta la saciedad términos como “conservación de los recursos”, “prioridad a la ecología”, “coordinación”, “cooperación”, etc., pero todo ello, desgraciadamente, se limita al papel. La realidad es muy diferente. La proliferación de instituciones y la falta de cooperación de las principales y más poderosas han provocado una situación que raya en la ingobernabilidad [...]. La conservación está en todas las bocas pero más como excusa o justificación que como un objetivo realmente asumido» (Machado y otros, 1994: 50).

En el mismo orden de ideas, el plan así como las múltiples comisiones a las que se encomienda su preparación o su aplicación son otros tantos medios tecnocráticos de eludir problemas de todo orden que se plantean en el archipiélago. La RRMG es un ejemplo de ello: fueron necesarios 20 años, entre el Plan de 1974 que recomendaba proteger una franja de 2 millas marinas alrededor de las islas y la firma, en 1994, del decreto presidencial que aprobaba el plan de manejo de la RRMG (creada en 1986), para que la protección de la vida marina del archipiélago se convierta en un objetivo oficial. Durante todos esos años las empresas costeñas de pesca prosiguieron el saqueo de los fondos marinos del archipiélago e impulsaron la pesca de una nueva especie comercialmente rentable, los pepinos de mar. El tiempo así como la acumulación de instituciones necesarios para aplicar ese plan parecen tanto más excesivos cuanto que ¡sigue sin ser respetada!

Así, los planes son el equivalente nacional de los informes de expertos internacionales y no es sorprendente que sean muy codiciados por todas las partes involucradas. En efecto, para las empresas de turismo o de pesca y las instituciones vinculadas a ellas, planes e informes de expertos permiten ganar tiempo —es decir dinero— manteniendo el *statu quo* hasta que se publiquen resultados y recomendaciones³⁷ y cuando esto se produce el gobierno ha cambiado y el nuevo pide otros. Además, los informes de expertos son la razón de ser de las organizaciones internacionales que los producen: a propósito de la agitación provocada por la pesca ilegal en la RRMG, *El Universo* (5-4-1995) reporta que después de la misión en las Galápagos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) en marzo de 1994, el presidente de la FCD propuso el envío de otra misión internacional a las islas, en la que científicos realizarían un «estudio sobre la situación actual de la vida marina». Hubo sin embargo misiones de la Unión Europea en agosto de 1994, del WWF en noviembre de 1994 y de la UICN en diciembre de 1994, las cuales, todas, denunciaban los graves atentados al medio ambiente en la RRMG: la política de espera de los expertos conservacionistas internacionales responde así a... las expectativas de las empresas de pesca costeñas. J. Anhalzer, antiguo presidente de la Comisión Multisectorial, sacó una lección de esta pasividad:

Los estudios [sobre las Galápagos] de los sucesivos gobiernos comenzaron en 1973; cada uno ha elaborado su plan. Estos planes son a menudo contradicto-

37 *El Comercio* (10-4-1995) se interroga, en un artículo titulado «¿Se ponen obstáculos a la RRMG?»: «¿Acaso el procedimiento pedido por el presidente de la República para agrandar la RRMG se habrá detenido en el Ministerio de Comercio, Industrias y Pesca [MICIP]? [...] El MICIP manifiesta que la extensión de la RRMG es una decisión que demanda más análisis y debates, con la participación de todos los sectores involucrados. Observa que para que tal ampliación sea eficiente, es indispensable que esté basada en estudios científicos y técnicos, que se deberían encargar al INP».

rios entre sí, sus enunciados varían según los vientos políticos dominantes en la época en que fueron establecidos [...] ¿Por qué entonces comenzar de nuevo a perder el tiempo en nuevos estudios y análisis si el que nos queda es cada vez más corto? [...] Los estudios existen, se conocen los problemas desde hace mucho tiempo ya, hay que tomar medidas y apoyarlas con decisiones políticas para evitar que el deterioro de este irremplazable patrimonio continúe de manera irreversible.³⁸

Controlar los nudos de las redes: la proliferación de entidades públicas interesadas en captar la renta

La presencia del Estado en las Galápagos a través del despliegue de sus funcionarios en ciertos lugares públicos es tanto más ostentosa cuanto que la insuficiencia de sus medios le impide mostrarse en la mayor parte del archipiélago. El Estado no hace acto de presencia sino en algunos lugares de las Galápagos, pero estos —puertos y aeropuertos— son cruciales: son las «sinapsis» que articulan a las redes internas de comunicación del archipiélago con el resto del mundo. El dominio territorial del Estado en las Galápagos no se ejerce sino en la interfaz archipiélago/mundo exterior y se reduce a algunos puntos nodales de las redes, a fin de que el control sea eficaz y poco costoso: Guayaquil en el caso de cualquier barco con destino a las Galápagos, Puerto Baquerizo para todo navío que llega, y lo esencial de las Fuerzas Armadas presentes en el archipiélago se concentra en sus dos puertos de entrada, Baltra y San Cristóbal.

De 1928 a 1979 la Armada era de hecho la única responsable del archipiélago pero pese al retorno a un régimen civil, las Fuerzas Armadas conservan un enorme poder en las Galápagos³⁹. En efecto, en Ecuador, todo lo que circula en el mar lo hace con la autorización de la DIGMER, entidad dependiente de la Armada que delega localmente su autoridad a los capitanes de puerto, militares; la Armada tiene además el monopolio del abastecimiento de combustible para las Galápagos. Cada avión vuela con el permiso de la DAC (Dirección de Aviación Civil), institución que está también en manos de los militares. Estos últimos son propietarios de la principal compañía aérea ecuatoriana, TAME, que tiene la exclusividad de la atención a Baltra, por donde transitan el 70% de las personas que ingresan al archipiélago; todos los aeropuertos insulares son propiedad de la aviación militar que realiza además vuelos bimensuales hacia las Galápagos, a precios reducidos, en sus propios aviones. Las Fuerzas Armadas, por su control de los puntos de entrada a las Galápagos y del 75% del tráfico aéreo con desti-

38 *Hoy*, 9-10-1994.

39 La creación del PNG no modificó la actitud de los militares que continuaron utilizando las islas como campo de entrenamiento (véase Latorre, 1991; Kaysin, 1994).

no al archipiélago, así como por su jurisdicción exclusiva sobre los espacios marítimo y aéreo, guardan celosamente las llaves que abren un archipiélago aislado.

El inconveniente de este modo de control territorial en relación con el que permitiría surcar el archipiélago es que ignora lo que sucede al interior de las Galápagos, tanto entre los puntos nodales de las redes como en las extensiones marinas o terrestres. El papel de los militares se asemeja entonces más al de los boleteros estáticos que al de los controladores móviles: instalados a las puertas del archipiélago, conceden la autorización de entrar o circular en él pero no pueden luego recorrerlo para buscar a los contraventores⁴⁰. Pero el control ejercido sobre la superficie del territorio insular no tiene importancia, salvo en los discurs-



El Boeing 727 de la compañía Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos (TAME) desembarca todos los días su grupo de pasajeros en la isla de Baltra, base militar. Es visible el efecto de abrigo pluviométrico: cielo despejado en Baltra, que está protegida por Santa Cruz, al fondo, donde el cielo está cubierto.

40 Así, *El Comercio* (11-11-1994) en un artículo titulado «El diesel, enemigo del control», señala que «el reciente aumento del precio del diesel causa perjuicio al control y a la patrulla en las islas». En 1996 la Armada disponía en las Galápagos de 200 militares y 2 pequeños patrulleros; estos últimos, sin embargo, estaban presentes allí solamente 8 meses al año y no podían efectuar sino pocas y cortas misiones... a proximidad de las costas ¡por falta de medios de funcionamiento!

sos oficiales, puesto que el «maná» que proporcionan las Galápagos transita por las redes que unen al archipiélago con el resto del mundo. Así, ciertos capitanes de puerto aprovechan su aislamiento y su autoridad absoluta sobre los movimientos marítimos en su circunscripción naval para transformar su poder en una verdadera renta de situación local⁴¹, concediendo a cambio de dinero permisos de pesca ilegales o, gravando, con los pretextos más fútiles, los desplazamientos de los barcos de turismo. Funcionarios subpagados en relación con las fabulosas ganancias de ciertas empresas de turismo o de pesca, los militares tienen el poder de tomar parte de esos beneficios, al no poder efectuar sus misiones de control y hacer respetar los reglamentos vigentes. La confianza de un oficial de la DIGMER es explícita a este respecto:

En el Ecuador, tenemos muchos reglamentos, cada institución tiene el suyo; el problema es que no son aplicados, por falta de personal, de medios materiales y en razón de la corrupción de ciertos funcionarios.

Sin embargo, se puede afirmar también que es la corrupción la que permite en parte al derecho nacional establecerse en las Galápagos: todo el mundo juega a creer que los reglamentos pueden ser aplicados mientras todos saben que es imposible. Dicho en otros términos, el corruptor paga el soborno por si acaso lo detenga una de las pocas patrullas que surcan las islas y eso le garantiza una tranquilidad absoluta y el funcionario pide o acepta tal soborno porque, además de la ganancia, eso indica que el corruptor reconoce su autoridad... En este sentido, se puede decir que la administración ecuatoriana se ha apropiado efectivamente de su territorio insular, pues la presencia física de los representantes del Estado, deficitaria fuera de algunos puntos nodales de las redes que organizan el espacio de las Galápagos, es compensada por una presencia «moral» ubicua de esas mismas autoridades que, al haber sido estipendiadas, recuerdan al corruptor que infringe la ley. Ahora bien, si se paga para evitar la ley, significa que al mismo tiempo se reconoce su existencia. Contrariamente a la época del espacio abierto, las Galápagos de hoy en día no son entonces un espacio en el que no se ejerce el derecho sino donde este es desviado y recuperado por ciertos funcionarios ecuatorianos: forman efectivamente parte del territorio nacional.

41 Rara vez la corrupción deja huellas por lo que es difícil y hasta imposible de probar. No podemos pues sino apoyarnos en fuentes *a priori* confiables (que se conservarán anónimas por razones evidentes) y comparar en lo posible esas informaciones. Así, a mediados de 1994, la tarifa de un permiso ilegal de 10 días de pesca era, según algunas fuentes fidedignas, de 800.000 sucres (aproximadamente 450 US\$), es decir más o menos el monto del salario mensual de un capitán de puerto en las Galápagos, pero esto no es sino una bicocha comparado con las sumas en juego a nivel superior: según otras fuentes igual de seguras, ciertos oficiales de Marina de Guayaquil venden varias decenas de miles de dólares de «permisos de pesca» mensuales a empresarios que desean asegurar una impunidad total a sus barcos cuando se aventuran en la RRMG.

Prueba de ello es la proliferación de las entidades administrativas en las Galápagos (la Comisión Multisectorial contaba 35 en 1991): este fenómeno comenzó con la provincialización y adquirió amplitud a medida que se desarrollaba el archipiélago. Abandonadas por las autoridades ecuatorianas durante la mayor parte de su historia, las islas atraen hoy en día a múltiples organismos públicos nacionales, cuyas competencias se superponen y cuya incompetencia se acumula⁴². Tomando como pretexto la ineficacia de un INGALA vampirizado por intereses privados (Cruvellier, 1991), los gobiernos ecuatorianos se han acostumbrado además a formar comisiones destinadas a promover el desarrollo y la conservación de las Galápagos. En estas comisiones participan varias instituciones⁴³ que de esa manera se establecen en las Galápagos o amplían a ellas su radio de acción: se forman entonces redes institucionales en las que los responsables de las entidades públicas o de ONG presentes en las islas se codean con empresarios y militares interesados en captar una parte de poder en los organismos que manejan los fondos públicos e internacionales destinados al archipiélago⁴⁴.

Cada una de estas instituciones produce sus propios reglamentos que vienen a sumarse a los de las nuevas comisiones para formar una densa maraña administrativa: hoy en día, en las Galápagos, no existe una actividad, sea del orden que fuere, que no deba responder a varias instituciones (seis, en el caso del turismo por ejemplo). Es común, en este país hispánico de juridicidad quisquillosa, hacer referencia a «la ley», que concede la última palabra a quien la pone de su lado. Ahora bien, no existe «la ley» sino leyes y cada uno de los reglamentos en los que uno se apoya puede ser invalidado por otro acto jurídico: en esta «panjuridicidad»,

ciertos actores disponen del poder unilateral de aplicar o no los textos, o de escoger aquellos que más les convienen en función de las circunstancias⁴⁵.

42 Por ejemplo, un director del SNPG explica la dificultad de implantar un sistema de cuarentena fitosanitaria en las Galápagos: «Cada entidad tiene jurisdicción por la ley o por responsabilidad ministerial sobre un territorio determinado. La ley sanitaria dice que cada entidad efectuará controles en el área situada bajo su jurisdicción, lo que significa que las FAE deben ejercer su vigilancia en los aeropuertos y la Marina en los puertos; el único papel del SNPG es mirar lo que hacen [...], pues los guardaparques no pueden ejercer control sino sobre su territorio, al interior del PNG» (FCD, 1990: 17-18).

43 La Comisión Permanente, creada en 1991 con ocasión del Plan Global, reúne a 8 organismos: MAG, INGALA, DAC, DIGMER, FN, FCD, CETUR y ASECU.

44 Ahora bien, estos son considerables: en 1994, los siete programas en curso relativos a la conservación de las Galápagos habían obtenido fondos concedidos por organizaciones internacionales –PNUD, BID, BM– o por países del Norte a título de cooperación –USAID, UE– por un total de 4'000.000 US\$, y los fondos solicitados o en negociación eran de un monto once veces superior, es decir 43'500.000 US\$ (Parra, 1994)...

45 Ost, 1995.

La integración de las Galápagos al territorio ecuatoriano se transformó así en la desintegración de la acción reguladora del Estado en el archipiélago, pues las múltiples entidades públicas nacionales, cuyo papel inicial era estimular y orientar el desarrollo de las Galápagos al tiempo que lo reglamentaban para hacerlo compatible con su conservación, se dedican actualmente a recoger parte de los flujos financieros, esencialmente internacionales, que se vierten en las islas. Ninguna de ellas puede pretender manejar lo que pasa en las Galápagos a no ser mediante textos administrativos de eficacia muy limitada: no tienen sino medios de control virtuales, leyes mas no patrulleros. El gran número de instituciones presentes en las Galápagos se debe a la importancia de los ingresos públicos y privados que extraen de su implantación en el archipiélago: este maná ha atizado la codicia de los responsables políticos insulares. Las estructuras de encuadramiento y de desarrollo de la población insular han dado lugar al surgimiento de «caciques» (Touraine, 1988): se han recuperado los objetivos del Estado para desviarlos en beneficio de actores políticos locales.

La exacerbación de las tensiones políticas en un espacio «protegido»

A medida que disminuye el compromiso financiero del Estado y mientras las Galápagos experimentan un fuerte crecimiento turístico, un *boom* de la pesca de exportación y un rápido aumento de su población –por otro lado excluida del mercado turístico y para la cual está (oficialmente) prohibida de pesca de exportación–, los representantes políticos locales buscan reforzar su poder en relación con Quito. Estos «caciques» cuestionan el dominio del Estado y de la FCD sobre el PNG, a fin de, por un lado, captar parte de los flujos monetarios que circulan en las redes transnacionales del turismo y de la conservación, y por otro, ampliar los usos de la reserva natural.

Así, desde 1993, el municipio de San Cristóbal cobra 30 US\$ a cada turista extranjero que aterriza en «su» isla; pese a la oposición de las empresas turísticas y del Estado, fue imitado en 1994 por el municipio de Santa Cruz, que cobra 12 US\$ por turista extranjero que llega a Baltra. Por este impuesto, único en Ecuador, los municipios de las Galápagos consideran al PNG como parte de su territorio, aunque fueron creados mucho después que él. El Estado, que había querido afirmar la importancia de la colonización superponiendo efectivamente el territorio de los municipios al del PNG, se encuentra entonces atrapado en su propia trampa. Presa de las reivindicaciones de inmigrantes que reclaman más terrenos para construir, de ganaderos que no se han restablecido de la prohibición de pastar fuera de la zona de colonización y de pescadores que quieren explotar sin limitación los pepinos de mar, los alcaldes exigen un mayor control del PNG por parte de los galapagueños, es decir a la vez el aumento de los perímetros urbanos y agrícolas y la libre utilización de los recursos naturales en el archipiélago. Es efectivamente el territorio del PNG, considerado como de las institucio-

nes nacionales, de las empresas de turismo y de los naturalistas «gringos» (Grenier, 1999) —es decir de actores afuereños— lo que se trata de dismantlar en beneficio de los insulares. El diputado por las Galápagos se ha convertido en uno de los principales protagonistas de esta lucha.

En efecto, contrariamente a los alcaldes, el diputado tiene acceso a las finanzas públicas y, gracias a las alianzas que establece en el Congreso Nacional, puede tener peso en la política del gobierno: de los 76 legisladores ecuatorianos, el representante de las Galápagos goza de un poder desproporcionado en relación con el reducido volumen de su cuerpo electoral. Desde los años 1980⁴⁶, la estrategia de los diputados insulares consiste en estimular la emergencia de un nuevo actor en la escena del archipiélago, la población galapagueña, con el pretexto de que «en el caso de las Galápagos, el sacrificio de sus habitantes a todo lo largo de la historia es sinónimo de la soberanía nacional sobre el archipiélago de Colón», como lo señala el preámbulo de la ley llamada «de mejoramiento de las condiciones de vida del habitante de las Galápagos», presentada al Congreso por un diputado de la provincia insular en 1992 (Registro Oficial N° 927, 4 de mayo de 1992). Así, el argumento, inatacable, de la soberanía nacional sobre las Galápagos a través de su poblamiento ha sido retomado por los representantes políticos insulares con el fin de obtener ventajas financieras para su provincia.

Para mejorar las condiciones de vida de los habitantes hace falta más dinero y el poder de manejarlo localmente. Ahora bien, el control local del PNG es una palanca para obtener fondos, captar directamente parte de los ingresos del turismo, autorizar otros usos de la naturaleza o incrementar la superficie de las zonas colonizadas. Sin embargo, estos objetivos entran en contradicción con los de los demás actores presentes en las Galápagos: el Estado, exánime, se opone a más subvenciones, la FCD no desea desarrollar la economía insular por temor a la inmigración, las empresas continentales no pretenden modificar un sistema turístico del que sacan provecho y las instituciones públicas no quieren abandonar su renta de situación. Es ese tabú lo que han atacado en estos últimos años dos diputados de las Galápagos.

En 1992, el diputado A. Serrano presenta al Congreso el proyecto de ley PARGAL, o «Parque Galápagos»: el PNG perdería su «N» para ser administrado por un colegio que reemplazaría al SNPG y donde los residentes de las Galápagos tendrían la mayoría. En efecto, como lo indica uno de los considerandos de la ley:

46 La actividad legislativa relativa a las Galápagos se incrementó considerablemente durante el decenio de 1980, durante los *booms* migratorio y turístico: de los 130 proyectos de ley sobre el archipiélago presentados en el Congreso entre 1885 y 1991, 44 lo fueron desde 1982 (Archivo del Congreso Nacional, Quito, 1992).

El Archipiélago de Colón [...] debe hacer que sus habitantes, y de ser posible la nación ecuatoriana, aprovechen el beneficio de su naturaleza conservada mediante la economía turística⁴⁷.

Los galapagueños primero, los demás ecuatorianos después «de ser posible»...: la ley prevé entregar el 55% de los ingresos del parque Galápagos a los municipios del archipiélago y reservar las concesiones turísticas a los insulares. En razón de la virulenta oposición de la FCD, de las empresas continentales y de las instituciones nacionales que tienen intereses en el archipiélago (véase Grenier, 1996), el presidente Borja veta la ley y el PARGAL no ve la luz.

En 1995, el diputado E. Véliz hace votar en el Congreso una ley cuyo contenido se resume en el primero de sus considerandos:

La provincia de Galápagos, por su insularidad, su ecología y su distancia con respecto del continente, posee características que la diferencian, desde el punto de vista tanto social como territorial, del resto de las provincias del país, lo que hace necesarios una administración y un desarrollo sustentable dentro de un marco legal especial.⁴⁸

En 1973, el Estado había subrayado la diferencia de las Galápagos en el seno de Ecuador para hacerlas ingresar mejor en un marco provincial idéntico al del resto del país; en 1995, el diputado de la provincia la destaca para reclamar una cierta autonomía: la provincialización jacobina desembocó, en el archipiélago, en una reivindicación regionalista. Los numerosos artículos de esta ley cristalizan la mayoría de demandas de los sectores de la población insular amenazados por el «turismo selectivo», la prohibición de la pesca de exportación y el desentendimiento del Estado. Estas reivindicaciones se manifestaron en especial con ocasión de la visita de cuatro ministros a las Galápagos en 1994, durante la cual se formularon reivindicaciones autonomistas y hasta independentistas (véase Grenier, 1996).

El objetivo principal de esta ley es una vez más el control local del PNG a fin de aumentar su explotación mediante el desarrollo del sector turístico insular, el fomento de la pesca de exportación y la extensión de las áreas urbanizadas. Uno de los artículos expresa así la voluntad de los empresarios locales de obtener un mayor beneficio del turismo:

Los visitantes del PNG deberán utilizar la infraestructura hotelera con estadías en los centros poblados antes o después de sus cruceros.⁴⁹

47 Congreso Nacional, proyecto PARGAL, 1992.

48 Congreso nacional, Ley de Régimen Especial para la Provincia de Galápagos, 1995, p. 1.

49 Op. cit., Artículo N° 56, p. 22.

La reacción de los intereses continentales es inmediata y el presidente de la Comisión Permanente impugna este último artículo de la siguiente manera:

Este artículo es una orden casi dictatorial. Lo que estipula es lo contrario de lo que fue señalado por el ORSTOM en cuanto a la estadía promedio de un turista extranjero que realiza un crucero, que es de 4 días en total [...] La obligación de permanecer en tierra perjudicaría al turista y daría una imagen negativa de la actividad turística en las Galápagos.⁵⁰

La manipulación de mi informe de investigación a la FCD (Grenier, 1994b) es patente: se menciona únicamente la duración promedio –lo que es un hecho– pero no el análisis correspondiente. Se trata de una utilización clásica de datos científicos en bruto para justificar cualquier política, en este caso lo contrario de lo que decía ese informe, y en especial el hecho de que un crucero de tres días que ignora los centros poblados no aporta beneficio alguno a la población insular.

De todas formas, el presidente Durán Ballén veta la ley: el diputado y los alcaldes del archipiélago encabezan entonces un «Comité de Paro de Galápagos»: durante algunos días ocupan la ECCD, las oficinas del SNPG y el aeropuerto de San Cristóbal e interrumpen la carretera trans-Santa Cruz. Esta huelga insurreccional, apoyada en gran medida por la población y ampliamente cubierta por la prensa nacional y estadounidense (véase *Newsweek*, 9-1995), termina cuando los manifestantes son desalojados por militares enviados desde Guayaquil. Un acuerdo entre el diputado y el gobierno preserva entonces, a través de algunas concesiones como la promesa de un segundo curul de diputado para las Galápagos, el *statu quo ante*. Antes de autodisolverse, el comité de Paro de Galápagos publica un documento titulado: «Los responsables de esta crisis», que cita pasajes de ese mismo informe:

La primera lección que se puede sacar de esto es que, para los habitantes de las Galápagos, no habrá soluciones que provengan de personas que no conocen las islas. Hay que cuidarse de los burócratas, de los empresarios continentales y de los expertos internacionales que pretenden hacer el bien de las Galápagos pero siempre desde el exterior y en beneficio de «afuera»...⁵¹

Así, este informe fue retomado a la vez por los opositores a la Ley especial y por sus defensores: los primeros extrajeron apenas una cifra, los segundos reprodujeron parte del análisis, pero desnaturalizándolo con agregados personales. De ambos lados esta investigación fue utilizada con fines partidarios pero lejos de cen-

50 Oficio CPG 95-111, 1995, p. 4.

51 documento de Christophe Grenier, ORSTOM, Comité de Paro de Galápagos, Puerto Ayora, 15-9-1995.

surar estos procedimientos en nombre de la «objetividad científica», me parece, por el contrario, que las amenazas a un «patrimonio de la humanidad» deben atañer tanto a la población insular como a las instituciones especializadas. En mi opinión, uno de los objetivos en ciencias sociales es efectivamente proporcionar no solo datos sino análisis, y hacerlos públicos a fin de suscitar una toma de conciencia, debates y acciones que no se limiten al cenáculo de los «especialistas».

Ciertamente reivindicaciones y acciones violentas de este tipo no dejarán de producirse periódicamente en las Galápagos. En efecto, allí el contraste es demasiado marcado entre actores de «afuera» (empresas de turismo e instituciones) que ganan mucho dinero gracias al PNG y una población insular en pleno crecimiento que está al margen de su manejo y que saca cada vez menos beneficios de los usos que son autorizados en las islas. Debido al crecimiento de la población, a sus estructuras de encuadramiento y al tipo de desarrollo en curso en las Galápagos, los insulares no han conseguido idear un medio que respete el área «protegida» en la que viven: están pues en vías de continentalización, es decir que cada vez se acercan más a las condiciones de vida de los ecuatorianos del continente.

La «continentalización» del medio insular

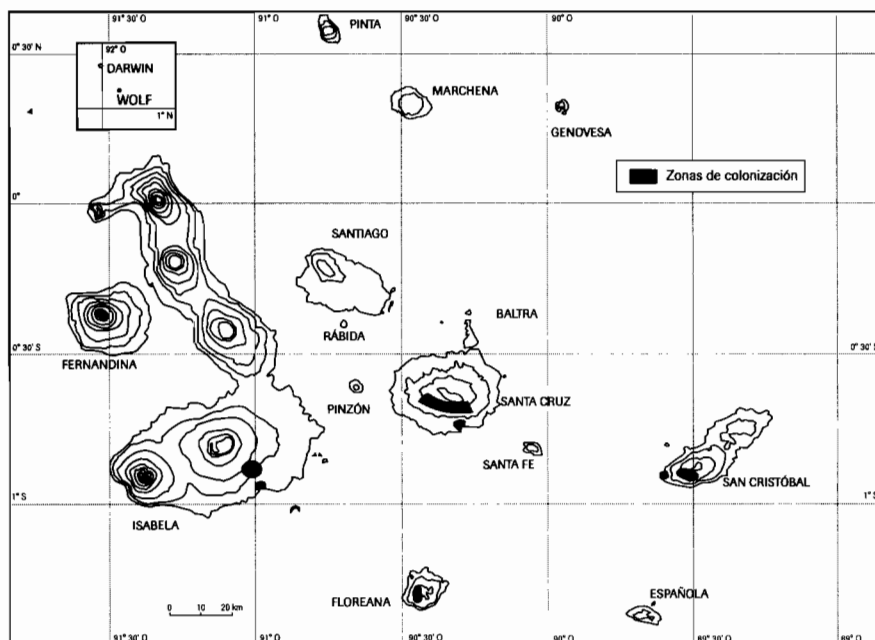
La organización del espacio de las Galápagos ha evolucionado siempre en función de las necesidades de «afuera», del Ecuador continental o del resto del mundo. En este archipiélago poblado tardíamente y cuyos recursos siempre han sido descubiertos y utilizados por actores externos, los insulares jamás han manejado verdaderamente su territorio. Además, a partir de los años 1940, el Estado ecuatoriano lleva progresivamente a las Galápagos a una dependencia del continente que hoy en día adquiere visos de perfusión: todo, o casi todo, lo que permite vivir a una población en rápido crecimiento viene actualmente de afuera.

Al reducir la parte que pueden utilizar los habitantes a ocho zonas (un puerto conectado a un espacio agrícola en cada una de las cuatro islas donde el poblamiento ha sido autorizado), el PNG ha creado un archipiélago poblado en el seno de islas elevadas a la categoría de santuario. Otrora estructura «aerolar» (véase nota 29, capítulo II, p. 108), que irradiaba a todo el archipiélago a partir de las alturas colonizadas, el territorio de los insulares ha estallado en pedazos. La recomposición del espacio de las Galápagos se ha realizado según una estructura reticular organizada siempre por y para actores exteriores a las islas: esas redes que unen al archipiélago con el resto del mundo son las de las entidades públicas, las instituciones conservacionistas o las empresas privadas que consiguen así un acceso a los espacios y a las especies de las Galápagos, para protegerlos, venderlos y obtener una renta de ellos.

El resultado de este proceso es la «continentalización» del medio insular, es decir la difusión en las Galápagos de una relación con el espacio y la naturaleza importada por los migrantes, turistas, empresas e instituciones públicas, que termina imponiéndose en todas partes y a todos. Ya sea en los paisajes urbanos, en los campos o incluso en las partes del PNG invadidas por especies introducidas, las Galápagos se asemejan así cada vez más a una parte cualquiera del Ecuador continental. Dos lugares¹ son particularmente reveladores de esta situación de he-

1 Un análisis más detallado de las cuatro islas pobladas de las Galápagos se encuentra en Grenier (1996).

Mapa 7. Las zonas que no hacen parte del parque nacional



Fuente: Comisión Permanente 1991

cho: Puerto Ayora —«la» ciudad del archipiélago que es un microcosmos que refleja todos los problemas de las Galápagos— e Isabela cuyo medio «isleño» está hoy en día en vías de desaparición.

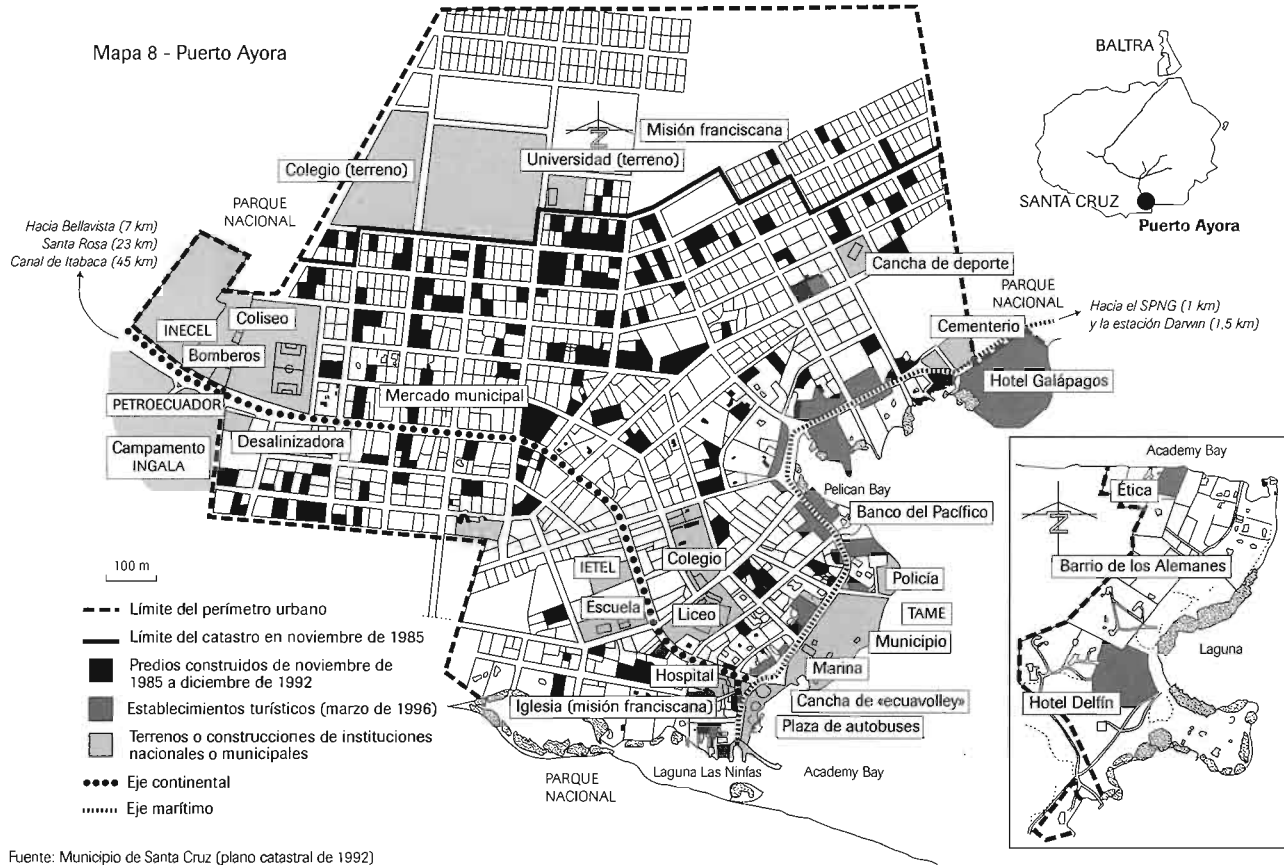
Puerto Ayora: en la intersección de las redes migratorias y turísticas

Puerto Ayora está estructurada por dos calles, las primeras que fueron pavimentadas, que forman un compás entre cuyos brazos se encuentran las tres cuartas partes de la ciudad (véase el mapa 8): la calle principal y el malecón. Estos ejes constituyen el anclaje en el suelo de dos redes, cuyos flujos irrigan la ciudad y la hacen crecer: el primero la vincula al continente —a través de los migrantes y el Estado— y el segundo la une al mundo —mediante el turismo y la conservación—.

La calle principal o eje continental

Cuando en Bellavista el autobús de Itabaca vira hacia el Sur para recorrer los siete kilómetros del camino que desciende a Puerto Ayora, se encuentran enseguida las plantas espinosas y cactáceas del piso árido, las mismas que en la vertiente norte de la isla. Al borde de la carretera, basura, latas de cerveza y bolsas plásticas son las únicas huellas humanas notables durante la corta travesía del PNG

Mapa 8. Puerto Ayora



Fuente: Municipio de Santa Cruz (plano catastral de 1992)



El mercado de Puerto Ayora permite ver la «continentalización» del modo de vida insular: una arquitectura banal y productos importados de Ecuador, incluyendo la mayor parte de frutas y legumbres; ¡no falta ni siquiera la india otavaleña (a la derecha)!

que separa a la zona agrícola del puerto. Estos desperdicios son arrojados por los pasajeros de los autobuses que van y vienen una vez por día entre Puerto Ayora y el canal de Itabaca que separa a Santa Cruz del aeropuerto de Baltra. Colocado en medio de los cactus candelabro, un rótulo publicitario de motores fuera de borda Yamaha daba en otras épocas la bienvenida a Puerto Ayora –su réplica se encuentra en el muelle municipal: una transnacional japonesa cuyos productos contribuyen al deterioro ecológico del archipiélago acoge a los viajeros que desembarcan en la ciudad situada en el corazón del PNG—. A inicios de 1996, ese rótulo fue reemplazado por el de una marca de agua mineral: la importación del valioso líquido deja un montón de botellas plásticas en las descargas públicas situadas en la «zona de uso especial» del PNG. Estos anuncios publicitarios resumen las prioridades manifiestas de Puerto Ayora: los motores, indispensables para la pesca y el turismo, y el agua potable, escasa en el archipiélago.

La parte alta de la calle principal presenta una fachada discontinua, aunque ningún predio está desocupado: entre construcciones de cemento a menudo inacabadas, de dos o más pisos, afloran bloques de lava entre los que se extienden a veces pequeños jardines donde crecen bien o mal plantas ornamentales importadas del continente. El mercado municipal, un cuadrilátero de hormigón, es uno de los pocos lugares de encuentro cotidiano de los habitantes de toda Santa Cruz; los campesinos vienen de la parte alta para vender allí carne, leche, bananas, papayas, coles, cebollas... Estos agricultores enfrentan la competencia de los importadores de frutas y legumbres del continente: incluso si estos víveres a menudo están estropeados por los cuatro días de travesía y son más caros que los productos locales, son más variados y abundantes.

En el descenso hacia el mar, la calle principal está bordeada de comercios permanentes regentados por migrantes llegados en los años 1980: su localización, demasiado lejos del malecón, les impide atraer a los turistas pero son mejores que los de las callejuelas adyacentes, con los que han debido contentarse quienes han llegado últimamente. A estos pequeños comercios se suman míseras pensiones destinadas a los migrantes que llegan sin una dirección de familiares, restaurantes populares –cevicherías y otras picanterías– un templo protestante, una de las tres discotecas de la ciudad –frecuentada exclusivamente por los insulares– y el edificio del IETEL, delante el cual vendedores de baratijas aprovechan la larga espera de los usuarios. El creciente número de autobuses y camionetas² obliga a



La construcción discontinua, las casas de bloques ubicadas sobre la lava o la canalización de agua aparente son testimonio de una urbanización reciente y anárquica hasta en la calle principal de Puerto Ayora. Este pequeño comercio expone productos muy utilizados en las Galápagos: bicicletas y tanques para almacenar el agua o la gasolina. Su vecino, cuya panga prueba la adaptación a la vida insular, señala con una pancarta que vende agua (en bolsas plásticas), hie-lo y pescado.

2 Puerto Ayora cuenta hoy en día al menos con 300 vehículos motorizados; según la policía, que ignora su número actual, había 69 en 1987. Si se confía en una de las dos cooperativas de transporte de la isla, el aumento es notable: según un miembro de la ECCD, en 1988 existían en Puerto Ayora apenas «2 ó 3 taxis-camioneta, que había que reservar con dos días de anticipación»; en 1990, la cooperativa contaba con 12 taxis y había 52 en marzo de 1996; las camionetas «piratas» no registradas se estimaban entonces en una docena. En cuanto a los autobuses en circulación en Santa Cruz, solo había 2 en 1987 frente a 37 en 1994.

los ciclistas y peatones a una aparente disciplina, pues los accidentes de circulación aumentan a medida que llegan nuevos vehículos y que mejora la red vial.

La calle principal es efectivamente el eje continental ecuatoriano, que para nada se interesa en los extranjeros: allí no se lee ninguna inscripción en inglés. Se trata ante todo de los dominios del poder público: INGALA, INECEL, IETEL, bomberos, estadio y mercado municipales, colegio y escuela, hospital. Todos estos edificios ocupan allí aproximadamente un tercio del espacio, pero esa calle es sobre todo el vínculo entre Puerto Ayora y la parte tierras adentro, y más aún, entre Santa Cruz y el continente, a través del canal de Itabaca y el aeropuerto de Baltra: acoge a la estación de servicio de PETROECUADOR y está jalonada de paradas de autobús que no se encuentran en otras partes. Por allí llegan los turistas que permanecen en la ciudad y los habitantes que regresan del continente, aunque también los migrantes.

Ahora bien, lo que estos últimos ven en la calle principal no los desorienta: allí el mar es invisible, todo recuerda a Ecuador, nada evoca las islas. El marco urbano es el mismo que en Manta, Quevedo o Guayaquil, ciudades de fealdad de incabado permanente: casas de bloques y de palastro, terrazas cimeras enmarcadas con varillas metálicas que indican una construcción siempre en curso, cables eléctricos halados directamente de los postes hasta las viviendas, viejos autobuses americanos que se ahogan y despiden humo negro, rótulos de tabernas que anuncian orgullosamente su origen —«Sabor costeño»— y de donde escapan ritmos de salsa. En la prensa nacional la capital económica de las Galápagos es llamada «Guayaquil chico»: la conformidad de la calle principal con aquellas de las ciudades de la Costa facilita la transposición del medio urbano continental a las Galápagos y, por esa misma vía, la inserción de los migrantes en un marco de vida reconocido incluso antes de ser conocido.

En la unión de los ejes continental y marítimo: la plaza de los autobuses y el puerto

En el extremo sur del frente marítimo, la calle principal se conecta con el malecón mediante una rotonda detrás de la cual se ve finalmente el mar. Las rejas de la plazoleta rodean a una enorme iguana de cemento que se come con los ojos la placa de bronce, que todos ignoran, donde está inscrita la frase que celebra la designación de las Galápagos como «Patrimonio de la Humanidad». Es la única indicación en la ciudad de que nos encontramos en un parque nacional de reputación mundial. Esta plaza es uno de los puntos neurálgicos de Puerto Ayora pues de allí salen los autobuses hacia el canal de Itabaca y Baltra: las 8 de la mañana, es la hora de los adioses a los que parten hacia el continente y a quienes se encargan cartas, mensajes o paquetes pequeños que llegarán mucho más rápida-

mente que por correo. Atraídos por la multitud que se apresura alrededor de los autobuses, los vendedores ambulantes, a menudo indígenas de Otavalo, tratan de vender los últimos «*souvenirs*» a los pocos turistas que emplean ese medio de transporte.

Cuando los autobuses regresan de Itabaca, es la plena hora de la siesta y la plazoleta está vacía o casi: únicamente algunos jóvenes guías esperan a su presa a la sombra de los ceibos. A estos guías locales se los llama «*fragatas*» pues, a imagen de los piratas del cielo que birlan los peces en las narices de los pescadores, espían la llegada de los autobuses de Baltra y de sus «*coloradas*» (turistas en la jerga galapagueña) para ofrecer sus servicios. Esta posible promiscuidad representa para muchos insulares una de las atracciones de Puerto Ayora: son raros los lugares privilegiados como este donde pueden frecuentar a tantos extranjeros y donde, por la gracia de un encuentro, algunos esperan partir más lejos, al último El Dorado, los países del Norte. Frente a la parada de los autobuses, la discreta iglesia de la misión franciscana de Puerto Ayora está dominada por la antena de «*la Voz de Galápagos*», la radio católica. La iglesia es bastante poco frecuentada salvo, por la mañana, por cohortes de colegiales en uniforme, y por la tarde, por un puñado de fieles: aquí la población ofrece sacrificios más bien a la «*gallina de huevos de oro*»...



Los autobuses que recorren cotidianamente el trayecto entre Puerto Ayora y el canal de Itabaca, donde una barca permite acceder al autobús que lleva al aeropuerto de Baltra de donde sale el avión hacia el continente, son el primero de los diversos medios de transporte utilizados durante el viaje entre Santa Cruz y afuera: su partida recuerda a los insulares su aislamiento.

Después de la siesta, la plaza comienza a animarse nuevamente y la multitud a concentrarse en torno a los partidos de «ecuavolley» que a veces duran hasta la media noche, hora en que los generadores de INECEL dejan de funcionar. Alrededor de la cancha donde transpiran jugadores tanto más empeñados en el juego cuanto que cada partido da lugar a apuestas por sumas a veces muy elevadas, graderíos de hormigón se prestan a todas las citas de negocios y confidencias entre hombres: es allí donde nacen muchos rumores, donde se contratan jornaleros y donde se habla de pepinos, «colorados» y política. La cancha de «ecuavolley» revela otra atracción de las Galápagos para los migrantes que ven jugar allí, juntos, en pantalón corto y con el torso desnudo, al antiguo diputado y al pescador de la esquina. En el archipiélago, la aparente mezcla de clases y colores contrasta con la brutal segregación social y racial del continente. Sin embargo, la asamblea alrededor del «ecuavolley» es sobre todo galapagueña y costeña, se ven pocos serranos, pues estos prefieren apostar en las peleas de gallos: la divergencia cultural entre las dos grandes regiones del país no ha sido abolida en el archipiélago.

El extremo sur de la plaza desemboca en el pequeño puerto. La construcción del muelle municipal en este lugar parece haber sido el resultado más de una operación de captación de fondos públicos por parte del poder local que de una opción racional: pese a todo el cemento extraído de la arena de las antiguas playas de Academy Bay para construir esta obra monumental, ¡ningún barco de calado superior a un metro —en marea alta— puede atracar allí! El muelle municipal puede servir solamente para descongestionar los pontones los días de gran circulación de canoas a motor, para abastecer de combustible a los barcos a partir de un camión-cisterna desde el que se hala un tubo hasta las embarcaciones ancladas en la bahía (maniobra que regularmente resulta en fugas de diesel), y sobre todo, para justificar el impuesto municipal que pagan los turistas.

El verdadero puerto, accesible a través de un estrecho canal fatal para los motores fuera de borda de los marinos distraídos, se reduce entonces a dos cuencas —una para el turismo, otra para otro tráfico— y a sus pontones, así como a la laguna «Las Ninfas»: «Puerto» Ayora no es un verdadero puerto. La laguna hace las veces de cementerio de barcos: está atestada de embarcaciones de tour diario condenadas por la evolución actual del turismo, y de barcos en espera de reparación. En Puerto Ayora aún se circula más en panga que en automóvil: el mar está siempre animado por un ballet de canoas a motor pertenecientes a particulares que viven en el «Barrio de los Alemanes» o en Ética (la filial de MT cuyas oficinas, almacenes y talleres también están ubicados al otro lado de la bahía) así como por barcos de crucero y de pesca. Además, cada semana las mercancías del carguero anclado a una buena distancia del muelle son desembarcadas en barca-



El Piqero, anclado en Academy Bay (a la derecha, Punta Estrada), al lado de los veleros de empresas de turismo continentales, es uno de los dos cargueros que atienden a las Galápagos cada mes. En primer plano, piqueros de patas azules en picada.

zas repletas, guiadas y propulsadas por una panga hasta el pontón que les está reservado³.

En el muelle de los turistas, un letrero del municipio indica que este último es el maestro de obras y da, en inglés, la bienvenida a Santa Cruz. Los turistas, hundidos en sus chalecos salvavidas para atravesar unos centenares de metros hasta su barco, son instalados uno por uno en la panga por un guía solícito. Se cruzan, sin verlos, al otro lado de la cuenca, con los estibadores que descargan manualmente bombonas de gas, sacos de cemento, cajones de conservas o vehículos provenientes del continente. Estos estibadores sin grúa son todos migrantes recientes que han encontrado en este trabajo penoso y despreciado por los galapagueños un modo de comenzar su vida en las islas. Así, dos mundos se codean en el puerto, punto de unión entre las redes del continente, que transportan migrantes y mercancías, y las del mundo, que transportan turistas.

3 El único producto voluminoso exportado de las Galápagos es el ganado, transportado en camionetas desde la parte alta, reunido en el corral del pontón especializado –situado en una esquina discreta del malecón– y luego embarcado mal que bien en una barcaza, y finalmente subido a bordo del carguero por los cuernos, en medio de espantosos mugidos.



«Traemos todo a las Galápagos, desde tractores hasta galletas»: esta afirmación de un capitán de carguero se verifica en el muelle de mercancías de Puerto Ayora donde cargadores contratados por día entre los migrantes más recientes descargan barcazas sobrecargadas.

Cerca del puerto se levanta uno de los edificios más imponentes de Puerto Ayora, que alberga al único supermercado de la isla; financiado por el Banco del Pacífico, fue construido en 1993. Delante de él se extiende el primer aparcadero del archipiélago, para el cual se arrasó con el Rincón del Marinero, un bar donde el sonido de la salsa era demasiado fuerte y los clientes demasiado borrachos como para ser tolerados a proximidad de un lugar de paso turístico. La «continentalización» del medio insular es también este supermercado y este aparcadero, inimaginables en las islas hace apenas algunos años.

Imperativo comercial y especulación inmobiliaria: ubicarse bien en el malecón

Para los pasajeros de los cruceros que desean desentumecer sus piernas durante una escala de algunas horas en Puerto Ayora, el paseo comienza en el muelle del SPNG, en el parque nacional. De allí, un recorrido de un kilómetro los conduce a la Estación, donde visitan el hall Van Straelen y sus paneles sobre la historia natural de las Galápagos que llaman a hacer donaciones para la FCD, y luego los corrales de tortugas. Siendo estas la atracción principal de Puerto Ayora⁴, la

4 Es lo que indica una nota del gerente de MT a sus guías: «Como ustedes saben, el programa de visita de Puerto Ayora es el que menor interés despierta en nuestros pasajeros. Sin embargo, con un poco de esfuerzo de parte de ustedes, se lo podría hacer más atractivo [...]. El esfuerzo debe centrarse en las tortugas pues estas son la atracción más importante de la visita de Puerto Ayora» (memo N° CEC 269, 5 de marzo de 1994).

FCD ha instalado al lado de sus corrales un kiosco de bebidas y uno de *souvenirs* donde se venden camisetas y diversos objetos con su logotipo impreso⁵. El prestigio de la institución y la ubicación privilegiada de su kiosco de *souvenirs* (el primero que encuentran los turistas en su paseo) explican que el volumen de negocios de dicho kiosco sea el más elevado del archipiélago: daba una ganancia de 30.000 US\$ por mes en 1993, según el responsable de relaciones públicas de la ECCD (C. Jaramillo, comunicación personal, enero de 1994). Los comerciantes de Puerto Ayora viven muy mal esta competencia⁶, y algunos incluso se unieron a los «pepineros» que ocuparon la estación para exigir el retiro de las *boutiques* situadas en el parque nacional (el SPNG también instaló una en su muelle) donde en principio están prohibidas. Los turistas que no están cansados después de la visita a la estación no se embarcan nuevamente en el pontón del SPNG sino que siguen la avenida Charles Darwin hasta el muelle municipal. En ningún otro lugar de Puerto Ayora el número de comerciantes ha aumentado tanto como a lo largo del malecón: las *boutiques* de *souvenirs* censadas en los 1.500 m que separan la entrada del PNG de la plaza de los autobuses eran al menos dos veces más numerosas —una treintena— en marzo de 1996 que en diciembre de 1992. Y el malecón vio, entre esas dos fechas, mudarse ciertos puestos a proximidad de la entrada del PNG.

En efecto, todos los propietarios de comercios turísticos tienen como objetivo ubicarse lo más cerca posible del inicio de la excursión pedestre efectuada a lo largo del malecón por los visitantes que llegan a la estación. El paseo por el frente marítimo reproduce así la modalidad espacial del turismo de redes: los visitantes que hacen escala son canalizados por el malecón, del cual no tienen ni tiempo ni probablemente ganas de alejarse. Y como las primeras *boutiques* que entrevén los turistas durante su excursión son las más frecuentadas, mientras más se avanza por el malecón hacia la plaza de los autobuses, menores son la prosperidad y la calidad de los comercios turísticos: la buena marcha de los negocios impone entonces estar situado lo más cerca posible de la fuente de ingresos, en este caso del flujo turístico que sale del PNG.

Esto ha acarreado la progresiva desaparición de todos los comercios no turísticos de la primera mitad del malecón, entre la entrada al PNG y Pelican Bay, en la

5 El Plan Maestro de la ECCD precisa que «la venta de artículos tendrá como principal objetivo la difusión del nombre y de las actividades de la institución» (ECCD, 1993: 89).

6 Son ingratos...: «Uno de los impactos de la ECCD en la economía local es el hecho de que gran cantidad de turistas visitan Santa Cruz para ver las instalaciones de cría de tortugas gigantes. Esto ha dado un gran impulso al desarrollo de Puerto Ayora y ha contribuido a transformar a Santa Cruz en centro turístico principal del archipiélago» (ECCD, 1992: 12). Sin embargo, la FCD participó en el Plan global que se propone, como ya se vio (capítulo IV), dismantelar ese sector turístico terrestre...

sección donde los puestos son más caros. Desde inicios de los años 1990, se ha intensificado la competencia entre los propietarios de establecimientos turísticos de Puerto Ayora: el número de puntos de venta se ha incrementado mientras que los clientes del turismo basado en tierra son menos numerosos y aquellos del turismo de redes poco inclinados a consumir en la ciudad, pues los paquebotes y los grandes yates tienen sus propias *boutiques* a bordo. El crecimiento de la oferta en período de contracción de la demanda se ha acompañado entonces de la compra de las *boutiques* más pequeñas y menos especializadas por parte de los inversionistas más sólidos, provocándose así una concentración de la propiedad inmobiliaria del malecón en unas pocas manos.

Así, al igual que en el caso de las concesiones de barcos de crucero, muchos galapagueños no han resistido a la atracción del dinero ganado rápidamente⁷, y buen número de ellos han vendido sus predios a compradores exteriores a las islas. Los comercios más rentables son aquellos cuyos propietarios tienen acuerdos con empresas de turismo de redes (el guía lleva allá a su grupo de turistas) o están vinculados con los productores de los objetos vendidos que viven todos en el continente. De hecho, esos *souvenirs* son los mismos que se encuentran en el centro turístico de Quito: camisetas ilustradas con animales de las Galápagos o de la Amazonía, libros de fotografías, artesanía indígena...

Iguanas and Bananas y Banco del Pacífico...

En la primera parte de la avenida Charles Darwin desde el PNG, las villas rodeadas de jardines se intercalan entre *boutiques* con rótulos en inglés (*Johanna's, The Travel Company, Iguanas and Bananas, Scuba Galápagos*, etc.), cuyos vendedores abordan al cliente en ese idioma. En esta parte acomodada de la calle, los propietarios son de origen afueraño, extranjeros o continentales. La segunda sección de la calle, más popular, comienza en la caleta de Pelican Bay, preservada de la monoactividad turística del malecón por los martillos del astillero y los pelícanos que esperan sobre el pontón el regreso de los pescadores, a menos que haya sido conservada para el recorrido de los visitantes por ser fotogénica⁸.

Las columnas blancas del Banco del Pacífico, coronado por inmensas antenas y flanqueado por una desalinizadora de agua de mar, hacen de ese edificio el más imponente de Puerto Ayora. El Banco del Pacífico, cuya casa matriz se encuentra en Guayaquil, es el primer banco de Ecuador y abrió las dos primeras agen-

7 Un predio construido de 20 m de ancho y 60 m de profundidad, situado en el lado interior del malecón en Pelican Bay costaba 100.000 US\$ en 1994.

8 Este lugar es la única vista de localidad del archipiélago que aparece en la única guía de las Galápagos que muestra una (Rachowiecki, 1989).

cias bancarias de las Galápagos en 1991 (la otra se encuentra en San Cristóbal). Su ubicación central en el eje turístico, su aspecto monumental, su increíble modernismo para las islas (en 1994 se inauguró un cajero automático) designan a ese banco como el centro nervioso de una sociedad regentada de hecho por el dinero. Los habitantes se dirigen al banco primeramente por negocios, por supuesto; la variedad de clientes que mantienen en él una cuenta en dólares es por cierto un índice adicional de la amplia apertura económica de las Galápagos hacia el mundo.

Pero el papel del banco no se limita a las cuentas, es uno de los centros de sociabilidad de Puerto Ayora, un lugar frecuentado por familias enteras: allí se conversa aprovechando el aire acondicionado al tiempo que se echa el ojo a los turistas. Científicos, turistas, armadores y todos quienes necesitan comunicarse por fax van al banco que tuvo la primera y, durante dos años, la única línea de fax del archipiélago. Finalmente, el Banco del Pacífico es un caso de beneficencia interesada en las Galápagos: mientras que su implantación acompañó la toma de posesión del mercado turístico por parte de empresas continentales a las que está vinculado, el Banco atrae para sí el reconocimiento de la población mediante la concesión gratuita de dos servicios entre los más buscados en las islas, agua potable (a voluntad) y comunicaciones telefónicas con el continente (durante una



Los pisos agregados a medida que se acumulaban los beneficios extraídos de un turismo popular, recuerdan la prosperidad pasada. Pero hoy en día, en Puerto Ayora, la parte del malecón más cercana al puerto está en decadencia, pues los turistas actuales ya no se detienen allí: alberga hoteles para mochileros y minúsculas boutiques de souvenirs con muy poco movimiento. Detrás de las fachadas se entreven muyuyos en flor.

hora por día). ¿Qué peso pueden tener entonces los servicios municipales o los funcionarios del INGALA, que disponen apenas de un teléfono y cobran por el agua potable distribuida por camiones-cisterna oxidados?

La última parte del frente marítimo forma parte del centro de la ciudad y allí los predios son propiedad de galapagueños, de entidades o empresas públicas: la construcción es continua, las edificaciones tienen a menudo varios pisos. El templo de los adventistas se encuentra al lado de una discoteca regentada por pioneros suizos, las *boutiques* de turistas son pequeñas y poco frecuentadas, los hoteles y restaurantes ya no acogen sino a mochileros. El edificio más alto de las Galápagos, el de TAME, construido en 1994, domina, con sus cuatro pisos, la ciudad; frente a él se levanta el municipio que sigue siendo discreto pese a sus recientes obras de ampliación. Después de la familia Nelson (pioneros estadounidenses), el principal propietario inmobiliario del malecón es la Armada: la construcción de las edificaciones del destacamento naval contribuyó ampliamente a la desaparición casi total de las playas y del manglar de Puerto Ayora, que antaño se extendían desde el muelle municipal hasta Pelican Bay.

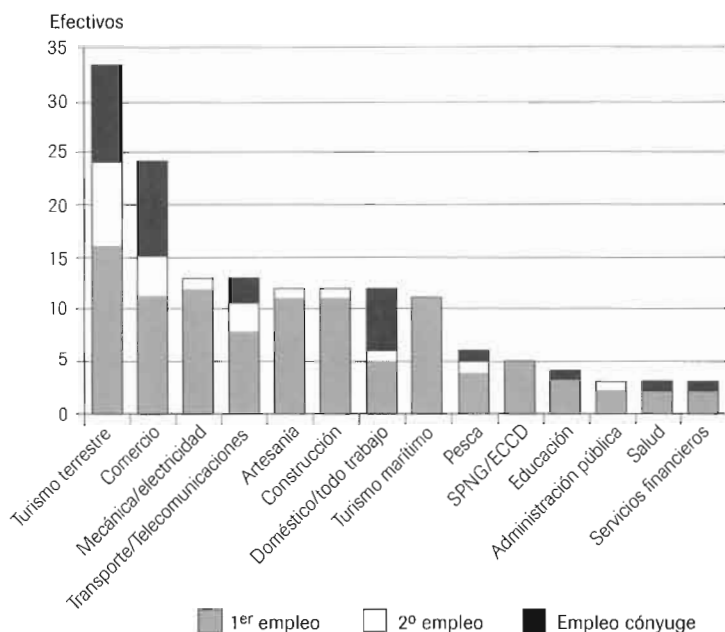
La crisis urbana del centro económico del archipiélago

Del turismo territorial a la economía informal

En las Galápagos, la preponderancia económica de Puerto Ayora es tan aplastante (INEC, 1990) que el 70% de los encuestados que llegaron individualmente del continente en busca de un empleo y el 62% de los que inmigraron a las islas gracias a un contrato de trabajo se instalaron en esa ciudad: allí se encuentra trabajo (figura 19).

Los sectores de la economía local que ofrecen la mayor cantidad de empleos complementarios y femeninos son aquellos donde la mano de obra es mal pagada y poco calificada: el turismo terrestre (hoteles, restaurantes, bares, *boutiques*, etc.), el comercio, los transportes (y actividades conexas, como los estibadores) y los trabajos domésticos o de todo tipo. Los empleos vinculados a la circulación—transportes, mecánica y turismo marítimo— representan el 31% del total: Puerto Ayora es efectivamente una plataforma giratoria situada en la intersección de las redes turísticas y continentales del archipiélago. El sector de los transportes reúne por cierto lo esencial de los empleos directos creados en las Galápagos por el turismo de redes: se trata, por una parte, del personal de navegación así como de los empleados de TAME y de Etica, la filial de MT encargada del mantenimiento y del abastecimiento de los barcos de la empresa. En cuanto a los empleos indirectos, se limitan a los pocos hoteles, restaurantes y *boutiques* de *souvenirs* a las que están vinculadas por contrato ciertas empresas continentales, así

Figura 19
Empleos de los hogares encuestados en Puerto Ayora



Fuente: encuestas personales
 N = 106 hogares. NB: 90% de los cónyuges son mujeres.

como a un puñado de artesanos —en especial mecánicos— que trabajan bajo subcontrato.

El testimonio del gerente de Etica/MT en Puerto Ayora es instructivo en cuanto a las repercusiones económicas que ha generado la única empresa de turismo de redes implantada en el archipiélago:

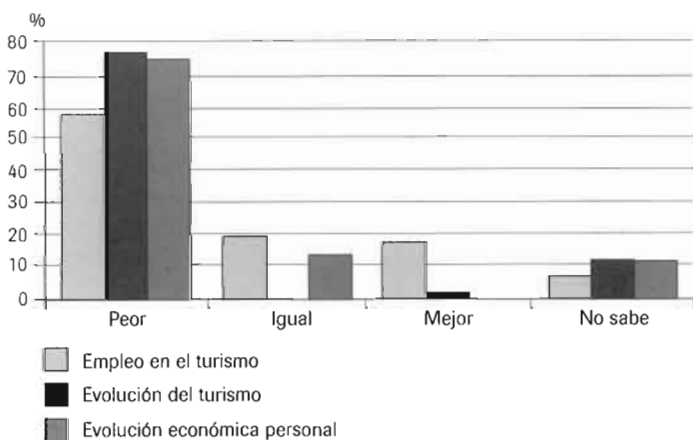
Importamos todo del continente, aquí no compramos sino bananas. Intentamos abastecernos en las islas pero los proveedores locales no son confiables, y se trata de algo vital para nosotros que practicamos un turismo de calidad y tenemos barcos de varias decenas de pasajeros.

Se oye decir que Etica no deja nada en el pueblo, lo cual es falso. Sin contar los salarios, dejamos el equivalente de 12 millones de sucres [6.600 US\$] por semana en Puerto Ayora: en el impuesto municipal por la utilización del muelle, en los restaurantes de la parte alta, en los transportes para dirigirse allá; además solicitamos trabajos ocasionales y alquilamos tres casas. Finalmente, pagamos nues-

tros impuestos en Puerto Ayora, calculados a partir del capital invertido, es decir 22 millones de sucres [12.200 US\$] por año.⁹

Los 6.600 US\$ de gastos realizados por MT cada semana en Puerto Ayora corresponden al alquiler semanal de 4 de las 176 plazas de que disponía entonces la empresa, y los 12.200 US\$ de impuestos pagados en 1993 representaban el 0,2% del volumen de negocios de MT en las Galápagos en el mismo año... Al fin de cuentas, no es sorprendente que los encuestados, pese a que el turismo les provee aún el 27% de sus primeros empleos, estén descontentos con la evolución de ese sector (figura 20).

Figura 20
Opinión de los encuestados de Puerto Ayora sobre la evolución del turismo en las Galápagos entre 1991 y 1993



Fuente: encuestas personales
N = 106 por rubro

Como el número de turistas no ha dejado sin embargo de crecer desde inicios de los años 1990, esto significa que el dinero que gastan en las redes turísticas ya no irriga mucho la economía de Puerto Ayora: en este punto, el Plan Global funciona bien. No es sorprendente que el 86% de los encuestados deseen ver más turistas en Puerto Ayora y que el 81% de ellos piensen que los barcos de los operadores galapagueños son más convenientes para la economía local (Grenier, 1996).

¿Cómo logra entonces esta última alimentar a un número creciente de habitantes a la vez que continúa atrayendo migrantes? La evolución del comercio es un

buen indicador de las transformaciones de la economía y de la sociedad de Puerto Ayora durante estos últimos años. En las Galápagos, el comercio es el sector que ha experimentado el mayor crecimiento entre 1982 y 1990, pasando a representar del 7% al 12% de la población activa (INEC, 1990). Además, los préstamos concedidos a los galapagueños en 1990 por el Banco de Fomento (organismo público) se orientaron en un 70% a una actividad comercial, frente a solo un 30% en el resto de Ecuador (Grenier y De Miras, 1994). Finalmente, según una encuesta realizada a 263 de los 267 establecimientos comerciales de Puerto Ayora en 1993, el 65% de sus propietarios montaron su negocio después de 1990, cuando se consideraba que la situación del turismo territorial era mala; los habitantes constituyen la clientela principal del 73% de los establecimientos comerciales de Puerto Ayora, estando el resto compuesto de visitantes o de otras empresas (De Miras y otros, 1995b).

Un nativo de San Cristóbal, que vino a instalarse en Puerto Ayora a principios de los años 1970, después de transformar su lancha de pesca en barco de cruce-ro, explica cómo se adaptó al nuevo curso de la economía insular:

Tuve buen olfato, pues vi que perdía plata, desde hace algunos años, con mi tour diario, así que lo vendí el año pasado. Reinvertí el dinero en comercios destinados a la población local y ya no hago negocios en el turismo. Hoy en día, tengo amigos que no se retiraron a tiempo del turismo y han quebrado....

El dinamismo del comercio local se derivaría entonces del crecimiento demográfico de la ciudad.

En realidad, una parte importante de la población de Puerto Ayora logra (sobre)vivir con los ingresos que una minoría –asalariados o empresarios– extrae del Estado, de los municipios, del turismo de redes así como de la conservación, y más recientemente, de la pesca de exportación. Las encuestas subrayan en efecto la tasa relativamente baja de asalariados en la economía de Puerto Ayora (48%), la insignificancia del sector público (8%) y, por el contrario, el peso de los trabajadores por cuenta propia (36%) y de los empresarios del sector privado (16%) –Grenier, 1996–. Ahora bien, la proporción de los trabajadores por cuenta propia, la pluriactividad o incluso el hecho de que los establecimientos comerciales de Puerto Ayora se caracterizan por su atomización y por su reducida capitalización son índices de economía informal (De Miras y otros, 1995b; Andrade, 1995; Grenier, 1996). La economía de Puerto Ayora funciona bajo la modalidad de la redistribución, «desmultiplicada» al máximo, de parcelas del ingreso insular global, el cual es más que nunca dependiente de mercados y actores exteriores al archipiélago. Una de las maneras de llegar a captar parte de ese ingreso global es instalarse por cuenta propia: en 1990, por primera vez desde 1974, la proporción de los trabajadores independientes en la población activa de las Galápa-

gos aumentó; representaban el 23% en 1990, es decir un 81% más que en 1982 (INEC, 1982; 1990). El crecimiento de esta economía informal explica además que la proporción de personas llegadas al archipiélago independientemente de las redes de migración comunitarias o de contratación –y con mayor razón del Estado– no haya sido jamás mayor que durante el último periodo intercensal.

Las Galápagos se acercan así a una economía moderna de la pobreza, similar a la de las metrópolis del Ecuador continental que también atraen a un creciente número de migrantes destinados al subempleo. En efecto, esta economía informal está hecha de «pequeños trabajos» que permiten a gran cantidad de personas vivir con dificultad a proximidad de una fuente importante de ingresos –los centros urbanos o los sitios turísticos (Puerto Ayora conjuga ambos a nivel del archipiélago)– de la que, con gran esfuerzo, se pretende extraer algunas gotas.

Pobreza, delincuencia, drogas

Si bien en Puerto Ayora la pobreza no tiene el aspecto horroroso que se observa en el continente, existe sin embargo, y peor aun, aumenta. En Santa Cruz adquiere el rostro de esas mujeres y esos niños que se desloman raspando las orillas de Academy Bay en busca de conchas o cangrejos, pese a la prohibición de la estación: hoy en día, «canchalaguas» (molusco) y zayapas (cangrejos *grapsus grapsus*) se tornan escasas en los alrededores de Puerto Ayora. Pobreza también de esos hombres que tienden una red zurcida en las caletas o de esos muchachos que hablan quechua e intentan pescar con caña durante el horario escolar.

Sin embargo, únicamente el 16% de los encuestados de Puerto Ayora tienen ingresos inferiores a 300.000 sucres (170 US\$) por mes, mientras que el 41% disponen de 300.000 a 500.000 (280 US\$) sucres mensuales, el 19% de 500.000 a 700.000 (395 US\$) y el resto incluso más; así, la inmensa mayoría gana mucho más que el salario mínimo vigente entonces en Ecuador (100.000 sucres: 56 US\$). Pero en Puerto Ayora, en julio de 1993, un pan costaba 500 sucres (0,30 US\$), el kilogramo de arroz 1.500 (0,85 US\$), el litro de leche 2.500 (1,40 US\$) y el kilogramo de pescado 3.000 sucres (1,70 US\$). Por otro lado, el 47% de los encuestados de la ciudad alquilan su vivienda y como la demanda supera ampliamente la capacidad del parque inmobiliario, los arriendos pueden llegar a 100.000 sucres por una simple habitación amoblada. Además, una cuarta parte de los encuestados (cuyos cónyuges declaran no trabajar) comparten su vivienda al menos con uno o dos adultos, el 65% de los hogares tiene al menos un hijo y en el caso del 19% de ellos hay al menos tres. Se puede entonces decir que gran parte de la población de Puerto Ayora es pobre, no según los criterios del Ecuador continental sino en relación con el costo de la vida en las Galápagos.

mientras que la inmigración ejerce una presión para la baja de los salarios, disminuyen los empleos proporcionados por el turismo y el Estado ya no está en capacidad de invertir tanto en la economía insular. El aumento regular de los vínculos aéreos y marítimos con el continente, para acrecentar el número de turistas y también para garantizar la regularidad del abastecimiento de los barcos de crucero y de la población, ha tenido como efecto hacer a la agricultura insular menos competitiva en un mercado abierto y traer plagas agrícolas nocivas para la cantidad y la calidad de las cosechas. Por ello, numerosos campesinos han abandonado la tierra y la población depende de manera creciente de los productos importados del continente.

Ahora bien, estos últimos son caros pues, además del costo del flete, el aumento del número de aviones y de cargueros con destino al archipiélago no compensa el crecimiento de la población y del número de turistas: las dificultades provocadas por un transporte insuficiente produce inflación. Esto se debe a que la carga de las empresas de turismo es siempre prioritaria a bordo de los aviones y los cargueros: Etica posee uno de los dos navíos que garantizan el vínculo con Guayaquil y la compañía aérea SAN —que viaja a San Cristóbal— pertenece al mismo propietario del grupo turístico Ecoventura. Así, es común que solo una parte de los productos de consumo corriente destinados a la población llegue a buen puerto: los precios son entonces más elevados. Además, cuando falta algo o se teme una escasez, ganan quienes tienen mayores posibilidades financieras: en este caso, las empresas de turismo o los particulares que pueden pagar el precio en dólares.

Los desarrollistas de toda especie tienen entonces grandes probabilidades de ganar al reclamar la implantación de nuevos medios de transporte hacia el continente: después del aeropuerto de Isabela y el asfaltado de la trans-Santa Cruz, se evoca la construcción de un aeropuerto a proximidad de Puerto Ayora o de un puente sobre el canal de Itabaca... Las Galápagos se hundieron así en una espiral sin fin: mientras más se puebla el archipiélago, mayor será la necesidad de transportes, y como ello incrementará su dependencia respecto del continente, el aumento de las comunicaciones transoceánicas será indispensable. Y todo esto en un espacio que pretende ser «protegido».

La «dolarización» de la economía insular es otra fuente de inflación. En Puerto Ayora, donde se habla tanto en dólares como en sucres, la masa de «billetes verdes» en circulación es considerable (incluso si no se los recoge del suelo contrariamente a lo que me aseguraba un chófer de taxi en Quito...) en relación con la capacidad local de producción y de consumo. En efecto, a los turistas se suman los habitantes que ganan en dólares —y que tienden a pagar en la misma moneda, en especial su alquiler—; el resultado es un aumento general de los precios.

Según la Dirección Provincial de Policía, habría habido 250 crímenes cometidos en todo el archipiélago en 1992 y 260 en 1993. Al leer la prensa ecuatoriana, hay que reconocer que en comparación con el continente, las Galápagos son consideradas como un oasis de paz, lo cual por cierto es una de las principales atracciones para los migrantes¹⁰. Sin embargo, la población de Puerto Ayora se queja del aumento de la delincuencia: dada la poca confiabilidad de las estadísticas elaboradas por una policía con limitados efectivos (8 policías en Santa Cruz), es imposible verificarlo. De todas maneras, en la mayor parte de la ciudad, las casas tienen verjas de hierro en las ventanas, todo está cerrado bajo llave, algo que era impensable hace algunos años, y efectivamente los robos tienden a aumentar: la diferencia era notable entre diciembre de 1992 y mayo de 1994.

En una isla de población reducida y confinada en un perímetro restringido —lo que dificulta el flujo de los objetos robados— el periodo más propicio para los robos es «el tiempo del barco», durante la escala del carguero: sus marinos, a cambio de dinero, llevan a Guayaquil los motores fuera de borda o los equipos de sonido sustraídos en la isla. Las quejas del aumento de la delincuencia están ligadas a menudo a la denuncia del número demasiado alto de migrantes que llegan a Puerto Ayora. Sumada a la fiebre de seguridad que invade la ciudad cuando el carguero está anclado en Academy Bay, la transformación de los «neomigrantes» en chivos expiatorios corresponde así en parte a un fantasma insular según el cual la amenaza viene de afuera, del exterior de la comunidad. Sin embargo, ello no es totalmente falso pues mientras más se abren las Galápagos al exterior, mayores son las posibilidades de robo puesto que los vínculos más numerosos con el continente facilitan la tarea de los ladrones.

El vínculo entre la apertura creciente de la isla y el aumento de la delincuencia se verifica en el caso de las drogas. Al igual que el alcohol, el consumo de drogas, se trate ya sea de marihuana o de cocaína y sus derivados, es una práctica común en Puerto Ayora, y ello en todos los medios. La «hierba» puede ser cultivada localmente pero poca gente lo hace pues se debe disponer de un terreno resguardado de las miradas indiscretas, lo que es raro en la pequeña ciudad. Existen efectivamente varias plantaciones pequeñas, para uso personal, en la parte alta de la isla, pero lo esencial de la marihuana proviene del continente, de donde es traída en los vuelos de TAME por los propios habitantes. Los consumidores locales de marihuana forman parte sobre todo de la «alta sociedad» de Puerto

10 De ello da testimonio un mecánico de Etica que era guardia de una camaronera en el golfo de Guayaquil: «Ganaba más que aquí pero el trabajo era arriesgado: todo el mundo está armado, hay piratas, asaltos, muertos y una policía corrupta en gran parte; preferí probar suerte en las Galápagos. Si me hubiera quedado allá seguramente ahora estaría muerto...».

Ayora; las clases populares prefieren drogas más fuertes y menos caras como el aguardiente, el ron o la «base» (desechos de la refinación de la cocaína).

El consumo de cocaína tiene la misma connotación social que el de marihuana: dado su precio, está reservado a las clases acomodadas de Puerto Ayora. Sin embargo, contrariamente a la marihuana, de utilización más anodina, la cocaína simboliza aquello en lo que se han convertido las Galápagos del turismo de redes, donde los aleas del mercado y la exacerbada competencia entre armadores, guías y comerciantes engendra tensiones muy fuertes en algunos: esta droga casi es considerada, por muchos de sus consumidores, como una herramienta de trabajo, un medio de permanecer en la brecha veinticuatro horas seguidas si es necesario, tanto en Puerto Ayora como en Wall Street... La cocaína destinada a los consumidores locales llega al archipiélago de la misma manera que la marihuana, aunque también, en mayores cantidades y con otro destino final, por barco.

En efecto, las Galápagos se habrían convertido en un relé de una de las redes de tráfico de cocaína que une a Colombia con Estados Unidos pasando por el Ecuador continental¹¹. La ventaja de este circuito es que las aguas del archipiélago no son controladas y un barco proveniente del «paraíso animal» no es, *a priori*, sospechoso de entregarse a este tipo de tráfico. Se propalan numerosas historias en Puerto Ayora de veleros que transportan importantes cargamentos —un centenar de kilogramos de cocaína en la quilla, por ejemplo— y pasan por las Galápagos antes de partir a California. Más allá de un tráfico de drogas probablemente aún marginal, el azote del alcoholismo, la extensión de la pobreza y la delincuencia que aumenta revelan la alineación de una sociedad insular (al menos en las ciudades) a la del continente, de la que sin embargo huían muchos migrantes al ir a las Galápagos.

El difícil crecimiento de un pueblo encerrado

Según las encuestas, la tasa de crecimiento demográfico de Puerto Ayora habría sido del 9% por año entre 1990 y 1994 (Grenier, 1996), fecha en la cual la ciudad habría tenido 6.000 habitantes. Sin embargo, el aumento ha sido al parecer aun mayor: a inicios de 1996, se oía decir que Puerto Ayora tendría «al menos 8.000 habitantes». Este fenómeno es uno de los que más afecta a la población de los viejos colonos y hasta de los migrantes instalados allí desde hace un decenio solamente: son testigos de la transformación de un pueblo «donde todo el mun-

11 En 1996 se dismanteló un tráfico de drogas que utilizaba a las Galápagos como relé: los pescados más grandes del frigorífico de Puerto Baquerizo eran llenados de cocaína antes de ser exportados a Miami vía Guayaquil.

do se conocía» en una ciudad «donde todos los días se ven nuevos rostros y donde ya no se saluda como antes»...

Pese a su carácter aproximado, estas estimaciones subrayan lo esencial: Puerto Ayora experimenta un crecimiento demográfico muy fuerte. Ahora bien, este tiene lugar en un perímetro geográfico limitado a 163 ha (INGALA, 1987): la densidad poblacional de Puerto Ayora pasó entonces de 6 habitantes por hectárea en 1974 a 20 en 1990, sería de 39 en 1994 y de 52 en 1998. Como la Estación Darwin se extiende en 210 ha (FCD, 1993) al borde de la zona reservada a Puerto Ayora, esa desigualdad territorial contribuye a alimentar el resentimiento de una parte de la población local contra la base naturalista. Hasta ahora el aumento de esa densidad ha sido compensado parcialmente por la extensión de la ciudad al área que le está reservada: la construcción es aún muy poco densa en Puerto Ayora y se cuentan pocos edificios. Sin embargo, entre 1992 y 1996 el «frente pionero urbano» avanzó de manera espectacular (véase el mapa 8): en esta última fecha, casi en todas partes se habían alcanzado los límites del perímetro atribuido a la ciudad, con excepción de una extensión no desmontada que el municipio dice guardar como «espacio verde»¹². Además, el 48% de los encuestados de Puerto Ayora consideran que el PNG ocupa demasiadas tierras y que se verá obligado a ceder parte de ellas a la población.

La organización urbana de Puerto Ayora es simple: mientras mayor es la distancia a los dos ejes que estructuran a la ciudad –y en especial al malecón–, los barrios son más recientes, están menos bien equipados y más poblados de pobres. El empuje urbano se manifiesta sobre todo en el Norte del perímetro reservado, donde las calles son aún caminos de tierra que separan lotes donde se puede construir cubiertos de placas de lava y sembrados de cactus y plantas espinosas. En esos barrios, la mayoría de casas son de bloques y con techos de palastro o de «eternit». Son pequeñas y están aisladas en el centro del terreno: después de la compra del predio, a menudo falta el dinero para construir enseguida una vivienda de tamaño adecuado. Es en esas casuchas con un mobiliario de lo más somero (algunos cartones como armario, colchones en el piso y una cocina a gas) donde se amontonan los neomigrantes, 3 a 4 por pieza dados los precios de los alquileres. El aspecto de estos barrios periféricos es engañoso pues aparentemente disponen aún de espacio pero en realidad todos los terrenos están ocupados y, sobre todo, las casas albergan a muchos más habitantes que lo que sugiere su volumen¹³.

12 Pero según J. Rodríguez (1993: 62), «en Puerto Ayora la reserva no ocupada está asignada a propietarios particulares».

13 El 40% de las casas de Puerto Ayora tienen apenas una pieza y, de ellas, el 46% están ocupadas por 3 habitantes o más (INEC, 1990).

Sin embargo, aquí y allá se observan algunos caserones, propiedad de recién llegados afortunados que han podido construir en los últimos lotes otorgados por el municipio, pero el precio a pagar es un exilio lejos de los mejores barrios de la ciudad, situados todos al borde del mar.

En efecto, en Puerto Ayora la segregación espacial es marcada: mientras la «alta sociedad» habita a lo largo del malecón, de la laguna Las Ninfas o, mejor aún, en el «Barrio de los alemanes», los barrios norte constituyen la zona invisible de la ciudad, aquella donde nunca se aventuran los turistas y donde incluso la población antiguamente instalada no penetra sino rara vez. Allí se ven ciertas actividades que participan de la economía informal de la ciudad: talleres de mecánica o de carpintería y una retahíla de pequeñas tiendas, donde solo se encuentran algunas conservas, paquetes de detergente, cigarrillos vendidos por unidad y, a veces, latas de cerveza tibia. Las calles de tierra, donde los vehículos levantan el polvo durante la estación seca y cavan carriles durante la estación lluviosa, dan a esos barrios un aspecto intermedio entre suburbio y ciudad de frente pionero.

Las casas más cómodas poseen escuálidos jardincillos donde picotean gallinas y se ven en ocasiones cabras amarradas: en principio, plantas y animales introdu-



*En el límite del perímetro urbano de Puerto Ayora, este recién llegado ha rodeado su predio de una hilera de piedras que prefiguran el muro que lo preserva de una expropiación: le bastará con agregar una fila de cuando en vez para probar que su hábitat no es provisional, puesto que continúa «construyendo». La cabaña está hecha de bambú cortado en la parte alta de la isla; a la derecha, el talud sobre el que se erigen palos santos está invadido de *passiflora foetida*, una planta introducida particularmente resistente.*

cidos están prohibidos, pero, como me lo hizo notar una antigua habitante del sitio, «¿dónde ha visto usted hombres sin animales domésticos?». A lo largo de las calles corren las tuberías plásticas remendadas del sistema municipal de aducción de agua, cuyas fugas abrevan a los pinzones. Por lugares, la calzada y las aceras están tapizadas de desechos olvidados por el camión recolector municipal, basura que se disputan los perros que han escapado al veneno de los guarda-parques. Las iglesias evangelistas de origen estadounidense prosperan en este tipo de comarca, y se cuentan una media docena de templos: adventista, pentecostés, etc. Por cierto, ciertas puertas enarbolan un cartelito dirigido a esos prosélitos: «No pierda su tiempo, nuestros padres eran católicos y nosotros siempre lo seremos».

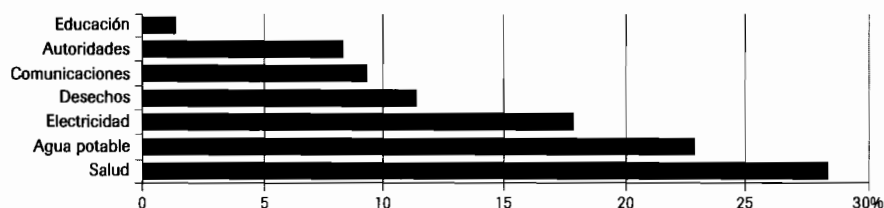
La quiebra de los servicios públicos

Las desastrosas condiciones de vida de buena parte de la población de Puerto Ayora han sido denunciadas muchas veces, como en este informe de la Comisión Permanente, que señala:

[...] el 39% de las viviendas se ubican por debajo del nivel mínimo de confort [...]; el alcantarillado no existe [...]; el 63% de la población utiliza fosas sépticas cuyo contenido se derrama por las grietas donde se encuentra el agua salobre utilizada por la población [...]; el agua de esas grietas no es tratada, ni desinfectada; es impropia al consumo [...]; la red pública de aducción de agua está compuesta de tubería de diámetro insuficiente que presenta numerosas fugas; el agua corriente llega a las viviendas con una presión insuficiente y solamente algunas horas por día [...]; la población produce 5 toneladas de basura por día, que son descargadas en una zona del parque cercana a la ciudad, sin tratamiento alguno...¹⁴

Los servicios públicos enfrentan un doble desafío en las Galápagos. Por una parte, los desarrollistas se oponen a los conservacionistas: los primeros han reprochado siempre a la FCD el hecho de que «prefieran los animales a los hombres» y que combatan toda medida que apunta a mejorar las condiciones de vida de los insulares con el pretexto de que ello aceleraría las migraciones hacia el archipiélago. Por otra parte, como las malas condiciones de higiene en las que vive una población creciente en el corazón del PNG pueden desembocar en un desastre ecológico (y, consecuentemente, turístico), los fondos internacionales destinados a los servicios públicos de las Galápagos son considerables hoy en día (véase la nota 27 del capítulo V, p. 247): de allí la premura de los responsables políticos y administrativos del archipiélago en «ocuparse de los problemas de la población». Sin embargo, según los encuestados de Puerto Ayora, no por ello mejoran los servicios públicos (véase la figura 21).

Figura 21
Principales deficiencias de los servicios públicos
según los encuestados de Puerto Ayora



Fuente: encuestas personales
N = 201 (2 respuestas posibles; el 5% no responde)

Entre esas deficiencias, la indiferencia de los encuestados frente a los asuntos escolares debería hacer reflexionar a la FCD que considera a la educación de la población como una de las claves del mejoramiento de la conservación de las Galápagos. Esta poca atención podría explicarse por el buen nivel de estudios de la población¹⁵, sobre todo en comparación con el resto de Ecuador. Sin embargo, la educación pública tiene muy mala reputación en las Galápagos¹⁶. Por ello, algunas familias acomodadas de Puerto Ayora han creado una escuela privada de muy buen nivel, contratando, tanto en Ecuador como en el extranjero, profesores bien pagados, y envían luego a sus hijos a estudiar en Quito o Guayaquil, e incluso en Estados Unidos. Sin embargo, según una profesora de Puerto Ayora «en una sociedad que rinde un verdadero culto al dinero, la educación no tiene gran valor».

Los desechos domésticos han sido el pretexto de muchos programas de ayuda financiera a los municipios del archipiélago; estos últimos pretenden además que el impuesto que cobran a los visitantes está destinado en gran parte a mejorar el sistema de recolección de basura. Como a las Galápagos ingresan mucho más productos de consumo que lo que sale en embalajes, y puesto que no existe un programa de reciclaje de los desechos, estos se amontonan en varias descargas que ofrecen el espectáculo, alucinante si se piensa que tiene lugar en pleno cen-

15 Únicamente el 1% de los encuestados de Puerto Ayora no ha realizado estudio alguno, el 17% tiene el nivel primario, el 67% ha cursado estudios secundarios y el 15% universitarios (Grenier, 1996), tasas cercanas a las proporcionadas por el INEC en 1990.

16 «El 60% de los maestros de primaria no tienen formación, lo que se explica por las dificultades de contratación debido al costo de la vida, en particular de los alquileres y de la alimentación; así, los profesores que trabajan en las Galápagos están al acecho de cualquier ocasión para regresar al continente» (CONADE, 1988, Vol. II: 150-151). Véase también Rodríguez (1993).

tro del PNG, de bandadas de ratas que se agitan sobre montones de basura que alcanzan varios metros de altura. Estas descargas no están separadas del PNG por una barrera, y los desechos que contienen son abandonados sin ser ni siquiera cubiertos de cal: son uno de los principales focos de diseminación de organismos introducidos y de enfermedades infecciosas.

Una reunión que tuvo lugar en la oficina del INGALA en Puerto Ayora en 1992 permite medir la impericia del poder local a propósito de la basura, y explica también que esas mismas autoridades sean consideradas como un «problema» por los encuestados (figura 21).

INGALA: La zona proyectada para la nueva descarga se encuentra en el kilómetro 27 [de la trans-Santa Cruz]. Es una antigua cantera, invisible desde la carretera, donde no hay viento; su superficie es de 2 ha, que habrá que rodear con un perímetro de protección.

SPNG: Hay que realizar un estudio de impacto sobre el medio ambiente.

INGALA: Ustedes se encargan de ello con la estación Darwin.

SPNG: Hay que hacerlo para que los ecologistas no protesten. Es la estación la que debería encargarse, eso puede realizarse en una semana.

ECCD: Tenemos tres documentos –del INGALA, del SPNG y del municipio– sobre los desechos en Puerto Ayora: haría falta un documento final que haga la síntesis de ellos y que se entregaría al municipio, son ellos los responsables de la basura. Ese documento final debe prever los plazos y el financiamiento, pues les recuerdo que nadie tiene dinero.

INGALA: Ya no necesitamos un proyecto sino un estudio de manejo de los desechos que prevea todo y con el cual podamos pedir dinero: el ONUDI ha prometido 70.000 dólares de financiamiento. Además, habría que sensibilizar a los habitantes sobre el asunto.

SPNG: Ya no se puede seguir así: se necesita un plan de medidas inmediatas, además del proyecto final, que requiere dinero.

ECCD: Se podría comenzar desde ya con el plan del municipio y con el cierre de las descargas no controladas, porque si nada está listo cuando lleguen los expertos de la ONUDI y del PNUD...

INGALA: Sería bueno que se ocupen de eso esos expertos... Para el documento final, no sería conveniente que participen los que hicieron los tres primeros.

SPNG: Ese documento de síntesis podría permitir un financiamiento, de la UNESCO por ejemplo.

Capítulo VI: La «continentalización» del medio insular

INGALA: Se habla y habla, pero el municipio no se compromete: ¡hay que involucrarlo!

SPNG: Es cierto, participamos en reuniones a las que el principal interesado, el municipio, no asiste. Haremos la próxima reunión en el municipio, así ya no podrán escapar.

INGALA: Hay que realizar una campaña de tipo publicitario para sensibilizar a la población. La gente ni siquiera conoce el problema, hay que mostrárselo, hablarle de la situación.

SPNG: Vamos a mostrar a los habitantes y al municipio el vídeo que realizamos sobre los desechos.

INGALA: Hace falta una campaña de sensibilización de largo aliento. El problema de la basura es un tema que atañe a todo el mundo y no compete a una institución en particular.

Este sainete retoma los rasgos característicos de las instituciones públicas en las Galápagos: la manía de los planes, proyectos y otros estudios, a través de los cuales se traspasan mutuamente las responsabilidades, aunque también el consenso general de buscar financiamiento en particular de organismos internacionales.



En 1992, la población de Puerto Ayora producía 5 toneladas de basura por día (¿cuánto actualmente?): esta se amontona sin tratamiento alguno en las descargas públicas situadas en la «zona de uso especial» del PNG.

La salud pública ocupa el primer lugar en los problemas evocados por los encuestados. Sin embargo, según las estadísticas (Dirección Provincial de Salud, 1994), las Galápagos parecen estar dotadas convenientemente de personal médico, aunque su repartición sea muy desigual: un médico para 583 habitantes en San Cristóbal, uno para 1.330 en Santa Cruz. En cuanto a Isabela y Floreana, el sistema de salud pública las abandonó a su suerte, sobre todo en las zonas rurales, lo que contribuye a explicar su desertificación: la primera dispone de 8 «auxiliares de salud», casi siempre sin formación alguna, pero solo tiene un médico, un dentista y ninguna enfermera; la segunda no dispone de personal médico permanente. Tres conversaciones en Puerto Ayora con el director del hospital, enfermeras y un médico permiten, una vez más, relativizar las estadísticas oficiales.

El hospital de Puerto Ayora es vetusto y está mal mantenido; su sala de emergencias es de lo más somera. Su director, que es también médico particular, propietario de una *boutique* de *souvenirs* y consejero municipal, nos da su opinión sobre la situación sanitaria del archipiélago:

A nivel socioeconómico comparable, la situación sanitaria es mucho mejor en las Galápagos que en el continente, pero los nuevos migrantes son a menudo pobres y traen enfermedades antes desconocidas aquí, como el dengue, el cólera, enfermedades sexualmente transmisibles, etc. A la inversa del continente, la población está casi enteramente vacunada pero los focos de contaminación en la isla son numerosos: el agua está contaminada y los desechos no son tratados. Al hospital no le hacen falta equipos sino personal.

Así, los problemas sanitarios estarían vinculados a los migrantes pobres (eternos chivos expiatorios), al agua y a la basura, pero no a la falta de medios hospitalarios.

En julio de 1993, el hospital está en huelga. La rica comerciante establecida en frente ridiculiza a esas enfermeras que «de todas maneras no hacen nada» y a los médicos «que nunca están en el hospital pues prefieren hacer negocio en sus *boutiques*»... Su marido, como todos los insulares acomodados, «salió» recientemente a consultar a su médico particular en el continente, donde permaneció bloqueado durante tres días por falta de espacio en el avión de retorno. Las enfermeras reclaman el pago de los salarios de mayo y junio de ese año, el equipamiento del hospital y la descentralización de la administración sanitaria:

Es la administración provincial de San Cristóbal la que bloquea los salarios, no nos dan los medicamentos ni los equipos que nos corresponden. Es apenas creíble, pero este hospital no tiene ni siquiera gasa ni algodón; no tenemos reactivos para prediagnosticar la tifoidea y hace un mes se declaró una epidemia; las autoridades se han mostrado discretas para no asustar a los turistas. No tenemos ni medicamentos ni equipos; no es lo mismo en otros lugares del Ecuador: allá se puede presionar constantemente; aquí estamos olvidados.

La versión de las enfermeras difiere entonces de la del director: al hospital le faltaría el material más elemental. El turismo ante todo: no se busca vacunar a la población contra la tifoidea pues las autoridades municipales –de las que forma parte el director del hospital– prefieren no hacer publicidad de la epidemia.

F., un joven cirujano que hace su servicio rural en Puerto Ayora para poder luego ejercer como especialista, describe las condiciones en las que trabaja:

Lo que más me sorprendió al llegar al hospital de Puerto Ayora es la falta de abastecimiento, en un 60%, de lo que en principio se debería tener en personal, equipos y farmacia. Mientras la salud es en principio gratuita en este tipo de hospital, aquí cobramos la mitad de todo: medicamentos, radiografías, exámenes de laboratorio, etc. para autofinanciarnos. Las enfermeras auxiliares son formadas en un mes y tienen un nivel de instrucción muy bajo que les impide progresar. En lugar de los cuatro médicos previstos para el servicio rural, solo somos dos, a más del director. Cuando recibo casos graves debo enviarlos al continente, puesto que no tengo lo que hace falta para tratarlos.

La situación sanitaria de Puerto Ayora es deplorable y no estoy de acuerdo en decir que aquí se vive bien porque el entorno es sano. Aquí no hay ni agua potable ni alcantarillado: el 90% de la población tiene amebas y sufre de problemas ligados a ello, en los nervios, los pulmones, los riñones. Las enfermedades más comunes son gastrointestinales, amebianas, dermatológicas, las sexualmente transmisibles, y hay varios casos de tuberculosis.

Este diagnóstico de la situación sanitaria de Puerto Ayora descubre la otra cara de las Galápagos: el entorno de la mayor parte de los insulares –sobre todo de los que viven en la ciudad– no es sano, contrariamente a lo que hace suponer la imagen idílica de las islas. Las enfermedades de que sufren los habitantes de Puerto Ayora son las de la pobreza, causadas por las malas condiciones de higiene en las que viven, y estas se deben a la quiebra de los servicios municipales, superados por una población que aumenta rápidamente. Ahora bien, dieciocho meses después de esta última entrevista, *El Comercio* (26-1-1995) publicaba un artículo titulado «Al hospital de Puerto Ayora le falta casi todo»...

En las Galápagos, los servicios públicos no son más deficientes que en muchos otros lugares de Ecuador: su mala calidad nunca ha sido un factor limitativo de las migraciones pues cuando se viene de un pueblo de los Andes o de un suburbio de Guayaquil se está acostumbrado a algo peor. Sin embargo, cuando se vive en el continente se puede, si se es funcionario público, ejercer mayor presión sobre los centros nacionales de manejo de los servicios públicos para obtener personal, equipos o el pago regular de los salarios, o si se es usuario, es posible hacerse atender médicamente o educarse en la ciudad vecina. Esta diferencia esencial entre el archipiélago y la parte continental del país explica que en las Galá-

pagos la población se sienta abandonada por el Estado y relegada en las islas como en el tiempo de Cobos. Los insulares que no sufren (demasiado) de las falencias de los servicios públicos son aquellos que pueden salir de las Galápagos para paliar las deficiencias locales en materia de educación y de salud, entre otras. Son los «de las redes» (científicos, armadores, guías, grandes comerciantes, etc.) que trabajan en relación con el exterior de las islas y que sacan de ello facilidades y provecho: donde ellos se puede ver en un cartel al lado del teléfono —otra ventaja «reticular»— la publicidad de un avión-ambulancia basado en Guayaquil, listo para evacuar de emergencia a quienes pueden pagar el precio.

Los servicios públicos son redes que irrigan un territorio dado, país, provincia, municipio o cantón: dispensarios y hospitales, establecimientos escolares y universitarios, redes de aducción de agua, de distribución eléctrica, de alcantarillado, de recolección de basura, etc. La quiebra de esos servicios públicos en el archipiélago subraya el hecho de que el Estado ecuatoriano maneja tanto menos este tipo de redes cuanto que en las Galápagos la distancia y la insularidad se suman a la burocracia, como lo muestra el caso de las enfermeras que dependen del Ministerio de Salud de Quito, de la II Zona de Salud de Guayaquil y de la Dirección Provincial de Salud de San Cristóbal. En las Galápagos, el Estado ecuatoriano y sus réplicas provincial y municipal no logran (o lo hacen mal) articular el modo espacial «areolar» (véase nota 29, capítulo II, p. 108) que los funde, en tanto territorios administrativos, al de las redes: el espacio reivindicado está muy poco irrigado por los servicios públicos. Sin embargo, el ejemplo de los desechos indica que ciertas instituciones insulares, si bien son capaces de conectarse a redes organizadas y dirigidas desde el exterior de las islas o del país a fin de captar parte de los flujos que allí circulan, no logran implantar por sí solas sus propios sistemas reticulares, en este caso un simple servicio de recolección.

Isabela, el «Far West»

El aislamiento

Hasta 1995 no se podía llegar a Isabela sino al término de una travesía de cuatro a cinco horas, según las corrientes, desde Puerto Ayora. Antes de alcanzar la cabecera de la isla, se bordea una costa formada por una colada de lava, baja y negruzca, donde revientan las olas. Este litoral es tan inhóspito que la ensenada de Puerto Villamil parece un milagro, aunque la entrada es difícil pues la bahía está ampliamente abierta hacia el sudeste: las olas vienen a morir en la playa de arena blanca bordeada de cocoteros, una visión del Pacífico sur fuera de lugar en las Galápagos. Esta bahía con muchos arrecifes y cubierta con la espuma de las olas que revientan es tan peligrosa que el carguero mensual ancla a buena distancia del muelle, municipal y monumental... Evidentemente, «Puerto» Villamil es

el peor del archipiélago, lo cual no incita a las visitas: en el año 1993, el capitán de puerto había contabilizado apenas 15 escalas del carguero, 6 paradas de la lancha del INGALA, 3 visitas de un barco del SPNG y el paso de 143 embarcaciones de turismo (no se registran los barcos de pesca, lo que facilita la corrupción en tiempo de pesca clandestina de pepinos: véase el capítulo VIII).

Este aislamiento se refleja en el aspecto de Puerto Villamil, un pueblito con calles cubiertas de arena donde los automóviles son casi inexistentes: se cuenta una decena de vehículos en la isla. Al inicio del dique, unas pequeñas casas coronadas por una antena de telecomunicaciones constituyen el destacamento naval; tendido en una hamaca cerca de los restos de una «fibra», un soldado pasa el tiempo: aquí la Armada no tiene barcos. El centro del pueblo es un césped pelado donde se juega interminablemente al ecuavolley. Si las distracciones son pocas, el trabajo tampoco parece abundar, y siempre se ven hombres desocupados errando por Puerto Villamil. La plaza está bordeada por los edificios administrativos de la isla: el municipio y las oficinas del INGALA, el centro de salud y el colegio, al lado de la iglesia de la que depende; en cuanto al SPNG, ha instalado su oficina en la cercanía. Así, todas las instituciones públicas están reunidas en un radio de 300 m alrededor del dique principal: la organización urbana co-



Puerto Villamil. El muelle, donde solo pueden atracar las pangas, se encuentra a la izquierda, detrás de los escollos. Bajo los cocoteros se distingue la misión franciscana y, en la playa, la capitania pintada de blanco, cerca de la cual se erige una inmensa antena impotente: visiblemente el pequeño patrullero de la Armada está fuera de servicio...

rresponde aún al centro pionero. En 1994, Puerto Villamil contaba apenas con cuatro pequeños hoteles, de los cuales solo dos recibían regularmente visitantes, y no tenía ningún comercio turístico.

A partir de 1973, la llegada de instituciones públicas al tercer cantón del archipiélago llevó una primera ola de migrantes, funcionarios y comerciantes. En Isabela, el papel del Estado ha sido más decisivo en materia de empleo que de inversiones: los empleados del sector público son numerosos en Puerto Villamil, 32% de la población activa (INEC, 1990), pero los camiones están inmovilizados en el campamento del INGALA, la construcción del aeropuerto se inició a principios de los años 1980 para acabar solamente a fines de 1995, y el «nuevo» colegio, cuya edificación comenzó en 1984, se ha deteriorado antes de haber sido concluido.

Algunos nuevos migrantes han tratado en cambio de desarrollar el turismo al cual ningún nativo había prestado atención. Sin embargo, contrariamente a las otras islas pobladas –incluida Floreana con la familia Wittmer– los empresarios locales no poseen barcos de crucero, de allí su dependencia de los transportadores que llevan a los turistas desde Santa Cruz. En Puerto Villamil, una suiza compró el mejor hotel de la isla a un traficante italiano de drogas que la INTERPOL fue a capturar hasta allá (el aislamiento de Isabela es relativo): es la única que tiene vínculos con agencias de turismo de Quito, que le envían tours organizados. Los pocos turistas que llegan a Puerto Villamil –no se ven todos los días en el pueblo– son de dos tipos: los primeros no hacen sino una corta escala durante su crucero, para subir a Sierra Negra en compañía de su guía; los segundos permanecen algunos días en Isabela. Los primeros son mayoritarios pero en nada benefician a la población local; los segundos apenas un poco más, pues se trata de mochileros sin dinero.

El turismo es entonces un recurso aún secundario en Isabela: el hecho de que el primer guía naturalista originario de esta isla haya obtenido su título apenas en 1993 ilustra esta marginalidad. Este joven guía, un ex «pepinero», debe por cierto trabajar en Puerto Ayora mientras quisiera aprovechar su experiencia como buzo para montar un negocio en su isla, pero no tiene los medios suficientes. La reconversión de estos pescadores al turismo territorial sería urgente pero falta apoyo.

Los isabeleños

La calle que bordea la playa en más de un kilómetro está a la sombra de las palmeras: todos los nativos tienen allí sus casas, la construcción es espaciada, las edificaciones bajas, pequeñas y simples, y el lugar muy agradable. El aislamiento de la isla, además de haber preservado la belleza y la serenidad del sitio, ha ayuda-

do a la constitución de una comunidad humana particular, reconocida como tal en las Galápagos: los isabeleños. Proviene de tres grupos sociales: los descendientes de la familia Gil y los antiguos peones de la hacienda del colonizador de Isabela; los de los presidiarios que permanecieron allí después de haber sido liberados; y las familias de comerciantes y funcionarios que se quedaron después de cerrada la penitenciaría.

Estos isabeleños forman la única comunidad «isleña» residual en las Galápagos, pues son los únicos que han preservado por largo tiempo una «manera de vivir en la isla» muy poco influenciada por el modo de vida continental, lo que los diferencia de sus homólogos de San Cristóbal o de Santa Cruz¹⁷. Según un joven nativo de Isabela, cuyo padre era guardia en la penitenciaría,

los isabeleños son unos atrasados, lo único que saben hacer es montar a caballo, pescar y beber, es todo...

Un comerciante costeño es igual de crítico:

la gente de aquí no trabaja, están acostumbrados a perseguir al ganado salvaje en la parte alta para bajar y venderlo a un carguero una vez al mes, después de lo cual se quedan tres días en el pueblo para emborracharse y luego regresan a sus fincas...

Una campesina va aún más lejos:

Nosotros, los lojanos, sabemos trabajar, somos nosotros los que trajimos aquí legumbres que los isabeleños no conocían: ellos no comían sino camote, yuca y bananos...

Finalmente, este retrato tipo del isabeleño es completado por la confesión de un joven pescador local:

El SPNG nos dice que hay que hacer turismo, no pesca de pepinos, pero yo no tengo ganas de acarrear turistas, quiero seguir siendo libre de tomarme un trago cuando quiera: parece que eso no gusta a los gringos.

La extraña atmósfera de Isabela, donde el silencio cubre todo cuando uno se aleja unos pasos de un Puerto Villamil rodeado de un siniestro paisaje de lava desnuda bajo un cielo gris de garúa –pero que vuelve a ser delicioso cuando el sol ilumina la perfecta curva de la playa– explica la fascinación que se puede sentir por esta isla. La identidad «isleña» se traduce aquí en una gran desconfianza fren-

17 La ausencia de aeropuerto en Isabela era en parte responsable de su «isleidad»: «El concepto de isla es el de una topología de dos dimensiones, pero el avión circula en la tercera: las fronteras de esa topología se desvanecen» (Moles, 1982: 288).



La calle principal de Puerto Villamil, a lo largo de la playa, está habitada solo por viejas familias de isabeleños. La tranquilidad del lugar es solo aparente: Isabela es el punto de partida de una red de comercialización de holoturias cuyo punto de llegada es Hong Kong.

te a los afuereños, vengan ya sea del continente o incluso de otras islas de Galápagos. En realidad, los isabeleños no son verdaderos «isleños» a la manera de los oceánicos de Vanuatu, por ejemplo: como todos los galapagueños, son descendientes de continentales que viven en una isla. Sin embargo, el particularismo de los isabeleños viene probablemente de la historia de su isla, hecha de trabajos forzados y de muertes violentas, que ha dejado en ellos la huella de una cierta tristeza. Isabela es aún un mundo replegado en sí mismo, que comparte demasiados secretos: aquí conviven antiguos condenados, sus guardianes y quienes sacaban provecho del presidio.

A partir del cierre de la penitenciaría (1959) y hasta los años 1970, la vida de los isabeleños era a la vez penosa y despreocupada. La caza, la pesca y el trabajo en el campo garantizaban la existencia de una comunidad isleña relativamente unida gracias a un aislamiento y una autosubsistencia, sinónimos de igualitarismo y ayuda mutua: por ejemplo, ese pescador que lleva un enfermo a Santa Cruz, de noche y en panga ... El territorio de los isabeleños se extendió siempre a todo el Sur de la isla —donde iban a cazar ganado cimarrón y tortugas— y, para los pescadores, al Oeste del archipiélago. Cuando el SPNG trazó las zonas de las Galápagos dejadas a la colonización, los conservacionistas pretendieron limitar los usos de la isla de los isabeleños al interior de un perímetro muy inferior al que ellos recorrían hasta entonces: se trataba de hecho de transformar su práctica ex-

tensiva de la «silva» en un uso intensivo del «ager» bien circunscrito. En realidad, los isabeleños nunca aceptaron la reducción de su libertad de movimiento y continuaron —aprovechando la falta de control por parte del SPNG— utilizando su isla a su manera.

Un medio isleño en vías de desaparición

Mientras los isabeleños demuestran una cierta inercia frente al «desarrollo» de su isla, no sucede lo mismo con los migrantes que han llegado desde los años 1970 gracias a la apertura de Isabela. Para albergarlos, Puerto Villamil se ha extendido hacia el interior de las tierras, allá donde el suelo está enteramente cubierto de lava, sobre la cual están colocadas directamente las pequeñas casas de bloques con techos de palastro. La comunidad más importante de migrantes es originaria de Loja: son agricultores y comerciantes. Los primeros han montado su propia cooperativa agrícola, que celebra en Puerto Ayora acuerdos con los compradores para defenderse de la hegemonía de los negociantes de Santa Cruz¹⁸ en el mercado. Los segundos viven en un barrio de Puerto Villamil bautizado como «Barrio Loja»: prefieren agruparse para huir de la hostilidad latente de los isabeleños.

La rivalidad entre estas dos comunidades es uno de los temas de conversación favoritos en el pueblo: los lojanos acusan a la gente de Isabela de ser unos «egoístas que les envidian pero no trabajan» y de «monopolizar los empleos públicos»; en cuanto a los isabeleños, consideran a los lojanos como invasores. Los isabeleños de cepa ven reducirse poco a poco su poder: durante largo tiempo, el manejo de los negocios de la isla fue monopolizado por tres familias locales; sin embargo, en 1992, el nuevo alcalde, nativo de Isabela pero nacido de la inmigración reciente, fue elegido gracias al apoyo de los lojanos. Algunos isabeleños ven en ello el inicio del fin, pues el alcalde trabaja activamente para la apertura de Isabela hacia el exterior y ha insistido con éxito en Quito para que el aeropuerto sea terminado durante su mandato: él mismo ha invertido en el turismo.

La evolución política de la población de Isabela era notable durante el último mitin antes de las elecciones legislativas de 1994, liderado en la isla en abril por uno de los candidatos en la palestra. Este, R. Cisneros, ha sido elegido ya dos veces diputado de las Galápagos; aunque vive en Quito, es originario de Isabela, donde su padre, enriquecido gracias al empleo gratuito de presidiarios a través de la corrupción de los guardias, regentaba un comercio y poseía una finca: era entonces el antiguo «cacique» de la isla quien se dirigía esa tarde a los habitantes

18 Estos esperan algunos días antes de ofrecer muy poco por las piñas o naranjas traídas por los isabeleños quienes, obligados a regresar a su isla, deben entonces ceder su mercancía so pena de perderlo todo.

de Puerto Villamil en una parodia de «Cargo cult» melanesio. En efecto, Cisneros había optado por hacer su última gira por el archipiélago en un carguero, cuyas luces se veían en la bahía en el plano posterior del estrado sobre el cual estaba en pie el candidato. El navío desempeñaba un papel esencial en su discurso, pues es el que, una vez por mes, lleva diversas mercancías a Isabela y permite exportar el ganado y por tanto ganar dinero: el carguero es el símbolo de la modernidad del mundo exterior.

Después de haber hecho distribuir varias rondas de un aguardiente de mala calidad, Cisneros quiso precisar a su audiencia achispada que «no estamos juntos solo para beber»: había organizado una rifa sobre la cual repetía, probablemente para destacar su carácter excepcional, que no estaba amañada. Los objetos rifados simbolizaban la sociedad de consumo para una isla alejada de ella: un refrigerador «de marca nacional», un televisor «adaptado a las variaciones de voltaje», una vídeo-grabadora y dos hornillos a gas. Desde ya el mensaje era claro: Cisneros es el hombre del carguero, el que trae y distribuye los regalos del desarrollo, el vínculo de los isabeleños con la Madre Patria. Sin embargo, en este tiempo de pesca de holoturias, los isabeleños han cambiado. Cisneros representa aquello que ya no quieren, es el hombre del pasado que quiere aprovecharse una vez más de su papel de pasador entre la isla y el continente, que piensa deslumbrar y embrutecer a la gente con un refrigerador y un trago. Ahora bien, esos insulares acaban de descubrir que, gracias al dinero de los pepinos de mar, ellos mismos pueden pagarse objetos muchos más costosos y de mejor calidad. Fue entonces el otro candidato, E. Véliz, partidario declarado de la pesca de exportación, quien fue elegido, incluso en Isabela; sus habitantes optaron así por la apertura al mundo en lugar del repliegue sobre la isla y su «cacique»: en Puerto Villamil ya no es la era del «Cargo cult» sino del precio de la holoturia en los mercados asiáticos.

Los inversionistas afuereños se precipitan a Isabela, ayudados por el Estado:

A causa de lo que acaba de sucedernos en Puerto Villamil, acabo de asignar fondos para terminar el aeropuerto de modo que haya facilidades de transporte en los tres cantones insulares, a fin de poder, por ejemplo, combatir los incendios

explica el presidente Durán Ballén a *El Comercio* (25-9-1994). Así, el incendio que asoló el Sur de Isabela en abril de 1994 aceleró la construcción del aeropuerto, lo que es un buen negocio para las empresas militares encargadas¹⁹ y, más

19 En una comunicación oficial fechada de junio de 1994 (Oficio N° DP-00579), el Presidente de la República responde al ministro de Defensa que «tratándose de un tema de tal importancia para nuestro territorio insular, estoy asignando un aporte de 500 millones de sures (alrededor de 280.000 US\$) por mes, a partir de julio de 1994, para la realización de este aeropuerto por parte del ejército».

aún, para las empresas de turismo. En efecto, estas están ávidas de extender su radio de acción en el archipiélago e Isabela, que aparenta todavía ser una isla «virgen», se revela como un objetivo privilegiado.

En efecto, se ha puesto de moda ir a pasar unos días de vacaciones en Isabela: varias personas de la «alta sociedad» de Santa Cruz han adquirido predios y hecho construir casas con vista a la suntuosa playa de Puerto Villamil. En cuanto a las empresas de turismo, han comprado terrenos más grandes: 800 m de playa habrían sido vendidos a R. Dunn Barreiro, propietario del grupo Ecoventura/San-Saeta. En el catastro de Puerto Villamil no queda rastro de estas adquisiciones pues, para tratar de luchar contra la desposeimiento sistemático de los habitantes de Isabela, el alcalde emitió en 1992 una ordenanza que prohíbe a sus administrados ceder sus predios durante diez años. Sin embargo, es de dominio público en Puerto Villamil que ciertos habitantes han obtenido certificados médicos de favor y ponen de pretexto la obligación de ir a hacerse atender en Guayaquil, con lo cual, por falta de liquidez, deben utilizar el único capital de que disponen, la tierra²⁰.

Al pasar de una sociedad marginal a una especie de «Far West» ecuatoriano —un espacio abierto a los intereses mercantiles de vista corta, grandes destructores de naturaleza y de culturas—, Isabela se ha integrado a las redes económicas que la colocan en una situación de extrema dependencia respecto de los mercados externos: el de las holoturias no durará mucho, pero el del turismo de redes tiene probablemente muy felices días por delante. Esta transición desemboca en definitiva en una desaparición de la última comunidad isleña de las Galápagos. El uso de su medio, en el cual la naturaleza era un recurso utilizado ciertamente sin grandes miramientos, pero considerada y apreciada, habría podido ser orientado, a través de una política conservacionista adecuada, hacia el respeto a ella, siendo benéfico, primeramente, para los habitantes de la isla.

«El síndrome del insular»

Dos tercios de los habitantes del archipiélago nacieron en el continente: por tanto no constituyen una población de «isleños» sino de continentales más o menos

20 La plusvalía que beneficia a los actores afuereños a expensas de los insulares se ilustra mediante el caso de esta isabeleña a quien, en 1988, el municipio adjudicó un terreno de un valor de 900.000 sucres; en mayo de 1993, gracias a un certificado médico falso, lo vendió por un millón de sucres a un abogado de Quito quien a su vez, en noviembre de 1993, lo revendió a un estadounidense por un precio declarado de 1,2 millón de sucres. Sin embargo, el responsable del catastro de Puerto Villamil estima que esta última transacción alcanzaría al menos 30 millones de sucres; la suma real no fue declarada por razones fiscales.

adaptados a la insularidad. Ahora bien, esta sigue siendo relativamente marcada, pues para sus habitantes, el aislamiento de las Galápagos se ve disminuido sólo un tanto por el servicio aéreo de transporte aún limitado: si se pierde el vuelo diario, hay que esperar 24 horas para tomar el siguiente. Los habitantes del archipiélago que no pueden superar ese sentimiento de aislamiento temen permanecer bloqueados en la isla en caso de emergencia, sobre todo médica. Un médico de Puerto Ayora define esta angustia de la siguiente manera:

Aquí existe el síndrome del insular: se sufre de una sensación de límite proveniente de la dificultad de salir de la isla en caso de emergencia y del temor que produce un hospital donde no hay una buena atención médica. Y este síndrome se manifiesta en el insular mediante la somatización, los problemas nerviosos: muchos imaginan a menudo tener molestias de salud que no tienen. Además, esa gente trabaja en el mar pero tienen miedo de él. No se sienten protegidos aquí y consideran el viaje al continente como algo indispensable para su salud no solo física sino mental.²¹

Este «síndrome del insular» se acentúa debido a otra característica de las Galápagos: sus habitantes viven en un archipiélago de zonas colonizadas en el seno de islas a las que no tienen acceso, por falta de senderos y de barcos. Pocos galapagueños —fuera de los pescadores, los campesinos y los pioneros europeos— se atreven a aventurarse fuera de las zonas a las que está confinada la mayor parte de la población.

Salir de la isla

Salir de la isla es primeramente poder comunicarse con el exterior: hasta hace muy poco, la radio era el único medio de escapar, en palabras, fuera del archipiélago. Luego, en 1992, se instaló en Puerto Baquerizo una estación-relé de satélite: «Las Galápagos están más cerca» publica entonces *El Comercio* (18-3-1992) agregando que «el archipiélago ha sido integrado al continente, al menos por el teléfono». El uso del teléfono se difundió muy rápidamente entre la población, a tal punto que se ha convertido en el medio de comunicación más, y muy de lejos, ampliamente empleado por los encuestados (90% lo utiliza), ya sea entre las islas y, sobre todo, con el continente y hasta con el extranjero (Grenier, 1996): a fines de 1993, en Puerto Villamil, un comerciante se enorgullecía de llamar directamente a su hijo a Nueva York. En cuanto a la televisión, los políticos locales denuncian regularmente la ausencia de un canal nacional, pues el archipiélago recibe en cambio emisiones peruanas: así, el colmo del horror, los niños de Isabela creen que el presidente del Ecuador es «un chino con lentes» (A. Fujimori...).

Sin embargo, para muchos de estos continentales inadaptados a la insularidad, poder salir realmente de las islas es una garantía de salud mental. Así, se aconseja a quienes «no andan bien» —y que tienen los medios de hacerlo— ir a orearse en el continente: científicos, empleados públicos, guías, armadores y grandes comerciantes viajan allá al menos una vez por año, a menudo más; los más ricos llegan a Estados Unidos e incluso a Europa. La mayor parte de quienes han dejado las islas declaran estar contentos de regresar a ellas, al tiempo que están efectivamente «repuestos» después de su escapada fuera del pequeño mundo de las Galápagos. En efecto, a la necesidad de grandes espacios, cuando se vive al interior del doble límite de la isla y de la zona colonizada, se suma la del anonimato, las ganas de alejarse algún tiempo de lo que hace el encanto de la vida en las pequeñas islas aunque también su pesadez: todo el mundo se conoce —o lo aparenta— y, consecuentemente, es el reino de los chismes, las murmuraciones, los rumores.

La frecuencia de los viajes de los encuestados al continente es a la vez un índice del estado de dependencia del archipiélago respecto del primero, de la fuerza de los vínculos que muchos migrantes mantienen con sus comunidades de origen y, consecuentemente, de la importante apertura de las Galápagos al resto del país. En Santa Cruz (N = 106), el 69% de los encuestados va al menos una vez al año al continente, proporción que revela además la importante actividad económica del «centro» del archipiélago; esa tasa sube incluso al 73% en San Cristóbal (N = 72), sede de la mayor parte de instituciones públicas presentes en las Galápagos —que pagan a sus funcionarios un viaje por año al continente—, pero baja al 48% en las islas marginales de Isabela y Floreana (N = 21). Si se suman las respuestas de los encuestados que nunca han dejado las islas (10% del total) a las que indican que solo lo han hecho una vez o que no han salido desde 3 años atrás, se constata sin embargo que buen número de habitantes no pueden viajar fuera de Galápagos tan a menudo: en San Cristóbal únicamente un 20% está en ese caso; en Santa Cruz esa proporción sube al 26%, mientras que en Isabela y Floreana se obtiene ¡un 48% de respuestas de ese tipo! Así, en las Galápagos el viaje al continente es un factor de diferenciación no solo social sino también espacial.

Esta movilidad extra insular debe compararse con los desplazamientos de los encuestados entre las islas pobladas del archipiélago: si bien todas las personas interrogadas en Isabela han salido al menos una vez de su isla²², más de la mitad

22 En el caso del 75% de los encuestados de Isabela y Floreana, la isla más frecuentada es Santa Cruz, en especial debido al tránsito hacia el continente (que representa el 40% de las razones del desplazamiento al interior del archipiélago tratándose de los encuestados de Isabela): el centro económico de las Galápagos es más importante que su capital administrativa.

de los encuestados de San Cristóbal (52%) y de Santa Cruz (54%) no conocen otra isla. Dicho en otros términos, los desplazamientos de los insulares son mucho más frecuentes entre el lugar donde viven y el continente que entre las islas: estamos efectivamente ante un archipiélago fragmentado, cuyas relaciones del conjunto con el exterior son mucho más fuertes que las existentes entre sus elementos.

Para el 46% de los encuestados, la visita a la familia es el principal motivo del viaje al continente, lo que confirma la estrechez de las relaciones con sus regiones de origen. Otro índice de tales vínculos es el hecho de que el 15% de los encuestados de Santa Cruz, el 28% de Isabela y el 31% de San Cristóbal reciben regularmente alimentos enviados por sus familiares, práctica que contribuye al aumento del número de organismos introducidos en las Galápagos, puesto que jamás se ha decretado una cuarentena. Una cuarta parte de los encuestados deja las islas por razones médicas, una operación o, casi siempre en el caso de los ricos, un parto, un examen de salud e incluso una simple consulta: se mide así el bajo nivel de confianza en el sistema de salud de la provincia insular.

¿Qué identidad galapagueña?

La opinión de los encuestados sobre tres palabras –mar, isla y continente– permite definir un tanto mejor su identidad geográfica.

Pese a la afirmación del médico, el mar es apreciado por el 88% de los encuestados de Santa Cruz, el 87% de los de San Cristóbal y el 75% de los de Isabela y Floreana. Sin embargo, este tipo de respuesta instruye más sobre la imagen que el encuestado querría dar de sí mismo que sobre lo que siente verdaderamente: es fácil decir que se aprecia el mar cuando se lo ve de lejos y nunca se sube a un barco, lo que es el caso de la mayoría de habitantes de Santa Cruz y de San Cristóbal. En cambio, los encuestados de Isabela y Floreana, que toman la lancha del INGALA para dejar su isla, son quienes en mayor número (10%) declaran temer al mar, y es también en esas islas de campesinos que viven en cuasi autarcía en las partes altas donde se encuentra la mayor proporción de indiferentes frente a este aspecto (15%). Sin embargo, es en Isabela donde se obtiene igualmente el mayor porcentaje de respuestas positivas de tipo afectivo sobre el mar (40%): forma parte de la identidad de los pescadores de Puerto Villamil. Para el 46% de la gente encuestada, el mar es un recurso económico (pesca comercial y/o turismo): incluso tratándose de un serrano que teme al océano, este tiene de él una representación positiva si le permite obtener con qué vivir...

Si bien son pocos los encuestados que han estado realmente en contacto con el mar, todos en cambio habitan en las islas, y el 79% de opiniones vertidas sobre ellas son positivas, pues para la inmensa mayoría el galapagueño es simplemente

aquel que vive en las Galápagos²³: ¿cómo entonces no declararse satisfecho de vivir en una isla? Pero en este caso también las respuestas varían mucho según las islas, lo que es revelador de sus diferencias geográficas: el 17% de los encuestados de Santa Cruz declaran no apreciar vivir allí, mientras que la isla es, por el contrario, un componente de la identidad de los de Isabela/Floreana, donde solo el 3% tiene una imagen negativa: aún se encuentran huellas de una cultura «isleña».

Finalmente, las respuestas relativas al continente son en su mayoría negativas (54%), lo que es a la vez normal dado el amor que proclaman los encuestados por sus islas, y un tanto sorprendente dada su dependencia respecto de él. Mientras un 68% de los encuestados de Isabela/Floreana tienen una opinión negativa del continente —son efectivamente los más arraigados en sus islas—, solamente el 52% de los habitantes de Santa Cruz y el 54% de los de San Cristóbal están en ese caso. El apego afectivo al continente es notable en Santa Cruz (38%) debido al poblamiento más tardío de esa isla y al mayor número de migrantes recientes en la muestra. Una sexta parte de los encuestados de San Cristóbal echan de menos la vida social que han dejado atrás; se trata en gran parte de los hogares de funcionarios públicos que han sido enviados por un periodo limitado a las Galápagos donde la vida es más cara y uno se aburre: son incluso los únicos, aunque son pocos, que encuentran una ventaja económica en el continente.

Las críticas sobre el deterioro ecológico del continente son tanto más interesantes cuanto que son sobre todo los encuestados de Isabela/Floreana los que las formulan (26% de respuestas en esas islas), aunque los habitantes de Isabela son acusados de dañar los ecosistemas insulares debido a la pesca de holoturias a la que se han dedicado. No obstante, entre ellos se encuentran lojanos que han sufrido de las sequías agravadas por la acción antrópica que les han obligado a dejar su provincia. La dependencia de las Galápagos en relación con el continente es deplorada por una sexta parte de los encuestados: sus nefastos efectos se hacen sentir en la vida cotidiana, ya sea por la alimentación, la burocracia o las decisiones políticas que trastornan la vida del archipiélago sin que se consulte a su población. Pero la principal crítica relativa al continente se refiere a la violencia endémica que allí reina (un tercio de las respuestas): se confirma que escapar de ella es una razón importante para migrar a las Galápagos.

Es por ello que esos continentales bastante mal adaptados a la vida de las islas se definen sin embargo en su gran mayoría como insulares. Así, las tres cuartas partes de los encuestados de Santa Cruz y de San Cristóbal aseguran sentirse gala-

23 A la pregunta «¿qué es, según usted, un galapagueño?», todos los nativos respondieron en cambio: «el que ha nacido en las Galápagos»...

pagueños y esta proporción llega incluso al 85% en Isabela/Floreana. A la inversa, son solo entre 13 y 15% según las islas los que continúan declarándose de la Costa, y un tanto menos de la Sierra, con la notable excepción de Isabela/Floreana donde, pese a la presencia de lojanos entre los encuestados, nadie afirma tener una identidad serrana; finalmente, son muy pocos los que se definen primeramente como «ecuatorianos».

Tal como ha sido definida, de manera muy somera, esta identidad galapagueña, ampliamente reivindicada por migrantes de los cuales muchos han llegado recientemente al archipiélago, parece más ser voluntarista que estar anclada en una profundidad histórica capaz de haber dado lugar al nacimiento de una cultura isleña. Aquí uno se afirma galapagueño más por oposición a los afuereños que por un verdadero amor a las islas que la mayoría no experimenta. Se trata pues, al afirmar una pseudo-identidad común, de protegerse de los recién llegados, de protestar contra el desposeimiento sistemático de los recursos insulares en beneficio de las empresas de turismo y de pesca basadas en el continente; de allí también la oposición a las migraciones. «Galápagos para los galapagueños», el eslogan más escuchado en las islas, simboliza esa identidad basada en el deseo de reservarse la explotación de riquezas insulares.

En ello, las Galápagos experimentan efectivamente la dinámica de los frentes pioneros, que integra a migrantes provenientes de regiones y de culturas diferentes en una identidad que se construye a medida que avanza la ocupación y la transformación del espacio de acogida. Sin embargo, tal identidad no corresponde a un medio particular y la inmensa mayoría de los que claman su identidad galapagueña son continentales que han traído con ellos su medio de origen. Sin embargo, el aislamiento de las Galápagos permite a sus habitantes sentir, de manera positiva o no, que viven en un lugar diferente a cualquier otra provincia ecuatoriana: así, la identidad galapagueña no solamente estaría constituida de un conglomerado de rasgos culturales continentales fundidos en un interés económico común, sino que se derivaría también del sentimiento de vivir en islas a 1.000 km de la Madre Patria. Se trataría entonces de una identidad por carencia, por oposición a los de afuera, o nostalgia del continente, moldeada a la vez por la espera de riquezas proporcionadas por el exterior —los turistas, los fondos y empleos públicos, los intermediarios de la pesca de exportación— y por el temor de ese mismo «afuera» de donde vienen la competencia y los predadores —migrantes y grandes empresas—.

La «continentalización» del medio insular es entonces la importación al archipiélago de las relaciones con el espacio y la naturaleza prevalentes en las metrópolis y los campos sobrepoblados y miserables del Ecuador continental: desemboca en la homogeneización de esas relaciones en el seno de una meta-*médian-*

ce²⁴, la del subdesarrollo en su variante latinoamericana. Mientras los recursos del Estado y del turismo eran importantes, esa continentalización era sinónimo de mejoramiento de las condiciones de vida de la población autóctona así como de los recién llegados. Hoy en día sin embargo se asemeja a una modernización de fachada que tiene un creciente impacto ecológico que coloca a los insulares de manera creciente bajo la dependencia de «afuera» y que acarrea así a las Galápagos en una espiral de apertura sin fin que desemboca en la ruina del espacio «protegido».

24 Berque (1990) define la *médiance* como la significación de un medio, es decir el sentido de la relación entre una sociedad, el espacio y la naturaleza.

**El fracaso
de la conservación**

Capítulo VII

Un parque nacional en subasta

El parque nacional de las Galápagos forma parte del

patrimonio de las áreas naturales del Estado, inalienable e imprescriptible, sobre el cual no se puede establecer ningún derecho real¹.

Sin embargo, el PNG es disputado entre instituciones que pretenden tener jurisdicción sobre su territorio o sobre sus recursos, lo cual refleja el dilema del Estado: ¿Se debe poner énfasis en el poblamiento y el desarrollo de las Galápagos o en su conservación?

La comparación de la inversión pública realizada en esos campos nos da la respuesta (véase la figura 22); revela en efecto que la prioridad del Estado ecuatoriano en las Galápagos ha sido siempre su desarrollo, puesto que la parte que corresponde a la conservación pasó apenas del 4 al 12% del total entre 1980 y 1994.

Ahora bien, aunque conservación y desarrollo están siempre asociados en los planes de ordenamiento así como en todos los textos administrativos sobre el archipiélago, cuando se examina el manejo turístico del SPNG, misión que cumple de la manera menos deficiente, se observa que ese vallado de palabras disimula mal el terreno baldío que es el parque nacional.

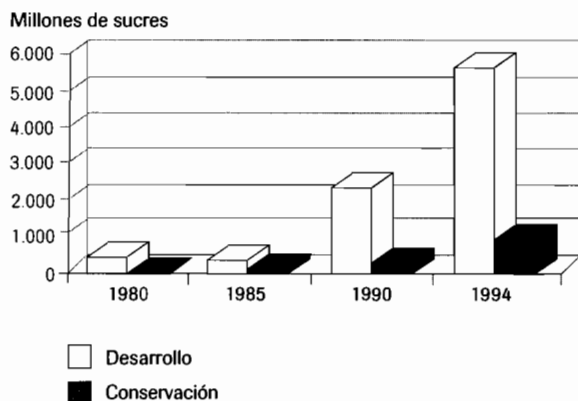
El difícil manejo turístico del parque nacional

Desde sus inicios en el archipiélago el turismo ha sido considerado como un aliado de la conservación y el SPNG aplica técnicas de manejo turístico de las áreas protegidas con la ayuda de expertos estadounidenses y de la FCD desde los años 1980. En las Galápagos se han utilizado los modelos de «capacidad de carga» y «Limits of Acceptable Change» (LAC)². Afinadas por el «US Forest Service» para resolver los problemas vinculados a la afluencia de visitantes en las áreas prote-

1 Decreto Legislativo N° 174, 1981.

2 Un análisis del modelo LAC aplicado en el PNG se encuentra en Grenier (1996).

Figura 22
Inversión pública ecuatoriana en el desarrollo
y la conservación de las Galápagos (1980-1994)



Fuentes: INGALA (1981, 1987), FCD (1992), Machado y otros (1994), SPNG (1994)
 Conservación = presupuesto del SPNG y financiamiento ecuatoriano de la ECCD
 Desarrollo = presupuestos de los municipios, de las agencias ministeriales y del INGALA

gidas de Estados Unidos, estas técnicas tienen como objetivo «maximizar el beneficio social y económico de los parques nacionales» (Payne y Graham, 1993). Así, anuncian el fin de una autoridad exclusivamente naturalista sobre las áreas protegidas, pues «este tipo de manejo requiere un *savoir faire* y conocimientos que no son de competencia de las ciencias naturales» (idem: 186). Finalmente acompañan al aumento de la importancia del ecoturismo, uno de cuyos objetivos proclamados es contribuir a la conservación de la naturaleza mediante los ingresos extraídos del turismo: la economía se ha convertido en una referencia esencial en el ordenamiento de las áreas protegidas (Mendelsohn, 1994; Blangy, 1993a; Blangy y Epler Wood, 1993; Kutay, 1993; Western, 1992; Boo, 1992, 1990).

La aplicación de técnicas productivistas a la *wilderness*

Tomada de los naturalistas especializados en el estudio de la fauna silvestre, después de haber sido afinada por ingenieros agrónomos deseosos de obtener la mayor productividad posible de un pasto sin deteriorar su «capital fijo», la capacidad de carga es un instrumento de conservación de los recursos naturales. El afán de medir el impacto de una población animal dada en un espacio limitado produjo una técnica que ha sido retomada y completada por los adeptos a la cuantificación en ciencias sociales con el fin de aplicarla al manejo del turismo en las áreas protegidas (Clark, 1990).

La capacidad de carga se divide en tres categorías, «física», «real» y «autorizada»: la primera es siempre superior a la segunda que es igual o superior a la tercera (Cifuentes, 1992). La «capacidad de carga física» corresponde al número máximo de visitas que pueden realizarse en un sitio de una superficie dada durante un tiempo determinado. En la «capacidad de carga real» interviene cuanto «factor de corrección» desea el planificador, y esos factores tienen como objetivo ponderar la capacidad de carga física del sitio³. Finalmente, la «capacidad de carga autorizada» depende de las posibilidades de manejo de la institución responsable del área protegida: mientras más medios tenga esta última estará en capacidad de autorizar una frecuentación más cercana a la capacidad de carga «real» de un sitio.

La multitud de factores que intervienen en el cálculo de las capacidades de carga «real» y «autorizada», y en especial aquellos de orden cualitativo, explica que los responsables del manejo de áreas protegidas concuerden en pensar que la utilización de esta técnica es totalmente subjetiva (Moore, 1987; Clark, 1990; Cifuentes, 1992). Además, el empleo de este instrumento no es posible sino a condición de que se disponga de mediciones previas de los fenómenos que razonablemente pueden ser cuantificados. Estos datos son de orden físico y ecológico (sitios de visita), aunque también sociales, económicos y culturales (turistas) y finalmente administrativos y financieros (organismo responsable del área protegida): ahora bien, en las Galápagos estas informaciones son inexistentes en la mayor parte de los campos⁴. Esta técnica es pues deficiente y funciona tanto menos aún cuanto que, incluso si fuera posible calcular de manera exacta la capacidad de carga «real»⁵, habría además que hacer respetar la capacidad de carga «autorizada», lo que implica a la vez medios técnicos, humanos y financieros y la voluntad política constante de imponerla. Esto significa que no existen las condicio-

3 Por ejemplo, en 1983, la capacidad de carga real de los sitios de visita del PNG se calcula en función de los siguientes factores de corrección: estado del medio ambiente (erosión del sendero en el sitio, perturbación de la fauna, etc.), la estación durante la cual se realiza la visita, la distancia entre el sitio y el centro de operación turística y finalmente los «factores imprevistos»... (Comisión de Alto Nivel, 1984: 189).

4 A propósito de la lamentable inexistencia de mediciones de los cambios ecológicos que se han producido en los sitios del PNG, A. Moore (1987: 45) declara que «la falta de datos no significa que no haya un impacto, sino que este no ha podido ser medido científicamente».

5 Lo que está lejos de ser el caso, inclusive cuando dos investigadores utilizan el mismo método: «En el Plan de Manejo de 1984 se presentan dos tentativas de cálculo de la capacidad de carga real del PNG. Putney llega a una capacidad de carga anual de 25.367 visitantes. Cifuentes, utilizando el mismo método, llega a una cifra de 41.767 visitantes por año» (Moore, 1987: 47).

nes necesarias para el manejo del PNG a través de la determinación y la posterior aplicación de la capacidad de carga de los sitios de visita⁶.

Más allá de su evidente ineficacia, la técnica de «capacidad de carga» ilustra la deriva tecnocrática actual en el manejo de las áreas protegidas. Se asimilan los visitantes de un parque nacional a una manada que pasta: se trata de maximizar la productividad encontrando el número ideal de individuos —hombres o animales— autorizados a permanecer allí un tiempo determinado en función de la rentabilidad económica y de la conservación del recurso. Así, la *wilderness* es reducida a la categoría de un prado y la naturaleza silvestre considerada según los criterios de la agronomía...

Sitios saturados e itinerarios de visita no respetados

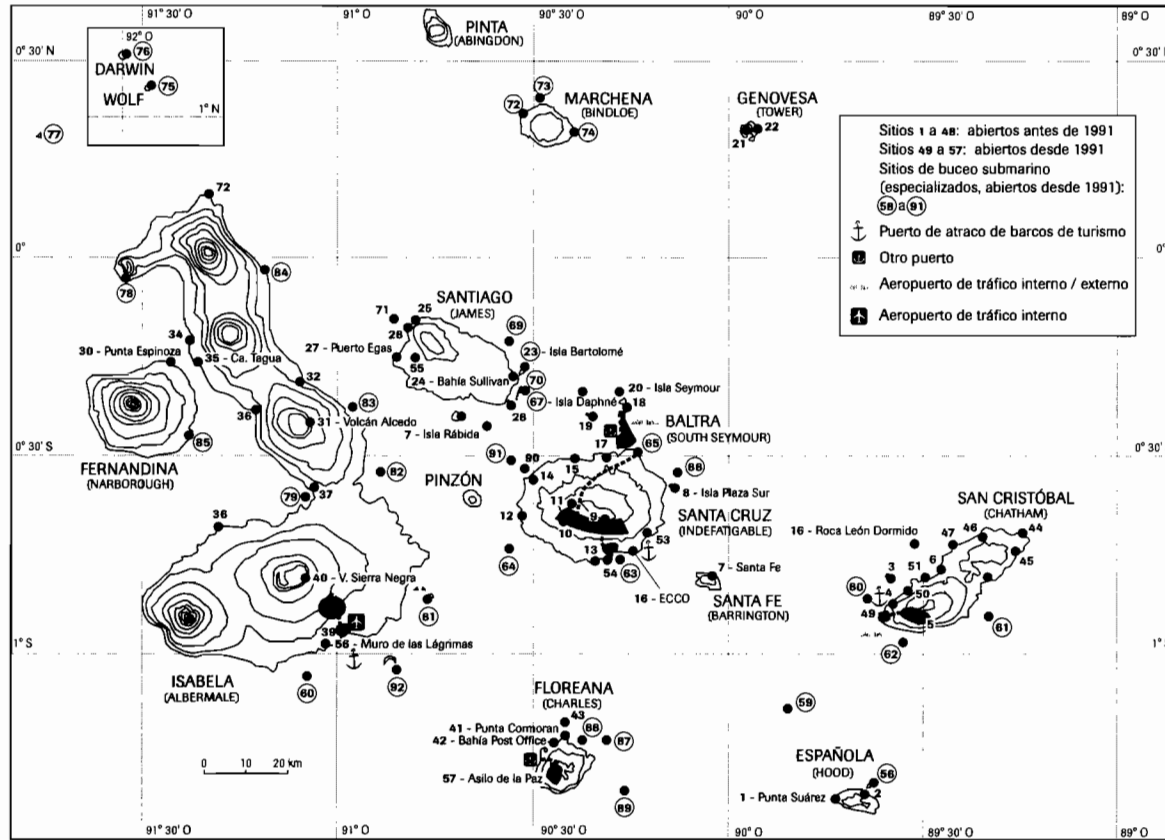
Los dos tercios de los sitios de visita están incluidos en un radio de 50 km alrededor de Baltra, Puerto Ayora o Puerto Baquerizo Moreno (véase el mapa 9): su repartición en el archipiélago se traduce entonces de entrada en una cierta centralidad, pero esta se acentúa aún más por el crecimiento del turismo en las Galápagos el cual, en sus modalidades territorial y de redes, provoca la concentración de las visitas en un reducido número de sitios del PNG⁷, evolución que se acelera en los años 1980 por varias razones.

Primeramente, el turismo de tour diario a partir de Puerto Ayora y Puerto Baquerizo Moreno acrecienta el número de visitantes en los sitios cercanos a esas bases de operación. Luego, la apertura del aeropuerto de San Cristóbal refuerza la frecuentación turística en el centro y el Sur del archipiélago y ello pese a la creación de nuevos sitios de visita al Este de esa isla (sitios N° 44 a 48 en el mapa 9). Además, buen número de esos sitios de visita centrales figuran entre los más espectaculares del archipiélago: los turistas desean entonces visitarlos a toda costa, aunque fuere entre decenas e incluso centenares de personas, y por tanto un crucero debe hacer allí varias escalas. Sin embargo, una de las causas principales de esta concentración es la tendencia a reducir constantemente el tiempo de estadía en el archipiélago, debido a la aparición de los tours diarios y a la

6 En 1984 la Comisión de Alto Nivel anotaba que «la capacidad de carga real del PNG es de 41.767 visitantes por año. Esta cifra podría alcanzarse solamente si el sistema de patrulla del SPNG, como mecanismo de control, fuera capaz de vigilar el 7% de las operaciones turísticas [...]. Esto significa un mínimo de 1.052 días de patrulla, lo que supone 6 patrulleros que trabajen simultáneamente» (*op. cit.*: 99). Ahora bien, en 1983 el SPNG disponía apenas de 2 barcos en estado de funcionar, los cuales realizaron ¡195 días de patrulla...! (*idem*: 94).

7 «14 de los 43 sitios de visita reciben prácticamente a todos los visitantes» (Comisión de Alto Nivel, 1984: 49).

Mapa 9. Sitios de visita del PNG en 1996



Fuente: SPNG, 1996

idea de la concentración de los turistas en el PNG: 10 sitios⁹ reúnen el 72% de las visitas en 1981, el 81% en 1989 y el 78% en 1993, año en que el SPNG consideraba que 7 de ellos estaban «saturados», es decir que se había superado su «capacidad de carga». Ahora bien, a pesar de que no se han realizado estudios siste-



El ecoturismo ¿permite descubrir la naturaleza... o consumirla visualmente? La isla Española alberga grandes colonias de aves marinas, fácilmente accesibles: el sendero de Punta Suárez, uno de los sitios de visita más sobrecargados del PNG, pasa en medio de las guarderías de piqueros de patas azules.

9 Estos sitios (los números entre paréntesis remiten al mapa 9) son los siguientes: Post Office Bay (42), Bahía Gardner (2), Bahía Sullivan (24), Santa Fe (7), Rábida (29), Punta Cormorant (41), Punta Suárez (1), Bartolomé (23), Seymour Norte (20) y Plaza Sur (8).

máticos al respecto, se constata que el repetido paso de numerosos turistas por esos sitios privilegiados acarrea su deterioro ecológico: degradación de los senderos y erosión, pisoteo de la vegetación, agresividad de los lobos marinos, desplazamiento de ciertas colonias de pájaros lejos de los recorridos de los visitantes, etc. (Comisión de Alto Nivel, 1984). Para tratar de descongestionar esos sitios el SPNG tiene dos respuestas.



El PNG se adapta a la demanda turística: estas escaleras fueron instaladas a la vez para luchar contra la erosión producida por la sobrefrecuentación del sitio de visita de Bartolomé y para facilitar a una clientela de edad (financieramente la más interesante) la ascensión a la pequeña cima desde donde se tiene la vista más célebre de las Galápagos: en el plano posterior, colada de lava de la isla Santiago.

La primera consiste en poner en servicio nuevos sitios de visita. Esta política no tuvo gran éxito en San Cristóbal pues, situados en la parte oriental de la isla situada más al Este del archipiélago, esos sitios son muy excéntricos respecto del espacio turístico de las Galápagos: los tours diarios de Puerto Baquerizo Moreno prácticamente no los abordan y la mayoría de los demás operadores los ignoran. Pese a este fracaso, el SPNG ha abierto decenas de nuevos sitios desde 1991, conforme a la siguiente «estrategia»:

Se recomienda considerar la apertura de nuevos sitios de visita en zonas estratégicas, tanto en el trayecto de acceso a los aeropuertos como en Isabela que debe ser considerada como un caso especial.¹⁰

Los turistas quieren ver la mayor cantidad posible de sitios pero comienzan a quejarse del excesivo número de visitantes en algunos de ellos (es el caso de la

cuarta parte de los encuestados extranjeros) y los operadores no desean alejarse de la región central del archipiélago pese a que está saturada. La solución pasa entonces, según el SPNG, por la apertura de sitios a proximidad de las «sinapsis» del sistema turístico del archipiélago, los aeropuertos. En cuanto a Isabela, la creación de sitios cerca de la zona colonizada haría que la población local se beneficiara con el turismo, pues 8 de los 10 sitios de visita de la isla estaban entonces localizados en su parte norte, fuera del alcance de un pueblo en el cual por cierto ningún habitante posee una concesión de barco de turismo. Ahora bien, no porque se creen sitios de visita a proximidad de la zona colonizada, sus habitantes, con una reducida capacidad de acumulación y ninguna experiencia en turismo —pero que en cambio están sometidos a una fuerte penetración de inversionistas exteriores—, tienen la posibilidad de convertirse en empresarios...

La creación de sitios de visita suplementarios no resuelve los problemas derivados de un turismo de redes en constante expansión y con estadías de corta duración: no puede sino tratar de desplazarlos o de aplazarlos provisionalmente. En efecto, la lógica de los empresarios de turismo es la del mercado y aunque se creen nuevos sitios, únicamente los que se revelen rentables serán utilizados (véase el mapa 10); ahora bien, mientras más turistas y barcos de crucero existan, mayor será la saturación de esos sitios. Por ello, pese al número de 57 sitios de visita terrestres alcanzado en 1996, el informe del director de turismo del SPNG señala aún que «ciertos sitios están sobrecargados en relación con su capacidad» (SPNG, 1996: 7). En cuanto a los 35 sitios de buceo abiertos desde 1991, han permitido duplicar el número de sitios de visita del PNG en cinco años: hoy en día, los mínimos islotes o arrecifes del archipiélago están incluidos en las mallas del turismo a las cuales únicamente escapan aún dos islas, Pinzón y Pinta (véase el mapa 9).

Otro medio aplicado para reducir la concentración de las visitas es la tentativa de imponer itinerarios fijos a los barcos de crucero. El proyecto es antiguo: en 1984, el plan de ordenamiento del PNG señalaba:

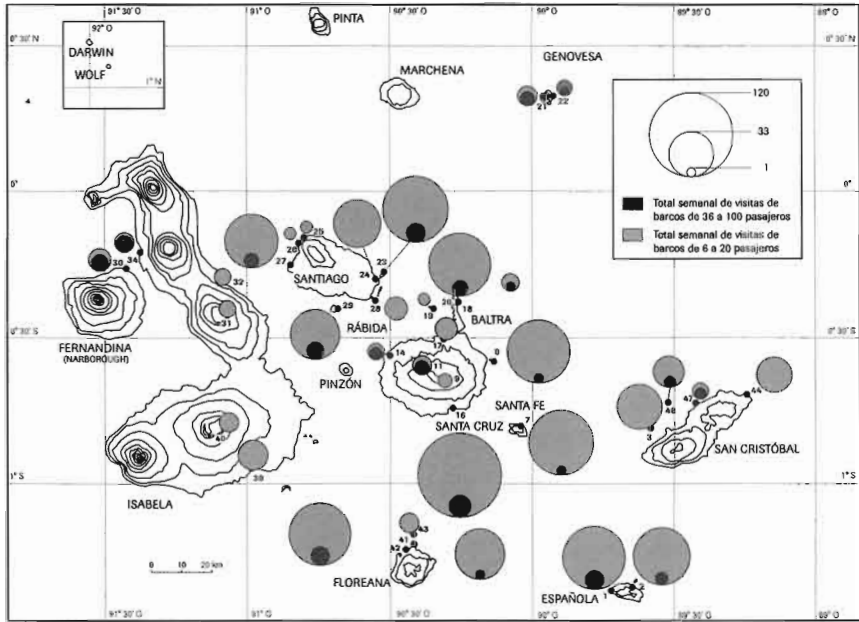
Los itinerarios de las embarcaciones turísticas serán trazados y autorizados de manera que unas no interfieran con otras y que se evite la concentración de las visitas en un sitio.¹¹

Sin embargo, en cuanto se planteó el proyecto, los legisladores estimaron que debían transigir con los imperativos del mercado:

Los itinerarios y las visitas se repartirán de manera que no signifiquen una dispersión mayor en el PNG. Esto trae ventajas ligadas a la prevención de las transfe-

11 Comisión de Alto Nivel, 1984: 147.

Mapa 11
Frecuentación de los sitios de visita del PNG en 1993
según los itinerarios de barcos de turismo establecidos por el SPNG



Fuente: SNPG, 1993

rencias de organismos introducidos [...], al control de las actividades conforme a las capacidades del SPNG [...], a la reducción de los costos de operación, tanto para las actividades del SPNG como para el beneficio de los negocios privados.¹²

Así, se dice querer descongestionar ciertos sitios de visita gracias a los itinerarios fijos, al tiempo que se pide no repartir la actividad turística en todo el PNG por razones de ahorro, tanto público como privado. La contradicción tiene el mérito de plantear el problema que aún no ha sido resuelto: como el SPNG no tiene la capacidad de estar presente en el parque nacional, los operadores siempre podrán comprometerse con un itinerario y no respetarlo. En efecto, no es una institución sin patrulleros sino un mercado turístico a nivel mundial lo que determina tal itinerario: cuando una agencia estadounidense o europea ha vendido a sus clientes un crucero que comprende los sitios más famosos de las Galápagos, el operador está obligado a dirigirse allí. Es por eso que el director de turismo del SNPG admite:

Definitivamente es muy difícil, con la infraestructura actual, efectuar un control eficaz y completo del respeto de los itinerarios de las embarcaciones turísticas. Por

otro lado, no creemos conveniente obligar a las empresas a seguir itinerarios que generen pérdidas o causen problemas a los pasajeros, lo cual es contrario a los intereses del PNG. Por lo tanto, el SPNG autoriza los cambios de itinerario cuando los operadores lo solicitan...¹³

Así, los itinerarios fijos han fracasado oficiosamente, aunque no oficialmente pues ello significaría reconocer la impericia del SNPG y esta es patética:

Durante el último trimestre de 1993, se realizó un estudio sobre la sobrecarga de los sitios de visita en itinerarios autorizados al entregarse las patentes, y se descubrió congestión en 19 «momentos de visita» [la visita de un sitio dado en un día determinado]. El problema existe sobre todo en los sitios cercanos a Santa Cruz y en la zona sur de las Galápagos, los preferidos por los operadores de cruceros cortos y medianamente cortos, así como en aquellos situados en los trayectos hacia los aeropuertos de Baltra y San Cristóbal [...] Es por eso que estamos tratando de obligar a los operadores a seguir otros itinerarios.¹⁴

Según los itinerarios fijados por el propio SPNG, 11 de los sitios más visitados del PNG están sobrecargados, pese a todo, un día u otro de la semana: así, se tiene en promedio 268 visitantes el mismo día en Punta Suárez, 316 en Bartolomé, 360 en Puerto Egas, etc. (SNPG, 1995: 15). Y la realidad es mucho peor, pues estas cifras dan por hecho que los operadores respetan los itinerarios, pero no es el caso en absoluto: pude contar hasta 12 barcos que operaban al mismo tiempo en la fórmula Bartolomé / Sullivan Bay, entre ellos uno de 90 plazas... Antes que constatar oficialmente que muchos turistas están descontentos de ver que sus míticas Galápagos presentan a veces el aspecto de Disneylandia (según el decir de un embajador europeo que visitaba Punta Suárez) y que ello puede destruir definitivamente la reputación turística del archipiélago, se prefiere proseguir con una lógica de maximizar los beneficios abriendo aún más el PNG a los visitantes¹⁵. Tanto en la organización de la visita del PNG como en todas las demás tentativas de regulación del turismo en las Galápagos, el mercado tiene la última palabra.

Del interés económico de un manejo tecnocrático de las áreas protegidas

El proceso que ha llevado a naturalistas e instituciones especializadas a ceder parte de sus prerrogativas de manejo del área protegida a los promotores turísticos está ligado al crecimiento del mercado del ecoturismo en el mundo. No obstan-

13 Bliemsrieder, 1994: 8.

14 *idem.*

15 Ahora bien, la encuesta a los turistas (N = 1.649) muestra que el 24% de los extranjeros y el 11% de los ecuatorianos se quejan del número demasiado elevado de personas en los sitios de visita.

te, la aplicación de esos conceptos de manejo plantea numerosos problemas en el caso de un parque nacional tan frágil como el de las Galápagos, cuya conservación no deja de ser proclamada como una prioridad absoluta. En efecto, todas esas técnicas apuntan en definitiva a aceptar un cambio en la ecología del área protegida –lo que indica el nombre del modelo «Limits of Acceptable Change»:

Se piensa poner límites a los cambios permitidos en la calidad ecológica y social de una experiencia turística. Se reconoce así que el cambio es inevitable y que solo se deben establecer sus límites.¹⁶

Ciertos naturalistas convertidos a la conservación económica aceptan entonces que un área protegida sufra un cierto deterioro de su «calidad ecológica». Tal cambio es calificado de «inevitable» porque es deseado por el mercado y porque

uno de los elementos importantes del avance de la civilización en las Galápagos es el turismo.¹⁷

Cabe entonces preguntarse por qué se cree necesario utilizar un modelo sofisticado para concluir, de todas formas, que no se limitará el turismo. Se podría decir que para esos expertos se trata de justificar sus emolumentos proporcionando técnicas a responsables subyugados por tanto *savoir faire*... Sin embargo, esta explicación es aceptable solo parcialmente. En efecto, la función de los expertos es manejar un instrumento tecnocrático, es decir destinado a reemplazar, en apariencia, una decisión de orden político. Se lo hace sutilmente:

La ciencia jamás indicará un número x que sería el máximo de visitas que pueden tolerarse. La decisión en materia de capacidad de carga debe ser un juicio o una decisión humano(a) que incorpora sinnúmero de elementos. De hecho, la decisión es forzosamente subjetiva y difícilmente satisfará a todos los interesados.¹⁸

Al afirmar que «la ciencia» es incapaz de fijar un límite a la frecuentación turística de un área protegida, se evacua al científico. Queda entonces el experto en manejo turístico quien, por su parte, pretende poder medir el impacto de los cambios «inevitables» provocados por un turismo imposible de limitar y proporcionar así elementos técnicos a los responsables para reducir los efectos negativos del crecimiento del número de visitantes.

Estos modelos de manejo turístico son forjados entonces por los promotores de una política desarrollista que tiene como objetivo maximizar el rendimiento

16 Moore, 1987: 64.

17 Moore, 1987: 1.

18 Moore, 1987: 65.

económico de las áreas protegidas (Cifuentes, 1992), pretendiendo al mismo tiempo que las técnicas de manejo permiten minimizar el impacto del turismo en ellas. En efecto, esos diferentes modelos de manejo turístico de las áreas protegidas tienen objetivos precisos: dismantelar la unidad del santuario natural y acondicionar algunos lugares en él para, en definitiva, adaptarlo a la demanda turística.

Primeramente, ya no se considera el área protegida como un todo. Fue el modelo de cálculo de la capacidad de carga real lo que permitió este cambio de concepción:

Los factores de corrección están estrechamente asociados a las condiciones y características específicas de cada sitio, lo que explica que la capacidad de carga real de un área protegida debe calcularse sitio por sitio.¹⁹

Esto permite no fijar un límite superior al número de visitantes del PNG en su conjunto, pero, sobre todo, la aplicación de los modos de manejo desemboca en una nueva zonificación del PNG, más favorable al turismo, que equivale a un abandono de hecho de su protección global. Hoy en día general, esta tendencia a «recortar los espacios en innumerables zonas distintas y a segmentar los recursos en múltiples tipos de uso» permite explotarlos de manera acrecentada con la garantía de un «marco jurídico complaciente» (Ost, 1995). Como lo indica un experto encargado de implantar nuevas técnicas de manejo en el PNG:

Se espera que los estudios realizados recientemente en las Galápagos (Wallace y Wurtz, 1991) revelen la necesidad de afinar y ampliar el sistema actual de zonificación, pues este es demasiado simple como para responder a las necesidades de un creciente número de barcos (el tipo, el tamaño, el radio de acción, el confort de la embarcación que se escogen inciden en la experiencia del visitante y deben ser tomados en cuenta en la estrategia de zonificación), a las diversas preferencias de los visitantes y de los residentes, y a la congestión de los sitios de visita más populares, estando todo eso combinado con los recursos y las complejas limitaciones de los ecosistemas.²⁰

Este experto constata oficialmente el crecimiento turístico y la modificación de la oferta (barcos más grandes, más potentes, etc.) sin cuestionar esa evolución. Le corresponde efectivamente a la administración del área protegida adaptarse al crecimiento del turismo y no lo contrario, pues ni hablar de poner freno a la expansión del mercado. Efectivamente, un estudio realizado con turistas por ese mismo experto desembocó en un seminario que autorizó la nueva zonificación

19 Cifuentes, 1992: 12.

20 Wallace, 1993: 68.

del PNG. Tal estudio es muy parcial: una encuesta efectuada a 555 turistas durante dos semanas en noviembre de 1991 (Wurtz y Wallace, 1994) no puede pretender reflejar «las preferencias de los visitantes de las Galápagos».

Sin embargo, esta carencia no es lo esencial. La concepción misma de una zonificación del parque nacional a partir del solo estudio de las «motivaciones, experiencias deseadas y preferencias por las técnicas de manejo de los visitantes del PNG» –título del informe de Wurtz y Wallace– es más grave, pues puede ser de una parcialidad comparable a la de los naturalistas de antaño que se reservaban el uso del área protegida que habían contribuido a crear: ahora se maneja el parque nacional en función de la demanda turística. En realidad, los deseos de los visitantes no son en este caso sino el pretexto de un

neoliberalismo que revela ser también un neopopulismo y experimenta sin cesar la necesidad de apelar a la representatividad de los consumidores para disfrazar su estrategia de conquista del mercado.²¹

La verdadera demanda no es entonces la de los visitantes sino la de las empresas y entidades, privadas o públicas, que tienen intereses en el turismo. Ellas la fabrican difundiendo la imagen del tipo de turismo que aplican en las Galápagos, tarea tanto más fácil cuanto que, en materia de turismo,

la opinión del visitante es muy subjetiva, puesto que él no tiene conocimiento de cómo era el sitio antes de su visita y, por ello, es incapaz de hacer comparaciones válidas.²²

Así, la naturaleza de las Galápagos ya no es sino un «producto» preparado y ofrecido por el SPNG, entidad de ordenamiento que se sirve del perpetuo movimiento de un turismo que niega toda memoria de los lugares, para un mayor beneficio de las empresas.

Teóricamente, la institución proporciona los senderos, los centros de visitantes, las patrullas, las inspecciones, la zonificación, el control de los organismos introducidos y lo demás, de manera que los operadores tengan un buen «producto» que ofrecer.²³

Sin embargo, la adaptación del PNG a esta estrategia comercial implica

cambiar la calidad y el uso de ciertos sitios de visita y abrir nuevos sitios.²⁴

21 Mattelart, 1992: 88.

22 Moore, 1987: 66.

23 Wallace, 1993: 93.

24 Wurtz y Wallace, 1994: 60.

Si no se lo ha hecho antes es porque

se ignoraban entonces las consecuencias sociales del aumento del uso del área protegida así como la posibilidad de que las inversiones en capital aumenten su capacidad de carga sin causar cambios desfavorables en su ecología o en la experiencia del visitante.²⁵

Una vez que se ha comprendido el interés económico del turismo en un área protegida, se encuentran soluciones para sacar provecho de ello: estas pasan por «la inversión en capital para aumentar la capacidad de carga» de los sitios de visita, es decir por su acondicionamiento. Se construyen entonces nuevos muelles, se ensanchan los senderos y se construyen escaleras en los sitios más frecuentados. Así, el SPNG señala:

La mayoría de los 54 sitios de visita del PNG tienen equipamientos como escaleras, senderos abalizados y letreros [...] Este año, pese a la falta de fondos destinados a esa actividad, pudimos hacer el mantenimiento de los sitios de visita prioritarios: Bartolomé, Plaza Sur, Seymour Norte, Santa Fe, Punta Cormorant, Los Gemelos, Punta Suárez, Bahía Urbina y Punta Moreno.²⁶

De los nueve sitios mencionados, seis están saturados: como son los más visitados, están más o menos degradados, y como se ha constatado un deterioro de su «calidad ecológica», se los acondiciona a fin de

garantizar la seguridad de los visitantes, de los ecosistemas y de los bienes del Estado en los sitios de visita.²⁷

Se matan dos pájaros de un tiro: se dan pruebas de acciones de «conservación» en esos sitios y se aumenta la capacidad de carga para satisfacer, e incluso anticiparse a, una creciente demanda turística que está compuesta, en el caso de los clientes más adinerados, por visitantes de edad: de allí el imperativo de seguridad, *leitmotiv* del turismo de redes.

Cuando se implantó el turismo de crucero en las Galápagos, los naturalistas defendían esta modalidad con el pretexto de que limitaría al máximo el impacto de las visitas en el PNG. Veinte años más tarde, los mismos naturalistas no vacilan en pregonar la instalación de infraestructuras en los sitios más frecuentados para permitir un aumento de las visitas y la apertura de nuevos sitios para descongestionar los demás. El camino recorrido por ciertos conservacionistas es entonces considerable: va desde una lógica de santuario reservado a la ciencia a aque-

25 Moore, 1987: 64.

26 SPNG, 1996: 7.

27 *idem.*

lla del acondicionamiento del PNG para acoger en él más visitantes. Ya no hay que cuidar el parque nacional sino acondicionarlo... Ahora bien, esto no se traduce en un mejoramiento de su conservación sino muy por el contrario.

Acabar con el mito de un parque nacional vigilado

La pésima opinión de los turistas sobre la conservación del PNG

Los turistas encuestados tienen una opinión bastante mala de la conservación del PNG. ¿Acaso este fiasco se ha hecho visible al punto de que los visitantes, aunque previamente condicionados por una publicidad que pondera el santuario de una vida silvestre y que, en muchos casos, solamente recorren el parque nacional —es decir la parte mejor preservada del archipiélago— lo hayan advertido? En efecto, las tres cuartas partes de los ecuatorianos dieron respuestas negativas sobre la conservación de las Galápagos, al igual que los dos tercios de los estadounidenses y de los extranjeros en general.

De las respuestas negativas, todas las relativas al mal manejo del PNG (12% de los extranjeros, 9% de los ecuatorianos) hacen alusión a la falta de transparencia en cuanto al destino de los fondos asignados a su conservación. Las acusaciones de corrupción realizadas por un buen número de encuestados se basan en la opacidad del manejo del SPNG y de la Estación, instituciones consideradas como responsables en igual medida de la conservación de las Galápagos. Las críticas son tanto más acerbas cuanto que los visitantes no ven dónde está el trabajo que justifique las sumas cobradas a la entrada del PNG: cuando los únicos guardaparques con los que uno se cruza son los que, en el aeropuerto, cobran el impuesto de entrada, es legítimo interrogarse...

La ECCD goza aparentemente de una mayor consideración de los encuestados: la difusión de una imagen de «paladines» de la conservación siempre ha formado parte de la estrategia de esa institución que tiene la enorme ventaja sobre el SPNG de contar para ello con importantes aliados en los medios de comunicación y en la comunidad científica de los países del Norte. Así, de los turistas extranjeros apenas el 2% juzga severamente a la estación, y de los estadounidenses las respuestas negativas no llegan ni al 1%: es a esa clientela a la que se dirige lo esencial de los esfuerzos de promoción de la FCD. Sin embargo, el bajo porcentaje de respuestas positivas sobre el trabajo de la estación tempera ese éxito en la estima de los encuestados (el 8% de los ecuatorianos, el 5% de los estadounidenses y el 3% de los extranjeros emiten un juicio positivo sobre ella): no se tiene verdaderamente una mala opinión pero tampoco una buena. En definitiva uno no se sabe a qué atenerse. Muchas respuestas señalan por cierto la decepción que causa la visita de la estación: es pues lo que ella muestra lo que no es convincente, situación preocupante tratándose de una institución que ha basado buena

parte de su promoción en la «comunicación» con sus visitantes/donadores. Aunque el SPNG recoge opiniones negativas (7% de los extranjeros y... 20% de los ecuatorianos), la organización del parque nacional —en particular el sistema de visitas guiadas en sitios donde el número de turistas está oficialmente limitado— merece la opinión más positiva de los visitantes extranjeros (20%). Estos disocian entonces la administración del PNG de la organización del área protegida, lo que es un juicio acertado puesto que la segunda fue implantada antes de la creación del SPNG.

Finalmente, los ecuatorianos son más sensibles a la contaminación terrestre (9% frente al 7% de los extranjeros) que a la del mar (5%): su estadía, en la mayoría de casos, es en tierra mientras que los visitantes extranjeros realizan más cruces. La contaminación terrestre que preocupa a esos turistas es la que pueden ver: evocan así el asfaltado de los pueblos, la cantidad de vehículos, la suciedad de ciertas calles, etc., en resumen la «continentalización» de un medio insular que lo imaginaban diferente (a este título, el hecho de considerar a los habitantes de las islas demasiado numerosos puede incluirse en este rubro). Sin embargo, hay muy pocas observaciones sobre las plantas o animales introducidos que un ojo de neófito no siempre advierte. Paradójicamente, el énfasis que se pone en la contaminación marina (7% de los extranjeros y de los estadounidenses) proviene del hecho de que es denunciada vigorosamente por las autoridades y los guías de las Galápagos: cada embarcación que navega en el archipiélago tiene la obligación de colocar letreros que prohíben arrojar cualquier cosa al mar; ahora bien, en las encuestas abundan observaciones de turistas ofuscados al constatar que marinos y cocineros, en cualquier tipo de barco, no lo tienen cuenta. Así, los visitantes parecen descubrir que hay un abismo entre las buenas intenciones que muestran las autoridades y los empresarios turísticos, y la realidad de sus prácticas.

Por cierto, es esa la lección que se puede sacar del conjunto de respuestas de los turistas en cuanto a la conservación de las Galápagos en general: ¡solo un 2% la considera satisfactoria! En efecto, parecen medir la distancia entre lo que han podido constatar visualmente y la imagen optimista que difunden los folletos publicitarios, guías turísticas y filmes documentales sobre «uno de los parques nacionales mejor protegidos del mundo»: ese mito se destruye así aun en personas que no tienen información alguna sobre la pobreza de los medios utilizados para conservar las Galápagos.

El Servicio Parque Nacional Galápagos, una administración abandonada

La lista de funciones del SPNG es impresionante: acondicionar y controlar los sitios de visita, cobrar el impuesto de entrada al PNG, impedir la llegada al parque de organismos alóctonos, erradicar aquellos que han sido introducidos, pro-

teger a las especies amenazadas, autorizar los programas de investigación de los científicos visitantes que somete a su consideración la FCD, etc. (JNPCE, 1975; Comisión de Alto Nivel, 1984; CONADE, 1988). En realidad, el SPNG es una institución sin una mínima autonomía y con medios contados mezquinamente: provienen sobre todo del Estado y, en una menor medida, de organismos internacionales; en cuanto a la contribución financiera de las empresas de turismo a la conservación, es sumamente limitada.

En efecto, las categorías de las embarcaciones de turismo sirven también para calcular el monto de la tasa que cada armador debe pagar al SPNG para poder disponer de una patente: es la única participación financiera de las empresas de turismo en la conservación de la base de su negocio: la naturaleza del archipiélago. Sin embargo, esa tasa es a la vez desigual y de un monto insignificante. En 1991, cada propietario de un barco de turismo pagaba una patente anual de 10 US\$ por plaza, es decir el 0,05% de los ingresos potenciales del conjunto de la flota turística en el año; además, los armadores de los barcos más grandes pagaban entonces el equivalente al 0,03% de sus ingresos anuales, mientras que los que poseían las embarcaciones más pequeñas debían cancelar una tasa correspondiente al 0,35% de sus ingresos (Epler, 1993). Esta tasación ilustra la política del turismo selectivo:

Es evidente que este sistema no es socialmente equitativo puesto que hace pesar una tasa diez veces mayor sobre los operadores más pobres –los que ofrecen tours diarios– de los cuales buen número son viejos residentes de las islas que soportan así más de lo que les toca los costos sociales del turismo [...] La elasticidad de la demanda es tal que los operadores que ofrecen los cruceros más caros pueden cargar la totalidad o buena parte de la tasa a sus precios. Los tours diarios en cambio no pueden hacer repercutir tanto dicha tasa en sus precios y deben absorber un mayor porcentaje en sus costos de operación [...] Esta tasación desleal debería obligar a los operadores marginales a retirarse del mercado.²⁸

En 1995, el monto de la patente fue fijado en función de la categoría del barco pero pese a la corrección realizada (de la que se quejan los operadores más ricos), la tasa pagada cada año al SPNG sigue siendo muy desigual: por cada plaza, los propietarios de barcos «de lujo» deben pagar US\$ 250, los de barcos de categoría «estándar» 200 US\$ y los de la categoría «económica» y de tours diarios 150 US\$, mientras que el alquiler de esas plazas varía entre 50 y 350 US\$ por día. Así, las empresas de turismo no participan en el mantenimiento del PNG sino mediante una tasa simbólica que les permite sin embargo afirmar que hacen ecoturismo. Y esa tasa desigual es otro instrumento para excluir a los pequeños operadores del mercado turístico de las Galápagos.

Lo esencial de los ingresos del SPNG proviene del impuesto de entrada al PNG, pero si bien él lo cobra, no determina su monto y no hace sino transmitir el dinero a la administración central de las áreas protegidas del país (el MAG y luego el INEFAN) que maneja esos ingresos como lo cree conveniente²⁹. El SPNG está a la merced de una política que se decide en Quito³⁰ y su presupuesto, irrisorio, no ha dejado de cambiar al ritmo de la importancia, generalmente mínima, que atribuyen los gobiernos ecuatorianos a sus instituciones de conservación de la naturaleza.

Bajo el régimen militar y en particular a partir del primer plan de ordenamiento del PNG, la administración encargada de él comenzó gozando de los favores del Estado: esta política apuntaba entonces a disputar la preponderancia de la FCD en el manejo de este patrimonio nacional. Sin embargo, de 1980 a 1993 el SPNG atravesó una larga crisis durante la cual sus recursos y su personal disminuyeron³¹: mientras la inflación se desbocaba, el Estado abandonó al SPNG (véase la figura 23).

El régimen de Hurtado estaba concentrado enteramente en su objetivo de desarrollo de la provincia insular: acababa de crearse el INGALA que gozaba de un cómodo presupuesto al igual que los municipios del archipiélago.

29 En un informe presentado antes de la creación del INEFAN, el director del SPNG se quejaba de su falta de autonomía financiera frente al director provincial del MAG (Izurieta, 1992). Ese mismo director señalaba, entre sus dificultades, «la enorme burocracia continental: se necesitan tres meses para obtener una respuesta a una solicitud de egreso. El pedido va del SPNG al MAG, de allí al Ministerio de Finanzas de donde regresa al MAG y luego al SPNG, pero incluso cuando las solicitudes son aprobadas, el MAG puede decidir asignarlas a otro lado. Además, los egresos deben estar vinculados a un rubro particular y si se quiere transferirlos a otra cosa ello demanda mucho tiempo, e incluso es a menudo imposible: así, se puede obtener dinero para equipos de radio sin necesitarlos mientras que faltan fondos para mantenimiento; actualmente 3 barcos del SPNG de 5 no pueden funcionar por falta de mantenimiento» (A. Izurieta, comunicación personal, 12-1992).

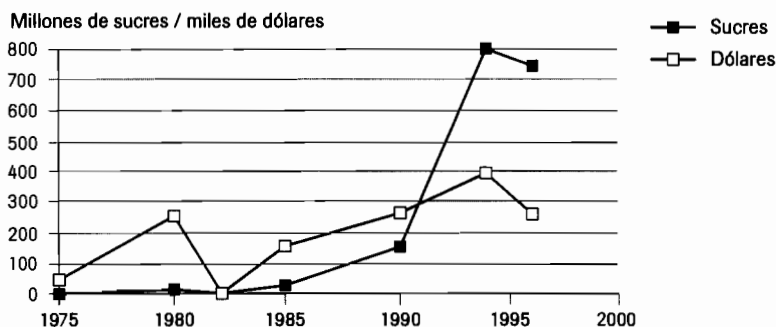
30 Según el antiguo director de los parques nacionales ecuatorianos (antes de la creación del INEFAN), «el PNG produce alrededor de 200 millones de sucres anuales al MAG, que se reparten entre todos los parques nacionales del país, pues los del continente aún no producen dinero [véase Moore, 1987: 33], pero de aquí a 5 años otros parques nacionales producirán recursos financieros gracias al desarrollo del ecoturismo y el PNG podrá entonces recuperar más fondos. De todas formas, el SPNG no logra gastar todo el dinero que le envía de vuelta el MAG por falta de capacidad técnica» (S. Figueroa, comunicación personal, 7-1992). Se estimaba entonces en máximo un 20% la proporción de los ingresos producidos por el SPNG que le eran restituidos.

31 «La capacidad de manejo del SPNG, cuestionada a partir de 1981, se deterioró a tal punto que el 100% del personal técnico y el 40% de los guardaparques entrenados dejaron la institución» (Comisión Multisectorial, 1991: 29).

La indiferencia del Estado hacia el SPNG durante el decenio de 1980 equivale a un desentendimiento público respecto de la conservación en las Galápagos, o más bien a un cambio de estrategia. En efecto, en la época es mejor, para la imagen conservacionista de Ecuador en el mundo, invertir en la ECCD –y paralelamente ejercer sobre ella cierto control– que en una institución nacional; a la inversa, ante la opinión ecuatoriana, más vale privilegiar abiertamente el desarrollo del archipiélago que su conservación³². Luego, el gobierno de Febres Cordero se preocupó sobre todo de facilitar la instalación de una red turística costera en las Galápagos y en tal contexto la conservación era más bien un estorbo. En cuanto al gobierno de Borja, prisionero del FMI y de sus condiciones de ajuste estructural, prosiguió, con un disfraz social-demócrata, la política liberal de su antecesor y prefirió sacrificar la conservación al desarrollo. Sin embargo, fondos internacionales permitieron entonces financiar un Plan Global que preveía un «refuerzo» del SPNG. Las finanzas de esta institución se recuperan bruscamente a partir de inicios de los años 1990; así, su presupuesto pasa de 250.000 US\$ en 1993 a 400.000 US\$ en 1994: la institución aprovecha mejor los ingresos provenientes de un impuesto de entrada al PNG que fue duplicado, así como de los fondos internacionales o extranjeros para la conservación³³.

Algunos de esos fondos tienen un origen dudoso, como los que la fundación japonesa Sasakawa proporcionó en 1994 para la compra del mayor barco jamás

Figura 23
Evolución del presupuesto del SPNG (1975-1996)



Fuentes: HOECK (1991), SPNG (1994, 1996)

32 Esta es considerada tan poco importante que en 1981 el Congreso Nacional elimina al SPNG del presupuesto del Estado.

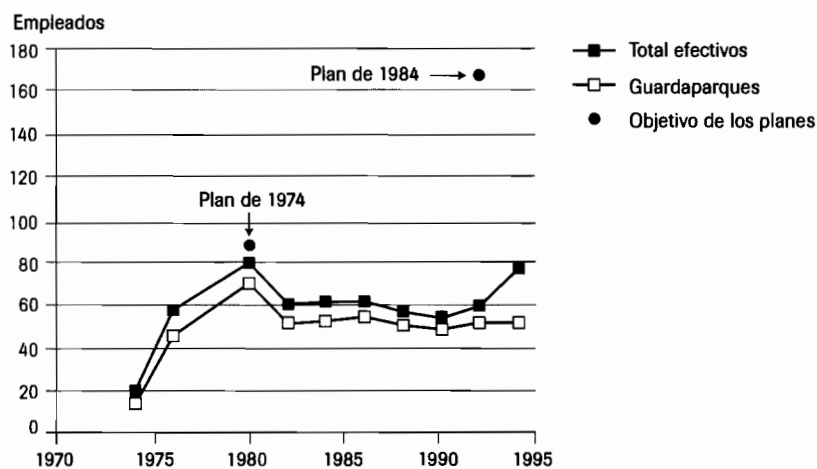
33 Desde 1993, el SPNG se beneficia con el programa conjunto de la cooperación española y la FCD que contaba con 2'000.000 de US\$ y con el del BM/GEF (Global Environmental Facility) que disponía de 1'500.000 US\$.

puesto a la disposición de la conservación de las Galápagos. El *Guadalupe River* es incluso más potente que todas las demás embarcaciones del SPNG reunidas que fueron en cambio donadas por la UNESCO y la Sociedad Zoológica de Fráncfort... Ahora bien, R. Sasakawa es un «ex criminal de guerra, uno de los “padrinos” del hampa reconvertido a lo humanitario» (P. Pons, *Le Monde*, 20-7-1995): así, esta operación simboliza el reemplazo de las instituciones especializadas por el mercado –incluso en sus aspectos menos honorables– en el financiamiento de la conservación de la naturaleza...

Sin embargo, en 1996 los recursos anuales del SPNG son brutalmente disminuidos a 250.000 US\$: el gobierno debe ahorrar a causa del conflicto de 1995 con Perú y, en ese año de elecciones presidenciales, orienta sus gastos hacia sectores políticamente más rentables. Ahora bien, desde 1994, el SPNG ha invertido en equipos y en personal: en 1996, su presupuesto logra apenas pagar a sus empleados y es insuficiente para hacer navegar el *Guadalupe River*...

La falta de interés del Estado por el SPNG puede medirse igualmente con la vara del número de sus empleados en relación con el previsto por los planes de manejo del PNG de 1974 y de 1984 (véase la figura 24). Los objetivos jamás se cumplieron, pese al notable esfuerzo del régimen militar después de 1974, puesto que en 1980 las previsiones estaban cubiertas en un 90%. Sin embargo, después de ese año, que sigue siendo hasta 1994 aquel en que el SPNG tuvo la mayor cantidad de personal, es una larga declinación: los objetivos del plan de

Figura 24
Efectivos del SPNG (1974-1994)



Fuentes: Comisión de Alto Nivel (1984), SPNG (1992, 1995)

1984, retomados por el de 1988, fueron totalmente ignorados y el número de empleados bajó incluso a 52 personas en 1989, es decir menos que en 1976 (57).

Además, los guardaparques representan el 90% del personal del SPNG, lo que revela la poca calificación de los funcionarios de la institución. En cuanto al número de «profesionales de nivel superior», según la nomenclatura administrativa del SPNG, fluctúa entre 4 en 1976 y 1 en 1988, para subir a... ¡2 en 1992! Si han sido tan pocos los funcionarios de formación universitaria que han querido trabajar en la institución es porque esta no tiene prestigio (Izurieta, 1992) y paga salarios módicos. Este último punto es una de las razones de la constante erosión en personal de que sufre el SPNG durante el decenio de 1980, mientras el turismo se desarrollaba en el archipiélago y ofrecía empleos mucho mejor remunerados:

Es imposible para el SPNG competir con los operadores de turismo en el plano de los salarios para la tripulación de los barcos, lo que constituye la causa principal de la deserción y de la dificultad de conseguir marinos de reemplazo.³⁴

El número de guardaparques, que se mantuvo estable entre inicios de los años 1980 (51) y principios de los años 1990 (50), mientras la población y el turismo aumentaban considerablemente durante el mismo periodo, ilustra el deterioro de los medios de control del SPNG: ya no se contaba sino un guardaparque por 918 visitantes y 235 habitantes en 1994, frente a uno por 336 visitantes y 122 habitantes en 1983.

Sin embargo, desde la creación del INEFAN en 1993, el SPNG se reforzó en especial gracias a la creación de empleos que se tornaron más atractivos por un alza sensible de los salarios para todos los niveles de calificación. En enero de 1994, el SPNG contaba con 72 empleados: 15 personas en la dirección y los servicios administrativos, 5 técnicos (2 expertos forestales, 2 biólogos y un analista de sistemas), 41 guardaparques y 11 marinos. La contratación prosiguió para alcanzar el número de 86 empleados en marzo de 1996, pero la reciente disminución del presupuesto asignado al SPNG confirma que la conservación de las Galápagos sigue sin ser una prioridad gubernamental. Eso explica que globalmente el Estado se haya interesado tan poco en el SPNG, lo haya provisto de manera tan limitada y, hasta la creación del INEFAN, lo haya dejado bajo la tutela de hecho de la FCD.

Estación Darwin y SPNG: administración a falta de conservación

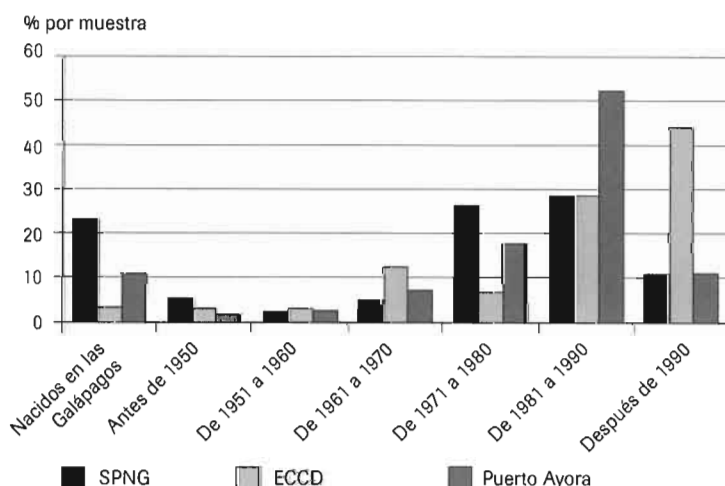
El SPNG no habría podido desarrollarse sin el apoyo de la FCD que le transfiere fondos internacionales, le presta o dona equipos, capacita a su personal, par-

ticipa en la elaboración de los planes de manejo del PNG, define los programas de erradicación, de protección y de educación, etc. Esta sociedad de todo instante se inscribe en el espacio: los locales de la sede del SPNG fueron construidos, a inicios de los años 1970, a proximidad de los de la estación. Tal vecindad facilita el contacto entre los directores de ambas instituciones –mediante notas oficiales cuando las relaciones son tensas, mediante visitas personales cuando ellas mejoran– así como entre sus empleados que a menudo trabajan juntos, en particular en los programas de conservación *ex situ*.

La encuesta efectuada en marzo de 1994 a los empleados del SPNG y de la ECCD permite comprender los límites del tipo de conservación practicado en las Galápagos. Puesto que la FCD considera la inmigración como el principal desafío a la conservación del archipiélago, era interesante comparar las fechas de llegada a las islas del personal de la instituciones estudiadas con las de los encuestados de Puerto Ayora (véase la figura 25).

En 1994, la estación contrata a muchos inmigrantes recientes, en su mayoría ecuatorianos (no se cuentan sino 6 extranjeros), pero muy pocos galapagueños, mientras que cerca de la cuarta parte del personal del SPNG es originaria del archipiélago. Cruel constatación tratándose de una institución que pretende luchar

Figura 25
Fecha de llegada a las Galápagos de los encuestados del SPNG, de la estación y de Puerto Ayora



Fuente: encuestas personales
SPNG: N = 39; ECCD: N = 32; Puerto Ayora: N = 106

contra la inmigración y aportar trabajo a los insulares³⁵: ¿tendría acaso la estación un personal tan calificado que deba a toda costa «importarlo» al archipiélago? Si bien el nivel promedio de sus miembros es superior al de los empleados del SPNG, se constata que, incluso para las tareas más elementales (guardianes, personal de mantenimiento, etc.), la estación emplea a gente que llegada recientemente a las islas y con contratos de corta duración.

Al contratar neomigrantes para hacer ahorros salariales, la FCD se comporta entonces como cualquier otra empresa o particular rico de las Galápagos. Esta política explica en parte el hecho de que la estación haya perdido contacto con la población local. El examen de la fecha de contratación de los encuestados en esas dos instituciones completa la constatación realizada. Con un 31% de su personal contratado antes de 1981, el SPNG dispone de una mano de obra mucho más antigua que la de la estación (9% en el mismo caso), lo que representa una ventaja innegable respecto de la experiencia profesional y de la inserción en la población insular. A la inversa, la estación experimenta una rotación muy rápida de sus empleados: el 56% de ellos han llegado menos de 4 años antes de la encuesta, frente al 43% en el caso del SPNG (que contrataba en ese entonces, al contrario de la ECCD). Esta volatilidad de la mano de obra tiene graves consecuencias para la estación: el empleo en ella se contempla como un trabajo en cualquier empresa. Se habría podido esperar que los responsables de la FCD busquen, por el contrario, desarrollar un espíritu de equipo, considerado primordial para las instituciones que trabajan en la conservación de la naturaleza (Kayaja y Douglas-Hamilton, 1982). Sin embargo, todo se limita en este sentido a dotar a los empleados de un uniforme adornado con el eslogan «*I support the conservation of the Galápagos*», mientras que el 53% de los empleados de la estación, y de ellos la totalidad de los subalternos, no hablan inglés...

El ejemplo es significativo: la FCD está más preocupada por su imagen frente a los turistas, periodistas y científicos que por su funcionamiento interno. El resultado es ese malestar perceptible en la estación al momento de la encuesta: solamente el 44% de sus miembros piensan permanecer en la institución al menos hasta el término de su contrato, frente al 62% en el SPNG; los demás desean partir en cuanto encuentren un mejor trabajo. El nivel de estudios de los encues-

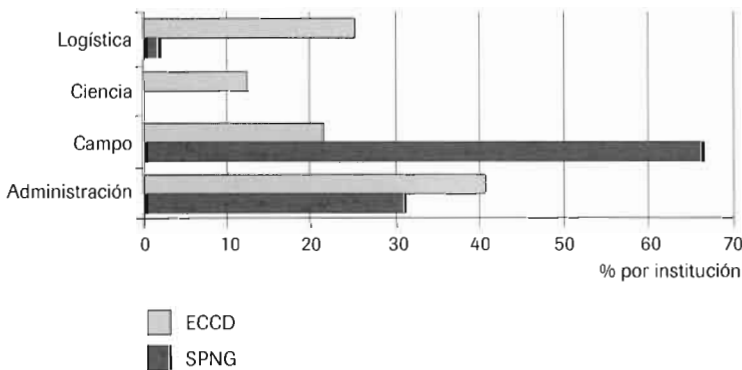
35 Así, en un opúsculo que presenta a la FCD, se indica que la estación es «una fuente permanente de trabajo para más de 50 familias que residen en las islas» (FCD, 1993a: 12); y en el párrafo titulado «Los beneficiarios de la acción de la ECCD» se lee que «la fundación, a través de su brazo operacional en las Galápagos [la estación Darwin], se ha convertido en proveedora de bienestar social y fuente de trabajo permanente para alrededor de 90 familias que residen en las islas»...! (*idem*: 2). Estas afirmaciones son tanto más desconcertantes cuanto que ese mismo año la FCD despide a un tercio de los empleados de la estación, entre ellos todos los dirigentes sindicales...

tados refleja la complementariedad de las dos instituciones: el campo está consagrado al SPNG, las oficinas y laboratorios a la estación. En efecto, el 39% y el 28% del personal del SPNG tienen un nivel de estudios primario o universitario respectivamente, frente al 16% y 56% en el caso de los empleados de la ECCD. Sin embargo, este nivel educativo no es catastrófico: más vale un guardaparques que conoce empíricamente el medio en que trabaja que un empleado cuyo nivel de instrucción lo llevará a preferir un empleo burocrático. Las funciones de los encuestados al interior del SPNG o de la ECCD resultan en parte de esas diferencias de nivel de estudios (véase la figura 26).

El SPNG se dedica a la acción en el campo, puesto que lo esencial de su personal está compuesto de guardaparques y marinos; se constata sin embargo que el sector administrativo presenta el engrosamiento característico de las instituciones públicas ecuatorianas. En la estación son los científicos y sus asistentes los que van al campo, de manera muy poco frecuente a su gusto pues pasan la mayor parte de su tiempo redactando solicitudes de fondos para obtener con qué trabajar día a día. Que la estación es sobre todo una base para científicos visitantes y una vitrina de la acción de la FCD en las Galápagos es evidente: el 41% de sus empleados se ocupan de tareas administrativas y el 25% trabajan en la logística.

Interrogados sobre los problemas de sus instituciones (3 respuestas posibles por persona), los encuestados colocan la falta de material y equipos (desde barcos... ¡hasta papel!) en el primer lugar de las dificultades (37% de las respuestas en el SPNG y 23% en la ECCD). Inmediatamente después viene la falta de capacita-

Figura 26
Empleos de los encuestados del SPNG y de la estación



Fuentes: encuestas personales. SPNG: N = 39; ECCD: N = 32

ción profesional que deploran los encuestados (18% en el SPNG y 22% en la ECCD) y muchos lo atribuyen al poco apoyo del poder público o de las instituciones conservacionistas internacionales. Vienen luego los reproches de burocracia, formulados por el 21% de los empleados del SPNG y el 16% de los de la ECCD, en especial en cuanto a su respectiva dirección y a la falta de autonomía de sus instituciones frente al INEFAN y a la FCD, cuyos responsables, según ellos, ignoran las realidades insulares.

Las opiniones sobre el personal (considerado insuficiente por el 12% de los encuestados de la estación frente al 3% solamente del SPNG) y sobre la falta de financiamiento (15% y 3% respectivamente) varían mucho según la institución. En efecto, al momento de la encuesta el SPNG tenía el viento a su favor mientras que la estación, entonces en la parte baja de la ola, estaba ahogada por una falta de fondos que hacía complicada una simple fotocopia. De allí el civismo manifestado por encuestados de la estación, pocos de los cuales se quejaron de la modicidad de sus salarios (4% frente al 5% en el SPNG) pese a ser estos ampliamente inferiores, para todos los empleos subalternos y medianos, a los del SPNG. Finalmente, los encuestados del SPNG son más conscientes de la necesidad de mejorar sus relaciones con la población (11%) que sus homólogos de la estación (1%) que no están allí para interesarse en los problemas sociales: como lo declaró públicamente en las Galápagos un Vicepresidente de la FCD,

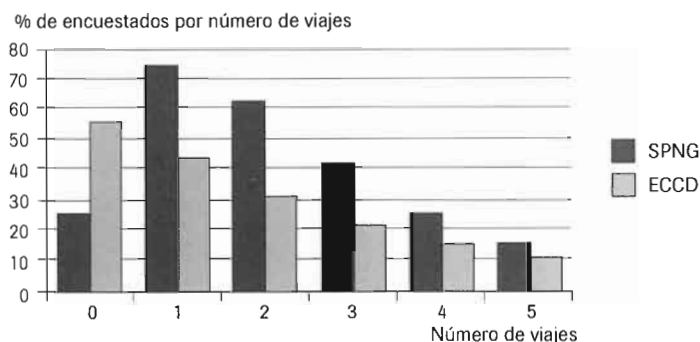
la única misión de la ECCD es ser el abogado de los que no tienen voz para defenderse, los animales...

El sedentarismo de su personal ilustra también las carencias de estas instituciones (véase la figura 27).

Más de la mitad de los empleados de la estación no han abandonado sus locales durante el año anterior a la encuesta: además de la importancia de los empleos de oficina en la institución, los desplazamientos de su personal se ven limitados por la inmovilización permanente del *Beagle V* (que no funcionó entre diciembre de 1992 y septiembre de 1994 y que en marzo de 1996 seguía sin ser reparado). Ciertamente, los científicos en misión alquilan sus propias embarcaciones, pero si bien los responsables de la FCD han perdido todo contacto con las Galápagos a no ser el que les procuran cortas misiones en Puerto Ayora, es más grave que el personal de la estación, que debería estar al tanto de lo que sucede en las islas, rara vez ponga los pies en ellas.

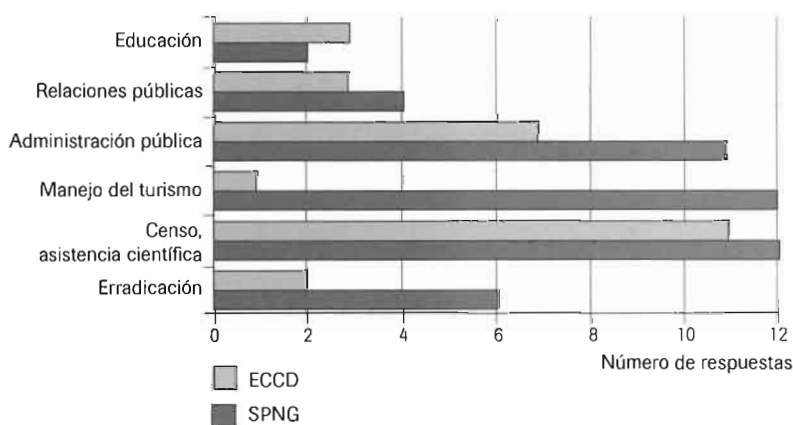
Las razones de los viajes profesionales en las islas revelan las prioridades de ambas instituciones (véase la figura 28).

Figura 27
Número de viajes profesionales de los encuestados del SPNG y de la estación a islas distintas de Santa Cruz / Baltra durante el año anterior a la encuesta



Fuentes: encuestas personales. SPNG: N = 39; ECCD: N = 32.

Figura 28
Motivos de los viajes profesionales a las islas de los encuestados del SPNG o de la estación



Fuentes: encuestas personales. SPNG: N = 39; ECCD: N = 32.

van al campo a entregarse a sus investigaciones o, casi siempre, a supervisar operaciones de conservación como los censos de animales y los programas de erradicación o de protección, en particular los relativos a la conservación *ex situ*. Sin embargo, la gran mayoría de esos desplazamientos corresponden a estudiantes que realizan pasantías en la estación, a asistentes y con menos frecuencia a científicos. El hecho de que este motivo de salida al terreno sea también el más fre-

cuenta en el caso de los empleados del SPNG confirma que la estación ya no tiene realmente un campo reservado y que el trabajo de censo de especies protegidas o de estudio de impacto ambiental es en general poco calificado. El SPNG suma a estas tareas la vigilancia de los sitios de visita —que, como se vio, presenta muchos vacíos— y la erradicación de especies introducidas.

Se observará también que, en ambas instituciones, aproximadamente la cuarta parte de los desplazamientos es de orden administrativo: eso destaca la poca cobertura del PNG puesto que esas misiones, así como las relacionadas con la educación, solo atañen a los poblados. En cuanto a los viajes de relaciones públicas, consisten en acompañar a científicos, periodistas e incluso personalidades que visitan el archipiélago, a fin de promocionar la FCD o el SPNG. La importancia relativa de esas misiones (aproximadamente 10% del total) en relación con el reducido número de desplazamientos ilustra la estrategia seguida por esas instituciones que buscan financiamiento por todos los medios: el tiempo que pasan puliendo su imagen es, proporcionalmente, mucho mayor que el dedicado al trabajo de campo.

Desde la creación del INEFAN y el consecutivo refuerzo del SPNG, ciertos sectores del gobierno ecuatoriano han manifestado su deseo de reducir aún más el papel de la ECCD e incluso de suprimirla. Utilizan como pretexto para echar de las Galápagos a una ONG en parte internacional que sería un testigo incómodo de la precipitación de los empresarios y los migrantes ecuatorianos sobre un «patrimonio de la humanidad», que la estación tiene dificultad en proporcionar algo más que un limitado apoyo logístico a los investigadores extranjeros y que tiene malas relaciones con la población local y con sus representantes políticos. Sin embargo, esta hostilidad refleja también la lucha entre la FCD y el INEFAN por aumentar su participación respectiva en la captación de fondos internacionales o privados, rivalidad exacerbada a propósito de sus «sucursales» insulares, pues el SPNG y la ECCD son las vitrinas de su *savoir faire* y justifican los fondos solicitados. De ello dan testimonio las confidencias del director del SPNG, antes de que las hiciera públicas durante una reunión del Consejo Ejecutivo de la FCD (FCD, 1994):

Ya no es posible trabajar con C. Blanton [Directora de la ECCD], pues no nos toma en cuenta, es arrogante aunque está desacreditada. La estación ya no sirve de nada: ya no hace ciencia, no cuenta sino con un científico y ya no dispone de logística, su barco permanece anclado todo el año. La FCD debe continuar pues tiene buenas relaciones internacionales y puede aportar dinero al PNG, pero desde ya no necesitamos a la ECCD: criar tortugas en cautiverio, que es la única actividad de la estación, sabemos hacerlo, por cierto ya lo estamos haciendo...³⁶

Mientras las dos instituciones conservacionistas son débiles y a menudo presa de querellas fratricidas, se ingresa al PNG como se quiere...

El SPNG no puede vigilar el parque nacional

Para vigilar el archipiélago hay que estar equipado con barcos y hasta con aviones. Nadie es capaz de controlar el PNG puesto que las instituciones públicas presentes en las Galápagos, incluidos los militares, no poseen un avión y el número de sus embarcaciones es insuficiente. Es por eso que el SPNG trata de realizar un control reticular «puntual» en el parque nacional, en las «sinapsis» que lo unen con el mundo: incapaces de recorrer el archipiélago, los guardaparques serían más bien guardabarreras. Sin embargo, las dificultades para implantar un sistema de cuarentena fitosanitaria muestran que tales barreras no existen.

La llegada masiva de organismos alóctonos a las Galápagos es uno de los peligros más graves que acechan a la conservación del archipiélago (Schofield, 1989; Mauchamp, 1997). Ahora bien, tal introducción se realiza a un ritmo acelerado, correlativo al proceso de apertura de las Galápagos al mundo mediante redes migratorias, turísticas y, más ampliamente, económicas. La relación entre la creciente introducción de especies alóctonas en las islas y el desarrollo de las redes que las unen al resto del mundo es manifiesta a todos los niveles y en el caso de especies muy diversas, como lo prueban varios estudios y observaciones. Así, según la ex responsable del Departamento de Invertebrados de la ECCD:

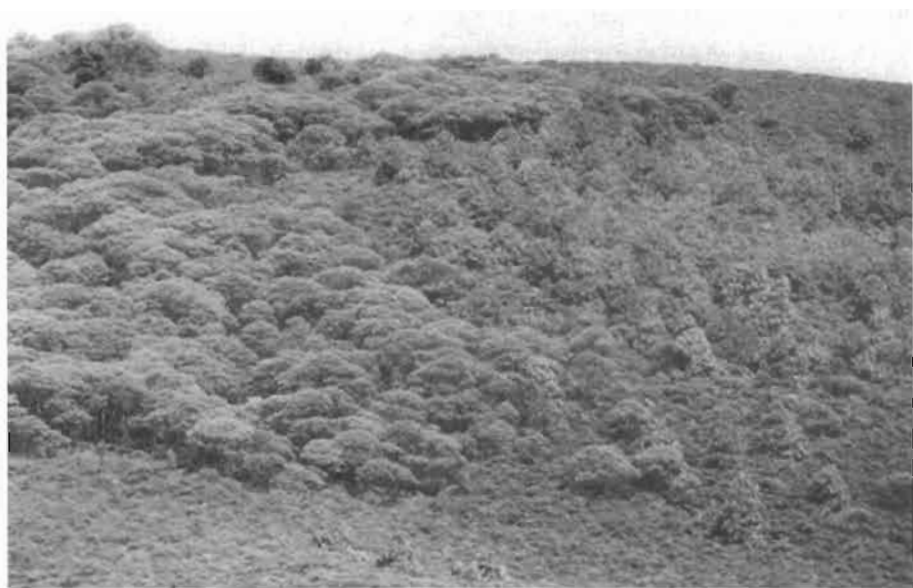
La introducción aumenta con la circulación: por ejemplo, los pescadores introdujeron la hormiga roja (*Wasmania auropunctata*) en Marchena, donde acampaban, y en Pinzón son los guardaparques los que lo hicieron durante sus campañas de erradicación de ratas. El INGALA ha abierto caminos al interior de Isabela y las especies alóctonas se desperdigaron en un área hasta entonces fuera de alcance. Sucedió lo mismo con las zanjas cavadas por el ejército cuando el gran incendio de Isabela en 1985: hoy en día se encuentran papayos en lugares donde jamás se los habría podido ver antes.³⁷

Un estudio realizado sobre las tres especies de salamanguetas (*Gekkonidae* spp.) introducidas en las islas pobladas de las Galápagos muestra que su difusión se realiza a partir del barrio del puerto y que su población aumenta en relación con el volumen del tráfico portuario; es por cierto notable que Floreana, donde atracan pocas embarcaciones, esté exenta de ellas (Olmedo y Cayot, 1994). Otro estudio sobre las ratas introducidas anotaba:

37 S. Abbedrabo, comunicación personal, 7-1993.

Las poblaciones de ratas negras (*Rattus rattus*) —introducidas en las Galápagos ya en el siglo XVII por los piratas— crecen a una velocidad alucinante en el archipiélago; Santa Cruz es considerada como uno de los lugares en el mundo donde su densidad es mayor, lo que acrecienta el riesgo de difusión a las demás islas a través de los barcos de turismo y de pesca.³⁸

Se trata aquí apenas de una de las tres especies de ratas «oportunistas» presentes en las Galápagos: la última en llegar, a inicios de los años 1980, es *Rattus Norvegicus*, la más peligrosa para la conservación del archipiélago por ser de gran tamaño y muy agresiva. Estos científicos estiman:



Ofensiva victoriosa de chinchona (introducida, a la derecha) contra scalesia (endémica, a la izquierda) en las alturas de Santa Cruz. Aunque especies vegetales particularmente oportunistas como esta representan una grave amenaza para plantas únicas en el mundo, nunca se ha emprendido una acción sostenida de erradicación en el PNG: es cierto que las Galápagos son de hecho utilizadas como cualquier otro lugar de la Tierra.

La reciente llegada de *Rattus Norvegicus* es importante porque indica que nuevas especies continúan ocupando el archipiélago y el SPNG debe tener seriamente en cuenta la creación de un centro de cuarentena y hacer aplicar reglamentos estrictos a este respecto. Si tantos individuos de ese tamaño han logrado establecerse en las Galápagos, ¿cuántas otras especies potencialmente peligrosas para los invertebrados y las plantas pueden colonizar también las islas? Se debe tomar muy en serio la llegada de esta rata a las Galápagos, pues tiene implicaciones en materia

de conservación: las jóvenes tortugas y los nidos de petreles deben contar con una mayor protección, con un aumento concomitante de los costos para la erradicación de las ratas.³⁹

Así, la incapacidad de las autoridades de controlar el territorio protegido (o incluso sus sinapsis) se traduce en costos ecológicos y económicos crecientes. La última investigación sobre la introducción de especies alóctonas a las Galápagos es la de A. Mauchamp (1997) quien comenta su gráfico sobre la cronología de la llegada de plantas exógenas al archipiélago subrayando que

la coincidencia entre las curvas de las plantas introducidas y la del crecimiento demográfico es notable. Ambas ascienden de manera exponencial a partir de los años 1980.⁴⁰

Ahora bien, los años 1980 son los del *boom* turístico y de su contrapartida migratoria: mucho más que el número de habitantes, la multiplicación de las relaciones entre las islas y el exterior es directamente responsable de esta formidable implantación de especies introducidas. Las Galápagos tenían apenas una treintena de especies de plantas introducidas en los años 1940, cuando no estaban vinculadas al continente sino por algunos barcos por año, frente a 445 en 1997 (Mauchamp, 1997) cuando al menos 15 vuelos semanales se dirigen a ellas. La intensa circulación en las aguas del archipiélago, donde navegan diariamente un buen centenar de barcos de todo tipo (turismo, pesca, administración, etc.), favorece la diseminación de esas especies introducidas en todas las islas.

La instalación de un sistema de cuarentena, preconizado en cuanto se instauró el PNG, aún no se ha realizado, pese a la promulgación de un enésimo «reglamento especial» al respecto en julio de 1994... Como de costumbre, la tarea es confiada a numerosas instituciones –MAG, INEFAN, INGALA, FCD, DAC, Comisión Permanente, etc.– lo que tiene como efecto diluir a tal punto las responsabilidades que no se toma medida alguna⁴¹. Se sigue entonces entrando al PNG sin ningún control fitosanitario, ni en el aeropuerto de embarque ni en Baltra, donde las cajas de frutas y legumbres destinadas a las empresas de turismo y a la población son desembarcadas bajo la mirada indiferente de los guardaparques.

Al interior del parque nacional el SPNG desea darse la posibilidad de verificar el cumplimiento de los reglamentos en los puntos nodales de la red turística que constituyen los sitios de visita. Sin embargo, según los numerosos guías turísti-

39 Key y Muñoz, 1994: 24.

40 Mauchamps, 1997: 2.

41 De todas formas, Vitousek (1988) hace notar que el turismo, al abrir ampliamente las islas, reduce la eficacia de la cuarentena e incluso la hace totalmente imposible.

cos interrogados al respecto, casi nunca se ve un guardaparque en un sitio de visita⁴² y, cuando los hay, es siempre en los sitios más frecuentados. Los controles son entonces muy raros: el informe de actividades del SPNG de los tres primeros trimestres de 1994 indica lo siguiente:

Se efectuaron 94 patrullas. Los viajes se realizaron en 4 embarcaciones del SPNG y cubrieron las partes central, sur y este del archipiélago. Pocos viajes se realizaron al oeste del archipiélago [...] Se están tramitando 18 denuncias por infracciones relativas a operaciones turísticas.⁴³

Esos 94 viajes de inspección y las 18 denuncias no representan sino el 0,3% y el 0,06% respectivamente de los aproximadamente 30.000 movimientos de barcos de turismo en las aguas del archipiélago ese año, lo que da la medida del número de fraudes posibles. Y esos barcos frecuentan en su mayoría sitios accesibles cubiertos por las pocas patrullas del SPNG. Sin embargo, un informe de esa institución indica que los objetivos de la patrulla son

hacer cumplir las leyes, los reglamentos y las demás obligaciones a las que están sometidas las personas naturales y jurídicas que utilizan los sitios de visita y las otras zonas del PNG; garantizar el estado adecuado de los sitios de visita y de las demás áreas del PNG; reafirmar la presencia soberana del Estado ecuatoriano en el área protegida del PNG⁴⁴.

Según ese mismo informe, se efectuaron 73 patrullas en 1995, es decir menos que el año anterior pero también menos que diez años atrás. La imposibilidad en que se encuentra el SPNG de vigilar «el espacio protegido» se comprueba también cuando se constata que de los 10 sitios de visita que fueron acondicionados en 1994, 6 son accesibles en vehículo o a pie.

Como los guardaparques no están presentes de manera episódica sino en parte de esos sitios, tratan de vigilarlos utilizando la radio, pues en las Galápagos cada barco de turismo, cada guía naturalista o guardaparque en el campo posee un aparato portátil (de tipo VHS). Sin embargo, este medio potencial de vigilancia, que permite en principio alcanzar todo punto del archipiélago, es casi siempre ineficaz pues no se es controlable por radio a menos que se la utilice. En junio de 1993, estamos 25 a bordo de un tour diario con una capacidad autorizada de 16 pasajeros. Saliendo del canal de Itabaca nos dirigimos hacia Plaza Sur cuando el motor se detiene; en cuanto al segundo motor, estaba fuera de servicio in-

42 «Los guías y los capitanes de barco declaran no haber visto un solo guardaparque en patrulla desde hace tres años» (Wallace, 1993: 38). Por mi parte, yo nunca vi uno en un sitio de visita.

43 SPNG, 1994a: 6.

44 SPNG, 1996: 1.

cluso antes de la salida... Cuando los turistas inquietos solicitan al capitán pedir auxilio por radio, él se niega y por el contrario apaga su aparato: no quiere exponerse a eventuales sanciones por su repetido incumplimiento del reglamento. La tripulación instala entonces un cabo mediante el cual una panga remolca el barco de regreso a Itabaca. Solamente cerca de la desembocadura del canal el capitán enciende nuevamente su radio y lanza un breve llamado codificado a otro barco ubicado en los parajes para que venga a sacarnos del mal paso... Las telecomunicaciones no reemplazan a los medios de transporte: permiten un dominio virtual del territorio mientras los segundos posibilitan su control efectivo.



El muelle del SPNG sirve de solarío a las iguanas marinas: instalado en una caleta de Academy Bay bordeada de manglares y arrecifes, concuerda con la modestia de las embarcaciones encargadas de la vigilancia del PNG (este esquife es una donación de la UNESCO).

Efectué mi primera travesía en las Galápagos a bordo de una lancha del SPNG, en diciembre de 1992. Después de mirar en el mapa la extensión que nos separa de nuestro destino, Puerto Villamil, pregunto al capitán cuál es la capacidad de nuestro esquife al acabar de descubrir su insignificante tamaño, muy inferior al de los barcos de turismo en medio de los cuales está anclado. Un motor que se ahoga, es todo: «¿Y si se avería?» «Entonces estamos fregados», me responde. En efecto, después de que el bote de la lancha hace dos viajes para embarcar a los cinco pasajeros, constato que no hay balsa ni chalecos salvavidas y tampoco un extintor a bordo. Este barco del SPNG enarbola en cambio un letrero que anuncia que es el fruto de la generosidad de la UNESCO... Se necesitaron 5 ho-

ras y media para llegar a Isabela desde Puerto Ayora, y siete al regreso, contracorriente. Es evidente que no es ese barco el que irá a molestar a los pilladores del parque nacional.

En 1996, el SPNG no disponía sino de cuatro lanchas pequeñas en mal estado y de una quinta siempre fuera de servicio y, desde 1995, de un patrullero grande que consume igual cantidad de combustible que todos los barcos de la institución juntos, de manera que en periodos de austeridad permanece anclado en Academy Bay a proximidad del barco de la ECCD... Si se compara ese número de embarcaciones con los 45.000 km² de aguas interiores del archipiélago, la insuficiencia de los medios marítimos del SPNG es impresionante. Muchos pescadores de pepinos de mar o de tiburones están, por su parte, equipados con rápidas «fibras» que dejan atrás muy fácilmente al eventual barco del SPNG que hubiera podido identificarlos.

La incapacidad del SPNG de garantizar el control de las aguas del archipiélago es descrita de manera elocuente por uno de sus responsables:

Durante 1993 se observó una carencia parcial de la infraestructura necesaria para cumplir las funciones del programa de turismo. El total de días de patrulla con las 4 embarcaciones del SPNG previstos para 1993 era de 960. El número real de días de salida de los barcos en ese año fue de 227, de los cuales el 50% corresponde a viajes realizados exclusivamente para el transporte del personal para otros programas del SPNG. Constantes averías en los motores de los barcos, problemas para el pago de los víveres, inexistencia de *stocks* apropiados de repuestos y la falta de personal han convergido para reducir la capacidad operacional del SPNG en lo que respecta a la patrulla marina. Las embarcaciones del SPNG, a excepción de una, no están equipadas para permitir patrullas prolongadas ni para ejercer las funciones de vigilancia en los sitios de visita [...] Los equipos de comunicación del SPNG no cubren de manera satisfactoria las islas ni las embarcaciones, lo que afecta al desarrollo adecuado de las actividades de patrulla y de control de los sitios de visita.⁴⁵

Es entonces sorprendente que el PNG todavía tenga la reputación de ser protegido: se mide así la fuerza de la publicidad que presenta a las Galápagos como un santuario natural.

¿Guías a modo de guardaparques?

Desde los primeros cruceros en el archipiélago, mientras el SPNG no contaba sino con dos empleados, era importante poder afirmar que el turismo en las Galápagos era y sería controlado: se confió entonces a los guías la tarea de ser los

«policías naturalistas» del parque nacional. Esta idea viene del informe Jennings (1967):

Pensamos que este método será más viable y eficaz que el recomendado por el informe Grimwood-Snow, que preconizaba la presencia a bordo de cada crucero de un vigilante de la administración del parque nacional.⁴⁶

Este consejo es una prueba de pragmatismo puesto que los guardaparques aún no existían e incluso después de que aumentó el personal del SPNG, es seguro que esta institución jamás habría podido colocar a un empleado a bordo de cada una de las embarcaciones de turismo del archipiélago. Sin embargo, ese pragmatismo equivale a confiar la conservación de un parque nacional a la empresa privada: se anticipaba a la política actual.

Los guías están encargados primeramente de hacer cumplir a los visitantes los reglamentos del PNG; luego están obligados a señalar al SPNG todos los delitos de que son testigos, las infracciones de los operadores de turismo, la presencia de barcos de pesca, de campamentos de pescadores, de veleros extranjeros, etc. Finalmente, observan los impactos antrópicos en el PNG, educan a los turistas y tripulantes sobre los beneficios de la conservación e incitan a los visitantes a aportar su ayuda financiera a la Estación Darwin y al SPNG. El principio de este tipo de control es simple: el guía debe entregar al SPNG, al término de cada crucero, un «informe de viaje». Este, que cabe en una hoja, está dividido en dos partes: la una sirve para controlar los movimientos turísticos, la otra informa al SPNG sobre las violaciones a las reglas del parque nacional. Aunque obligatoria, esta segunda parte tiende a ser considerada como facultativa: el guía es quien decide lo que informa o no.

Confiar el control del PNG a asalariados del sector privado no está exento de riesgos: ¿a quién obedecer en caso de infracción turística, a las autoridades conservacionistas o al patrón? No hay manera de verificar si el guía comunica al SPNG el incumplimiento de los reglamentos por parte del barco a bordo del cual trabaja. Este sistema de vigilancia funcionaría sin embargo más o menos pues los guías, si no siempre quieren o pueden denunciar las infracciones de sus empleadores, no se privarían de hacerlo tratándose de otros: la competencia en el mercado turístico sería en este caso portadora de emulación conservacionista.

Este sistema de vigilancia confirma así la impotencia del SPNG y de la Armada para dominar el espacio marítimo de las Galápagos. Ahora bien, este problema es estructural: mientras el SPNG no tenga los medios de hacer cumplir sus reglamentos, los informes de los guías señalando las infracciones en el área prote-

46 *op. cit.*: 22.

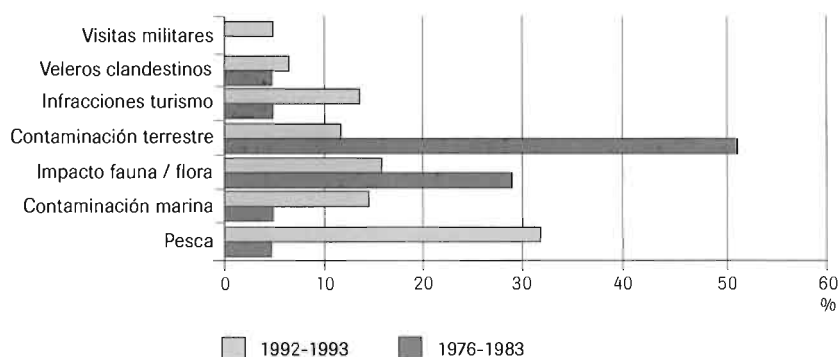
gida estarán condenados a terminar en una estantería polvorienta donde los encontré, en la sede de la institución. Estos informes servirían al menos para mantener la ficción de la vigilancia del PNG, pero los guías no son ingenuos, de allí su desánimo que no data de ahora:

La gran mayoría de guías quieren cooperar con el SPNG y hacen esfuerzos para lograrlo. Sin embargo, están desesperados por la falta de acción del SPNG para corregir acciones que consideran graves [...] Hoy en día, son muchos los que dicen que el sistema ya no funciona.⁴⁷

El examen minucioso de los informes de los años 1976 (352), 1983 (1.122) y 1992-1993 (2.855), pese a un reducido número de incidentes reportados (3% del total) que prueba que son muy pocos los guías que cumplen con esa tarea, proporciona la única fuente estadística disponible en cuanto a las infracciones cometidas en el PNG. Estos reportes son instructivos de todas formas puesto que informan sobre el abanico y la evolución de esos delitos (véase la figura 29).

Mientras de 1976 a 1983 la mitad de infracciones identificadas tienen como objeto la contaminación terrestre de los sitios de visita, no representan sino el 12% de los casos en 1992-1993. Es el resultado de un esfuerzo de las autoridades y de los operadores turísticos, asociado a una toma de conciencia general de la mala

Figura 29
Naturaleza de las infracciones en el PNG
reportadas por los guías de 1976 a 1983 y en 1992 y 1993



Fuentes: informes de los guías del SPNG. 1976-1983: N = 59; 1992-1993: N = 122.

NB: Las «visitas militares» abordaje de los buques de la Marina dan lugar siempre a graves incumplimientos de los reglamentos del SPNG: grupos considerables, sin guías y a menudo fuera de los sitios de visita autorizados.

imagen que dan esos sitios de visita tapizados de desechos: la reglamentación del SPNG sobre las visitas en tierra es severa y la gran mayoría de los guías la hacen cumplir a la letra.

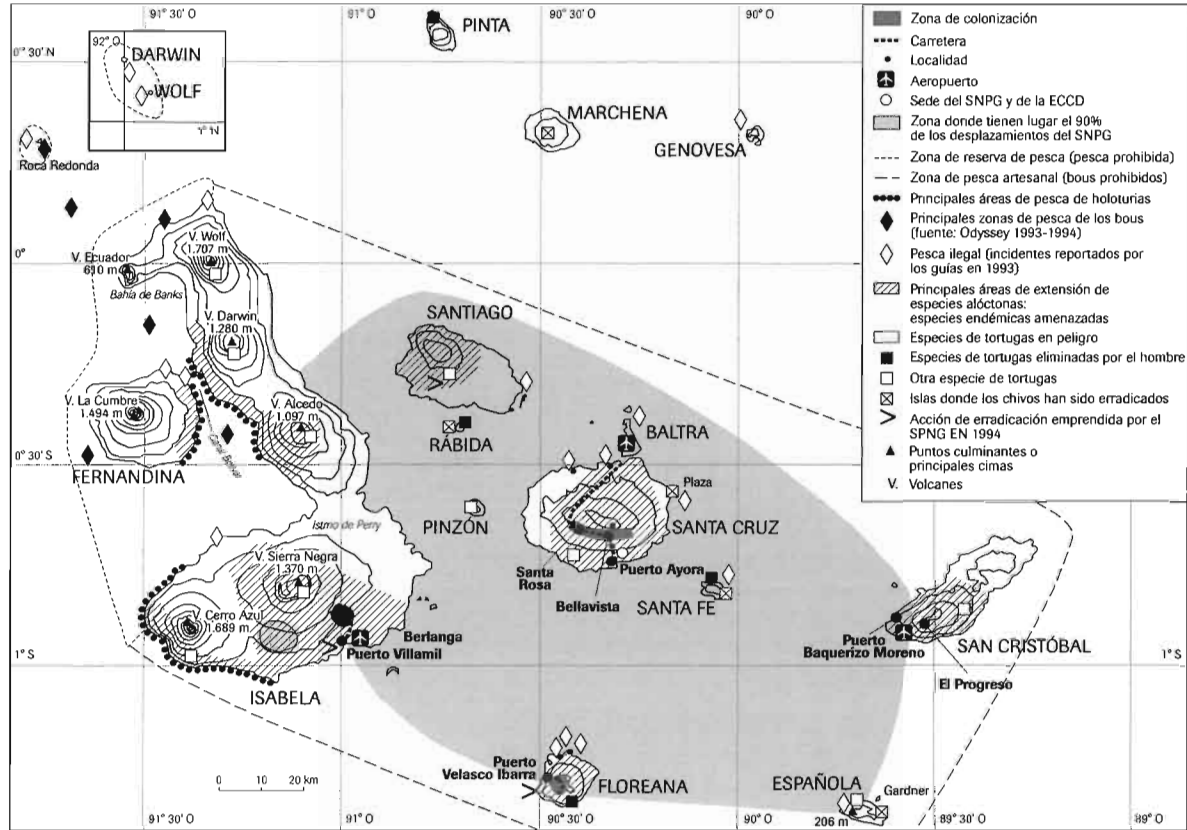
Sin embargo, parte de esa contaminación «terrestre» es en realidad de origen marino y proviene de lo arrojado al mar por los barcos que navegan en el archipiélago, así como de las corrientes oceánicas que llevan desechos desde el continente. Ahora bien, esta contaminación marina aumenta: pasó del 5% al 15% del total de observaciones, atañe a 9 sitios frente a 4 anteriormente y, como se vio, son numerosos los turistas que la clasifican entre los más graves problemas de conservación en las Galápagos. Las fugas de hidrocarburos son comunes, en especial en Baltra donde se abastecen la mayoría de barcos de turismo, aunque también en Academy Bay⁴⁸, la bahía más frecuentada. Muchos guías denuncian la responsabilidad de los grandes barcos de turismo en esta contaminación marina: además de su elevado consumo de combustible, arrojan al mar en gran cantidad sus aguas servidas mezcladas con detergentes. Es el resultado de un turismo cuya prioridad es, en detrimento de la conservación, la comodidad de sus clientes: es necesario que la mantelería y la ropa de baño se renueve diariamente... (M. Straub, A. Crampton, J. Heredia, guías de MT, comunicación personal, 4-1994).

La principal categoría de delitos identificados estos últimos años conciernen la pesca, evocada en el 32% de los informes de 1992-1993 frente apenas a un 5% en los de 1976-1983, lo que no es sorprendente dado el rápido y reciente desarrollo de la pesca de exportación en las Galápagos. Ahora bien, la localización de las infracciones reportadas por los guías (véase el mapa 12) muestra que los pescadores actúan en todo el archipiélago. Si bien las más numerosas contravenciones se identificaron alrededor de Wolf y de Darwin así como en Roca Redonda (tiburones) y a lo largo del canal Bolívar (pepinos de mar) —lugares que presentan la ventaja a la vez de estar fuera del alcance de los patrulleros del SPNG y de ser los más ricos en recursos pesqueros— se constata que el Norte de Floreana, de Santa Cruz y de Seymour son objeto también de varias observaciones. Esos sitios de visita a proximidad inmediata de la base de Baltra y de la sede del SPNG —a los que se deben agregar los de Plaza Sur, Santa Fe y Española— son los más frecuentados del archipiélago: así, es prácticamente en vista y presencia de las autoridades que esos pescadores se entregan a sus actividades ilícitas.

La localización de las infracciones o impactos señalados por los guías coincide con el espacio del PNG utilizado por los operadores turísticos. El número de

48 En 1988, 200.000 litros de combustible se expandieron en 6 km en Academy Bay debido al naufragio de un carguero (Whelan, 1989).

Mapa 12 – Degradación y conservación de las Galápagos



anomalías reportadas es entonces proporcional a la frecuentación de los sitios: entre los 26 lugares donde los guías identificaron incidentes o impactos en 1992-1993, se encuentran los sitios más visitados y vigilados del PNG, entre ellos, en orden decreciente, Bartolomé, Punta Cormorant, Plaza Sur, Seymour, Santa Fe, Punta Suárez y Post Office Bay (que reúnen el 56% de las observaciones). Nada sorprendente en ello: mientras más visitados son los sitios, más deterioro sufren y más son sede de diversas contravenciones. Esto muestra perfectamente que, más allá del un cierto umbral de visitas, el deterioro de los sitios es inevitable, independientemente de su acondicionamiento y de su vigilancia.

No obstante, los sitios más recorridos son también, por definición, aquellos donde el número de guías es mayor por lo que la probabilidad de que reporten este tipo de información es también mayor, de manera que la correlación entre los sitios más visitados y aquellos sobre los cuales se dispone del máximo de información subraya otra limitación de este tipo de vigilancia. Es porque abordan esos sitios que los guías pueden observar transgresiones y depredaciones. Esto destaca de manera más cruel aún la falta de información sobre los lugares a donde los barcos de turismo no van o van menos.

Así, los informes de los guías, incluso si son poco numerosos como para poder extraer de ellos estadísticas confiables sobre las depredaciones perpetradas en el PNG, presentan el interés de mostrar que este sigue siendo un espacio abierto—inclusive en su centro— donde los contraventores de los reglamentos conservacionistas actúan a su modo y manera. El sistema de vigilancia por parte de los guías no es entonces viable en su estado actual: puede ser un apoyo pero no reemplazar a una patrulla marítima regular que cubra todo el archipiélago, única manera de proteger el PNG. Pretender que este es vigilado gracias a los guías es no solamente falso sino tendencioso: es inexacto porque cada vez son menos numerosos los guías que realizan un trabajo cuyos frutos no ven y porque además significa admitir que el SPNG no cumple con lo que debería ser sin embargo la primera de sus tareas.

¿Cómo explicar entonces esta paradoja de que el patrimonio del Estado —el PNG— sea el más susceptible de escapar a su control de hecho? Si ciertos usos del PNG pueden perpetuarse o desarrollarse en el área «protegida» es porque son responsabilidad de grupos ligados al poder del Estado: la pesca de exportación permite demostrarlo.

La pesca, revelador de una política conservacionista en crisis

Hoy en día, la rarefacción de numerosas especies marinas debido a la sobrepesca obliga a la industria pesquera a invertir cada vez más a fin de ir a buscar el recurso a mayor profundidad, más lejos y durante más tiempo (Weber, 1995). En

esta furibunda explotación de los océanos, estos son considerados como espacios abiertos, cuyos recursos pertenecen a quienes pueden llegar a ellos (Chemillier-Gendreau, 1995). Sin embargo, esos espacios oceánicos no están abiertos solamente a causa de la imposibilidad de los Estados pobres de vigilar permanentemente zonas económicamente exclusivas (ZEE) muy extensas: lo están también porque esos mismos países se cuentan entre los principales pescadores (FAO, 1995) y permiten además, cobrando, a los pesqueros extranjeros operar en sus aguas, incluso si estas son oficialmente protegidas como en las Galápagos⁴⁹.

El decreto N° 1810 que instituyó la RRMG en mayo de 1986 señalaba que esta englobaba los 45.000 km² de aguas interiores de las Galápagos, delimitadas a partir de las líneas de base que sirven para identificar los territorios marítimos de los archipiélagos. El plan de la RRMG divide a esta en cuatro zonas según los tipos de pesca prohibidos o autorizados en ellas.

La «zona de pesca industrial restringida» es una franja de 10 millas náuticas que rodea a la de las 5 millas que define las aguas interiores del archipiélago:

Esta zona está destinada al uso de la flota pesquera nacional; consecuentemente, no se permite la operación de barcos extranjeros o de buques nacionales que usen artes o sistemas que atenten contra el principio de uso sostenido de los recursos.⁵⁰

La «zona de amortiguamiento» de pesca artesanal/industrial» corresponde a las aguas interiores de las Galápagos hasta 5 millas náuticas más allá de la línea de base, salvo aquellas que están protegidas bajo otro estatus, lo que significa limitar esta zona al estrecho que separa a la mayor parte del archipiélago de las islas del Norte:

Por la importancia de los recursos marinos y por la actividad artesanal de la pesca, en esta área se permitirá únicamente la explotación industrial debidamente autorizada y plenamente justificada. Está prohibida la captura de tiburones así como cualquier otro recurso que no sea autorizado en la base del estimado del potencial del recurso y en la evaluación del impacto en los ambientes insulares.⁵¹

49 En marzo de 1996, se señalaba al SPNG la presencia de grandes convoyes de «fibras» remolcadas por pesqueros desde Manta para pescar en las Galápagos: la sobrepesca y la destrucción de los manglares –para ceder lugar a las piscinas camaroneras– han arruinado los recursos pesqueros del litoral continental de Ecuador. Según un científico de la ECCD, el pesquero japonés lleno de tiburones inspeccionado en 1992, tenía en sus manos documentos sobre la RRMG emitidos por la Comisión Interinstitucional algunas semanas antes (P. Whelan, comunicación personal, 6-1993); el mismo año el capitán de puerto de Puerto Ayora me decía no comprender por qué había recibido de la DIGMER la orden de liberar a los 4 pesqueros detenidos mientras pescaban en la RRMG...

50 Comisión Interinstitucional, 1992: 18.

51 *idem*: 20.

La «zona de pesca artesanal», donde los barcos pesqueros no tienen derecho de operar, se extiende a las aguas interiores de las Galápagos hasta 2 millas náuticas más allá de la línea de base (véase el mapa 12):

En esta zona solamente se podrán capturar especies tradicionales de consumo local. Se prohíbe la captura de tiburones y de cualquier otra especie que se contraponga con los principios de protección de las áreas naturales marinas-costeras y sus ecosistemas terrestres adyacentes.⁵²

Finalmente, la «zona de reserva de pesca» se extiende a todo el Oeste de Isabela y rodea a las islas Fernandina, Darwin y Wolf, así como a Roca Redonda:

Se trata de áreas críticas para la protección de los recursos de los cuales dependen las actividades pesqueras artesanales de tradición local, y sitios de un alto valor natural para la ciencia, la educación y el turismo [...] Está prohibido capturar tiburones y cualquier otra especie que se contraponga con los principios de conservación, así como realizar faenas pesqueras incompatibles con la protección del Parque Nacional Marino.⁵³

La pluralidad de zonas de la RRMG y de los tipos de pesca allí permitidos o prohibidos refleja el recorte del PNG en función de criterios turísticos: este desmantelamiento del espacio a protegerse es la mejor manera, con aval jurídico, de autorizar múltiples usos que de hecho anulan su conservación.

Holoturias, dólares y ratas

Antes de los pepinos de mar (holoturias) las autoridades conservacionistas de las Galápagos debieron hacer frente a la pesca de tiburones destinados a los mercados asiáticos, que comenzó a gran escala en la RRMG en la segunda mitad de los años 1980. Así, el diario *El Universo* del 3 de junio de 1989 señala que los barcos japoneses capturan miles de tiburones en el archipiélago, sin tomar de ellos sino las aletas arrojando luego al mar los cadáveres que vienen a amontonarse en las playas... Además del hecho de que esta actividad da una imagen turística desastrosa de las Galápagos (tanto más cuanto que los pescadores matan a los lobos marinos para utilizarlos como cebo), la captura de esos predadores situados en la cima de las cadenas tróficas provoca un peligroso desequilibrio en ellas (Lavenberg y otros, 1994). Es por eso que después de una vigorosa campaña de prensa de ONG ecologistas ecuatorianas y estadounidenses apoyadas por las em-

52 *ídem*: 20.

53 *ídem*: 22.

presas turísticas que operan en el archipiélago, el gobierno prohibió en 1989 la pesca de tiburones en las Galápagos: sin embargo continúa...⁵⁴.

La pesca de holoturias toma entonces el relevo en el archipiélago. Los elevados precios que los chinos están dispuestos a pagar por los pepinos de mar atiza en todas partes la codicia de los pescadores locales o extranjeros y conducen al rápido agotamiento de los recursos. De allí la permanente búsqueda de nuevas regiones de explotación. Después de haber agotado las reservas del litoral del Ecuador continental en cuatro años (UICN, 1993), la pesca de holoturias llega a las Galápagos a inicios de 1992: desde entonces se la practica con un frenesí extractivo que la formidable alza de los precios hace imposible de controlar, pues las autoridades han sucumbido al cebo de la ganancia o no tienen la talla para oponerse a ella.

En las Galápagos, la pesca de pepinos de mar comienza a un ritmo muy sostenido: se estima que los «pepineros» capturan entre 12 y 30 millones de unidades durante el primer semestre de 1992 (UICN, 1993), es decir entre 200 y 500 toneladas⁵⁵. En agosto de 1992, debido a las presiones ejercidas por la FCD, el gobierno saliente decreta la prohibición de pescar holoturias, pero eso nada cambia pues las ganancias de los intermediarios son demasiado importantes y una actividad tan bien remunerada es bienvenida por los pescadores: así, la pesca continúa de manera más o menos clandestina. Tropezamos entonces con el mismo problema de evaluación que a propósito de la corrupción: como las estadísticas son inexistentes y las encuestas difíciles, nos vemos obligados a acumular indicios y testimonios.

Así, no existe una estimación global de la cantidad de pepinos de mar capturados en las Galápagos entre la prohibición de agosto de 1992 y la reapertura «controlada» de esa pesca durante dos meses a partir del 16 de octubre de 1994: las

54 De ello dan testimonio por ejemplo estos dos informes de guías: «Buceábamos en Darwin. Enredado entre las rocas, a 20 m de profundidad, había un hilo de nilón. Un examen más minucioso reveló que se trataba de una *long line* para tiburones, de la que extrajimos varios centenares de metros, así como numerosos anzuelos y ganchos dentados. (J. Grove, *La Garia*, N° 15, 6-1993, p. 3). «Redes para tiburones en Wolf. Alrededor de 20 tiburones matados» (informe de J. Iglesias al SPNG, 12-1993); véase también P. Constant (1993) o inclusive el diario *Hoy* del 8-11-1994 que reporta que una operación llevada a cabo por 2 barcos de la Marina y un avión aeronaval, venidos del continente, permitió la captura de un pesquero japonés en las Galápagos, el cual llevaba a bordo 20 toneladas de aletas de tiburón (se estima que eso representa entre 5.000 y 10.000 tiburones); el artículo agrega que varios pesqueros ilegales lograron huir.

55 A título comparativo, en las islas Salomón la pesca de holoturias pasó de 17 a 622 toneladas entre 1982 y 1991 (Holland, 1994) y en Madagascar era de 300 toneladas en 1992 (Irving, 1994).

únicas informaciones de que se dispone muestran los *stocks* confiscados con ocasión de los raros controles efectuados. Por ejemplo, *El Universo* del 29 de noviembre de 1993 señala que

600 kg de pepinos de mar fueron capturados al Norte de Isabela y de Fernandina mediante una operación conjunta del destacamento naval de Santa Cruz, de comandos de la Marina, del SPNG y de la ECCD:

esta cantidad corresponde aproximadamente a la cuarta parte de lo que se pesca diariamente en 1992... El 5 de enero de 1994, el mismo diario reporta que

se han incautado 200 kg de holoturias, junto a las cuales se encontró una comunicación que indicaba que "la semana próxima se enviarán 500 kg de pepinos de mar y se necesitarán 30 millones de sucres" [alrededor de 16.000 US\$].

Finalmente, *El Comercio* (13-9-1994) establece que hasta septiembre de 1994, las autoridades detuvieron a 22 pescadores ilegales, incautaron 1.750 kg de holoturias así como un barco de pesca y 5 pangas.

Las cantidades irrisorias de pepinos de mar confiscadas por las autoridades ecuatorianas no son solo la prueba de la ineficacia de los controles: son también un índice de la «colusión»⁵⁶ entre ciertos funcionarios encargados de la vigilancia de la RRMG, los negociantes y los «pepineros». Lo que sucede es que el dinero de los pepinos de mar, vertido en enormes cantidades en un archipiélago cuya población en su mayoría está en vías de pauperización, ha corrompido a una buena parte de las autoridades locales⁵⁷. Sin embargo, al igual que en el caso de las cantidades de holoturias capturadas, es imposible conocer con precisión los ingresos que produce esta pesca, pues se la ha ejercido casi siempre en completa ilegalidad y sus redes de exportación y de comercialización funcionan de manera oculta.

No obstante, la reapertura de la pesca de pepinos de mar entre el 16 de octubre y el 15 de diciembre de 1994, debido a fuertes presiones, permite afinar estimaciones que siguen siendo de todas formas divergentes: según el informe FC-

56 Es el término empleado por un experto de la UICN en la parte «reservada» de su informe sobre la pesca de pepinos de mar que se realiza en las Galápagos: «La sobreexplotación de los recursos marinos continúa, en particular la de holoturias por parte de los pescadores locales. Hay una falta total de aplicación de los reglamentos existentes y una sospecha de "colusión" de parte de las autoridades encargadas de hacerlos cumplir» (Thorsell, 1994, anexos).

57 En pleno periodo de veda de pesca de holoturias, se descubren sobre el techo de la casa de la diputada alterna del legislador Véliz 20.000 holoturias puestas a secar: eso no le preocupa a ella (*El Comercio*, 21-9-1994).

D/ORSTOM, al menos 5,3 millones de holoturias (88 toneladas) habrían sido capturadas en las Galápagos en dos meses (De Miras y otros, 1995c). Periodistas anglosajones informados por la Estación hacen estimaciones superiores: según *Nature* (9-2-1995) se habrían pescado 7 millones de pepinos de mar (116 toneladas) entre octubre y diciembre de 1994, información retomada por el *Washington Post* (6-4-1995). Se estima también que durante el mismo periodo la pesca de holoturias habría aportado 1'250.000 US\$ a las Galápagos (De Miras y otros, 1995c) sin tener en cuenta por tanto las utilidades de los intermediarios costeros, pero *El Comercio* (4-1-1995) cita cifras aún mayores: 2'000.000 US\$ de ingresos para las solas Galápagos durante los dos meses de apertura oficial. El mismo diario, un poco más tarde (16-3-1995) da otra cifra que permite medir las ganancias obtenidas por los intermediarios de este negocio: una tonelada de pepinos de mar valdría 2'000.000 US\$ en el mercado internacional... A partir del momento en que tales sumas están en juego, todo el mundo o casi puede ser comprado, y los azotes ecológicos causados por esta pesca nada pesan en comparación.

Los principales sitios de pesca de holoturias se concentran en la costa oeste de Isabela, en particular a lo largo del canal Bolívar (véase el mapa 12), es decir en una zona que el plan de manejo de la RRMG atribuye exclusivamente, debido a su fragilidad, al uso científico. Los pepinos de mar desempeñan el papel de recicladores de materias orgánicas y contribuyen así a la productividad marina; además, sus larvas forman parte de las cadenas alimentarias: su pesca intensiva acarrea entonces serias disfunciones en los ecosistemas marinos donde eran abundantes (Richmond y Martínez, 1993). Finalmente, el anclaje de decenas de embarcaciones y la contaminación debida a las fugas de hidrocarburos provenientes de barcos vetustos perturban la vida del fondo del mar.

En las islas, la devastación causada indirectamente por la pesca de holoturias es aún más grave. Fernandina era considerada, hasta inicios de la pesca de pepinos de mar, como la mayor isla intertropical hasta entonces preservada del hombre que no había introducido en ella especies alóctonas ni destruido especies nativas (a excepción de la especie local de tortuga gigante). Además, entre las especies animales inventariadas en Fernandina, son numerosas las endémicas: en particular se encuentran las últimas ratas de las Galápagos (*Nezorysomis* spp.), los pinzones de manglar (*Camarhynchus heliobates*), la mayoría de poblaciones de cormoranes ápteros (*Nannopterum harrisi*), así como grandes poblaciones de iguanas marinas y terrestres, de pingüinos, etc. Esta fauna, que vive aislada al interior mismo de las Galápagos, es por ello más sensible a la mínima perturbación proveniente del exterior: la introducción de especies alóctonas en esos ecosistemas los pone en peligro.



Corsario Negro: esta lancha de las Galápagos fue construida primeramente para la pesca de bacalao y luego utilizada para turismo de tour diario. En 1994, servía para la pesca de tiburones y de pepinos de mar y varias veces fue denunciada al SPNG en informes de guías que la habían visto pescar a proximidad de las islas Wolf y Darwin así como en el canal Bolívar, en la zona de reserva de pesca donde en principio esta actividad está prohibida. Este tipo de barco está en vías de desaparición, pues es reemplazado por «fibras» mucho más rápidas.

Ahora bien, los buzos recogen las holoturias a algunos metros de profundidad y las desembarcan en campamentos instalados en el manglar de Fernandina para esconderse de las eventuales patrullas. Esos campamentos reúnen a varias decenas de personas que viven allí durante semanas en desastrosas condiciones de higiene (informes del «Odyssey» al SPNG, 1993; revista *Sea Shepherd Log*, 1995). Permiten a los pescadores dormir en el suelo y descansar, pero sobre todo ahumar los pepinos de mar antes de entregarlos a los intermediarios: como los mangles proveen el combustible, la especie de pinzón que vive en simbiosis con esas formaciones de manglar está amenazada. Esos campamentos son abastecidos con alimentos, es decir que se introducen en Fernandina frutas y legumbres cuyas semillas son desechadas con los excrementos. Además, esos alimentos son a menudo portadores de parásitos, de avispas y de cucarachas que, al esparcirse libremente en la isla, suplantarán a las especies locales de insectos y podrán poner en peligro ciertas plantas y animales, como ya ha ocurrido en otros lugares del archipiélago. Sin embargo, la amenaza más terrible proviene de las ratas, presentes en todos los barcos de pesca de las Galápagos; es seguro que han desembarcado en Fernandina: sus poblaciones de ratas endémicas, de cormoranes ápteros, de pingüinos y de iguanas están ahora en peligro.

No obstante, esto poco importa a una población pobre para quien la pesca de pepinos de mar es un milagro, en especial en Isabela, donde más se practica y de lejos esta actividad en el archipiélago.

El *boom* de las holoturias: el paso de Isabela del margen a la red

El maná público vertido en Isabela durante unos quince años disminuye a inicios del decenio de 1990 (el presupuesto del municipio pasa de 200 millones de sucres en 1989 a 100 millones en 1990 y en 1991). En ese mismo momento la pesca artesanal, cuyo mero seco/salado exportado al Ecuador continental permite vivir a numerosas familias de la isla, enfrenta la competencia del mercado común del Pacto Andino: el pescado importado de Perú, menos caro, se vende mejor en Guayaquil o en Quito. Finalmente, la langosta, sobre-explotada, se torna escasa: Isabela está económicamente siniestrada.

Intermediarios de Guayaquil vinculados a comerciantes chinos instalados en la Costa aprovechan entonces para lanzar la pesca de pepinos de mar en las Galápagos: como las principales reservas de equinodermos se encuentran al Oeste del archipiélago, desembarcan en Puerto Villamil a inicios de 1992 para establecer allí la base de esta actividad. Proporcionan a los pescadores a crédito los equipos necesarios –pangas, compresores, motores fuera de borda– y cobran en parte en holoturias. A partir de allí, la gente se precipita a Isabela: migrantes llevados por los comerciantes costeños para sostener cadencias de trabajo muy elevadas, con los que se reúnen todos quienes en el archipiélago quieren aprovechar la ganga, afluyen a Puerto Villamil donde llenan todos los hoteles disponibles, turnándose con los pescadores que se han embarcado. En Isabela, todos quieren participar en una actividad que proporciona muchas ganancias⁵⁸: se abandona el campo o la pesca tradicional para improvisar en el buceo, lo que provoca algunos accidentes mortales. Pero eso apenas tiene importancia pues el dinero fluye a chorros: se lo gasta en borracheras memorables, se lo reinvierte en equipo de pesca más sofisticado y en Puerto Villamil se multiplican casas y antenas de televisión. En 1992, Isabela pasa así brutalmente de una situación marginal a ser el punto de partida de una red económica que une a la isla con Guayaquil y a Ecuador

58 Por cada holoturia se paga entonces 100 sucres (6 centavos de dólar) al propietario del barco, quien entrega una quinta parte al buzo (UICN, 1993: 5). El pescador local recibe por tanto 3,6 US\$ por un kilogramo de pepinos de mar –alrededor de 60 holoturias secadas– que es revendido a un precio que varía, según la calidad, entre 40 y 80 US\$ en Hong-Kong, centro de intercambio del mercado (*New York Times*, 2-11-1993). En los primeros ocho meses de 1992, al menos 60 pescadores habrían recogido diariamente en las Galápagos entre 130.000 y 150.000 holoturias (UICN, 1993), lo que representa una ganancia potencial de 140 US\$ por día y por persona, es decir ingresos muy superiores a los que proporcionaría cualquier otra actividad.

con el Extremo Oriente, todo ello por intermedio de negociantes que obtienen fabulosas ganancias.

Como muchos isabeleños ganaron más dinero en ocho meses que durante toda su vida, la suspensión oficial de la pesca de pepinos de mar en agosto de 1992 parece ser una catástrofe. La mayoría de nuevos migrantes se marchan, dejando a los demás errar en Puerto Villamil; los insulares que han abandonado su empleo habitual se niegan rotundamente a retomarlo, algunos isabeleños migran a Santa Cruz y las cuotas vencidas quedan impagas⁵⁹. En realidad, como la Armada y el SPNG no disponen de medios suficientes para controlar la RRMG, la pesca de holoturias continúa clandestinamente durante todo el periodo de veda. Sin embargo, de vez en cuando algunos pescadores son detenidos, lo que enrarece el ambiente en Puerto Villamil, donde se reprocha a las autoridades no detener sino a las pangas locales porque los barcos de la Armada y del SPNG no pueden perseguir a las «fibras» y pesqueros de las empresas continentales o extranjeras⁶⁰.

Frente a esta crisis, la Directora de la ECCD declara que «los isabeleños deberían cultivar piñas en la parte alta en vez de continuar destruyendo el parque nacional»: después de las presiones de la FCD para prohibir la pesca de pepinos de mar, este tipo de declaraciones acaba de transformar a la población de Isabela en enemiga jurada de la Estación. El SPNG se muestra más circunspecto y aunque realiza algunas operaciones represivas, es mejor visto por los insulares: en efecto, el aumento de su presupuesto le permite contratar a algunas personas en Isabela en 1993-1994; es la primera vez desde diez años atrás que se crean empleos públicos en la isla.

Además, el Director del SPNG fue a Puerto Villamil en enero de 1994 para reunirse con los pescadores de Isabela; los términos utilizados en esa ocasión ilustran lo que está en juego tratándose de la pesca de holoturias:

El presidente de la cooperativa (COOP):

Santa Cruz y San Cristóbal tienen aeropuerto y aprovechan del turismo; aquí solo tenemos la pesca como recurso: su cierre nos hunde en la desesperación.

El Director del SPNG (SPNG):

59 En diciembre de 1992, un comerciante local se queja del aumento de la delincuencia causado por los migrantes atraídos por la pesca de holoturias y sobre todo de la falta de dinero de la población local: «Se han bebido lo que ganaron, ahora me veo obligado a liquidar mis existencias organizando una rifa»...

60 El director del SPNG es lúcido: «Los barcos de los traficantes hacen 25-30 nudos, los nuestros 8-10»... (A. Izurieta, comunicación personal, 1-1994).

Comprendemos que los problemas económicos en Isabela obligan a algunos de ustedes a entregarse a la pesca ilegal, pero los últimos acontecimientos [científicos en misión filmaron grandes campamentos de pescadores de pepinos de mar en Fernandina] muestran que los «pepineros» no tienen aún conciencia de la necesidad de proteger el PNG. La investigación científica sobre la pesca de holoturias todavía no está a punto. En espera de los resultados, estudiamos posibilidades de pesca fuera de la RRMG: los pescadores locales podrían abastecer con peces, incluidos tiburones, a buques matriz.

Estudiamos también alternativas a la pesca: el SPNG va a proponer la concesión de 10 cupos de 10 plazas cada uno para realizar «tours de buceo» en Isabela. Sería un turismo receptor que beneficiaría a toda la población: con 5 marinos por barco, ello representaría 50 puestos de trabajo. Existen medios de ganar la vida en el PNG sin extraer los recursos. Además, sabemos que el Congreso va a aprobar los fondos para terminar el aeropuerto de Isabela: pese a todo, es imperativo que se organicen antes puesto que cuando el aeropuerto esté abierto, los migrantes llegarán en masa y ustedes serán excluidos por la competencia.

El representante oficioso de los intermediarios de la pesca de pepinos de mar (intermediario):

No es nuestra voluntad sino la necesidad de sobrevivir lo que nos empuja a la ilegalidad y nos hace instalar campamentos: no tenemos los medios técnicos ni financieros para evitar «piratear». Nuestras familias no pueden esperar el final del estudio de los científicos, los cupos de turismo, la apertura del aeropuerto: queremos soluciones inmediatas. Se debe autorizar la pesca de tiburón. Es urgente, el Banco de Fomento ya no quiere hacernos préstamos.

SPNG: De acuerdo pero esperen que les envíe los expertos para la pesca de tiburón, si no van a cometer los mismos errores que con las holoturias.

COOP: Es cierto que participamos en los campamentos ilegales en Fernandina pero ¿por qué los pesqueros de Taiwan o Manta, mucho mejor equipados y que pescan cantidades muy superiores a nosotros, jamás son detenidos mientras a nosotros se nos encierra aquí y no se nos deja hacer nada? La ley solo se aplica a nosotros, la Marina y el SPNG no hacen nada; no tenemos cámara fotográfica para probarlo pero ¿siempre están aquí los afuereños...!

SPNG: Debemos mejorar la patrulla, es cierto. Les señalo sin embargo que recientemente capturamos un pesquero de Manta lleno de pepinos, su tripulación está en prisión y debe pagar una multa. Ustedes deben ayudarnos comunicándonos los nombres de los barcos de pesca ajenos a las Galápagos, deben denunciar.

COOP: Seremos los guardianes de nuestro patrimonio solo si se nos toma en consideración, si no, no nos importa. En cuanto al turismo en Isabela, debería estar reservado para nosotros y no ser entregado a las empresas del continente y de Santa Cruz, que van a llevarse todo. El poco turismo de hoy en día no beneficia

a la población: si son los otros los que se van a beneficiar, no queremos turismo en Isabela.

SPNG: Organícense, pongan 10 embarcaciones, encuentren sitios adecuados para buceo, registren esos barcos, pero cuidado, deben cumplir con todas las condiciones de seguridad requeridas, que son muy importantes para el turismo en las Galápagos. No hagan como en Santa Cruz o en San Cristóbal, no vendan sus cupos a la menor dificultad: lleva tiempo hacerse un nombre en el turismo. Habrá competencia exterior pero podemos ayudarlos, técnica y tal vez financieramente.

COOP: Tal como lo presenta, todo parece fácil pero para poder trabajar en el turismo, tenemos que obtener crédito, y el Banco de Fomento ya no quiere darnos; no tenemos los barcos adecuados para el turismo actual y no podremos obtener préstamos mientras no tengamos los cupos.

SPNG: No necesitan barcos enseguida, comiencen con pangas; lo importante es que tengan sus 10 cupos antes de que la competencia llegue a Isabela.

Intermediario: El turismo en Isabela no existe todavía y nosotros tenemos urgencia. Queremos abrir la pesca de tiburón lo más rápidamente posible.

SPNG: Organicen también la comercialización de la pesca, eviten a los intermediarios...

Esta reunión parecía un diálogo de sordos: pescadores dispuestos a todo para sobrevivir, un director del SPNG que no puede hacer sino promesas que nadie cree. Así, esos discursos no cambiaron nada y la pesca ilegal prosiguió pese a algunos arrestos y a la permanente campaña de las organizaciones conservacionistas ecuatorianas y extranjeras para proteger el PNG.

En junio de 1994, debido a fuertes presiones ejercidas por los pescadores de Isabela, el gobierno autoriza la reapertura de la pesca de langostas (cuya captura había sido prohibida el año anterior), holoturias y tiburones con una alternancia de tres meses para cada especie y un trimestre de cierre total. Sin embargo, el presidente del concejo municipal de Isabela confiesa que nadie en Puerto Villamil se interesa en las otras dos especies exportables pues

hay que tener suerte para atrapar una langosta y más aún un tiburón, mientras los «pepinos» yacen como piedras en el fondo del mar.⁶¹

La reapertura de la pesca estimula el regreso de los migrantes llevados por los intermediarios costeros y reactiva los negocios en Puerto Villamil, donde se ven «fibras» con enormes y flamantes motores fuera de borda que permiten una nue-

61 J. Coque, comunicación personal, 1994.

va forma de pescar esquivando la ley: cargadas de pepinos de mar, esas potentes lanchas a motor se dirigen a los barcos ecuatorianos o asiáticos que las esperan fuera de la RRMG. El precio de las holoturias ha subido: un espécimen secado cuesta entonces en Isabela de 400 a 700 sucres (16 a 29 centavos de dólar), es decir de 9 a 17 US\$ el kilogramo. De esta manera, «la pesca del pepino es una millonada», como afirma el alcalde de Puerto Villamil, y nuevamente sopla en la isla un viento de locura. Todo el mundo quiere beneficiarse incluso si todos están conscientes de que, a ese ritmo de extracción, la pesca se acabará por un rápido agotamiento de los recursos; es inclusive esa misma certeza la que atiza más aún la codicia: en Isabela, según su alcalde, no hay conciencia del futuro, «No hay después»...

La impotencia de la comunidad internacional para hacer respetar un «Patrimonio de la Humanidad»

Frente a las depredaciones causadas por la pesca de pepinos de mar, la reacción de los conservacionistas es rápida pero difícil de concretar, pues la falta de denuncia de parte de la población insular⁶² les impide enjuiciar a los pescadores furtivos y deben entonces recurrir a los pocos científicos dispuestos a testimoniar⁶³ (véase la nota en la siguiente página).

Por otro lado, la pesca de exportación que tiene lugar en le RRMG coloca al gobierno ecuatoriano frente a una difícil opción. Si cede al «lobby costeño» de la pesca, a sus conexiones políticas en las Galápagos y a los pescadores insulares, corre el riesgo de verse confrontado a una campaña de protestas en los países del Norte contra la dilapidación de un patrimonio mundial, y esta mala imagen internacional provocará la ira de las empresas turísticas ecuatorianas, en su mayoría serranas, que controlan los mercados turísticos andino y amazónico así como

62 Uno de los guías que aceptó dar testimonio justifica el anonimato requerido explicando: «Aquí es una comunidad muy pequeña y las amenazas son eficaces. Buen número de capitanes y marinos de barcos de turismo no quieren informar al SPNG de sus observaciones de pesca ilegal, pues no quieren recibir una puñalada. Unos pescadores de holoturias amenazaron recientemente de muerte a unos guardaparques que los habían descubierto. Hay una buena parte de bandidaje en la pesca de "pepinos". Cuando esta comenzó, llegaron muchas personas de zonas extremadamente pobres del continente, donde la vida no vale mucho...» (revista *Sea Shepherd Log*, 1995: 21).

63 En septiembre de 1993, el SPNG solicita al buque científico estadounidense *Odyssey*, a cambio de una extensión del permiso de investigación, identificar los campamentos de pescadores de holoturias y los pesqueros ilegales durante sus viajes al Oeste del archipiélago. Los informes elaborados por la tripulación del *Odyssey* durante 3 misiones entre octubre y diciembre de 1993 permiten localizar barcos extranjeros o ecuatorianos que pescan en total ilegalidad en las zonas más «protegidas» de la RRMG (véase el mapa 12).

buena parte del de las Galápagos. Pero si intenta prohibir o controlar la pesca de exportación, se le acusará de someterse a la imposición de extranjeros que tienen pretensiones en una parte del territorio nacional. Frente a este dilema, el Presidente Durán Ballén opta por contemporizar y mantener la veda de la pesca de pepinos de mar decretada por su antecesor; mejor aún, en 1993, suspende por siete años la pesca de langosta en las Galápagos.

No obstante, en septiembre de 1993, tienen lugar en Puerto Ayora las primeras manifestaciones de «pepineros» que enarbolan pancartas violentamente hostiles a la FCD: los pescadores piden al Presidente de la República que los saque de su miseria pues, sumamente endeudados con los bancos para comprar equipos de pesca de langosta (De Miras y otros, 1995c), ya no tienen de qué vivir. Estos pescadores artesanales, con rostro de proletarios de los mares, afirman que van a controlar la pesca y que ya no habrá abusos «porque no somos predadores, ¡somos galapagueños y trabajamos no solo para nosotros sino para nuestros hijos!» como me explicaba uno de ellos.

Después de estas pequeñas manifestaciones, los responsables de la FCD deciden dar la alarma en los medios de comunicación estadounidenses. El *New York Times* (2-11-1993) publica así un largo artículo sobre las Galápagos, intitulado



Manifestación de «pepineros» en Puerto Ayora en 1994. En las pancartas se puede leer: («Alfredo Carrasco [Secretario General de la FCD], sinvergüenza y mentiroso, dice sí a la pesca y por detrás da la puñalada: te declaramos persona no grata, fuera, nunca regreses»; «O se abre la pesca o es la guerra»; «La estación Darwin quiere un parque marino para entregarlo a las transnacionales del turismo: nunca lo permitiremos», etc.

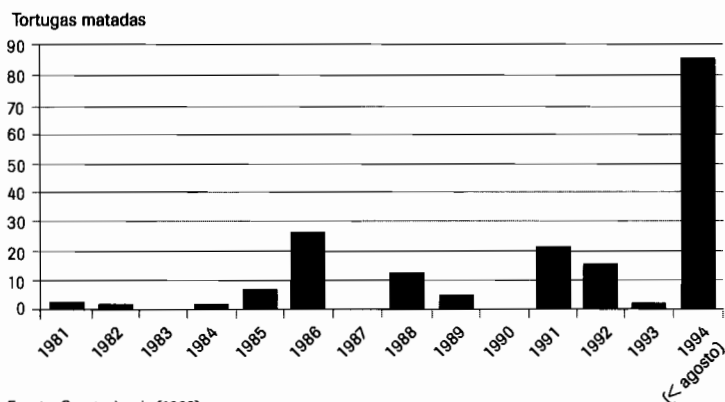
«Los pepinos de mar oponen a científicos y pescadores» e ilustrado con una fotografía de la Directora de la Estación que hace declaraciones alarmistas sobre el estado de la fauna en Fernandina. Esta primera alerta en un gran diario estadounidense no tiene consecuencias pues como la pesca está oficialmente prohibida por el gobierno ecuatoriano, este sigue declarando que la situación está bajo control. Por el contrario, los sectores del gobierno favorables a la pesca de exportación encuentran en ello un argumento para preparar la contraofensiva. En febrero de 1994, la capitanía del Puerto Ayora recibe la orden de la Armada de no dejar partir al navío de investigación estadounidense *Odyssey*, cuyos informes, que denuncian la prosecución de la pesca de holoturias, se acumulan sobre el escritorio del Director del SPNG. El grupo de presión de los pescadores industriales, dirigido por el Subsecretario de Pesca, inició un juicio contra esos investigadores con el pretexto de que hacen espionaje y no ciencia. Después de una intervención a muy alto nivel en Washington, el asunto termina mediante un «arreglo»: el *Odyssey* abandona clandestinamente las Galápagos a fines de marzo...

Sin embargo, los conservacionistas, que han decidido recurrir a los medios de comunicación de los países del Norte y a las organizaciones internacionales para que los ayuden en el combate contra la pesca en la RRMG, van a caer en su propia trampa. En efecto, los pescadores han comprendido la importancia de la imagen de las Galápagos para Ecuador⁶⁴: estimulados por la campaña para las elecciones legislativas de 1994 que paraliza aún más al gobierno, dan un gran golpe. Con ocasión de la lucha contra el incendio en el flanco sur del volcán Sierra Negra (Isabela) en abril-mayo de 1994, se descubren varios cadáveres de tortugas de la especie local, *Geochelone Elephantopus Guntheri*. La caza furtiva de tortugas es una actividad tradicional en Isabela, donde se aprecia su carne, pero había decrecido notablemente: entre 1970 y 1979, las misiones del SPNG y de la Estación efectuadas en la isla no encontraron sino tres tortugas matadas por el hombre, probablemente durante los años 1960 (Cayot y Lewis, 1995). Ahora bien, las estadísticas disponibles muestran que esas prácticas se han reactivado en Isabela durante los años 1980 y que están recrudesciendo considerablemente desde los años 1990 (véase la figura 30).

Se observará que los picos de tortugas matadas en Isabela corresponden a los planes de conservación de la naturaleza de las Galápagos: en 1986 se proclama la

64 En el momento en que el gobierno ecuatoriano prohíbe por primera vez la pesca de pepinos de mar en las Galápagos, *El Comercio* –diario de Quito, partidario de las empresas turísticas serranas– aprueba la medida subrayando que «el archipiélago de las Galápagos es la vitrina, en el mundo entero, de los esfuerzos de conservación del gobierno ecuatoriano. Los conflictos de uso (turismo/pesca) que provoca la pesca de pepinos de mar deterioran esa imagen y reducen a nada los esfuerzos realizados por el gobierno en materia de planificación, de administración y de control de las Galápagos» (21-8-1992).

Figura 30
Tortugas matadas e inventariadas en Isabela, de 1981 a agosto de 1994



Fuente: Cayot y Lewis (1993)
NB: Se trata de una estimación mínima.

RRMG, en 1988 el Plan del CONADE, en 1991 el Plan Global y en 1992 el Plan de la RRMG... Las 84 tortugas matadas por el hombre y encontradas durante los 8 primeros meses de 1994 en el Sur de Isabela representan el 47% de las tortugas inventariadas como víctimas de la caza furtiva en esa isla desde 1981, y como sus cadáveres no han sido despedazados como se practica habitualmente para comerlas, no se trata de un acto de caza sino de destrucción.

Esta matanza excepcional puede interpretarse como un acto de «terrorismo ecológico» (*El Comercio*, 25-5-1994) de parte de los pescadores de pepinos de mar, originarios o no de la isla. Aprovechando la presencia de periodistas ecuatorianos y extranjeros que vinieron a cubrir la lucha contra el incendio, esos pescadores enviaron una señal a las instituciones conservacionistas y a las empresas turísticas: se escogió el blanco de modo que se golpeaba al símbolo de las Galápagos y, más aún, a la institución que encarna su conservación y se opone a la pesca de exportación. Las matanzas de tortugas subrayan nuevamente la falta de vigilancia del PNG y hoy en día los adversarios de la conservación de las Galápagos atacan sistemáticamente ese punto débil⁶⁵.

En efecto, este «ecoterrorismo» da frutos: en junio de 1994, el gobierno cede a la presión de los pescadores y decide reabrir, «a título experimental», la pesca de langosta, tiburón y pepinos de mar en las Galápagos. Comete sin embargo una torpeza: en julio de 1994, Quito pide a la UNESCO la clasificación de la

⁶⁵ Así, a fines de 1995 los pescadores de holoturias habrían llevado chivos a la isla Wolf, los habrían introducido en la isla Pinta y amenazaban con desembarcar en Fernandina... (L. Cayot, comunicación personal, 3-1996).

RRMG como «patrimonio mundial de la humanidad». Lo que puede revelarse como cinismo se inscribe no obstante en la línea de la política aplicada por Ecuador desde la instauración del PNG: declarar al exterior que se protegen las Galápagos al tiempo que se da rienda suelta a la explotación salvaje de los recursos que en ellas se encuentran. No obstante, esta vez el doble discurso suscita una reacción más vigorosa de las organizaciones conservacionistas internacionales.

En septiembre de 1994 tiene lugar un seminario internacional en la Estación para debatir sobre la pesca de exportación y el pedido ecuatoriano de inscripción de la RRMG como «Patrimonio Mundial». Durante esa reunión, el representante del PNUD en Ecuador declara que no solamente el pedido ecuatoriano ha sido rechazado por la UNESCO sino que esa organización considera la posibilidad de retirar al PNG del «Patrimonio Mundial» para inscribirlo en la lista de los «parques nacionales en peligro»,

pues es evidente que a este ritmo, pronto no habrá qué proteger⁶⁶.

Y este funcionario internacional agrega:

Puesto que Ecuador no puede, solo, asumir su soberanía en esas islas, solicito una ayuda internacional para protegerlas.⁶⁷

Estas declaraciones tienen el efecto de una bomba: las empresas turísticas anuncian una catástrofe, los responsables del INEFAN y del SPNG declaran que la protección del parque nacional está mejorando y el gobierno ecuatoriano se esfuerza en contrarrestar esta decisión enviando inmediatamente emisarios a la UNESCO y a la UICN.

En cuanto a los políticos costeños e insulares aliados a los intereses de la industria de la pesca, han encontrado el *casus belli* contra los conservacionistas: su portavoz, el Subsecretario de Pesca, manifiesta que las declaraciones del representante del PNUD son «argumentos de extranjero» y [que él] rechaza

toda injerencia grosera en la herencia territorial de nuestro país [...] Afirmo mi desacuerdo más total en cuanto a la posibilidad evocada de una soberanía compartida sobre las Galápagos.^{68, 69}

66 *El Comercio*, 21-9-1994.

67 *El Comercio*, 5-10-1994.

68 *idem*.

69 Esa línea es defendida vigorosamente por *El Universo*, el gran diario de Guayaquil, feudo del *lobby* de los pescadores industriales ecuatorianos. Ese diario publica entonces artículos con títulos evocadores («Conservar la soberanía», 4-10-1994, o «Nuestra soberanía sobre las Galápagos», 14-10-1994), violentamente hostiles a toda intervención extranjera en el archipiélago.

En Ecuador esta polémica ocupa a los medios de comunicación nacionales⁷⁰ y opone a los sectores económicos costeños, vinculados al *lobby* de la pesca, con los de Quito, manejados por los empresarios de turismo aliados a la FCD: estos dos poderosos grupos de empresarios tienen ambos importantes apoyos políticos. Lo que está en juego es el modo dominante de explotación de la naturaleza en las Galápagos: turismo o pesca, consumo visual o culinario de los animales, ambos provechosos pero a la larga incompatibles. La pesca de holoturias es la variante predatora de la relación capitalista con la naturaleza instituida en las Galápagos, siendo la otra su representación escénica por parte del turismo. La transformación de la naturaleza en valor de intercambio, el beneficio que se saca de su destrucción o de su «desnaturalización» y el hecho de que el costo ecológico jamás sea tomado en cuenta en esas actividades constituyen el vínculo entre las dos variantes. El turismo es el aspecto sofisticado (e incluso «*soft*») de esa relación capitalista con la naturaleza, de la cual las empresas afuereñas y en especial serranas son las principales beneficiarias; la pesca de pepinos de mar representa la faceta rústica, reservada a los pobres, galapagueños o migrantes: pero incluso aquí, los beneficios van esencialmente a los intermediarios ajenos a las islas, sobre todo costeños. De todas maneras, la gesticulación política que consiste en prohibir la pesca de exportación en la RRMG y luego en autorizarla antes de prohibirla de nuevo importa poco pues ella prosigue con o sin autorización y no llegará a su fin sino con el agotamiento de los recursos.

En 1978 las Galápagos fueron sin embargo uno de los cuatro primeros sitios catalogados como «Patrimonio Mundial» por la UNESCO; luego el archipiélago fue incluido en la red mundial del programa «*Man and Biosphere*» (MAB) en 1983. Ahora bien, pese a la destrucción en curso de numerosos ecosistemas del archipiélago, esas distinciones, que le confieren un prestigio muy apreciado por el gobierno ecuatoriano y las empresas turísticas, finalmente no le han sido retiradas.

La razón de esta indulgencia debe buscarse en la naturaleza misma de la «Convención sobre el patrimonio mundial y cultural», aprobada en 1972 por la UNESCO. Dicha convención considera como patrimonio natural

70 El Subsecretario de Pesca, G. González, sigue una receta conocida: utilizar a la «ciencia» para exponer sus argumentos, y lo hace de manera tanto más hábil cuanto que contrabalancea el discurso naturalista tradicional con el de las ciencias sociales: utiliza mi informe de mayo de 1994 a la ECCD (Grenier, 1994b) a fin de presentar de él, en la televisión y en la prensa nacionales (*Hoy*, 17-10-1994), pasajes críticos respecto de las concepciones naturalistas de la FCD y del turismo practicado por las empresas continentales, lo que suscita protestas oficiales ante el ORSTOM y en la prensa (*Hoy*, 22-10-1994).

las zonas naturales, estrictamente delimitadas, que tienen un valor universal excepcional desde el punto de vista de la ciencia, de la conservación o de la belleza natural.⁷¹

Se encuentran allí los cimientos naturalistas del PNG, debiéndose tomar la evocación de la «belleza natural» como el equivalente de hecho del recurso turístico. El Estado ecuatoriano se apresura en aceptar la inscripción de las Galápagos en la lista del «Patrimonio Mundial»: ello contribuye a su renombre turístico sin exigir esfuerzos desmesurados. En efecto, Ecuador respeta esa convención a la letra (en el papel) pues se pide a los Estados que poseen un «Patrimonio Mundial» en su territorio

incluir la protección de ese patrimonio en sus programas de planificación general [...], instituir en su territorio un servicio de protección del patrimonio [...], impulsar la investigación científica en el campo de la conservación.⁷²

Ahora bien, aunque los múltiples planes de ordenamiento del PNG no son respetados, el SPNG es ampliamente inoperante y la Estación Darwin se ocupa más de investigación naturalista que de conservación, sus objetivos oficiales responden perfectamente a las exigencias de la UNESCO, sobre todo,

al respetar plenamente la soberanía de los Estados en cuyo territorio está situado el patrimonio natural y sin perjuicio de los derechos reales previstos por la legislación nacional sobre dicho patrimonio, al reconocer los Estados parte que constituye un patrimonio universal para cuya protección la comunidad internacional tiene el deber de cooperar.⁷³

Así, la convención vacía al «Patrimonio Mundial» de su sentido reconociendo la preponderancia del derecho nacional —cuya ineficacia es patente en las Galápagos— y sacralizando el territorio del Estado en el que está situado. Por eso las Galápagos pueden a la vez ser una provincia ecuatoriana cuyo desarrollo se estimula y un «Patrimonio Mundial» que se dice proteger. Se observará además que la comunidad internacional tiene el deber, y no el derecho, de cooperar con la protección de dicho patrimonio: es el Estado en cuyo territorio se encuentra el que puede pedir o no la cooperación internacional, pero la comunidad de naciones no tiene la iniciativa. Finalmente,

hay que entender por protección internacional del patrimonio mundial la implantación de un sistema internacional de cooperación y de asistencia que apunte a secundar a los Estados parte.⁷⁴

71 UNESCO, 1972, artículo 1.

72 Op. cit., artículo 5.

73 *idem*, artículo 6.

74 *idem*, artículo 7.

Así, las ONG y las organizaciones internacionales especializadas en la conservación de la naturaleza no tienen sino un papel secundario en la protección del Patrimonio Mundial. La primacía del Estado y su monopolio del poder político, reconocidos explícitamente, relegan a esas organizaciones a tareas tecnocráticas o científicas que no pueden en ningún caso sustituir a la soberanía nacional sobre un territorio que alberga un «Patrimonio Mundial». Esta convención de la UNESCO caracteriza a una tecnocracia conservacionista internacional que, según la expresión de Myrdal (citado por Steppacher, 1995), utiliza una «diplomacia a través de la terminología», actitud muy conveniente para el Estado ecuatoriano⁷⁵.

El informe de la sesión de diciembre de 1994 del Comité del Patrimonio Mundial de la UNESCO ilustra esta situación de hecho. A propósito del pedido del gobierno ecuatoriano y del reporte de la UICN (Thorsell, 1994) sobre la situación de la Reserva Marina, se lee lo siguiente:

La Oficina [de Patrimonio Mundial] ha tomado nota de los graves problemas de manejo de la zona, incluida la pesca ilícita de holoturias y otros atentados del hombre contra los recursos marinos. La discusión abordó igualmente la posibilidad que tenía el Comité de proponer colocar al sitio directamente en la Lista del patrimonio mundial en peligro.⁷⁶

Este fragmento resume la posición de las organizaciones conservacionistas internacionales: no pueden sino «tomar nota» del deterioro y solamente discutir sobre la «posibilidad de proponer» una medida de represalia totalmente simbólica. El «Patrimonio Mundial» de las Galápagos está entonces reducido a un eslogan para folletos turísticos y las instituciones internacionales se encuentran así atrapadas en sus propias contradicciones: habiendo financiado durante años numerosos y costosos programas de conservación al tiempo que se veían impedidas de intervenir debido a la absoluta obligación de respetar la soberanía nacional, frente a la cual la noción de «Patrimonio Mundial» nada pesa, actualmente son consideradas solamente como proveedoras de recursos financieros de los cuales se benefician numerosas instituciones nacionales.

Ahora bien, el fracaso patente de cuarenta años de conservación de las Galápagos, pese a la instauración de un parque nacional «Patrimonio Mundial» y la ins-

75 En junio de 1996, por invitación del gobierno ecuatoriano, representantes de la UNESCO realizan una visita a las Galápagos. Según el diario *El Comercio* (16-6-1996), «aseguraron que sus recomendaciones no eran un ataque a los ecuatorianos en general ni a los gobiernos anteriores o posteriores, sino más bien un llamado a la comunidad mundial y a los ecuatorianos a fin de que salven a las Galápagos».

76 UNESCO, 1994.

talación de una base de investigación internacional en el archipiélago, se deriva en gran parte de la naturaleza misma de su concepción. Esa política, al privilegiar las redes frente a los territorios, quita todo el sentido a la conservación de un espacio protegido: se interesa mucho más en las especies –animales, vegetales y monetarias– que en los espacios y sus habitantes.

Las redes conservacionistas contra los territorios

Los naturalistas occidentales pretenden pues conservar la naturaleza de las Galápagos en un parque nacional que, desde su creación, nunca ha sido realmente vigilado. Sin embargo, contrariados por los actores territoriales que constituyen el Estado ecuatoriano y la población insular, sus esfuerzos para proteger el PNG —es decir para instaurar una conservación *in situ*— han evolucionado, transformándose en un intento de salvaguardar ciertas especies *ex situ*. Así, la FCD ha abandonado el incontrolable territorio del parque nacional, en beneficio de las redes: aquellas que permiten extraer de él las especies más interesantes desde el punto de vista científico, mediático y financiero.

Una concepción reticular de la conservación: proteger especies *ex situ* en lugar de la naturaleza *in situ*

La política de conservación de la naturaleza aplicada por la FCD es un intento de corrección científica de varios siglos de hábitos predadores en el archipiélago. Esta empresa, digna de Prometeo, revela una conservación concebida por y para los naturalistas: las razones de su semi fracaso se inscriben en la ilusión de la «página blanca», quimera que consiste en creer que se puede reconstruir la naturaleza de un espacio (mal) protegido sin tomar en cuenta los otros usos que se hacen de él, en particular por parte de quienes allí viven.

Los trabajos de conservación emprendidos por la estación se organizan desde su inicio según dos ejes: la protección —a nivel local, a través de microrreservas cerradas— de especies endémicas y la erradicación, en la medida de sus pocas posibilidades, de especies introducidas. La ilustración de estos dos objetivos se limitará aquí a los casos de la tortuga y del chivo, animales en directa competencia

en su alimentación, sobre todo en las pequeñas islas áridas como Española¹. El tratamiento que se da a estas dos especies sirve además para que el público conozca los dos aspectos de la política de conservación practicada por la ECCD y el SNPG: actualmente, el corral de las tortugas de la estación es el sitio más visitado de las Galápagos –se trata de conservación *ex situ*– y en el aeropuerto de Baltra se recibe a los turistas con un cartel que presenta el programa de erradicación de los chivos en la Isla Santiago, es decir los esfuerzos de conservación *in situ* del servicio del parque.

Las tortugas o la reconstrucción de la naturaleza *ex situ*

Como ya se ha señalado, Eibl-Eibesfeldt consideraba la protección de las tortugas terrestres como una de las razones que justificarían la instalación de una estación biológica internacional en las Galápagos. Es Brosset (director de la ECCD en 1962-1963) el primero en dedicarse a esa tarea, ya que, a pesar de la instauración del PNG, el peligro de desaparición subsiste:

Los destructores de tortugas son básicamente pescadores instalados en San Cristóbal. Toman jóvenes tortugas para venderlas a los marineros y turistas.²

Además, las tortugas son un alimento predilecto para los colonos ecuatorianos, quienes perpetúan así una tradición plurisecular en el archipiélago. Pero considerando que los medios de la estación son reducidos, Brosset confía sobre todo en las dificultades de acceso casi insuperables de ciertos lugares, para proteger a las poblaciones de tortugas:

La vigilancia de las zonas donde operan estos pescadores es extremadamente difícil. A decir verdad, la extrema dificultad del biotopo es la mejor salvaguarda de las tortugas de Isabela.³

Sin embargo, los campos de lava de Isabela no detienen a los animales antiguamente domésticos y que ahora han vuelto a ser salvajes como los chivos, los puercos, los gatos o los perros, que compiten con las tortugas por el alimento o que atacan a sus crías recién nacidas. Así, es para protegerlas tanto de los cerdos sal-

1 En 1963, los naturalistas, después de varios días de una agotadora búsqueda en la isla Española de huellas de una especie de tortuga que pensaban desaparecida, descubren una que «en competencia con 15 chivos se estaba alimentando de una opuncia que se había derribado» (*Noticias de Galápagos* N° 2, 1963, p. 21). Este episodio, a menudo mencionado en la historia de la estación, desempeña un papel importante, al interior de la FCD, en la toma de conciencia del vínculo que debe establecerse entre la protección de las tortugas y la erradicación de los chivos.

2 Brosset, 1963: 6.

3 *idem.*: 6.

vajes como de los hombres, que Brosset establece una reserva rodeada de barreras en la parte alta de Santa Cruz, allí donde puede actuar⁴, y comienza la marcación de las tortugas, tarea que se extenderá progresivamente a todas las poblaciones de *geochelone elephantopus* del archipiélago.

Pero en los inicios de la ECCD, solo dos de las diez especies de tortugas todavía presentes en las Galápagos están libres de las amenazas de los animales introducidos. En 1965, Perry recoge huevos de tortuga en Pinzón, donde las ratas introducidas hacen destrozos, y logra que den crías en la estación. Se inicia entonces el programa de crianza de tortugas que será financiado, a partir de 1969, por la San Diego Zoological Society, lo que permite construir, en 1970, un centro de crianza de tortugas en la ECCD. A inicios de los años 1970, J. Dorst señala que 16 jóvenes tortugas de Pinzón, devueltas a su isla después de haber nacido en la estación han sido encontradas en «excelente estado de salud»:

Estos individuos se han adaptado perfectamente a la vida salvaje; así, la renovación de las poblaciones podrá perfectamente ser garantizada de manera regular mediante la crianza en cautiverio, en tanto los predadores introducidos no hayan sido eliminados.⁵

La marcación de las tortugas en su hábitat natural, la captura de ciertos especímenes para hacerlos reproducirse en cautiverio en la estación, la repatriación de jóvenes tortugas con caparazones numerados a sus islas de origen, donde su «perfecta adaptación a la vida salvaje» es objeto de satisfacción, todo ello forma parte de las «obras públicas» naturalistas llevadas a cabo por la FCD en las Galápagos. La naturaleza del archipiélago, presentada como uno de los últimos lugares «salvajes» del planeta, es entonces en realidad «reensalvajada», y por lo mismo profundamente humanizada. Es el hombre quien ayuda a la naturaleza a perpetuarse, a reproducirse en este caso, y ello ocurre «mientras los predadores no hayan sido eliminados». Pero esta última tarea está fuera del alcance de la FCD, ya que

el hombre es considerado como el principal predador de la tortuga, tanto en Santa Cruz como en las otras islas.⁶

Al no poder disponer de un espacio vacío de habitantes ni modificar o controlar los comportamientos humanos en el PNG, los naturalistas optan por una re-

4 Como lo señala Corley Smith (1990), «la concentración de esfuerzos en una especie encerrada en un área limitada ilustra el límite de las esperanzas de protección en esos primeros años» (*op. cit.*: 12).

5 Dorst, 1971.

6 Corley Smith, 1990: 11.

construcción de la naturaleza *ex situ* en el propio corazón de un espacio a protegerse *in situ*. Pero lo que podría parecer una derrota, es transformado en victoria de la conservación por la fundación Darwin. En efecto, el esfuerzo dedicado a las tortugas desde los inicios de la estación es comprensible: «Galápagos» significa «tortuga» y por tanto *Geochelone elephantopus* es el símbolo de estas islas. Este animal es el emblema de la FCD y cuando los turistas recorren la estación, visitan en realidad el corral de las tortugas. Así, no es sorprendente que el programa de crianza en cautiverio se haya convertido rápidamente en la vitrina, por no decir en la razón de ser, del *savoir faire* conservacionista de la ECCD. Este programa, estratégico al interior de la institución, recibe la mayoría de financiamientos y garantiza a C. MacFarland⁷, responsable del programa entre 1969 y 1973, una carrera meteórica en el seno de la FCD.

En 1976, 566 tortugas provenientes de cuatro islas eran criadas en la estación y 225 jóvenes tortugas fueron repatriadas a su hábitat de origen; ese mismo año se estima que existen al menos 300 tortugas de Galápagos en los zoológicos, sobre todo estadounidenses (Corley Smith, 1976). En 1977, el zoológico de San Diego ofrece una tortuga macho de Española a la estación, lo que eleva a tres el número de reproductores de esta especie y aumenta así la variabilidad de la reserva genética, y por tanto sus posibilidades de supervivencia. En 1988, las 200 tortugas presentes en Española son todas nacidas en cautiverio y llevan un número de identificación en su caparazón...

La utilización, en el caso de estas tortugas, de la conservación *ex situ* (crianza y reproducción en cautiverio, apoyo de jardines zoológicos extranjeros para contribuir a la variabilidad de la reserva genética) con el fin de lograr una conservación *in situ* (repatriación de los especímenes a los sitios originales) es, técnicamente, el más bello logro conservacionista de la FCD. Sin embargo, si se acepta pagar un precio muy alto por esta conservación, es ante todo porque sirve a fines científicos, mediáticos y comerciales. En efecto, para la fundación Darwin era necesario establecer, desde sus inicios, una imagen de su trabajo en las Galápagos que pudiera difundirse fácilmente: para ello, la tortuga gigante es el animal soñado. Eso se llama *marketing* conservacionista.

No obstante, este tipo de conservación presenta serios inconvenientes. Primero, salvaguardar las tortugas es como tapar el sol con un dedo, ya que a este innegable éxito se opone la inexorable y silenciosa extinción de numerosas especies me-

7 C. MacFarland publica en 1972, en *National Geographic*, un artículo intitulado «Goliaths of the Galápagos», en el que describe su tarea de conservación de las tortugas y sus expediciones en familia por las islas. La mediatización, en una revista tan popular como *National Geographic*, del responsable del programa de conservación *ex situ* de las tortugas no podía sino ayudarlo a convertirse en director de la ECCD dos años más tarde.

nos prestigiosas: por ejemplo, los caracoles terrestres endémicos de Santa Cruz desaparecen a medida que el bosque de *scalesias* en el que viven disminuye a causa del ganado y de las plantas introducidas (G. Coppo, miembro del Consejo Ejecutivo de la FCD, comunicación personal, octubre de 1993). Claro está que los caracoles no se exponen en los zoológicos...

Pero sobre todo, y paradójicamente, es este tipo de conservación técnica y mediatizada la que puede revelarse hoy en día como una amenaza para las tortugas. Esto se debe a que, como ya lo hemos señalado, la hostilidad de gran parte de la población insular frente a la FCD tiende a centrarse en los animales que simbolizan una conservación de la naturaleza que es rechazada. Las tortugas se encuentran entonces en el centro de la lucha entre los conservacionistas y sus opositores: los primeros las utilizan para alertar a la opinión pública internacional, enarbolando la amenaza de desaparición del animal emblemático de las Galápagos, y los segundos saben que atacando al tótem de la FCD⁸, a la que acusan de interesarse más en los animales que en los hombres⁹, siempre contarán con una importante cobertura mediática.

En 1995, el balance de las diferentes poblaciones de tortugas establecido por la directora de la estación (Oficio EECD-0816) revela una situación bastante mediocre. En San Cristóbal y en Santa Cruz, las condiciones son consideradas satisfactorias; en Española, 664 tortugas han sido repatriadas desde el inicio del programa de conservación *ex situ*. Pero en Santiago, donde se colocaron 382 tortugas que nacieron en la estación, los cerdos salvajes constituyen una terrible amenaza —destruyeron la mayor parte de los huevos colocados nuevamente en la isla en 1994—, además de los chivos salvajes, que son incontrolables. En Pinzón, adonde 407 tortugas han sido devueltas desde el inicio del programa, las ratas siguen comiéndose a los jóvenes reptiles. La situación más grave es la de Isabela: además del peligro permanente que representan los cerdos y sobre todo los

8 Así, en enero de 1995 los «pepineros» que ocupan nuevamente los locales de la estación amenazan con matar a «Lonesome George», único sobreviviente de *Geochelone elephantopus abingdoni*. Según la FCD, esta tortuga es el símbolo de la conservación: los turistas siguen un sendero marcado con flechas dentro del perímetro de la estación para visitar el lugar cercado donde se esconde el fósil viviente, convertido por sí solo en sitio de visita.

9 En junio de 1994, la BBC-Television filmó el rescate en helicóptero de una tortuga herida por el hombre en Isabela, y su posterior traslado en avión hasta Miami, donde fue atendida en una clínica especializada. La FCD no hizo alarde de esta operación en las Galápagos: algunos meses antes, una pequeña niña de Isabela, enferma, que estaba siendo transportada por barco hacia Santa Cruz, murió en el mar a causa de la lentitud de los transportes. Sin embargo, es el tipo de operativo de conservación que tiene un éxito seguro en Estados Unidos, donde la FCD cuenta mucho con este tipo de publicidad para obtener fondos.

chivos, algunos especímenes de varias poblaciones de tortugas del Sur de la isla, hoy en día muy reducidas, fueron llevadas a la estación después de la matanza de 1994,

para protegerlas de la depredación de los seres humanos y criarlas en cautiverio.¹⁰

El programa de conservación *ex situ* de las tortugas gigantes no ha logrado entonces protegerlas realmente: los animales introducidos, así como ciertos habitantes de las Galápagos representan una amenaza para la perennidad de esas especies endémicas, aún más grave que en el momento de la creación del PNG. El hecho de que, después de cuarenta años de presencia de la estación en las Galápagos, la conservación *ex situ* sea aún indispensable para salvaguardar las poblaciones amenazadas de desaparición por los hombres y las especies introducidas, constituye un rotundo fracaso para la FCD. Como no se puede llevar a todas las tortugas de las Galápagos a los centros de reproducción de la estación, la crianza en cautiverio no reemplaza a la conservación *in situ*¹¹.

Los chivos o el fracaso de la conservación *in situ*

El otro aspecto de esta política de conservación es la eliminación de los chivos. A partir de los años 1970, el personal de la estación aumenta, esta cuenta con más fondos y sobre todo el SPNG por fin existe, aunque aún reducido a unas pocas personas: es posible entonces emprender la erradicación de las especies introducidas en todo el PNG. El objetivo es demasiado ambicioso, y los naturalistas se ven rápidamente obligados a concentrarse en una sola especie, el chivo. Esto se debe a que la erradicación de los chivos es, por una parte, la contrapartida indispensable a la tarea de conservación de las tortugas y, por otra, una manera de hacer saber a la población local que desde ese momento vive en un espacio protegido, y que por tanto debe dejar de utilizar la naturaleza a su antojo.

Los chivos constituyen, en efecto, más aun que las tortugas, un recurso alimenticio para los insulares, razón por la cual han sido llevados al archipiélago. Son sobre todo los pescadores quienes los propagan en las islas que frecuentan: al inicio de los años 1960, están presentes en la mayoría de las islas Galápagos, incluyendo en aquellas de tan difícil acceso como Pinta. Es por ello que, al inicio, los responsables de la estación no quieren enfrentar a la población a propósito de este tema:

10 Op. cit.

11 Es la opinión de L. Cayot, encargada del área de herpetología de la estación: «La crianza en cautiverio no sirve de nada si las jóvenes tortugas no pueden ser repatriadas a sitios donde la cacería continúa» (Cayot y Lewis, 1995: 7).

Brosset admitió que la destrucción de los chivos en Santa Cruz debió ser limitada, a fin de no privar a la población local de una fuente de alimentación importante.¹²

Todavía en 1970 Perry sigue siendo prudente:

Aun si el programa de erradicación de los chivos salvajes fuera posible considerando los recursos disponibles, no sería particularmente conveniente ni políticamente acertado ponerlo en práctica en los tiempos actuales, ya que esos chivos son utilizados por los colonos como fuente de carne fresca. Obtendríamos mayores ventajas de un programa de control más moderado y limitado a las áreas afectadas de manera crítica por esta plaga.¹³

La estación comienza entonces su trabajo de erradicación por las pequeñas islas no pobladas (véase el mapa 12): los chivos son eliminados de Santa Fe y de Rábida al inicio de los años 1970, a pesar de la oposición de los habitantes de la isla vecina de Santa Cruz en el primer caso. Sin embargo, la amplia distribución de los animales y la extraordinaria velocidad con que se reproducen hacen que la tarea de los conservacionistas se torne muy difícil, y hasta imposible: en 1958, unos pescadores introdujeron dos hembras y un macho en Pinta; en 1973, cuando empieza allí la campaña de erradicación, se estima que en la isla viven ¡20.000 chivos...!

Los chivos son eliminados con carabinas. Esta tarea, nada científica, requiere mano de obra numerosa que permanezca en el lugar entre una y dos semanas, y se convierte rápidamente en asunto de exclusiva competencia del SPNG que, en 1976, recibe de la Sociedad Zoológica de Francfort, tres pequeñas embarcaciones que le permiten ampliar su campo de acción. Los guardaparques realizan un trabajo agotador: persiguen en los campos de lava o a lo largo de pendientes abruptas, bajo un sol canicular o bajo la garúa, a animales que han vuelto a ser salvajes, que huyen en cuanto perciben una presencia humana y son por tanto, paradójicamente, mucho más ariscos que la fauna local.

La obra mayor en materia de eliminación de chivos se ha realizado en Santiago, que fue en otros tiempos una de las islas más boscosas de las Galápagos. Se estima que la población caprina de la isla es actualmente del orden de 100.000 animales, dispersos en 586 km². El trabajo de erradicación comenzó en 1975, pero los resultados son claramente decepcionantes: no superan algunos centenares de chivos por campaña... Como además la vegetación endémica de la parte alta de Santiago es devastada por los caprinos y está amenazada simple y llanamente con

12 Corley Smith, 1990: 11.

13 *Noticias de Galápagos*, N° 15-16, 1970, p. 6.

desaparecer, la estación decide, el mismo año, proteger los residuos de esa vegetación creando parcelas de algunos centenares de metros cuadrados, cercadas con alambre de púas.

La estación y el SPNG esperan a tener mayores recursos y tecnologías más probadas para «tomar al chivo de Santiago por los cuernos», y concentran nuevamente sus esfuerzos en las islas pequeñas. En 1978 se eliminan los chivos de Española y, al año siguiente, de Marchena. Pero el problema de Santiago subsiste. Se emprenden nuevas campañas, sin mayor éxito, ya que los fondos asignados son aún crónicamente insuficientes. En efecto, la eliminación de las especies introducidas no es un tema muy popular entre los donantes de la conservación en Estados Unidos¹⁴, y la estación se encuentra siempre corta de financiamiento para llevar a cabo estas campañas, pese a que son las más necesarias para salvaguardar los ecosistemas insulares.

La degradación de la flora prosigue entonces implacable y, en 1993, la estación se ve obligada a poner bajo protección los últimos rincones de vegetación endémica en Santiago. El vicepresidente europeo de la FCD, un botánico danés, puede entonces anunciar que

las medidas de conservación *ex situ* parecen ahora justificadas para plantas amenazadas como las *scalesias* de Santiago.¹⁵

Es la imposibilidad de practicar una conservación de tipo territorial, en la que la naturaleza es protegida como un todo, *in situ* —es decir en su dimensión espacial— lo que conduce a la conservación *ex situ*, en que las especies más interesantes y/o amenazadas son retiradas de su entorno y transferidas, unas al corral de la estación, otras al Jardín Botánico de Copenhagen, donde sirven para la diversión del público o el avance de la ciencia.

Santiago, a pesar de albergar a la población de chivos más importante del archipiélago, ya no es la prioridad de los conservacionistas, pues el número de capri-

14 Fue necesario utilizar un helicóptero para desplazar a los chivos de las Channel Islands (California), en consideración a los poderosos organismos locales de protección de los animales (H. Snell, comunicación personal, 7-1993)... Y como señala desencantado un miembro estadounidense de la ECCD: «De todas maneras, las islas pobladas serán destruidas, la esperanza radica solamente en aquellas que no lo están. Los donantes no comprenden la magnitud del problema: la campaña de erradicación no es popular porque a mucha gente de los países del Norte le disgusta saber que se deben matar asnos, perros, etc.; de manera que no se emplea ese término, sino que se dice que hay que “desplazarlos”; en cuanto a las plantas introducidas, estas no interesan al público, que prefiere oír hablar de tortugas» (D. Sutherland, comunicación personal, 2-1994).

15 Hamman, 1993: 10.

nos ha crecido explosivamente en el volcán Alcedo donde, después de haber sido los únicos animales introducidos capaces de atravesar el istmo de Perry, eran 3.000 en 1992 y más de 50.000 a mediados de 1996 (*El Comercio*, 25-6-1996). Desde Alcedo, los chivos llegaron al volcán Darwin y se puede suponer que desde allí son capaces de dirigirse al siguiente, Wolf. Como lo señala la directora de la estación (op. cit.):

Estos lugares son casi inaccesibles y se considera que sus poblaciones de tortugas son muy vulnerables.

Lo que era una garantía de protección frente a los hombres al inicio de los años 1960, se convirtió, treinta años más tarde, en una seria limitación para luchar contra los chivos.

En Alcedo, los chivos destruyen el hábitat de la mayor población de tortugas de las Galápagos a un ritmo acelerado: «Parecería que el sitio ha sido bombardeado, la vegetación ha sido devastada en enormes superficies», narra un guía en marzo de 1996. El SPNG resolvió, a principios de ese año, cerrar al público el sitio de visita de Alcedo, ya que los daños causados por los chivos eran desastrosos para la conservación y por tanto para la imagen de las instituciones que se encargan de ella. Los chivos, al arrancar todo cuanto crece en los lugares de reunión de los reptiles, dentro de la caldera y en su periferia, agravan la erosión, reducen las precipitaciones de garúa captadas por la vegetación y privan de alimento, de agua y de sombra a las tortugas quienes, agrupándose bajo los escasos árboles que subsisten, los dañan y acaban por matarlos.

Ya en 1990 la estación advierte en vano a los organismos internacionales de financiamiento acerca de la situación en Alcedo. En julio de 1995, la directora de la estación anuncia que Alcedo

se encuentra en emergencia: es indispensable reducir la población de chivos, al menos en las áreas más frágiles, antes de la estación lluviosa de diciembre de 1995.¹⁶

Pero es apenas en mayo de 1996 cuando se emprende una campaña de erradicación en Alcedo. La persona encargada del departamento de herpetología de la ECCD estima que el resultado es bueno, pero ampliamente insuficiente: aproximadamente 10.000 chivos habrían sido eliminados, cifra que a la población caprina le tomará menos de un año compensar (*El Comercio*, 25-6-1996).

Ni las empresas de turismo, ni la población insular, sienten que este problema les atañe. Localmente, el único gesto de ayuda a la lucha contra los chivos respon-

de a la caridad: una parte de la «alta sociedad» de Puerto Ayora —algunos pioneros estadounidenses/europeos que trabajan en el turismo y comerciantes adinerados— organizó una exposición de pintura en beneficio de la «campana de Alcedo». El SPNG no tiene suficiente personal para la erradicación de los chivos, pero la estación se niega a contratar insulares para realizar este trabajo, por temor a admitir la cacería de animales en el parque nacional... Es por esto que los cazadores voluntarios para la última campana de erradicación de chivos en Alcedo provenían de un club de tiro de Quito, pero regresaron rápidamente a la capital por considerar el trabajo demasiado agotador...

La política de conservación aplicada por la ECCD en las Galápagos está entonces basada en la salvaguarda o la erradicación de ciertas especies. Mientras los recursos materiales y financieros son, pese a los altibajos, satisfactorios para la conservación de las tortugas y de las iguanas terrestres¹⁷, son mediocres, o incluso inexistentes, para la erradicación de los chivos y de otras especies introducidas. De esta manera se confirma la tendencia a proteger especies antes que espacios. Pero esta concepción, que no es exclusividad de la FCD, parece propagarse a medida que los conservacionistas experimentan su impotencia para controlar los territorios en los que desearían proteger la naturaleza. El caso del *Odyssey* aclara otro aspecto de esta política de conservación reticular.

El *Odyssey*: ¿la publicidad de la ciencia al servicio de la conservación?

El *Odyssey*, navío de investigación del Whales Conservation Institute (WCI) de Boston, permite estudiar los cetáceos de las Galápagos mediante una tecnología sofisticada. Sin embargo, si se mira con un catalejo, desde lo alto del trinquete, la inmensidad gris, azul o verde del océano buscando identificar los soplos de los cetáceos, uno podría creerse transportado uno o dos siglos atrás, al tiempo de Colnett, del capitán Achab y de los otros balleneros que frecuentaban la Bahía de Banks. Pero hoy en día, en cuanto se percibe el chorro de vapor, el centinela lo ubica con la ayuda de la brújula y transmite por radio su posición al timonel, quien arranca el motor y dirige el navío hacia el blanco. Cuando la ballena emerge a proximidad del velero de 30 metros, parece tan voluminosa como él, llena

17 El otro gran programa de conservación *ex situ/in situ* que ejecuta la estación, según el mismo esquema que el de las tortugas, atañe a las iguanas terrestres. Este programa, a cargo de H. Snell desde 1976, consiste, además de la crianza en cautiverio en la estación, en reconstituir un hábitat para iguanas terrestres en el islote de Venecia, satélite de Santa Cruz: es, según los propios términos de H. Snell, un verdadero trabajo de ingeniero, para el cual se llevaron 90 toneladas de tierra al islote, para que las iguanas puedan cavar sus nidos y poner allí sus huevos. La conservación *ex situ/in situ*, que cuenta con los fondos asignados a la herpetología, parece ser un medio de promoción institucional probado al interior de la FCD: H. Snell es hoy su vicepresidente para Norteamérica.

de fuerza apacible, y no se escucha más que el largo silbido del aire expulsado por su aventador. Se vigila entonces cómo se sumerge, a fin de fijar en la película toda la envergadura de las alas negras de su cola: la forma, las escotaduras y todas las particularidades que un ojo experto puede ver, constituyen uno de los medios más prácticos para identificar a los cetáceos, algo así como nuestras huellas digitales. Sin embargo, cuando el océano está desesperantemente vacío de esos penachos, la tripulación del *Odyssey* utiliza hidrófonos y escucha hablar a las ballenas, a veces a varias decenas de millas de distancia. A menudo, los alegres ultrasonidos de los delfines interfieren en las comunicaciones, pero los investigadores reconocen al oído cada familia de cetáceos, e inclusive las actividades que implican estos ruidos, extraños para los profanos. Posteriormente, las conversaciones acuáticas, localizadas con una precisión asombrosa, son registradas cuidadosamente en un mapa y el navío sigue entonces una ruta zigzagueante, persiguiendo ecos submarinos provenientes de lejanos y graciosos parientes del hombre.

El *Odyssey* es una verdadera empresa al servicio de una cierta concepción de la conservación. El lujoso velero blanco, con cubierta de teca y matrícula de Key West (Florida), es la imagen prestigiosa del WCI: atrae donaciones y es la prueba material de que, por medio de la investigación científica, estas sirven para salvaguardar las ballenas. Y para promover mejor el WCI, su director invita regularmente a bordo a periodistas estadounidenses, europeos o japoneses, que filman el trabajo de los científicos en el grandioso paisaje de las Galápagos realizando así una excelente promoción del Instituto. Los donantes constituyen otro tipo de invitados (que sí pagan) a bordo del *Odyssey*, pero como el SPNG y la estación prohíben formalmente la presencia en la embarcación de personas que no sean científicos o periodistas, pues esto podría representar una competencia para las empresas de turismo de lujo, el director del WCI los presenta como universitarios...

Pero es sobre todo la eficacia del WCI en términos de imagen lo que no satisface a los responsables de la fundación. La competencia en el mercado mundial es ruda, ya que innumerables ONG luchan en él por captar los flujos de ayuda o de donaciones, que representan decenas de millones de dólares al año. Entre las estrategias utilizadas por estas organizaciones conservacionistas, la imagen que difunden de sí mismas es esencial, ya que son elegidos los organismos que tienen una imagen más dinámica descartándose aquellos que no son lo suficientemente conocidos. Ahora bien, para ser visible hay que estar presente en los lugares en los que se pretende conservar la naturaleza; pero para ello no se debe provocar el rechazo de los gobiernos de los países a los que pertenecen los espacios a protegerse.

Esta es una de las razones por las que estas organizaciones conservacionistas, WCI o Fundación Darwin, atribuyen tanta importancia a la investigación cien-

tífica. La ciencia es una garantía de seriedad tanto para los medios de comunicación como para los organismos de financiamiento; pero sobre todo, es bien vista por las autoridades nacionales de los países involucrados: la ciencia —en este caso las ciencias naturales— se ha convertido en el medio aceptado por todos para conservar la naturaleza. En efecto, a falta de una solución política, y por tanto económica, para preservar las Galápagos, la ciencia naturalista responde a las expectativas profesionales de los responsables de la FCD o del WCI, autoriza a recolectar fondos difundiendo una imagen «seria» de su acción y, sobre todo, evita cuestionar las políticas, nacionales e internacionales, de una conservación de la naturaleza utilizada por ciertos actores como un bien comercialmente explotable.

Desafíos y riesgos de la conservación *ex situ*

Lo que permite a las organizaciones conservacionistas transigir entre la necesidad de ser aceptadas por las autoridades y la voluntad de actuar, es la protección de las especies. La estación Darwin evoluciona entonces hacia un modo de conservación de la naturaleza simbolizado por el *Odyssey* y que tiene actualmente el viento a su favor... En efecto, es más fácil hacer ver que se lucha por la conservación de especies marinas migratorias, que tratar de proteger la naturaleza en un espacio poblado, que pertenece a un Estado soberano.

El hecho de sacar a las especies de los países pobres donde están amenazadas se justifica con el pretexto de que serán reintroducidas en su hábitat de origen, una vez que la situación de la conservación local mejore, como en el caso de las tortugas de las Galápagos. El objetivo es entonces trasplantar lo que resta de especies en peligro a zoológicos de países ricos, y ello con una doble finalidad: la preservación de los genes para cualquier efecto y la satisfacción del «hambre de naturaleza» del público urbano¹⁸ (Western, 1993). Este último punto, como ya se señaló anteriormente, servía ya a las expediciones naturalistas de principios de siglo para justificar sus recolecciones de tortugas en las Galápagos: la concepción

18 «Los 154 zoológicos estadounidenses acreditados por la American Association of Zoological Parks and Aquariums son visitados cada año por más de cien millones de personas, cifra que supera la asistencia combinada a las grandes ligas de baseball, basketball y fútbol» (Tarcy, 1993: 15): un mercado de varios centenares de millones de dólares al año. Pero, para adaptarse al gusto del público que, a partir de los años 1970, influenciado por los filmes que muestran a los animales libres en la naturaleza —del tipo de los realizados por la FCD en las Galápagos— estos zoológicos han cambiado de naturaleza. Tratan de recrear, de la mejor manera posible, el hábitat del animal en cautiverio; se transforman en reservas-safaris y cambian de nombre: así, la New York Zoological Society se convirtió en The Wildlife Conservation Society...

de la conservación parece no haber evolucionado desde entonces. En realidad, como lo anuncia el director de la San Diego Zoological Society:

Todos esos discursos sobre el hecho de que nuestros zoológicos son arcas de Noé y que vamos a dar abrigo a estas especies para que atraviesen los malos tiempos y reconstruir su hábitat de origen para devolverlas un día, son solamente falsas apariencias [...] El verdadero asunto es saber, a la luz de las proyecciones demográficas de la humanidad, si podremos salvar alguna cosa de la vida silvestre.¹⁹

Y su homólogo de la New Zoological Society agrega:

Pensé durante años que la única manera de preservar la vida silvestre era el parque nacional o la reserva natural. Pero una barrera, física o legal, no es suficiente. Hay que controlar también el entorno...²⁰

La conservación naturalista de los «espacios protegidos» como las Galápagos es entonces un fracaso, pero este parece haberse tornado secundario incluso para quienes la pusieron en práctica. A causa de las dificultades provenientes de una realidad geográfica —la del espacio a preservarse— que el modo de conservación naturalista nunca tomó en consideración, la conservación *ex situ* de ciertas especies, actualmente de moda, implica el progresivo y oficioso abandono de la protección de las áreas naturales. Al pertenecer las Galápagos a un Estado soberano —razón por la que resulta imposible a las instituciones extranjeras intervenir eficazmente allí—, y porque están pobladas y son objeto por ello de una utilización de la naturaleza distinta de aquella proveniente de una conservación estrictamente naturalista, parece más simple preconizar la transferencia *ex situ* de ciertas especies a los zoológicos de países ricos, donde los parámetros humanos de la conservación se reducirán considerablemente y se controlarán mejor.

Sin embargo, la conservación *ex situ* reposa en una representación caduca de la especie: en este enfoque tipológico, la especie es considerada como una entidad categórica, distinta y diferenciada. Actualmente, solamente se acepta la concepción poblacional (o evolutiva). Como lo señala E.O. Wilson (1988: 7),

las especies consisten en múltiples poblaciones que experimentan complejas variaciones geográficas en un polimorfismo genético. Así, aun si una especie en peligro es salvada de la extinción, habrá perdido probablemente su diversidad interna.

La pérdida de biodiversidad bajo la forma de poblaciones que desaparecen es mucho más importante que aquella considerada hasta hoy por el enfoque tipo-

19 citado por Tarcy: 34.

20 *op. cit.*: 36.

lógico: una especie considerada por ella sola esconde en realidad el problema más amplio de la pérdida de hábitats y de ecosistemas, que es el verdadero motor de la extinción (Meffe y Carroll, 1994a). Es por esta razón que la conservación de especies *ex situ* es un «peor es nada» que jamás podrá remplazar a la conservación *in situ*, que toma en cuenta los espacios, ecosistemas y hábitats²¹.

La conservación de espacios es, por definición, de tipo «areolar»: todos los medios deben ser tomados en cuenta. Es por ello que, en las Galápagos, este tipo de conservación tropieza constantemente, en las condiciones en las que la estación la practica, con la hostilidad de la población local y con los obstáculos que ponen las autoridades nacionales. La conservación de especies *ex situ*, por el contrario, es de tipo reticular: extrae a los animales o a las plantas de sus ecosistemas y los transfiere hacia los países del Norte. No cuestiona la soberanía nacional de los Estados y, sobre todo en el caso de especies tan emblemáticas como las tortugas o las ballenas, ofrece una buena imagen mediática, lo que facilita la obtención de fondos.

Y es el financiamiento de la conservación lo que determina ampliamente sus modalidades, *ex situ* o *in situ*: cuando son múltiples fundaciones, ONG, empresas o donantes particulares los que dan el dinero, no controlan el territorio en el que hay que proteger la naturaleza y se interesan poco o nada en él. Es por ello que su ayuda está a menudo vinculada a la protección de especies particulares. En las Galápagos, las sociedades zoológicas o conservacionistas como las de San Diego o Nueva York, que fueron durante años los principales donantes de la estación Charles Darwin, financian hoy las investigaciones naturalistas que les son útiles, en lugar de la conservación del archipiélago en su conjunto.

La fundación Darwin, ¿ONG o empresa conservacionista?

La fundación Darwin tiene como objetivos estatutarios

recolectar y manejar los fondos destinados al funcionamiento de la estación y a la promoción de las investigaciones que tienen su base en ella, y promover la di-

21 «La preservación de la variedad de biomas terrestres es necesaria para la preservación de las especies. Si estas no disponen de sus hábitats naturales en una cantidad suficiente, las especies salvajes se extinguirán. La propagación cautiva puede y debe desempeñar un papel, conservando vivas las especies por periodos cortos antes de reintroducirlas en la naturaleza. Pero la propagación cautiva es poco útil si ya no existen hábitats convenientes para reintroducir dichas especies. Mantener especies en jardines zoológicos o botánicos resulta costoso, y un animal en una jaula o una planta en un jardín no es un miembro funcional de su especie» (Orians, 1994: 87).

fusión, por todos los medios apropiados, del resultado de los trabajos de la estación y de todas las informaciones científicas relativas a las reservas naturales²².

La dificultad de obtener fondos destinados a la conservación de las Galápagos es, desde el inicio de la FCD, uno de los problemas mayores que debe afrontar. La búsqueda permanente de recursos financieros y la autopromoción de la institución se convertirán rápidamente en dos ejes principales y estrechamente vinculados entre sí de la política de la fundación, hasta el punto de transformar sus estructuras y sus objetivos fundamentales.

Las redes del poder en la fundación Darwin

Actualmente, la fundación está organizada según cuatro niveles jerárquicos: la Asamblea General (AG), elegida por dos años, se reúne cada año y decide la política general de la institución; el Consejo Ejecutivo (CE) dirige y controla la ejecución de las decisiones tomadas por la AG; el presidente, los vicepresidentes y el secretario general son responsables de la ejecución de las decisiones tomadas por la AG y el CE; finalmente, el director de la estación está encargado del buen funcionamiento de las operaciones en las Galápagos (FCD, 1993). Esta organización institucional es el resultado de una evolución que transformó a la FCD de una especie de club de prestigiosos naturalistas occidentales, que ocupaban elevados cargos de responsabilidad en la tecnoestructura conservacionista internacional (véase el capítulo III), en una poderosa ONG dirigida por científicos y administradores sobre todo estadounidense, así como por ecuatorianos que desempeñan funciones básicamente políticas.

La organización administrativa de la FCD no sufrió mayores trastornos hasta los años 1980, durante los cuales dos procesos correlativos la modificaron profundamente: se reconoce la importancia de los administradores al interior de las instancias dirigentes de la ONG, que por otro lado se han «ecuatorianizado» ampliamente. A medida que las grandes instituciones conservacionistas internacionales reducen sus subvenciones a la FCD —ya sea porque ellas mismas no disponen de los fondos necesarios, porque consideran que la situación es más preocupante en otros lugares, o porque abandonan la conservación *in situ*—, ésta adopta una estrategia en la que su imagen y la recolección de fondos se vuelven una prioridad absoluta. Esta situación se acompaña de la desaparición de los «notables de la conservación» del CE, donde en cambio hace su entrada la directora de la «Charles Darwin Foundation, Inc.», empresa recolectora de fondos de la FCD.

22 *Noticias de Galápagos*, N° 1, 1963.

Por otra parte, los ecuatorianos obtienen la creación y la presidencia de una Asamblea General de la FCD, se vuelven más numerosos en el CE y se reservan el cargo de Secretario General a partir de 1983. La «ecuatorianización» de la FCD satisface sin duda el nacionalismo del gobierno de Quito, que pretende estar preocupado por hacer que Ecuador se beneficie de la producción científica²³ de la fundación, pero se explica también como una estrategia de los responsables extranjeros de la ONG, que buscan escapar a la recurrente acusación de «imperialismo» y penetrar en el escenario político nacional, a fin de defender en él los proyectos y los intereses de su institución (P. Wheelan, comunicación personal, junio de 1993; A. Carrasco, comunicación personal, noviembre de 1993). Finalmente, el ingreso masivo de los ecuatorianos a la estructura administrativa de la FCD no es ajeno al hecho de que no solamente la fundación es rica, sino que además tiene como misión aconsejar a Ecuador acerca de la conservación de las Galápagos y desempeña, a ese título, un papel clave en la elaboración de los planes de ordenamiento y de manejo, sobre todo del turismo: estos recursos y este papel estratégico —que permite acceder a los fondos internacionales— despiertan la codicia.

La complejidad de la organización de la FCD debe sin embargo ser relativizada, ya que la AG y el CE no expresan su opinión frecuentemente, mientras que el presidente y el secretario general de la fundación, aunque oficialmente son simples ejecutores de una política decidida por los dos órganos antes mencionados, han adquirido la mayor parte del poder de hecho. Pero el análisis de los sucesivos titulares de estos cargos revelan el dominio que ejercen algunos países y personas en la FCD y en la estación (véase el cuadro 3).

Los cargos ejecutivos de la FCD y de la estación fueron ocupados primero por europeos, que inclusive eran todos franco parlantes al inicio (el francés era entonces el idioma más utilizado en el boletín de la FCD, *Noticias de Galápagos*). Pero desde 1963, las pequeñas naciones de la conservación ceden su lugar a los británicos y a los alemanes. Sin embargo, Dorst conserva la presidencia de la FCD hasta 1974, fecha a partir de la cual ya no se publica ningún artículo en francés en *Noticias de Galápagos*. En los años 1970, la función de secretario general es puramente honorífica, mientras que el poder reside en la presidencia (re-

23 Esta preocupación se manifiesta desde el Plan de ordenamiento de 1975, a pesar de que en él participó la FCD: «Si bien es cierto que el trabajo de la ECCD ha sido positivo hasta hoy, esta actividad no ha representado un capital de conocimiento para el país, ya que este ha sido por lo general transferido al exterior. Es entonces indispensable recuperar ese conocimiento en beneficio de las instituciones y de los científicos nacionales, razón por la cual es necesario integrar progresivamente a la ECCD al sistema administrativo del país, de manera que se pueda realizar un control efectivo de sus actividades» (JNPCE, 1975: 40).

Cuadro 3
Responsables de la ECCD y de la FCD

Años	Director	Secretario General	Presidente
1960	Levéque (S)	Dorst (F)	Van Straelen (B)
1961-1962	Brosset (F)	"	"
1963-1964	Snow (GB)	"	"
1965-1970	Perry (GB)	Barlow (GB)	Dorst (F)
1971	Kramer (A)	"	"
1972-1973	"	Corley Smith (GB)	"
1974-1978	MacFarland (EU)	"	Kramer (A)
1979-1980	Hoeck (A)	"	"
1981-1982	Köster (A)	"	"
1983	"	Black (E)	"
1984-1988	Reck (A)	"	MacFarland (EU)
1989	Evans (EU)	"	"
1990-1991	"	Carrasco (E)	"
1992-1996	Blanton (EU)	"	"

A = Alemania; B = Bélgica; E = Ecuador; EU = Estados Unidos; F = Francia; GB = Gran Bretaña; S = Suiza

laciones internacionales) y en la estación (carreras científicas). Desde 1970 y 1973 respectivamente, los directores de la estación y los presidentes de la FCD son exclusivamente alemanes o estadounidenses. La hegemonía de Estados Unidos y de Alemania en esos cargos refleja la misma hegemonía en lo que se refiere al financiamiento de la estación, pero es también fruto de las ramificaciones establecidas por Kramer y MacFarland²⁴ quienes, entre ambos, ejercieron durante treinta años acumulados las funciones de director de la estación o de presidente de la FCD entre 1971 y 1996...

24 Entre los lugares importantes de la red conservacionista de la FCD bajo la dirección de MacFarland, se encuentra la Universidad de Moscow (Idaho), donde él es profesor y de donde vienen varios miembros de la ECCD e investigadores asociados, así como el Centro Agronómico Tropical de Investigación y de Enseñanza (CATIE) de Costa Rica que vio pasar a MacFarland, a Blanton y a otros miembros de la ECCD e investigadores asociados (asimismo estadounidenses), así como a todos los responsables del SPNG.

La longevidad de ciertas personas en los puestos de responsabilidad de la FCD les ha permitido tener peso en las contrataciones de la institución, establecer vínculos con los dirigentes de grandes instituciones u ONG conservacionistas internacionales e influir en los programas e investigaciones en curso en las Galápagos. Si bien entre 1960 y 1996 hubo once directores en la ECCD, en el mismo periodo solo fueron cinco los secretarios generales y cuatro los presidentes de la FCD. ¿Será que las Galápagos desgastan o que el poder conserva? Ciertos dirigentes pasan además de un puesto a otro dentro de la FCD, realizando así carreras de *apparatchiks* de la conservación, tanto en las Galápagos como al interior de otros organismos internacionales²⁵. Estas redes permiten ver que la evolución de las prioridades de la FCD se ha traducido en una transferencia del peso relativo de las responsabilidades y de las nacionalidades dentro de la institución. Mientras se pudo hacer ciencia en la estación (después de los inicios heroicos en los que era imposible), sus directores fueron británicos, estadounidenses y sobre todo alemanes. Después, tanto la transformación de la estación en base logística de las universidades estadounidenses como el mejoramiento de las comunicaciones entre el archipiélago y el resto del mundo, colocaron a los directores en una situación de mayor dependencia con respecto del presidente y del secretario general de la FCD²⁶. Los alemanes ceden entonces el cargo de director de la estación a los estadounidenses, que son contratados según la red establecida por MacFarland: esto garantiza una buena coordinación entre la ECCD y los «patrones» de la FCD que son el presidente y el secretario general.

En efecto, según C. MacFarland, las responsabilidades dentro de la FCD se definen en función de criterios geográficos que determinan los campos de competencia de cada uno: el presidente dirige la política de la institución a nivel internacional²⁷, su secretario general lo hace en Ecuador y el director de la estación en las Galápagos. Desde los años 1983-1984, el presidente y el secretario general de la FCD son norteamericano y ecuatoriano respectivamente. El poder de

25 Así, para nombrar solo a dos presidentes de la FCD, Dorst fue después vicepresidente de la UICN y Kramer es actualmente presidente de WWF International.

26 El progreso del transporte aéreo hacia las Galápagos reforzó la subordinación de la estación a los centros de decisión de la FCD en Quito o en Estados Unidos, ya que permite múltiples y muy breves viajes del secretario general y del presidente a Puerto Ayora. El director de la ECCD depende de las decisiones de los responsables de la FCD, en lo que respecta no solamente a los fondos de funcionamiento y a la contratación o despido de su personal, sino también a todo lo relativo a la política de la institución en el archipiélago, hasta en los mínimos detalles.

27 C. MacFarland se califica de *executive manager* de la FCD: su papel consiste «esencialmente en supervisar campañas de recolección de fondos en Estados Unidos y en Europa» (comunicación personal, junio de 1993).

decisión al interior de la ONG no está centralizado, sino que adopta la forma de una red cuyos nudos se encuentran actualmente tanto en Estados Unidos –presidencia, vicepresidencia de las Américas y de la Charles Darwin Foundation Inc.–, así como en Quito, sede de su secretaría general. Y es que las relaciones de la institución con los organismos científicos, los organismos de financiamiento y los medios de comunicación estadounidenses, así como las que mantiene con la clase política ecuatoriana, se han vuelto cruciales.

Una nebulosa financiera

La FCD mantiene poco transparencia en cuanto a su financiamiento. Los pocos documentos contables a los que tuve acceso son de una imprecisión inexplicada. Así, el documento en que se basa la figura 31 cubre supuestamente el periodo 1960-1993, pero para los años 1968, 1969, 1970, 1972, 1975 y 1976 menciona que «no hay información». Además, un incendio criminal que nunca fue aclarado, redujo a cenizas el servicio de contabilidad de la estación en 1984, provocando en las Galápagos rumores que aún no se han extinguido. Finalmente, en 1993, la contadora de la ECCD se fugó, después de malversar miles de dólares e intentar incendiar el edificio administrativo... La fundación está sin embargo bajo el control de la empresa auditora norteamericana Price Waterhouse, pero esta señala la existencia de numerosas lagunas en la documentación contable de la institución²⁸.

Considerando que es imposible conocer exactamente los recursos financieros de que disponen la fundación y la estación Charles Darwin, la figura 31, aunque elaborada a partir de una fuente oficial, no pretende ser exhaustiva: su objetivo es más bien ilustrar el crecimiento de los ingresos de la estación, así como la constelación de entidades que los proveen. Así, se pueden dividir los ingresos de la FCD y de la estación en tres categorías: los institucionales, que garantizan, con altos y bajos, varios centenares de miles de dólares al año; los particulares, cuyas donaciones están a cargo de la Charles Darwin Foundation, Inc. y proporcionan cada año una suma similar; y finalmente los programas internacionales en los

28 En su informe de 1994 indica que «la documentación disponible en la FCD es insuficiente como para permitirnos concluir sobre la totalidad de los fondos percibidos y de los gastos realizados por C. Mac-Farland y R. Perry en el transcurso del año 1993» (cabe señalar que estas dos personas fueron directores de la ECCD durante los años en los que no se conservó ningún rastro de la contabilidad de la estación); o también «Al 31 de diciembre de 1993, los registros contables de la FCD presentan un pasivo de 41 millones de sucres (aproximadamente 23.000 US\$) a favor de la Charles Darwin Foundation, Inc., el cual no ha sido confirmado por la mencionada institución. Por tanto, nos ha sido imposible concluir sobre la efectividad de este saldo».

que participa la ONG (y que no aparecen en la figura) que representan millones de dólares²⁹.

Existe entonces un hecho cierto: pese a las perpetuas quejas de los responsables de la FCD por la insuficiencia de fondos, la institución manipula cada año millones de dólares. Consecuentemente, el subequipamiento y las dificultades cotidianas de la estación parecen provenir más de un manejo deficiente o de una utilización misteriosa de los recursos, que de una real escasez³⁰.

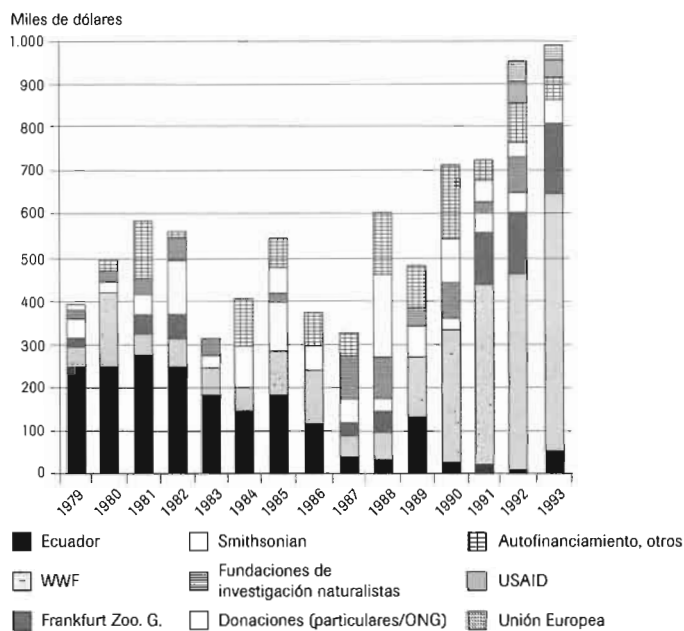
Si bien es cierto que en ocasiones los ingresos de la estación se duplican o disminuyen a la mitad de un año a otro, ella dispone anualmente de recursos en promedio dos veces superiores a los del SPNG. Pero una parte muy importante (aunque no cuantificable a través de las informaciones accesibles) de los fondos de la estación se compone de ayudas «vinculadas», es decir proporcionadas exclusivamente para un programa particular. Así, la San Diego Zoological Society declara «donar para las tortugas, no para los hombres» (C. Blanton, comunicación personal, diciembre de 1992). El sistema de ayudas vinculadas funciona entonces en circuito cerrado, ya que dichas ayudas están destinadas a programas de los que se benefician investigadores que trabajan en áreas determinadas por los organismos de financiamiento según sus propios intereses. Pero estas ayudas se acompañan de un recorte en el financiamiento de la estación por parte del Estado ecuatoriano, cuya participación disminuye constantemente, en particular a partir de la segunda mitad del decenio de 1980.

La ONG conservacionista experimenta entonces una evolución que la transforma fundamentalmente: a partir de 1985, para paliar el retiro de apoyo de Ecuador, la fundación comienza a buscar por sí misma una parte de sus ingresos (FCD, 1993). La fecha es significativa, ya que corresponde también al surgimiento del concepto de ecoturismo (Blangy, 1993a), que pretende que las empresas turísticas asuman una parte creciente del mantenimiento de las áreas pro-

29 En el informe de 1993 de la FCD se encuentra, en la rúbrica «Propuestas en curso de negociación o de ejecución», una lista de los programas en los que participa la FCD. Estos son financiados por la Agencia Española para la Cooperación Internacional con aproximadamente 2'000.000 US\$, la UE con 7'600.000 US\$, el BID con 500.000 US\$, el PNUD con 300.000 US\$ y la USAID con 500.000 US\$, es decir un total de 10'900.000 US\$ (FCD, 1993: 9-11).

30 Las dificultades financieras crónicas de la estación parecen aún más extrañas, cuando el presidente de la FCD asegura que de los 700.000 US\$ de su presupuesto en 1993 (cifra que no es igual a la que aparece en los documentos oficiales), 600.000 son asignados a la ECCD -(MacFarland, comunicación personal, junio de 1993). Esta proporción corresponde a la indicada por la Secretaría de la FCD: «Más del 80% del presupuesto anual es manejado directamente por la estación y el resto se gasta en la presidencia, las vicepresidencias y la secretaría general» (FCD, 1993: 19).

Figura 31
Origen y montos del financiamiento de la estación Darwin
(1979-1993)



Fuente. Informe general sobre ingresos de diversas fuentes de financiamiento a la ECCD (ECCD, 1994)

tegidas. El periodo marca el triunfo de la ideología liberal en los países del Norte, que se retiran progresivamente de numerosos programas de ayuda a la conservación³¹ y al desarrollo, dejándolos en el abandono o en manos de las ONG y de diversas fundaciones privadas³².

31 Recordemos que en 1984 los Estados Unidos de R. Reagan y la Gran Bretaña de M. Thatcher dejan de pagar su cuota del presupuesto de la UNESCO, organismo del que dependen los patrimonios mundiales como las Galápagos, y que el Congreso de Estados Unidos, de mayoría republicana, rehúsa votar la participación de su país en el presupuesto de la ONU...

32 Esta corriente liberal en la conservación de la naturaleza surgió en Estados Unidos a fines de los años 1960 (Hardin, 1993), antes de desarrollarse verdaderamente en el transcurso de los años 1980, en armonía con el movimiento de «globalización» de la economía. Para los «ecologistas de mercado», el objetivo es sustituir la acción del Estado por la acción privada en materia de conservación. Ellos dirigen una de las ONG conservacionistas estadounidenses más poderosas, que mantiene estrechas relaciones con la FCD: The Nature Conservancy. Esta ONG, que tiene como lema «la preservación de la tierra a través de la acción privada», aportó 150.000 US\$ a la ECCD en 1989 (ingresos que no constan en la contabilidad de la estación) gracias al *mailing* hacia los visitantes de la estación (Lindeberg y Huber, 1993). Sobre la ideología de los «ecologistas de mercado», véase Ost (1995).

Este movimiento tiene dos consecuencias al interior de la FCD: el aumento del poder de los administradores en detrimento de los científicos³³ (véase nota en la siguiente página), en una estructura administrativa que se torna más compleja, y la búsqueda creciente de una rentabilidad financiera, que transforma de facto a la ONG conservacionista en una empresa³⁴ (véase nota en la siguiente página). En 1985, se crea en Estados Unidos la Darwin Scientific Foundation, cuyo fin es encargarse de hacer fructificar el capital de 1'500.000 US\$ invertidos en diferentes organismos financieros. En 1992, le toca a la Charles Darwin Foundation, Inc. (CDF Inc.), instalada también en Estados Unidos y responsable de la recolección de donaciones particulares para la fundación. En 1993, la FCD lanza el Galápagos Trust en Europa, para recoger fondos. La ONG conservacionista funda finalmente la Friends of Galápagos, una asociación sin fines de lucro –lo cual le permite recibir donaciones o legados sin que los donantes o los beneficiarios paguen impuestos– primero en Estados Unidos en 1992 y luego en Europa en 1993. El sistema financiero de la FCD se caracteriza entonces por una organización en red, característica del manejo por «participación cruzada» de las grandes empresas, en la cual múltiples donantes particulares y organismos internacionales se conectan mediante flujos financieros a la ONG, a la que proveen de fondos en gran parte manejados –de manera más o menos turbia– por organizaciones satélites.

Así, los estrechos vínculos que, por razones financieras, mantiene la fundación con las empresas de turismo de redes no son una sorpresa.

Los vínculos de la fundación Darwin con el turismo de redes

La FCD ha perfeccionado una imagen de institución que sería «la conciencia ecológica de las Galápagos» (C. MacFarland, comunicación personal, octubre de 1993), y lo ha hecho multiplicando las relaciones, de interés mutuo, con los medios de comunicación y con las grandes empresas turísticas que operan en el archipiélago. G. Wallace (1993), importador de los nuevos modelos de manejo turístico a las Galápagos, resume de manera general la ideología que suponen estas relaciones:

33 «Durante largo tiempo, la FCD no tuvo estrategia financiera, debido a la composición de sus órganos directores y a la naturaleza gratuita de su trabajo. El gran número de científicos en su seno, comparado con el número de administradores, mantuvo a la FCD en una situación de demandante, pero está transformándose en generadora de sus propios fondos» (FCD, 1993: 19).

34 Esta tendencia al *green business* es una evolución general de las ONG conservacionistas, que se inspiran en un precursor en la materia, Greenpeace (R. Cans, *Le Monde*, 11-07-1995).

Los administradores de parques nacionales demasiado protectores, reticentes a la operación de las empresas turísticas, deben recordar que en última instancia las áreas protegidas no sobrevivirán sin partidarios que amen y conozcan esos lugares. Los visitantes/partidarios son quienes conducirán las políticas de conservación, aportando al presupuesto para el manejo de estas áreas, y harán donaciones a las ONG como la WWF, The Nature Conservancy y la fundación Charles Darwin...³⁵

Los «visitantes/partidarios» de la conservación son los clientes de las empresas de turismo presentes en el mercado de las Galápagos, que son, por su calidad de proveedoras, cada vez más necesarias para el funcionamiento institucional de la fundación Darwin. De hecho, desde la reorientación de la política turística oficial hacia el turismo de redes, las relaciones entre la FCD y Metropolitan Touring son aún más estrechas que antes. Esta última, no solo es la única «entidad privada ecuatoriana» que hace parte del Consejo Ejecutivo de la FCD, sino que además su presidente es miembro de la Asamblea General (FCD, 1990). La participación de grandes empresas de turismo en los órganos directores de la FCD fue preconizada por algunos de sus responsables a fines de los años 1980³⁶, cuando la ONG comienza a preocuparse por las nefastas consecuencias de las migraciones hacia las Galápagos, y cuando la clara disminución de las subvenciones públicas ecuatorianas le causa serios problemas de presupuesto. El apoyo financiero que las grandes empresas como MT brindan a la fundación Darwin a través de turistas adinerados, que son otros tantos donantes potenciales, es cada vez más importante.

Las donaciones de los turistas a la conservación

Según el presidente de la FCD, el financiamiento de la estación está garantizado por donantes particulares, en una proporción que fluctúa, según los años, entre el 20% y el 30% del presupuesto anual (MacFarland, comunicación personal, junio de 1993). Ahora bien, los turistas encuestados consideran que la conservación de la naturaleza en las Galápagos anda mal y tal desilusión acarrea dos consecuencias.

La primera es positiva, ya que el 51% de los extranjeros (el 61% de los estadounidenses) y el 64% de los ecuatorianos encuestados declaran poder pagar más pa-

35 *op. cit.*: 63.

36 Así, en la 19ª Asamblea General de la FCD, el antiguo subdirector de la ECCD, De Vries (quien en 1967 apoyaba el informe Jennings que concedía la exclusividad del mercado de las Galápagos a MT) afirmaba que «se debe procurar una mayor participación [en la AG] del grupo turístico, lo que corresponde a la resolución votada hace tres años» (FCD, 1990: 5).

ra la conservación de las Galápagos (la idea de conservar la naturaleza no es entonces un lujo reservado a los ciudadanos de los países del Norte). La segunda consecuencia es menos buena para la FCD, ya que las personas entrevistadas quedan perplejas: están dispuestas a hacer una donación pero no saben a quién dirigirla (el 19% de los estadounidenses y el 28% de otros extranjeros dicen estar en este caso).

Sin embargo, el hecho de que las personas encuestadas coloquen a la estación/fundación Darwin en el primer lugar de las instituciones a las que estarían dispuestas a ayudar (el 39% de los extranjeros y el 46% de los ecuatorianos) podría hacer pensar que la reputación de la ONG no ha sufrido mayor deterioro. No es sorprendente que los estadounidenses sean el principal sostén de la fundación (el 50% de ellos le haría donaciones), ya que son la clientela privilegiada de las grandes empresas estrechamente asociadas a la FCD y constituyen el blanco predilecto de las campañas de recolección de fondos llevadas a cabo por esta institución, a tal punto que los científicos de la estación, e inclusive en ocasiones los responsables de la fundación Darwin, son llamados regularmente a realizar conferencias a bordo de los grandes barcos de crucero para solicitar donaciones³⁷.

No obstante, es sorprendente que, a pesar de toda la promoción realizada por la FCD entre los turistas estadounidenses, solo la mitad de ellos (el 54% no respondieron) declaran querer apoyarla financieramente. Esto podría revelar un cierto empañamiento de la imagen de la institución, incluso entre sus más fieles partidarios. En cuanto a los ecuatorianos, se constata que dan más crédito a la FCD que a su propia administración: esta actitud refleja probablemente su falta de confianza en todo lo que es nacional, ya que si al 26% de personas encuestadas que afirman estar dispuestas a hacer donaciones al SPNG/INEFAN, se suman aquellos que quisieran financiar a otras instituciones ecuatorianas, la cifra no representa ni siquiera la tercera parte de las respuestas. ¿La salvación vendrá acaso del extranjero?

Al mostrarse constantemente en el exterior como la única institución responsable de la conservación del archipiélago y al contribuir a difundir una imagen maravillosa de tal conservación, la fundación Darwin está probablemente pagando ahora por el hecho de que los visitantes han descubierto en el lugar que tal autopromoción esconde en gran medida un mito. El resultado es que más de la

37 En su informe anual de actividades, el presidente de la FCD declara haber «participado como guía especial en dos cruceros (de la Universidad de Idaho y del Instituto Tecnológico de California). Como resultado, se recibieron aproximadamente 4.000 US\$ de donaciones a través de la CDF Inc., y una docena de nuevos nombres de donantes regulares para los trabajos de conservación de las Galápagos» (MacFarland, 1994: 6).

quinta parte de los extranjeros confiarían la conservación de las Galápagos más bien a instituciones internacionales (el 15% de los estadounidenses están en este caso y solo el 1% de los ecuatorianos), en particular a la WWF. Sin embargo, la FCD es la única institución conservacionista que se ha dotado de poderosos instrumentos para captar las donaciones de los visitantes del PNG.

«Charles Darwin Foundation, Incorporated»

La obtención de fondos de los turistas se volvió fundamental para la FCD que creó para el efecto la «CDF Inc.», en 1992. Según su directora, J. Barry, profesional del *fund raising*³⁸, la CDF Inc. fue fundada por las siguientes razones:

Durante veinticinco años, la Smithsonian Institution recolectó fondos para la FCD y luego disminuyó su ayuda; además, no entregaba los fondos recogidos para las Galápagos necesariamente a la FCD sino a otros proyectos. Finalmente, el hecho de estar afiliados a la Smithsonian nos impedía tener acceso directo a los donantes. El objetivo del *fund raising* es lograr que la estación Darwin pueda volver a realizar lo que hacía hace treinta años: ciencia. Al SPNG le corresponde la «tarea» de mantener y vigilar el parque, no a nosotros.³⁹

El mecanismo de canalización de fondos es la venta por correspondencia o *mailing*: la estación Darwin recupera los cupones de entrada al parque nacional que el SPNG tiene a bien entregarle (lo que depende del estado de las relaciones entre las dos instituciones), toma las direcciones de los visitantes que constan en ellos y las transmite posteriormente a la CDF Inc. Ésta las inscribe en la lista informática, constantemente actualizada, de los «potenciales donantes» de la FCD, y les envía el *Galápagos Bulletin*⁴⁰, correspondencia que sirve de soporte a la recolección de donaciones. Los resultados son significativos, según el informe presentado por J. Barry ante la Asamblea General de la FCD en 1994:

38 J. Barry define su trabajo de la siguiente manera: «El *fund raising* es una ciencia: uno debe adaptarse a todo tipo de donante». Sin embargo, envía el mismo tipo de correspondencia a todas las personas a las que se dirige: «La carta debe ser a la vez atractiva —es por ello que se ha incluido una foto de un lobo marino bebé— y alarmista, pues el mensaje es claro: ¡hay que hacer donaciones!» (J. Barry, comunicación personal, octubre de 1993).

39 J. Barry, comunicación personal, octubre de 1993.

40 El *Galápagos Bulletin* ilustra la deriva de la FCD del naturalismo de las *Noticias de Galápagos* hacia el «*green business*». En primer lugar, el título y los textos están en inglés, ya que esta correspondencia se dirige a los donantes/turistas del mercado estadounidense. J. Barry es partidaria de «textos menos científicos y centrados en los suscriptores, el *marketing*, los acontecimientos sobresalientes, etc.» (FCD, 1994, anexo N° 20). El *Galápagos Bulletin* es un éxito, a tal punto que el director del SPNG, ansioso por obtener parte de los ingresos generados por las donaciones, ¡pedía que se inscriba el nombre del SPNG bajo el logotipo de CDF Inc.! (FCD, 1993: 5)

Desde sus inicios, la CDF Inc. aportó aproximadamente 150.000 US\$ a la estación y al SPNG.⁴¹

Para maximizar sus ingresos, la CDF Inc. se concentra en los turistas/donantes de los países ricos:

Utilizamos los boletos de entrada al PNG como fuente de nuevos miembros donantes, que buscamos actualmente en 15 países. Hemos determinado que las solicitudes en los demás países (tenemos hasta 56 en nuestra base de datos) no son rentables [...] Nuestros datos continúan demostrando que el 83% del total de dólares obtenidos provienen de Estados Unidos, seguidos por Alemania con 3,7% de las donaciones. Le corresponde entonces a la CDF Inc. buscar donantes en los países rentables.⁴²

Así, el 80% de los ingresos de la CDF provienen de visitantes estadounidenses, más adinerados y por tanto mejores clientes del turismo de redes en las Galápagos. Está claro para la CDF, y por ende para la fundación Darwin, que mientras más turistas ricos lleguen a las Galápagos, mayores podrán ser las donaciones a la ONG; los turistas modestos en cambio son menos interesantes. Según las encuestas realizadas entre los visitantes (Grenier, 1996), la tercera parte de los turistas estadounidenses que respondieron a la pregunta declaran haber realizado un crucero a bordo de los barcos de Metropolitan Touring. Esto explica la importancia de esa empresa para la FCD y, al mismo tiempo, la participación de la ONG en la creación y refuerzo de un turismo «selectivo» en las Galápagos. Asimismo, entre los objetivos de la CDF Inc. para 1995, J. Barry prevé «campañas conjuntas con agencias de viajes». La CDF Inc. necesita grandes empresas de turismo no solo porque éstas atraen donantes generosos, sino también porque ayudan a vender el mismo producto: la naturaleza de las Galápagos.

La fundación Darwin no se limita a buscar aliados en un solo segmento del turismo de redes, sino que mantiene también las mejores relaciones con la compañía aérea TAME. Ello va incluso hasta un acuerdo de cooperación con la empresa que posee la exclusividad del servicio de transporte al aeropuerto por el que transitan las tres cuartas partes de los turistas que visitan las Galápagos:

Con el fin de formalizar el tradicional apoyo de TAME a las actividades de la FCD en las Galápagos, hemos negociado un acuerdo de cooperación a través del cual TAME concede tarifas especiales a los miembros de la fundación que deben viajar a las Galápagos por razones de trabajo. Este acuerdo estipula que la fundación reconocerá la ayuda de TAME en todas sus publicaciones, y nos comprometemos a que los científicos visitantes hagan lo mismo.⁴³

Poco les importa a los responsables de la Fundación que TAME presione para aumentar aún más la frecuencia de sus nueve vuelos semanales hacia el archipiélago.

El inconveniente de preferir las redes a los territorios

Al igual que en su modo de funcionamiento científico o administrativo, el sistema de financiamiento establecido por la CDF Inc. revela que la fundación Darwin es una organización en red, perfectamente adaptada a la modernidad actual, pero ajena a otras formaciones sociales fundadas en su territorio, como el Estado ecuatoriano, la población de las Galápagos o los habitantes de Puerto Villamil. El sistema de captación de fondos particulares adoptado por la FCD emplea una técnica utilizada por gran número de empresas comerciales y ONG conservacionistas en las sociedades «conectadas» de los países ricos. Este modo de comunicación es posible si se está integrado, aunque sea parcialmente, a una parte del mundo organizada en redes: es el caso del turismo establecido en las Galápagos.

Las direcciones de los turistas a los que contacta la CDF Inc. han sido obtenidas en los aeropuertos del archipiélago, puertas de entrada al PNG. Si el turista, como se le pide, escribe su dirección en el boleto de entrada, el pago de la tasa al SPNG provee una información esencial que es la que permite conectar un nuevo donante potencial a la red de la CDF Inc. La estación Darwin es solo un transmisor, indispensable pero subalterno, en esta red: recoge direcciones en los boletos y las transmite a la CDF Inc. Las ventanillas del SPNG en cambio son puntos nodales donde se produce la información que permite a la red extenderse, usando el conjunto de líneas aún virtuales entre los donantes potenciales y la CDF Inc.

Estos puntos nodales son a la vez un lugar y una institución: están ubicados en la frontera del PNG y representan a la entidad encargada de manejarlo. Siendo el lugar donde puede obtenerse la dirección de los donantes, la ventanilla del SPNG pertenece a una institución que puede difundir o retener la información: es un «lugar institucional» que une la red de la CDF Inc. al territorio de un Estado. Pero el Estado ecuatoriano puede o no colaborar –y la mayoría de veces de manera poco satisfactoria– con la fundación Darwin. Así, es paradójicamente en el punto nodal donde se produce la información donde puede perderse la comunicación. Cuando un punto de una organización en red pertenece también a un territorio, el del Estado en este caso, el flujo de información puede ser interrumpido o filtrado. Esta intersección entre dos sistemas organizados de manera distinta produce un «ruido» que empaña las comunicaciones: es lo que algunos economistas, atrapados en la construcción de sus modelos, llaman la «viscosidad» de lo real...

Ahora bien, en uno u otro momento una red está en contacto con lo real, en este caso con un sistema social organizado de un modo territorial. Aun cuando solo transporta algo inmaterial –informaciones– y no tiene asidero lineal en el suelo, la red está necesaria y puntualmente atada a la Tierra por medio de sus diferentes puntos nodales. Es por ello que depende de lugares que no se definen únicamente por su función en el espacio, sino también por su pertenencia a un territorio. Y es por esas indispensables ventanas que las redes deben abrir al mundo exterior –se trate ya sea de un Estado o de una sociedad– que ingresan los elementos perturbadores.

Por tal razón, una estrategia que apuesta todo al mundo reticular comete un error cuando la organización que la aplica no ha podido previamente emanciparse al máximo de los territorios de los que siempre dependerá parcialmente. Esto es factible –¿pero por cuánto tiempo?– en las sociedades más desarrolladas del planeta, encuadradas por Estados que controlan su espacio o, por lo menos, los lugares de conexión entre redes y territorios. Puede existir también cuando la organización pone en contacto a individuos o entidades reunidos voluntariamente por una red en torno a un proyecto común, como el caso de los turistas/donantes estadounidenses de la FCD. Pero ninguna de estas dos excepciones se aplica a las Galápagos: el Estado no controla ni su territorio ni sus instituciones, y la población insular solo participa de manera marginal en el turismo de redes.

Ahora bien, siendo el turismo de redes el modo de organización que permite maximizar el rendimiento económico esperado, las instituciones conservacionistas han optado, a pesar de todo, por establecer y sostener este modelo en las Galápagos. Pero ya se han visto expuestas a graves problemas de funcionamiento: sus redes están ancladas, en las Galápagos y en Ecuador, en territorios de poblaciones o de un Estado, que no siempre tienen sus mismos intereses. Y cuando por ejemplo un puñado de pescadores descontentos bloquean el acceso al aeropuerto de Baltra, como sucedió en 1994, en enero y en septiembre de 1995, es un punto nodal esencial de la red turístico-conservacionista que, al ser puesto fuera de funcionamiento, paraliza todo el sistema.

Así, a medida que los conservacionistas aflojan un tanto su dominio sobre el territorio de las Galápagos, multiplican las redes para tratar de luchar contra la pesca de exportación. En 1994, J. Grove, un antiguo guía naturalista estadounidense de las Galápagos que se convirtió en jefe de una empresa de turismo de buceo, funda en Florida una nueva ONG conservacionista, la Conservation Network International (CNI), Inc. Su protesta contra la pesca en la RRMG consiste en enviar correos electrónicos al Presidente de la República y a las empresas de turismo ecuatorianas quienes, por interés comercial, tratan de minimizar la mag-

nidad de los daños⁴⁴. Estas redes se pronunciaron igualmente por el lanzamiento de una alerta internacional en Internet: en 1995, la Galápagos Coalition, una organización reticular que existe solamente en Internet, fundada por científicos naturalistas estadounidenses y la CDF Inc., dirige a sus miembros un correo electrónico en el que describe la situación en el archipiélago durante la huelga insurreccional y pide que se difundan lo más ampliamente posible ciertos documentos entregados por la FCD.

La posición de la FCD, tal como aparece en los mensajes enviados por correo electrónico, es muy firme, pero este carácter combativo ya no puede expresarse prácticamente sino por Internet. Este método es revelador de la mentalidad y de la forma de ser de los conservacionistas: la FCD prefiere discutir sobre la conservación de las Galápagos por Internet que con los habitantes del archipiélago; o, para ser más exactos, como ya no puede hacerlo con la población insular, se dirige a los «internautas». No es extraño por cierto que la Conservation Network International y la Galápagos Coalition hayan sido fundadas por un empresario del turismo de redes y por algunos científicos relacionados con el archipiélago: los modos de funcionamiento del turismo y de la ciencia son reticulares. Así, la conservación de las Galápagos, conducida por una FCD aislada de los habitantes que viven en el espacio del cual se proclama la «conciencia ecológica», se ha vuelto virtual en los hechos.

¿Una población opuesta a la conservación?

Según lo manifiestan los dirigentes de la FCD, la población de las Galápagos sería hostil a la conservación del archipiélago. Para ser más precisos, los nuevos inmigrantes son considerados como perdidos para la causa ya que, por su bajo nivel sociocultural, no tienen conciencia alguna del medio en el que viven y lo único que les atrae es el dinero que podrían ganar en las Galápagos. En realidad, desde que la ECCD se implantó en las islas, la población fue designada como el principal enemigo de la conservación. El remedio consistiría entonces en educarla para que pueda comprender sus beneficios.

44 En sus comunicados a la prensa extranjera, estas empresas ecuatorianas de turismo recuerdan que las Galápagos son consideradas un modelo de conservación, a lo cual J. Grove responde: «Desgraciadamente, si la atención de la comunidad internacional se concentra actualmente en Ecuador, ello no se debe al éxito de esa política conservacionista, sino más bien a los recientes cambios [la pesca de exportación], que no solamente contradicen los reglamentos oficiales, sino que ponen en peligro la totalidad de los ecosistemas. Este asunto trasciende las fronteras nacionales» (Conservation Network International, Inc., boletín del 26 de agosto de 1994). Las redes trascienden tal vez los territorios pero, en el caso de las Galápagos, no son de gran ayuda: la pesca continúa a pesar de la intensa campaña de «comunicación» llevada a cabo por la CNI Inc.

La educación de la población: la panacea según la fundación Darwin

Cuando instalan la estación, el principal problema de los naturalistas es que las Galápagos están habitadas. Ciertamente, su población no es aún muy numerosa (2.400 habitantes en 1962), pero aumentó en un 45% desde el censo de 1950 (Ecuador, 1950, 1962). Y como en el archipiélago

las más serias destrucciones son atribuidas a los habitantes de las islas, que no están lo suficientemente bien informados sobre el valor de las Galápagos desde el punto de vista científico [...], educar a esta población mediante métodos apropiados será uno de los papeles de la estación biológica.⁴⁵

Así, se lanza el único programa de la FCD destinado a la población insular, a fin de que comprenda que

la protección de la naturaleza es una necesidad imperiosa en las Galápagos, en vista del interés científico excepcional de su fauna.⁴⁶

El objetivo tiene el mérito de estar claramente expuesto: la educación de la población de las Galápagos tiene como finalidad convencerla de que la utilización científica de la naturaleza es primordial, y de que los otros usos que se pueden hacer de ella deben en adelante someterse. Este idealismo, típico en el ámbito naturalista, es la vertiente ideológica de esta conservación. Se ocultan las condiciones materiales de existencia y la cultura propia de los habitantes, reducidos a la calidad de alumnos, y se cree que la educación es lo único que les permitirá respetar la naturaleza del espacio en el que viven. Desde los años 1970, la estación Darwin crea para esto un departamento de educación, que dispone de un presupuesto importante, de varios empleados permanentes y de la ayuda de voluntarios extranjeros y ecuatorianos.

La educación se realiza según varios ejes: radiodifusión de programas que buscan sensibilizar a los oyentes sobre asuntos de conservación, publicación de folletos y de afiches de divulgación, organización de cursos para adultos y niños voluntarios o de desfiles con ocasión del carnaval (Sutherland, 1994). Pero estas actividades nunca han contado con un público muy amplio. Los programas de radio de la estación son poco escuchados —en gran medida porque son mediocres y están sometidos a la competencia de múltiples radiodifusoras nacionales y locales—; los folletos insisten en presentar a las Galápagos como un santuario de la vida salvaje y no hacen referencia alguna a su población humana, cuando en teo-

45 Dorst, 1959a: 26.

46 *op. cit.*: 19.



Una «comunicación» elaborada a manera de conservación: la pancarta del carro de carnaval de la ECCD (cuyos talleres y almacenes se ven en segundo plano) proclama que «las cargas [traídas del continente] contienen bichos. Exijamos su inspección. Protejamos nuestra provincia». Según el responsable estadounidense que exhorta aquí a sus pequeñas tropas de estudiantes voluntarios, este tipo de acción debe sensibilizar a una población que es, de hecho, indiferente a tal «educación».

ría están dirigidos a personas que viven en el corazón del PNG⁴⁷; finalmente, la asistencia a los cursos dictados por la estación es muy reducida y está compuesta únicamente de niños.

Una entrevista mantenida en julio de 1993 con D. Sutherland, entonces responsable del departamento de educación de la estación, permite captar la concepción de la FCD en materia de relaciones con la población de las Galápagos. Este procedimiento puede parecer limitado y demasiado personalizado, pero una política conservacionista destinada a la población de un país latinoamericano e impulsada desde una base científica dirigida por naturalistas estadounidenses está encarnada por individuos. Basar el análisis de un fenómeno social únicamente en el estudio del sistema y del contexto en el que se desarrolla no es suficiente: el actor individual puede ser, como en este caso, representativo de buena parte del sistema. Más aún si recordamos que fue seleccionado por otros individuos

47 Un informe de la UNESCO (1980) señala que «lamentablemente no se ha educado a la población con el sentido de que ella es parte integrante del ambiente natural galapagueño, aunque quizás esta haya sido la función en esta primera etapa» (*op. cit.*: 23)

que se encuentran a la cabeza de la FCD desde hace varios años. Una política puede leerse a través de quienes la ponen en práctica.

D. Sutherland señala:

Tengo una formación universitaria de cuatro años en biología y en educación ambiental e interpretación en la universidad de Moscow, Idaho. Hice mi máster en Costa Rica: el tema era la influencia de la educación ambiental de los niños en sus padres. Conocí a MacFarland, quien me dijo que la ECCD buscaba un coordinador en educación ambiental e interpretación. Llegué a las Galápagos en julio de 1991 con un contrato de dos años. Me pagan 800 dólares al mes, más la casa: es más de lo que gana un ecuatoriano del mismo nivel, pero ellos tienen primas. Comencé como jefe del departamento, pero el ecuatoriano a quien reemplacé en ese puesto no estuvo de acuerdo: debí renunciar y pasar a estar bajo sus órdenes.

El encargado de la educación en la estación resulta ser entonces un puro producto de la red establecida por el presidente de la FCD, que va de Idaho a las Galápagos, pasando por Costa Rica. El salario de D. Sutherland, como el de la mayoría de sus homólogos estadounidenses o europeos, es modesto, lo que indica una vocación cierta por la conservación. Pero tal vocación no basta para ahorrarse la susceptibilidad de sus colegas ecuatorianos, situación que representa una de las principales limitaciones a la acción de los naturalistas extranjeros de la estación.

Trabajo la mitad del tiempo con los turistas, y la FCD desea que pase más tiempo en ese ámbito, y el resto con la población local, niños y adultos. Es sobre todo mi jefe ecuatoriano el encargado de esa parte, pero yo le ayudo y le aconsejo. Mi trabajo de educación con el sector turístico se realiza sobre todo a través del entrenamiento de guías. Yo coordino la participación de la estación en los cursos de guías –para quienes hay muy pocos cursos de ciencias sociales, solo un poco de manejo de áreas protegidas– dictados en el SPNG, y elaboro el contenido de la interpretación ambiental que los guías utilizarán con los turistas.

Los directivos de la FCD tienden entonces a privilegiar, tanto en materia de educación como en el resto, la promoción de la institución entre los turistas/donantes. Asimismo, la importancia del trabajo realizado con los guías es significativa: ellos constituyen un eslabón esencial de una política conservacionista dirigida a la búsqueda de financiamiento. Finalmente, es lamentable que los guías no recibieran prácticamente ninguna formación en ciencias humanas, cuando los problemas de la conservación del archipiélago, temas que deben abordar con sus clientes, son de origen social: aquí se encuentran una vez más las insuficiencias de una conservación concebida únicamente por naturalistas.

do a través de la radio. Estos son las autoridades, los pescadores, los operadores y la tripulación turísticos, las amas de casa y los agricultores. Pero hasta el momento no existen programas de educación ambiental que sean a la vez sistemáticos y adecuados. Sin embargo, me parece que la educación es el único medio, considerando que las leyes no son aplicadas.

La educación debe paliar la deficiencia de las leyes. El problema es que, como la enseñanza no puede ser obligatoria, debe dirigirse a personas que se han establecido como blancos en función de su presumible importancia en la sociedad local y/o de la amenaza que sus actividades representan para la naturaleza. Pero está claro que algunos cursos facultativos no van a impedir que la depredación continúe, de ahí cierto desánimo:

En realidad, nos faltan recursos económicos y humanos, somos bomberos, estamos condenados al fracaso. Por ejemplo, no hay nadie que trabaje en biología marina: ¿qué podemos decir nosotros sobre los «pepinos»...? No hay papel para hacer fotocopias, no hay fax para comunicarse con el exterior, etc. Pero la decisión de despedir al 40% del personal fue buena, así podemos ahorrar un poco de dinero.

Esta constatación severa y desencantada es la misma que realizaron varios responsables de la estación⁴⁸. Pero aquí, D. Sutherland considera, sin ningún miramiento, el despido de la mayor parte del personal subalterno de la institución, es decir de ecuatorianos que viven en Puerto Ayora. Es precisamente esa indiferencia hacia los empleados de la estación, considerados como asalariados de una empresa privada de los cuales uno se deshace sin mayores escrúpulos, la que perjudica a la imagen de marca de la institución entre la población. Meses después de este despido colectivo, en Puerto Ayora se susurraban aún rumores sobre «la guarida de los gringos», y aparecían algunos *graffitis* vengativos en los muros de la ciudad.

En la estación existen muchas tensiones entre extranjeros y ecuatorianos. Es por eso que estoy contento de no haber renovado mi contrato y de irme a fin de año.

48 Así, el responsable del área de botánica en la estación realizó el siguiente diagnóstico apenas un mes después de haber asumido su cargo en las Galápagos: «Tenemos actividades que no responden a un objetivo autónomo sino que están destinadas a cubrir carencias, hacemos lo que los demás –el SPNG– no hacen porque no tienen el personal o los medios y, por tanto, no somos necesariamente competentes y tenemos problemas (A. Mau-champ, comunicación personal, marzo de 1994). Es más o menos la misma lección que había sacado el antiguo responsable científico de la estación, después de cinco años de servicio en las Galápagos: «La estación siempre procuró anticiparse, a fin de no verse amenazada por las autoridades ecuatorianas. Pero se trata de una política de reacción, no de previsión: no hay una política sostenida, somos dependientes de las autoridades ecuatorianas. Reaccionamos ante problemas puntuales y no pensamos en el conjunto como un sistema: realizamos un trabajo de bomberos» (P. Whelan, comunicación personal, junio de 1993).

Estas tensiones se deben a varias cosas. Primero los salarios: los extranjeros ganan más que los ecuatorianos; segundo el idioma: se cometen errores de interpretación, hay malentendidos; y tercero la cultura: por ejemplo, los «jefes» ecuatorianos me reprocharon que haya utilizado papel de borrador (porque no había otro) para los archivos: lo consideraron como una falta de respeto. A los ecuatorianos les gusta el uniforme, no tienen la misma forma de pensar ni de expresarse, buscan siempre un chivo expiatorio en lugar de resolver los problemas, les falta profesionalismo. Finalmente está el nacionalismo: tienen un complejo de inferioridad y rechazan a menudo las ideas expresadas por «gringos» solamente porque provienen de ellos: me lo dijeron abiertamente en el SPNG.

El diagnóstico de D. Sutherland es correcto en muchas ocasiones, pero revela sobre todo un desconocimiento fundamental, por parte de estos «Peace Corps»⁴⁹ de la conservación, del medio en el que van a trabajar. Personas como D. Sutherland hablan español empleando expresiones que parecen sacadas de un manual de lengua para administradores coloniales: el complejo de superioridad de la mayor parte de los «gringos» está tan presente como aquel, inverso, del que acusan a los ecuatorianos. El sentimiento anti-estadounidense latente en un considerable número de latinoamericanos (no se encuentra tal hostilidad de los galapagueños hacia los miembros europeos de la institución) podría entonces complicar la tarea de relaciones públicas que les fue encargada a los responsables de la estación:

Los nuevos migrantes vienen a las Galápagos por dinero. Aquí, no hay sentimiento de comunidad, el individualismo es extremo, no se puede confiar en nadie, yo ya no salgo en la noche después de que se apagan las luces, ya me asaltaron una vez con un cuchillo. Para mí, el pueblo es un lugar agresivo, siempre tratan de hacer pagar más al extranjero. No tengo amigos en el pueblo, salvo uno, ni en la estación, donde la vida social está atomizada, no hay conciencia de equipo. No me adapto aquí, es por eso que me voy. Un extranjero que ha vivido varios años aquí adopta esa cultura galapagueña: me parece que la adaptación cultural funciona de la misma manera que la adaptación biológica, se produce una selección natural.

A través de este testimonio se percibe el carácter de gueto para científicos de los países del Norte que presenta la estación. Es paradójico que sea el encargado del sector de la educación el que se sienta tan ajeno al medio humano en el que debe trabajar. La población siente esta desconfianza y sabe que los miembros de la ONG naturalista la consideran siempre responsable del deterioro de la ecología de las Galápagos:

El principal problema para la conservación es la sobrepoblación causada por la inmigración: todo lo demás es consecuencia de ello, la introducción de especies

alóctonas, la acumulación de desechos, la sobreexplotación de los recursos naturales, etc. Se debería cambiar la Constitución para impedir las migraciones hacia las Galápagos y dejar de subsidiar los servicios públicos.

El turismo selectivo es la solución: reducirá las posibilidades económicas de la población local, muchos se irán y ya no vendrá más gente. Esto va contra mis valores, porque entonces los ricos serán más ricos y los pobres más pobres, pero es un bien para la conservación de las Galápagos, y yo opto por ella antes que por la población, aunque me cueste decirlo. Pero la gente de aquí va a reaccionar duramente, tal vez van a quemar las embarcaciones de turismo selectivo o algunos inmuebles: los galapagueños no se van a dejar quitar todo sin decir nada. Habrá un período de ajuste, de perturbaciones difíciles, pero la población disminuirá.

La sobrepoblación es en realidad el principal peligro para las islas, pero los responsables de la FCD nunca analizan sus causas, ya que tal análisis cuestionaría la política de conservación que ha seguido esta institución por más de cuarenta años. Prefieren «aunque cueste decirlo» y sean cuales sean las consecuencias, poner en práctica la política del «turismo selectivo», que resulta sin embargo ser un rotundo fracaso desde el punto de vista migratorio, mientras que representa importantes ganancias para las empresas de turismo de redes y para las instituciones que participan en él. Se reconoce aquí el esquema liberal aplicado a la preservación de un parque nacional: rechazo a subsidiar los servicios públicos, necesidad de «ajustes», etc. Su principal defecto es no haber comprendido que en las Galápagos la miseria económica de la población local es el peor enemigo de la conservación de la naturaleza.

Educar a la población sobre los beneficios de la conservación es una tarea que debería situarse «aguas abajo» de las medidas sociales y económicas que procuren dar a los habitantes de un área protegida los medios para no atentar contra la integridad ecológica de ésta. De otra manera, esa política que simula integrar a la población a los beneficios obtenidos de la conservación es solamente una estrategia de comunicación dirigida sobre todo a la opinión pública internacional.

La opinión de la población sobre la conservación

La opinión negativa de las personas encuestadas sobre el SPNG y la estación permiten medir el fracaso de la política conservacionista aplicada en las Galápagos: a nivel del archipiélago, a la tercera parte de ellas no le agrada el SPNG, y la cuarta parte no aprecia a la estación. Si bien más del 40% de las personas encuestadas tienen una opinión negativa o no tienen opinión acerca de estas dos instituciones, esto no quiere decir que las otras tengan una buena imagen: estos juicios negativos representan estrictamente lo mínimo, ya que algunas opiniones consideradas como «medias» conllevan críticas, a veces muy severas, que no han sido

consideradas aquí. Las personas encuestadas tienen una mejor opinión de la estación que del SPNG, pero esta ventaja debe ser relativizada por dos razones. En primer lugar, la ONG está menos presente en las islas que su homóloga ecuatoriana, de manera que la quinta parte de las personas encuestadas declararon no conocer la institución o no poder dar una opinión al respecto. En segundo lugar, realicé aproximadamente un tercio de las encuestas presentándome como alguien vinculado a la estación: está claro que, en muchos casos, las personas encuestadas no querían ofenderme hablando mal de la institución que me empleaba.

De manera general, el reproche más frecuente que se hace al SPNG es el de ser una institución burocrática que paga a sus empleados por no hacer nada: «Solo se los ve en el aeropuerto recogiendo el dinero de los turistas», declara un guía de Puerto Baquerizo; «Pasan el tiempo en sus oficinas», agrega el dentista de Puerto Villamil; «Comen como ogros y trabajan como paralíticos» resume una granjera de Santa Cruz. Un gran número de comentarios denuncian también el hecho de que el SPNG saca mucho dinero del turismo, pero que éste va al continente en lugar de beneficiar a las Galápagos, opinión que retoma uno de los temas favoritos de los políticos insulares: se responsabiliza a la institución encargada de cobrar los derechos de ingreso al PNG, de lo que se considera como un saqueo de los recursos del archipiélago por parte de Quito. Finalmente, muchas de las personas encuestadas están descontentas con el hecho de que el SPNG no ayude a la población: estas personas quisieran que esa institución trabaje por el bienestar de los habitantes, lo que revela un desconocimiento de la misión de este tipo de institución pública, aunque también el abandono que sufre la población del archipiélago por parte de las instituciones, conservacionistas u otras.

Esta última opinión es particularmente común en Puerto Baquerizo, cuya población está acostumbrada a aprovechar, en cierta medida, de los beneficios económicos provenientes de las instituciones públicas que se han instalado allí. Es por esta razón que, de todo el archipiélago, son los habitantes de esta ciudad los que peor opinión tienen del SPNG (45%), ya que no ven el beneficio económico personal que podrían obtener de esta institución y esta trabaja recogiendo dinero de un turismo que no les trae ningún beneficio. En Isabela, la contratación de algunos habitantes del lugar por parte del SPNG explica el hecho de que la hostilidad de los encuestados hacia esta institución, aunque marcada (43%), no sea mayor que en Puerto Baquerizo, a pesar de la lucha que libran pescadores de pepinos de mar y guardaparques: es verdad que, a menudo, estos últimos prefieren no sancionar a conocidos en Puerto Villamil. Sin embargo, sus controles episódicos, sumados a la política restrictiva del gobierno, son suficientes para que se cristalice en contra de ellos el resentimiento de una población desamparada. En las zonas rurales, las visitas de guardaparques son tan raras que su institución es vista con indulgencia, cuando no provoca simplemente indiferencia o sorpresa: «No sabemos lo que hacen, dicen que protegen a estos pájaros para el futuro»,

me contaba un campesino de Floreana, refiriéndose a la campaña de protección del petrel hawaiano, que se llevaba a cabo en la isla en ese entonces.

Las opiniones negativas sobre la estación, a nivel de las Galápagos, se deben básicamente al hecho de que las personas encuestadas perciben la falta de interés de los naturalistas por los habitantes: «Prefieren los animales a los hombres» es una frase que se repite muy a menudo en los comentarios sobre la ONG. Se reprocha entonces al personal de la estación el vivir apartado de la población, el no buscar contacto con ella, el dar siempre prioridad a la conservación, sin proponer jamás soluciones alternativas, el «prohibir todo»... Entre las personas más instruidas, estos reproches adquieren a menudo una connotación nacionalista: «Están controlados por el extranjero», «Es una guarida de gringos», «Deberían contratar solo ecuatorianos», etc. Finalmente, los vínculos entre la estación y las grandes empresas de turismo también son blanco de las personas encuestadas, en particular en Puerto Ayora, donde tales vínculos son más visibles.

Pero al mismo tiempo, y paradójicamente, es la imagen científica de la estación la que le hace merecedora de cierta indulgencia por parte de los interrogados: le reprochan sobre todo por no poner sus supuestos conocimientos al servicio de la población de las Galápagos, para que esta pueda vivir mejor dentro del PNG. Es por ello que la mayoría de las personas encuestadas que conocían la estación se mostraron agradablemente sorprendidas cuando me presentaba como parte de ella: era la primera vez, me decían, que la estación se interesaba en los humanos... El único verdadero punto delicado para la estación es Isabela, donde las dos terceras partes de las personas entrevistadas le profesan un odio feroz, por ser considerada responsable de la prohibición de pescar pepinos de mar.

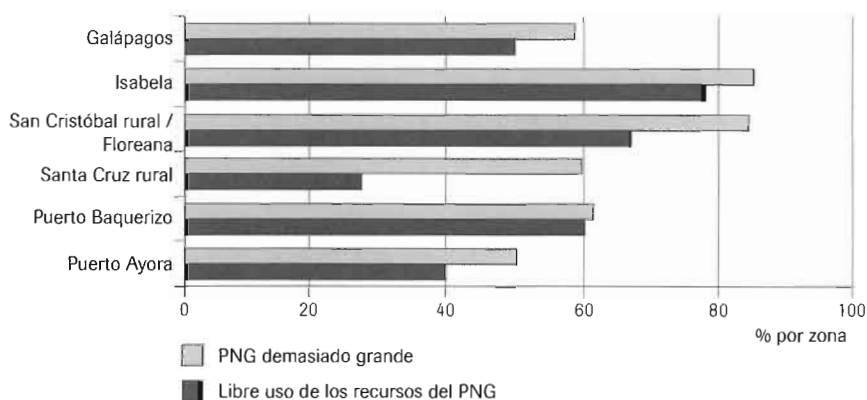
Tomando en cuenta todos los sesgos mencionados en las opiniones recogidas sobre estas instituciones, el criterio de las personas acerca de la superficie del PNG y la libertad de utilizar los recursos que se encuentran en él es más instructivo (véase la figura 32).

A nivel de las Galápagos, la mitad de los entrevistados quisiera poder usar libremente los recursos del PNG, y un 60% de ellos lo consideran demasiado grande.

Al poner énfasis en la superficie y en los recursos naturales del espacio «protegido», la pregunta pretendía tomar el pulso del sentimiento territorial de la población insular. Está claro que esta última estima que necesita más espacio y que reivindica, en referencia al PNG, lo que M. Godelier (1984) define como la posesión de un territorio: un

derecho de acceso, de control y de uso relativo a los recursos que se encuentran en él.

Figura 32
Encuestados que consideran demasiado grande el PNG y/o
desean un libre uso de los recursos que en él se encuentran



Fuente: encuestas personales
 Galápagos: N = 214; Isabela: N = 15; San Cristóbal rural y Floreana: N = 14; Santa Cruz rural: N = 15;
 Puerto Baquerizo: N = 64; Puerto Ayora: N = 106
 Tasa de respuesta a las dos preguntas: 100%

Después de cuarenta años de existencia del PNG y de un tiempo similar educando a la población, esta última distingue entonces el espacio «protegido» del que está reservado para la colonización —era el objetivo de los conservacionistas—, pero lo considera también como un territorio a ser tomado: es su fracaso. En efecto, estas respuestas significan que la mayoría de la población insular, al haber sido apartada de los beneficios obtenidos de la explotación legal de los recursos del PNG —es decir del turismo— no comprende cuál es la ventaja de «congelar» esas tierras, que le resultan cada vez más necesarias, considerando el crecimiento demográfico en el archipiélago.

La relación entre las reivindicaciones territoriales en el PNG y la participación de los insulares en el turismo, que varía según las regiones, es muy clara. En Santa Cruz, cuyos habitantes obtienen de manera global más ventajas del turismo, es donde menos personas entrevistadas pretenden ocupar la superficie atribuida al PNG y utilizar los recursos sin limitaciones. Por el contrario, en Isabela, cuya población no obtiene prácticamente ningún provecho de los ingresos turísticos y se ha dedicado por tanto a la pesca de pepinos de mar, hay más personas favorables a una roedura de la superficie del PNG y al libre uso de los recursos que contiene.

374 En las ciudades, la reivindicación de una extensión de las zonas colonizadas viene de la saturación —actual o próxima— de los perímetros urbanos: algunas per-

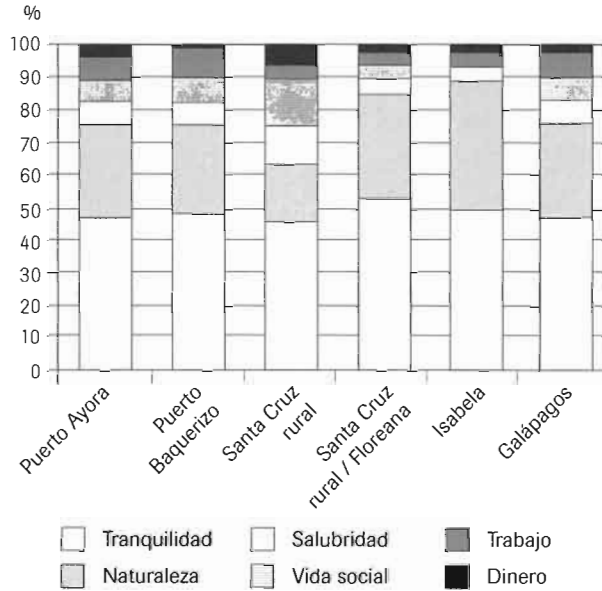
sonas evocan inclusive, en una curiosa recuperación del discurso conservacionista, «los derechos de las futuras generaciones» de disponer de... terrenos donde se pueda construir. En las partes altas, se reprocha al PNG incluir buenas tierras agrícolas y no autorizar a que el ganado paste fuera de la zona agropecuaria. En cuanto a las demandas de libre utilización de los recursos del PNG, la mayor parte se refieren a los productos de pesca de exportación –pepinos, tiburones y langostas– y, con menos frecuencia, a la leña o a la madera para carpintería y a los materiales de construcción.

Las opiniones acerca de las instituciones conservacionistas y las reivindicaciones respecto del PNG permiten realizar dos constataciones. Primero, la conservación de las Galápagos, tal como ha sido practicada hasta hoy, no ha logrado el apoyo de una amplia mayoría de la población local. Segundo, este escepticismo se debe a que la población insular no saca suficiente provecho –peor aún, cada vez menos– de las ganancias provenientes de la explotación económicamente sustentable del PNG. Así, en lugar de mejorar a través de «más educación», que llega a muy poca gente, o «más leyes», que no son aplicadas, o «más dinero», que es malversado, la conservación de las Galápagos irá de mal en peor mientras no se reserve a la población local los beneficios que ella engendra y mientras se permita a los migrantes instalarse libremente en las islas.

Ahora bien, la población local está dispuesta a aceptar una verdadera política de conservación, ya que, a juzgar por las ventajas que las personas interrogadas atribuyen a la vida en las Galápagos (véase figura 33), parecería que están conscientes de la importancia de mantener cierta calidad de vida. En efecto, el 80% de los encuestados estiman que las ventajas de la vida en las Galápagos son sobre todo de orden ecológico –tranquilidad, naturaleza y salubridad–, mientras que los otros tres tipos de respuestas, de orden socioeconómico –dinero, trabajo y vida social– reúnen máximo un 25% de las respuestas. Esta distribución fue una de las sorpresas de la encuesta: por una parte va en contra de los discursos conservacionistas que acusan a la población local de ser hostil a la preservación del medio en el que vive y, por otra, contradice las prácticas depredadoras de estos mismos habitantes.

De esta última información se puede sacar la siguiente enseñanza, que va más allá del caso de las Galápagos y resume lo que debería ser una política conservacionista. Como a cualquier ser humano le gustaría vivir en un entorno que considere agradable por lo menos por una de las tres razones evocadas por las personas interrogadas (tranquilidad, naturaleza, salubridad), esto debería servir de fundamento para construir las políticas de conservación de la naturaleza, ya que su éxito depende ante todo del medio en el que se insertan, es decir de los habitantes. Si estos viven bien en el seno de una naturaleza preservada, en su vida cotidiana y gracias a los ingresos que ella les aporta, la conservación es fácil; si

Figura 33
Ventajas de la vida en las Galápagos según los encuestados



NB: Máximo 2 respuestas por encuestado.
 Puerto Ayora: N = 200; Puerto Baquerizo: N = 98; Santa Cruz rural: N = 27; San
 Cristóbal rural/Floreana: N = 25; Isabela: N = 27; Galápagos: N = 377

sucede lo contrario, es imposible. Así, en las Galápagos, tanto la conservación de la naturaleza como las condiciones de vida de los insulares se deterioran rápidamente.

Las dos figuras anteriores ilustran tanto el fracaso de la política conservacionista en las Galápagos como la esperanza de otro enfoque de la conservación, que preserve a la vez el derecho de esta población a vivir en un entorno que considera agradable y a extraer de él lo necesario para vivir. Esta otra política conservacionista, basada en el espacio en el que viven las especies que hay que proteger y en los recursos que pueden sacar de él los humanos que viven ahí, sin causar daños irreversibles, es de tipo territorial. Se presenta como una alternativa, tan urgente como necesaria, a aquella practicada en las Galápagos, basada en las redes, y cuyos resultados están a punto de tornarse catastróficos.

Conclusión

De la conservación de la naturaleza a la preservación de la geodiversidad

El no poner en perspectiva social e histórica la acción humana en la superficie terrestre —es decir la transformación de la naturaleza en espacio— socava la base conceptual de las políticas conservadoras de protección de la naturaleza. En efecto, para que esta pueda ser viable a largo plazo, es necesario dejar de oponer la «humanidad» al resto del mundo viviente, es decir abandonar la idea que consiste en querer conservar a la naturaleza apartada de los hombres. Sólo un análisis capaz de captar la complejidad de las relaciones entre sociedad, espacio y naturaleza, un análisis que comprenda la globalidad de los fenómenos en cuestión, situándolos en una Tierra transformada en ecúmene, puede servir de fundamento a una política que procure preservar la diversidad terrestre, la de los medios geográficos. El tema de la reducción histórica de las distancias terrestres es uno de los ejes que podría servir para reubicar las diferentes causas del fracaso de la conservación de la naturaleza en las Galápagos, dentro de una reflexión más amplia sobre los usos de la Tierra.

Desde los inicios de la vida, «la biodiversidad ha crecido sin cesar, bajo la presión, cada vez más fuerte, de los diferentes medios terrestres» (Wilson, 1993).

Se conoce desde el tiempo de Darwin que la evolución engendra la biodiversidad, en función de la variedad de los entornos terrestres (Huston, 1996): el caso de las Galápagos demuestra que la especiación geográfica es un «evolucionismo horizontal» (Mayr, 1993). El tiempo necesario para la creación de biodiversidad está entonces parcialmente vinculado a la movilidad de los organismos y por tanto a la configuración de la Tierra: el espacio de la evolución está determinado por un tiempo «natural», el de la migración de las poblaciones vegetales y animales en el planeta y el de sus intentos de adaptación a los biotopos adonde lleguen. Así, por estar las Galápagos aisladas, por ser jóvenes y pequeñas, poseen una biodiversidad terrestre limitada, y son estas mismas características las que han favorecido la especiación geográfica en un archipiélago conocido por sus numerosas especies endémicas.

Ahora bien, después de su descubrimiento, varias redes de usuarios han hecho de las Galápagos un «espacio abierto», integrado al sistema Mundo. Este último ha modificado profundamente el espacio de la evolución, ya que sus redes comunican rápida y regularmente espacios y especies anteriormente separados. La reducción histórica del tiempo de migración favorece a las especies llamadas «oportunistas», capaces de adaptarse rápidamente a una gran variedad de biotopos, es decir las especies que han evolucionado en los continentes. Estas han sido introducidas a las Galápagos a medida que las islas se han ido vinculando al sistema Mundo. La llegada de estas especies alóctonas y su difusión al conjunto del archipiélago ocurren actualmente a un ritmo cada vez más rápido, relacionado con la intensidad de la circulación, por una parte, entre el archipiélago y el resto del mundo y, por otra, entre las propias islas: ciertas especies endémicas de las Galápagos están por tanto amenazadas de desaparición a corto plazo. Así, tanto en estas islas como en otros lugares, la erosión de la biodiversidad es el resultado de la disminución del espacio/tiempo terrestre, ocasionada por las redes modernas de transportes y comunicaciones.

Pero la larga transición del «tiempo natural» de las migraciones de especies al «tiempo real» de las telecomunicaciones de hoy en día también ha transformado radicalmente tanto las relaciones entre la humanidad y la Tierra como aquellas entre los hombres. En efecto, mientras los Estados y la mayoría de las colectividades territoriales tienen una base espacial «areolar» (sucede lo mismo en parte con las sociedades que han creado espacios-redes: véase Bonnemaïson, 1986; Bruneau, 1994), la economía mundial se fundamenta cada vez más en un sistema reticular. Además, la dinámica del capitalismo, ahora superior a la de los sistemas sociales fundados en los territorios «areolares», les impone la obligación de adaptarse a esa economía reticular (Castells, 1998). Esto conduce a la desagregación progresiva de esos territorios, pues los lugares que presentan un interés económico se conectan a las redes del capitalismo –lo que puede conducir a la organización de todo el espacio que abren– mientras que los otros son abandonados¹. Son entonces las sociedades las que pasan, a diferentes escalas, de una base territorial «areolar» a una organización en redes, a fin de favorecer la circulación de los bienes y de las personas entre ciertos lugares², produciendo así espacios reticulares.

1 P. Vidal de la Blache (1921) señalaba ya que «el comercio y la industria» han «ampliado la distancia, cavado casi un abismo entre las regiones comprendidas dentro de la red mundial y aquellas que se le escapan» (1955: 245).

2 La exacerbación contemporánea del individualismo conduce a una atomización social que permite la progresiva reorganización de las sociedades «modernizadas» en redes. La proximidad espacial de una sociedad que comparte un mismo territorio en el cual tienen lugar la mayor parte de sus actividades, es reemplazada poco a poco por un espacio que ha estallado en pedazos y reorganizado por conexiones entre individuos o grupos –es la «socie-

En las Galápagos, esta organización reticular del espacio se aplica tanto al parque nacional como a la mayoría de los centros poblados. Algunas de las redes que transportan los flujos (de personas, de finanzas, de informaciones, de productos, de organismos vivos, etc.) entre el sistema Mundo y las Galápagos, transforman al espacio insular, abriendo su uso, en un «archipiélago fragmentado» en el cual los lugares conectados entre sí y con el exterior están organizados en función más del movimiento que del anclaje, de lo lejano que de lo próximo. Así, los sitios de visita del PNG, el malecón de Puerto Ayora, la estación Darwin o los campamentos de pescadores de pepinos existen solamente por las redes que los vinculan a centros situados en Estados Unidos, en Europa, en el Ecuador continental o en el Extremo Oriente.

Hoy en día, la «mundialización» y la «globalización» de los mercados implican que el desarrollo del capitalismo esté garantizado más por las empresas transnacionales que por las economías territoriales de sus históricos países —centro. Los lugares o los espacios que han mantenido sus especificidades entre las mallas, a veces muy poco densas, de la economía mundial, son casos aislados de arcaísmo, mientras que aquellos que esa economía ha especializado, interconectándolos a través de sus redes, constituyen los «archipiélagos» de la modernidad. La dinámica del capitalismo consiste en formar archipiélagos, transformando la especiación espacial (Brunet, 1986) «arcaica» de un número cada vez mayor de lugares o de espacios, en especialización económica: los «moderniza» integrándolos a sus redes. Pero también ocurre lo contrario, al ritmo de la transformación de las «ventajas comparativas» en el mundo: cuando estos lugares o espacios sufren de obsolescencia económica, se los abandona a la deriva y se vuelven entonces «islas flotantes». Así, independientemente de la escala, el poder político no solo que ya no encuadra el mercado sino que se somete a él, lo que se traduce principalmente en una disminución de su control territorial, en beneficio de las redes económicas³.

En las Galápagos, los numerosos actos legislativos y planes de ordenamiento del Estado ecuatoriano y de las instituciones internacionales —que pretendían limi-

dad de archipiélago» de J. Viard (1994)— que, pudiendo estar alejados, están unidos entre sí por redes a través de las cuales intercambian productos o informaciones, o a través de las cuales se desplazan. Si bien la circulación generalizada de hombres, productos y organismos a través de las redes a escala del globo, permite una eficacia económica inigualada, engendra también numerosos efectos no deseados. La propagación del sida es un ejemplo geográficamente interesante ya que muestra que la reducción contemporánea del espacio/tiempo terrestre modifica las condiciones de la evolución, inclusive a nivel viral, y que tanto la mortalidad como la expansión de este virus son el resultado de la organización reticular de las sociedades modernas (véase M. Grmek, 1995).

3 Un análisis liberal del «fin de los territorios» se encuentra en B. Badie (1995).

tar el crecimiento turístico y reservar sus ventajas prioritariamente a los insulares— no han impedido que las empresas del turismo de redes tomen el control de este mercado, y consigan que se adopten otras leyes que consoliden su hegemonía. En la actualidad, el manejo del PNG responde a las exigencias de estas empresas, y su organización depende de los imperativos de rentabilidad de estas.

Las múltiples redes que unen las Galápagos al sistema Mundo ejercen una influencia dominante en las lógicas de organización espacial de tipo «areolar». En este caso, dichas lógicas rigen la conservación de un parque nacional, la soberanía del Estado sobre su territorio o la autonomía de las colectividades locales: todas estas políticas implican fronteras entre el espacio donde deberían ejercerse y el resto del mundo. En las Galápagos, el fracaso simultáneo del control estatal de una parte del territorio ecuatoriano, del manejo de un desarrollo sostenible por parte de sus habitantes y de la conservación de la naturaleza, son entonces el resultado de la impotencia de los poderes públicos —a escala regional, nacional e internacional— para hacer respetar un cierto cierre del espacio insular, o, lo que es igual, para controlar sus territorios.

Para sobrevivir en un «Sistema Galápagos» tan abierto, a los habitantes, a las empresas y a los representantes locales de los poderes administrativos, políticos o conservacionistas no les queda sino intentar conectarse a las redes que organizan el espacio insular a fin de captar, en su beneficio, una parte de los flujos que allí circulan. Se han dado varios ejemplos: empresarios o familias insulares que implantan redes migratorias que les proporcionan mano de obra barata; la proliferación en el archipiélago de instituciones públicas interesadas en el financiamiento internacional para la conservación; las estrategias de localización de los establecimientos comerciales en el malecón de Puerto Ayora; la pesca de pepinos de mar en Isabela, etc.

La apertura del «Sistema Galápagos» aumenta entonces continuamente, lo que acarrea una dependencia creciente de los insulares respecto de «afuera». Pero estas redes que unen el archipiélago con el exterior han sido establecidas en función de «ventajas comparativas» locales que son solo momentáneas o fluctuantes en una competencia a escala nacional o mundial, ya sea que se trate de empleo, de turismo o de pesca de exportación: esta dependencia es entonces sinónimo, para muchos insulares, de empobrecimiento o de enriquecimiento efímero. Es el caso de los empresarios del «turismo territorial», arruinados por la llegada de las compañías del continente, de los habitantes cuyo empleo se ve amenazado por el bajo sueldo y por la competencia de los neomigrantes, o de los pescadores de pepinos de mar, ricos durante algunos meses y luego endeudados de por vida. Ahora bien, hay dependencia porque, a pesar de la competencia «salvaje» del exterior, una parte de la población depende de esas conexiones para vivir. Cualquier intento por limitar la apertura que provoca también el deterioro acelerado

de los ecosistemas insulares, suscita entonces descontento cuyas manifestaciones más espectaculares fueron una huelga insurreccional y la destrucción deliberada de especies protegidas.

Pero la integración de las Galápagos al sistema Mundo se traduce igualmente en una complicidad de intereses económicos entre los poderes locales y los actores exteriores que controlan las redes entre las islas y los mercados extranjeros: los primeros cobran a los segundos la entrada a sus micro-territorios, el paso por sus ventanillas. Esto es lo que muestran las relaciones entre, por un lado las instituciones públicas y los políticos del archipiélago, y por otro, las empresas de turismo o de pesca; pero también el apoyo que brinda la FCD al «turismo selectivo» y su compensación, el creciente financiamiento de esta ONG por parte de los clientes de las empresas de turismo de redes. El consecuente debilitamiento del Estado es aprovechado por las empresas y provoca la constitución de feudos político-administrativos en el archipiélago, lo que provoca una disminución aún mayor del control público territorial y un correlativo deterioro de la naturaleza insular.

Las empresas más poderosas, a nivel mundial, son aquellas que dominan la tecnología del transporte y las comunicaciones, y que están organizadas en redes. Esta tendencia económica se encuentra en las Galápagos, donde son las empresas de turismo, que dominan conjuntamente las redes de transporte y de comunicaciones entre el mundo y las islas, las que obtienen mayores ganancias, a tal punto que han tomado el control del mercado. Estas empresas hacen circular a sus clientes a través de las redes que integran a agencias de viajes, compañías aéreas y operadores turísticos. Están en capacidad de difundir representaciones del archipiélago acordes con sus objetivos comerciales y pueden, a la inversa, ejercer presiones, en caso de necesidad, sobre aquellos que envían señales diferentes (Grenier, 1996).

La FCD también funciona según la lógica de redes, en lo que se refiere tanto a su financiamiento como a su administración. Esta organización reticular influye en la conservación de la naturaleza practicada en las Galápagos, donde de hecho se privilegia, inclusive dentro del PNG, una preservación de especies *ex situ* que, por ser mediática, se presta mejor a la búsqueda de financiamiento. Pero es también el fracaso territorial de la estación (que cuenta con muy poco apoyo político local o nacional y no tiene ninguna capacidad de control) el que la ha condenado a renunciar a su vocación primera, la protección de un «espacio natural» *in situ*.

El desarrollo actual del capitalismo mediante redes de transporte y de comunicaciones tiene una consecuencia geográfica extremadamente importante: las sociedades que están conectadas a ellas se desprenden cada vez más de la superficie

terrestre. El hecho de que una parte de la humanidad pueda desde ahora moverse rápidamente por el mundo entero contribuye a la banalización de los lugares; y más aún, «esta pérdida de la dimensión del espacio real a favor del tiempo real es una suerte de atentado al tamaño natural» (Virilio, 1996: 57), que conduce a lo que este autor denomina, después de M. Foucault, el «gran encierro» del hombre en una Tierra «mundializada». Así, para la mayoría de los visitantes de las Galápagos, estas islas no son sino un destino turístico más entre todos los que se ofrecen en catálogos de viaje y que cubren una Tierra enteramente accesible para quienes pueden pagar el precio. El poder llegar a las Galápagos en apenas más de veinticuatro horas desde cualquier punto de Europa o de Estados Unidos explica (además del hecho de que se trata, para las empresas turísticas, de ahorrar un tiempo que, hoy más que nunca, significa dinero) por qué se permanece en las islas tan poco tiempo.

No se trata solo de la rapidez y el aspecto masivo de los trayectos turísticos: la banalización de la Tierra es también el resultado de la manera como uno se desplaza. Como ya se ha señalado, las empresas de turismo de redes, incluidas aquellas que pretenden practicar el ecoturismo, hacen viajar a sus clientes en una burbuja. El símbolo de este encierro puede ser el aire acondicionado, pero también está ilustrado por la comida «internacional» que se sirve, los «entretenimientos» musicales o de vídeo, la canalización de los viajes tanto en la ciudad como en los sitios de visita, los rigurosos horarios, la «seguridad» erigida como norma fundamental del «viaje organizado»...

De ahí el ordenamiento del PNG según diferentes modelos de manejo turístico, entre ellos el denominado de «capacidad de carga» que resume el objetivo buscado: garantizar la rotación rentable de un número óptimo de visitantes que funcionan en «tiempo real». Tanto la brevedad de la estadía como la rapidez del paso por los sitios, más fotografiados que realmente visitados, acentúan la indiferencia de los turistas hacia los lugares que recorren. En las Galápagos, la naturaleza ya no puede ser sino «objetivada» por aparatos fotográficos: ha sido reducida a un espectáculo. Al igual que los transportes, las comunicaciones contribuyen entonces a la mercantilización del espacio terrestre, poniendo en escena ciertos lugares para que puedan ser vendidos y consumidos como imágenes. El hecho de que esta representación del mundo sea muy común entre los turistas, se debe a que se trata, en su gran mayoría, de ciudadanos provenientes de países desarrollados, donde la brecha entre los habitantes y el substrato terrestre⁴ —la naturaleza y el espacio— es cada vez mayor debido a la organización reticular de las sociedades: las distancias ya no significan mayor cosa, y los espacios de naturale-

4 Esta idea fue planteada hace mucho tiempo en geografía: Dardel (1952); Le Lannou (1967).

za no cultivados son considerados campos de juego, terrenos baldíos o simples decorados.

De esta malla planetaria formada por las redes modernas de transporte y de comunicaciones resulta un desencanto respecto de la Tierra, pues «esta eliminación apresurada de todas las distancias no trae consigo ninguna proximidad: ya que la proximidad no consiste en la poca distancia» Heidegger, 1954: 194).

Y cuando las Galápagos o la Patagonia se vuelven accesibles para miles de turistas que solo pasan por ahí algunos días entre un avión y otro, o a millones de telespectadores que cambian repetidamente de canal para elegir entre múltiples programas, lo que estos lugares representan para las personas que habitan, trabajan o sueñan en ellos, se desvanece. Esto ocurre porque la singularidad de estos sitios, originada por la distancia respecto del resto del mundo, es abolida: ya no son lugares familiares para sus habitantes o sitios que se vuelven cercanos para quienes se quedan allí después de un viaje, sino productos intercambiables, entregados a consumidores que se renuevan sin cesar. Este encogimiento de la Tierra conduce a la alienación de los hombres, en la medida en que, como lo señala P. Virilio (1996: 43),

la medida del mundo es nuestra libertad. Saber que el mundo a nuestro alrededor es amplio, tener conciencia de ello, aún si no se frecuenta ese mundo, es un elemento de la libertad y de la grandeza del hombre.

A través de estas redes que unen los lugares y los espacios del planeta al sistema Mundo, el capitalismo difunde y sobrepone a las «médiaciones» (véase la nota 24 del capítulo VI, p. 317, Berque, 1990) particulares de los diferentes medios, una «meta-médiación» basada en la concepción utópica de una Tierra reducida a la inmediatez, a la instantaneidad y a la ubicuidad» (Virilio, op. cit.), lo que implica negar su diversidad tanto cultural como biológica. El recordar las condiciones de formación de esa diversidad terrestre puede hacer que se tome conciencia de la necesidad de su preservación.

En biología, el pensamiento poblacional ha demostrado que, en el proceso evolutivo, la unidad crítica es la población, y no la especie (Mayr, 1989, 1993; Wilson, 1988, 1993; Meffe y Carroll, 1994c), ya que la especie es solo una unidad categórica, mientras que las poblaciones que la componen son grupos de individuos que experimentan colectivamente variaciones que son la base del cambio evolutivo y de la adaptación. Al producir biodiversidad, la evolución adapta los organismos a un máximo de hábitats: tiene lugar a la vez a nivel del espacio (por «especiación geográfica») y del lugar (por «radiación adaptativa»). Los pinzones de Darwin son un ejemplo conocido de estos dos procesos evolutivos.

Apliquemos este pensamiento a la geografía. El espacio geográfico, «producto social organizado» y «sistema de relaciones» (Brunet y otros, 1992), depende de la historia: puede aparecer, crecer, reducirse o desaparecer. El lugar es un «punto de la superficie» (ídem), es decir de la Tierra: es, por el contrario, permanente porque siempre está situado en el mismo sitio. Los lugares forman entonces la textura durable, visible y vivida por la población, de la organización social de la Tierra en espacios. Los lugares y su población están determinados por los espacios en los que se encuentran, pero ni los lugares ni la población se reducen a esta determinación. La historia hace los espacios, pero se hace en los lugares: se vive localmente, aún en diversos sitios. Los lugares son entonces los testigos de la adaptación de las diversas sociedades humanas a la superficie terrestre, es decir de su manera de habitar la Tierra; participan así de la humanidad del hombre en la medida en que «ser hombre quiere decir estar en la Tierra como mortal, es decir habitar» (Heidegger, 1954: 173).

Los biotopos y los lugares tienen entonces una importancia primordial en la biología evolutiva y en la geografía. En el primer caso, los biotopos son determinantes en la evolución de las poblaciones que viven en ellos, y en el segundo, los lugares son, a través de los paisajes, las «huellas-matrices» (Berque, 1990) de los usos que hacen de la Tierra las sociedades humanas, sobre cuyas condiciones de existencia revelan información (Dardel, 1952). Las poblaciones –vegetales, animales o humanas– habitan biotopos o lugares que constituyen elementos de los ecosistemas o de los medios. Ecosistemas y medios tienen una dimensión espacial: forman la biosfera o el espacio terrestre, y las relaciones entre ellos a través de las sociedades humanas competen a la geografía.

Al igual que la evolución engendra biodiversidad a partir de la variedad de los biotopos terrestres, la humanidad se ha diferenciado culturalmente desde la prehistoria, habitando la tierra entera (Chavaillon, 1996). La biodiversidad y las culturas resultan entonces de una adaptación de las poblaciones a la diversidad terrestre (Vidal de la Blache, 1921) o, en otros términos, de su «especiación geográfica». Esta última, para realizarse y perpetuarse, supone tiempos particulares, «natural» en el caso de las especies, «histórico» tratándose de las sociedades, tiempos que están inscritos en esos lugares y en sus poblaciones. La disminución de la especiación geográfica por la conexión de un número cada vez mayor de lugares al sistema Mundo, así como la organización reticular de los espacios que resulta de ella, corroen tanto la biodiversidad como la diversidad cultural a nivel del globo.

Así, es la inclusión de todo el planeta en el espacio del capitalismo lo que incrementa la entropía biológica y cultural. La entropía es un concepto que permite captar la contradicción entre crecimientos económico y demográfico indefinidos y los límites de la Tierra (Georgescu-Roegen, 1993): esta última debe consecuen-

temente considerarse como un sistema cerrado, para la humanidad y todos los seres vivos (Grinevald, 1993). Tal entropía, aplicada a los biotopos y a los lugares, significa la destrucción o la alienación de un número cada vez mayor de ellos: se vuelven inhabitables para muchos seres vivos y sus paisajes pierden sentido para sus habitantes humanos.

Lo que el hombre destruye en especies, paisajes o culturas no será reemplazado: el carácter irreversible de este proceso antrópico/entrópico debería desembocar en la conciencia de que la Tierra es un conjunto cerrado, donde cada lugar tiene un valor (Berque, 1993), porque es una combinación única y no reproducible de la biosfera y del espacio de las sociedades, en un momento dado de la historia. En efecto, lo que desaparece o corre el riesgo de desaparecer son ecosistemas y medios singulares, constituidos por lugares cuya extensión varía y cuyo número se desconoce pero es necesariamente limitado, ya que están situados en la Tierra.

Se puede entonces definir la «geodiversidad» como la suma de los lugares terrestres que permiten la perpetuación de los procesos de diversificación tanto biológicos como culturales por «especiación geográfica», según un tiempo natural o histórico propio a esos lugares y procesos. La protección de las especificidades que constituyen la singularidad de cada lugar que forma esa geodiversidad es la condición de la habitabilidad a largo plazo de la Tierra por parte de todos los seres vivientes, incluida la especie humana. Una geografía que sirva para «descifrar» la Tierra permitiría inventariar el «patrimonio de habitabilidad» del planeta y proponer soluciones, caso por caso y en relación con otras ciencias del hombre y de la naturaleza, para preservar esta geodiversidad.

El *Homo sapiens* es inseparable de las otras especies, ya que todas dependen de leyes biológicas (Malinowski, 1970) y son el resultado de una misma evolución, que las ha diferenciado, produciendo así biodiversidad⁵. Pero la humanidad no se reduce al funcionalismo biológico: si bien está constituida como tal por su atracción hacia los seres vivos en su diversidad (Wilson, 1984), se define también por su permanente invención de nuevas formas culturales, es decir de medios diferenciados.

Hemos llegado a un estadio de la historia en el que la dicotomía naturaleza/humanidad ha sido abolida: ya no hay «naturaleza» sino una sola Tierra, en la cual

5 «Después de la revolución darwiniana, que es sin duda una herida narcisista para la cultura occidental tan terriblemente antropocéntrica, la conciencia ecológica reconoce que somos parte de y estamos dentro de la biosfera, al igual que las demás especies que forman, en una inmensa simbiosis aún muy poco apreciada, la extraordinaria biodiversidad de la Tierra» (Grinevald, 1993: 29).

la humanidad tiene el poder de hacer desaparecer toda forma de vida, o por lo menos la mayor parte de las especies, entre ellas a sí misma. Ya no se trata entonces de «conservar la naturaleza», sino de salvaguardar la biosfera, y a nosotros con ella, comenzando sin duda por ciertos lugares calificados como «Patrimonio de la humanidad», entre ellos las Galápagos...

Esto implica en primer lugar oponerse a todo aquello que tiende a disminuir la singularidad del lugar a protegerse, y por tanto reducir la accesibilidad, disminuyendo los flujos de migrantes, de turistas, de dinero, de especies, de productos marítimos, etc. que circulan por las redes que unen las Galápagos al sistema Mundo, o incluso desconectando parcialmente a las islas de ese sistema. Esto supone entonces la rehabilitación de lo político, ya que se trata de establecer barreras filtrantes, controladas por el poder público, entre el lugar a protegerse y el resto del mundo. En las Galápagos, la salvaguarda de un patrimonio de la humanidad debe ser responsabilidad de una institución internacional que cuente con medios no solamente financieros, sino políticos. Esto exige por tanto reconstituir un territorio, ya que el lugar a protegerse ya no está reservado a la conservación de la naturaleza, sino a la preservación de la geodiversidad. En lugar de tener un parque nacional deshabitado pero conectado a redes que lo abren de hecho a usuarios exteriores, se debe poder vivir en las Galápagos en simbiosis con dicho parque: las ganancias de la explotación de los recursos insulares deben beneficiar prioritariamente a sus habitantes, cuya cantidad debe ser limitada. Esto significa finalmente recuperar el tiempo perdido, aquel del lugar a protegerse, imponiendo por ejemplo una duración mínima para la estadía de los visitantes en las Galápagos, lo que sería un primer paso hacia la constitución de un ecoturismo territorial.

Hacer lo necesario para que las Galápagos sigan siendo o vuelvan a ser islas, es participar en la cultura de la geodiversidad, preservando así el patrimonio de habitabilidad de la Tierra para la humanidad futura.

Epílogo

Las Galápagos diez años después

Pareció necesario agregar un capítulo a esta edición en español¹ pues en diez años la geografía de las Galápagos ha cambiado mucho...: los cambios son visibles en todas partes, mientras ciertas tendencias analizadas en este libro se han acentuado considerablemente. Este capítulo, corto por definición, está basado en una misión de investigación de cuatro semanas efectuada en las Galápagos en abril y mayo de 2005², sumada a una estadía de cinco semanas como consultor en junio y julio de 2001³: en total, dos meses en el archipiélago a cuatro años de intervalo. Por falta de espacio para la redacción y de tiempo para la investigación, no se trata de efectuar aquí un inventario exhaustivo de los últimos diez años en las Galápagos. Afortunadamente varios trabajos de calidad en ciencias sociales han sido realizados en estos últimos años: aportan luces útiles sobre temas que sólo evoco y que incluso no trato en lo absoluto.

No obstante, dos elementos justifican agregar este capítulo. Por una parte, durante estos últimos diez años he efectuado investigaciones similares a las de que trata esta obra: en la península de Osa en Costa Rica, en la isla de Pascua y en el litoral sudoeste de Madagascar. Allí, como en las Galápagos, la protección de la naturaleza o de los «paisajes culturales» enfrenta dificultades en espacios que son sin embargo emblemáticos de la conservación mundial, que estuvieron largo

-
- 1 El libro que este capítulo inédito cierra fue primeramente una tesis de doctorado defendida en la Universidad de la Sorbona a fines de 1996, al cabo de 4 años de investigación, de ellos 18 meses en las Galápagos; la tesis fue publicada en París, en una versión más corta, por el IRD (Grenier, 2000).
 - 2 Esta misión, financiada por el IFEA, me permitió viajar a Santa Cruz, Isabela y San Cristóbal, donde recorrí las zonas agrícolas y las ciudades. Pude observar paisajes y escenas de vida, reunirme con algunas personas y recoger una cantidad apreciable de documentos bibliográficos y estadísticos.
 - 3 Para un programa de la televisión francesa (France Télévision 3, *Thalassa*, Escala en las Galápagos, difundido el 17 de enero de 2002), pude hacer una breve estadía en Puerto Ayora antes de pasar algunos días en Puerto Villamil, y luego seguir a los pescadores de pepinos de mar en Fernandina, patrullar a bordo del *Sirenian* del Sea Shepherd/SNPG al oeste del archipiélago, participar en un crucero turístico a bordo del Santa Cruz de Metropolitan Touring e ir a Puerto Baquerizo a reunirme con las autoridades navales y el capitán del *Jessica*.

tiempo aislados y ahora son «abiertos» rápidamente por procesos ligados a la globalización: turismo, migración, explotación forestal, pesca de exportación (Grenier, 2002a, 2002b, 2003b, 2005). La experiencia acumulada en esos otros terrenos compensa en parte, al permitirme comparar, lo que no «viví» en las Galápagos como investigador en estos últimos diez años.

Por otra parte, el interés principal de mi trabajo sobre las Galápagos radica en la actualización de un sistema geográfico para cuya dinámica general planteo la hipótesis de que, pese a la evidente evolución de sus elementos, sigue siendo básicamente idéntica a la estudiada hace diez años. Esta dinámica no era por cierto sino la continuación de un proceso iniciado en el siglo XIX, con una notable aceleración a partir de la creación del parque nacional en 1959: la apertura de un archipiélago que antes evolucionaba casi totalmente aislado. Las consecuencias de ello son el deterioro de las condiciones de vida de una buena parte de la población local y fuertes presiones sobre los ecosistemas insulares. Se trata entonces, para comprender las Galápagos de hoy en día, de ver si esta hipótesis es aún válida.

Para ello comenzaré por exponer los cambios observados en las Galápagos diez años después de haber terminado mis primeras investigaciones sobre el archipiélago. En efecto, según el geógrafo A. Berque (1990), los paisajes son las «marcas y las matrices» de las sociedades y revelan sus «medios geográficos», es decir sus «relaciones con el espacio y con la naturaleza». Ahora bien, lo que revelan los paisajes antropizados de las Galápagos de hoy en día es a menudo de una banalidad que confunde, que expresa un medio similar al del continente vecino. Luego me interesaré por el juego de los actores geográficos (la población y sus representantes políticos, el Estado y sus instituciones, las empresas, las ONG, etc.), por la acción de quienes, literalmente, hacen la geografía de estas islas inscribiendo signos en esta parte de la Tierra, es decir produciendo y organizando el espacio del archipiélago en función de sus usos y sus representaciones. El análisis de la Ley Especial de 1998, evento mayor del último decenio en las Galápagos, permitirá ver cuáles son las fuerzas presentes hoy en día: el porvenir de las islas depende de esos actores. Terminaré estableciendo un rápido diagnóstico de la situación geográfica de las Galápagos actuales y estudiando en especial su grado de apertura al mundo exterior, antes de proponer algunas pistas de reflexión para contribuir a limitar la degradación continua de la conservación del archipiélago.

Este enfoque es geográfico en el sentido de que es primeramente un análisis espacial. Las Galápagos son un espacio geográfico, es decir una porción de la extensión terrestre transformada y organizada, en órdenes de magnitud que van de lo local a lo mundial, por sucesivos actores geográficos a lo largo de la historia. El espacio geográfico es consecuentemente un producto social resultante de un proceso histórico acumulativo: los paisajes conservan las huellas de los espacios que

se han «acumulado» en un mismo lugar. Un espacio geográfico dado está incluido en espacios de mayor dimensión y se superpone a otros espacios de dimensión variable; y todo espacio –salvo el espacio local– comprende espacios de magnitud inferior. Así, un espacio está constituido de «estratos» de espacios más o menos antiguos y numerosos, producidos por actores presentes o pasados, locales o lejanos: el conjunto forma un sistema geográfico. Este sistema determina a la vez cada espacio y su situación, que evoluciona en función de los actores geográficos y de la historia: si bien las Galápagos estuvieron mucho tiempo aisladas ya no lo están desde hace por lo menos medio siglo. Contrariamente a la posición de un punto o de una extensión, absoluta y permanente por estar determinada por su longitud y latitud, la situación de un lugar o de un espacio es relativa y cambiante. El problema de la conservación de las Galápagos puede resumirse en la contradicción entre la posición aislada del archipiélago, que ha permitido el surgimiento de endemismos por especiación geográfica, y su situación actual, en la que su creciente apertura pone en peligro la preservación de su singularidad.

Paisajes de apertura

La modificación de las Galápagos durante los últimos diez años es visible ya desde el aeropuerto de Quito. Otrora de aspecto provincial, este ha sido modernizado, signo de la importancia del turismo para la economía ecuatoriana. Al ver los pósters que decoran la sala de espera, se entiende que las Galápagos representan más que nunca la principal atracción turística de Ecuador: las fotografías de los paisajes y animales emblemáticos del archipiélago son mucho más numerosas que las de los volcanes andinos o de la selva amazónica. El entusiasmo por las Galápagos es explotado de diversas maneras. Así, por ejemplo, la carlinga adornada con pinturas de iguanas y fragatas de este avión perteneciente a una compañía ecuatoriana creada hace algunos años: Aerogal... Aunque esta no presta servicio únicamente al archipiélago, el mensaje es claro: el nombre y las imágenes de las Galápagos, universalmente conocidos, son un vector de publicidad.

Otra novedad: antes de tomar el avión a las islas, el pasajero debió someter su equipaje a la inspección de los funcionarios del SICGAL –Sistema de Cuarentena de las Galápagos– quienes además pasan las valijas por rayos X. Carteles en español y en inglés proclaman que este organismo es «la primera línea de defensa del archipiélago»: en este caso no se trata de amenazas terroristas, sino de una lucha contra la invasión de las islas por parte de especies alóctonas. Finalmente, última sorpresa al momento de llegar al avión: el antiguo Boeing 727 de TAME que viajaba a Baltra ha sido reemplazado por un Airbus A320, con un número de espacios muy superior pero igual de lleno que su antecesor. Tres de estas cuatro observaciones son indicios de una apertura creciente del archipiélago: la tendencia general es pues evidente, incluso antes de poner un pie en las islas.

En Baltra, todo está mejor organizado que antes para canalizar los flujos de pasajeros hacia la ventanilla del SNPG donde se les explica el destino del dinero que pagan. En la pared de la sala de embarque un cartel bilingüe detalla, en porcentajes, cómo se reparte, entre las diferentes instituciones, la tasa de entrada al Parque Nacional, que pasó de 40 a 100 dólares para los extranjeros. Únicamente la mitad de las sumas percibidas de los turistas contribuye directamente a la conservación de las Galápagos. El resto está destinado a diversas instituciones políticas y administrativas del archipiélago (véase más adelante). La interminable espera del autobús para Itabaca en cambio sigue siendo la misma. Como si este desprecio hacia los viajeros que van a Puerto Ayora por vía terrestre, en relación con la premura con que se atiende a los turistas llevados directamente en los barcos de crucero anclados en Baltra, sirviera para preparar los ánimos para la construcción de un puente sobre el canal, obra reclamada por ciertos sectores económicos de la isla desde hace aproximadamente diez años⁴. En Santa Cruz es notable de entrada que el tráfico por carretera ha aumentado considerablemente: mientras en otros tiempos pequeños autobuses que se ahogaban escalaban penosamente el camino de tierra que lleva a las alturas de la isla antes de virar hacia la ladera sur, hoy en día uno es conducido en grandes autobuses climatizados que devoran rápidamente la vía asfaltada.

En la parte alta la carretera rodea al Cerro de las Antenas, como ahora se llama en Puerto Ayora a un elemento nuevo del paisaje, testimonio de que la isla está actualmente muy bien conectada al mundo exterior a través de las telecomunicaciones. Otra novedad es el puesto de control instalado por el SNPG a la salida del recinto de Santa Rosa, prueba de un creciente esfuerzo de vigilancia por parte de la institución conservacionista. Lo más sorprendente es sin embargo el aspecto del pueblo de Bellavista, en particular el tramo de carretera que lo separa de Puerto Ayora. Ese pueblo, adormecido hace diez años, se ha convertido en un arrabal de la capital económica del archipiélago: a lo largo de la vía se extienden lotizaciones cuyas calles están todas asfaltadas. El asombroso desarrollo de los transportes en Santa Cruz da la posibilidad a sus habitantes de efectuar movimientos pendulares entre la ciudad, donde trabajan, y las alturas, donde residen. ¿Para cuándo los embotellamientos de las 6 de la tarde en las Galápagos?

Pero como lo señala ese rótulo en inglés que pondera los «Galápagos Gardens», una serie de terrenos con vías de acceso y destinados a la venta, las alturas de San-

4 «Puente para unirnos a Baltra» es el titular de la primera página de la edición de diciembre de 1998 de *El Colono*, la revista mensual de las Galápagos; según el artículo, este proyecto cuenta con el apoyo de «varias organizaciones sociales del cantón así como de pobladores» y se agrega que «entre los beneficios del puente están la comodidad para los usuarios de las aerolíneas, porque se ahorrará tiempo»...

ta Cruz no están reservadas únicamente al excedente de habitantes de Puerto Ayora. De hecho, esa parte es presa de una fiebre de especulación inmobiliaria: en todo lado se venden terrenos y los precios aumentan rápidamente. Los clientes son personas que no han podido encontrar un terreno o una casa que comprar en Puerto Ayora, cuyo perímetro urbano está ahora saturado y donde los precios son sumamente elevados, o una rica clientela afuerña que hace construir allí residencias secundarias, para lo que no se exige tener un permiso de residencia permanente en las Galápagos.



El cerro de las Antenas, cubierto de moras y la carretera trans Santa Cruz

La llegada a Puerto Ayora también sorprende: en lugar de bajar hasta el malecón, la terminal de antes, el autobús se detiene a la entrada de la ciudad ante un monumental edificio en cuya cima está inscrito, en grande «Terminal terrestre de Santa Cruz» y en pequeño «obra de la Municipalidad de Santa Cruz»: la imitación del modo de vida continental es llevada al extremo. Los pasajeros bajan entonces del autobús para tomar una serie camionetas que esperan haciendo cola, con el motor encendido: es a este tipo de obras, entre otras, a las que se destina el dinero de los turistas que ingresan al Parque Nacional de las Galápagos.

Puerto Ayora ha sufrido una metamorfosis: el número de habitantes, la extensión del perímetro urbano y el asfaltado completo de las calles, la modificación de las edificaciones y la cantidad de vehículos hacen que merezca hoy plenamente su nombre de ciudad. Ahora son las transnacionales de las telecomunicaciones, Bellsouth y Porta, las que dan la bienvenida a Puerto Ayora (véase el capítulo VI): ¿es acaso una señal de la desmaterialización de una economía insular



Albañiles en Puerto Ayora: muchos son migrantes recién llegados.

cada vez más orientada hacia los servicios?... Sea como fuere, la televisión –canales locales, por cable y por satélite– ha inundado las Galápagos y las centrales de llamadas telefónicas y los cibercafés florecen en Puerto Ayora, donde por cierto todos los que pasan poseen al parecer un teléfono móvil... Parece increíble que hace una decena de años había que esperar largo tiempo en la central telefónica de Puerto Ayora para lograr una comunicación deficiente con el exterior del archipiélago.

Las edificaciones de la calle principal, o «eje continental», se han densificado considerablemente: ya no se observan espacios vacíos y las construcciones crecen más bien hacia lo alto, superando a menudo los tres pisos que singularizaban antes al edificio de la sucursal de TAME, construido en 1994. En todas partes de la ciudad, alrededor de hormigoneras hay albañiles atareados, cuya calificación profesional que les abrió oficialmente la puerta de las Galápagos no debe ser muy elevada. La estación de servicio, aunque permaneció en el mismo lugar, nada tiene que envidiar a las que se encuentran a lo largo de las grandes carreteras del Ecuador continental, e incluso de Norteamérica o de Europa: ciertamente Puerto Ayora dispone ahora de una vía perimetral, marca de su estatus urbano...

Hoy en día habría alrededor de mil vehículos en Santa Cruz; nadie sabe exactamente cuántos. Los taxis en especial circulan en fila india a lo largo de las calles principales tocando la bocina para señalar que están libres; una encuesta en las cuatro cooperativas de transporte terrestre de la isla revela que habría cerca de



Taxis en Puerto Ayora, al frente de una «institución» de Galápagos, el supermercado Proinsular

400 en la isla... «La gente ya no camina», suspira una antigua habitante, «¡se da cuenta, toman taxi para ir del muelle al banco!»... Ahora se debe tener cuidado antes de cruzar una calle: las Galápagos son modernas.

Fuera de algunas nuevas *boutiques* de *souvenirs*, el malecón no ha cambiado enormemente pues, siendo desde hace mucho tiempo la parte más codiciada de la ciudad, ya no se encuentran allí terrenos libres. Hay sin embargo algunos cambios de propietarios como en el caso de la desaparición de la pequeña pensión Angermeyer –cuyo rótulo se ha conservado pues el nombre hace vender– reemplazada por un hotel de lujo, prueba de que en las Galápagos puede existir un turismo de alta categoría en tierra. De ello da testimonio igualmente la apertura de un palacete en la parte alta de Santa Cruz, del que se dice que, construido en el piso de la garúa, ha encolerizado a ciertos clientes que han pagado muy caro por una vista sobre la... neblina. Pero la parte del malecón cercana al puerto ha sido «acondicionada», dotada de un parque y de estatuas de animales de cemento, entre ellas ese enorme albatros que proclama: «el mar es nuestra vida»; el muelle municipal está coronado por mástiles que imitan a los de los veleros (pero nadie allí navega a vela) y el de los turistas ha sido equipado con un kiosco de *souvenirs* y un cobertizo. En cuanto a la cancha de «ecuavolley», ampliada, sirve por la noche de circuito a pequeñas motocicletas ruidosas, mientras a dos pasos de allí, un pequeño tren de vagones decorados con cabezas de Mickey iluminadas con focos verdes y rosados transporta a familias enteras de habitantes locales



El malecón de Puerto Ayora ; a la derecha, un nuevo hotel de lujo

(ni un solo turista) en una estruendosa carrera por el malecón. ¿Qué mejores símbolos de las Galápagos de ahora?

La parte posterior de la ciudad es irreconocible. Todo está ocupado, grandes villas de varios pisos se alzan al lado de casitas más o menos acabadas, un enorme coliseo de hormigón —obra del Consejo Provincial: es otro de los destinos de la tasa de entrada al PNG— ocupa lo que antes era un terreno baldío. Al Norte, Puerto Ayora parece incluso haber superado los límites del perímetro que le estaba asignado. Las últimas casas de estos nuevos barrios están construidas al pie del barranco oriental que es al parecer el único capaz de frenar esta marea de cemento: no son sino casuchas de bloques y con techos de zinc, en permanente construcción. Aquí no todas las calles están pavimentadas, pero el asfalto no está lejos. Es evidente que los hijos de estos habitantes no tendrán lugar en Puerto Ayora y que la urbanización de la parte alta tiene un gran futuro por delante.

Las respuestas de los habitantes de estos nuevos barrios son idénticas a las obtenidas hace 10 años de sus homólogos: la instalación de estos migrantes en las Galápagos proviene de la misma voluntad de salir de la miseria que reina en el continente y, más aún, de huir de la violencia de una sociedad ecuatoriana en pleno desamparo. Así, a la pregunta «¿cuál es la principal ventaja de la vida en las Galápagos?», los encuestados responden, ahora como antes: «la tranquilidad». Es efectivamente la permanencia de las razones de migrar lo que determina una parte de los cambios observables en las islas. Estas migraciones se siguen operando

a través de redes comunitarias, lo que plantea un nuevo problema a Puerto Ayora, donde ahora se escucha a menudo hablar quechua en las calles: el desarrollo, a medida de que crece la comunidad Salasaca en las Galápagos, de un racismo anti indígena similar al que reina en el continente.

Habría alrededor de mil Salasacas en Santa Cruz, donde encuentran trabajo en la construcción, la manutención, los servicios domésticos y turísticos; viven en un barrio que se asemeja a un gueto y ya en 1996 crearon una asociación comunitaria. Con un racismo asumido, los galapagueños de cepa sostienen que todos los Salasacas se parecen, se prestan su cédula de identidad...: utilizando información incompleta sobre su situación civil, todos pretenden tener familia en las islas, a la que van a visitar; una vez allí, es fácil que los servicios de control de migraciones los olviden.

Cuando, al subir a un taxi, pido al chofer conducirme «a la Estación», se dirige hacia la estación de servicio, en la dirección opuesta. Me informa que no vive en Puerto Ayora sino desde hace tres meses e ignora todo sobre la Estación Darwin: impensable en otra época, me aseguran que esta ignorancia es ahora común. Así, la importancia pasada de la Estación en la vida de Puerto Ayora se ha diluido en el crecimiento urbano... El camino que lleva a ella está asfaltado como el resto de la ciudad y ya no se encuentran peatones en ella, salvo algunos grupos de turistas. La Estación ha crecido: el antiguo edificio donde funcionaban apretadamente todos los servicios administrativos ahora acoge solamente a la contabili-



Un barrio nuevo de Puerto Ayora

dad. Al lado se levanta una flamante construcción, fruto de la generosidad de los múltiples donantes institucionales o particulares cuyos nombres están debidamente inscritos en una placa a la entrada. Allí funcionan ahora las oficinas del director y del resto de la administración y además la sucursal local de la poderosa ONG ambiental Conservation International.

El edificio del laboratorio de biología marina, «Biomar», que permaneció cerrado durante toda mi estadía en las Galápagos, acoge actualmente a una media docena de investigadores y estudiantes, extranjeros y ecuatorianos; el equipo de buceo es sumamente moderno y los microscopios impresionantes: es evidente que el presupuesto de la Estación ha aumentado considerablemente en los últimos diez años. Asimismo, el edificio de las ciencias Thomas Fischer se ha vuelto operacional y acoge a investigadores de la Estación y visitantes: se trata de una verdadera colmena cuya actividad contrasta con la morosidad de los años 1993-1994; en cuanto al Hall Van Straelen, destinado a los turistas, ha sido modernizado y los llamados a donaciones se realizan ahora a través de un pequeño filme con imágenes edificantes... No hay grandes cambios en el espacio del SPNG, a no ser la informatización generalizada y el aire acondicionado, así como la construcción, a proximidad de las oficinas de la administración, de una nueva serie de edificios: allí funciona el Departamento de Recursos Marinos, uno de los principales servicios del SPNG, así como la sucursal de la WWF en las Galápagos.

Dos lugares más para ilustrar los cambios que se han producido en Santa Cruz en el último decenio. En la parte alta, ya sea en el piso de las miconias, o un tan-



to más abajo, en el Cerro de las Antenas, las plantas introducidas –sobre todo la chinchona (árbol de quinina) y la mora– han cubierto literalmente el paisaje. Sin embargo, el SPNG no ha escatimado esfuerzos en tratar de arrancar o envenenar los árboles de quinina en la zona del parque, pero tales esfuerzos son insuficientes: del lado del parque ciertamente los terrenos han sido más o menos librados de esa planta introducida y allí se ven crecer miconias con un vigor recobrado, pero del otro lado de la barrera, en la zona agrícola, los campesinos han bajado los brazos cediendo el lugar a la chinchona. Así, el sendero que separa al parque nacional de la zona agrícola está sembrado de brotes de árboles de quinina, aunque el SPNG terminó de «limpiar» el sector menos de un año atrás. En otras partes se adivinan antiguos pastizales debajo de la marea verde e informe de morenas. El abandono de las actividades agrícolas en la parte alta es en parte responsable de esta invasión, pues las tierras que ya no son cultivadas y no son vigiladas ofrecen un espacio inmediatamente ocupado por las especies oportunistas.

A primera vista, el paisaje del Barrio de los Alemanes no ha cambiado mucho, aún está libre de los vehículos y del ruido de Puerto Ayora. Sin embargo, la práctica del «barco-stop» para llegar al otro lado ha desaparecido pues ahora unas pangas amarillas, los taxis de Academy Bay, cobran 50 centavos de dólar por realizar la travesía. La capitanía ha impuesto que se lleve chaleco salvavidas para circular a bordo de estos taxis-panga: durante el día todo el mundo lo utiliza, pero en la noche nadie lo hace... Lo visible y lo invisible estructuran la sociedad y el espacio de las Galápagos en sus más mínimos detalles. Por cierto ya no existen pangas de propiedad de los habitantes del barrio, amarradas a los rocas del barranco, pues sus antiguos dueños, en su mayoría los pioneros europeos del lugar, han fallecido, están muy viejos para continuar utilizando sus barcas, o se han mudado ya que, a su gusto, el barrio ha cambiado demasiado. Es entonces el fin de una época, aunque también de un espacio, lo que se revela en estas pequeñas modificaciones del paisaje. Así, sobre el barranco, la villa de Karl Angermeyer, fallecido, ha sido transformada en restaurante...; y la Cueva, el antro de Gus Angermeyer, ha sido reemplazado, después de su muerte, por una construcción destinada a ser hotel: el fascinante caos de huesos de ballena y de tótems de madera proveniente de troncos recogidos en la playa ha sido sustituido por alamedas encementadas que se cortan en ángulo recto... El fin de la Cueva de Gus simboliza la normalización de las Galápagos.

En el barrio han crecido nuevas villas, algunas con aspecto de «nuevo rico»: ¿en Puerto Ayora como en Miami Beach...? El hotel Delfín, que se ha transformado en «*ecolodge*» de lujo, ha sido rebautizado como «Finch Bay Hotel» por su nuevo propietario, Metropolitan Touring, y dotado de una gran piscina a dos pasos de la playa. Su impacto en el barrio se ha acrecentado aún más. Así, el sendero que lleva a la playa ha sido ampliado y flanqueado por farolas, de buena factura pero encendidas toda la noche: ya no hay cielos nocturnos sin contamina-

ción luminosa. Y el hotel ha construido una pasarela de madera en la playa para evitar a sus clientes cansarse caminando 200 metros en la arena: las iguanas marinas, impedidas por el muro de contención de la obra, ya no vienen a la laguna. Son pocas cosas, se podría decir, pues estos acondicionamientos han sido realizados con el afán manifiesto de ser lo más discretos posibles. En realidad, son pequeños pasos hacia la banalización generalizada de los lugares humanizados del archipiélago. Este lugar, otrora extraordinario, ya no lo es, ha sido acondicionado para el supuesto confort de clientes de paso que, se piensa, apreciarán la iluminación nocturna de la playa así como no tener que caminar en la arena durante una estadía en un hotel «ecoturístico» de las Galápagos...

No es sorprendente que los principales cambios en los paisajes humanizados del archipiélago hayan tenido lugar en Santa Cruz y en particular en Puerto Ayora, en el centro económico de la isla más poblada de las Galápagos. La fisonomía de Puerto Villamil y de Puerto Baquerizo, en situación de periferia en relación con el motor del desarrollo insular que es el turismo, se ha modificado menos; sin embargo, ciertas transformaciones revelan un proceso de apertura que afecta a la totalidad del archipiélago.

Desde 1997 se puede ir a Isabela desde Baltra en 30 minutos de vuelo en avioneta por un precio de 60 dólares, el doble de lo que cuesta la travesía en «fibra» que toma dos horas desde Puerto Ayora. Varias compañías de transporte ofrecen travesías diarias en «fibra» entre las tres grandes islas pobladas, servicio que no



existía hace diez años. Isabela está entonces mucho menos aislada que antes, al punto que el Municipio ha vendido la antigua lancha que ofrecía el servicio a un precio subvencionado. Al mismo tiempo se ha intentado controlar esta apertura insular: a la salida de Santa Cruz los funcionarios del SICGAL realizan una inspección somera del equipaje⁵, mientras que a la llegada a Isabela, los funcionarios del INGALA verifican los documentos de identidad de los pasajeros, a fin de prevenir la instalación de migrantes no autorizados.

En cuanto se llega a Puerto Villamil se observan algunas modificaciones sensibles del paisaje. Primeramente, en el fondeadero hay unos quince veleros de navegantes extranjeros: antes era muy poco frecuente ver alguno. Algunos de ellos están en Isabela desde 10 días atrás y declaran estar satisfechos de la acogida. En efecto, estos navegantes son casi los únicos turistas de los que pueden beneficiarse los isabeleños, pues los otros, los «verdaderos» son acaparados por el puñado de hoteles construidos a lo largo de la playa de Puerto Villamil, intercalados entre villas, a veces suntuosas, pertenecientes a ricos del continente o a habitantes acomodados de Puerto Ayora. Estas propiedades, que dan al borde del mar de Puerto Villamil un ligero aspecto de balneario de categoría, confirman lo que estaba ya anunciado hace unos diez años (véase el capítulo V): la llegada a la isla de inversionistas turísticos y de residentes afuereños⁶.

Sin embargo, la afluencia no es tan masiva como se pensaba con un temor mezclado con esperanza; ahora se espera que se produzca cuando vuelos directos unan al continente con la isla, lo que se considera inminente. En espera de ello, Isabela posee dos hoteles de «primera categoría», cuyos clientes llegan en avione-

5 Están encargados de que ningún organismo introducido a Santa Cruz pase a Isabela, pues en 2000 se descubrió en Puerto Ayora una rana (*scinax quinquefaciata*) proveniente de los jardines de Quito; se aclimató tan bien en las Galápagos que al año siguiente se señaló su presencia en las lagunas de agua salobre cercanas a Puerto Villamil. Desde entonces esa rana ha proliferado en Isabela de donde se ha hecho imposible erradicarla pese a los considerables recursos empleados por el SNPG. Esta difusión de batracios en el archipiélago es un buen indicador biológico de la «continentalización» de las Galápagos, pues esos animales nunca han colonizado espontáneamente islas oceánicas: ahora bien, tal difusión se produjo después de la puesta en servicio del SICGAL, lo que ilustra el carácter irrisorio de las barreras implantadas para frenar las invasiones biológicas en el archipiélago mientras por otro lado este está cada vez más abierto al mundo.

6 El caso de Maritza Zecchettin ilustra este fenómeno: originaria de Perú, casada con un abogado sumamente rico de Quito, compró un bello terreno en la playa de Puerto Villamil en 1989 e hizo construir allí un hotel, «La Casa de Maritza», abierto en 1998. Según ella, las razones del éxito de su establecimiento, el mejor de la isla, son tres: la llegada de sus clientes en avión (desde 1997), la utilización de Internet para la publicidad y las reservaciones (desde 1999) y la multiplicación de los proyectos conservacionistas en la isla (desde 2001): Isabela es ahora conocida y accesible (M. Zecchettin, comunicación personal, mayo de 2005).

ta desde Baltra, pero casi siempre se trata más bien de pasajeros que desembarcan de los pocos barcos de crucero que incluyen en su itinerario una escala de algunas horas en Puerto Villamil: estos turistas se contentan con almorzar allí después de una rápida excursión en los alrededores⁷.

Alrededor del muelle de los pescadores, el único apto para un verdadero tráfico, están ancladas una treintena de «fibras» de pesca, la mayoría provistas de «compresor»; en 1994 no había sino dos... A todas luces, la pesca de pepinos de mar se ha desarrollado de manera prodigiosa durante el último decenio... y ello es tanto más sorprendente cuanto que el aspecto general de Puerto Villamil no ha cambiado mucho: las callecitas siguen estando cubiertas de arena, lo que conserva el encanto del pueblo, y las casas no denotan un enriquecimiento espectacular de sus habitantes: ¿adónde han ido los millones de dólares que la pesca ha producido en la isla?⁸

Se observa efectivamente una cierta transformación del paisaje urbano. Así, el muelle municipal, utilizado sólo para el desembarco de los turistas de «zodiacs», ha sido «decorado» con balaustradas y farolas. Estas últimas se encuentran también en ciertas calles de Puerto Villamil, donde además se han construido aceras, algo totalmente incongruente en un pueblo donde la circulación de automóviles sigue siendo limitada⁹. Aquí y allá se han construido pequeños edificios, algunos bodegones, dos o tres centros de llamadas telefónicas, e incluso un cibercafé... Isabela también se ha modernizado, a un ritmo mucho menos trepidante, sin embargo, que Puerto Ayora.

Así pues, no ha habido un gran trastorno, a no ser los nuevos barrios que han crecido en la parte posterior del pueblo, más allá del «barrio Loja», donde una avenida de dos vías, tan inútil como espectacular, lleva al aeródromo. Es que de todas formas la población de Puerto Villamil se ha multiplicado por tres desde

7 El turismo de redes ha extendido así su malla a Isabela, aunque aún de manera embrionaria: para gran descontento de los propietarios de establecimientos modestos, «La Casa de Maritza» firmó un acuerdo con el *Polaris*, buque que incluye Puerto Villamil en su itinerario de crucero. El propietario del hotel subcontrata el transporte de los turistas hasta los sitios de visita, los acoge para el almuerzo y hace lavar la lencería del barco: nada queda a los empresarios insulares...

8 Se estima que los ingresos anuales brutos de los pescadores del archipiélago —y los de Isabela representan el tercio de esa comunidad— se elevan a 4 a 5 millones de dólares, de los cuales 3 son producidos por el pepino de mar (Ospina, 2004); estas cifras no comprenden los ingresos provenientes de la pesca de tiburón, ilegal.

9 En 2004, había 87 vehículos registrados en la isla; a mediados de 2005, «tal vez cien» (R. Salas, Delegado cantonal del INGALA en Isabela, comunicación personal, mayo de 2005).

1990¹⁰, en especial gracias a los pescadores del continente que han venido a aprovechar el *boom* del pepino de mar. Consecuentemente, el pueblo se extiende, respetando una repartición espacial tradicional: para los ricos el borde del mar, para los pobres los campos de lava... El camino hacia Tomás de Berlanga sigue siendo de tierra pero ha sido ampliado; está bordeado de postes que llevan electricidad a algunas casas de la parte alta, donde también extranjeros a las islas compran terrenos para hacer construir villas; menos desarrollado que en Santa Cruz, el fenómeno se acelera.



Casas de migrantes sobre la lava en Puerto Villamil: al fondo, las palmeras indican el pueblo y, más allá, el mar.

Para tratar de diversificar la economía insular y reducir el peso que en ella tiene la pesca de exportación, el municipio de Isabela, el SPNG y algunas instituciones extranjeras de cooperación –en especial la AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional)– han tratado de promover el turismo en las proximidades de Puerto Villamil, creando y acondicionando sitios de visita. Es así como se ha instalado, a dos km del pueblo, un centro de crianza de tortugas, con doble finalidad, conservacionista y turística, según el modelo de la Estación Darwin. Allá se llega en taxi o, para no dañar la vegetación de estas zonas húmedas catalogadas como RAMSAR (ciudad iraní que dio el nombre a una convención de

10 En mayo de 2005, 2.189 residentes permanentes estaban registrados en Isabela, a los que se suman 304 residentes temporales, es decir 2.493 habitantes (R. Salas, comunicación personal, mayo de 2005).

la ONU para la protección de las zonas húmedas), por una pasarela sostenida por pilares de cemento, que pasa por encima de lagunas con flamencos rosados. Más adelante, el Muro de las Lágrimas, sitio de visita del PNG hasta ahora abandonado, ha sido conectado al pueblo mediante un sendero muy bien integrado al paisaje. Pero estos sitios son muy poco visitados, lo que no tiene nada de sorprendente puesto que el flujo de turistas que llegan al pueblo sigue siendo reducido: según la responsable del turismo (nueva función) del Municipio de Isabela, no habría habido sino 2.400 en 2004 (N. Connely, comunicación personal, mayo de 2005).

Aparentemente, San Cristóbal no sufre de esa marginalidad turística: en junio de 2005, Wreck Bay está llena de buques de crucero. En efecto, el aeropuerto de Baltra acaba de cerrarse por varios meses para realizar obras, señal anunciadora de un tráfico aéreo aún creciente, y Puerto Baquerizo Moreno es entonces, mientras duren los trabajos, la única puerta del archipiélago. Esto ofrece la posibilidad de ver a toda la flota turística de las Galápagos reunida en un mismo sitio, en la medida de la rotación bisemanal de las embarcaciones que dejan a sus clientes para acoger a otros. Se confirma la tendencia iniciada a principios de los años 1990 con la política del turismo llamado «selectivo»: el tamaño promedio de las embarcaciones de turismo de las Galápagos ha aumentado aún más¹¹. Mientras las lanchas de reducida capacidad casi han desaparecido, cinco paquebotes de un centenar de plazas se pasan la posta en la bahía —entre ellos el florón de la flota, el *Galápagos Explorer*, responsable indirecto de la marea negra de 2001¹²— y los grandes yates de turismo son ahora la norma.

Esta agitación es sin embargo facticia, pues en el malecón de Puerto Baquerizo los turistas siguen siendo pocos y no hacen sino circular en taxi o en autobús en un sentido o en el otro, entre el muelle y el aeropuerto. Nada o casi nada ha cambiado desde hace diez años: hay, sí, algunas *boutiques* de *souvenirs* y restaurantes

11 En 1996, el número promedio de sitios era de 16,8 por embarcación turística; en 2005, el promedio se establece en 21,7 por barco de crucero (Grenier, 2000; SNPG, 2005).

12 La noche del 16 de enero de 2001, por un error de su capitán, el pequeño barco-cisterna *Jessica* se varaba a la entrada de Wreck Bay dejando escapar su carga de «bunker», un carburante muy viscoso. El evento colocó a las Galápagos en el centro de la atención internacional durante algunos días: se denunció al capitán, que no tenía permiso de navegar en alta mar, la incompetencia de las autoridades insulares que, agobiadas de trabajo, tardaron algunos días en pedir ayuda internacional, la codicia del naviero que encontró que era posible reemplazar el barco-cisterna habitual, momentáneamente indisponible, por una chatarra flotante... Pero nadie estableció el vínculo entre este tipo de accidente, cuyas consecuencias fueron esta vez limitadas, y la apertura creciente del archipiélago bajo el impulso de un turismo que sigue pretendiendo ser «ecológico»: el *Jessica* abastecía sobre todo al *Galápagos Explorer*, que se jacta de ser el barco mejor dotado del archipiélago en equipos de protección del entorno marino...



Barcos de turismo en Puerto Baquerizo Moreno: en primer plano, barcos pesqueros; al fondo, el Galápagos Explorer

más, pero están casi vacíos. Detalle significativo, la sucursal del Banco del Pacífico, que antes ocupaba el mejor sitio del malecón, está ahora relegada, invisible, a un pequeño edificio anodino. Ciertamente la ciudad se ha extendido hacia las alturas donde se encuentran, aunque mucho menos extensos que en Puerto Ayora, nuevos barrios con las mismas casas inacabadas de donde sobresalen varillas de hierro. La carretera que lleva a El Progreso y a la parte alta ha sido, también aquí, enteramente asfaltada, y una gran estación de servicio instalada a la salida de Puerto Baquerizo, cerca de una nueva lotización y de la descarga de desechos.

Sigue pesando el mismo sopor sobre una ciudad cuyos ingresos dependen aún de los fondos públicos y de la pesca. Pese a las campañas de publicidad realizadas con obstinación, tanto en Internet como en *El Colono*, por el Municipio y los empresarios de San Cristóbal, el turismo sigue ignorando a la isla, a no ser por su papel de plataforma de tránsito entre el avión y el barco de crucero. Hay un matiz sin embargo: las inmediaciones de San Cristóbal albergan los mejores «spots» de surf de las Galápagos, que se han transformado en un destino de moda para los adeptos a ese deporte que era allí casi desconocido hace diez años. Los practicantes llegan ahora al archipiélago con el único objetivo de deslizarse sobre las olas, pero aunque permanecen en el lugar son muy poco numerosos para tener un verdadero impacto en la economía local.

Para tratar de desarrollar el turismo en San Cristóbal, la AECI financió la construcción de un «centro de interpretación» en las inmediaciones de la ciudad y,

como en Isabela, un centro de crianza y exposición de tortugas en la parte alta. Estas dos obras, flamantes y de buena factura, eran reclamadas desde varios años atrás por las elites políticas y económicas locales, que querían «su estación Darwin» para atraer y sobre todo conservar a los turistas en su isla. La parte científica de este programa debería desarrollarse en una edificación señorial de fachada neoclásica, construida recientemente detrás de la playa más bella de Wreck Bay: la sucursal de la Universidad San Francisco de Quito, establecimiento privado donde enseñan a tiempo parcial varios antiguos investigadores de la Estación Darwin. Su objetivo oficial es ofrecer enseñanza universitaria de calidad en las Galápagos, en disciplinas de interés para el archipiélago, esencialmente la biología evolutiva y el ecoturismo: acoge por un trimestre a alrededor de quince estudiantes estadounidenses y algunos becarios insulares. Sus elevadas tarifas, sus visitas a los sitios del PNG a manera de excursiones de campo, la indigencia de su biblioteca que contrasta con el lujo del establecimiento, hacen pensar que esta «universidad» es más un campo vacacional más o menos de estudio que un verdadero centro de formación: este «turismo universitario», último avatar del «ecoturismo», experimenta hoy en día una gran expansión en el mundo¹³.



El malecón de Puerto Baquerizo Moreno

13 Así, por ejemplo, tres ONG —y por ello exentas de impuestos— británicas que practican este tipo de turismo tienen campus alrededor de Tulear, en el litoral sud-oeste de Madagascar: cobran muy caro por estadías de algunas semanas a «estudiantes» que deberían participar en actividades conservacionistas y científicas pero que pasan la mayor parte de su tiempo buceando...

Ahora bien, no más que los senderos trazados en los alrededores de Puerto Baquerizo, destinados a ofrecer una atracción suplementaria pero ahora desiertos y mal mantenidos, estas infraestructuras, aunque bien diseñadas, no han podido invertir el curso dominante del turismo en las Galápagos. Este tiene una clientela en su mayoría de edad avanzada¹⁴ y adinerada que hace estadías cortas y onerosas en el archipiélago: parece normal que prefiera ver el original y no la copia, los sitios de visita del PNG más que «centros de interpretación», con excepción del más famoso de ellos, la Estación Darwin. Y como las empresas de turismo conservan celosamente a sus clientes en sus redes, Puerto Baquerizo, al igual que Puerto Villamil, apenas aprovechan de ellos: en San Cristóbal se escuchan las mismas quejas que antes a propósito de esos turistas que no se detienen y consumen aún menos... Sin embargo, pese a la destrucción de la mayoría de sus casas de madera, Puerto Baquerizo conserva una atmósfera de las Galápagos de antaño, cuando no todo giraba alrededor del turismo. La calma de la «capital provincial» hace olvidar el frenesí de Puerto Ayora y aquí los lobos marinos se sienten bien en todas partes; es ese el verdadero atractivo del lugar, esa increíble convivencia de los hombres y los animales en un espacio urbano.

Pero los responsables políticos de San Cristóbal prefieren el espejismo del dinero fácil y ejercen actualmente una fuerte presión sobre el SPNG a fin de que autorice la visita mensual de un buque internacional de gran capacidad a Puerto Baquerizo. Las visitas «experimentales» de dos grandes paquebotes en 1994 habían demostrado que tales escalas no aportaban desarrollo sostenible alguno a la isla sino que, a la inversa, contribuían a reforzar su dependencia frente a empresas exteriores¹⁵. Aquí, al igual que en Isabela, el acondicionamiento de sitios de visita, por más bien realizado que sea, no podría hacer las veces de política turística: ahora bien, la aplicada en el archipiélago desde hace treinta años continúa privilegiando a las redes exteriores a expensas de los territorios locales.

La transformación de los paisajes insulares revela la aceleración del proceso de «continentalización» de las Galápagos y, más ampliamente, de su «enlace con el mundo» (véase el capítulo VI). Las islas están mucho más pobladas y son más visitadas, y por tanto mejor atendidas, y consecuentemente se encuentran en ella más vehículos, más cemento o más especies introducidas que hace diez años: esta creciente apertura del archipiélago no puede traducirse sino en la prosecución del deterioro de su ecología y de las condiciones de vida de sus habitantes. Sin

14 En 2000, el 42% de los turistas extranjeros tenían más de 50 años y el 20% más de 60 (Fundación Natura, WWF, 2002: 68).

15 El estudio realizado por el ORSTOM en 1994 demostró, entre otras cosas, que la población insular no había percibido sino el 7% de los ingresos generados por la visita de esos barcos, mientras las empresas turísticas continentales percibían un 61%... El resto se repartía entre el SPNG, el Municipio de San Cristóbal y la Armada (un análisis detallado de esas escalas se encuentra en Grenier, 1996).

embargo, nunca ha habido tantos recursos asignados a la conservación de las Galápagos como en este último decenio, al tiempo que la voluntad de integrar a sus habitantes a dicha conservación es proclamada por todos los documentos y textos oficiales.

El «galapagueñismo» o los beneficios de la apertura

Un cambio notable en la conservación de las Galápagos es el hecho de que la FCD ha perdido el monopolio, hasta entonces conservado celosamente, de la ayuda no gubernamental a la acción del SPNG. En efecto, poderosas ONG internacionales, World Wildlife Fund (WWF), The Nature Conservancy (TNC), Conservation International (CI) y WildAid Foundation —a las que se puede agregar la más rica ONG ecuatoriana de protección de la naturaleza, la Fundación Natura— tienen ahora oficinas en las Galápagos, donde llevan a cabo sus propios proyectos al tiempo que cooperan con la FCD y el SPNG. Además, en 2001 la ONG internacional Sea Shepherd intervino directamente en la vigilancia de la Reserva Marina, a través de un acuerdo de cooperación con las autoridades ecuatorianas responsables: el *Sirenian*, patrullero de alta mar asignado a esta tarea, fue luego donado al SPNG¹⁶.

La masiva irrupción en el escenario de las Galápagos de estas grandes ONG internacionales, antes limitadas a apoyar financieramente a la FCD, se debe, según P. Ospina (2004), a la crisis de los años 1990¹⁷: ellas habrían tomado conciencia de la politización de los desafíos de la conservación, de la degradación de esta última y de la impotencia de la FCD para hacer frente a ello (véanse los capítulos V, VII y VIII). Sin embargo, su instalación en el archipiélago hace parte también de su estrategia de comunicación, pues esas ONG compiten a nivel planetario para atraer la atención del público y de los organismos financiadores: una presencia permanente en las Galápagos garantiza una visibilidad mediática excepcional.

16 Sea Shepherd, ONG ambientalista radical creada por P. Watson, ex cofundador de Greenpeace, había enviado a las Galápagos a uno de sus miembros, S. O'Hearn. Este estaba encargado de organizar las campañas del *Sirenian*: difíciles de implementar inicialmente debido a trabas burocráticas, pero que luego fueron eficaces, aunque por poco tiempo. Cuando lo vi en el archipiélago, O'Hearn me participó sus crecientes dudas en cuanto a la voluntad de las autoridades ecuatorianas de proteger realmente la Reserva Marina: tres de los cuatro palangreros detenidos en infracción durante un trimestre de campaña habían sido liberados por intervención directa de las autoridades navales de Guayaquil (S. O'Hearn, comunicación personal, junio de 2001). O'Hearn debió dejar las Galápagos y Ecuador antes de fines de 2001, debido a presiones ejercidas por los empresarios de pesca continentales y sus aliados de la Armada. Sobre la presencia de Sea Shepherd en las Galápagos, véase D'Orso, 2002.

17 «Ese contexto políticamente conflictivo generó el convencimiento de que la FCD estaba desbordada por una situación que no alcanzaba a manejar» (*op. cit.*: 89).

Por otro lado, de las 10 ONG insulares con fines total o parcialmente conservacionistas que existían en 2002, ocho fueron creadas a partir de 1994. Parecería que la ideología de la conservación está ahora anclada en una parte de la población galapagueña¹⁸, sin que se pueda descartar la idea de que toda consideración económica sea ajena. Este florecimiento de ONG conservacionistas galapagueñas es en efecto contemporáneo al enorme incremento de los flujos monetarios que llegan al archipiélago en nombre de su conservación, pues permiten captar parte de tales flujos.

La transparencia que actualmente muestra la FCD en materia de financiamiento¹⁹ (véase la nota en la siguiente página) permite hacer un seguimiento del estado de sus recursos. Se constata que la doble competencia, extranjera y local, de las nuevas ONG conservacionistas no se traduce en menor ganancia para la FCD, sino todo lo contrario: sus ingresos anuales bordean los 5 millones de dólares (FCD, 2003: 24; 2004: 24), frente a 1,66 millón en 1996... De allí la ampliación y modernización de la Estación Darwin, y el cambio en su personal, ahora numeroso y motivado: la situación actual contrasta enormemente con la penuria y el desánimo que prevalecían en los años 1990. Sin embargo, el 85% de los ingresos anuales de la FCD están vinculados a los proyectos de los organismos de financiamiento²⁰, lo que le impide en gran medida manejar una política conservacionista autónoma.

En cuanto al SPNG, su presupuesto ha experimentado literalmente una explosión, puesto que ha pasado de 400.000 dólares en 1994 a 8,6 millones en 2004: ¡se ha multiplicado por 21,5 en diez años...! Del presupuesto de 2004 (SPNG, 2005: 291), 3,4 millones provienen del impuesto de entrada al parque nacional²¹ y 900.000 de las patentes y permisos turísticos. El resto es desembolsado esencialmente por el gobierno ecuatoriano (2,7 millones de dólares) y diversos

18 Según P. Ospina, este súbito entusiasmo vendría del hecho de que «el recurso a la conservación de la naturaleza se transformó en una fuente cada vez mayor de legitimidad cultural para todos los actores sociales en lucha» (2004: 42). Esto explica la multiplicación de los frescos que alaban el «paraíso ecológico» de las Galápagos en los muros de las ciudades del archipiélago.

19 En los informes anuales de la FCD el rubro financiero se intitula «Transparencia y responsabilidad»: ¡cómo han cambiado los tiempos...!

20 Así, por ejemplo, en 2003 las ayudas «vinculadas» estaban compuestas de las donaciones del PNUD en el marco del programa GEF (36% del total), de la Sociedad Zoológica de Frankfurt (4%), de la USAID (4%), etc., frente al 14% proporcionado por la institución de recolección de fondos para la ONG, la CDF Inc., que es de libre utilización (FCD, 2004: 24).

21 En 1993, de los 2,7 millones de dólares percibidos por el derecho de ingreso al parque nacional, el SPNG no recibió sino un 20%, mientras lo demás partió a las arcas del Estado ecuatoriano (SPNG, 1996: 28).

organismos de financiamiento extranjeros en el marco de programas específicos: organizaciones internacionales como el BID o el PNUD, o agencias de cooperación como la USAID (Estados Unidos), la JICA (Japón) o la AECI (España). Gracias a dichos fondos el SPNG se ha modernizado y ha incrementado su poder de intervención en el parque nacional: por ejemplo, sus sistemas informático y de telecomunicaciones le permiten ahora hacer un seguimiento en tiempo real de los desplazamientos de los barcos de turismo o de las tortugas en el PNG... y lo que es más importante: ha contratado personal –aunque buena parte de él mantiene aún un contrato renovable–, ha aumentado notablemente el número de sus embarcaciones²², ha construido dos bases permanentes en lugares estratégicos de Isabela a fin de facilitar sus operaciones de control de la Reserva Marina, y se ha equipado incluso con un pequeño avión para vigilar esta última. Los resultados más tangibles en materia de conservación son la casi erradicación de los chivos de Santiago²³ y del volcán Alcedo, donde los cazadores utilizan métodos sofisticados que combinan Sistema de Información Geográfica, ojeo electrónico y helicópteros.

Según el último Plan de Manejo del PNG, se han gastado 84 millones de dólares en la conservación de las Galápagos²⁴ entre 1998 y 2004, de ellos 37 millones a través del presupuesto del SPNG, siendo el resto aportado por organismos de financiamiento extranjeros, entre ellos la FCD y las demás ONG conservacionistas internacionales mencionadas (SPNG, 2005: 292). Finalmente, según P. Ospina (2004: 29), en 2001 trabajaban 600 personas en la Estación Darwin y en el SPNG²⁵—es decir aproximadamente el 8% de la población activa del archipiélago en la época— antes de que esta cantidad disminuya debido a la crisis institucional que afecta al SPNG desde 2002. Si bien en los años 1990 las instituciones conservacionistas de las Galápagos podían, con razón, invocar una falta de recursos (véanse los capítulos VII y VIII), ya no es el caso actualmente...

22 Así, en 2005, el SPNG contaba con 3 lanchas oceánicas de gran radio de acción, 3 lanchas de mediano alcance y 5 lanchas rápidas (30 nudos) para el patrullaje (M. Piu, responsable del Departamento de Recursos Marinos del SPNG, comunicación personal, mayo de 2005).

23 En 2003, se habían eliminado 40.000 caprinos de la isla donde quedaban de todas maneras 20.000 (FCD, 2004: 19).

24 A título comparativo, las 46 áreas protegidas (23.000 km² en total) de Madagascar, un país de «megabiodiversidad» que es también uno de los más pobres del mundo, son financiadas esencialmente por organismos internacionales, con un monto de 53 millones de dólares durante los 5 años (2002-2007) del Plan de Acción Ambiental III (Ministerio del Ambiente, *Manual de ejecución, Programa ambiental III*, Antananarivo, 2003: 91). Eso representa un presupuesto de 10,6 millones de dólares anuales para todas las áreas malgaches, es decir el 75% de los ingresos anuales del SPNG y de la FCD...

25 Dos tercios en el SPNG que, en 1993, sólo tenía 55 empleados (SPNG, 1996: 11).

Pero no es solo en términos de organizaciones implicadas, de financiamiento o de recursos materiales y humanos que la conservación de las Galápagos parece haber progresado notablemente durante el último decenio: la evolución de las ideas parece ser igual de espectacular. La palabra clave, repetida hasta la saciedad en todos los informes, planes y entrevistas es la «integración» de la población insular a la conservación. Se trata sin embargo de una antigua idea, lanzada por la publicación, en 1980, de la Estrategia Mundial para la Conservación de la UICN, difundida luego por las grandes ONG ambientalistas y retomada y ampliada bajo la apelación de «desarrollo sustentable» por el PNUD (Informe Brundtland, 1987), y finalmente sacralizada al más alto nivel político por la Cumbre de Río de Janeiro en 1992: se la encuentra pues ahora en todas partes en el mundo²⁶. Únicamente el conservadorismo de la FCD había mantenido a las Galápagos alejadas de este término de orden conservacionista: así, la llegada con fuerza de las grandes ONG ambientalistas a fines de los años 1990 puede explicarse igualmente por el retraso conceptual de la única institución hasta entonces encargada de inspirar la conservación del archipiélago... El cambio ha sido por cierto lento puesto que hasta la llegada en 2005 de un nuevo director, deseoso al parecer de modificar las relaciones entre ciencia y conservación, la ECCD prosiguió una política científica conforme a la aplicada desde sus inicios en las Galápagos, es decir orientada exclusivamente hacia las investigaciones naturalistas²⁷. Como lo resume P. Ospina,

la verdadera consigna de Galápagos en este uso de los naturalistas no es «la ciencia para la conservación», sino «la conservación para la ciencia»²⁸.

El último plan de ordenamiento del Parque Nacional de las Galápagos es, por el contrario, emblemático de esta «nueva» concepción de la conservación, puesto que

pretende dar respuesta a los principales problemas que amenazan al área protegida (...) y contempla la necesidad de integrar la dimensión de conservación con la de desarrollo humano, en la concepción de que ambas coexisten bajo un mismo marco territorial²⁹.

26 Así, en Madagascar, el gobierno, las grandes ONG conservacionistas (entre ellas el WWF y CI muy presentes en la Gran Isla) y los organismos de financiamiento internacionales tratan de responsabilizar a la población local en materia de conservación, en especial a través de la «Gelose» o «Gestión local segura» de los recursos naturales. Por el momento, es un fracaso rotundo...

27 Es lo que indica el censo de las misiones científicas extranjeras acogidas por la Estación entre 2001 y 2003 (FCD, 2001, 2003, 2004): de 100 misiones, solo 5 tienen una relación, lejana, con los usos humanos del archipiélago.

28 2004: 47.

29 SPNG, 2005: 10.

Pero, como se vio, esta idea de integración no es reciente; en cambio, este Plan de Manejo del PNG se revela mucho más novador en su concepción del espacio de las Galápagos.

En efecto, sus redactores adoptaron un enfoque ampliamente geográfico de la conservación, pero de manera implícita pues casi nunca se emplea el término «geografía»³⁰, o lo es de manera impropia, como sinónimo de entorno natural, mientras que esa ciencia social estudia las relaciones de los actores con el espacio y con la naturaleza. De todas maneras, la inspiración geográfica del plan contrasta con la orientación exclusivamente «tecno-ecológica» (capacidad de carga, zonificación, etc.: véase el capítulo VII) de los documentos en los que se basaba hasta ahora la conservación del PNG. Esta concepción se expresa perfectamente en el siguiente pasaje:

La realidad es que en la Ecorregión de Galápagos se inició hace 170 años un proceso de colonización y transformación de los sistemas naturales (...), muy rápido en los últimos 20 años, que ha organizado un sistema social que ejerce una importante presión sobre la conservación de los ecosistemas insulares y marinos protegidos. Por este motivo, la Ecorregión de Galápagos hay que concebirla también como un territorio y por tanto, en la elaboración de los modelos de conservación del archipiélago, junto a la caracterización biofísica de su sistema natural y su singular biodiversidad, hay que incluir también las circunstancias económicas, sociales y culturales de la sociedad galapagueña. Desde la perspectiva de la gestión de ecosistemas, que constituye la trama conceptual guía que emplea este PM, el archipiélago de Galápagos no es sólo una Ecorregión sino también un Sistema Socioecológico o Socioecosistema.³¹

Este espacio (más que «socioecosistema») tiene ciertamente una base ecológica (el «ecosistema»), pero su evolución depende de actores geográficos (el «sistema social»), definidos por su capacidad de integrar la naturaleza al sistema social —y por tanto de transformarla en espacio— al interior de los territorios. Sin embargo, este enfoque «geográfico» es limitado pues falta un aspecto esencial de la problemática de la conservación de las Galápagos: el hecho de que están englobadas en —o abiertas a— espacios más amplios —Ecuador y el sistema Mundo—, que ejercen una influencia determinante en el archipiélago, en sus ecosistemas y en su población. Es indispensable comprender que las Galápagos son un espacio, es decir un sistema localizado —y por tanto particular— pero abierto al resto del mundo —y consecuentemente sometido a procesos universales—, organizado por actores geográficos, locales o lejanos, en función de usos y de representaciones de

30 La conservación de la «geodiversidad» en cambio constituye —con la de la «ecodiversidad» y la de la biodiversidad— el objetivo básico N° 1 del plan (SPNG, 2005: 156): sin embargo, ese término, no explicitado en ninguna parte, no parece corresponder al concepto que propongo.

31 SPNG, 2005: 43.

la naturaleza influenciados por lógicas políticas, sociales, económicas o culturales que le son propias.

Por ello, el enfoque «geográfico» del Plan de Manejo progresa cuando subraya que

Galápagos funciona como un sistema abierto [el destacado es del autor] a influencias y contactos generados, en su mayor parte, por intereses localizados fuera de su territorio³².

Este análisis debería conducir a una de las ideas directrices expresada antes (véase la conclusión más adelante): la contradicción fundamental entre, por una parte, el «espacio abierto» de las Galápagos y, por otra, la voluntad proclamada de preservarlas; pero no hay nada de eso. Se podrían multiplicar los ejemplos, en este Plan de Manejo, de lo que surge, pese a la ausencia de análisis de las consecuencias de la apertura de este «sistema Galápagos», como un notable avance conceptual: el archipiélago ya no es considerado únicamente como un ecosistema sino, más ampliamente, como un espacio en contacto directo y activo con el mundo; es allí donde reside la clave de su conservación.

Es precisamente para redefinir la situación de la provincia insular en el espacio ecuatoriano que se aprobó, el 18 de marzo de 1998, la «Ley de régimen especial para la conservación y el desarrollo sustentable de la provincia de Galápagos» (Congreso Nacional, 1998), aún vigente. Se trata del mayor acontecimiento que se ha producido en el archipiélago durante este último decenio, y esta ley sigue influyendo en la acción pública en las Galápagos: por ejemplo, el Plan de Manejo del SPNG evocado se inspira ampliamente en ella. Además, la evolución del aparato conservacionista, el incremento del poder político insular y, de manera más general, la modernización de las Galápagos, son también, en gran parte, consecuencia de la «Ley especial».

La agitación política permanente —a veces de tipo insurreccional—, las depredaciones realizadas impunemente en el parque nacional, la imagen de una conservación de las Galápagos sin aliento y el riesgo que todo ello implicaba para el turismo —tercera fuente de divisas del país y principal recurso del archipiélago— son las principales razones³³ que llevaron al Congreso Nacional a aprobar la «Ley especial» en el marco de una nueva constitución para Ecuador.

32 SPNG, 2005: 82.

33 La adopción de esta ley descentralizadora se debe seguramente también a factores nacionales como las agudas crisis política y económica que trastornan a Ecuador en la segunda mitad de los años 1990, así como a una tendencia mundial de descentramiento del Estado y de transferencia concomitante de sus responsabilidades a las escalas políticas regionales, e incluso locales, movimiento en el que las ONG —entre ellas las preocupadas por el ambiente— desempeñan un papel mayor.

La ambición de esta ley es patente desde sus preliminares. Allí se lee

considerando que para su protección [de las Galápagos] podrán restringirse los derechos de libre residencia, propiedad y comercio:

es un avance mayor en la medida en que esta ley coloca el imperativo de la conservación del archipiélago por encima de las libertades económica y de residencia. Se proclama igualmente:

considerando que las zonas terrestres y marinas y los asentamientos humanos de la provincia de Galápagos están interconectados, de tal forma que su conservación y desarrollo sustentable depende del manejo ambiental de los tres componentes.

El archipiélago es contemplado como un solo y único espacio, donde la «Ley especial» se aplica en todas partes: se entiende la filiación del último plan del SPNG. Esta ley de 73 artículos puede resumirse, por una parte, como una tentativa de controlar la apertura de las Galápagos reservando al mismo tiempo a sus habitantes una proporción importante de los ingresos provenientes de tal apertura y, por otra, como una reorganización y una ampliación de la conservación del archipiélago.

La ley evoca en varias ocasiones la idea de que el aislamiento es la causa de la singularidad ecológica de las Galápagos y que esta está entonces amenazada por la apertura del archipiélago. Así, por ejemplo, la conservación de la biodiversidad debe hacerse

tomando en cuenta, particularmente el aislamiento genético entre las islas, y entre las islas y el continente [artículo 2],

o ya en las preliminares

considerando que la amenaza principal para la biodiversidad de la provincia de Galápagos es la presencia de especies exóticas.

Sin embargo, las medidas previstas para reducir esa apertura se limitan a consolidar el SICGAL (artículo 54) y nada se dice de los transportes que conectan al archipiélago con el continente.

La decisión de reducir las migraciones hacia las Galápagos podría entenderse también como un intento de controlar la apertura de las islas. En efecto, el título II de la ley, «Régimen de residencia en la provincia de Galápagos», apunta a reglamentar las migraciones hacia el archipiélago y establece tres estatus para las personas que allí viven o lo visitan (artículo 25): los residentes permanentes, los residentes temporales y los turistas o transeúntes. Únicamente los primeros —nativos de las Galápagos, sus descendientes y familias cercanas, así como las perso-

nas presentes en el archipiélago desde al menos cinco años antes de la promulgación de la ley (artículo 26)– tienen derecho de residir allí indefinidamente y de trabajar sin permiso, mientras que los segundos son admitidos solo mientras dura su contrato de trabajo (artículo 27)³⁴. Además, el trabajo en las Galápagos está reservado prioritariamente a los residentes permanentes, pues no se puede recurrir a mano de obra exterior sino en caso de faltar la insular o su calificación profesional (artículo 28). Finalmente, la pesca «artesanal» está reservada a los residentes permanentes (artículo 43), así como los permisos de operación turística, con excepción de los otorgados anteriormente a las empresas exteriores (artículo 47). La «Ley especial» expresa así claramente la voluntad de reservar una parte importante de los ingresos provenientes de la explotación de los recursos naturales del archipiélago a los galapagueños, tanto a los particulares como a las instituciones: los ingresos que proporciona el impuesto de entrada al PNG, sin lugar a dudas el fruto más jugoso de la «Ley especial», les están destinados casi exclusivamente.

El artículo 11 declara en efecto que el SPNG maneja ahora sus recursos de manera autónoma, y el artículo 18 establece que percibe la tasa de entrada para redistribuirla de la siguiente manera: la mitad, administrada por el SPNG, es asignada a la conservación de las islas: 5% al SICGAL, 5% a la Reserva Marina de Galápagos (RMG) y 40% al SPNG. La otra mitad, destinada a las obras de «desarrollo sostenible» y a una hipotética vigilancia de la Reserva Marina es compartida por los tres municipios insulares (20% del total) proporcionalmente a su población³⁵, el 10% va al Consejo Provincial, el 10% al INGALA, el 5% al Sistema Nacional de Áreas Protegidas y el 5% a la Armada, siendo estas dos últimas las únicas instituciones no insulares que se benefician con esta distribución...

Este artículo 18 ilustra la ambigüedad de esta «Ley especial» atraída de un lado por la conservación y del otro por el desarrollo: se la puede interpretar de dos maneras. Por una parte, significa un refuerzo considerable de las capacidades institucionales para la conservación de las Galápagos, puesto que el SPNG conserva el 40% de las tasas de entrada, administra además el 10% y obtiene una au-

34 La «Ley especial» cierra de esta manera el libre acceso de los ecuatorianos a las Galápagos, que no fue sino un paréntesis de 25 años. Se confirma así la hipótesis desarrollada, según la cual el Estado fomentó las migraciones hacia el archipiélago, en especial a través de la provincialización de 1973, con el objetivo de asegurar la soberanía ecuatoriana sobre él mediante su poblamiento: las Galápagos están ahora (demasiado) pobladas y nadie cuestiona su pertenencia a Ecuador. Por cierto, la retórica nacionalista habitual de las leyes y de diversos documentos oficiales sobre las Galápagos –la «soberanía nacional» es evocada a menudo– está ausente en la «Ley especial» así como en los planes del INGALA (2003) y del SPNG (2005)...

35 El Municipio de Santa Cruz recibe el 48%, el de San Cristóbal el 34% y el de Isabela el 18% de ese 20%.

tonomía de gestión. Antes el SPNG percibía solamente el 20% del derecho de entrada al parque nacional y se trataba casi del único financiamiento ecuatoriano destinado a la conservación del archipiélago, por añadidura administrado por Quito de manera a menudo errática. Por otra parte, la mitad de los recursos provenientes de la tasa de ingreso al PNG no son atribuidos a su conservación sino, a través de los municipios, del Consejo Provincial y del INGALA, a «proyectos de educación, de salud, de deporte, de saneamiento y de servicios a los turistas» (artículo 19): muchas actividades nefastas para la conservación pueden entrar en esas categorías.

A las medidas conservacionistas agreguemos la integración de la Reserva Marina al patrimonio de las áreas protegidas del país (artículo 11), en la cual solo la pesca «artesanal»³⁶ está autorizada (artículo 42), la extensión de la RMG a 40 millas náuticas a partir de la línea de base del archipiélago (artículo 12), y la creación de una «Autoridad Interinstitucional de Manejo» (AIM) para administrarla, compuesta por representantes de diversas instituciones locales y de diversos ministerios, teniendo estos la obligación de residir en las Galápagos (artículo 13). Finalmente, se refuerza el poder del INGALA, puesto que este se convierte en la institución responsable de la coordinación de la «Ley especial» en el archipiélago y particularmente del control migratorio (artículo 4).

La «Ley especial» es así un gran paso adelante para la conservación de las Galápagos y la integración de sus habitantes a ella y, por tanto, no cabe sino felicitar-se por su promulgación³⁷. Sin embargo, hay que mirarla en su interior y más de cerca: el acelerado deterioro de la situación social y ecológica de las islas (véase más adelante) ocho años después de la aprobación de la ley conservacionista más ambiciosa desde la creación del PNG, obliga a preguntarse si este fracaso no es, en parte, producto de dicha ley. Como si, precisamente, la paradoja de 1959 se hubiera repetido, a saber que la voluntad expuesta de preservar un cierto aislamiento garante de la perennidad de los ecosistemas de las Galápagos —cuando la creación del PNG y la aprobación de la «Ley especial»— hubiera producido el efecto inverso, es decir una apertura aún más amplia del archipiélago al resto del mundo...

36 La expresión significa «pescadores locales» en la jerga del «desarrollo sostenible», incluso si tal «artesanía» utiliza técnicas semi industriales, accede a mercados mundiales y, consecuentemente, tiene un impacto ecológico desastroso...: los pescadores «vezos» del sudoeste de Madagascar son también calificados de «artesanales», aunque el producto de su pesca es comprado por empresas pesqueras transnacionales, al precio de la destrucción de la tercera barrera coralina del mundo.

37 Por cierto, Pablo Ospina piensa que «el compromiso logrado en 1998 respondía parcialmente a las ideas que Grenier defendió» (2004: 106)...

El examen de la génesis de la «Ley especial» permite comprender por qué: esta ley no apunta a cambiar un «sistema Galápagos» basado en el crecimiento turístico –y por tanto en la apertura del archipiélago– sino a acondicionarlo a fin de que otros actores galapagueños se beneficien de él y, al hacerlo, a perennizarlo lo más posible. Dicho de otro modo, podría ser que esta ley hubiera sido aprobada, retomando la célebre y luminosa fórmula de Lampedusa en «El Guepardo», porque «es preciso que todo cambie para que nada cambie»...

Antes de ser aprobada en Quito, la «Ley especial» fue preparada en el archipiélago: el proceso de participación y negociación políticas de los actores que utilizan la RMG, reunidos en 1996 por el nuevo director del SPNG, E. Cruz, para intentar encontrar una solución al problema más mediatizado de la conservación de las Galápagos, prosiguió y se amplió después de haber alcanzado su objetivo inicial. Es así como, según E. Cruz (comunicación personal, mayo de 2005), el trabajo efectuado sobre la RMG sirvió a la vez de vector y de modelo a la «Ley especial»: la idea directriz era reunir exclusivamente a los actores insulares involucrados –pesca, turismo y conservación– cuyos representantes formaban un «grupo núcleo» que reflexionaba sobre una reglamentación de los usos aceptable para todos. La exclusión de los afuereños y la búsqueda de consenso son las dos innovaciones mayores de este proceso que desemboca, en efecto, en la «unión sagrada» de los actores insulares contra las empresas continentales de pesca industrial. Pese a la desencarnada oposición de estas últimas, el consenso forjado al interior de una «Junta de manejo participativo» que agrupaba a todos los actores galapagueños involucrados permite sentar las bases de la Reserva Marina tal como fueron institucionalizadas por la «Ley especial» de 1998³⁸.

Esta primera fase recibió el apoyo decisivo de un especialista en la «resolución de conflictos» de la Universidad de Harvard, que estableció un diagnóstico e hizo propuestas en un informe publicado por la FCD (Macdonald, 1997). Un análisis de ese trabajo es indispensable para comprender la «Ley especial» y la situación actual del archipiélago³⁹.

La tesis de Macdonald es la siguiente: los derechos y los tipos de uso de los recursos de las Galápagos exacerban los conflictos entre galapagueños y afuereños, lo que se traduce en la oposición de los primeros a las leyes sobre el archipiélago, que perciben como impuestas por el Estado en beneficio de los segundos (Op. cit.: 10). Ahora bien, como están orgullosos de vivir en un lugar excepcio-

38 Esto posibilita que la RMG sea declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2001.

39 P. Ospina afirma así que si bien el trabajo de Macdonald trata sobre todo de los problemas de la pesca y la RMG, «su examen podría extenderse a toda la administración del archipiélago» (op. cit.: 107).

nal y son conscientes de depender de los recursos naturales del archipiélago, los galapagueños reconocen la necesidad de conservarlos (Op. cit.: 14, 30). No son pues tanto los reglamentos en sí cuanto la manera en que son elaborados y aplicados (o no) lo que explica que los galapagueños se sientan marginados y los lleva a incumplir la ley (Op. cit.: 10, 11). Como por otro lado el Estado se muestra incapaz de ejercer un control eficaz, resulta que los galapagueños y los afuerreños consideran los recursos del archipiélago como de «libre acceso» (Op. cit.: 10-11) y de allí las nefastas consecuencias para la conservación.

Para evitar esta «tragedia de los comunes» (Op. cit.: 11), Macdonald propone hacer «como si» los recursos de las Galápagos fueran manejados a la manera de los «comunes» (Op. cit.: 10-12), lo que implica condiciones de acceso a los recursos bien definidas, ampliamente aceptadas y elaboradas localmente por una comunidad claramente determinada⁴⁰. La ventaja de este método —hacer «como si»— es la de «no tener que reestructurar radicalmente el orden político nacional y local» (Op. cit.: 12). Y si bien «la ausencia o la debilidad de las instituciones locales explica muchos problemas pasados de las Galápagos» (Op. cit.: 19), «el “empoderamiento” local proporcionará un medio de manejar sanamente los recursos» (Op. cit.: 27). Se debe entonces agrupar a los gremios existentes en una estructura institucional, reconocida por la sociedad civil, en la que sus representantes busquen arreglos que sirvan de base a las leyes que se apliquen al manejo de los recursos de las Galápagos (Op. cit.: 30-31).

Afirmar que el problema viene sobre todo del hecho de que los galapagueños se sienten marginados no es falso pero es parcial. En efecto, los actores galapagueños más poderosos tienen aliados afuerreños y la búsqueda de la ayuda del Estado es una constante en las estrategias de cada uno de ellos, pues es «de afuera» de donde provienen los ingresos de la explotación de los recursos naturales de un espacio abierto. Por ello la sensación de ser marginados no atañe a todos sino a ciertos actores galapagueños y no es solo de orden político sino también y sobre

40 Macdonald agrega sin embargo que «esas condiciones no existen en las Galápagos», (...) aunque «la mayoría de los “comunes” bien manejados estén situados en pequeñas comunidades bastante aisladas, como las Galápagos» (op. cit.: 10). De hecho, la definición de los «comunes» dada por Macdonald se parece bastante a la de “territorio” propuesta por el antropólogo «oceanista» M. Godelier: «Se designa como territorio una porción de la naturaleza y por tanto del espacio en la cual una sociedad determinada reivindica y garantiza a todos o a una parte de sus miembros derechos estables de acceso, de control y de uso relativos a todo o a parte de los recursos que allí se encuentran y que ella está deseosa o es capaz de explotar» (1984: 112). Las diferencias esenciales entre las Galápagos y las islas del Pacífico sur, en las que se inspiró esta definición de Godelier y que, según sugiere Macdonald, albergan un buen manejo de los «comunes», es que las primeras no están aisladas y que sus habitantes, a falta de una verdadera identidad, no las han «territorializado» verdaderamente, precisamente porque están demasiado abiertas al exterior.

todo de naturaleza económica. Estos actores marginados sufren del acaparamiento de los ingresos provenientes de los recursos del archipiélago por parte de los actores galapagueños «integrados» a las redes que unen a las Galápagos con el mundo, aquellos que supieron encontrar aliados afuereños. Antes de 1998 es el caso de una parte del sector turístico local y de la FCD, que trabajan juntos y en sociedad con las grandes empresas de turismo «de afuera» o de las ONG u organismos de financiamiento internacionales: eso les permite canalizar en su beneficio la mayor parte de los principales flujos monetarios que ingresan al archipiélago, los del turismo y de la conservación. Este modo de captación, al ser los actores que lo aplican apoyados por el Estado, es legitimado por leyes que prohíben en cambio la competencia en el acceso a los ingresos exteriores que buscan imponer los actores «marginados»: no se permiten impuestos municipales, ni turismo territorial, ni pesca de pepinos de mar...

Ahora bien, este sistema entra en crisis en los años 1990 porque esos actores galapagueños marginados –los pescadores, parte del sector turístico, las instituciones políticas insulares– reclaman, de manera cada vez más conflictiva, una «porción del pastel»: un acceso seguro, reconocido por la Ley, a los ingresos provenientes del exterior (véanse los capítulos V y VII). Los actores «integrados» comprenden entonces que les conviene «resolver el conflicto» porque este amenaza la perennidad de todo el sistema, y en especial la de sus elementos clave, el turismo y la conservación. Pero ¿cómo neutralizar la crisis entre actores con intereses divergentes?

En realidad, los actores galapagueños tienen intereses a la vez comunes y contradictorios. Lo que los une es de orden más ideal que material. Por una parte, todos parecen tener más o menos conciencia de que se debe tener en cuenta la conservación, pues esta condiciona el funcionamiento del sistema, directamente a través de los organismos de financiamiento extranjeros (aunque también a través del manejo de las reservas pesqueras), e indirectamente a través del turismo, aquí llamado «de naturaleza». Sin embargo, la incapacidad de los pescadores de manejar las reservas de pepinos de mar y el crecimiento ininterrumpido del turismo prueban que esas preocupaciones conservacionistas corresponden más bien al discurso destinado al extranjero. Por otra parte, todos estos actores galapagueños dicen querer defenderse del apetito de los actores afuereños por los recursos naturales del archipiélago, al tiempo que buscan establecer vínculos con estos para explotarlos, lo que es indispensable en un «espacio abierto» como las Galápagos y, más ampliamente, en el contexto de la globalización: su oposición a afuera es entonces, en el mejor de los casos, ambigua y, en el peor, una simple postura política.

En cuanto a las divergencias entre actores galapagueños, estas son muy concretas puesto que se refieren a sus respectivos intereses económicos. Estos desacuer-

dos corresponden a las modalidades de explotación de los recursos naturales del archipiélago («ecoturismo», turismo «de masas», pesca...) en un marco conservacionista. En efecto, las fuentes autorizadas de ingresos provenientes de la naturaleza insular son pocas, las que son rentables menos aún y, en principio deben ser limitadas. Dicho de otra forma, lo que gana un actor necesariamente otro lo pierde, pues no debería ser posible dedicarse a la vez al turismo de buceo submarino y a la pesca intensiva en una misma reserva marina⁴¹, o al turismo de masas y al ecoturismo en un mismo parque nacional⁴².

El método de «resolución de conflictos» logró reunir a esos actores en torno a su menor denominador común recurriendo al «galapagueñismo», a la «identidad insular»⁴³ (véase la nota en la siguiente página) frente a los «afuerreños»: el método de «nosotros y los otros» es clásico en política... Por ello el proceso de elaboración de la «Ley especial» se realizó según el modelo propuesto por Macdonald, el de una negociación entre actores exclusivamente galapagueños. Pero como lo señala Ospina (2004: 8), esa identidad insular es del orden del discurso: la construcción de la identidad galapagueña sobre la base de la oposición a afuera es un señuelo populista —de allí su éxito momentáneo— que no resiste frente a la realidad, la de un archipiélago donde la población está compuesta de migrantes recientes de origen variado que dependen enteramente de «afuera» en todos los aspectos de su vida... El proceso de elaboración de la «Ley especial» y, sobre todo, la ley en sí, mantienen de esta manera la ilusión de que el desarrollo al igual que la conservación de las Galápagos pueden ser organizados y dirigidos por los galapagueños, desde el archipiélago. Sin embargo, este ha estado siempre estructurado por relaciones de dependencia frente al resto del mundo, la misma que se

41 Esto es ilustrado por las desventuras de un célebre guía de buceo submarino de Puerto Ayora, que se instaló en Isabela para entrenar a algunos insulares en el marco del «cambio de actividades» promovido por las instancias conservacionistas, que apunta a abrir los oficios del turismo a los pescadores. Él lamentaba que sus alumnos, aunque «educados» en ecoturismo continúan pescando alrededor del islote de Tortuga, un sitio de buceo frente a Puerto Villamil: resultado de esta «marcación de territorio» de los isabeleños, los peces grandes que subsistían en el sitio huyen ahora de los turistas buceadores... Agrega que los tiburones, que hicieron la reputación de las Galápagos en el mundo del buceo submarino, han desaparecido de los sitios alrededor de Puerto Villamil debido a su pesca, pese a que es ilegal; ya no quedan sino en los sitios más visitados, pues los «propios operadores turísticos hacen de policía»... (M. Espinoza, comunicación personal, mayo de 2005).

42 En realidad, dados el tamaño de los barcos de crucero y el amontonamiento en ciertos sitios de visita del PNG, el turismo en las Galápagos se asemeja a un turismo «de masas» aunque pretende seguir siendo ecoturismo...

43 Esta es sin embargo tan evanescente que el Plan de Manejo del SPNG considera como un objetivo «restaurar y reforzar la identidad insular»... (2005: 248); después de la ingeniería ecológica, la ingeniería sociológica... Sobre la identidad galapagueña, véase Ospina, 2001.

incrementa a medida que aumenta el desarrollo del archipiélago, y ello empuja a una apertura cada vez mayor de las islas, en una espiral sin fin.

Ahora bien, como la apertura del sistema insular estructura el «sistema Galápagos», jamás es cuestionada. El proceso del que salió la «Ley especial» desembocó en un arreglo que, según asegura Macdonald, «no es un cambio radical de la forma habitual de gobernanza»⁴⁴ (1997: 28). El acuerdo es el siguiente: para los actores «integrados» la seguridad de que el sistema Galápagos continúa, basado en una apertura selectiva pero sin límites definidos –el turismo es su elemento central–; y para algunos de los actores antiguamente marginados un acceso reconocido por la ley a esa fuente de ingresos, lo que permite desactivar la contestación y, mejor aún, consolidar dicho sistema mediante la cooptación de nuevos miembros. El proceso de ingeniería política que desemboca en la «Ley especial» no ha disminuido la dependencia de la población insular sino, por el contrario, ha reforzado a sus «caciques»⁴⁵, y en primera fila los responsables políticos e institucionales, aunque también los de los gremios y de las ONG locales: sus redes clientelistas son ahora regadas por el maná del parque nacional⁴⁶.

En efecto, aunque todos los actores galapagueños participan en el proceso de elaboración de la «Ley especial» –es la condición de su legitimidad–, los verdaderos beneficiarios son el SPNG y las instituciones político–administrativas del archipiélago (Municipios, Consejo Provincial e INGALA), en otras épocas asfixiados por la crisis financiera del Estado. Ahora bien, si estas instituciones amplían considerablemente su participación de los ingresos externos, es porque estos son proporcionados por los turistas, cuyo número aumenta sin cesar: esto no va pues en

44 Según P. Ospina, «entre los ambientalistas se ha adoptado una palabra para designar el problema del momento: la falta de “governabilidad”» (2004: 118). Sin embargo, según el politólogo J.F. Bayart, «la debilidad del concepto [de “governabilidad”] es evacuar la dimensión y el desafío del poder así como de la subjetivación» (2004: 51): ¿es deliberado?

45 Se trata efectivamente de «empoderamiento». El análisis de J.F. Bayart sobre los desafíos políticos vehiculados por las ONG se aplica perfectamente a los gremios y a las instituciones de las Galápagos. «Ellas permiten a actores de oposición o independientes de los círculos de poder del Estado movilizar recursos simbólicos, políticos y materiales para afirmarse en tanto interlocutores de aquellos, para capitalizar una influencia propia o para acumular riquezas a partir de sus apoyos internacionales y de su posición de intermediarios [...]. Ofrecen por tanto oportunidades tangibles de empoderamiento, siempre que se despoje a este término de su connotación ingenuamente populista. No son “el pueblo” o “las comunidades” los que se apoderan de su destino, sino individuos o grupos más o menos circunscritos que invocan el espíritu del “pueblo” o de la “comunidad” para legitimar su ascensión social y económica» (2004: 99). P. Ospina (2004) analiza muy finamente este fenómeno en las Galápagos después de 1998.

46 Y este es abundante puesto que en 2003 el Municipio de Santa Cruz percibió 604.000 US\$, el de San Cristóbal 428.000 y el de Isabela 226.000, mientras que el Consejo Provincial y el INGALA recibían 640.000 dólares cada uno (SNPG, 2004).

contra de los intereses de los antiguos actores «integrados», sino todo lo contrario, ya que estos recién llegados impulsarán el incremento del número de visitantes que son la —o una de las— fuente(s) de ingresos de las empresas de turismo de redes y de la FCD. En cuanto a las instituciones político-administrativas, ya no deberían oponerse a la conservación puesto que en ninguna parte se dice que ella puede sufrir por el aumento del turismo...

En cambio, el sector turístico mal integrado a las redes y los pescadores son los que pagan el pato. Los primeros porque, pese a la voluntad proclamada de reservar los permisos de operación a los locales, el acaparamiento de los ingresos turísticos por parte de las empresas «integradas» a las redes de afuera no es cuestionado⁴⁷. Los segundos porque si bien están autorizados a pescar, es en un marco sumamente estricto que se reduce progresivamente: su actividad es considerada incompatible a mediano plazo con el modo dominante de explotación de la naturaleza en las Galápagos, el turismo apoyado en la conservación... No es pues sorprendente que, ya en 2000, se hayan producido nuevamente violentos choques entre actores que siguen estando marginados y actores «integrados», en especial en Isabela, y que la «Ley especial» sea considerada ahora por muchos en el archipiélago como un engaño⁴⁸.

Y ello tanto más cuanto que se habría podido creer que la «Ley especial» otorgaba una cierta autonomía a las Galápagos: estas se encontraron finalmente bajo una dependencia acrecentada frente a los caciques insulares —con ingresos confortables y fortalecidos por sus alianzas políticas continentales— al tiempo que siguen estando sometidas a la situación política de Quito, muy inestable desde hace una decena de años. En un Congreso Nacional con configuraciones políticas cambiantes, los dos diputados de las Galápagos tienen un poder desproporcionado en relación con la importancia numérica de su electorado: negocian su apoyo al Presidente de la República a cambio de la libertad de escoger a los funcionarios responsables de las principales instituciones públicas del archipiélago, el SPNG y el INGALA. Este mercadeo político alcanzó sus mayores niveles durante los dos años de presidencia de Lucio Gutiérrez (agosto de 2003 abril de 2005), lo que provocó en dichas instituciones insulares una ingobernabilidad que rayó en el caos: así, el SPNG ha tenido 12 directores desde 2002... La institución conservacionista tiene mucha dificultad en cumplir su misión y ello provoca grandes tensiones, que se tradujeron en especial en un bloqueo del SPNG con

47 Por ejemplo, la presencia de las empresas continentales que operan en las Galápagos antes de 1998 es legitimada. Y por cierto, el espíritu de la ley no es respetado puesto que durante el proceso de su elaboración, en 1997, Lindblad Travels, la transnacional de «ecoturismo» que lanzó el turismo de crucero en el archipiélago a finales de los años 1960, introdujo un buque en las Galápagos —el *Polaris*— en asociación con Metropolitan Touring.

48 «En 2003, era fácil percibir una aguda desconfianza entre los actores de las islas. La práctica había debilitado la fe en la opción de 1998» (Ospina, 2004: 9).

manifestaciones violentas y luego una ola de despidos y renuncias en 2004. En un contexto de este tipo, no puede haber un trabajo serio de conservación, a tal punto que algunos se preguntan si no es precisamente el objetivo de esta fragilidad institucional mantenida: por ejemplo, de los 49 guarda-parques necesarios para el funcionamiento de la flota de vigilancia de la RMG, solo 22 estaban en servicio a mediados de 2005 (M. Piu, responsable del Departamento de Recursos Marinos del SPNG, comunicación personal, mayo de 2005).

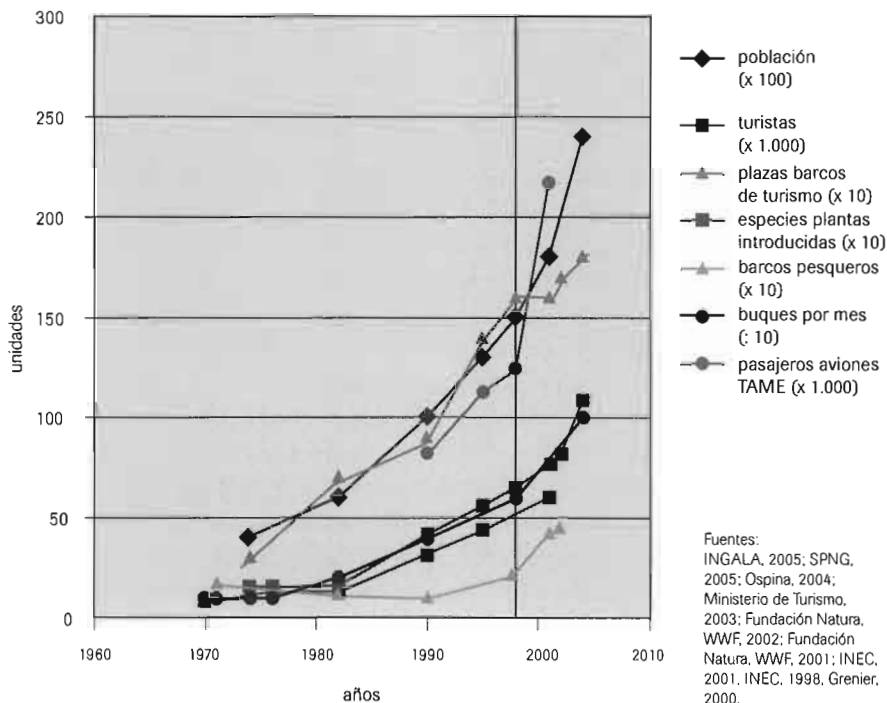
En definitiva, la contradicción mayor de esta ley, que explica el desencanto actual en las islas «encantadas» después de la esperanza que había generado, es pretender controlar la apertura del archipiélago, considerada como la principal amenaza a la vez para su conservación y para sus habitantes, al tiempo que se institucionalizan los ingresos provenientes de su apertura, y en especial de un turismo ilimitado. Ahora bien, el hecho fundamental, analizado en todos los capítulos anteriores, es que las Galápagos son un «espacio abierto» que, desde la época de las «colonias penitenciarias» del siglo XIX, está organizado en función de sus relaciones con el exterior: el «acceso abierto» es una constante de la historia del archipiélago, que estructura a los actores galapagueños y su espacio. Consecuentemente, la consigna «Galápagos para los galapagueños» a la que responden, *a priori*, las propuestas de Macdonald así como la «Ley especial» inspiradas en ella, no significa un manejo a la manera de los «comunes», sino todo lo contrario: expresa solamente la voluntad de ciertos actores galapagueños de aprovechar más de la explotación de esos recursos, que de hecho sigue haciéndose según el modo del «acceso abierto» en el marco de un «espacio abierto». Así, la ley del más fuerte —el que está integrado a las redes exteriores o, a falta de ello, el que tiene una capacidad de daño local de orden político o ecológico— sigue siendo la norma, para la mayor desventura de la conservación y de la población del archipiélago. Es lo que prueba, ocho años después de la aprobación de la «Ley especial», la situación actual de las Galápagos.

La apertura de las Galápagos continúa

Los problemas de la conservación de las Galápagos y del malestar de una parte creciente de su población pueden resumirse en una palabra: apertura. La figura A expone la evolución, entre 1970 y 2005, de siete índices que ilustran tal apertura, que pueden agruparse en tres categorías: las redes de transporte (ilustradas aquí por el número de TAME y por los barcos que llegan del continente⁴⁹), los flujos

49 Aunque esta información es sumamente importante para la conservación de las Galápagos, no hay estadísticas disponibles sobre los aviones ni sobre los cargueros y buques-cisterna provenientes del continente: en el caso de los aviones, se puede tener una idea mediante el número de pasajeros, y para los barcos se trata pues de una estimación a partir de testimonios, de observaciones y de fuentes bibliográficas.

Figura A
La apertura de las Galápagos



entrantes en las islas (población creciente por inmigración, turistas, especies de plantas introducidas) y los medios de producción en las áreas protegidas del archipiélago (plazas a bordo de los barcos de turismo, embarcaciones de pesca).

La figura muestra que la apertura de las Galápagos no deja de aumentar y que incluso se ha acelerado desde 1998: el fracaso de la «Ley especial» es patente en los tres campos cuyo auge pretendía limitar –las migraciones, la pesca y las especies introducidas–. De una manera general, la creciente «continentalización» por el aumento del número de inmigrantes y de organismos introducidos es permitida por transportes aéreos y marítimos cada vez más modernos y eficientes que son a su vez impulsados por un desarrollo turístico sin fin.

Ahora bien, no se limita el crecimiento del turismo, y ninguna institución responsable de la conservación de las Galápagos contempla la posibilidad de hacerlo: el número de visitantes se duplicó exactamente entre 1994 (54.000) y 2004 (108.000). Si bien la cantidad de barcos de crucero no se ha incrementa-

do en el último decenio⁵⁰, el número de sitios a bordo de ellos ha aumentado en un 41% entre 1994 (1.298) y 2004 (1.828): el volumen promedio de las embarcaciones de turismo ha crecido pues (véase antes) y se cuentan cinco paquebotes (de capacidad igual o superior a 80 pasajeros) en 2005 frente a tres diez años atrás. Relacionado con lo anterior, las embarcaciones de la categoría más elevada en términos de precio («crucero navegable A») concentra hoy en día el 77% de los sitios, mientras que en el otro extremo, aquellos a bordo de los «tours diarios» ya no representan sino el 5% del total (SPNG, 2005). En tierra se observa también un importante incremento del número de camas de hotel con, igualmente en este caso, un crecimiento más rápido de los establecimientos de primera categoría⁵¹.

Después de aproximadamente doce años de «turismo selectivo» las Galápagos son más que nunca un destino costoso, reservado a visitantes adinerados, o al menos acomodados, en su gran mayoría. Se esboza sin embargo un cambio: una pequeña parte de esa clientela afortunada permanece algunos días en los hoteles de alta categoría, cuya cantidad ha aumentado durante estos últimos diez años gracias a las inversiones de las empresas de turismo de redes que hasta ahora operaban únicamente en el mar⁵², así como de empresarios ecuatorianos o extranjeros atraídos por el auge del mercado turístico de las Galápagos⁵³. Consecuentemente, la separación tradicional entre un turismo cuyos operadores galapagueños acogerían en tierra a visitantes financieramente menos afortunados y un turismo de crucero con clientes adinerados cuyos empresarios serían afuereños, si bien sigue siendo válida en sus grandes líneas, ya no representa exactamente la situación actual. Hoy en día la separación se establece entre, por una parte, las empresas turísticas organizadas en redes (de las cuales una minoría pertenece a

50 Incluso su número ha decrecido un tanto, puesto que el SPNG señala 84 barcos en servicio en mayo de 2005, frente a 86 en 1994.

51 Así, había 557 camas –sin distinción de categoría– en Puerto Ayora (de lejos el primer centro turístico del archipiélago) en 1993, frente a 798 en 2003, es decir un incremento del 43%. Y si se observan únicamente los hoteles de primera categoría, se constata que su cantidad se ha duplicado entre 1993 y 2003 y que su proporción del total de camas en Puerto Ayora es del 38% en 2003 frente al 24% en 1993, pasando de 134 a 307 camas en este período, lo que significa un aumento del 129% en diez años (Ministerio de Turismo, 2003).

52 La compra y remodelación del hotel Delfín por parte de Metropolitan Touring es un ejemplo de ello (véase antes).

53 Este fenómeno puede ilustrarse con la venta a un empresario de Guayaquil, en 2005, del Hotel Galápagos, primero (y durante mucho tiempo único) establecimiento de alta categoría del archipiélago implantado por un pionero estadounidense a inicios de los años 1960 y que hasta entonces era propiedad de su hijo.

galapagueños⁵⁴), que conectan al archipiélago con inversiones y una demanda proveniente del exterior y, por otra, un sector turístico exclusivamente local que no está, o muy poco, integrado a afuera. Este sector turístico mal integrado acoge a familias ecuatorianas y a los pocos mochileros extranjeros —a menudo surfistas— que van a las Galápagos sin pasar por una agencia: los llamados en el archipiélago turistas «suelos».

Las tendencias observadas diez años antes se han acentuado entonces: confirman el predominio de las empresas del turismo de redes en el mercado de las Galápagos donde este oligopolio⁵⁵ dispone de relevos eficaces, pues los pocos empresarios galapagueños de origen ecuatoriano integrados a las redes turísticas tienen una gran influencia política en el archipiélago y en Quito⁵⁶ (véase la nota en la siguiente página). Pero tal hegemonía no es realmente cuestionada pues si algún consenso existe en las Galápagos se refiere a la prosecución del crecimiento turístico, motor del desarrollo del archipiélago.

En efecto, según diversas investigaciones realizadas a inicios de los años 2000 (citadas en Ospina, 2004), el turismo aportaría 45 y 130 millones de dólares por año a la economía insular y a la economía ecuatoriana respectivamente (es decir un tercio del total de los ingresos turísticos nacionales). Según uno de esos estudios, el sector del turismo de redes de origen continental contribuiría con el 46% de los flujos económicos monetarios hacia las Galápagos frente al 17% en el caso del sector turístico local y el 8% en el de la pesca (Taylor y otros, 2002: 18). Se comprende porqué, contrariamente a la pesca, el turismo de redes —incluido el de las empresas afuerneas— nunca es cuestionado. Ahora bien, el turismo tal

54 5 empresarios germano-galapagueños, 2 ó 3 otras familias de «pioneros» de origen europeo o estadounidense y algunos extranjeros instalados desde más o menos tiempo atrás en el archipiélago representan la gran mayoría de este sector turístico local integrado a las redes mundiales, en el que los galapagueños de origen ecuatoriano no son sino un puñado.

55 La mayor parte de empresas del turismo de redes que operan en el archipiélago son miembros de ASOGAL —Asociación Nacional de Empresas Turísticas de Galápagos—. Entre ellas, las que no son de origen insular y que operan en su mayoría también en otra parte de Ecuador (e incluso en el extranjero) se limitan sobre todo a tres empresas de Quito (Metropolitan Touring, Quasar Náutica y Klein Tours) y a tres de Guayaquil (Canodros, Galasán y el grupo Dunn). Estas seis empresas poseían el 60% de los sitios de los barcos de turismo que operaban en las Galápagos en 2003 (Ospina, 2004), todos a bordo de embarcaciones de primera categoría.

56 Así, por ejemplo, varios de ellos han presidido el Municipio de Santa Cruz (y es el caso aún hoy en día), otro de esos notables del turismo insular es diputado de las Galápagos por segunda vez, otros han dirigido el INGALA... P. Ospina mostró (2004) cómo esta clase empresarial galapagueña incluida en el turismo de redes está ligada al Partido Social Cristiano (PSC), mientras el sector turístico no integrado está ligado más bien al partido Democracia Popular. Las desilusiones que trajo la «Ley especial» que nada cambió en la política turística, explican que el PSC esté actualmente perdiendo poder en el archipiélago.

como se lo practica en el archipiélago desde hace alrededor de treinta años es, sin embargo y de lejos, la principal causa de la degradación ecológica y social de las Galápagos.

Primeramente, la prosecución del *boom* demográfico del archipiélago, cuya población aumentó en un 5,9% anualmente entre 1990 y 1998, y aún en un 5,6% por año entre la aprobación de la «Ley especial» y 2001, es la consecuencia directa del desarrollo económico de las Galápagos impulsado por el crecimiento turístico. Hoy en día este crecimiento no se ha lentificado: en enero de 2005, según los datos del INGALA (E. Vargas, comunicación personal, mayo de 2005), la población llegaría a 24.300 habitantes⁵⁷, de ellos 1.600 con un permiso de residencia temporal; el aumento es del ¡23% en relación con 2001...! Mientras durante este último decenio Ecuador se hunde en una profunda crisis económica y social, la provincia insular, de lejos la más rica del país por habitante, representa un «Eldorado» tanto más codiciado cuanto que desde la «Ley especial» hace como si se protegiera de los migrantes, tal como los países ricos.

El INGALA se reveló incapaz de controlar los flujos migratorios: según algunas personas entrevistadas, por corrupción o incompetencia; según una de sus responsables, por falta de recursos y de apoyo político (E. Vargas, comunicación personal, mayo de 2005). Es cierto que la tarea parece imposible, pues ahora como antes (véase el capítulo V), los propios galapagueños son responsables de la inmigración, ya sea por razones familiares o por motivos económicos: por cierto las redes comunitarias y las redes económicas están a menudo vinculadas. Sigue siendo la diferencia de salarios entre el continente y las Galápagos –donde son dos veces superiores– lo que explica que se recurra a la importación de mano de obra inmigrante por parte de los empresarios y los particulares insulares.

Aunque la «Ley especial» previó este fenómeno otorgando a las personas cuya competencia profesional no existe en las islas permisos de residencia temporal de un año con contratos de trabajo, estas disposiciones son masivamente irrespaldadas⁵⁸. Sucede en las Galápagos como en los países ricos: una vez llegado a Jauja, los migrantes se arreglan para quedarse más o menos clandestinamente, a menudo con la complicidad activa de sus empleadores locales. El interés de estos últi-

57 Esta cifra confirma desgraciadamente la «hipótesis alta» de previsión demográfica que yo había establecido partiendo de encuestas realizadas en 1993-1994 (véase el capítulo V).

58 Así, por ejemplo, los inmigrantes tienen un nivel promedio de instrucción inferior al de la población insular, lo que contradice la supuesta necesidad de recurrir a competencias profesionales que no se encuentran en el archipiélago. O incluso, los importadores de mano de obra la hacen ingresar con visas de turismo para evitar la lentitud de las procedimientos administrativos «normales»; los contratos de un año son renovados indefinidamente por testaferreros; se compran los permisos de residencia permanente, etc. (véase Borja, 2003).

mos es ejercer de esa manera, disponiendo de una mano de obra abundante y dócil, una presión para la baja de los salarios insulares gracias a la competencia de los trabajadores importados.

Varios estudios (Taylor y otros, 1999 y 2002; Borja, 2003) responsabilizan al turismo del crecimiento demográfico insular⁵⁹: por importación directa de mano de obra del continente⁶⁰, pero sobre todo porque es el motor del desarrollo insular. Hay que agregar —es evidente pero rara vez se lo señala— que al acompañarse el crecimiento del turismo de un desarrollo de los transportes entre el continente y el archipiélago, la migración se ve facilitada en la misma medida, al igual que la introducción de organismos alóctonos. Por otro lado, el turismo, así como el crecimiento demográfico y económico que induce en el archipiélago se traduce en la importación de todo lo que es necesario para la vida en las islas, para los visitantes y para la población insular⁶¹. Los alimentos, por ejemplo, vienen en su mayoría del continente: el éxodo rural, que se acelera en el archipiélago, es a la vez la causa y la consecuencia de este fenómeno. En efecto, las zonas agrícolas de las Galápagos ya no logran, desde hace tiempo, alimentar a la población insular, y menos aún a los turistas, pues muchos agricultores galapagueños, sometidos a la competencia de productores continentales más eficientes y a la difusión de plagas agrícolas, ya no pueden vivir de sus tierras: algunas son compradas por habitantes urbanos, galapagueños o de afuera. Ahora bien, el abandono de la agricultura, al dejar espacios cada vez más vastos sin vigilancia, abre los campos a los organismos introducidos que, a pesar del SICGAL, afluyen a un ritmo relacionado con el mejoramiento de la atención al archipiélago.

Únicamente el crecimiento de la flota de pesca parece ser ajeno al del turismo: está vinculado directamente a la «Ley especial». En efecto, el *boom* de la pesca de pepinos de mar fue responsable de la duplicación de la flota pesquera entre 1990 y 1998, pero esta se duplicó nuevamente entre 1998 y 2001: es que la «Ley especial» obliga a los pescadores residentes⁶² a afiliarse a una de las cuatro coope-

59 Taylor y otros (2002) cuantifican incluso esa relación: estiman que un alza del 10% del turismo en las Galápagos se traduce en un aumento de las migraciones hacia el archipiélago equivalente al 5% de la población activa de las islas (*op. cit.*: 24).

60 En San Cristóbal las empresas turísticas continentales emplean al 15% de los residentes temporales, de ellos el 10% son contratados solamente por Canodros (E. Vargas, INGA-LA, comunicación personal, mayo de 2005).

61 Taylor y otros (2002) señalan a este respecto que el «déficit comercial insular frente al continente es financiado casi exclusivamente por los ingresos provenientes del turismo» (*op. cit.*: 23).

62 Algunos de ellos se instalaron en el archipiélago poco antes de la aprobación de la «Ley especial»: así, por ejemplo, E. Abudeye, presidente de Copahisa (la cooperativa de pescadores de Isabela) llegó a las Galápagos en 1996.

rativas de pesca de las Galápagos que otorgan, siguiendo el modelo del turismo, una concesión y un permiso que autorizan dedicarse a esa actividad. Ahora, especulando con un nuevo *boom* pesquero, algunos galapagueños han logrado obtener esas concesiones aunque no son pescadores: hay pues más concesiones que pescadores reales.

Sin embargo, al igual que la inmigración provocada por el desarrollo del turismo y de la pesca en el archipiélago, el parecido entre esas falsas «regulaciones» mediante la entrega de «concesiones» permite establecer un vínculo entre estas dos actividades. Además de que la pesca es un recurso para una parte de la población insular excluida de los beneficios del turismo, en especial en San Cristóbal y en Isabela, esta relación se deriva del hecho de que empresarios turísticos y pescadores comparten la convicción de que sus respectivas actividades pueden crecer indefinidamente: se oponen entonces a toda tentativa de limitarlas, aunque tienen lugar en un parque nacional.

Los pescadores tienen una concepción desconcertante del carácter inagotable de los recursos que explotan, tanto en Galápagos como en otras partes⁶³. En el archipiélago, los pescadores no han llegado nunca a autorregularse ni a respetar las reglas de pesca dictadas por las autoridades conservacionistas, a las que se oponen a menudo violentamente aunque son parte integrante, desde 1998, de la Junta de Manejo Participativo (JMP), encargada de manejar la Reserva Marina de las Galápagos (RMG) de forma consensuada⁶⁴. La falta de un manejo eficaz de los recursos pesqueros en la RMG conduce a su escasez, lo que coloca regu-

63 En Madagascar los pescadores «vezos» consideran el mar como «inagotable», aunque constatan cotidianamente su sobreexplotación y conocen las razones de ella. Según J. Ramírez (2004), esta creencia explica, en el caso de los pescadores de las Galápagos, el hecho de que no se preocupan por invertir el dinero ganado en la pesca sino que lo gastan día a día. Se encuentra el mismo comportamiento en los pescadores «vezos».

64 En realidad, las dos reuniones de la JMP de abril y mayo de 2005, a las que asistí como observador, ilustran a gritos la falta de un avance real en las relaciones entre pescadores, por un lado, y empresarios turísticos y responsables conservacionistas, por otro. Los primeros declaraban estar en una muy mala situación económica —es un *leimotiv*— y reclamaban por tanto de manera apremiante la autorización de utilizar un nuevo arte de pesca, el palangre, para explotar el atún; los segundos se oponían a ello firmemente con el pretexto de que esa pesca tendría una tasa de «captura incidente» demasiado importante que pondría en peligro a los tiburones, lobos marinos, tortugas y aves marinas de la RMG. El único aspecto innovador de este diálogo de sordos era que estaba lleno de argumentos técnicos presentados, de uno y otro lado, en computadora: los pescadores habían contratado un experto que hacía sentir su poder a los científicos de la Estación... Pero frente a la imposibilidad de llegar a un acuerdo, los pescadores amenazaban con recurrir nuevamente a huelgas y otras manifestaciones violentas, como lo han hecho por cierto varias veces desde 1998.

larmente a estos pescadores en una situación crítica y los lleva a exigir la explotación de nuevas especies, a utilizar nuevas artes o a extender los períodos de pesca autorizados. Se enfrentan entonces con los conservacionistas y con los empresarios del turismo, quienes consideran que toda explotación pesquera suplementaria de la RMG representa un peligro para sus ecosistemas o sus especies emblemáticas, es decir para otros usos, científicos o turísticos, de sus recursos.

En realidad, esta «cultura extractiva» no previsible no es propia de tal o cual comunidad de pescadores: resulta de un sistema económico basado en la exportación de recursos con destino a un mercado de demanda insaciable por ser mundial. Así, el señuelo de la ganancia o la necesidad son tales que impiden todo manejo del recurso a largo plazo. Es a este título que el crecimiento ilimitado del turismo, jamás cuestionado en las reuniones de la JMP, ni en ningún otro foro, es indirectamente responsable de las permanentes presiones de los pescadores sobre la RMG: es el modelo implícito de toda actividad económica en el archipiélago. Puesto que los empresarios del turismo pueden contar con un crecimiento indefinido de su actividad que es, como se sabe, responsable como mínimo de la inmigración —y por tanto nefasta para la ecología de las Galápagos⁶⁵—, ¿por qué los demás actores económicos estarían sometidos a límites con el pretexto de la conservación?

Esta ideología del crecimiento económico ilimitado, que impulsa visión a corto plazo y avidez, es propagada primeramente, en las Galápagos, por un turismo directamente conectado a una demanda mundial considerada como extensible indefinidamente: impregna a toda la sociedad del archipiélago y corrompe a una buena parte de sus responsables políticos y administrativos. Así, el turismo es responsable de la dinámica de apertura de las islas desde un punto de vista a la vez material e ideal.

La apertura geográfica de las Galápagos es contradictoria con la preservación de su singularidad ecológica, que se ha formado gracias al aislamiento. Si bien, con una política adecuada de conservación, los ecosistemas del archipiélago pueden soportar una cierta apertura geográfica, están en cambio amenazados por una de-

65 Señalemos por otro lado que este turismo no ha cambiado durante los últimos diez años y que, consecuentemente, el análisis desarrollado antes (véase el capítulo IV) sigue siendo válido: sus prácticas y representaciones lo emparentan más con un turismo de masas que con un ecoturismo, aunque esta última apelación, de evidente interés publicitario, sea la única que se utiliza para él. El crecimiento del número de visitantes, así como el del volumen de las embarcaciones, han acentuado aún más esta deriva hacia algo lejano al ecoturismo, divorcio del cual hay múltiples ejemplos: los sitios más prestigiosos están sobrecargados; el ruido, la producción de desechos y el consumo de energía aumentan; y el tiempo de visita muy corto explica que el interés de los visitantes por lo que ven decline regularmente, según los guías...

gradación irreversible, cuando aquella se torna demasiado importante, lo que es manifiestamente el caso hoy en día. Puesto que es el crecimiento económico el que engendra esta apertura, la preservación de las Galápagos –y esto podría extrapolarse a todo el planeta– reposa sobre los límites a imponerse a una economía que no se los impone por sí misma. Y puesto que este crecimiento económico depende en este caso del turismo, es indispensable cambiar la política turística vigente en las Galápagos desde hace 40 años. Es la única manera eficaz –pues actúa sobre el principal factor de crecimiento económico y de apertura geográfica correlativa del archipiélago– y realista –porque el objetivo implícito de ciertos conservacionistas de «dar marcha atrás» (véase Ospina, 2004) es un sueño– de lograr limitar la degradación continua de la conservación de las Galápagos. La representación, simplificada y no cuantificada, de los sistemas Galápagos «actual» (figura B) y «sostenible» (figura C) permite explicar cómo.

Las Galápagos son un espacio geográfico, es decir un sistema en el que interactúan actores y procesos, de la escala local a la escala mundial. Tal sistema está abierto a los dos espacios que lo engloban: Ecuador y el mundo⁶⁶ los límites porosos entre estos tres espacios están representados en ambas figuras con una línea doble atravesada por múltiples flechas. Los triángulos representan procesos, crecientes si están orientados hacia arriba, decrecientes si apuntan hacia abajo; las flechas son los vínculos de causalidad entre procesos y actores (rectángulos) del sistema y son más o menos gruesas según la importancia de esas relaciones. La importancia del acceso y de los transportes en el proceso de apertura del archipiélago es subrayada por el hecho de que la mayoría de flujos con destino a las Galápagos parten del elemento del sistema llamado «acceso transportes», que se superpone al límite entre el archipiélago y el Ecuador continental.

Si se comparan las figuras B y C, dos diferencias saltan a la vista. En el «sistema Galápagos actual», la casi totalidad de los procesos están orientados al alza y las relaciones de consumo y de importación son entonces importantes: es visible la tendencia general al crecimiento económico y demográfico así como a la apertura concomitante de este espacio. A la inversa, en el «sistema Galápagos sostenible» la mayoría de los procesos están orientados a la baja y, consecuentemente, los vínculos de consumo y de importación son menos sustanciales: la dirección de conjunto es la del decrecimiento y del cierre relativo del espacio insular. Sin analizar en detalle los sistemas representados, algunos puntos requieren una atención particular para poder comprender la evolución propuesta.

66 Precisamente en las figuras «los países del Norte» (de donde provienen o adonde están destinados los principales flujos de todo tipo relativos a las Galápagos) en lugar del «espacio mundo» y el «Ecuador continental» en lugar del «espacio ecuatoriano» (puesto que las Galápagos hacen parte de él).

Figura B
El sistema Galápagos actual

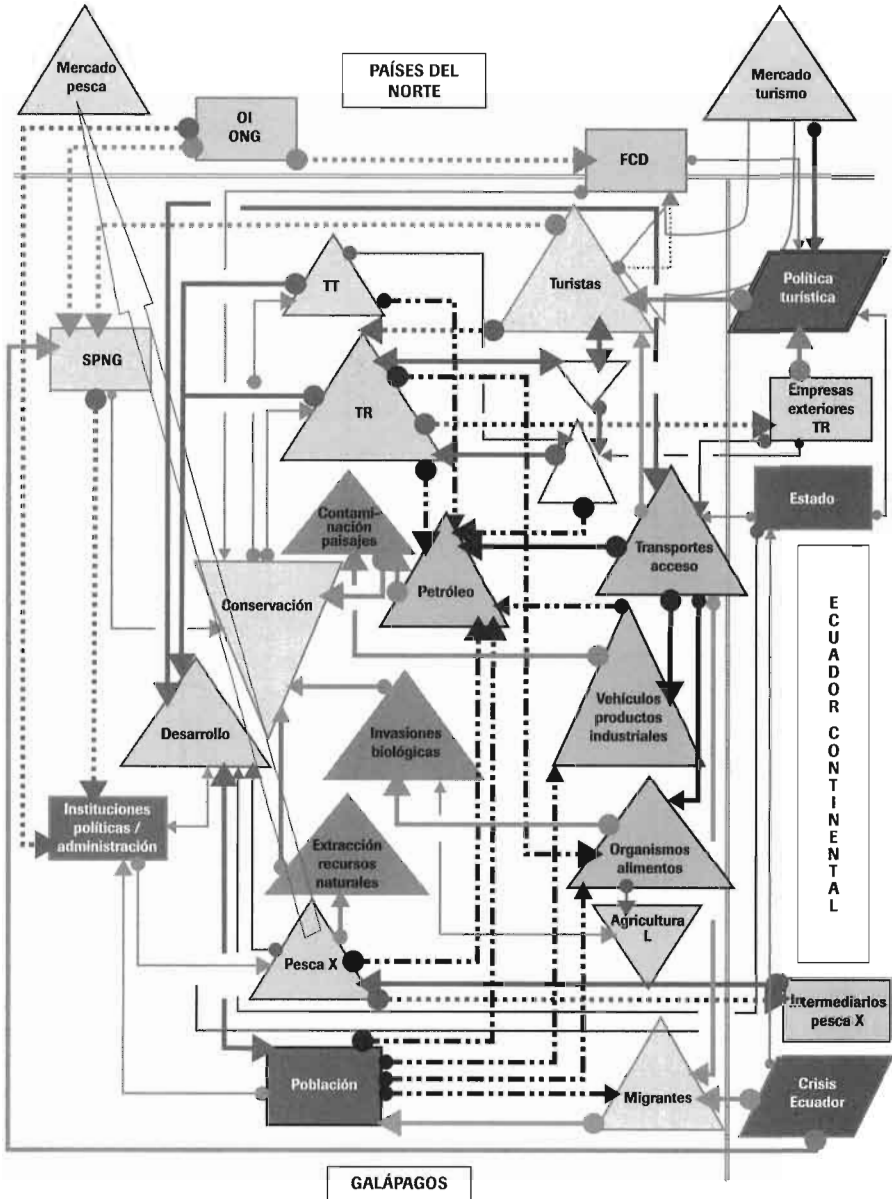
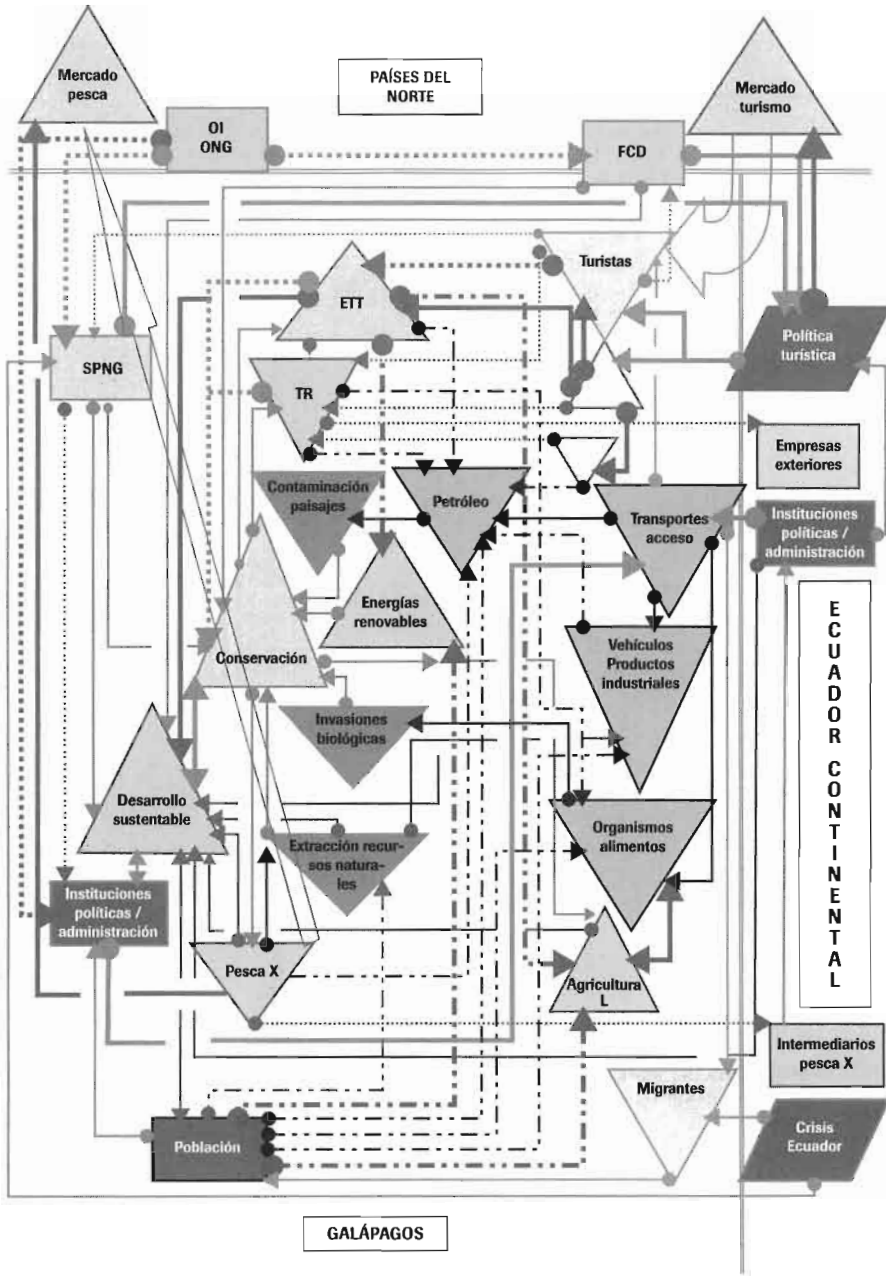


Figura C
El sistema Galápagos sostenible

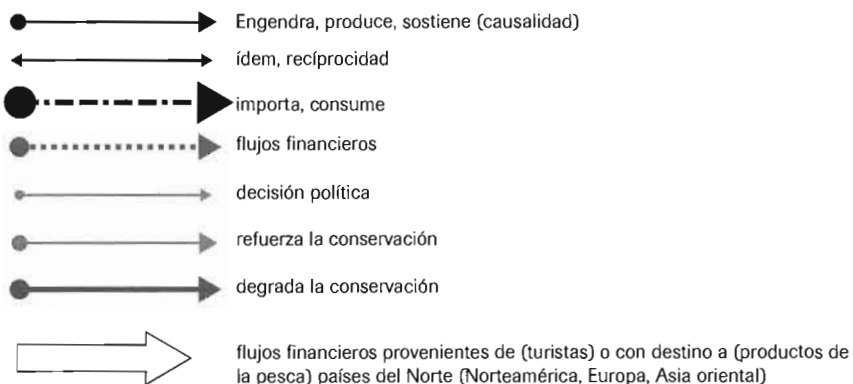


Conservación contra natura: Las islas Galápagos

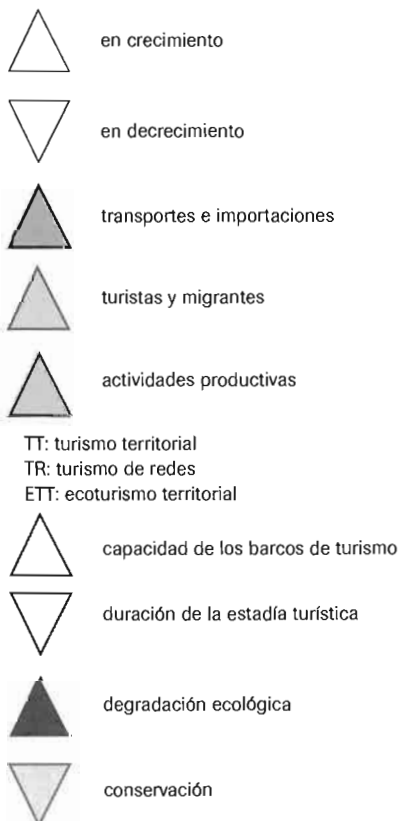
EL SISTEMA GALÁPAGOS

Leyenda de las figuras B y C

1. Vínculos (el espesor de la línea corresponde a la importancia de los flujos)



2. Dinámica e identificación de los procesos



3. Actores geográficos



4. Elementos coyunturales de efecto territorial en las Galápagos



5. Límites geográficos



En el «sistema Galápagos actual» (figura B) el crecimiento es alimentado por la demanda, en expansión, de los países del Norte, de recursos turísticos y pesqueros⁶⁷, lo que contribuye a abrir el archipiélago. Ahora bien, el mejoramiento del acceso a las Galápagos resulta de las decisiones políticas del Estado y del interés de las empresas exteriores al archipiélago (las de turismo, de transporte y de comunicaciones): estos actores tienen el poder político y económico de aumentar las conexiones entre el continente y las islas.

Desde los años 1960 la política turística de las Galápagos depende sobre todo de las empresas afuerneas influenciadas por la demanda mundial y, secundariamente, del Estado y de la FCD (véase el capítulo IV): estos actores han optado por un crecimiento indefinido del número de turistas, alimentado por estadías de corta duración. Estas son interesantes económicamente para las empresas de turismo de redes pero aportan poco al «turismo territorial» (TT). Además, un turismo en expansión y de cortas estadías impone el incremento del volumen y de la velocidad de los barcos de crucero, lo que refuerza la hegemonía de las empresas de turismo de redes y aumenta las importaciones de combustible al archipiélago. Finalmente, el turismo de redes importa desde el continente la casi totalidad de los alimentos necesarios para sus clientes. De allí su responsabilidad —compartida con la población local (a la que se asocia el turismo territorial)— en las invasiones biológicas que afectan al archipiélago. Estas últimas se suman a las importaciones de alimentos para explicar la declinación de la agricultura insular, que incrementa a su vez la nocividad de las invasiones biológicas.

Por otro lado, con una doble flecha se subraya que en el sistema actual, el desarrollo de las Galápagos está condicionado por el aumento de su apertura (o el mejoramiento constante de su acceso) y que esta es a cambio función del dinamismo de la economía insular. La misma interacción se produce entre el auge económico de las Galápagos y su crecimiento demográfico, mantenido por los migrantes: esto se asemejaría a un desarrollo endógeno si este no dependiera enteramente del exterior. Sea como fuere, la población importa y consume entonces cada vez más vehículos, productos industriales, alimentos, carburantes, lo que aumenta en la misma medida las presiones sobre los ecosistemas y los paisajes y contribuye a debilitar la conservación del archipiélago.

Finalmente dos observaciones sobre las relaciones políticas en el «sistema Galápagos actual». La inestabilidad política en Quito afecta directamente a la conser-

67 Dos grandes flechas ilustran los flujos provenientes de o con destino a esa demanda, que determina por otra parte las modalidades de explotación de los recursos naturales del archipiélago (véanse flechas «mercado turismo / política turística» y «mercado pesca / pesca de exportación»).

vación de las Galápagos: la «crisis ecuatoriana» explica por ejemplo la rápida rotación de los directores del SPNG (véase antes). Por otro lado, si bien la pesca contribuye menos que el turismo a la economía insular, es más un arma política: parte de la clase política de las Galápagos la utiliza para presionar a la conservación y reclamar más desarrollo para el archipiélago.

Para que el sistema Galápagos se torne «sostenible» (véase la figura C), las tendencias al crecimiento económico y a su corolario espacial que es la apertura deben invertirse. Esto implica una clara restricción del acceso al archipiélago: se trata de acoger menos turistas y migrantes, y consecuentemente de importar menos alimentos, menos combustible, menos vehículos y otros productos industriales; asimismo, la pesca de exportación debe disminuir. La baja en la importación de combustible significa menos vehículos motorizados, sustituidos por medios de transporte más ecológicos, en especial en las ciudades (de hecho son los que son utilizados aún por la mayoría de la población: caminar y bicicleta). Esta reducción de las importaciones supone desarrollar las fuentes renovables de energía (nuevo elemento del sistema) como la solar, la eólica o la geotérmica, mientras que los materiales de construcción locales deben reemplazar en la mayor medida posible al cemento. Los efectos positivos de este decrecimiento son evidentes: disminuyen las invasiones biológicas, los diferentes tipos de contaminación, la desfiguración de los paisajes urbanos y la explotación de los recursos naturales.

En la figura C la agricultura es uno de los pocos procesos en expansión pues, por un lado, la reducción de las importaciones de alimentos y aquella, correlativa, de las invasiones biológicas, permiten que una parte importante de la alimentación de la población insular sea proporcionada por los agricultores y pescadores locales; y, por otro, la implantación de un verdadero ecoturismo (en especial territorial) lleva a este a abastecerse prioritariamente de los productores insulares: siempre y cuando estos sean apoyados para emprender, todo esto actúa favorablemente en la conservación.

Pero el sistema Galápagos «sostenible» no es cerrado: prosigue el turismo, la inmigración, las exportaciones y las importaciones, aunque en flujos más modestos; las empresas de turismo de redes afuereñas así como los intermediarios de la pesca exteriores al archipiélago siguen percibiendo ingresos de la explotación de los recursos del archipiélago, aunque en menor cantidad, pues las demandas mundiales de productos pesqueros y de viajes turísticos no deberían bajar, lo que garantiza la prosecución de la actividad económica de la población insular en tanto la sobrepesca y la falta de energía a nivel mundial no reduzcan drásticamente esas fuentes de ingreso. Sin embargo, en un mercado tan particular como el de los recursos naturales de las Galápagos, corresponde a la oferta determinar

la demanda y no a la inversa: gracias a una etiqueta verde para los productos pesqueros y a la adopción de una legislación ecoturística, por ejemplo.

De hecho, una de las diferencias fundamentales entre estos dos sistemas es que en el sostenible las decisiones políticas tendientes a preservar la singularidad de las Galápagos priman sobre las de orden estrictamente económico que en cambio consideran el espacio insular según valores mercantiles universales. En lugar de que sea el solo mercado el que decida sobre el acceso a las Galápagos y sobre las modalidades de explotación de los recursos que en ellas se encuentran, las instituciones políticas y administrativas insulares y el Estado deben tomar la decisión de restringir efectivamente el acceso al archipiélago y las instituciones conservacionistas (SPNG y FCD) tienen que implementar una política turística innovadora, es decir un verdadero ecoturismo.

Ambas decisiones, y en particular la segunda puesto que conlleva la primera, son la clave de la preservación de las Galápagos. En efecto, planteo la hipótesis de que es a través de una política turística innovadora como el sistema Galápagos actual podría volverse sostenible. El objetivo es reducir la cantidad de turistas para detener el crecimiento económico y demográfico en el archipiélago así como el proceso de apertura geográfica que lo acompaña, permitiendo al mismo tiempo a la población residente vivir mejor: el conjunto torna la conservación eficaz y sostenible sin costos adicionales. Para ello es esencial prolongar la duración de estadía turística (el triángulo correspondiente apunta hacia arriba en la figura C), aprovechando a la vez el mercado y el poder político, pues incitar, e incluso obligar, a los visitantes a permanecer cierto tiempo en el archipiélago provocaría una cascada de consecuencias benéficas a la vez para la conservación y para la población de las Galápagos.

La primera ventaja de esta decisión es que acarrearía una disminución de los turistas muchos de los cuales piensan que las Galápagos no merecen que se pase allí más de algunos días. Ahora bien, el decrecimiento turístico es el fundamento de la preservación de las Galápagos pues engendra la disminución de los transportes entre el continente y las islas y, consecuentemente, la de las importaciones, de la inmigración y de las invasiones biológicas. Además, reducir la cantidad de turistas marca la voluntad de mostrar a todos los actores locales —población, empresas, instituciones políticas y administrativas— que el crecimiento ya no es el porvenir de las Galápagos. Puesto que todo el mundo concuerda en decir que el turismo en el archipiélago debe ser selectivo, el nuevo criterio de selección debería ser el tiempo de estadía y ya no el dinero del visitante. La selección por el dinero no es ni eficaz para la conservación —incluso todo lo contrario— ni moral, y la conservación así como el turismo, en particular cuando pretende ser «ecoturismo», deben preocuparse de la ética.

Sin embargo, este decrecimiento turístico y, de manera más general, económico, no implica una pérdida de ingresos económicos para los actores insulares. En efecto, razonar en tiempo más que en turistas permite ver que si la estadía promedio durara por ejemplo 8 días en lugar de 4 actualmente, una reducción del 50% del número de visitantes equivaldría a la misma cantidad de «noches turísticas» pasadas en el archipiélago. El sector del turismo territorial se vería beneficiado pues la prolongación de la estancia significa que la mayoría de los visitantes dispuestos a permanecer más tiempo en las islas se quedarían en tierra durante parte de sus vacaciones puesto que el precio de los cruceros son en promedio muy superiores a los del alojamiento en tierra.

Además, alojar, alimentar y ocupar a esos visitantes «en tierra» contribuiría al auge de actividades turísticas acordes a la conservación y a la imagen ecoturística de las Galápagos en el mercado mundial: para ello, tales actividades deben estar estrictamente enmarcadas en una legislación. Esta definiría las características de ese ecoturismo territorial: por ejemplo, establecimientos que empleen insulares previamente formados, utilicen energías renovables y sean construidos con materiales locales. Prácticas turísticas como la vela, el kayak o el remo, los paseo a pie, en bicicleta o a caballo, entre otros, serían privilegiadas; además, una estadía más prolongada permitiría cruceros menos rápidos, lo que disminuiría el consumo de energía de las embarcaciones: todas estas medidas van en el sentido de un verdadero ecoturismo. Se puede así imaginar la participación benévola de ciertos visitantes en tareas de conservación, como por ejemplo arrancar las plantas invasoras, a cambio de una exoneración de los derechos de entrada al PNG y de la obtención de un «diploma» con la estampilla SPNG/FCD: este «turismo ético» se desarrolla en todas partes del mundo. Los turistas dispuestos a permanecer más tiempo en las Galápagos están *a priori* más interesados por las islas que los que no piensan en permanecer en ellas más de 3 ó 4 días: es a esa clientela —rica o menos adinerada— a la que deben apuntar los actores del turismo del archipiélago.

Se puede incluso concebir, en el caso de un reducido número de operadores insulares, que presenten garantías conservacionistas indiscutibles, cruceros limitados a las costas de una sola isla y cuyos clientes, acompañados por su guía, estarían autorizados a desembarcar fuera de los sitios de visita. En efecto, la magia de las Galápagos está allí donde se tiene tiempo de aprovechar de un silencio alterado sólo por el silbido de los piqueros de patas azules, el piar de los pinzones y el murmullo del viento y del mar. Este tipo de estadía, que consume muy poca energía y se muestra respetuosa de la singularidad de los lugares visitados, produciría con seguridad menos impactos negativos en la ecología insular que muchos cruceros turísticos actuales, sin hablar de los campamentos de pescadores que, ellos sí, tienen acceso a todas las islas. En resumen, no faltan las ideas de turismo alternativo, por el cual la demanda aumenta rápidamente; el resto es un

asunto de *marketing*: al gozar de una renta vinculada a su singularidad en el mercado mundial, los actores del turismo galapagueño pueden escoger su clientela; en otros términos, a la oferta turística le corresponde determinar la demanda y no a la inversa.

Se podría creer que el SPNG y las instituciones que se reparten la tasa de entrada al PNG pagada por los turistas se verían afectados por una disminución del número de visitantes. Nada de eso, pues es posible remediar esa disminución de ganancia por lo menos de tres maneras. Primeramente instaurando una tasa diferencial de entrada al PNG, en función de la duración de la estadía en el archipiélago: mientras menos permanezca un visitante en las Galápagos más pagará por entrar⁶⁸. Este mecanismo debería permitir limitar la baja de ganancia por la disminución del número de entradas. Luego, parece normal que las empresas de turismo, que utilizan el parque como base de su negocio, contribuyan más a su conservación. Se puede imaginar también un impuesto en función de las características ecoturísticas de los operadores: mientras más acordes sean sus políticas con la conservación de las Galápagos, menor será el impuesto que paguen al SPNG. Finalmente y de manera más tradicional, las instituciones y ONG conservacionistas y de desarrollo, nacionales y extranjeras, pueden compensar ampliamente la pérdida de ingresos ligada a un menor número de visitantes. En total, esos ingresos, cuya recolección es en sí misma un instrumento de conservación, podrían incluso ser superiores a los recogidos mediante el actual derecho de entrada al PNG. Parece probable en cambio que con esta política turística las compañías aéreas y ciertas empresas de turismo de redes tendrían menos clientes, pero es el precio a pagar por la conservación de un patrimonio de la humanidad.

Conclusión: crear la geodiversidad para preservar las Galápagos

En definitiva, la única manera de conservar la singularidad natural de las Galápagos y consecuentemente de que su población viva un desarrollo sostenible, es crear geodiversidad en el archipiélago.

La noción de geodiversidad (Grenier, 2003, 2006) sirve para expresar un enfoque geográfico de la conservación a varias escalas, incluida la del planeta. La geodiversidad integra los factores geográficos –y consecuentemente humanos– en el

68 Por ejemplo, el turista paga 100 dólares adicionales por cada día menos en relación con una estadía mínima establecida en 8 días, para la cual la entrada queda fijada en su tarifa actual. A la inversa, mientras más tiempo permanezca en las islas, menos pagará por ingresar: por ejemplo, 10 dólares menos por día adicional más allá de los 8 días (con un mínimo de 10 dólares independientemente de la duración de la estadía).

análisis de la diversidad terrestre, cuya biodiversidad no es sino un componente que depende cada vez más, en época de globalización, de dichos factores geográficos. La geodiversidad es la suma de las particularidades naturales, espaciales y mesológicas (o de los «medios geográficos») que, en un tiempo dado, caracterizan a una región y la diferencian así de otras entidades geográficas de escala similar en la Tierra.

En época de globalización y en una perspectiva de conservación, la particularidad natural de una región puede apreciarse por su tasa de endemismo o, más ampliamente, por el buen estado de su biodiversidad. Su singularidad espacial se debe a que está aún relativamente aislada al interior del espacio-mundo, a que su población o el Estado al que pertenece controlan sus territorios y a que estos están aún relativamente cerrados. En el plano del medio geográfico, la originalidad de una región proviene del hecho de que sus habitantes tienen una relación con el espacio y con la naturaleza que les es propia y refleja su modo de vida y su adaptación al entorno en el que viven, lo que se traduce en paisajes singulares en sí. Una región dada contribuye entonces en mayor o menor medida a la geodiversidad planetaria en función de la singularidad de sus características naturales, espaciales o mesológicas. Estas tres dimensiones de la geodiversidad están generalmente vinculadas, mas no siempre.

Así, hasta ahora, las Galápagos no han contribuido a la geodiversidad planetaria sino por su singular biodiversidad. Su poblamiento reciente no ha permitido la elaboración de un medio particular y su situación, desde el siglo XIX, es la de un espacio abierto al mundo como reserva de recursos naturales para actores exteriores al archipiélago. En otros términos, las Galápagos no tienen ni singularidad espacial ni particularidad mesológica: están ampliamente abiertas al mundo y sus habitantes actuales, así como los actores exteriores que organizan su espacio, disponen de un medio banal o «continental», o sea indiferente –por no decir inadaptado o nocivo– a la singularidad del entorno insular. Solamente gracias a su tardía integración al espacio-mundo y a su reciente poblamiento las Galápagos tenían todavía una biodiversidad singular que justificaba convertirlas en parque nacional. Hoy en día, al no existir en ellas las otras dos dimensiones de la geodiversidad –singularidad espacial y mesológica–, su biodiversidad particular está bajo amenaza de desaparición.

Se trata entonces de actuar como geógrafos, de inscribir en esta parte de la Tierra las marcas de un hábitat original, de crear la parte de geodiversidad que hace falta en las Galápagos –una singularidad espacial y un medio particular– para preservar su originalidad natural. Una frase escrita en una pared del Centro de Interpretación de San Cristóbal resume este programa: «Nuestro estilo de vida debe ser distinto al del continente para mantener la singularidad del archipiélago». Para ello es necesario aislar un poco a las Galápagos al interior del espacio-

mundo e inventar, incluso recurriendo a la experiencia de los viejos galapagueños, una relación con el espacio y la naturaleza que dé lugar a un modo de vida adaptado a la singularidad de las islas.

El aislamiento por millones de años ha hecho de Galápagos un lugar con plantas y animales únicos. En otros lugares del mundo, la llegada del ser humano ha resultado en la extinción de especies nativas. ¡No queremos que pase aquí! Nuestro estilo de vida debe ser distinto al del continente para mantener la singularidad del archipiélago.

¡Te invitamos a conocer cómo vivimos en las Encantadas!

Having been isolated for millions of years has made Galapagos a place with unique plants and animals. In other parts of the world, the arrival of humans has resulted in the extinction of native species. We do not want that to happen here! Our life style must be different from that on the mainland in order to maintain the uniqueness of Galapagos.

We invite you to see how we live in “Las Encantadas”!

En la conclusión de su notable tesis sobre las Galápagos, P. Ospina me reprocha amistosamente mostrarme «excesivamente negativo», sucumbir a la «exageración del pesimismo de la inteligencia» (Op. cit.: 148) a propósito del porvenir del archipiélago, mientras él tendría una actitud más «optimista». Yo no plantearía el debate en términos de pesimismo sino de lucidez, y no recurriré al optimismo sino a la imaginación, pues las Galápagos, su naturaleza así como su población no están bien: si se comprende que aquellos para quienes la imagen de un archipiélago «paradisiaco» es la base de su negocio persisten en negar esta evidencia —o al menos en negarse a hablar de ello— aquellos cuya profesión es conservar el PNG o estudiar la situación humana de las islas no deberían taparse la cara. Sin embargo, no hay fatalidad alguna en que la naturaleza y la sociedad de las Galápagos sigan deteriorándose, a condición de que se imaginen soluciones innovadoras.

En efecto, las Galápagos gozan de ventajas geográficas para implantar políticas de conservación —o de «desarrollo sostenible»— eficaces. La primera de ellas corresponde a su posición, pues si bien su situación es hoy en día la de un espacio ampliamente abierto al resto del mundo, su posición sigue siendo la de un archipiélago aislado cuyas puertas de entrada son fáciles de controlar, siempre y cuando la voluntad política supere las meras intenciones, lo que no es el caso con la «Ley especial». Son los actores los que hacen cambiar las situaciones geográficas: reencontrar un cierto aislamiento es más fácil en islas oceánicas que en el continente.

La segunda ventaja corresponde a la situación de las islas en el espacio-mundo: las Galápagos ocupan en él un lugar de extraordinario poder simbólico, como si-

tio mítico de la elaboración de la teoría de la evolución y como santuario idealizado de una naturaleza preantropica. No son solamente los científicos y los turistas del mundo entero los que aprovechan de ello sino potencialmente toda la humanidad, pues este archipiélago es hoy en día una de las raras regiones del mundo donde se encuentra aún una «wilderness» habitada por especies únicas que coexisten con población humana, y es bueno que eso exista. Las Galápagos pueden ser un sitio de experimentación de la modernidad de mañana, aquella que saca partido de la naturaleza sin perturbar de manera irreversible su evolución, uno de los laboratorios donde se invente también uno de los modos de vida que permita al hombre habitar humanamente y por tanto de manera sostenible la Tierra. Es por eso que se puede esperar que la opinión pública así como los Estados, en particular en los países ricos, se movilicen para preservar las Galápagos, lo que está muy lejos de ser el caso tratándose de otros lugares del mundo.

Estas acciones no pueden surgir sino de una reflexión previa realizada de manera colectiva por todos los actores involucrados: los de las islas como los de afuera, incluidos los organismos extranjeros que, por su ayuda, son parte integrante de la organización del espacio de las Galápagos, «patrimonio de la humanidad» que, a ese título, atañen a todo el mundo. Las islas están bajo la soberanía ecuatoriana: la noción de responsabilidad ambiental de un país sobre la parte de biodiversidad planetaria que alberga su territorio, en particular si esta contiene numerosas especies endémicas o ecosistemas singulares, es una noción que se afirma (Schmeller, 2006). Está implícita en la noción de patrimonio mundial que la Convención de la UNESCO de 1972, aunque de manera timorata, ha popularizado: al ser soberano sobre su territorio insular de las Galápagos, Ecuador es internacionalmente responsable del patrimonio mundial que son esas islas. Pero también los habitantes del archipiélago, los actores que moldean el espacio, los que viven de él, los que sueñan con él: es la humanidad la responsable de su patrimonio. ¿Cómo actuar cuando la responsabilidad es tan universal que se diluye?

Un patrimonio es lo que ofrece recursos y una identidad. Por ello esta noción comprende la de territorio, que abre el acceso a esos «recursos identitarios» (Godard, 1989: 314). Pero ¿quién debe controlar el territorio y por tanto el acceso a los recursos patrimoniales? No puede ser sino una y una sola entidad local, a la vez galapagueña –por tanto ecuatoriana– e internacional: el binomio SPNG/FCD puede prefigurar un organismo de este tipo, pues no puede haber conservación del patrimonio natural –de las Galápagos o de otra parte– sin territorialización, es decir sin apropiación del espacio del archipiélago por parte de un actor que controle el acceso a él para organizarlo y, en el presente caso, autorizar en él únicamente las actividades conformes a dicha conservación.

medio acorde con la particularidad de las islas, no solamente se conservarían sus ecosistemas sino que la singular belleza nacida del prolongado aislamiento de este archipiélago podría ser preservada a largo plazo, para el gran placer de su población y de la humanidad.

Bibliografía

- Abdulkarim A., 1994 – La diaspora libanaise: une organisation communautaire, en *L'espace géographique*, 23 (3): 217-223.
- Acosta Solís M., 1966 – Problems of Conservation and Economic Development of the Galápagos, en Bowman R. (Ed.): 282-285.
- Acot P., 1988 – *Histoire de l'écologie*, Paris, PUF, 285 p.
- Alpert L., 1963 – The Climate of the Galápagos Islands, en *Galápagos Islands: a unique Area for Scientific Investigation*, San Francisco, California Academy of Science, Occasional Papers of the California Academy of Science: 21-43.
- Amend S., Amend T. (Eds.), 1992 – *¿Espacios sin habitantes? Parques Nacionales de América del Sur*, Gland, UICN, 497 p.
- Andrade M., 1995 – *Las comunidades pesqueras en la región insular*, Quito, FCD/ORSTOM, 35 p.
- Ayala Mora E., 1990 – La fundación de la República, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 7: 143-196.
- Baca W., 1991 – *Radiografía del Estado ecuatoriano*, Quito, El Duende, 160 p.
- Badie B., 1995 – *La fin des territoires*, Paris, Fayard, 276 p.
- Banque Mondiale, 1992 – *Rapport sur le développement dans le monde. Le développement et l'environnement*, Washington, Banque Mondiale, 299 p.
- Barnaud G., Lefeuvre J.-C., 1992 – L'écologie, avec ou sans homme?, en Jollivet M. (Ed.), *Sciences de la nature, sciences de la société. Les passeurs de frontières*, Paris, CNRS: 69-112.
- Bayart J.-F., 2004 – *Le gouvernement du monde. Une critique de la globalisation politique*, Paris, Fayard: 448 p.
- Beebe W., 1924 – *Galápagos: World's End*, New York, Putnam, 443 p.
- Bélanger C. E., 1994 – Le rôle des institutions financières internationales: le cas du groupe de la Banque mondiale, en *Regards sur le tourisme dans les pays en développement*, Montreal, UQAM, N° especial *Teoros*, 13(2): 16-20.
- Berque A., 1986 – *Le sauvage et l'artifice. Les Japonais devant la nature*, Paris, Gallimard.
- Berque A., 1990 – *Médiance. De milieux en paysages*, Montpellier, GIP-Reclus, 163 p.
- Berque A., 1991 – La transition paysagère comme hypothèse de projection pour l'avenir de la nature, en Roger A., Guéry F. (Eds.), *Maîtres et protecteurs de la nature*, Paris, Champ Vallon: 217-238.
- Berque A., 1993 – Écoulène ou la Terre comme demeure de l'humanité, en Bourg D. (Ed.), *La nature en politique ou l'enjeu philosophique de l'écologie*, Paris, L'Harmattan: 13-20.
- Berque A., 1996 – *Être humains sur la terre*, Paris, Gallimard, 212 p.
- Berry R. (Ed.), 1984 – *Evolution in the Galápagos Islands*, Londres, Academy Press for the Linnean Society of London.
- Blangy S., 1993a – L'Écotourisme dans le monde, en *Tourisme et environnement. Du tourisme de nature à l'écotourisme*, Paris, Éditions touristiques européennes, N° fuera de serie, *Cahiers Espaces*: 223-225.
- Blangy S., 1993b – Écotourisme et développement. L'exemple de l'Amérique latine, en *Tourisme et environnement. Du tourisme de nature à l'écotourisme*, Paris, Éditions touristiques européennes, N° fuera de serie, *Cahiers Espaces*: 228-235.

- Blangy S., Epler Wood M., 1993 – Developing and Implementing Ecotourism Guidelines for Wildlands and Neighboring Communities, en Lindberg K., Hawins D. (Eds.): 32-54.
- Bliemsrieder M., 1994 – *Informe anual de actividades de la área de turismo del SPNG*, Puerto Ayoa, SPNG, 20 p.
- Bloch E., 1978 – *Héritage de ce temps*, París, Payot, 390 p.
- Blondel J., 1995a – Biologie insulaire et le syndrome de l'insularité, en *Les Cahiers du Conservatoire du Littoral*, París, Conservatoire du Littoral, 3: 84-94.
- Blondel J., 1995b – *Biogéographie. Approche écologique et évolutive*, París, Masson, 297 p.
- Bognoly J., Espinosa J. M., 1904 – *Las Yslas Encantadas o el Archipiélago de Colón*, Guayaquil, Imprenta del Comercio, 212 p.
- Bonifaz C., 1963 – El Ecuador y las islas Galápagos, en *Noticias de Galápagos*, 1: 1-3.
- Bonnemaison J., 1986 – *Les fondements d'une identité. Territoire histoire et société dans archipel de Vanuatu (Mélanésie). I – L'arbre et la pirogue*, París, ORSTOM, 540 p.
- Bonnemaison J., 1989 – L'espace réticulé. Commentaires sur l'idéologie géographique, en *Tropiques, lieux et liens*, París, ORSTOM: 500-510.
- Bonnemaison J., 1990 – Vivre dans l'île. Une approche de l'îlétité océanienne, en *L'espace géographique*, 2: 119-125.
- Bonner R., 1994 – *At the Hand of Man. Peril and Hope for African Wilderness*, New York, Vintage Books, 332 p.
- Boo E., 1990 – *Ecotourism: The Potentials and Pitfalls*, Washington, WWF, 153 p.
- Boo E., 1992 – The Ecotourism Boom, en *Wildlands and Human Needs*, Washington, WWF, *Technical Papers Series*, 2, 24 p.
- Boo E., 1993 – Ecotourism Planning for Protected Areas, en Lindberg K., Hawins D. (Eds.): 32-54.
- Borja, 2003 – *Migraciones a Galápagos. Informe Técnico de Consultoría*, Informe inédito para Fundación Natura, Quito, 122 p.
- Bourdieu P., 1992 – *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*, París, Le Seuil, 270 p.
- Bowler P., 1995 – *Darwin*, París, Flammarion, 326 p.
- Bowman K. (Ed.), 1966 – *The Galápagos. Proceedings of the Galápagos International Scientific Project*, Los Angeles, University of California Press, 318 p.
- Bowman R., 1963 – Evolutionary Patterns in Darwin Finches, en *Galápagos Islands: a unique Area for Scientific Investigation*, San Francisco, California Academy of Science, Occasional Papers of the California Academy of Science: 107-140.
- Brosset A., 1963 – Le statut actuel de la faune aux îles Galápagos, en *Noticias de Galápagos*, 1: 5-9.
- Brown L., 1995 – Les limites de la nature, en Brown L., Flavin C., French H. F. (Eds.), *L'état de la planète*, París, La Découverte: 5-31.
- Bruneau M., 1994 – Territoires de la diaspora grecque pontique, en *L'espace géographique*, 23 (3): 203-216.
- Brunet K., Ferras R., Théry H., 1992 – *Les mots de la géographie*, París, La Documentation française/Montpellier, GIP-Reclus, 470 p.
- Brunet R., 1986 – L'espace, règles du jeu, en Auriac F., Brunet R. (Eds.), en *Espaces, jeux et enjeux*, París, Fayard: 297-316.
- Brunet R., 1990 – Le déchiffrement du monde, en *Mondes Nouveaux, Géographie Universelle*, París, Hachette, Tomo 1: 9-271.
- Burette-Maurau P., 1983 – *La participation du Tiers-Monde à l'élaboration du droit international*, París, Librairie générale de droit et de jurisprudence.
- Caot L., Lewis E., 1995 – Recent Increase in Killing of Geant Tortoises on Isabela Island, en *Noticias de Galápagos*, 54: 2-7.
- Carrasco A., 1990 – Informe del Secretario General de la FCD, en *Actas de la Quincuagésima Asamblea General de la FCD*, Quito, FCD.

Bibliografía

- Carrasco A., 1991 – *El turismo a las islas Galápagos. Sus impactos en la ecología, en la economía y en la sociedad*, Quito, FCD, 23 p.
- Carrasco A., 1992a – *Comentarios al proyecto «Parque Galápagos» presentado ante el Congreso Nacional por el diputado Alfredo Serrano*, Quito, FCD, 5 p.
- Carrasco A., 1992b – Islas Galápagos, una visión actual, en Amend S., Amend T. (Eds.): 231-250.
- Carrasco A., Grenier, C., Rodríguez J., 1994 – *Una reflexión en torno a las migraciones humanas a Galápagos*, Quito, FCD, 23 p.
- Carrión F., 1992 – Evolución del espacio urbano ecuatoriano, en *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 12: 37-72.
- Castells M., 1998 – *La société en réseaux*, París, Fayard, 613 p.
- Cazes G., 1992a – *Tourisme et Tiers Monde. Un bilan controversé*, París, L'Harmattan, 208 p.
- Cazes G., 1992b – *Fondements pour une géographie du tourisme et des loisirs*, París, Bréal, 189 p.
- Cazes G., 1994 – Le tourisme international dans les relations Nord-Sud. Perspectives territoriales et géopolitiques, en *Regards sur le tourisme dans les pays en développement*, Montreal, UQAM, N° especial *Teoros*, 13(2): 8-11.
- Ceballos-Lascurain H., 1993 – Ecotourism as a Worldwide Phenomenon, en Lindberg K., Hawins D. (Eds.): 12-14.
- Chalmers A., 1990 – *Qu'est-ce que la science? Popper, Kuhn, Lakatos, Feyerabend*, París, La Découverte, 287 p.
- Chavaillon J., 1996 – *L'âge d'or de l'humanité. Chroniques du paléolithique*, París, Éditions Odile Jacob, 264 p.
- Chazaud P., 1993 – Transport, tourisme et marketing des services, en *Espaces, revue technique du tourisme et des loisirs*, 120: 20-26.
- Chemillier-Gendreau M., 1995 – *Humanité et souveraineté. Essai sur la fonction du droit international*, París, La Découverte, 382 p.
- Chesnais J.-C., 1995 – *La démographie*, París, PUF, colección *Que sais-je?*, 128 p.
- Chesneaux J., 1992 – Maîtriser la collision entre l'histoire naturelle et l'histoire humaine, en *Écologie politique*, 2: 127-134.
- Cifuentes M., 1992 – *Determinación de capacidad de carga turística en áreas protegidas*, Turrialba, Costa Rica, Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza, 26 p.
- Clark J., 1990 – Carrying Capacity: Defining the Limits to Coastal Tourism, en Miller M. L., Auyong J. (Eds.), *Proceedings of the 1990 Congress on Coastal and Marine Tourism*, Honolulu, Vol. 1: 117-131.
- Colinvaux P., 1984 – The Galápagos Climate: Present and Past, en Perry R. (Ed.), *Galápagos. Key Environment*, Oxford, Pergamon Press: 55-70.
- Comisión de Alto Nivel, 1984 – *Plan Maestro Galápagos. Plan de manejo y desarrollo del Parque Nacional Galápagos, II fase*, Quito, Presidencia de la República, 234 p.
- Comisión Interinstitucional, 1992 – *Plan de manejo de la Reserva de Recursos Marinos de Galápagos*, Quito, Presidencia de la República, 76 p.
- Comisión Multisectorial, 1991 – *Plan Global de manejo turístico y conservación ecológica de Galápagos*, Quito, Presidencia de la República, 38 p. + anexos.
- CONADE, 1988 – *Plan Maestro de desarrollo conservacionista de la provincia de Galápagos*, Quito, CONADE, 5 Vol., 1.039 p.
- Conan M., 1985 – Découverte et invention du Yellowstone, en Cadoret A. (Ed.), *Protection de la nature. Histoire et idéologie*, París, L'Harmattan: 175-192.
- Congreso Nacional, 1979 – *Actas del Congreso*, Quito, Congreso Nacional.
- Congreso Nacional, 1998 – *Ley de régimen Especial para la Conservación y el Desarrollo Sustentable de la Provincia de Galápagos*, Quito, Registro Oficial N° 278, 18 de marzo de 1998, 31 p.
- Constant P., 1989 – *L'archipel des Galápagos*, París, P. Constant Éd., 328p.

- Constant P., 1993 – Les nouveaux pirates des Galápagos, en *Oceanorama*, Marseille, Institut océanographique Paul Ricard, 21: 9-12.
- Corbin A., 1988 – *Le territoire du vide. L'Occident et le désir de rivales. 1750-1840*, París, Flammarion, 407 p.
- Corbin A., 1995a – L'avènement des loisirs, en Corbin A. (Ed.), *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, París, Aubier: 9-18.
- Corbin A., 1995b – Du loisir cultivé à la classe de loisirs, en Corbin A. (Ed.). *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, París, Aubier: 55-80.
- Corley Smith G. T., 1976 – Saving the Giant Tortoises of the Galápagos from extinction, en *Second International Conference on Breeding of Endangered Species in Captivity*, Londres, London Zoological Society: 13-19.
- Corley Smith G. T., 1990 – A Brief History of the Charles Darwin Foundation for the Galápagos Islands, en *Noticias de Galápagos*, 49: 1-36.
- Cruvellier C., 1991 – *Síntesis de la problemática socioeconómica y ambiental de las islas Galápagos y propuestas institucionales para el mejoramiento de su administración*, Washington, Banco Mundial, 41 p.
- Cueva A., 1990 – El Ecuador de 1925 a 1960, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 10: 87-122.
- Cueva A., 1991 – El Ecuador de 1960 a 1979, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 11: 149-180.
- Cunard, 1994 – *Galápagos adventure*, Lausanne, JPM Publicarions, 176 p.
- D'Orso M., 2002 – *Plundering Paradise. The Hand of Man on the Galápagos Islands*, New York, Harper Collins Publishers, 345 p.
- Dardel E., 1990 [1952] – *L'homme et la terre*, París, Éditions du CTHS, 199 p.
- Darwin C., 1980 [1859] – *L'origine des espèces*, París, La Découverte, 656 p.
- Darwin C., 1985 [1845] – *Voyage d'un naturaliste autour du monde*, París, La Découverte, Tomo II, 199 p.
- De Miras C., Andrade M., Carranza C., 1995c – *Evaluación socioeconómica de la pesca experimental de pepino de mar en Galápagos*, Quito, FCD / ORSTOM, 43 p.
- De Miras C., Grenier C., Andrade M., 1995a – *Estudio de impacto socioeconómico de los barcos de crucero Vistafor y Mermoz a las islas Galápagos*, Quito, FCD / ORSTOM, 83 p.
- De Miras C., Grenier C., Andrade M., 1995b – *Censo de los establecimientos comerciales urbanos de Galápagos*, Quito, FCD / ORSTOM, 39p.
- De Roy T., Jones M., 1992 – *Retratos de Galápagos*, Quito, Libri Mundi, 124 p.
- Debord G., 1987 – *La société du spectacle*, París, Éditions Gérard Lebovici, 170 p.
- Defensa Civil, 1994 – *Impactos ambientales y desastres en Galápagos*, Quito, Defensa Civil, 4 (11).
- Delaunay D., 1986 – Revolución demográfica en el Ecuador, en 250 años de la Primera Misión Geodésica, Quito, Banco Central del Ecuador, en *Cultura*, 8 (24 b): 492-506.
- Delbos G., 1989 – De la nature des uns et des autres, en Mathieu N., Jollivet M. (Eds.), *Du rural à l'environnement*, París, L'Harmattan: 50-63.
- Déléage J.-P., 1991 – *Histoire de l'écologie*, París, La Découverte, 330 p.
- Deler J.-P., 1981 – *Genèse de l'espace équatorien*, París, ADPF, 279 p.
- Descola P., 1986 – *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 450 p.
- Devillers C., Chaline J., 1989 – *La théorie de l'évolution*, París, Dunod, 310 p.
- Di Castri F., 1992 – L'écologie en temps réel, en Theys J., Kalaora B. (Eds.), *La terre outragée*, París, Autrement: 78-86.
- DITURIS 1987 – *Boletín de estadísticas turísticas*, Quito, DITURIS, 173 p.
- Dollfus O., 1986 – L'espace mondial tel qu'il est. Deux ou trois choses que je sais de lui, en *L'espace, jeux et enjeux*, París, Fayard: 223-236.

Bibliografía

- Dollfus O., 1990 – Le Système Monde, en *Mondes Nouveaux. Géographie Universelle*, París, Hachette, Tomo I: 273-529.
- Domenach H., Picouet M., 1995 – *Les migrations*, París, PUF, colección Que sais-je?, 128 p.
- Dorst 1959a – L'avenir de la faune aux îles Galápagos, *Nature et Science*, 36: 12-17.
- Dorst J., 1959b – *Rapport sur une mission en Équateur concernant l'établissement d'une station de recherche «Charles -Darwin» dans les îles Galápagos*, París, UNESCO, 35 p.
- Dorst J., 1963 – Future Scientific Studies in the Galápagos Islands, en *Galápagos Islands: A Unique Area for Scientific Investigation*, San Francisco, California Academy of Science, Occasional Papers of the California Academy of Science: 147-154.
- Dorst J., 1964 – Signature d'un accord entre le gouvernement de l'Équateur et notre fondation, en *Noticias de Galápagos*, 3: 13-14.
- Dorst J., 1970 [1965] – *La nature dénaturée*, París, Le Seuil, 190 p.
- Dorst J., 1971 – Élevage de tortues en captivité, *Noticias de Galápagos*, 17, 18 p.
- Dorst J., 1974 – Parcs et réserves insulaires, en *Deuxième Conférence mondiale sur les Parcs nationaux*, Morges, UICN: 298-307.
- Drouin J.-M., 1991 – Quelques figures de l'insularité, en Roger A., Guéry F. (Eds.), *Maîtres et protecteurs de la nature*, Seyssel, Champ Vallon: 197-216.
- Drouin M., 1993 – *L'écologie et son histoire*, París, Flammarion, 213 p.
- ECCD, 1993 – *Memorias. Taller de planificación inicial para los tres centros de visitantes del PNG*, Puerto Ayora, ECCD, 18 p.
- Ecuador, 1950 – *Censo de población del Archipiélago de Colón*, Quito.
- Ecuador, 1962 – *Censo de población del Archipiélago de Colón*, Quito.
- Edwards S., 1991 – *The Demand for Galápagos Vacations: Estimation and Application to Wilderness Preservation*, Woods Hole, MA, Woods Hole Oceanographic Institution, *Coastal Management*, 19.
- Eibl-Eibesfeldt I., 1957 – Le paradis animal des Galápagos sera-t-il sauvé?, en *Nature et Science*, 22: 13-20.
- Eibl-Eibesfeldt I., 1959 – *Survey on the Galápagos Islands*, París, UNESCO, 31 p.
- Eibl-Eibesfeldt I., 1975 – *Un arca de Noé en el Pacífico*, Madrid, Alianza Editorial, 253 p.
- Eliade M., 1993 [1963] – *Aspects du mythe*, París, Gallimard, 251 p.
- Epler B., 1987 – Whalers, Whales and Tortoises, Woods Hole, MA, Woods Hole Oceanic Institution, *Oceanus*, 30 (2): 86-92.
- Epler B., 1992 – *An economic and Social Analysis of Tourism in the Galápagos Islands*, University of Rhode Island, Coastal Resources Center, 33 p.
- Epler B., 1993 – *Financing and Enhancing Management in the Galápagos Islands*, University of Rhode Island, Coastal Resources Center, 17 p.
- Estupiñán P., 1991 – Recuento del periodo 1979-1990, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 11: 319-354.
- FAO, 1995 – *La situation mondiale des pêches et de l'aquaculture*, Rome, FAO, 57 p.
- FCD, 1988 – *Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos, presente y futuro*, Quito, FCD, 32p.
- FCD, 1990 – *Actas de la Quincuagésima Sexta Reunión del Consejo Directivo y de la Décimo Novena Asamblea General*, Quito, FCD.
- FCD, 1992b – *Plan Maestro de la Estación Científica Charles Darwin*, Quito, 93 p.
- FCD, 1992a – *Indicadores Regionales*, Quito, FCD, 208 p.
- FCD, 1993 – *Actas de la Sexagésima Reunión del Consejo Directivo y de la Vigésima Primera Asamblea General*, Quito, FCD.
- FCD, 1994 – *Actas de la Sexagésimo tercera Reunión del Consejo Directivo*, Quito, FCD.
- Fosberg R., 1966 – The Oceanic Volcanic Island Ecosystem, en Bowman R. (Eds.), *The Galápagos. Proceedings of the Galápagos International Scientific Project*, Los Angeles, University of California Press: 55-61.

- Fourcade M., Uribelarrea D., 1992 – Sistema de Áreas protegidas en Argentina, en Amend S., Amend T. (Eds.), *¿Espacios sin habitantes? Parques Nacionales de América del Sur*, Gland, UICN: 11-17.
- Fundación Charles Darwin, 2001 – *Annual Report 2000*, Puerto Ayora, FCD, 39 p.
- Fundación Charles Darwin, 2003 – *Informe anual 2002*, Puerto Ayora, FCD, 34 p.
- Fundación Charles Darwin, 2004 – *Informe anual 2003*, Puerto Ayora, FCD, 30 p.
- Fundación Natura / WWF, 2001 – *Galápagos Report 2000-2001*, Quito, Fundación Natura /WWF, 148 p.
- Fundación Natura / WWF, 2002 – *Informe Galápagos 2001-2002*, Quito, Fundación Natura /WWF, 161 p.
- Georgescu-Roegen N., 1993 [1971] – The Entropy Law and the Economic Problem, en Daly H., Townsend K. (Eds.), *Valuing the Earth; Economics, Ecology, Ethics*, Cambridge, MA, The MIT Press: 75-88.
- Godard O., 1989 – Jeux de nature. Quand le débat sur l'efficacité des politiques publiques contient la question de leur légitimité, en Mathieu N., Jollivet M. (Eds.), *Du rural à l'environnement*, París, L'Harmattan: 303-342.
- Godelier M., 1984 – *L'idéal et le matériel*, París, Fayard, 349 p.
- Gómez N., 1992 – Organización del espacio ecuatoriano, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 12: 9-36.
- Gormsen E., 1981 – Le tourisme international. Un nouveau «front pionnier» dans les pays tropicaux. Exemple des initiatives publiques et privées au Mexique, en *Les phénomènes de «frontière» dans les pays tropicaux*, París, Institut des hautes études de l'Amérique latine: 329-346.
- Grant P., 1984 – Plant and Finch Response on Isla Genovesa to El Niño Event of 1982-83, en *Noticias de Galapagos*, 39: 12-13.
- Grant P., 1986 – *Ecology and Evolution of Darwin's Finches*, Princeton, Princeton University Press, 458 p.
- Grawitz M., 1979 – *Méthodes des sciences sociales*, París, Dalloz, 1.102 p.
- Grenier C., 1994a – De l'espace marginal à l'espace pionnier frontalier: ouverture et attraction des Galápagos, *L'espace géographique*, 23 (3): 250-262.
- Grenier C., 1994b – *Notas sobre el trabajo de campo en Galápagos (1992-1994)*, Informe a la Estación Científica Charles Darwin, ECCD, 23 p.
- Grenier C., 1995 – Les naturalistes et les Galápagos, *Géographie et cultures*, 13: 107-132.
- Grenier C., 1996 – *Réseaux contre nature. Conservation, tourisme et migrations aux îles Galápagos (Équateur)*, Thèse de doctorat de l'Université Paris I Panthéon-Sorbonne, 767 p. + anexos y láminas fotográficas fuera de texto.
- Grenier C., 1997 – Les Galápagos: une province équatorienne ou un Patrimoine Mondial?, en Sanguin A. L. (Ed.), *Vivre dans une île, géopolitique des insularités en Europe et dans le monde*, París, L'Harmattan, colección Géographie et Cultures: 373-382.
- Grenier C., 1998a – Lieux, réseaux et modernité: les îles et la diversité terrestre, en *Le voyage inachevé...; a Joël Bonnemaïson*, París, ORSTOM/Prodig: 233-240.
- Grenier C., 1998b – Mythe de l'écotourisme: le cas des îles Galápagos, en *Actes des septièmes Journées de géographie tropicale*, Nantes, Ouest éditions: 169-179.
- Grenier C., 1999 – Les habitants des Galápagos et le parc national: un territoire disputé, en Bonnemaïson J., Cambrézy L., Quinty-Bourgeois L. (Eds.), *Le territoire, lien ou frontière? II - La nation et le territoire*, París, L'Harmattan: 253-266.
- Grenier C., 2000 – *Conservation contre nature. Les îles Galápagos*, París, IRD, colección Latitudes 23, 376 p.
- Grenier C., 2000 – De l'impuissance du politique à la prédation publique: menaces sur le parc national des Galápagos, en *Politique et dynamique territoriales*, París, Publications de la Sorbonne: 63-81.

Bibliografía

- Grenier C., 2002a – How Tourism reduces Geodiversity and How it Could be Different: the Galápagos Archipelago and Easter Island Cases, en di Castri F. and Balaji V. (Eds.), *Tourism, Biodiversity and Global Society*, Leiden, Backhuys Publisher: 233-255.
- Grenier C., 2002b – Océaniques ou américaines? Analyse comparative du rattachement à l'Amérique des Galápagos et de l'île de Pâques, *Mappemonde* N° 66: 38-44.
- Grenier C., 2003a – Garder l'espace: la notion de géodiversité et la conservation du patrimoine littoral, en *Océanis*, fascicule 28-1/2 *Environnement, politiques publiques et dynamique des activités littorales*. 233-251.
- Grenier C., 2004 – Discontinuité et accessibilité des aires protégées. Du modèle insulaire au modèle réticulaire, en Lebigre J.-M., Decoudras P. (Eds.), *Aires protégées littorales du monde tropical*, colección Îles et Archipels, N° 32 CRET, Université de Bordeaux 3: 29-42.
- Grenier C., 2005 – La patrimonialisation comme mode d'adaptation géographique. Galápagos et île de Pâques, en Cormier Salem M.-C., Juhé-Beaulaton D., Boutrais J., Roussel B. (Eds.), *Patrimoines naturels aux suds. Territoires, identités et stratégies locales*, Paris, IRD Éditions: 475-513.
- Grenier C., 2006 – Entre les mailles du filet. Une approche géographique de la conservation, Ponencia en el Coloquio Le réveil du Dodo II. Journées francophones des sciences de la conservation de la biodiversité, Paris, marzo de 2006.
- Grenier C., De Miras C., 1994 – Les Galápagos: du mythe d'un espace vierge au partage disputé de la rente, *Cahiers des Sciences Humaines*, 30 (4): 645-666.
- Grenier C., Menanteau, L., 2003b – Le jaguar et la tronçonneuse. Les contradictions du développement durable dans la péninsule d'Osa (Costa Rica), en Cosaert P. y Bart F. (Eds.), *Patrimoines et développement dans les pays tropicaux*, colección Espaces tropicaux N° 18, CNRS Dymset, Talence: 289-298.
- Grenier P., 1996 – Histoires de voir, en *Patagonie, une tempête d'imaginaire*, Paris, Autrement: 45-71.
- Grenier P., Gould B., (Eds.), 1992 – *Les Alpes australiennes*, Grenoble, *Revue de Géographie Alpine*, 80 (2-3), 553 p.
- Grigioni S., 1993 – *La estimulación sexual del Solitario Jorge: un estudio en comportamiento*, ECCD, 17 p.
- Grijalva W., 1990 – La economía ecuatoriana de la gran recesión a la crisis bananera, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 10: 37-70.
- Grimwood R., Snow D., 1966 – *Recomendaciones sobre la administración del presupuesto del Parque Nacional del archipiélago de Galápagos y el desarrollo de su potencial turístico*, Quito, FCD, 42 p.
- Grinevald J., 1993 – Nature, environnement ou biosphère?, en Bourg D. (Ed.), *La nature en politique ou l'enjeu philosophique de l'écologie*, Paris, L'Harmattan: 21-35.
- Grmek M., 1995 – *Histoire du Sida*, Paris, Payot, 492 p.
- Grove J., 1992 – Science coloniale et naissance de l'écologie, en *Écologie politique*, 2: 81-98.
- Gylbert C., 1994 – *Destino de Galápagos: la explotación comercial de un espacio protegido*, Quito, FCD, 86 p. + anexos.
- Hall M., Ramón P., Yepes H., 1980 – Subaerial Origin of Hood Island and the Age of Galápagos Terrestrial Life, *Noticias de Galápagos*, 31: 21-22.
- Hamann O., 1984 – Plants Introduced into Galápagos: Not by Man, But by El Niño?, en *Noticias de Galápagos*, 39: 15-19.
- Hamann O., 1993 – The Vegetation of Isla Santiago, Past and Present, en *Noticias de Galápagos*, 52: 6-11.
- Hardin G., 1993 – The Tragedy of Commons, en Daly H., Townsend K. (Eds.), *Valuing the Earth; Economics, Ecology, Ethics*, Cambridge, MA, The MIT Press: 127-143.
- Heidegger M., 1954 – *Essais et Conférences*, Paris, Gallimard, 351 p.

- Heyerdhal T., 1963 – Archeology in the Galápagos Islands, en *Galápagos Islands. A unique Area for Scientific Investigation*, San Francisco, California Academy of Science, Occasional papers of the California Academy of Science: 45-52.
- Hickman J., 1985 – *The Enchanted Islands*, Oswestry, Anthony Nelson, 169 p.
- Hidrovo Peñaherrera J., 1985 – Galápagos en la soberanía ecuatoriana, Quito, Instituto Geográfico Militar, *Revista Geográfica*, 22: 55-59.
- Hoeck H. N., 1991 – Socio-Economic Development in Galápagos: Consequences for a unique Island Ecosystem, en *Proceedings of the International and en Interdisciplinary Symposium on Tropical Ecosystems, Saarbrücken, June 1989*, Weikersheim, Margraf Scientific Books: 161-175.
- Holland A., 1994 – The Bêche de Mer Industry in the Solomon Islands: Trends and Suggestions for Management. Nouméa, Commission du Pacifique Sud, *Bêche de Mer Information Bulletin*, 6.
- Houvenaghel G. T., 1984 – Oceanographic Settings of the Galápagos Islands, en Perry R. (Ed.), *Galápagos Key Environment*, Oxford, Pergamon Press: 44-54.
- Humann P., 1994 – *Galápagos*, Quito, Libri Mundi, 162 p.
- Hurrell A., Kingsburry B., 1992 – The International Politics of the Environment: An Introduction, en Hurrell A., Kingsburry B. (Eds.), *The International Politics of the Environment*, Oxford, Clarendon Press: 1-47.
- Huston M., 1996 – *Biological Diversity*, Cambridge, NY, Cambridge University Press, 681 p.
- Huttel C., 1986 – Zonage bioclimatique et formations végétales dans les îles Galápagos, Quito, Banco Central del Ecuador, *Cultura*, 8 (24 a): 221-234.
- Huxley J., 1964 – Charles Darwin: Galápagos and After, en Bowman R. (Ed.), *The Galápagos. Proceedings of the Galápagos International Scientific Project*, Los Angeles, University of California Press: 3-9.
- INEC, 1974 – *III Censo de población de Galápagos*, Quito, INEC, 2 Vol.
- INEC, 1982 – *IV Censo de población de Galápagos*, Quito, INEC, 2 Vol.
- INEC, 1990 – *V Censo de población de Galápagos*, Quito, INEC, 2 Vol.
- INEC, 2002 – *Provincia de Galápagos. Difusión de resultados definitivos del VI censo de población y V de vivienda 2001*, Quito.
- INEFAN, 1994 – *Plan Maestro para la protección de la biodiversidad mediante el fortalecimiento del sistema nacional de áreas protegidas*, Quito, INEFAN, 88 p.
- INGALA, 1979 – *Cuaderno jurídico N° 1*, Quito, Presidencia de la República, 47 p. + anexos.
- INGALA, 1981 – *Indicadores regionales*, Quito, Presidencia de la República, 122 p.
- INGALA, 1987 – *Indicadores Regionales*, Quito, Presidencia de la República, 131 p.
- INGALA, 2003 – *Plan regional para la conservación y el desarrollo sustentable de Galápagos*, Puerto Baquerizo Moreno, INGALA, 142 p.
- Irving, M., 1994 – Fishing Bêche de Mer in Madagascar, Nouméa, Commission du Pacifique Sud, *Bêche de Mer Information Bulletin*, 6.
- Ito S., 1967 – A Study of Vegetation in Island Santa Cruz, en *Noticias de Galápagos*, 17: 10-13.
- Izurieta A., 1992 – *Fortalecimiento técnico-administrativo del SPNG*, SPNG, 8 p.
- Jackson M., 1993 – *Galápagos. A natural History*, Calgary, University Press, 315 p.
- Jacob F., 1970 – *La logique du vivant*, Paris, Gallimard, 354 p.
- Jennings K. y otros, 1967 – *Planes para el turismo en las islas Galápagos. Informe a la Corporación Financiera Nacional*, Quito, Arthur D. Little Inc., 63 p.
- JNPC, 1975 – *Plan de conservación y desarrollo selectivo para la Provincia de Galápagos*, Quito, JNPC, 261 p. + anexos.
- Johnson I., 1959 – Lost World of the Galápagos, en *National Geographic*, 115 (5): 680-703.
- Kalaora B., 1993 – Environnement et expertise spectacle, en Bourg D. (Ed.), *La nature en politique ou l'enjeu philosophique de l'écologie*, Paris, L'Harmattan: 66-69.

Bibliografía

- Kayanja F., Douglas-Hamilton I., 1982 – The Impact of Unexpected in Uganda National Parks, en *National Parks, Conservation and Development*, Gland, UICN: 87-92.
- Kaysin M., 1994 – *Galápagos mi pasión y mi conciencia*, Mimeografiado, 23 p.
- Kenchington R. A., 1989 – Tourism in the Galápagos Islands: The Dilemma of Conservation, en *Environmental Conservation*, 16 (3): 225-234.
- Key G., Muñoz E., 1994 – Distribution and Current Status of Rodents in the Galápagos, en *Noticias de Galápagos*, 53: 21-24.
- Knafou R., 1991 – L'invention du lieu touristique, en *Revue de Géographie Alpine*, 4: 11-19.
- Knafou R., 1992 – De quelques rapports souvent contradictoires entre tourisme et environnement, en *Tourisme et environnement, actes du colloque de La Rochelle de mai 1991*, París, La Documentation française, 270 p.
- Koford C., 1964 – Economic Resources of the Galápagos Islands, en Bowman R. (Ed.), *The Galápagos. Proceedings of the Galápagos International Project*, Los Angeles, University of California Press: 286-290.
- Kramer P., 1984 – Man and other introduced organisms, en Berry R. (Ed.): 253-258.
- Kutay K., 1993 – Le concept d'écotourisme. Comment utiliser le tourisme naturaliste et culturel pour promouvoir la conservation et le développement durable?, en *Tourisme et environnement. Du tourisme de nature à l'écotourisme*, París, Éditions touristiques européennes, N° fuera de serie, *Cahiers Espaces*: 212-222.
- Larrea G., 1982 – *Patrimonio Natural y Cultural Ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador, 456 p.
- Larrea Maldonado C., 1991 – La estructura social ecuatoriana entre 1960 y 1979, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 11: 97-148.
- Laruelle J., 1963 – Exploration géopédologique de l'île Santa Cruz, en *Noticias de Galápagos*, 1: 11-13.
- Latorre O., 1988 – *La maldición de la tortuga*, Quito, Ortega, 228 p.
- Latorre O., 1991 – *Manuel Cobos, emperador de Galápagos*, Quito, FCD, 137 p.
- Latouche S., 1986 – *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 143 p.
- Laurent y otros, 1993 – L'écotourisme par les «caravanes du sel»: des valeurs partagées, en *Tourisme et environnement. Du tourisme de nature à l'écotourisme*, París, Editions touristiques européennes, N° fuera de serie, *Cahiers Espaces*: 239-250.
- Lavenberg B. y otros, 1994 – Conservation alert! Status of the Fisheries for Galápagos Sharks, with a Checklist of the Known Species, Natural History Museum of Los Angeles County, *Chondros*, 5(2): 10-11.
- Le Lannou M., 1967 – *Le démenagement du territoire. Rêveries d'un géographe*, París, Le Seuil, 248 p.
- Le Toumelin J.-Y., 1953 – *Kurun autour du monde (1949-1952)*, París, Flammarion.
- Lépolo A., 1970 – *A Sand County Almanac*, New York, Ballantine Books, 296 p.
- Lévy J., 1994 – *L'espace légitime*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 442 p.
- Lévy Strauss C., 1987 [1952] – *Race et histoire*, París, Denoël, 127 p.
- Lindberg K., Hawins D., 1993 – *Ecotourism: a Guide for Planners and Managers*, North Bennington, The Ecotourism Society, 175 p.
- Lindberg K., Huber R., 1993 – Economic Issues in Ecotourism Management, en Lindberg K., Hawins D. (Eds.): 82-115.
- Livingstone D., 1993 – *The Geographical Tradition*, Oxford, Blackwell, 434 p.
- Lucero Bolaños W., 1994 – Legislativo, en *Léxico político ecuatoriano*, Quito, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales: 241-245.
- MacDonald T., 1997 – *Conflict in the Galápagos Islands. Analysis and Recommendations for Management*. The Charles Darwin Foundation, Weatherdead Center for International Affairs, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 31 p.

- MacFarland C., 1972 – Goliaths of the Galápagos, *National Geographic*, 142 (5): 632-649.
- MacFarland C., 1991 – *The Enchanted and Endangered Galápagos Islands: The Opportunity to Create a Model for Ecotourism*, Wash, National Press Club, 7 p.
- MacFarland C., 1994 – *Informe del Presidente a la 63ª reunión del Consejo Directivo de la FCD*, Quito, FCD, 6 p.
- Machado A., Blangy S., Mota M., 1994 – *Diagnóstico de situación de las islas Galápagos. Recomendaciones para su gestión ambiental*, Bruselas, Comisión de las Comunidades Europeas, 187 p.
- Machlis G. y otros, 1992 – *The Galapagos Ecosystem Human Project*, Quito, FCD, 2 p.
- Machlis G., Costa D. A., Cárdenas J., 1990 – *Estudio del visitante a las islas Galápagos*, Quito, FCD, 48 p. + anexos.
- Maiguashca J., 1992 – La cuestión regional en la historia ecuatoriana, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 12: 175-226.
- Malinowski B., 1994 [1970] – *Une théorie scientifique de la culture*, París, Le Seuil, 121 p.
- Mattelart A., 1992 – *La communication-monde, Histoire des idées et des stratégies*, París, La Découverte, 357 p.
- Mauchamp A., 1997 – Threats from Alien Plants Species in the Galápagos Islands, *Conservation Biology*, 11(1): 260-263.
- Mayr E., 1989 – *Histoire de la biologie. Diversité, évolution et hérédité*, París, Fayard, 894 p.
- Mayr E., 1993 – *Darwin et la pensée moderne de l'évolution*, París, Éditions Odile Jacob, 248 p.
- McArthur R., Wilson E. O., 1967 – *The Theory of Islands Biogeography*, Princeton, Princeton University Press, 203 p.
- McCosker J., 1987 – The Fishes of the Galápagos Islands. Woods Hole, MA, Woods Hole Oceanic Institution, *Oceanus*, 30 (2): 28-32.
- McKinnon J., McKinnon K., Child G., Thorsell J., 1990 – *Gestion et aménagement des aires protégées tropicales*, Gland, UICN, 289 p.
- McNamee K., 1993 – From Wild Places to Endangered Spaces: a History of Canada's National Parks, en Dearden P., Rollins R. (Eds.), *Parks and Protected Areas in Canada*, Toronto, Oxford University Press: 17-44.
- Meffe G., Carroll C., Eds., 1994a – *Principles of Conservation Biology*, Sunderland, MA, Sinauer Associates Inc., 600 p.
- Meffe G., Carroll C., 1994b – The Species in Conservation en Meffe G., Carroll C. (Eds.): 50-77.
- Meffe G., Carroll C., 1994c – Genetics: Conservation of Diversity within Species, en Meffe G., Carroll C. (Eds.), 143-178.
- Melville H., 1985 [1854] – The Encantadas, en *Billy Budd, Sailor and other Stories*, Londres, Penguin Classics: 129-194.
- Mena H., 1994 – Municipio, en *Léxico político ecuatoriano*, Quito, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales: 273-280.
- Mendelsohn R., 1994 – The role of Ecotourism in Sustainable Development, en Meffe G., Carroll C. (Eds.): 511-515.
- Mercer D., 1991 – *A Question of Balance. Natural Resources Conflicts Issues in Australia*, Sydney, The Federation Press, 346 p.
- Michaud J., 1994 – Un regard critique sur la mise en tourisme de l'exotisme tribal dans le Nord thaïlandais, en *Regards sur le tourisme dans les pays en développement*, Montreal, UQAM, N° especial *Teoros*, 13 (2): 34-38.
- Ministerio de Turismo, 2003, 1993 – *Listado de empresas y establecimientos turísticos correspondientes a la provincia de Galápagos*.
- Moitessier B., 1982 – *Cap Horn à la voile*, Grenoble, Arthaud, 282 p.
- Moles A., 1982 – Nissonologie ou science des îles, *L'espace géographique*, 11 (4): 281-289.
- Moore A., 1987 – *Diagnóstico de la situación del turismo en áreas del parque Nacional Galápagos y su protección al futuro*, Quito, MAG, 74 p.

Bibliografía

- Moreano, 1991 – El sistema político en el Ecuador contemporáneo, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 11: 181-220.
- Mosley G., 1992 – Wilderness Protection in the Australian Alps, *Revue de Géographie Alpine*, 80 (2-3) 307-334.
- Mountfort G., 1970 – The Problems of Tourism to Islands Reserves, *Noticias de Galápagos*, 15-16: 11-14.
- Myers N., 1994 – A Global Biodiversity II: Losses, en Meffe G., Carroll C. (Eds.), 110-140.
- Nash R., 1989 – *The Rights of Nature Madison*, University of Wisconsin Press, 290 p.
- Naveda B., 1952 – *Galápagos a la vista*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 574 p.
- Nicholson M., 1973 – *La révolution de l'environnement*, París, Gallimard, 465 p.
- Norton B., 1987 – *Why Preserve Natural Variety?*, Princeton, Princeton University Press, 281 p.
- Oelschlaeger M., 1991 – *The Wilderness Idea*, New Haven, Yale University Press, 477 p.
- Olmedo J., Cayot L., 1994 – Introduced Geckos in the Towns of Santa Cruz, San Cristóbal and Isabela, *Noticias de Galápagos*, 53: 7-12.
- Orians G., 1994 – Global Biodiversity I: Patterns and Processes, en Meffe G., Carroll C. (Eds.): 78-109.
- Ortuño M., 1994 – *El Guita naturalista en Galápagos*, Puerto Ayora, Mimeografiado, 6 p.
- Ospina P., 2001 – *Identidades en Galápagos. El sentimiento de una diferencia*, Quito, Trama, 89 p.
- Ospina P., 2004 (por publicarse) – *Galápagos, naturaleza y sociedad. Actores sociales y conflictos ambientales en las islas Galápagos*, Ecuador, Tesis de Maestría en Antropología Social, Universidad Iberoamericana, Mexico DF, 189 p.
- Ost F., 1995 – *La nature hors la loi. L'écologie à l'épreuve du droit*, París, La Découverte, 346 p.
- Pache G., Paraponaris C., 1993 – *L'entreprise en réseau*, París, PUF, colección Que sais-je?, 127 p.
- Palmer C., Pyler R., 1982 – El ambiente climático de las Islas Galápagos, en *Compendio de Ciencia en Galápagos*, Quito, FCD: 17-25.
- Parra D., 1994 – *Inventario de acciones de asistencia y cooperación técnica internacional para Galápagos*, Quito, Comisión Permanente para las Islas Galápagos, 14 p.
- Payne R. J., Graham R., 1993 – Visitor Planning in Parks and Protected Areas, en Dearden P., Rollins R. (Eds.), *Parks and Protected Areas in Canada*, Toronto, Ontario, Oxford University Press: 185-210.
- Pescuma A., 1992 – *Diagnóstico sanitario de las ciudades de Puerto Baquerizo Moreno y de Puerto Ayora*, Quito, Comisión Permanente para las Islas Galápagos, 17 p.
- Pomponi S., Van Hoek S., 1987 – Search of Unique Drugs in the Galápagos Underwater Environment, Woods Hole, MA, Woods Hole Oceanic Institution, *Oceanus*, 30, (2): 69-71.
- Porter D. M., 1976 – Geographic and dispersal of Galápagos Islands vascular plants, *Nature*, 264: 745-746.
- Porter D. M., 1984 – Relationships of the Galápagos flora, en Berry R. (Ed.): 243-252.
- Porter R., 1995 – Les Anglais et les loisirs, en Corbin A. (Ed.), *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, París, Aubier: 19-54.
- Possiel W., Saunier R., Meganck R., 1995 – In Situ Conservation of Biodiversity, en Saunier R., Meganck R. (Eds.), *Conservation of Biodiversity and the New Regional Planning*, Washington, Organisation of American States/UICN: 7-20.
- Pourtier R., 1983 – Nommer l'espace, *L'espace géographique*, 12 (4): 293-304.
- Pourtier R., 1989 – Les espaces de l'État, en *Tropiques Lieux et liens*, París, ORSTOM: 394-401.
- Pourtier R., 1991 – L'Afrique dans tous ses États en Lévy J. (Ed.), *Géographies du politique*, París, Presses de la Fondation nationale de sciences politiques: 137-144.
- Pourtier R., 1992a – Migrations et dynamiques de l'environnement, en Pontier G., Gaud M. (Eds.), *Afrique contemporaine. L'environnement en Afrique*, París, La Documentation française: 168-178.

- Pourtier R., 1992b – Regards, échelles, lieux: un point de vue de géographe, en Pontier G., Gaud M. (Eds.): *Afrique contemporaine. L'environnement en Afrique*, París, La Documentation française: 13-19.
- Pressat R., 1989 – *Les méthodes de la démographie*, París, PUF, colección Que sais-je?, 128 p.
- Prestemon J., 1990 – *Nature-oriented Tourism and its Impacts on Environmental Conservation, Rural Economic Development, and Cultural Integrity*, Raleigh, Quito, USAID, 20 p.
- Rachowiecki B., 1989 – *Ecuador and the Galápagos Islands*, Hathorn, Victoria, Lonely Planet Publications, 289 p.
- Raffin J.-P., 1985 – Le lien entre les scientifiques et les associations de protection de la nature, en Cadoret A. (Dir.), en *Protection de la nature, histoire et idéologie*, París, L'Harmattan: 61-67.
- Ramírez J., 2004 – *La pesca artesanal en la Reserva Marina de Galápagos: dinámica laboral y conflictos socio-ambientales*, Licenciatura en Antropología Social, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 206 p.
- Rauch A., 1995 – Les vacances et la nature revisitée, en Corbin A. (Ed.), *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, París, Aubier: 81-118.
- Richez G., 1992 – *Parcs nationaux et tourisme en Europe*, París, L'Harmattan, 421 p.
- Richmond R., Martínez P., 1993 – *Sea Cucumbers Fisheries in the Galápagos Islands: Biological Aspects, Impacts and Concerns*, Gland, UICN, 9 p.
- Richter L., 1994 – The political Fragility of Tourism in Developing Nations, en *Regards sur le tourisme dans les pays en développement*, Montreal, UQAM, N° especial *Teoros* 13 (2): 12-15.
- Robinson G., 1987 – *Negative Effects of the 1982-83 El Niño on Galápagos Marine Life*, Woods Flo-te, MA, Woods Hole Oceanic Institution, *Oceanus*, 30 (2): 42-48.
- Rodríguez J., 1993 – *Las Islas Galápagos. Estructura geográfica: propuestas de gestión territorial*, Quito, Abya-Yala, 276 p.
- Rosales M., 1986 – El municipio ecuatoriano: realidad y perspectivas, en *250 años de la Primera Misión Geodésica*, Quito, Banco Central del Ecuador, *Cultura*, 8 (24b): 1039-1050.
- Rose R., 1924 – Man and the Galápagos, en Beebe W. (Ed.), *Galápagos World's End*, New York, Putnam: 332-417.
- Runte A., 1992 – *National Parks. The American Experience*, University of Nebraska Press, 335 p.
- Sáenz A., Palacio D., 1992 – La dimensión demográfica de la historia ecuatoriana, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 12: 135-174.
- Saint-Geours Y., 1986 – La evolución demográfica del Ecuador en el siglo XIX, en *250 años de la Primera Misión Geodésica*, Quito, Banco Central del Ecuador, *Cultura*, 8 (24b): 481-492.
- Salwen P., 1990 – *Galápagos. Le paradis perdu*, Courbevoie, Soline, 192 p.
- Sánchez, 1991 – La economía ecuatoriana de los sesenta a los ochenta, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 11: 55-96.
- Sautter G., 1976 – Le paysage comme connivence, *Hérodote*, 16: 40-67.
- Sauvy A., 1966 – *Théorie générale de la population. II - La vie des populations*, París, PUF, 401 p.
- Schabecoff P., 1993 – *A Fierce Green Fire, The American Environmental Movement*, New York, Hill and Wang, 352 p.
- Schauenberg P., 1970 – Problèmes aux îles Galápagos, *Noticias de Galápagos*, 15_16: 8-10.
- Schluter R., 1994 – The role of the State in the development of Tourism in South America, en *Regards sur le tourisme dans les pays en développement*, Montreal, UQAM, N° especial *Teoros*, 13 (2): 25-28.
- Schmeller D., 2006 – National responsibilities in species conservation, Ponencia en el Coloquio Le réveil du Dodo II, Journées francophones des sciences de la conservation de la biodiversité, París, marzo de 2006.
- Schofield E., 1989 – Effects of Introduced Plants and Animals in Islands Vegetation: Examples from the Galápagos Archipelago, *Conservation Biology*, 3: 227-238.

Bibliografía

- Segalen V., 1986 – *Essai sur l'exotisme*, París, LGE, 159 p.
- Silva P., 1986 – Colonialismo y colonización de Galápagos, un doble proceso depredador, en *250 años de la Primera Misión Geodésica*, Quito, Banco Central del Ecuador, *Cultura*, 8 (24b): 711-723.
- Silva P., 1992 – Las islas Galápagos en la historia del Ecuador, en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, Vol. 12: 253-303.
- Simkin T., 1984 – Geology of Galápagos, en Berry R. (Ed.): 61-76.
- Smith V., 1993 – Protection de l'Antarctique et tourisme, en *Tourisme et environnement. Du tourisme de nature à l'écotourisme*, París, Éditions touristiques européennes, N° fuera de serie, *Cahiers Espaces*: 236-238.
- Snell H., 1990 – *The Galápagos Islands Biosphere Reserve*, Albuquerque, University of New Mexico, 23 p.
- Soto A., Halpin J., Hurtebise P., 1992 – La cuestión del Patrimonio Universal, en Guhi G., Tokatlían J. (Eds.), *Medio ambiente y relaciones internacionales*, Bogotá, Tercer Mundo Editores: 79-132.
- SPNG, 1995 – *Informe de actividades 1994*.
- SPNG, 1996 – *Informe anual, Plan operativo 1995*.
- SPNG, 2005 – *Plan de Manejo Parque Nacional Galápagos*, Puerto Ayora, SPNG, 347 p.
- Steppacher R., 1995 – L'ingérence écologique et la globalisation de l'économie de marché, en *Écologie contre nature. Développement et politiques d'ingérence*, París, PUF, Nouveaux Cahiers de l'IUED, colección Enjeux: 99-114.
- Sulloway F., 1984 – *Darwin and the Galápagos*, en Berry R. (Ed.): 29-60.
- Sulloway F., 1987 – *Darwin in the Galápagos. Three Myths*, Woods Hole Oceanic Institution, *Oceanus*, 30 (2): 79-85.
- Sutherland D., 1994 – A lot more than just *monté*, *Noticias de Galápagos*, 53: 3-4.
- Tarpy C., 1993 – New Zoos. Taking down the bars, *National Geographic*, 184 (1).
- Taylor y otros, 1999 – *Estudio económico de Galápagos. Informe inicial*, inédito, Informe para el BID, 47 p.
- Taylor y otros, 2002 – *The Economics of «Eco-Tourism». A Galápagos Islands Economy-wide Perspective*, University of California Davis, inédito, 41 p.
- Thomas T., 1993 – Le rôle du guide scientifique dans la mise en scene du site naturel, en *Tourisme et environnement. Du tourisme de nature à l'écotourisme*, París, Éditions touristiques européennes, N° fuera de serie, *Cahiers Espaces*: 182-188.
- Thornton I., 1971 – *Darwin's islands*, New York, The American Museum of Natural History/The Natural History Press, 322 p.
- Thorsell J., 1994 – *UICN Technical Evaluation. Galápagos Marine Resources Reserve*, Gland, UICN: 95-98.
- Touraine A., 1988 – *La parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*, París, Éditions Odile Jacob, 542 p.
- Tudge C., 1992 – *Last Animals at the Zoo*, Washington, Island Press, 266p.
- UICN, 1993 – *Evaluación de la Pesquería de Pepinos de Mar en las Islas Galápagos*, Ecuador, Quito, UICN, 26 p.
- UNESCO, 1972 – *Convention concernant la protection du patrimoine mondial*, París, UNESCO: 23-33.
- UNESCO, 1979 – *Veinte años de conservación en Galápagos*, París, UNESCO, 54 p.
- UNESCO, 1994 – *Comité du Patrimoine Mondial; dixhuitième session, rapport du rapporteur*, París, UNESCO, 61 p.
- Valencia Rodríguez L., 1977 – *El Ecuador y las 200 millas*, Quito, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 199 p.
- Vera A., 1941 – *Mito y destino de Galápagos*, Guayaquil, Imp. Portugal, 134 p.

- Viard J., 1984 – *Penser les vacances*, París, Actes Sud, 204 p.
- Viard J., 1990 – *Le tiers espace. Essai sur la nature*, París, Klincksieck, 153p.
- Viard J., 1994 – *La société d'archipel*, París, Les Éditions de l'Aube, 124 p.
- Vidal de la Blache P., 1955 [1921] – *Principes de géographie humaine*, París, Armand Colin, 327 p.
- Villacrés Moscoso J., 1985 – *Las ambiciones internacionales por las islas Galápagos*, Guayaquil, Casa de la Cultura, 141 p.
- Virilio P., 1996 – *Cybermonde. La politique du pire*, París, Textuel, 110 p.
- Vitousek P., 1988 – Diversity and Biological Invasions of Oceanic Islands, en Wilson E. O. (Ed.), *Biodiversity*, Washington, National Acad. Press: 181-192.
- Wackermann G., 1994 – Le transport aérien et sa problématique dans les pays en voie de développement, en *Regards sur le tourisme dans les pays en développement*, Montreal, UQAM, N° especial *Teoros*, 13 (2): 21-24.
- Wallace G., 1993 – Visitor Management: Lessons from Galápagos National Park, en Lindberg K., Hawins D. (Eds.): 55-81.
- Walsh F., 1993 – *Informe sobre científicos visitantes que han visitado la ECCD desde 1980 hasta 1992*, Puerto Ayora, ECCD, 12 p.
- Weber P., 1995 – Protéger les zones de pêches océaniques et les emplois, en Brown L. (Ed.), *L'état de la planète 1995/1996*, París, La Découverte: 32-57.
- Wellington G., 1978 – Underseas Wonders of the Galápagos, *National Geographic*, 154 (3): 363-380.
- Western D., 1993 – Defining Ecotourism, en Lindberg K, Hawins D. (Eds.): 7-11.
- Whelan P., 1989 – Oil Spill in Galápagos, *Noticias de Galápagos*, 47: 2.
- Whitehead H., 1985 – Studying Sperm Whales on the Galápagos Grounds, *Noticias de Galápagos*, 42: 18-21,
- Wilson E. O., 1988 – The current State of Biological Diversity, en Wilson E. O. (Ed.), *Biodiversity*, Washington, National Acad. Press: 3-18.
- Wilson E. O., 1984 – *Biophilia*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 157 p.
- Wilson E. O., 1993 – *La diversité de la vie*, París, Éditions Odile Jacob, 496 p.
- Wittmer M., 1989 – *Floreana*, Oswestry, Anthony Nelson, 240 p.
- Woram J., 1989 – Galápagos Islands Names, *Noticias de Galápagos*, 48: 22-32.
- Woram J., 1991 – Who killed the Iguanas?, *Noticias de Galápagos*, 50: 12-16.
- Worster D., 1992 – *Les pionniers de l'écologie*, París, Éditions Sang de la terre, 412 p.
- Wurtz J., Wallace G., 1994 – *Motivaciones, experiencias deseadas y preferencias para técnicas de manejo de los visitantes al Parque Nacional Galápagos Ecuador*, Quito, FCD, 96 p.
- Zuber C., 1975 – *Paradis des bêtes*, París, Laffont.

Lista de mapas

Mapa 1 –	Las islas Galápagos	18
Mapa 2 –	El Pacífico centro-oriental	36
Mapa 3 –	Los medios naturales de las Galápagos	45
Mapa 4 –	Primer mapa de las Galápagos (1864)	73
Mapa 5 –	Mapa de las Galápagos por Fitzroy (1835)	74
Mapa 6 –	Las colonizaciones de un espacio abierto	80
Mapa 7 –	Las zonas que no hacen parte del parque nacional	234
Mapa 8 –	Puerto Ayora	235
Mapa 9 –	Sitios de visita del PNG del 1996	283
Mapa 10 –	Número de visitantes en los principales sitios de visita en el PNG en los años 1980 y 1989	284
Mapa 11 –	Frecuentación de los sitios de visita del PNG en 1993 según los itinerarios de barcos establecidos por el SPNG	288
Mapa 12 –	Degradación y conservación de las Galápagos	316

Lista de figuras

Figura 1 – Origen de los científicos en misión en la estación Darwin (1960-1994)	135
Figura 2 – Financiación de la ECCD por parte de las fundaciones naturalistas (1960-1993)	136
Figura 3 – Investigaciones de los científicos en misión en la estación de 1960 a 1993	137
Figura 4 – Los términos del turismo	148
Figura 5 – Las imágenes del turismo	156
Figura 6 – Los animales de la ciencia y del turismo	158
Figura 7 – Entradas anuales al PNG (1960-1997)	166
Figura 8 – Tipos de estadía en las Galápagos de los turistas encuestados	171
Figura 9 – Evolución del número de concesiones de barcos de turismo en las islas Galápagos (1972-1996)	178
Figura 10 – Aumento del número de plazas disponibles a bordo de los barcos de turismo que operan en las Galápagos (1972-1996)	179
Figura 11 – Propiedad de los barcos de turismo según su categoría	184
Figura 12 – Evolución del número de concesiones por categoría (1990-1996) ...	185
Figura 13 – Plazas a bordo de los barcos de turismo según su categoría en 1996	185
Figura 14 – El crecimiento demográfico en las Galápagos de 1938 a 2014 (censos, estimación, hipótesis)	191
Figura 15 – Estructura de la población de las Galápagos en 1990	195
Figura 16 – Evolución de las razones de emigrar a las Galápagos de los encuestados y de sus parientes	197
Figura 17 – Años de llegada de los migrantes encuestados y de las personas que han llevado a las islas	206
Figura 18 – Opinión de los encuestados sobre las migraciones a las Galápagos	211
Figura 19 – Empleos de los hogares encuestados en Puerto Ayora	247
Figura 20 – Opinión de los encuestados de Puerto Ayora sobre la evolución del turismo en las Galápagos entre 1991 y 1993	248
Figura 21 – Principales deficiencias de los servicios públicos según los encuestados de Puerto Ayora	257
Figura 22 – Inversión pública ecuatoriana en el desarrollo y la conservación de las Galápagos (1980-1994)	280

Figura 23 – Evolución del presupuesto del SPNG (1975-1996)	298
Figura 24 – Efectivos del SPNG (1974-1994)	299
Figura 25 – Fecha de llegada a las Galápagos de los encuestados del SPNG, de la estación y de Puerto Ayora	301
Figura 26 – Empleos de los encuestados del SPNG y de la estación	303
Figura 27 – Número de viajes profesionales de los encuestados del SPNG y de la estación a islas distantes de Santa Cruz y Baltra durante el año anterior a la encuesta	305
Figura 28 – Motivos de los viajes profesionales a las islas de los encuestados del PNG o de la estación	305
Figura 29 – Naturaleza de las infracciones en el PNG reportadas por los guías de 1978 a 183 y en 1992 y en 1993	314
Figura 30 – Tortugas matas e inventariadas en Isabela de 1981 a agosto de 1994	331
Figura 31 – Origen y montos del financiamiento de la estación Darwin (1979-1993)	357
Figura 32 – Encuestados que consideran muy grande el PNG y/o desean un libre uso de los recursos que en él se encuentran	374
Figura 33 – Ventajas de la vida en las Galápagos según los encuestados	376
Figura A – La apertura de las Galápagos	424
Figura B – El sistema Galápagos actual	432
Figura C – El sistema Galápagos sostenible	433

Lista de cuadros

Cuadro 1 – Crecimiento demográfico y migraciones en las Galápagos	190
Cuadro 2 – Distribución de la población por islas y zonas, de 1950 a 1990	194
Cuadro 3 – Responsables de la ECCD y la FCD	353

Últimas publicaciones del IFEA

*Definiciones étnicas, organización social
y estrategias políticas en el Chaco y la Chiquitania*

Isabelle Combès (ed.)

Co-edición IFEA - SNV - Editora El País

Santa Cruz, 2006. 337 pp.

Nueva visión de San Francisco de Lima

Antonio San Cristóbal Sebastián

Co-edición IFEA - BCRP

Lima, 2006. 232 pp.

Últimas publicaciones de la UASB

Galápagos: naturaleza y sociedad.

Actores sociales y conflictos ambientales.

Pablo Ospina

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
y Corporación Editora Nacional

Quito, 2006. 230 pp.

*La revolución política durante la época
de la Independencia. El Reino de Quito 1808 -1822*

Jaime E. Rodríguez O.

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
y Corporación Editora Nacional

Quito, 2006. 238 pp.

*El poder y los norandinos. La historia
en las sociedades norandinas del siglo XVI*

Galo Ramón Valarezo

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
y Corporación Editora Nacional

Quito, 2006. 157 pp.

Últimas publicaciones del IRD

Balance de los estudios urbanos (1985-2005)

Nury Bermúdez & Henri Godard (eds.)

Co-edición IRD - Municipio del Distrito

Metropolitano de Quito - IFEA

Quito, 2006. 218 pp.

Agricultura ancestral, camellones y albarradas.

Contexto social, usos y retos del pasado

y del presente

Francisco Valdez (ed.)

Co-edición IRD - IFEA - Abya Yala - Embajada de
Francia en el Ecuador - CNRS - Universidad de París

I - INPC - Ediciones Banco Central del Ecuador

Quito, 2006. 361 pp.



IFEA
INSTITUTO FRANCÉS DE
ESTUDIOS ANDINOS



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador



**Institut de recherche
pour le développement**



**ABYA
YALA**

El archipiélago de las Galápagos, catalogado como «patrimonio natural de la humanidad», alberga un parque nacional prestigioso que cuenta con ayuda internacional considerable. Destinado a facilitar las investigaciones naturalistas y en principio a servir de modelo para nuevas formas de valorización turística más respetuosas del entorno (ecoturismo), este parque es hoy en día objeto de muchas críticas. El desarrollo de las redes turísticas y migratorias ha acelerado la conexión del archipiélago al territorio ecuatoriano y al mercado mundial. La naturaleza «protegida» se ha convertido en un espacio sometido a las exigencias de rentabilidad de un mundo caracterizado por la mercantilización y la uniformización de los lugares. Esta «conservación contra natura» tiene consecuencias catastróficas para los ecosistemas y los habitantes del archipiélago. Más allá del estudio de una región emblemática, el autor hace una reflexión sobre el sitio del hombre en la naturaleza, verdadero alegato en favor de la preservación de la geodiversidad. Su obra innovadora y estimulante se dirige a todos los actores preocupados por el porvenir de nuestro planeta.

Esta edición en español ha sido enriquecida con un epílogo escrito por el autor diez años más tarde, después de dos nuevas misiones en las islas en 2001 y 2005.

ISBN 978-9978-22-654-4



9 789978 226544